

MI VIDA ENTRE LAS AVES SILVESTRES DE ESPAÑA



**1ª edición íntegra en español
de la obra de Willoughby Verner**

Publicación original de 1909

EDITORES

**Sociedad Gaditana de Historia Natural
Instituto de Estudios Campogibraltareños**



Otoño de 2017

Mi vida entre las aves silvestres de España, W. Verner. SGHN - IECC

Traducción: Javier Hidalgo
Revisión científica: Íñigo Sánchez
Portada: Carlos Soto
Reproducción de imágenes: Antonio Verdugo
Textos y maquetación: José Manuel Amarillo
ISBN: 978-84-942800-8-5
Depósito legal: GR. 1544-2017

**Prohibida la impresión parcial o total de esta obra.
Esta edición digital es solo para lectura o consulta.**

Mi vida entre las aves silvestres de España, W. Verner. SGHN - IECC

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Ha llevado varios años de gestiones y trámites oportunos, por parte del **Instituto de Estudios Campogibaltareños** y la **Sociedad Gaditana de Historia Natural**, que vea la luz esta edición en español del mítico libro de **Willoughby Verner** “**Mi vida entre las aves silvestres de España**”. Posiblemente el último libro de los clásicos extranjeros de la ornitología histórica ocurrida en la península ibérica, y principalmente en las sierras andaluzas, que no se podía leer en nuestro idioma desde que se publicara en 1909. Bien es cierto que en 2000 se publicó una restringida edición no venal por el Círculo de Bibliofilia Venatoria, tirada que quedó relegada a sus asociados y que quedó incompleta al no reproducir las fotos y dibujos del original de W. Verner. Hay que agradecer encarecidamente a su traductor, el bodeguero y ornitólogo sanluqueño **Javier Hidalgo de Argüeso**, cuyo desinteresado y arduo trabajo fue cedido gentilmente para esta edición que el lector tiene en sus manos. Hidalgo nos cuenta mas adelante, en su “nota del traductor”, lo difícil y complicado de traducir un texto escrito por un militar británico de época victoriana. Igualmente hemos creído oportuno reproducir las interesantes introducciones de personajes muy ligados a Verner y su historia. **José Manuel Rubio**, catedrático de Geografía de la Universidad de Sevilla que nos describe, con un texto muy accesible, el paisaje que Verner se encontró en sus andanzas por sierras y tierras andaluzas. **Santiago de Mora-Figueroa y Williams**, diplomático español natural de Jerez que nos cuenta una deliciosa e interesante historia de los entresijos que su familia y amistades, véase Chapman y Buck, mantuvieron con Verner, y que llegara incluso a los tribunales británicos, siempre con un ave de por medio y por sus diferentes interpretaciones. Y **Mauricio González-Gordon Díez**, ornitólogo y bodeguero jerezano nacido en Inglaterra, miembro fundador de la Sociedad Española de Ornitología y tristemente fallecido en 2013 que nos dejó esta introducción al Verner con simpáticas anécdotas de aquellos “pajareros” ingleses que se aventuraban por una España salvaje e inexplorada.

Para esta edición de 2017, de tirada no tan grande como quisiéramos pero que no renunciamos a reimprimir en un futuro si fuese necesario, hemos valorado que sean conjuntamente los sistemas de

micro-mecenazgo y de colaboración especial, como ideales para sufragar el coste de la impresión.

El maquetado elegido respeta en un porcentaje altísimo la edición original, incluyendo la portada, del libro que la editorial *J. Bale, Sons & Danielsson* publicara en 1909. Edición aquella que W. Verner dedicara a su compatriota *Victoria Eugenie of Battemberg*, por entonces recién casada con Alfonso XIII. La numeración y la ubicación de fotos y dibujos coinciden prácticamente con aquel libro de 469 páginas, impreso en papel de un leve tono sepia y con imágenes en blanco y negro. Hay que decir que la calidad de las fotografías de Verner y de sus dibujos se ha podido mejorar muy poco a pesar de haberse reproducido desde un libro original, y todo por la escasa calidad de aquella primera impresión. A pesar de ello las imágenes de Verner son de un valor transcendental y por eso aparecen en la presente edición. Gracias a la observación detallada de algunas de esas fotos centenarias esta edición cuenta con una interesante y novedosa “Adenda”, de la pluma del estudioso de la ornitología histórica doctor **Abilio Reig-Ferrer** de la Univ. de Alicante, sobre el “descubrimiento” de aquellos nidos de quebrantahuesos que Verner abordara en dos amplios capítulos de su libro, sin desvelar en ningún párrafo su ubicación. Nidos que hasta no hace mucho se creía estaban en unos tajos junto al malagueño río Guadiaro y que hoy se pueden visitar en la Sierra del Cao, en Benaocaz, Parque Natural Sierra de Grazalema.

Otoño de 2017

- Sociedad Gaditana de Historia Natural -
- Instituto de Estudios Campogibraltareños -



NOTA DEL TRADUCTOR (Javier Hidalgo)

En la década de los 90 del siglo pasado, el Círculo de Bibliofilia Venatoria, del cual era y sigo siendo miembro, me encargó la traducción de la edición original inglesa del libro de Willoughby Verner *My Life among the Wild Birds in Spain*, publicado en Londres en 1909. El Círculo editó entonces una tirada de 300 ejemplares, exclusivamente para sus socios, que vieron la luz en el año 2000.

Ahora la Sociedad Gaditana de Historia Natural y el Instituto de Estudios Campogibraltares me piden la traducción para hacer una nueva edición en español de este clásico de la ornitología andaluza.

Conseguir ver publicada en versión española la obra de Verner, fue una vieja aspiración de los ornitólogos que en los años sesenta y setenta andábamos practicando nuestra afición por el Sur de España.

Y también debió ser un deseo nunca satisfecho de nuestros antecesores que al comienzo de los cincuenta fundaron en Jerez de la Frontera la Sociedad Española de Ornitología.

Tanto esa anterior generación de estudiosos de las aves como la nuestra, han consultado, estudiado y comparado texto, fotos y dibujos de la edición original inglesa, buscando pistas para localizar los lugares donde el Coronel hacía sus observaciones y cuya situación precisa guardaba secretamente. Pero desde consultar el libro hasta traducirlo para su publicación en español, hay un largo techo, disfrutable en algunas partes y trabajoso en otras.

Una vez iniciado el trabajo decidí hacer una traducción de lo más literal posible para que el texto identificara la personalidad del autor con sus ventajas y sus inconvenientes y en cuanto a mutilarlo en sus partes más áridas opté por no hacerlo al considerar que no todos los lectores y probablemente muy pocos coincidirían conmigo y entre ellos al estimar la dificultad o facilidad de lectura y el mayor o menor interés de determinados pasajes del libro.

Willoughby Verner conoció un Campo de Gibraltar y unas Sierras Andaluzas, con toda seguridad bien distintas de los actuales. Si ciertamente la presencia humana debía ser mayor, su accesibilidad era más limitada y moverse por aquellos espacios abiertos entrañaba un riesgo y una dificultad que hoy han desaparecido con las carreteras y los vehículos todoterreno. Una verdadera aventura que atraía irresistiblemente al cazador-naturalista británico, ese romántico-deportista que tan asiduo ha sido de nuestro ambiente rural durante el transcurso de los dos siglos anteriores a la época que nos ha tocado vivir. De ese campo el Coronel hizo

escenario para una interminable sucesión de expediciones cinegéticas y naturalistas que a la postre sirvieron para inspirar las páginas de este libro.

Algo que continuamente llama la atención a lo largo de los capítulos de la obra, es la ausencia de referencias geográficas y toponímicas. Sin duda el autor quiso guardar celosamente el secreto de la localización de los paradisíacos lugares que frecuentaba, probablemente para evitar que otros naturalistas los hallaran y compitieran con él en la recolección de huevos de aves locales, un comportamiento que a todas luces tiene tanto de conservador como de británico. De ello deriva la ausencia de pistas acerca del lugar que utilizaba como base, así como de la propia identidad del personaje y de la razón de su existencia en el tiempo y el espacio.

Afortunadamente pude contar para aquella primera edición española del Verner, con una introducción acerca de la biografía del autor, a cargo de Santiago de Mora Figueroa, Marqués de Tamarón, diplomático, escritor, conservacionista y profundo conocedor de esa saga de naturalistas foráneos cuya presencia en el Sur de España se ha debido a veces a razones de su vinculación con el negocio del vino de Jerez y Manzanilla y otras a su condición militar y destino en ese bastión del Imperio de Su Majestad Británica que era Gibraltar. Además Santiago es descendiente directo, bisnieto, de otro gran naturalista-cazador-romántico, Walter John Buck, cuyo paso y residencia en la zona fructificó en la coautoría de dos piezas claves de la literatura naturalista española de final del siglo XIX y principios del XX : las obras *Wild Spain* y *Unexplored Spain*, escritas al alimón con Abel Chapman.

De la mano de Luis, hermano de Santiago, he conocido algunas de las buitreras descritas por Verner y he podido identificar paisajes a los que se refiere el Coronel y que todavía ahora, más de cien años después, se mantienen inalterados.

José Manuel Rubio Recio, quien fuera catedrático de Biogeografía de la Universidad de Sevilla, el mejor maestro que he tenido en aquellos años estudiantiles y aun en la actualidad, además de excelente amigo, me había sugerido en muchas ocasiones la conveniencia de traducir el Verner, cuya edición original tanto habíamos manejado juntos. Por ello recurrí a él a la hora de obtener una descripción del medio físico donde se movía Verner, lo que constituía el campo de la actividad de su vocación naturalista, para incluirla en la primera edición española del libro. Creo que pocas personas estaban mejor capacitadas para ello que el Profesor Rubio, no solo por su sólida preparación técnica y su ajejo conocimiento del escenario, sino lo que es más importante, por su auténtica dedicación a las Ciencias Naturales.

También consideré entonces oportuno contar con una aproximación a lo que era la Ciencia Ornitológica del siglo XIX. ¿Y quién mejor para hacerla que

Mauricio González-Gordon Díez, Marqués de Bonanza? Creo que la mejor descripción de Mauricio, fallecido en 2013, es la de ornitólogo, cazador y vinatero. Fue fundador y presidente de la Sociedad Española de Ornitología, tradujo al español la *Guía de las Aves de España y Europa*, de Peterson, esa *biblia* con la que los ornitólogos de mi generación nos íbamos a la cama; organizó las *Doñana Expeditions* en los años cincuenta y colaboró con el establecimiento de la primera reserva en Doñana, parte de cuya propiedad todavía ostenta su familia. Me parece que nadie estaba mejor capacitado que él para guiarnos por la realidad naturalista de los años en que Verner pateó nuestra geografía. Al fin y al cabo Mauricio puede ser considerado como un eslabón más de esa cadena de cazadores naturalistas, a la que también perteneció mi padre, íntimo amigo suyo, iniciada por extranjeros y felizmente continuada por notables personajes locales –como en este caso- ligados al negocio del jerez, el vino más universal de todos los producidos en España.

De la lectura de *Mi Vida entre las Aves Silvestres en España*, se puede desprender una prepotencia del autor frente a todo lo español y un sentido de superioridad con respecto a sus semejantes, rayano en la vanidad y en la presuntuosidad. Ciertamente Verner muestra un olímpico desprecio por lo que representa la clase media española y sin embargo exhibe veneración tanto por la clase alta como por la más inferior, léase guardas, pastores y vaqueros, a los que eleva al nivel de héroes. Y al tiempo que declara la falta de cuidados de los nativos para con la naturaleza, no tiene ningún pudor en describir sus propios y frecuentes expolios de nidos ni sus matanzas justificadas en nombre de la ciencia. Algo que hay que aceptar como una consecuencia más del espíritu imperialista que reinaba en el ambiente de la época.

Agradezco desde aquí su colaboración a los autores de aquellas introducciones y a sus descendientes, en el caso de Mauricio González-Gordon Díez, por su amabilidad al permitir que sean incluidas en esta nueva edición española de la obra del Coronel Verner, lo que sin duda la enriquece notablemente y aplaudo la decisión de la Sociedad Gaditana de Historia Natural y el Instituto de Estudios Campogibaltareños de publicar esta nueva versión española del libro.

Santo Domingo, Abril de 2017

VERNER Y LA GEOGRAFÍA DE SUS ANDANZAS (José Manuel Rubio)

Durante los dos periodos que nuestro coronel estuvo en Gibraltar, de 1868 a 1874 y de 1901 en adelante, sin que podamos precisar cuántos años, aunque no menos de siete, puesto que en 1908 publica su libro, hizo de las serranías gaditanas y malagueñas occidentales, con incursiones a las Marismas del Guadalquivir y al Sistema Central, en Gredos y Guadarrama a la busca de buitres negros, su teatro de operaciones.

Operaciones que, con ojos de hoy, las consideraríamos como expoliadoras, aunque, al mismo tiempo, también habría que decir, eran actividades consideradas, entonces, como normales, puesto que la ciencia de los países avanzados de Europa se nutría de las informaciones y los especímenes que obtenían y colectaban tanto científicos como aficionados, que actuaban a su arbitrio, como hacen hoy periodistas y fotógrafos, que operan sin vinculación administrativa alguna y a los que se les denomina o se autodenominan “free lance”.

El coronel Verner es precisamente eso. Le interesan ciertos aspectos de la naturaleza, su observación, el acumulo de informaciones –fundamentalmente zoológicas y, sobre todo ornitológicas- y la recolección de especímenes, sin que, aparentemente sea un colector sistemático. Colecta, que sepamos, huevos, que utilizaba como objeto de intercambio con ornitólogos amigos y también de venta, confesando una “birdnesting-manía”.

No deja de ser un claro y generalizado exponente de toda una época, una forma de vivir y de la situación dominante, en el campo de las ciencias naturales y en el geopolítico de los anglosajones.

El sistema de organización del imperio colonial inglés facilitaba, e incluso propiciaba, que los oficiales de sus destacamentos militares desarrollasen esas u otras actividades, que también redundaban en el engrandecimiento patrio. Tenían, además la oportunidad de obtener destinos en los más distintos puntos del orbe, lo que supone un enriquecimiento personal. En ésta línea sabemos que el coronel Verner acumuló experiencias en el norte de África y en el sur durante la guerra de los Boers.

El disculpa su actividad colectora de huevos aludiendo a la probada capacidad de reposición de las aves –cosa que no es generalizable- y culpa de la ya entonces denunciada disminución de la mayoría de las especies de rapaces a su

persecución y muerte indiscriminada por los nativos que las consideraban alimañas perjudiciales.

Sus aficiones le llevaron a enlazar y a beber en las fuentes con y de otros científicos, que hicieron campañas en el sur hispano, como H. Saunders, Lord Lilford y J.H. Irby. Con este último, nos dice, realizó innumerables salidas ornitológicas.

A Lord Lilford lo había conocido en Edimburgo, en una visita que éste realizó a casa de su padre, por razón de su común afición a la cetrería.

Alguna de estas relaciones le pidió que acompañase, como persona conocedora del medio, al Príncipe Rodolfo de Austria, en 1879, a las Marismas del Guadalquivir y el Coto de Doñana. Excursión que les fue facilitada por otro británico residente en Jerez de la Frontera.

Su pasión naturalista, nos cuenta, tiene unos antecedentes familiares. En sus años jóvenes él vio como su abuelo era un aceptable dibujante de aves. Y para su padre la cría de pájaros de cualquier especie no parecía tener secretos, además de ser un halconero solvente. A ambos les dedica un entrañable recuerdo.

El coronel, durante la primera mitad del libro, es bastante remiso en precisar, no ya sus recorridos, sino la localización de sus observaciones. Quizá trata de evitar actuaciones depredadoras posteriores o, simplemente, reservarse información. No es si no la misma actitud de ese ornitólogo que, charlando con otro colega, le comenta haber hecho la observación del nido de un pájaro raro y ante la pregunta de ¿dónde lo has localizado? el otro contesta: “en el campo”. (La anécdota nos fue relatada, hace ya muchos años, con su peculiar donaire, y como cierta, por Mauricio González-Gordon).

En la segunda parte, en cambio, nos ofrece alguna precisión más, pero nunca sabemos de itinerarios precisos o fechas. Son los pies de las fotos y algunos topónimos los que nos permiten intuir sus correrías en un espacio con mucho contrastes y con partes muy fragosas.

En cualquier caso, se cumple con Verner – científico “free lance” - lo que comenta J. Steinbeck en un libro suyo poco conocido, “Por el mar de Cortés”: existe 1a curiosa idea entre los hombres profanos de que en los escritos científicos hay un estrato común de perfeccionismo. Y nada mas lejos de la verdad. Los informes de los biólogos son una dimensión, no de la ciencia, sino de los hombres. En algunos informes los lugares de recolección aparecen tan mezclados o ignorados, que las especies mencionadas no pueden ser halladas. El por qué pasa

esto con Verner no sabemos a qué motivaciones se debe. Las especies a las que consagra su atención son, en general, conspicuas y, con las pistas del texto y las fotos, zambulléndonos en las serranías en cuestión o siendo un poco mas que mediano conocedor de ellas, no es difícil revivir las andanzas de nuestro coronel.

En lo que sí es muy minucioso, en razón de su confesada "birdnesting manía", es en la transmisión de sus observaciones y descripciones de nidos y puestas. Asomémonos ahora al medio en el que se desenvuelven las correrías de nuestro autor.

La persona que sin información previa se interne en las serranías gaditanas y sus apéndices hasta la costa mediterráneo-atlántica, o a las contiguas rondeñas, desde el valle del Guadalquivir, quedará sorprendida por la riqueza de sus paisajes, muy variados y en contraste con la aridez mediterránea de las llanuras.

Los conocedores de estos espacios se explicarán perfectamente que el coronel Verner se circunscribiera a ese ámbito que, a tiro de piedra de su base de operaciones militares (Gibraltar) le brindaba una gama sorprendente de hábitats. En casi cualquier época del año se pueden encontrar lugares en esta área que, si no supiéramos dónde estábamos, pudieran pasar muy bien por paisajes nortños, por su verdor, de los que sólo se despegan, resaltando, e indicando que la primera apreciación no es cierta, los poblados de un blanco inmaculado, concentrados y mas o menos enriscados o retrepados en algún rellano de ladera.

Piénsese, primero, que las cumbres de algunas de estas serranías culminan próximas a los 2.000 metros y que su relativa proximidad a las costas las convierte en condensadoras de la humedad de los vientos marinos del oeste o del este. Suele sorprender que se cite como polo de la lluvia o de máxima precipitación peninsular a la Sierra de Grazalema, que puede recoger valores de pluviosidad anual entre los 1.500 y los 2.000 mm. Y que precipitaciones en torno a los 1.000 mm. son frecuentes en muchos puntos con la exposición oportuna.

Claro que ellas se producen en relativamente pocos días de lluvia al año – casi nunca más de sesenta- y, por lo tanto, el sol brilla la mayor parte del tiempo.

El régimen térmico de toda el área es claramente mediterráneo, si bien ya podemos intuir, por algunas muestras de vegetación de ciertas cumbres –los bosques de pinsapos- y el nombre de Sierra de las Nieves, que la altitud impone variantes, con su reflejo apuntado en la componente vegetal.

Luego, hay corredores intramontañosos, o valles encajados, que también favorecen la condensación, que si no se traduce en precipitaciones, sí se materializa en una elevada humedad relativa en buena parte del año.

Estamos en un espacio serrano, de montañas medias, con una armadura geológica compleja, propia de cordilleras alpinas, con formaciones de mantos de corrimiento, pliegues tortuosos, rotos, y asomos eruptivos, que nos hacen imaginar fuerzas de compresión S-N y empujes de fondo que propician las intrusiones y asomos magmáticos, como el más llamativo de Sierra Bermeja.

Hacia el este la complejidad orográfica se mantiene, mientras que hacia el oeste, camino de Jerez de la Frontera, la topografía se suaviza acolinándose. Es el final de las cordilleras Béticas.

En el suroeste de las serranías gaditanas se diseña una depresión oval, con su eje mayor de este a oeste, ocupada hasta los años cincuenta por una gran laguna –La Janda- hoy desecada. Tuvo un gran valor faunístico y en sus alrededores el coronel Verner dispuso de un albergue, como centro de alguna de sus operaciones para localizar nidos de grulla. Lo afable de este espacio, en contacto con los serranos, propició que ya en tiempos prehistóricos hubiera allí un asentamiento de antecesores nuestros, que nos dejaron el testimonio de sus pinturas en el llamado Tajo de las Figuras, con bastantes muestras de la fauna del momento.

Las estribaciones serranas llegan, por el sur, hasta la costa, dando lugar a frentes acantilados, con altitudes y pendientes fuertes muy próximos al mar, en los que encontró nidos de águila pescadora. Como bastión y ejemplo más meridional de ellas el peñón donde se asienta la colonia inglesa, en la que cumplía su servicio el autor.

De norte a sur, desde las suaves ondulaciones de la campiña del Guadalquivir, se alza primero el mogote de la sierra de Morón de la Frontera; después, el lomo calcáreo de la Sierra de Lijar o Algodonales; tras de atravesar el valle del río Guadalete, frente a la enriscada y espectacular villa de Zahara de la Sierra, se organiza la compleja Sierra de Grazalema, que culmina en los más de 1.600 m. del majestuoso arco de la Sierra del Pinar, con su excelente pinsapar, que se instala en la concavidad norte de la misma. Las calizas siguen siendo las responsables del diseño de las cresterías y de las masas medias y altas de estas sierras, mientras que en la base hay materiales más blandos, aunque más antiguos, pertenecientes a la facies germanoandaluza del periodo triásico, con sus colores abigarrados, que van del gris al vinoso. Se trata de arcillas y margas yesíferas, que se prestan a los deslizamientos y movimientos en masa y a aportar una

componente salina a las aguas que circulan sobre ellas, lo que da lugar a cintas de tarajes o tarayes en las orillas de ríos y arroyos.

Pero sigamos con el relieve. Rebasada la Sierra del Pinar, la topografía se disloca. Hacia el sureste se yergue la agreste Sierra de Líbar y hacia el sur, siempre por calizas, llegamos a los riscos buitrones que dominan Benaocaz y el surco de la Manga de Villaluenga. Más a partir de los puntos anteriormente citados van a aparecer otros materiales rocosos, que dan topografías más suaves: areniscas más o menos flischoides (hace alusión este nombre a un tipo de deposición sedimentaria alternante y rítmica de estratos duros y blandos.), que reciben el nombre de la sierra con la que culminan estos materiales y que es la del Algibe, con poco más de 1.000 m.

Para encontrar las altitudes mayores tendríamos que seguir la dirección, desde Grazalema, este-sureste, que nos llevaría a la depresión intramontañosa en la que se instala Ronda y tras de la cual se alza la mole inmensa de la Sierra de la Nieves, en la que se rondan los 2.000 m. En esta sierra, juntamente con la de Tolox, seguimos en calizas en las que se dibuja todo el recital de formas propias de este material que, en muchos casos, propician la existencia de microhábitats para flora y fauna.

Volviendo a la dirección sur y ya en plenas areniscas, por serrezuelas más o menos quebradas, llegamos a la costa, a la que se asoman de forma abrupta las de Retín, la Plata, San Bartolomé y Fates. Mas algunas muestras de calizas siguen apareciendo: aparte de las durísimas que configuran el Peñón, con sus paredes verticales, están las calcarenitas que dan lugar en Vejer de la Frontera a paredes de varias decenas de metros y, entre Vejer y Conil hay calizas cretácicas, más blandas y erosionables, sobre las que se generan relieves más afables.

El relieve en los materiales descritos, pero sobre todo en las calizas y las areniscas es fragoso y con formas y microformas muy favorables como áreas de refugio y nidificación. Las calizas son propicias a la formación de paredes verticales o extraplomadas; bien estructurales como las de la Sierra del Pinar, que albergan al águila real o las del Peñón de Zaframagón y sus colonias de buitres leonados; o bien por la acción fluvial, que taja barrancos impresionantes, más bien cañones, como los del río Guadiaro, en el término de Gaucín, o el de la Garganta Verde en Zahara de la Sierra. También la acción del agua, aprovechando diaclasas y partes débiles de la roca, agranda las grietas o forma cavidades adecuadas a la nidificación de rapaces y vultúridas, además de dotar a estas sierras de aparatos hipogeos numerosos. Verner hace referencia y fotografía la cueva del Gato, que está en

el Guadiaro, aguas arriba de la Hoz de Gaucín y en las proximidades de la Cueva de la Pileta, que cuenta con muestras prehistóricas de arte rupestre.

Por su lado, en las areniscas, la meteorización produce el fenómeno llamado taffonización, que se traduce en la génesis de cavidades y nichos, a partir de la superficie, más o menos ovales, que pueden llegar a dimensiones métricas, y que cuando surgen en lugares no fácilmente accesibles, son excelentes refugios o puntos de nidificación. En ellos encuentra el coronel desde los aviones roqueros y zapadores y roqueros azules, hasta buitres. Son las fotos que publica las que nos muestran esas particularidades y las que hacen detallarnos, ante las dificultades de los accesos, sus prácticas de “climbing” (escalada en roca), que también realiza en árboles.

Las aguas corrientes también actúan agresivamente en las areniscas, dando lugar a valles en uve, a veces muy aguda y profunda, que los convierte en unos microhábitats umbrosos y húmedos, refugio de flora relictas y endémica, que reciben el nombre local de “canutos”.

En ellos pueden aparecer también los taffonis y a las avecillas antes citadas se las une el conspicuo mirlo de agua, ya que muchos de estos arroyos son de aguas permanentes.

Hemos ido sumando variables: las topográficas, las litológicas, las climáticas y las altitudinales. Y el resultado, al que habría que sumar la intervención secular del hombre, es el de un variado, notable y original mosaico de paisajes físicos, que a continuación veremos cómo se reflejan en paisajes vegetales múltiples, soportes de una variada y relativamente rica fauna.

Podemos encontrar frondosas masas boscosas de alcornoques y de quejigos, sobre los suelos de carácter ácido, generados sobre las areniscas y los materiales flischoides. En ellos y también en los tramos más tendidos de los valles fluviales con aguas más o menos permanentes, son frecuentes las alisedas y rodalillos de otros árboles de ribera, como sauces, fresnos y álamos blancos. Mientras, en las cumbres de esas sierras se desarrolla un matorral dominado por el quejigo enano o robledilla, al que acompañan especies arbustivas más comunes. Y en los “canutos”, junto con los alisos, laureles, acebos, avellanillos y el endémico y espectacular hojaranzo o rododendro pónico, que es todo un espectáculo en la época de la floración, con sus grandes flores lila pálido.

Sobre los suelos de carácter básico, generados o producidos sobre las calizas, aún podemos encontrar algún resto de más extensos acebuchares,

siempre por debajo de los 200 m. de altitud. Y de forma, en general dispersa, algarrobos.

Pero la dueña de los substratos calcáreos, salvo en la costa, es la encina, que trepa por las laderas hasta altitudes de 1.000 m., aunque en los terrenos poco afables lo haga de forma muy dispersa y las más de las veces como simple reliquia arbustiva, debido al mal trato secular del leñador y el ganadero que sobrepastorea. En la mayoría de los casos, las partes altas de las sierras calcáreas, si no las observamos muy de cerca, se nos presentan como verdaderos desiertos. Verner emplea el calificativo de desolación, como efectivamente así es. Sin embargo, la existencia en su proximidad de puntos favorables a la nidificación, convierte a estas cumbres en atalayas, que metódicamente son sobrevoladas por los buitres.

En exposiciones norte, en la Sierra del Pinar y en la Sierra de las Nieves, el relictivo y endémico pinsapo tiene sus únicos reductos, a los que hay que sumar los de la más meridional Sierra Bermeja, que se instalan con otras orientaciones. El nombre de esta sierra hace referencia a la tonalidad que toman en superficie, al descomponerse, las rocas que la configuran. Se trata de unos materiales ultrabásicos del grupo de las serpentinas.

Pero el coronel, salvo a esta última, no les echa cuenta, ni nos habla de los pinsapos. Y si se acercó y cita a Sierra Bermeja es porque en sus riscos anidaba nada menos que el quebrantahuesos.

En cualquier caso y aunque sí hay manchas importantes de bosque, éste, en su mayoría, se hallaba y se halla adehesado, siendo la ganadería su explotación tradicional, lo que siempre supuso una importante fuente de alimentación para la comunidad de necrófagos.

Los matorrales han subsistido, desde tiempo inmemorial, a las antaño mucho más extensas manchas de bosque. El arbusto de mayor porte que se adueña del espacio, si el hacha no le persigue, es el lentisco, al que acompañan en la sustitución jarales, brezales y escobonales. Y donde el expolio se acentúe será el palmito el que más aguante.

Hasta la misma costa llegan los lentiscales, a los que puede acompañar alguna mancha de coscoja, con sabinas moras y el menos frecuente enebro de la miera. Sigue habiendo, evidentemente, las habituales leguminosas retamoides, cistáceas y brezos, colonizados y enmarañados muchas veces, al igual que en el interior, por las lianas mediterráneas: zarzaparrilla, clemátides, aristoloquias y madre selvas, entre otras.

En tiempos de Verner ya había repoblaciones de pinos y él nos los cita, porque son buenos emplazamientos para la nidificación de especies que le interesan. Y por último tendríamos los espacios abiertos. Naturales unos, como toda la depresión amarjalada de la Laguna de la Janda; y las marismeñas desembocaduras de los ríos Guadarranque y Palmones. U otros de origen humano, con fines agrícolas o pecuarios sobre todo al suavizarse las sierras hacia el oeste, que atrajeron al coronel porque allí había todavía avutardas.

Este es el mundo en el que desenvuelve su actividad naturalista nuestro autor, pero las condiciones de realización distan mucho de las que tendríamos hoy y ello merece una digresión final.

Hasta épocas muy próximas a nosotros hacer la travesía norte sur que detallamos páginas atrás, acceder a sierras y pueblos de la zona o incluso seguir las vías de comunicación existentes mediado este siglo constituía un martirio para el automovilista, cuando no la imposibilidad por falta de accesos. A principios de siglo estábamos saliendo de la época de las diligencias. La vocación de este espacio, tras de ser reducto defensivo de los árabes, por razón de su impenetrabilidad, dificultad de vigilancia y de rutas que no fueran sendas de montaña solo dominadas por los nativos, era de tierra de contrabandistas y de bandoleros. Los accesos a multitud de poblaciones solo se lograban a pie o a lomos de avezadas caballerías en interminables jornadas, que es como hubo de moverse nuestro coronel.

Al mismo tiempo, este tipo de dificultades tenían su aliciente para el habitante de una Europa mucho más evolucionada y con una naturaleza transformada y sobre todo zoológicamente empobrecida. Los obstáculos eran una garantía de tierras más o menos vírgenes por investigar.

El Mediterráneo andaluz y España en general eran -y todavía en parte lo son- paraísos extratropicales, con un nivel de civilización diríamos confortable y con atractivos culturales no desdeñables. Por otro lado, el extremo meridional peninsular, de cara al fenómeno migratorio de las aves del paleártico, es excepcional. Estamos en una cabeza de puente que reúne condiciones magníficas, no solo por la posición sino por la abundancia y diversidad de hábitats.

Es esa riqueza escénica, naturalística y cultural la que atrae a mucho extranjero que, si es hombre de letras, escribe sobre España, en muchos casos con criticismo acre, pero que, si puede se queda a vivir aquí, sin volver a buscar las excelencias de su país, que en el nuestro parecen no existir.

SEMBLANZA DE W. VERNER (Santiago de Mora-Figueroa y Williams)

El Coronel Verner es un personaje que siempre ha estado muy vivo en mi imaginación, y eso que murió veinte años antes de nacer yo. Desde niño oí hablar mal de él a mi familia inglesa, que lo consideraba atrabiliario. En cambio mi familia española lo recordaba como un excéntrico simpático y algo romántico. Aquello me parecía una extraña paradoja, ya que –pensaba yo en mi inocencia– quien debería haber congeniado con Verner era su compatriota, coetáneo, vecino en la provincia de Cádiz y ornitólogo como él, mi bisabuelo Walter J. Buck, mucho más que mis antepasados Mora-Figueroa, típicos ganaderos y labradores andaluces bien poco cosmopolitas y muy afincados en sus tierras cerca de Vejer.

El caso es que en la vieja biblioteca de mi casa no estaba *My life among the wild birds of Spain*, pese a que abundaban los libros de caza y naturaleza procedentes de las colecciones de mis parientes W. J. Buck, su co-autor Abel Chapman y el ilustrador de éste W.H. Riddell. No aparecía Verner citado en *Wild Spain* o en *Unexplored Spain*, ni tampoco Verner mencionaba a Chapman y Buck. Y sin embargo era impensable que hombres tan próximos en gustos y hasta en lugares de residencia no se hubiesen conocido o al menos leído sus obras respectivas. Renuncié a adarar el pequeño misterio y terminé relegándolo a la categoría de enigmas sin solución posible, como hizo Giraudoux con el caso sorprendente de cierto viejo Embajador de Italia en París que le deslizó al escritor un huevo duro en la mano, al felicitarlo en una ceremonia oficial de entrega de premios escolares.

Hasta que un buen día encontré en un cajón un álbum de recortes de periódico con reseñas y comentarios sobre *Unexplored Spain*, el libro de Chapman y Buck publicado en 1910. Los artículos eran todos elogiosos salvo uno, de autor anónimo, publicado en la *Saturday Review*. La crítica no llegaba a ser feroz, pero sí resultaba agria. Acusaba a los autores de inexactitudes ornitológicas, de *florid verbosity* y de haber escrito un libro menos interesante que el que publicaran en 1893, *Wild Spain*, sobre el mismo tema. Peor aún, se burlaba con ironía de lo orgulloso que estaba Chapman de haber revelado cómo los flamencos colocaban las patas para empollar los huevos (dobladitas y no despatarradas) y también de haber "descubierto" (las comillas guasonas son del crítico) en 1883 la manada de camellos asilvestrados del Coto de Doñana.

El crítico punzante no era otro que Willoughby Verner, y Chapman lo sabía. Furioso, escribió una carta al director de la revista y otra a los propietarios. En la primera no mencionaba por su nombre a Verner, pero preguntaba retóricamente si

el crítico anónimo no sería uno de aquellos cuya exactitud y buena fe aparecían impugnadas en la página 272 de *Unexplored Spain*, donde en efecto se alude a quienes sin motivo y con insidia se atribuyen el mérito del hallazgo de la cloquera de los flamencos. En la segunda carta denuncia ante los propietarios al director de la *Saturday Review* por haber encargado la crítica al Coronel Verner, "*un hombre que desde hace muchos años ha mantenido frente a mí una actitud sistemática de mentiras y denigración maliciosa y sin escrúpulos*". También acusa al director de mala fides y de publicar una reseña que viola cuanto supone "*honor, franqueza y hombría*".

En Alemania hubiese habido un duelo inmediato; en Inglaterra la cosa acabó ante el juez. El director de la revista y Verner se querellaron contra Chapman por difamación. Las tres partes emplearon a los mejores abogados de la época, el juez –que se llamaba Darling– ironizó sobre el caso y todos los diarios de Londres se pasaron tres días jaleando a los contendientes del "*flamingo case*". Al final el juez incitó a los abogados a poner de acuerdo a las partes, hubo excusas mutuas a regañadientes y Chapman se declaró satisfecho y pagó las costas.

La última información escrita que poseo de estas tormentosas relaciones entre ambas familias la acabo de encontrar en el álbum de firmas de la casa donde escribo estas líneas, en Arcos de la Frontera. Cuando vivía en ella mi tía abuela Violeta (hija de Walter Buck, ahijada de Abel Chapman y mujer de William Hutton Riddell) aparece, en enero de 1927, el nombre de una invitada notable, una Sra. (¿Leila? la firma es poco clara) Verner, residente en El Águila, Algeciras. Debía de ser la única hija de Willoughby Verner. Hay, pues, que deducir que ambas familias –o lo que quedaba de ellas– se habían reconciliado. Claro que ya habían muerto Buck y Verner y poco antes habían caído, en la Gran Guerra, Bertram y Rudolf, sus respectivos y únicos hijos varones. Cabe sacar la triste conclusión de que los ornitólogos, como el resto de los mortales, hacen las paces en los entierros.

A la luz de estas informaciones que me llegaban tres cuartos de siglo después del curioso suceso, empecé a comprender mejor a Verner. La verdad es que en su libro sí aparecía una referencia a *Wild Spain*, bastante favorable aunque sin mencionar a los autores. Y a éstos sin duda se refería también Verner en su primer capítulo al alegrarse con sorna de haber evitado descubrimientos de camellos y flamencos. En resumen, Verner y Chapman se parecían demasiado para congeniar. Ambos eran de genio dominante, ambos se consideraban precursores en la exploración ornitológica de la España meridional, aunque Verner reconocía la condición de mentores a Lord Lilford y al Coronel Irby.

Por último, Verner coincidía, no sólo con Chapman sino con los demás ingleses de finales del siglo XIX y principios del XX mencionados en estas líneas, en que habiendo conocido tierras muchos más exóticas y lejanas que España era ésta la que lo atraía con más fuerza. En eso todos ellos se parecían a los viajeros románticos de dos o tres generaciones antes: estaban cautivados por la esencial ambivalencia que intuían en nuestro país, nuestro paisaje y nuestro paisanaje. Por un lado esto era Europa, los naturales tenían la tez blanca y se veían iglesias góticas. Por otro lado aquí la naturaleza era muy agreste, con osos, linceos y flamencos (de las dos clases), y la gente era bravía, con bandidos y toreros. La Península Ibérica era para Europa una marca —en el sentido geopolítico de la palabra— tanto como lo eran los Balcanes. A veces el *dépaysement* es más punzante y placentero recorriendo Gredos en mula que el Himalaya en yak, merced al contraste entre lo familiar y lo exótico.

William Willoughby Cole Verner, Coronel e hijo de Coronel, debía de llevar en las venas ese gusto —entre militar y misionero— por el riesgo y la ambigüedad cultural de las marcas imperiales, pues era sobrino bisnieto de Sir William Verner, de Verner's Bridge, Condado de Armagh, uno de los fundadores de la Orange Institution en Irlanda. Willoughby Verner nació en 1852. En 1874 ingresó en la Rifle Brigade y pasó toda su vida militar en esa unidad. En 1881 hizo el curso de Estado Mayor, obteniendo el primer puesto de su promoción tanto en la entrada como en la salida de la escuela. Ascendido a Capitán, participó en la Expedición al Nilo de 1884 y 1885. Más tarde, ya Teniente Coronel, fue nombrado Profesor de Topografía Militar en la Academia de Sandhurst, pero al estallar la guerra contra los boers en 1899, fue destinado a Suráfrica, donde participó en los combates de Belmont y Graspan. En este sufrió un grave accidente al caer su caballo y aplastarlo contra una roca. Lo dieron por muerto pero se recuperó, aunque no lo bastante como para continuar en activo en el Ejército. Se retiró con el grado de Coronel a vivir a Algeciras, donde se hizo una casa, El Águila. Nunca se consoló de no poder luchar en la Primera Guerra Mundial, donde murió su hijo Rudolf, oficial de la Armada, al ser hundido su barco en los Dardanelos, y también su yerno.

Verner pasaba más de la mitad del año, de Noviembre a Junio, en Andalucía y el resto del tiempo en su casa de campo inglesa, Hartford Bridge. Alguien que lo conocía muy bien, Harold Hodge (1862-1937, editor de Saturday Review), escribió que "*la vida libre y aventurera que llevaba en España era más completamente de su gusto que la vida en Inglaterra*", y que el propio Verner solía decir "*in England you can get no wild life*". En Andalucía cazaba, montaba a caballo —pese a las graves secuelas de su caída en el campo de batalla surafricano— y, sobre todo, observaba las

aves rapaces. Mi abuelo Tamarón se asombraba de ver a aquel hombre medio lisiado descolgándose por los precipicios de las sierras en busca de nidos.

Debía de ser una persona muy activa y muy inteligente, pero su tercera cualidad, la curiosidad intelectual, tal vez lo llevó a dispersar las dos primeras. Todo le parecía interesante, incluso lo que descubría por casualidad, como ocurrió con la Cueva de la Pileta y sus importantes pinturas rupestres, que dio a conocer en 1911 en la *Saturday Review*. Además de ser un excelente cartógrafo y dibujante y disfrutar con la caza y la ornitología, era aficionado a la navegación a vela, al polo, al cricket, a la fotografía y, por supuesto, a escribir historia militar. Porque el Ejército fue la gran pasión de su vida, una pasión frustrada por el accidente de Graspan pero quizá también y desde antes –como insinúa su amigo Hodge– por la incompreensión o la envidia de quienes tenían menos dotes y menos dotes que él. Parece ser que en las operaciones militares de la expedición al Nilo de 1884, los dos Capitanes más brillantes eran Kitchener y Verner. Pero Kitchener –de quien Churchill decía "*puede que sea General, pero nunca será un caballero*"– llegó a Mariscal y Ministro de la Guerra y Verner no pasó de Teniente Coronel en activo y luego lo estampillaron de Coronel para jubilarlo. Según Hodge, podían haberlo movlizado de nuevo en 1914, pese a sus lesiones, que no le hubieran impedido hacer un buen trabajo de Estado Mayor.

¿Por qué se truncó su carrera? La dispersión de sus capacidades, antes apuntada, no es la única explicación. Tampoco termina de aclarar el caso la probable envidia de algunos burócratas militares hacia un hombre que además de despierto y diligente era valeroso, bien parecido y de buena familia. La verdad es que leyendo entre líneas el panegírico de Hodge y recordando la casi desvanecida tradición oral empieza uno a sospechar otra cosa: Verner era algo soberbio y petulante. Podemos comprender que fuese un poco creído, pero también hay que entender ciertas reacciones, como la irritación con que los marinos acogieron su artículo, "A Fool's Paradise", sobre las supuestas deficiencias navales en Malta. A Verner debía de gustarle mucho dar lecciones, con o sin motivo. Pero hay que añadir en su honor que, como buen estoico, no se quejaba luego de las consecuencias.

Su mejor epitafio y a la vez frontispicio de su libro sobre España pueden ser estas palabras de su biógrafo: "*Acaso en Tapatanilla, su choza de caza en la gran llanura de la Janda, era donde Verner se encontraba de verdad más perfectamente feliz que en ningún otro lugar del mundo. [...] Allí, entre los pájaros silvestres, los toros casi salvajes y los rústicos sencillos, con su caballo, su perro y su escopeta, Verner se sentía un hombre libre*".

Ya han desaparecido los imperios, el espíritu libre de las marcas y hasta la Laguna de la Janda, pero se comprende que para Verner, uno de los últimos sabios aventureros de esa época tan próxima y la vez tan remota, la España agreste fuese el Paraíso Terrenal.

El Marqués de Tamarón
Arcos de la Frontera
Agosto de 1998



Dibujos de Cueva de la Pileta, por W. Verner en The Saturday Review of London, 1911.

VERNER Y AQUELLOS “LOCOS” INGLESES

(Mauricio González-Gordon Díez, 1923-2013)

Los ingleses han sido amantes de la naturaleza y de las aves en particular desde hace siglos. Ya en 1747 se había popularizado esta afición en aquel país hasta tal punto que escribía Peter Collinson "*en Inglaterra las obras de historia natural se venden mejor que ningún otro libro*". Veinte años más tarde, en 1763, el "*Critical Review*" opinaba que la historia natural se había convertido en el "*estudio favorito de los tiempos*", y, en el primer tercio del siglo pasado, cuando sacó Audubon a la luz su importante obra sobre las aves de América, fue en Inglaterra y no en Estados Unidos, donde la publicó. De los 180 suscriptores que listó en 1831 el noventa por ciento eran ingleses.

Durante el siglo XIX, Gibraltar, la industria vinatera jerezana y el clima de Andalucía atrajeron a nuestra comarca a numerosos ingleses que, siendo amantes de la naturaleza, pronto descubrieron en nuestra tierra un verdadero paraíso donde poder observar la fauna y la flora y practicar sus deportes favoritos de andar, escalar, montar a caballo, o cazar. El coronel Verner, el también coronel Irby, Lord Lilford, Saunders y Abel Chapman, entre otros, escribieron afortunadamente libros en los que describieron minuciosamente las experiencias vividas durante sus frecuentes estancias en nuestro país.

La mayoría de estos hombres eran especialmente aficionados a la caza y muchas de sus observaciones fueron hechas con ojos de cazador. Así lo hizo A. Chapman en una corrida de toros a la que asistió y sobre la que dice escuetamente en su diario: "*Feria de Jerez. Mi primera corrida. ("BAG"). Se cobraron diez caballos, seis toros y un hombre*".

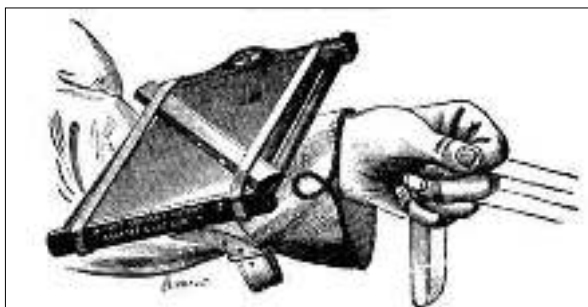
Era gente de gran personalidad y características humanas típicas de los forjadores de un imperio. Con aires de superioridad y a veces cierta prepotencia frecuentemente criticaban lo español. Recuerdo como el Capitán Collingwood Ingram, gran botánico y ornitólogo de la siguiente generación a quien debemos la primera descripción de nuestro Urogallo como subespecie, y con quien cazaba hace más de 50 años, me decía: "*En España sois un desastre, no tenéis nombres para vuestros pájaros y en el campo a lo más que se puede aspirar es a que le digan a uno si es un pájaro o un pajarito*". Sin embargo a todos ellos les encantaba España, y no hay más que leer algunas de sus cartas para comprender cuanto disfrutaban a pesar del "ajo" y de las "pulgas".

En el campo, el español medio los consideraba seres un poco locos ("*lunáticos inofensivos*" según interpretación de Verner). Cómo, si no, escalar un acantilado simplemente por coger unos huevos de águila que para poco podían servir. Es natural que el pastor, tras preguntar la razón del interés en obtener esos huevos, llevara a Verner a escalar una peligrosa roca hasta la cueva en que anidaba una paloma. Ante el enfado de Verner, al comprobar que no era un nido de águila, la reacción del pastor fue: "*Usted dijo que quería escalar y coger un nido con dos huevos blancos que no sirven para nada; ahí tiene usted los huevos. Coja ahora la escopeta y tire a esas aves que son buenas de comer, mucho mejor que un águila*".

La mayoría de estos grandes naturalistas ingleses de la era victoriana eran de la generación de mi abuelo, Pedro N. González Soto, quien cazó con algunos de ellos en el Coto de Doñana. A pesar de no haberlos conocido, a estos hombres debo en parte mi propia afición. Leí sus libros y de ellos me hablaban mi padre y otros miembros de la generación puente como Carlos William y Williams H. Riddell, que desde pequeño me animaron y ayudaron a conocer mejor y por lo tanto a amar más a la naturaleza.

Desde principios de siglo han cambiado muchas cosas, pero todo aficionado a las aves o simplemente al campo, debe sin duda leer los libros que, como "*My life among the wild birds in Spain*" de Willoughby Verner, nos dejaron aquellos "locos" ingleses.

El Marqués de Bonanza



Tablero para dibujar ajustable al brazo. Invento de W. Verner.



ENTRANDO EN EL NIDO DE UN BUITRE LEONADO

Mi vida entre las aves silvestres de España, W. Verner. SGHN - IECC

MI VIDA ENTRE LAS AVES SILVESTRES EN ESPAÑA

POR

EL CORONEL WILLOUGHBY VERNER

Autor de

"Sketches in the Soudan" y "The Military Life of H.R.H. George, Duke of Cambridge".

La primera edición fue en 1909, por

JOHN BALE, SONS AND DANIELSSON, LTD.

OXFORD HOUSE

83-91, GEART TITCHFIELD STREET, OXFORD STREET, W.

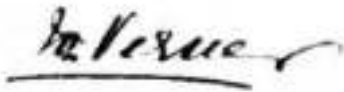
"Mi agradecimiento al editor del Saturday Review por su permiso para reproducir, en este libro, partes de ciertos capítulos que han aparecido en el citado Review. W. Verner"

PREFACIO

Desde que tenía 14 años, he mantenido la costumbre de llevar un diario de historia natural; notas y apuntes de las costumbres y descripción de bestias, aves, reptiles, y peces e insectos, pero especialmente de las aves. Y pronto comencé a ilustrar mis diarios con dibujos a lápiz y tinta y acuarelas. Ya hacia 1.874 empecé a prestar especial atención a la fauna del sur de España. Desde entonces, con ciertas interrupciones debidas a mis obligaciones militares y otras, he vivido mucho tiempo en esa región y durante los últimos años, he pasado los inviernos allí regularmente. Ahora me doy cuenta más que nunca de que es sólo viviendo entre ellos, es como se adquiere una verdadera idea de los hábitos y naturaleza de los animales salvajes. Por ello me ha parecido que merecía la pena publicar este relato de mi vida en los espacios abiertos de Andalucía.

WILLOUGHBY VERNER

Hartford Bridge
Winchfield
Diciembre, 1908

A rectangular box containing a handwritten signature in dark ink. The signature is cursive and appears to read 'W. Verner'.

CONTENIDO

TÍTULO I - LOS PREPARATIVOS

- CAPÍTULO I - EL ESTUDIO DE LAS AVES SILVESTRES
- CAPÍTULO II - VIAJE Y EQUIPO
- CAPÍTULO III - DIBUJO Y FOTOGRAFÍA
- CAPÍTULO IV - SOBRE ESCALAR EN GENERAL
- CAPÍTULO V - ESCALANDO A LOS ÁRBOLES
- CAPÍTULO VI - ESCALANDO EN LA ROCA

TÍTULO II - EN UNA LAGUNA ESPAÑOLA

- CAPÍTULO I - UN DÍA EN UNA LAGUNA
- CAPÍTULO II - LOS AGUILUCHOS
- CAPÍTULO III - LA GRULLA COMÚN

TÍTULO III - A TRAVÉS DE LAS LLANURAS

- CAPÍTULO I - UNA CABALGADA POR LA VEGA
- CAPÍTULO II - LA AVUTARDA
- CAPÍTULO III - EL SISÓN

TÍTULO IV - EN LOS BOSQUES

- CAPÍTULO I - UN DÍA EN LOS ALCORNOCALES
- CAPÍTULO II - LOS MILANOS, EL AZOR Y EL GAVILÁN
- CAPÍTULO III - EL ÁGUILA CALZADA LA
CULEBRERA
- CAPÍTULO IV - EL ÁGUILA DE HOMBROS BLANCOS
- CAPÍTULO V - EL BUITRE NEGRO

TÍTULO V – EN LOS ACANTILADOS MARINOS

CAPÍTULO I - UNA CABALGADA HASTA TRAFALGAR

CAPÍTULO II - EL CUERVO

CAPÍTULO III - EL ÁGUILA PESCADORA

TÍTULO VI - EN LAS SIERRAS

CAPÍTULO I - UN DÍA EN LA BAJA SIERRA

CAPÍTULO II - LAS PEQUEÑAS AVES DE LA SIERRA

CAPÍTULO III - EN LA ALTA SIERRA

CAPÍTULO IV - EL BÚHO REAL

CAPÍTULO V - EL ÁGUILA PERDICERA

CAPÍTULO VI - EL ÁGUILA REAL

CAPÍTULO VII - EL BUITRE EGIPCIO O ALIMOCHE

CAPÍTULO VIII - EL BUITRE LEONADO

CAPÍTULO IX - EL QUEBRANTAHUESOS

CAPÍTULO X - EL QUEBRANTAHUESOS (continuación)

TÍTULO I - LOS PREPARATIVOS

CAPÍTULO I

EL ESTUDIO DE LAS AVES SILVESTRES

Opinión popular sobre el ornitólogo - El verdadero naturalista y el destructor de vida - El tratante de huevos versus el ornitólogo - Desaparición de las aves versus recolección de huevos - La afición a las aves, algo hereditario - Tener aves de jaula - Amaestrando azores y gavilanes y halcones - La preparación de un naturalista de campo - Primera visita al sur de España - Encuentro con Lord Lilford y el Coronel Irby - "Ornitología del Estrecho de Gibraltar" - La visita del Príncipe Real Rodolfo de Austria - Ornitología en el propio país y en el extranjero - Expedición al Nilo, 1885 - En la guerra de Sudáfrica, 1899 - Literatura acerca de las aves españolas - Organización general del libro.



"¡Gracias al Cielo que no me he quedado para ornitólogo!" Han pasado ya muchos años desde que estas palabras llegaron a mis oídos. El hecho de que fueran pronunciadas por un individuo sin importancia es inmaterial; para mí su interés y valor radican en que expresan a la perfección, y de la forma más concisa posible, la actitud de la inmensa mayoría de los amigos que uno tiene hacia

la especialidad del estudio ornitológico que he seguido con determinación inquebrantable desde que era un joven muchacho.

La causa inmediata de esta profunda puntualización no carece de interés, y puede quizás servir para apuntar una moraleja a aquéllos que habitualmente se mofan de lo que está por encima de su inteligencia. Por aquella época mi regimiento estaba acuartelado en Dublín; era junio. Debido a los habituales ejercicios militares y al trabajo llevado a cabo durante los meses de verano, no resultaba fácil salir de la guarnición, excepto de vez en cuando por un par de días e incluso esto, a menudo, resultaba imposible. La inevitable consecuencia era que un buen número de jóvenes oficiales, poseídos por el deseo y la intención de irse de juerga, se encontraban incapaces de aprovechar los seductores placeres que tenían al alcance de la mano. Esta es una de las desventajas de los tiempos de paz, en que el trabajo está tan bien o tan mal calculado, como para producir el más mínimo provecho al Servicio y las máximas preocupaciones y pérdida de tiempo a los encargados de su ejecución. En tales condiciones, cualquier cosa que pueda proporcionar a oficiales y tropa un cambio en la disciplina y la rutina, es de gran valor y constituye el mejor antídoto contra un ataque de reivindicaciones.

De acuerdo con mi costumbre de toda la vida, desde que llegué a Dublín me concentré en buscar alguna nueva localidad donde poder observar algunas de mis queridas aves, y obtener información sobre su cría. Pronto obtuve permiso del dueño de una isla rocosa frente a la costa este de Irlanda para visitarla con tal objetivo en mente. Así pues, me fui a nuestras barracas a reclutar voluntarios para una expedición de cuarenta y ocho horas, y no tuve dificultad alguna para conseguir a todos los que necesitaba. Fue mientras estaba ocupado con las instrucciones necesarias para las provisiones, equipo y cuerdas, cuando un sabio y joven oficial hizo el comentario con el que esta historia comienza, justo antes de pedir otro cigarrillo y salir de la antecámara. Tal reproche, dirigido al grupo de miserables

ornitólogos, quedaba todavía más enfatizado por el hecho de que su autor se dirigía al Club Náutico de Kingstown, desde cuya ventana podía mirar los yates atracados de otras personas y aburrir a sus amigos a intervalos fijos con sus opiniones acerca de la longitud de la botavara del *Britannia* o algún otro abstracto tópico náutico.

No es necesario decir que mi "disminuido" grupo, que no estaba muy orgulloso de rebajarse temporalmente a mi nivel, me acompañó a la isla, donde nos instalamos por una noche. Nuestros dos días de exploraciones fueron recompensados por algunos de los más espléndidos escenarios, innumerables flores silvestres y unos acantilados enormes donde criaban en cantidad araos, alcas, frailecillos y varias especies de gaviotas. Al día siguiente, soplaban un viento hacia tierra demasiado fuerte como para que el pesquero que habíamos contratado pudiera venir a recogerlos, pero ello añadió más excitación, ya que tuvimos que utilizar el bote salvavidas del guardacostas y arrastrarlo por el arrecife con el viento a tres puntos sobre nuestro cuarto, a través de un mar glorioso, hacia un pequeño puerto a sotavento en la tierra firme.

El recuerdo de aquella agradable expedición (y en verdad es sólo una de los muchos cientos de ellas en que he participado) lo tengo todavía fresco, y puedo ver aún las miríadas de aves roqueras revoloteando en torno a los precipicios cuya cima escalamos, y oír el estruendo de sus diez mil gritos mezclados. Tampoco he olvidado la sensación del timón del bote salvavidas mientras se afanaba en deslizarse con una mar gruesa de popa.

Aquellos compañeros oficiales que me acompañaron en este viaje hablan todavía hoy con entusiasmo de todo lo que vieron. Por ello estoy contento al pensar que, aunque no fumáramos cigarrillos o mirásemos la botavara del *Britannia*, vimos otras cosas que dieron cierto valor añadido a nuestras vidas.

Los que lean estos comentarios sobre la afición ornitológica se preguntarán, muy razonablemente, si mi ánimo y objetivo consisten en inducir a todo el mundo a convertirse en buscadores y ladrones de nidos. Quiero dejar claro que nada puede estar más lejos de mis intenciones y que vería con consternación cualquier incremento serio en el número de los que persiguen y hostigan a las aves salvajes, especialmente las de las Islas Británicas, durante la época de cría. Por tanto, si la historia de mis experiencias ornitológicas condujera a este resultado indeseable, nada me hubiera inducido a publicarla. Pero todas mis experiencias me llevan a una conclusión exactamente opuesta, ya que estoy convencido de que cuantas más personas adquieran un interés razonable por el estudio de la historia natural en todas sus ramas, menos propensas serán, sin una buena y suficiente razón, a hacer algo que pueda tender a la destrucción de especies raras y bellas, bien sean animales, aves, insectos o flores. Yo he pasado por todas estas fases y he visto repetidamente a otros pasar también. Citando mi propia experiencia, puedo decir que como principiante estaba ansioso de ver y tocar, desollar y conservar cualquier pájaro raro. Esto, naturalmente, me llevaba a capturar aquellos que se pusieran a mi alcance. No tuve a nadie que me convenciera de dejar esa trayectoria. Además, por aquellos días no existían buenas ilustraciones sobre el color de las aves al alcance del estudiante normal, y la única forma de obtener una idea exacta del colorido y del plumaje de un ave era matándola. Sin embargo, muy pronto me di cuenta de la gran equivocación que era destruir la naturaleza simplemente para satisfacer mi curiosidad acerca de ciertos temas relacionados con ella. Además, gradualmente fui comprendiendo lo absurdo e inútil que resultaba hacer aquello. Llegué a convencerme a mí mismo de que las aves disecadas, salvo aquéllas preparadas por una mano maestra y en todo su ambiente natural, aparte de su costo y del espacio que ocupaban, no eran más que tristes objetos. El difunto Mr. John Hancock de Newcastle, un gran amigo personal de mi padre y a

quien tuve el privilegio de conocer, fue el primero en mencionármelo y, cuando algunos años más tarde tuve una modesta participación en la obtención y preparación de algunas aves y nidos para el Museo Británico de Historia Natural, comprendí lo absolutamente absurdo que era para una persona normal intentar formar una colección de aves disecadas que terminarían en el sótano. A consecuencia de ello, durante muchos años he evitado matar pájaros excepto cuando eran solicitados para colecciones como la nuestra Nacional o para algún que otro bien acreditado museo o naturalista de la categoría de Lord Lilford, que necesitan ejemplares para legítimos fines científicos.

Esto, en lo que se refiere a las aves. En cuanto a sus nidos, huevos y pollos, si un coleccionista de huevos se limita a tomar estrictamente los huevos que quiere para su colección propia o para aquellos de sus amigos que hayan podido pedirle una particular especie, hará poco daño. Desafortunadamente, algunos ornitólogos parecen incapaces de reprimirse y cogen todo lo que encuentran con el vano pretexto de “intercambiar” lo que les sobra, pretexto más propio de un coleccionista de sellos que de un naturalista.

Todavía peor que la excusa de intercambiar es la costumbre de utilizar ayudantes pagados para expoliar nidos. Los huevos así conseguidos carecen de valor, ya que estos mercenarios no distinguen, y son capaces de arramplar con todos los huevos de una región sin reparo alguno. Conozco algunos que se jactan de haber colectado en una semana más de mil huevos de los más raros limícolas y otras especies.

Después de todo, la gran fascinación del arte de buscar nidos está en la experiencia personal del que los busca. Localizar un ave salvaje, estudiar sus costumbres, seguirla hasta su lugar de cría y descubrir sus secretos, es lo que proporciona el entusiasmo e interés a esta ocupación. Si además de ello el estudioso puede conseguir fotos de las aves o de sus nidos o de ambos, se añade un factor de permanencia a la operación. Finalmente, si el interés

por ciertas especies conduce a un hombre a escalar montañas, explorar marismas remotas o realizar viajes aventureros por mar, literalmente no hay límite para la gran variedad de experiencias comprendidas en la simple palabra "ornitología".

Durante muchos años he tenido por norma invitar a amigos a venir conmigo en mis expediciones y hasta ahora, en lugar de incrementar el número de destructores de las aves, estoy convencido de haber hecho lo contrario. Tan sólo en una ocasión mi fe en esta gente ha resultado traicionada; uno de mis *cuasi* pupilos se dedicó a pagar a otros para robar nidos, un resultado de educación defectuosa y presuntuosa ignorancia en la materia.

Por otra parte he mostrado a mucha gente cuánto más disfrute y educación se pueden obtener del estudio de las aves en sus biotopos y, además, cómo este disfrute puede ser recompensado hasta el máximo sin necesidad de tomar los huevos o los pollos, o sin sacrificar a los adultos.

Una excusa favorita entre los investigadores para capturar aves o robar nidos es la necesidad natural y razonable de verificar algún punto acerca del cual tienen dudas. En estos casos, como en la mayoría, cada persona es el mejor juez de sus propios motivos y, de hecho, se pueden presentar muchas ocasiones en que estas actuaciones son plenamente justificables. Pero yo intercedería por las aves, a las que siempre que sea posible habría que concederles el beneficio de la duda. Cuanto más vive uno, tanto más se da cuenta de lo poco frecuente que es la necesidad de destruir la vida. Puedo recordar un caso de hace más de veinticinco años, cuando encontré un pequeño nido entre yerba espesa y zarzas. Estaba claro que tenía que ser bien de mosquitero musical o de mosquitero común. Observar el ave e identificarla cuando volviera al nido era imposible debido a sus costumbres de serpiente. Matarlo era lo más sencillo. La tercera posibilidad consistía en construir un lazo con crin de caballo y colocarlo en la entrada del nido. En cinco minutos tenía el pájaro agitándose en mi mano y se trataba sin duda de un mosquitero musical. Donde

una especie sea abundante y se disponga de poco tiempo, puede por supuesto ser razonable sacrificar el pájaro adulto, pero ello solo debe contemplarse como último recurso.

Pero he de negar tácitamente cualquier pretensión de ser ornitólogo a alguien que nunca haya tocado un nido. Yo he robado muchos nidos, probablemente de más especies que la mayoría de la gente en relación con los países que he visitado. Pero yo mismo he encontrado la mayoría y los he tomado con mis propias manos. La dificultad de realizar estas dos actividades conjuntamente es mucho mayor de lo que se pudiera imaginar. En los pocos casos en que yo no lo he hecho así, ha sido debido a la falta de tiempo o a la imposibilidad de encontrarme en la zona durante la época de cría. Puedo poner por ejemplo varias de las especies que anidan al norte del río Tweed (Escocia), una región que nunca he visitado fuera de la temporada de caza.

En este caso, confieso poder enumerar unos pocos huevos de mi colección conseguidos por amigos ornitólogos que, en compensación, han recibido de mí ejemplares procedentes de España que les resultaban imposibles de obtener por causas similares. Pero "intercambios" llevados a cabo en una bien definida y determinada base, no pueden ser comparados con los estragos causados por el individuo que toma veinte o treinta puestas de alguna especie rara con la idea de que algún día en el futuro tendrán un valor importante para "intercambio", aparte de su venta.

El verdadero ornitólogo contempla siempre los huevos obtenidos por intercambio simplemente como relleno para tapar los huecos entre especies cuyos huevos ha cogido él mismo, que deberán ser desechados si la suerte le proporciona la posibilidad de observar las aves y encontrar las puestas.

En cuanto a comprar huevos, quizás el único huevo que pueda ser razonable y legítimamente comprado sea el del alca gigante, ya que está claro que resulta imposible obtenerlo uno mismo o encargar a otros que lo obtengan.

No es raro oír de ciertas personas que son entusiastas ornitólogos, pero que por diversas razones como carencia de tiempo o de oportunidad, impedimento físico, falta de coraje o cualquier otra, nunca se han dedicado al absorbente estudio de las aves en sus lugares de cría, descalificaciones sobre la práctica de coger huevos, como conducente a la exterminación de las especies; y en reuniones de nuestras sociedades científicas he oído con cierto regocijo a tales personas describirse a sí mismas con orgullo ante el auditorio como no "ladrones de huevos". El hecho de que algunos de ellos fueran nefastos para la ornitología y sistemáticamente destruyeran la vida de cientos de aves, parecía no entrarles en la cabeza. El resultado histórico de matar la gallina de los huevos de oro, es bien conocido de todos. Salvo unas pocas especies que existen en pequeñas colonias cuyos nidos son fáciles de encontrar y sus huevos fáciles de robar, como por ejemplo el charrán patinegro, es correcto decir que muy pocas aves han sido exterminadas por el sólo hecho de tomar sus huevos.

Allí donde la matanza de los adultos es el objetivo, es donde aparece el peligro de exterminación. Ese fue el sino del alca gigante y de las aves no voladoras del hemisferio sur. Pero la recolección de huevos, como todo, se debe llevar a cabo de una forma razonable e inteligente.

En este punto me atrevo a afirmar que tengo posiblemente más experiencia práctica que la mayoría de los ornitólogos y ello por la simple razón de que, como este libro mostrará, he disfrutado de muchas oportunidades para visitar y volver a visitar los mismos lugares de cría de ciertas aves, a intervalos frecuentes y durante más de treinta años.

Para ser breve, mis experiencias demuestran que la recolección de huevos en la medida que sea, nunca acabará con las aves, pero en el momento en que se emplee el cepo o la escopeta para matar los adultos, hay un grave riesgo de desaparición total en la zona. Es cierto que por un tiempo,

especialmente en un país agreste como España, un ave puede encontrar un nuevo compañero para reemplazar su consorte muerto; pero el proceso no puede continuar siempre.

Probablemente la mayoría de los lectores de este libro que no sean ornitólogos, se sorprenderán al leer como los nidos son ocupados por las mismas especies año tras año y por un período indefinido. Sin embargo, esto es normal entre las especies mayores y de fácil identificación, como águilas y buitres, y es algo de fácil comprobación.

En sólo tres ocasiones desde 1875, entre cientos de nidos visitados y docenas de puestas robadas, conozco casos de desaparición de especies de la localidad. En cada una de estas ocasiones, la razón fue la destrucción - no por mí - de las aves adultas, y no la recolección de huevos o pollos. Lo más normal es que cuando se toman los huevos, las aves hacen una nueva puesta. He comprobado que esto ocurre con la mayoría de las grandes rapaces. Incluso cuando la segunda puesta es robada, estas aves se cambiarán simplemente a un lugar alternativo para intentar criar el próximo año, y nada parece disuadirlas de su intento de anidar una y otra vez en uno de sus tres -ya que tres es el número habitual- lugares favoritos dentro de la zona. Pero cuando la escopeta o el cepo, o peor aún el veneno, aparecen en escena, sus días están contados y el investigador como yo, encontrará desiertos los lugares de cría al volver a visitar algún espacio natural.

Puedo mencionar aquí que mis opiniones sobre el daño comparativo causado por la destrucción de las aves y por el robo de los huevos son completamente compartidas por Mr. Frederick C. Selous, el famoso cazador de caza mayor y entusiasta coleccionista de huevos.

La gente me ha preguntado frecuentemente, cómo, cuándo y por qué adquirí mi pasión por las aves y su biología. La única respuesta que puedo proporcionar es que, aparentemente, se trata de una cuestión "hereditaria".

Mi abuelo se dedicó a las aves, y algunas de las primeras pinturas de aves que puedo recordar, fueron hechas y coloreadas por él en los tempranos años del siglo pasado. Mi padre heredó el mismo gusto, pero en su caso tomó la forma de afición por mantener aves de jaula de todas clases. En esto alcanzó un nivel muy alto, ya que para él no había especie demasiado delicada o difícil de alimentar y aunque, al igual que todos los criadores de aves de jaula, la mayoría de su colección consistía en fringílidos y alondras, no dudó en mantener viva y sana cualquier ave de pico suave que cayera en sus manos. Currucas capirotadas y ruiseñores estaban en la lista y puedo recordar más de un ruiseñor que cantaba de maravilla en una pequeña jaula. Para conseguirlo era necesario algún alimento natural, y esto se obtenía a base de gusanos de harina que normalmente escapaban por su habitación. Fue precisamente debido a las necesidades de los ruiseñores por lo que una raza peculiar de cucarachas se introdujo en nuestra casa.

Pero el mayor logro de mi padre con las aves mientras que tuvo fuerzas y salud, fue a un nivel mucho más alto que el de las aves de jaula. Mi padre fue uno de los miembros del grupo de halconeros que durante los años comprendidos entre 1845-60 resucitaron de hecho el arte de la cetrería en las Islas Británicas. En la preparación de azores, gavilanes y halcones hubo muy pocos que lo superaron. Su mejor aliado en esta causa fue el difunto Francis Henry Salvin que murió en 1904.

El difunto Lord Lilford que, aunque impedido de practicarla desde muchos años antes de su muerte por sus penosas dolencias, se había dedicado fervientemente a la cetrería, me contó cómo cuando era un muchacho, fue llevado por su padre al Castillo de Edimburgo para ver los halcones peregrinos entrenados por el Capitán William Verner (mi padre). Esto debió haber sido hacia 1848.

Desde mi niñez puedo recordar ver peregrinos, esmerejones y gavilanes posados, los primeros sobre sus bancos

de piedra, los otros en sus alcándaras, provistos de pihuelas, tornillo, cascabeles y lonja, con un aspecto perfecto, y me enseñaron, desde que aprendí a andar, a llevar un halcón amaestrado sobre el puño.

Guardo recuerdos confusos de un espléndido halcón gerifalte, del que tengo un retrato a pastel de tamaño natural hecho por un amigo de mi padre. Un azor amaestrado también estuvo presente largo tiempo en mi niñez y recuerdo bien a mi padre explicándome como su naturaleza especialmente salvaje hace doblemente difícil entrenar a esta especie.

Los últimos halcones entrenados por mi padre fueron un peregrino y tres esmerejones. Con estos últimos tuvimos algunos vuelos memorables tras alondras y también cogujadas en las proximidades de Boulogne-sur-Mer. Es interesante constatar que el esmerejón amaestrado es frecuentemente incapaz de alcanzar a la alondra, salvo cuando ésta está mudando, ya que asciende rápidamente y escapa, mientras que la cogujada tiene un vuelo mucho menos potente. Recuerdo la satisfacción experimentada por mi padre al encontrar en un viejo libro francés de cetrería de los días de Luis XIII, escrito a principios del siglo XVII, que la mejor y más deportiva presa para volar un *émerillon* (esmerejón) era la *cochéris*, o *alouette des grands chemins* (cogujada común). Estaba doblemente satisfecho por el éxito que coronó sus esfuerzos y que probó la absoluta certeza de lo que había afirmado el viejo escritor. El último pájaro que yo entrené bajo la tutela de mi padre fue un gavián, hacia 1868.

En cuanto a las aves de jaula, pocos hombres conocieron mejor el arte de mantenerlas en perfecto estado de salud y cantando. Él conocía a la perfección el canto de las aves, y durante muchos años nunca dejó de tener una totovía y uno o dos pardillos, que eran las especies cuyo canto más le gustaba.

Esto me lleva a una fase curiosa de los experimentos pajareros de mi padre. Era un inveterado y entusiasta criador de híbridos (para mi horror como naturalista en embrión). No

contento con los cruces habituales entre jilguero y canario, condujo toda suerte de extraños experimentos, e indujo a jilgueros, camachuelos, pardillos y verderones a hibridarse con otras especies distintas de la suya. También mostró un interés extraordinario por cualquier ejemplar accidental de aves silvestres, especialmente aquellos con alguna coloración uniforme anormal, como un verderón de un pálido pardo amarillento, así como otros que mostraban aspectos de albinismo o melanismo. En cuanto a la hibridación, él quiso intentar mejorar con ello la capacidad de canto de sus pájaros. En el caso de especies puras, ponía un joven pardillo a oír a un buen canario, o más sorprendente aún, a una totovía, y ciertamente triunfó obteniendo maravillosos cantos de sus aves.

Creo que ya he dicho bastante como para probar que me crié en una atmósfera muy pajarera. Mi manía por las aves no es fácil de conseguir.

El primer nido que yo encontré de un ave silvestre era de un pardillo y estaba en un islote del Támesis cerca del Palacio de Hampton Court. Por supuesto rompí los huevos y luego me arrepentí de ello. Eso era por 1857.

En 1860 mi padre construyó una casa en Quarr Wood, cerca de Ryde, en la Isla de Wight y entonces tuve la oportunidad de andar suelto por allí y aprender a trepar. Recuerdo bien mi primer nido de zorzal común y mi primer nido de zorzal charlo, los dos en el mismo árbol. Este fue también mi primer árbol. Yo entonces tenía 8 años y medio.

Fue por aquella época cuando un viejo amigo de la familia, al ver mi pasión por las aves, me regaló un libro sobre los huevos de las aves británicas, con ilustraciones a color de Richard Laishley, publicado en 1858.

Esto facilitó las cosas, y yo leí y releí aquel libro hasta que me lo aprendí de memoria. Todavía no lo he olvidado. Bien por el hecho de que resultaba imposible mantenerme vestido, debido a mi afición a trepar a los árboles o bien porque se pensó que yo

podría acabar como un maníaco de la recolección de huevos, lo cierto es que mi padre no desaprovechó ninguna oportunidad desde entonces para quitarme de la cabeza mi inclinación por los nidos. Pero ya era demasiado tarde, y como suele ocurrir, yo me mostré aún más determinado a perseverar en ello.

Pero fue de mi padre de quien heredé mi gran interés por las aves y los elementos de la ciencia de la búsqueda de nidos. Cuando él quería conseguir pardillos jóvenes para someterlos a un curso de educación vocal, me llevaba a las zonas abiertas del interior de la Isla de Wight y tendido en el suelo, con los prismáticos en la mano, localizaba pronto los nidos de pardillo en las matas espinosas de aulaga, observando los movimientos de las aves adultas desde lejos. Yo me aproveché pronto de esta admirable enseñanza y no pasó mucho tiempo antes de que yo encontrara escribanos cerillos y los más raros escribanos soteños, empleando la misma táctica y sin prismáticos.

Una visita a Netley Abbey, en la primavera de 1862, me puso en contacto con lo que para mí era un ave inmensa, la doméstica grajilla. Estaban anidando en los agujeros de la viejas paredes y mi padre me levantó sobre sus hombros. Recogí muchos huevos, y terminé resbalando y cayendo sobre su sombrero de copa de seda, con resultados desastrosos para el sombrero y los huevos. Por aquellos días se llevaban sombreros de copa, si se quería estar a la moda, ¡incluso en los picnics!

Como resulta fácilmente imaginable, esa desaprobación paternal resultaba insignificante junto a las deliciosas lecciones que recibía acerca de cómo encontrar nidos. Desde entonces nunca he desaprovechado una oportunidad, con tiempo bueno o malo, para estudiar las aves y sus hábitos, y sé bien que no habría un hombre en toda la tierra más satisfecho y orgulloso de mis pequeños éxitos en el mundo de la Ornitología que mi buen padre.

Fue otro de los viejos camaradas de mi padre quien, aunque murió cuando yo era demasiado joven para aprovecharme

directamente de sus conocimientos sobre las aves y la historia natural, afortunadamente los dejó recogidos en un tratado, que contribuyó a educarme en los elementos de esa deliciosa ciencia más que ningún otro.

Se trataba nada menos que de Charles St. John, cuyo fascinante libro "The Wild Sports of the Highlands" fue mi primera introducción a innumerables ramas de los deportes de campo y de la historia natural. St. John le dio a mi padre una copia original de su libro, publicado en 1845, quien me lo encomendó a mí. Fue luego "tomado prestado" por un compañero oficial sin escrúpulos que nunca lo devolvió. Si quien lo tomó prestado no está muerto (como así espero) y lee esto, quiero desde aquí advertirle que me devuelva el libro.

Fue St. John quien me inspiró cientos de fórmulas para observar las costumbres de las bestias salvajes, aves, peces y reptiles, y fue debido a su estrecha amistad con mi padre, unida a su propio interés y conocimiento de las aves, que yo me crié con una gran inclinación por todo lo relacionado con la historia natural. Una inclinación que me ha mantenido el buen ánimo y me ha provisto de innumerables alegrías y felicidad en frecuentes ocasiones en que he estado rodeado de las más adversas y depresivas circunstancias.

Otro libro delicioso, que debe haber inspirado a muchos jóvenes naturalistas junto conmigo, es "Ornithological Rambles in Sussex", del Reverendo A.E. Knox, ahora por desgracia desfasado. Contiene la más fascinante información sobre la vida de las aves en el sur de Inglaterra durante los años cuarenta.

En 1874 fui con mi regimiento a Gibraltar y permanecí allí hasta 1880. En el sur de España y en la costa de Marruecos encontré un campo inmenso para la investigación ornitológica, con las únicas limitaciones impuestas por la dificultad de obtener suficiente permiso de ausencia y la carencia de los pertrechos de guerra necesarios para organizar expediciones, ya que viajar por ambos países, España y Marruecos, resultaba algo caro.

Fue en Gibraltar donde me encontré por primera vez con el viejo amigo de mi padre, el difunto Lord Lilford, que se dirigía en su yate a una expedición ornitológica a las marismas del Guadalquivir. Allí, además, conocí también al difunto Teniente Coronel L.H. Irby, cuyo libro sobre la "Ornitología del Estrecho de Gibraltar" fue publicado por aquella época. Desde el día en que nos conocimos y durante los veintiocho años que siguieron hasta su muerte, en 1905, el Coronel Irby y yo fuimos continuamente compañeros en innumerables expediciones ornitológicas. Además de poseer un profundo conocimiento de las aves, era un botánico excelente y un experto en mariposas, por lo que nuestros viajes estaban llenos de interés.

En 1894 publicó una segunda edición de la "Ornitología del Estrecho de Gibraltar", en la cual se incorporaron las notas que yo hice durante los veinte años anteriores, así como cierto número de ilustraciones a partir de mis fotografías y dibujos.

Fue en 1879 cuando el difunto Príncipe Imperial Rodolfo de Austria llegó a Gibraltar en su yate, el *Miramar*, empeñado en una expedición ornitológica en España. En aquella época yo no era más que un subalterno haciendo guardias en el regimiento, y por ello me sorprendió mucho recibir una invitación del Gobernador, Lord Napier of Magdala, para cenar con Su Alteza Imperial, de cuyas inclinaciones ornitológicas yo no estaba enterado en aquel momento. De aquella introducción resultó que el Príncipe me pidió que lo acompañara al día siguiente en una excursión hacia el interior de España y como resultado de ello, cuando el *Miramar* partió hacia Tánger, me ofreció que fuera con él. Luego hicimos un crucero subiendo por el Guadalquivir, y gracias a la amabilidad del difunto Henry Davies de Jerez y sus camaradas, fuimos autorizados a visitar aquella fascinante región del Coto de Doñana. Allí entré en contacto por primera vez con los, desde entonces famosos, camellos "salvajes" y conseguí algunos huevos de flamenco. Yo estaba naturalmente muy

impresionado con todo lo que veía y aprendía y no menos con los camellos salvajes.

Sin embargo, gracias a mis mentores y consultores, Lord Lilford y el Coronel Irby, me abstuve de "descubrir" tanto camellos como huevos de flamenco en Europa, ya que por ellos había oído la historia de cómo estos camellos fueron importados desde las Islas Canarias muchos años antes y cómo una vez que se fueron sus propietarios, el encargado de ellos, abrió la puerta del establo y los dejó marchar.

En cuanto a los flamencos, es necesario ser un entusiasta ornitólogo para hallar satisfacción y placer, como me ocurre a mí, por el hecho de descubrir una puesta fresca de flamenco y además soplarla, a pesar del desagradable baño de fango que ello conlleva, debido al chapoteo del caballo.

Tras estas deliciosas experiencias en las famosas marismas del Guadalquivir, acompañé al Príncipe Imperial a Jerez de la Frontera, donde conseguimos nidos de avutarda, y después a Sevilla. Fue precisamente en este punto, cuando me dirigía con él hacia los cotos reales de la sierra de Gredos, cuando el Príncipe recibió un triste telegrama de las autoridades de Gibraltar que interrumpió de repente mi programa de absoluto placer y me ordenaba volver a la Roca para "proseguir con mi trabajo" como subalterno en la Guardia del Puerto.

Aquello constituyó realmente el paso de lo sublime a lo ridículo.

Todo esto ocurrió en 1879. Me fui de Gibraltar al año siguiente, pero desde aquella época he vuelto allí repetidamente en busca de las aves, y para practicar los deportes de campo, por periodos que varían entre dos semanas y seis meses o más.

Pero mis experiencias en la búsqueda de nidos y el estudio de las aves en su estado natural no se limitan solo a España. Durante el curso de mi carrera militar me he encontrado, frecuentemente, incluso con destinos nacionales a escasa distancia de buenas zonas para las aves, como por ejemplo

Romme Marsh, cuando estaba destinado en Shorncliffe, o Wolmer Forest, cuando estaba en Aldehost, donde había mucho que hacer con las aves en aquella época, aunque ahora la situación sea muy diferente. En el servicio extranjero surgen por supuesto innumerables oportunidades para quien tiene suficiente conocimiento de las aves y la determinación para buscarlas. Sería difícil imaginar un destino más detestable para el concienzudo ornitólogo y deportista, que Malta. ¡Aún así, he encontrado allí consuelo buscando y visitando los nidos de la pardela capirotada y del paíño común!

Puesto que todas las operaciones británicas durante mucho tiempo en el pasado han tenido lugar en regiones salvajes, la consecuencia es que, cuando el tiempo lo permite, el ornitólogo entusiasta y buscador de nidos que pueda tomar parte en ellas, tiene muchas oportunidades para aumentar sus conocimientos bajo condiciones que son favorables para coleccionar. En algunas ocasiones nuestras Fuerzas Expedicionarias han operado en regiones donde poco o nada se sabía sobre las aves, como sobre casi todo lo demás, ¡incluido el enemigo! Como es extremadamente poco probable que algún ejemplar de la, para mí, más detestable especie del género "presumido militar" de nuestro ejército vaya a leer esto alguna vez, y si así ocurre tendrá que reconocer un retrato de sí mismo, puedo decir que he experimentado a veces una maliciosa satisfacción por el aspecto estupefacto de este tipo, cuando al volver de algún reconocimiento he sacado del interior de mi casco un nido con huevos que he tenido la suerte de encontrar. Para ellos, la mera observación de tal cosa en mis manos en aquel momento constituía una prueba clara de incapacidad militar. Mientras un hombre no permita que sus inclinaciones privadas, como la afición a las aves, le impidan la ejecución de sus deberes, obviamente ninguna otra cosa sino beneficio se podrá derivar de la costumbre de preocuparse por discernir lo que es o no de suprema importancia en cada momento, y escapar del estrecho e

ilimitado convencionalismo militar que le induce a ver el Gran Templo de Karnak como "una vieja ruina de la que podía hacer una buena base de señales para el ejército".

Puesto que este libro trata casi enteramente de mi vida entre las aves de España, incluye naturalmente sólo mis experiencias en época de paz. Aún así, cuando me he encontrado en un peligroso precipicio, he recordado la inmortal descripción de la caza del zorro de Mr. Jorrocks y he pensado lo muy aplicable que era a una expedición tras las aves salvajes, en un país salvaje, donde largas marchas, dificultades de transporte y carencia de suministro sólo originan problemas relacionados con combustible, agua, comida y acampada, proporcionando todo ello combinado, una imagen no ciertamente imperfecta de la guerra. En cuanto al porcentaje concreto de peligro que entraña la caza del zorro, la guerra o la escalada de los precipicios, lo dejo al criterio individual de cada lector que cuente con experiencia en estos menesteres.

Solo citaré dos ejemplos de experiencias ornitológicas que he tenido durante el servicio activo, que pueden posiblemente resultar divertidas y en ningún caso chocar a mis lectores. En enero de 1885 el desarrollo de la guerra me colocó por un breve periodo de tiempo al mando de uno de los famosos "Vapores de Penny" de Gordon, ascendiendo el Nilo por debajo de la Sexta Catarata. Durante la batalla de Abu Klea todos los oficiales navales habían sido muertos y heridos, salvo Lord Charles Beresford, quien sufría una penosa enfermedad que precisaba tratamiento quirúrgico y lo mantuvo tumbado de espaldas durante siete días. Durante este tiempo nuestros dos pequeños vapores patrullaron el Nilo arriba y abajo recogiendo suministros y combustible. Habiendo desembarcado un día con un grupo de Chaquetas Azules y tropas irregulares de Gordon para acorralar cierto ganado, tras conducirlo a través de un bosque de granados y limoneros, llegamos a un espacio abierto tras el cual había un poblado diseminado que había sido tomado por

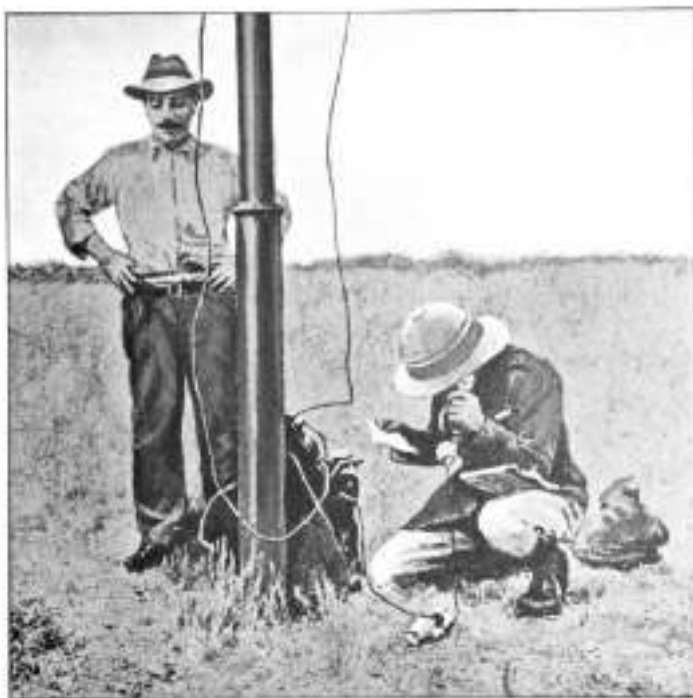
los árabes, y desde donde abrieron un intenso fuego con sus Remingtons sobre nosotros. Puesto que habíamos salido sólo para una incursión a por el ganado y el enemigo nos superaba, ordené volver atrás a través de la plantación hacia nuestro barco. Estábamos en ello cuando de pronto descubrí ¡un limonero con sus ramas salpicadas de los nidos perfectamente tejidos de los tejedores negros y rojos! Nunca había visto uno de ellos antes in situ. Desafortunadamente, estaban a ocho o nueve pies de altura, y en el extremo de las ramas pendientes. Llamando a un Chaqueta Azul que estaba junto a mí, le rogué que me diera un pie. Reaccionó cogiéndome por las piernas y levantándose con un violento impulso. Tuve apenas tiempo para agarrar un nido y metérmelo en el pecho antes que me dejara caer y retrocediéramos corriendo hasta la familiar pasarela que conducía a bordo de nuestro "barco de guerra". Al quitarnos de en medio los árabes peinaron la vegetación en el inclinado barranco y sus balas golpearon las viejas planchas de caldera que formaban nuestra cubierta blindada.

Los acontecimientos se sucedieron en esos días muy rápidamente y había mucho que hacer y en qué pensar. Por ello no fue hasta cuatro días más tarde, durante nuestra acampada en Metemmech, cuando notándome la camisa muy abultada, metí la mano y saqué el nido del tejedor ¡estrujado y tan aplastado como una torta! Sin embargo recuperó su forma y todavía hoy lo conservo entre mis tesoros, un recuerdo del punto más sureño en que pude desembarcar en el camino hacia Khartoum, y de mi única experiencia con las costumbres de cría del tejedor rojinegro.

El segundo ejemplo data de noviembre de 1899, durante los comienzos de la Guerra de los Boers. Estaba yo entonces con la Fuerza Fronteriza en Orange River Bridge, y organicé un tren para apoyar una fuerza de reconocimiento hacia los altos de Belmont, por entonces fuertemente defendidos por los Boers. Al alcanzar las tierras altas cerca de Witteputs, me detuve y

desplegué patrullas para entrar en contacto con nuestra avanzada. Habíamos traído con nosotros un teléfono de la estación y mi segundo, el Coronel Kincaid, comenzó a montarlo empalmándolo a los cables del telégrafo ordinario que corrían paralelos al ferrocarril.

Tratando de encontrar un poste conveniente, descubrí un gran nido construido en lo alto de uno de ellos. Por lo que puedo recordar, había solo tres aisladores y los cables y, aún así, el ave, una corneja sudafricana (*Corvus capensis*) había conseguido construir un nido compacto compuesto de varios trozos de hilo



Lugar de anidación de una corneja africana

telegráfico y recortes de alambre de espino de las cercas (tanto árboles como postes eran escasos en aquella región). Un zapador trepó y tiró el nido que estaba revestido con hierbas de la selva y lana, y que contenía huevos frescos. Lo interesante para mi fue

que, inmediatamente, los reconocí como similares a unos huevos no identificados que me fueron traídos cuando yo era un muchacho en la Isla de Wight desde El Cabo, hacía más de treinta y cinco años. Eran auténticos huevos de corneja en cuanto a forma y marcas, pero en lugar de ser verdes, eran rojo oscuro.

Pronto empalmamos un alambre y establecimos comunicación con Orange River y me encontré a mí mismo hablando con un General Inspector que había llegado durante mi ausencia a Orange River en un auténtico tren blindado (el mío era simplemente un "crucero desblindado") y expresó su intención de venir a ver lo que estábamos haciendo. Alguien me tomó la inevitable fotografía cuando estaba luchando con el teléfono. Meses después conseguí en París una reproducción de la foto con la inscripción: "le colonel Kekevitch se servant du téléphone de campagne en avant de Kinberley". Aquello me recordó la situación completa, el poste telegráfico, el nido expoliado de la corneja y el impasible zapador tomando notas mentales de mi lenguaje telefónico.

Cuando, debido a las muy serias heridas que recibí durante la guerra en Sudáfrica me vi obligado a dejar el Ejército, mis pensamientos volvieron de inmediato a España, donde el clima me vendría muy bien en los meses de invierno y donde podría continuar y extender mis estudios a las regiones más agrestes.

Desde 1901 he pasado la mitad del tiempo en España, y antes de que las cosas se complicaran demasiado, realicé también una expedición a Marruecos.

De ahí que todas las aventuras ornitológicas narradas en este libro, ocurrieran casi enteramente en España. Debido a mi profundo conocimiento de muchos parajes remotos en este precioso país, explorados durante las muchas expediciones realizadas antes de la guerra en Sudáfrica, soy capaz, a pesar de las serias limitaciones debidas a mis heridas, de volver a visitar estas regiones con la ayuda de caballos o mulos. Una vez en el lugar, puedo desenvolverme bien en la mayoría de los

acantilados, o pasar el día chapoteando en alguna marisma, todo lo cual resulta en cualquier caso suficiente para llegar a un nido que pueda querer fotografiar.

Los resultados de algunas de estas expediciones se encontrarán en este libro.

Aquéllos que conozcan los trabajos de Lord Lilford y el Coronel Irby y su incomparable conocimiento de las aves de la península española, se darán cuenta de lo mucho que este libro les debe a ellos.

Además, varias de las ilustraciones son de dibujos originales hechos para Lord Lilford, sujetos a su infalible examen y aprobación.

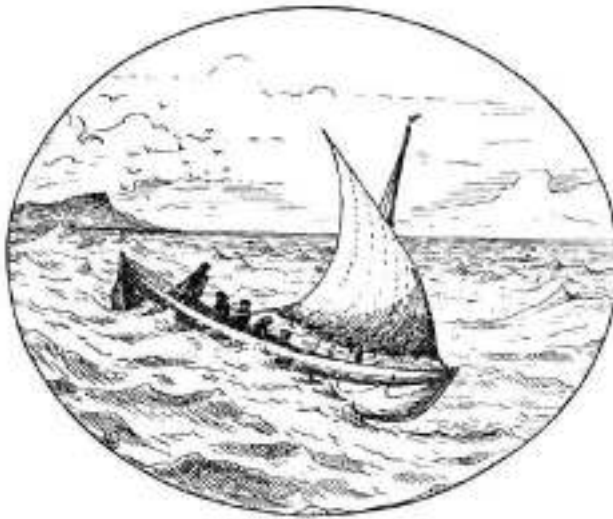
Pero, junto a Lord Lilford y el Coronel Irby ha habido otros que han estudiado las aves de España. Entre ellos el difunto Mr. Howard Saunders, quien entre 1869 y 1871 escribió una serie de artículos para la revista Ibis (mientras que las primeras publicaciones de Lord Lilford aparecieron en Ibis entre 1865-66). Todavía después está el libro titulado "Wild Spain", publicado en 1893 que trata, en una forma popular y atractiva, no sólo de las aves y la historia natural en general, sino también de una variedad de otros asuntos como la agricultura española, la crianza del vino, los toros y los gitanos. Todos aquéllos que estén interesados en España debieran leer este libro. Me he lamentado a menudo de que no apareciera veinte años antes cuando por primera vez fui allí.

En las páginas que siguen no existe el intento de colocar las distintas aves descritas en su propia secuencia científica por razones que resultarán suficientemente obvias al lector.

El plan seguido está basado en general en el hábitat de las aves. Así, el primer grupo incluye aquéllas que se encuentran más comúnmente en las zonas marismeñas de España, y el segundo las que frecuentan las llanuras herbosas y los terrenos abiertos y ondulados adyacentes a ellas. El tercero comprende las aves de bosque que anidan en árboles y en las colinas de los alrededores.

Y el cuarto aquéllas que normalmente se establecen en los acantilados marinos. El cuervo, que anida por igual en árboles y roquedos, ha sido incluido en este grupo, ya que las ilustraciones existentes son de nidos en acantilados y, además, los cuervos son especialmente querenciosos de los acantilados marinos.

El quinto y último grupo comprende aquellas aves que se asientan en cortados rocosos del interior, las que se encuentran con extraordinaria profusión entre las abruptas sierras de España.



CAPÍTULO II

VIAJE Y EQUIPO

El factor tiempo en la observación de las aves, un gran condicionante del éxito - Viaje por la España agreste - Acampada versus instalación en casas de campo - El equipo mínimo necesario para tener cierta comodidad - Monturas, serones y alforjas - Importancia de un equipo completo - Lo que un colector de huevos debiera llevar - Uso del aneroide, prismáticos, telescopio y brújula - Lo que sus ayudantes debieran llevar - Trampas para aves y trampeo - Cómo capturar aves sin herirlas - La satisfacción de moverse por una tierra salvaje.



Para estudiar adecuadamente las costumbres y hábitats de las aves salvajes, el factor primordial es el tiempo. Sin tiempo suficiente el naturalista de campo podrá perderse oportunidades que pueden no volver a presentarse en toda una vida.

Pocos hombres, sin embargo, pueden disponer del tiempo necesario para investigar, por lo que uno simplemente debe hacer el mejor uso posible del tiempo de que dispone. Puedo recordar varias expediciones en busca

de aves y nidos durante los últimos treinta y cinco años, en que, si no hubiera sido por falta de tiempo, podría haber conseguido

éxitos que estaban casi al alcance de mi mano, pero que tuvieron que ser abandonadas en cierto momento y para siempre.

En ninguna época me ocurrió esto con mayor frecuencia que durante mis seis años en Gibraltar, entre 1874 y 1880. Esos eran los días en que no había ferrocarril ni otras facilidades para viajar por la vecindad (incluso ni siquiera estaba construida la carretera entre Algeciras y Tarifa) por lo que cada expedición desde La Roca estaba limitada a cabalgar en las horas comprendidas entre diana y retreta, cuando las puertas de la fortaleza eran abiertas y cerradas. Y ciertamente que eran cerradas, y las llaves eran llevadas a "the Convent", la residencia del Gobernador, y guardadas allí.

Cada expedición, por tanto, dependía de la resistencia del propio caballo para transportar a uno lo suficientemente lejos y a una velocidad tal, que permitiera el tiempo necesario para disfrutar de la caza o la ornitología. Como resultado de ello se llegaba a ser un maestro en el arte de empacar el equipo a caballo: armas, alimento, municiones, cuerdas para escalar y todo lo demás que un naturalista debe llevar.

De vez en cuando era posible conseguir un permiso de varios días, generalmente entre cinco y diez, y entonces requisábamos animales de carga para transportar nuestras provisiones y equipo. Todo el mundo ha oído hablar de la incomodidad de viajar por España, si se abandonan las rutas habituales. Sin embargo hay grados de incomodidad en este y otros asuntos. Estos pueden cambiar hasta cierto punto con la experiencia en esta clase de viajes y con cierta planificación, pero aún así resulta todavía un asunto difícil el decidir qué se puede o no necesitar en un determinado viaje. Cuanto más intente uno detenerse en pequeños pueblos o aldeas, más querrá uno seguirse deteniendo, y cada jornada habrá de organizarse en función de la localidad a visitar.

Mi propia experiencia me enseñó que más de una prometedora expedición corrió el riesgo de naufragar por querer

rodearla de las comodidades de la vida, por lo que la única forma segura de obtener el éxito era planear las excursiones en busca de nidos en terreno salvaje como si se tratara de una campaña militar, y prepararse para cualquier posible eventualidad.

Esto me lleva al tema de la acampada, un asunto que tanta fascinación encierra para aquéllos que desconocen la complicación que acarrea. Salvo en pocas, muy pocas localidades, como ciertas sierras y algunos de los puntos más remotos de las marismas, las tiendas son innecesarias en España, ya que es casi siempre posible conseguir el resguardo de un tejado y todo veterano en la acampada sabe lo que ello significa. Las tiendas resultan incómodas para la mayoría de los viajes en España, son pesadas, aumentan el equipo que ha de transportarse y son complicadas de montar. En tiempo de lluvia (y cuando llueve en España significa llover) son insuficientes, y en época de calor, inhabitables. Estoy hablando del tipo de tienda que llevaría un hombre dedicado a la clase de trabajo descrito en este libro. En el lado africano del Estrecho, sin embargo, son absolutamente necesarias, ya que las aldeas moras o los campamentos resultan imposibles para los europeos. Pero viajar con comodidad en Marruecos significa tener que llevar un equipo regular de acampada con tiendas suficientes para uno y para sus sirvientes, y suponiendo que esto sea posible, no conozco otra forma más agradable de ver un país salvaje mientras el tiempo sea aceptable. Comienzo por asumir, por tanto, que el buscador de nidos organiza sus movimientos como para estar al alcance de alguna casa de campo o pequeña morada, donde pueda convencer al propietario para que le dé una habitación o parte de ella.

En esto nunca he fallado, pero simplemente porque he hecho entender a la buena gente que no quiero nada de ellos, excepto un refugio. En principio están perfectamente convencidos de lo pequeño de sus recursos y de lo presuntamente inservible de sus pertenencias para el uso de un inglés. Pero una vez comprueban que nada especial se espera de ellos, se muestran

ansiosos por desplegar toda la hospitalidad posible y lo agobian a uno ofreciéndole todo lo que poseen. A menudo he notado su sorpresa cuando gradualmente se iban dando cuenta de que el inglés decía la verdad cuando decía que "no quería nada". No querer nada parece mucho pero en la práctica no es así.

El secreto del éxito radica en tener los artículos indispensables siempre con uno, no porque se esté seguro de tener que utilizarlos, sino porque si no se llevan, se enfrenta uno a la incomodidad y la miseria. Por esta razón, yo siempre llevo conmigo, además de una muda de ropa y un par de zapatos de lona, lo siguiente:

- 1) Una cama de campaña ligera y mantas.
- 2) Una cocina portátil de campaña.
- 3) Un pequeño canasto de almuerzo con platos de aluminio, tenedores y cucharas.
- 4) Víveres para tres o cuatro días.

De esta forma estoy seguro siempre de contar con un juego seco de ropas y una cama sobre la que dormir y, asimismo, de poder preparar mi sopa o hacer cacao o unas gachas sin causar molestias a nadie.

En España, por muy humilde que sea la morada, o por muy lejos que esté de zonas civilizadas, uno puede contar siempre con combustible para cocinar y agua potable, también con excelente pan y, frecuentemente, con huevos y naranjas.

En la fotografía que se acompaña, mi viejo arriero Eduardo Villalva, buen amigo durante veintiocho años y que ya desafortunadamente ha fallecido, aparece con todo mi equipo empacado para la marcha. Además de los elementos esenciales mencionados, este caballo llevaba cuerdas, cabestrillo, cajas para los huevos, cazamariposas y suministros para una semana. El número de páginas empleado en describir el equipo que llevo cuando voy a buscar huevos, proporciona una idea que se corresponde con la apariencia de esta aparatosa carga. Por supuesto, no hay necesidad de reducir el equipo personal hasta el

mínimo, y es muy cierto que cada año uno lo incrementa para mayor comodidad propia. Así, no se puede negar que un baño de lona, una ligera mesa plegable y una silla portátil, son complementos agradables que lo hacen a uno más independiente.

Cuando se monta a caballo es por supuesto muy deseable tener la silla inglesa a mano. Tengo una vieja "Service" con carteras y alforjas que si pudiera hablar contaría de nuestra lucha en el desierto y en la selva, y es verdaderamente el confort de mi vida. Cuando se monta mulos o burros, los albardones nativos son con diferencia lo mejor, y las propias alforjas pueden ser atravesadas encima.



Caballo de carga con equipo de viaje.

Un buen par de alforjas españolas o alforjas de lona, resultan siempre de lo más práctico y pueden llevar la comida del día, cuerdas, etc., según se requiera. Lo importante es mantener separadas y a mano las distintas partes del equipo. Entre ellas están un buen capote impermeable -ninguna débil capa de caza soportará la lluvia española- y un abrigado jersey para ponérselo cuando sea necesario.

Como se apreciará, no se hace referencia alguna a sirvientes y cocinero. La razón es sencilla. En la clase de actividad que yo trato en este libro no hay lugar para esta gente, y quien no pueda cuidar de sí mismo mejor que se dedique a otro entretenimiento. Cuando se utilizan animales de carga el arriero, o conductor de mulos, cuida de ellos y les echa de comer.

Yo he tenido algunas experiencias divertidas por las maneras hospitalarias de la buena gente de las sierras. Así, hace unos años, cuando viajaba con un oficial de Artillería, llegamos a la casa de un guarda quien insistió en que pasásemos la noche allí. De acuerdo con nuestra costumbre llevábamos todo el equipo necesario. Después de que preparé nuestra cena pregunté a nuestro anfitrión en qué habitación habíamos de colocar nuestras camas de campaña. Él replicó sin dudar "aquí", y las puso allí dentro. Nuestras protestas fueron inútiles por lo que desempacamos, nos desvestimos y nos metimos en ellas. Él hizo lo mismo y se deslizó en una gran cama doble al extremo de la habitación, mientras que nuestra anfitriona había desaparecido. Entonces ella volvió y ante nuestra sorpresa comenzó a desvestirse igualmente. La situación era insólita. En el preciso momento oportuno ¡apagó la luz! A la mañana siguiente ambos, el guarda y su esposa, se habían levantado y vestido antes de que nosotros despertásemos. Este relato de mi forma de viajar en la España agreste ha alcanzado las nieves del Himalaya y desde allí lo he rememorado.

Estoy escribiendo este capítulo en una pequeña habitación de una casita de campo en España. Es mitad del invierno y un día

de agua. El viento silba y la lluvia limita la visibilidad a unos pocos cientos de yardas. Pero el techo es consistente y las blancas paredes y el suelo de piedra están secos, y me encuentro sentado en mi propia silla, sobre mi mesa, agradeciendo mentalmente no estar bajo una tienda de lona, como muchos de mis amigos sugieren.

No hay deporte o pasatiempo, arte o ciencia, llámese como se quiera, en que sea más necesario tener exactamente el pertrecho que haga falta a mano y en el momento preciso que en el oficio de buscar nidos, más especialmente cuando se trata de escalar.

Para asegurar un fructífero día de trabajo o, en cualquier caso, uno que no sea desperdiciado por no disponer de algún artículo absolutamente esencial, es necesario tener una lista de lo que se requiere. Todo el mundo tendrá sus propias ideas acerca de qué llevar, pero la que expongo a continuación es mi lista, de la cual conservo una copia en mi cuaderno de notas, y también la tengo escrita con carbón en las paredes de mi cuarto.

Puesto o llevado personalmente:

- 1) Aneroide, reloj, cuerda de seda y silbato.
- 2) Cinturón de caza, mosquetones y cuchillos.
- 3) Cuaderno de notas y lápiz.
- 4) Prismáticos, telescopio y brújula.
- 5) Cuaderno de dibujo y pequeña cámara fotográfica.

Llevado por ayudantes o en animales de carga:

- 1) Cuerdas, arnés de lona, línea de enroque y pesa.
- 2) Cajas para huevos, algodón y utensilios para soplar los huevos.
- 3) Trampas (cuando sean necesarias).
- 4) Botas de suela de esparto, jersey y capote de agua.
- 5) Equipo fotográfico.
- 6) Cesta de pescar con comida, botella de agua y tazas para beber.

Me doy perfecta cuenta de que la lista es formidable, pero largos años en el oficio me han enseñado cuan absolutamente necesarios son la mayoría de estos artículos y, además, como el contar con otros mejora el día de trabajo enormemente, más especialmente en una tierra salvaje y sin cartografiar.

Ahora me referiré a cada artículo por separado, de forma que el lector pueda juzgar por sí mismo si puede prescindir de él o no, citando ejemplos de cómo y cuándo lo he encontrado útil.

1) Aneroide, Reloj, Cuerda de seda y Silbato.

El aneroide o barómetro más conveniente para el trabajo ordinario es aquel de tamaño de $1\frac{3}{4}$ pulgadas (4,45 centímetros) de esfera (tamaño reloj). Para uso general, uno que muestre altitudes en el anillo exterior en un intervalo de 5.000 pies (1,5 kilómetros) es el más conveniente, ya que permite una graduación clara por la cual las diferencias de nivel pueden ser apreciadas en intervalos de diez pies sin problemas. Por supuesto que, para trabajar en alta montaña, el aneroide debe estar graduado para apreciar alturas de hasta 10.000 pies (3.000 metros), pero aquí aumenta la dificultad para leer la esfera y su capacidad para determinar exactamente alturas relativas va disminuyendo proporcionalmente.

Excepto cuando dedico un día a trabajar en la marisma, siempre llevo un aneroide. Aparte del interés general que tiene para observar y anotar la altitud de las montañas, precipicios y emplazamientos de nidos, en ocasiones resulta de gran ayuda para encontrar el mejor camino en una ladera pendiente hacia un punto determinado. Expondré un ejemplo. Hace unos doce años visité una gran sucesión de acantilados aterrizados y descubrí un nido de buitre en cierto lugar. Pero al comenzar a escalar el cortado perdí pronto mi orientación entre los numerosos barrancos que proyectaban grietas y salientes, que a cada momento dificultaban mi avance o me llevaban adónde yo no quería ir. Como

frecuentemente ocurre en las grandes escaladas, pronto estuve completamente perdido y no tenía idea de si debería intentar subir o bajar a lo largo de la cara del acantilado, por lo que tuve que abandonar el intento.

Con ocasión de mi siguiente visita, reconocí el acantilado más cuidadosamente y tuve la precaución de anotar unos cuantos puntos situados al mismo nivel del nido antes de comenzar a escalar. Cuando alcancé una de estas marcas, una grieta en la que crecían algunos olivos, consulté mi aneroide y encontré que estaba a unos 300 pies (90 metros) de altura. Entonces me esforcé por mantener el mismo nivel, pero esto resultó pronto imposible por lo que tuve que ascender en algunos lugares hasta 100 pies (30 metros) y descender en otros sobre un estrato deslizante y muy pendiente, entre una jungla de palmito y lentisco. Pero el aneroide siempre me indicó cuando estaba en el nivel del nido, y en cierto momento llegué a una terraza que me llevó inesperadamente hasta él. Por aquélla época, yo no tenía aún una buena foto de un nido de buitre leonado. Fue una ocasión espléndida, un magnífico nido sobre una repisa en la ladera, con roca emergiendo detrás y por uno de los lados. Había espesas nubes y una ligera lluvia, por lo que se precisaba un tiempo amplio de exposición. Con ayuda de mi cuerda de seda me aseguré a la roca y retrocedí cuidadosamente hasta alcanzar suficiente distancia, entonces apoyé la cámara con una mano contra la pared y tomé la fotografía. La cámara era una de las que tienen foco fijo. A pesar de las dificultades obtuve, o mejor dicho la cámara obtuvo, una excelente foto, tan buena de verdad que la amplié a 10x12 pulgadas (25x30 centímetros) y la tengo ahora colgada en mi estudio. Eso para que hablen de "la inutilidad de las cámaras de mano". En este caso el aneroide resultó primordial para mi llegada al nido pero, también es verdad, que sin mi cuerda de seda la fotografía nunca hubiera sido tomada, ya que ello suponía mantenerse de pie sobre la deslizante roca en el borde externo de un escarpado precipicio.

Con tiempos de exposición tan largos resulta a menudo una dificultad seria el lugar donde colocar el reloj al objeto de poder observar el minuterio. Mi costumbre habitual ha sido colgarlo de alguna rama o dejarlo en un saliente, ambas empresas complicadas. Solo hasta este año no he tenido un reloj de pulsera dotado de una tercera manilla para indicar los segundos sobre la esfera. ¡Qué preciosos momentos me hubiera ahorrado esta simple invención en tantas escaladas del pasado!

La importancia de un buen silbato cuando se trabaja en acantilados, será descrita más tarde, y todos los deportistas conocen lo útil que un silbato puede resultar en muchas otras circunstancias.

2) Cinturón, Mosquetones y Cuchillos.

Soy gran partidario de un cuchillo de monte que esté disponible para uso inmediato en casos de emergencia. Por ello siempre llevamos uno en nuestro equipamiento de guerra. Pero no soy partidario de la popular "navaja del deportista", que contiene cada instrumento posible e imposible, aparentemente diseñada para arrancar tiras de piel o hacer agujeros en las propias manos si uno intenta cortar algo. Si alguien quiere llevar un sacacorchos, cuchilla pequeña, extractor de cartuchos u otros utensilios, que los lleve en cualquier caso en un pequeño cuchillo de metal del tipo conocido popularmente como "compañero del borracho", lamento no conocer su nombre oficial. Se puede llevar colgado de un mosquetón en el cinturón, junto con un pequeño cuchillo de monte. Este último resulta de gran valor para las faenas de búsqueda de nidos, bien sea para aclarar la maleza en un cortado, las ramas de un árbol o para abrir una senda a través de la alta vegetación marismeña.

Los resortes de todos los mosquetones deben estar doblemente remachados, ya que puede llegar el momento en que se sueltan y uno pierde el cuchillo. Yo siempre llevo varios

mosquetones en mi cinturón para facilitar el transporte de una cámara, caja de huevos, u otros objetos abultados, que colgados del hombro siempre están estorbando. Enganchándolos al cinturón con un doble mosquetón se puede evitar esto.

3) Cuaderno de Notas y Lápiz

Ningún naturalista, viajero o explorador, puede moverse sin un cuaderno de notas. El más adecuado es uno que pueda encajar fácilmente en el bolsillo de la pistola (ó de la cadera), digamos que tenga aproximadamente unas 6 x 3 pulgadas (15 x 7 centímetros). Las páginas deben ser aptas para albergar detalles de las fotos tomadas, indicando el objeto, la apertura, velocidad, etc.

4) Prismáticos, Telescopio y Brújula.

Para la observación de las aves, especialmente cuando están en vuelo, que es lo requerido para seguirlas hasta sus nidos, es esencial contar con un buen par de binoculares. Para el trabajo en general, son infinitamente superiores a cualquier prismático, ya que se pueden usar a todas horas del día y en cualesquiera condiciones de luz. Deben tener un tamaño adecuado para el campo, que haga fácil localizar las aves en vuelo y seguirlas. Personalmente, utilizo unos de aluminio de unos cinco aumentos y con un objetivo de dos pulgadas, que pesan con su funda 1 libra y 7 onzas (650 gramos).

Pero esto no basta para un buscador de nidos. Cuando un ave ha sido localizada y seguida hasta su nido o hasta donde sea, los gemelos se dejan a un lado y se toma el telescopio. La mejor solución cuando no importa llevar mucho equipo es una buena lente de las que se usan para recechar, pero yo he realizado mi trabajo durante más de veinte años con un telescopio naval de los conocidos como "watch officers". Es muy potente, y al tener un

solo tirador se enfoca rápidamente, lo que es de gran importancia. La típica objeción que se propone de que resulta muy largo para ser transportado no tiene sentido; el mío mide en su funda de cuero 18 1/2 pulgadas (47 centímetros) y pesa menos de 1 libra y 12 onzas (795 gramos).

Cuando uno lleva gemelos para observar las aves, lo importante es tenerlos siempre enfocados, de esta manera se minimiza el tiempo necesario para tenerlos listos. Otro pequeño detalle a añadir es un enganche en forma de U fijado en el fondo de la funda, donde se encajan los gemelos cuando se guardan. Cuando se escala o cuando se va a caballo, si la funda se ha dejado abierta, se reduce el riesgo de que se salgan de esta forma.

Es una excelente idea tener un botón cosido a la funda, aparte de la hebilla, ya que cualquiera de los dos es susceptible de fallar con el tiempo o con el uso prolongado.

Cuando busco nidos en terreno agreste siempre llevo una brújula (por supuesto que si algún bromista quiere decir que ello es porque soy inventor de la brújula del Service Compass puede hacerlo) que me sirve tanto para uso general en el viaje como para fijar puntos de importancia, como cortados, cumbres de montañas, el curso de los valles, etc. Debido a la reducida escala de los mapas que hay normalmente disponibles es la única forma de localizar la situación propia en ciertas ocasiones.

Una brújula resulta también utilísima en cualquier trabajo geológico o arqueológico, pero no quiero someter a mis lectores a una disquisición sobre estos asuntos. Baste decir que en muchos días dedicados a buscar nidos, que han resultado nulos en cuanto a nidos encontrados o aves observadas, he llegado a lugares de gran interés donde sin aneroide, brújula y (¿me arriesgaré a confesarlo?) un clinómetro o nivel, hubiera sido incapaz de aprovechar magníficas y variadas oportunidades para estudiar e investigar, que surgieron a mi alcance inesperadamente.

4) Cuaderno de Dibujo y Pequeña Cámara de Mano

Todo esto se encontrará adecuadamente descrito en el próximo capítulo. Una y otra vez he intentado reducir el número de objetos que llevo (y consecuentemente el peso total) dejando alguna de estas cosas en la "segunda fila" de mi equipo de campo. Pero cuantas veces lo he hecho, tarde o temprano he tenido amplias razones para lamentarlo y he tenido que volver a mi plan original de nunca ir sin ello. Puedo mencionar el haber perdido la oportunidad de dibujar algunas vistas gloriosas o de fotografiar algo, que difícilmente se volverá a presentar, en ambos casos por el deseo de reducir la propia carga.

Si todo esto es tratándose de objetos pequeños, tanto más si se trata de objetos grandes que son llevados normalmente por animales de carga o por hombres de servicio. Al llegar a cualquier localidad donde se haya de realizar una escalada o una exploración hay que hacer una redistribución de la carga, y hay que seleccionar las cosas de uso inmediato y separarlas con el equipo a llevar. Entre ellas están, normalmente, las cajas para huevos, las cuerdas necesarias, botas de suela de esparto y una segunda cámara y carretes.

1) Cuerdas, Arnés de Lona, Cuerda de Lanzar y Peso

Acerca de todo esto se trata en profundidad en los capítulos dedicados a la ascensión a árboles y acantilados.

2) Cajas de Huevos y Aparatos para Vaciarlos

Para el transporte de los huevos utilizo cajas de zinc o aluminio con la hechura apropiada. Los únicos instrumentos necesarios para vaciar huevos en el campo son un buen taladro de

huevos y una sonda para vaciarlos, el resto de la parafernalia, alicates, tijeras, jeringa, etc., se pueden dejar en casa. Es siempre aconsejable, especialmente con huevos grandes, el vaciarlos inmediatamente después de ser colectados siempre que sea posible. Los huevos así tratados, si están adecuadamente empaquetados, difícilmente se romperán, por muy complicado que sea el viaje, mientras que los huevos llenos tienen una especial propensión a provocar el desastre.

3) *Trampas*

La mayoría de las aves puede ser capturada en los nidos sin dificultad. Nunca he fallado cuando le he dedicado el tiempo necesario, excepto con el cuervo, que parece notar con precisión cada detalle y descubrir de una ojeada dónde ha sido colocada la trampa.

Para las grandes aves de presa, la trampa más segura es un cepo de conejos con los dientes limados. Además, siempre forro con varias vueltas de piel de gamuza los arcos, de esta forma nunca he herido un ave capturada. Es muy necesario observar las aves dentro y fuera del nido, y precisar por qué lado entran. La trampa ha de ser colocada en este punto y ligeramente cubierta con hojas, pequeñas ramas, etc. Yo siempre ato la trampa con una cuerda fuerte que llevo hasta el suelo, para asegurarla a alguna rama caída.

Una vez que el ave se posa en el nido y se dispara la trampa intenta volar, pero queda sujeto por la cuerda, y tras unos aleteos infructuosos pierde su equilibrio y cae al suelo. De esta manera he capturado en varias ocasiones buitres, águilas, alimoches, aguiluchos y milanos, y podría haber atrapado fácilmente búhos reales y muchas otras especies. En ninguna ocasión he causado heridas a un ave con este método de captura. Como norma, tarde o temprano la he liberado luego.

Describo este procedimiento porque si se precisa obtener un ave, viva o muerta, éste es el método más aconsejable a emplear. Disparar a las grandes rapaces al salir del nido, además de estropearle con frecuencia el plumaje, no supone siempre una seguridad y puedo recordar varias ocasiones en que un águila, después de recibir varias descargas de plomo, ha ido a morir lejos -una espléndida vida malgastada- y he leído de muchos casos parecidos.

En esta clase de captura, no se debe dejar luchar al ave por un tiempo indefinido y el trampero concienzudo, una vez colocado el cebo, se retira a cubierto de algún matorral o rocas, a unas 300 yardas (275 metros) o más del nido, desde donde observar hasta que el ave retorna y es atrapada, a menudo en menos de media hora.

Una chaqueta o una manta que se le eche por encima simplifican bastante la labor de asegurarla.

4) Botas de Suela de Esparto, Jersey e Impermeable

La utilidad que reportan las botas o zapatos españoles con suela de esparto, conocidos como alpargatas, puede difícilmente ser superada en la escalada de árboles o montañas.

Los pies cubiertos con medias gruesas pueden bastar, pero si las rocas son cortantes, se quedan desnudos y entre cortes, contusiones, arañazos y la presencia de espinos de todas clases, se tarda poco en tener los pies en condiciones inservibles, y los pies débiles o doloridos constituyen un elemento de peligro cuando se escala.

De aquí las alpargatas. Pero las botas de clavos ordinarios solo deben ser sustituidas por las alpargatas cuando se vaya a realizar la escalada, ya que las suelas de esparto en laderas fangosas, una vez que se llenan de pergaña, resultan una abominación y, lo que es peor, se convierten en muy peligrosas cuando se comienza a escalar la roca.

En todos los trabajos de montaña los escaladores son propensos a acalorarse mucho y, a menudo, después de una fuerte ascensión es necesario descansar una hora o más mientras se observan las aves. Entonces un jersey abrigado, suficientemente suelto para ponérselo por encima, resulta de un valor incalculable. En las montañas, las variaciones entre el frío y el calor, el sol y la sombra, el socaire o el viento, son algo de lo que se aprende a base de amarga -muy amarga- experiencia.



Todo preparado para una expedición en busca de nidos

Después de todo, la ciencia de la vida y del vivir consiste en saber cómo adaptarse al propio medio, y uno de los muchos encantos de la vida en el campo, que yo he experimentado a intervalos durante tantos años, lo constituye el conocimiento gradualmente acumulado acerca de lo que es o no esencial para la propia existencia. Este no es el lugar para explayarse en tales asuntos, ya que cada uno posee sus propias ideas acerca de lo que es o no es esencial. Pero hay algunas cosas sin las cuales surge la miseria, como las que atañen al descanso, camas de campaña, mantas (y mosquiteros en algunos terrenos) y también las relacionadas con la comida. La fotografía que se acompaña

muestra un rincón de mi campamento temporal durante una expedición a la búsqueda de nidos por una tierra salvaje.

Para mí, uno de los encantos de vagar por un terreno agreste en busca de las aves lo constituye la serie interminable de otros atractivos que, de cuando en cuando, distraen la atención de uno del trabajo que lleva entre manos.

No raramente se presentan asuntos que para mí puedan parecer meramente secundarios, como por ejemplo los relacionados con mariposas o la botánica. Y de hecho me he visto algunas veces empuñando un cazamariposas y equipado con cajas y botes para matarlas, en busca de especímenes para mis amigos, mientras que, por otra parte, no pasa un día sin que uno se encuentre alguna rara flor o planta; una continua satisfacción. Algunas veces en tales ocasiones, vienen a mi mente las palabras con las que comencé este libro y bien puede ocurrir que, después de una fructuosa correría en pos de las aves o de alguna nueva experiencia entre las mariposas, escarabajos o reptiles, o de algún nuevo descubrimiento en botánica, geología o cualquier otra cosa, me felicite a mí mismo por el hecho de que, a pesar de que la cruel "Fortuna de la Guerra" me obligó tan violentamente a adoptar la profesión de las armas, yo he podido compartirla en alguna medida con el hecho de quedarme reducido a "buscador de nidos".





Huevo de buitre leonado (larga exposición).

CAPÍTULO III

DIBUJO Y FOTOGRAFÍA

Superioridad de los dibujos sobre las fotografías para vistas generales - Utilidad de las cámaras de mano con luz del día para el escalador - Dificultades de llevar cámaras pesadas, placas o aparatos pesados - Descripción de las cámaras de mano empleadas, tamaños, pesos, etc. - Ventajas de trabajar con dos cámaras - Ligereza y portabilidad, los únicos factores decisivos - Dificultades de usar un trípode cuando se escala - Improvisación de soportes para la cámara - Dibujos a plumilla.



Ciertamente, una de las mayores satisfacciones de la vida del ornitólogo exitoso consiste en obtener una referencia de los lugares que ha visitado y de las aves salvajes que ha observado. Durante veinte años nunca fui a una expedición sin dejar de hacer dibujos de las localidades visitadas y, siempre que fuera posible, de las situaciones de los nidos. Mi interés especial consistía en alcanzar algún nido de águila, y procurar dibujar con lápiz y pincel "lo que el águila veía". Por supuesto que me tuve que resignar a soportar la habitual broma que cada

hombre y cada muchacho, que desde "Martín" para abajo han

tenido que soportar en tales casos. Se sugería que mis precipicios eran demasiado pendientes o que nadie podría llegar a esos lugares. No puedo decir si este era o no el caso, yo simplemente intenté dibujar aquello que vi. Con la aparición de la fotografía, absurdamente suficiente, todo esto cambió, y el crítico medio que había ridiculizado un dibujo, estaba suficientemente preparado a aceptar una fotografía como absolutamente correcta. No es necesario explicar que las distancias y las profundidades pueden ser y son frecuentemente exageradas en las fotografías, mientras que las montañas y los acantilados son, de la misma manera, absurdamente reducidos. Por esta razón, como se puede advertir, he mostrado muy pocas vistas generales en este libro, simplemente porque las cámaras con las que trabajo no son adecuadas para estos fines. La excepción está en aquellas fotografías tomadas de un nido a corta distancia, cuando se incluye una parte del paisaje que se encuentra inmediatamente debajo; aquí la imprecisión producida resulta a veces singularmente realista.

Para pintar a acuarela nada más conveniente y compacto que el cuaderno de dibujo y la caja de pinturas de la "combinación" Roberson. La caja lleva los ocho colores húmedos necesarios y pincel, y el cuaderno mide en total 4¼ x 8½ pulgadas (11x21 centímetros). Nunca he dejado de llevar uno de éstos (o su equivalente) durante más de treinta y tres años, y antes de que el presente módulo apareciera he diseñado uno improvisado por mí. Las oportunidades para dibujar en expediciones tales como las mías no tienen límites, y de hecho están sólo condicionadas por el tiempo disponible. Aunque tras la aparición de la cámara de mano, que adopté inmediatamente como complemento para mi objetivo favorito, todavía miro atrás con satisfacción a los cientos de dibujos a acuarela que he hecho en todo tipo de regiones agrestes y a los remotos paisajes de gloriosas vistas que han aparecido ante mí. Inadecuados y ordinarios como son muchos de estos dibujos, proporcionan una

idea como ninguna cámara podría pretender mostrar las alturas y distancias, el ambiente y el color en que viven mis queridas aves.

Pero la cámara es, por supuesto, insuperable para la fiel reproducción de todos los detalles. Desde mi particular punto de vista, aunque las fotografías pueden fallar, y de hecho fallan lamentablemente al mostrar la majestuosidad de un gran acantilado o el escenario glorioso que se divisa desde él, son la única forma posible de recoger la estructura de un nido o la conformación de las rocas adyacentes. El libro ideal sobre la búsqueda de nidos sería uno en el que los lugares y escenarios estuvieran reproducidos con dibujos a acuarela y los nidos, huevos, rocas, árboles y carrizales, se mostraran en fotografía.



Escalada para tomar una fotografía

No es mi intención entrar en una discusión acerca de cuál es la mejor cámara para usar en la búsqueda de nidos. Simplemente describiré los muy sencillos instrumentos que he usado para ilustrar este libro. No soy fotógrafo por la simple razón de que he estado demasiado tiempo ocupado durante toda mi vida como para encontrar tiempo que dedicar a esa absorbente ocupación. ¡No podría ser otra!

Para el trabajo en el monte bajo o en la marisma no hay límite en cuanto al tamaño y peso de la cámara y, lógicamente, en esos casos se pueden llevar todas las facilidades modernas como cámaras réflex, obturadores de plano focal, teleobjetivos, trípodes rígidos, etc.



Fotografiando un nido.

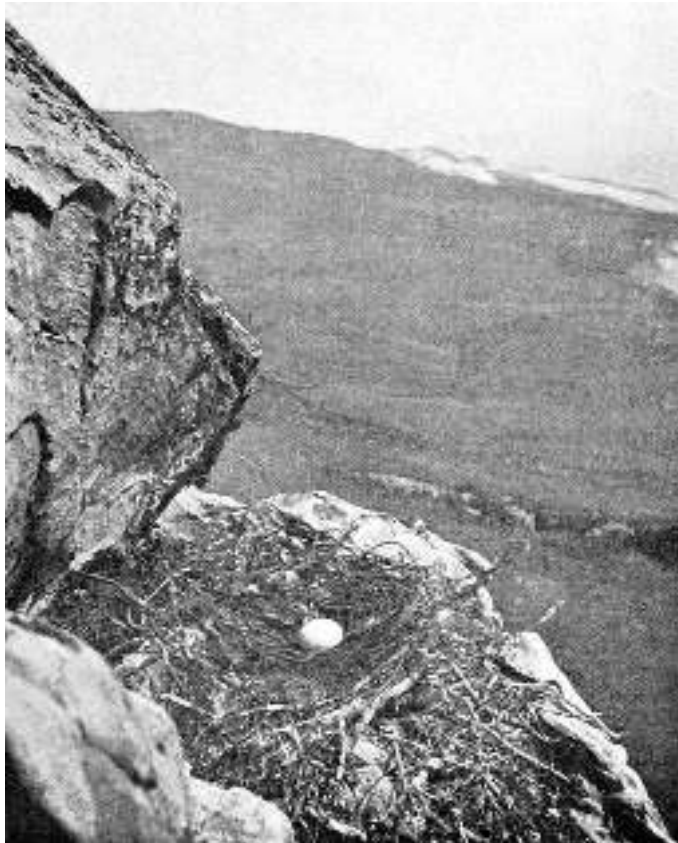
Tales artilugios voluminosos y pesados, resultan sin embargo inservibles para el montañismo, la escalada de grandes árboles o los acantilados.

Aquellos cuyas experiencias se limitan a la búsqueda de nidos en nuestro país o a unos pocos viajes ocasionales al extranjero me han sugerido frecuentemente que adopte utensilios más perfectos, pero a todos les contesto que no tienen idea de lo que significa escalar y buscar nidos en un país salvaje. En varias ocasiones he llevado expertos fotógrafos conmigo armados con las más caras y sofisticadas cámaras y en cada caso no han podido obtener resultados relacionados en modo alguno con el extraordinario esfuerzo desarrollado, ya que no podían transportar su voluminoso equipo al lugar requerido. Yo iría aún más lejos afirmando que, en la clase de trabajo que se trata en este libro, salvo en el caso de avutardas, grullas y especies que crían en la marisma, más del 90 por ciento de las fotografías que he tomado durante los últimos quince años no hubieran podido ser obtenidas si no fuera empleando las más ligeras y transportables cámaras de mano. Por ello, cuando leo en un libro de un fotógrafo profesional cómo después de diez años de experiencia sólo puede recordar una ocasión en que una cámara de mano hubiera sido útil, yo simplemente me inclino ante su conocimiento superior y prosigo impasible mi propio camino. Verdaderamente, en mi línea de trabajo no se trata ya de una cuestión entre la cámara ortodoxa y la cámara de mano, sino entre trabajar con la cámara de mano o no trabajar.

No hay por supuesto límite para los maravillosos progresos de la ciencia y cada año habrá mejores lentes y más perfectos accesorios al alcance del naturalista de campo. Pero hay distintos límites que no dependen del grado de perfección de la cámara empleada, sino del conocimiento, energía, persistencia, habilidad y sobre todo del nervio del individuo que la emplea. De ahí que cuando me dicen, como de hecho ocurre a menudo, que no se puede hacer un buen trabajo con una cámara de mano -aún

admitiendo que mi trabajo no es bueno- me consuelo con el hecho de que muy pocos de esos que me lo reprochan podrían nunca alcanzar los lugares que he fotografiado, cargados con el molesto equipo que ellos recomiendan.

Ahora trataré de las cámaras que empleo. Durante seis años me contenté usando una simple cámara de caja que medía 4½ x 5 x 6 pulgadas (aprox.11x12x15 centímetros) y pesaba 1 libra y 7 onzas (650 gramos), o bien 2 libras con 12 onzas (1.250 gramos), en su sólida funda de cuero, conocida al principio como la Blair "ojo de toro" y después como la Kodak "ojo de toro", con películas de 12 exposiciones que producían fotos de 3½ x 3 ½ pulgadas (9x9 centímetros).



Nido de buitre leonado en un saliente.

Con ésta tomé las fotografías que ilustran el libro del Coronel Irby "Ornitología del Estrecho de Gibraltar". Debido a los golpes, caídas, etc., utilicé tres o cuatro de éstas durante ese periodo. Pero con ser un artículo muy barato, unos 30 chelines, no se adaptaba completamente a mi trabajo ya que su foco fijo de 9 pies (275 centímetros) sobre el papel y 7 pies (215 centímetros) en la práctica la hacía inservible para usarla en distancias muy cortas, fotografiando nidos, especialmente en árboles o acantilados.

Mi siguiente paso fue hacia una cámara plegable de bolsillo Kodak nº 3, con carrete y produciendo fotos de cuarto de placa de 3 ¼ x 4 ¼ pulgadas (8,25x10,80). Esta enfocaba desde el infinito hasta 6 pies (180 centímetros), una sensible mejora pero no lo suficiente.

Entonces me procuré otra Kodak similar y, quitando la parte de atrás y enfocando sobre un pieza de cristal en el suelo, descubrí que podía ser usada a 5,4 y 3 pies (165 y 90 centímetros) de distancia. Así, contando con dos pequeñas lentes de aumento, una para 2 pies (61 centímetros) y otra para 1 pie con 6 pulgadas (46 centímetros) que encajaran sobre las lentes, podía trabajar por debajo de estas distancias.

Las lentes de aumento las llevaba en la solapa de la funda de la cámara, sujetas con ballenas a pequeños alvéolos, de donde se podían extraer fácilmente cuando fueran necesarias. En varias ocasiones, debido a las complicadas situaciones en que me encontraba, solo disponía de una mano para trabajar y entonces era necesario sujetar la cámara con los dientes, por la correa, mientras colocaba una lente de aumento. Yo recomiendo que consideren esta necesaria pero difícil evolución a los que se sorprendan porque me niego a llevar cámaras complicadas. Fue con esta cámara con la que obtuve la mayoría de las fotografías que aparecen en este libro. Pesa 1 libra 9 onzas (700 gramos) y con su sólida funda de cuero y con lentes de aumento, 2 libras 7 onzas (1.100 gramos).

La cámara que uso ahora es una Kodak nº 3 provista de una lente Goerz y una apertura máxima de f 6.8 con un obturador de velocidades comprendidas entre 1 segundo y 1/100 segundos (en teoría) y que enfoca hasta 2 pies con 6 pulgadas (76 centímetros). Por supuesto no sirve para aves en vuelo pero estoy contento de llevarla en lugar de una cámara más delicada que me puede fallar en el momento crítico después de una arriesgada escalada. Esta cámara pesa 1 libra y 14 onzas (850 gramos) y con su funda 2 libras y 12 onzas (1.250 gramos).

Durante seis años usé solamente la "ojo de toro", luego durante otros seis años llevé las dos, ésta y la Kodak nº 3 con lentes de aumento, utilizando la primera para tomar fotos rápidas y la segunda para trabajos más delicados. Ahora uso la Kodak nº 3 y el modelo mejorado de Kodak con lentes Goerz. El objeto de llevar dos cámaras es, por supuesto y principalmente, asegurar que si una falla cuento con la otra. Pero también me gusta llevar la segunda porque, cuando surge la oportunidad, se puede obtener la idea del tamaño de un nido y su posición y alrededores si uno de mis amigos me hace un fotografía en el nido.



Nido de buitre leonado a la sombra.

Como se verá, esto ha sido posible muy pocas veces; mientras que en los casos en que lo ha sido, raramente ha habido alguien disponible para manejar la segunda cámara. Esto resulta desafortunado, ya que de no ser así el interés de algunas fotografías hubiera aumentado al introducir una o dos figuras en ellas. Desafortunadamente también, la mayoría de los nidos representados estaban en lugares en que era imposible obtener una vista general, ya que se encontraban fuera del alcance de la vista de cualquiera excepto de la persona que llegaba a ellos

Para fotografiar nidos en el suelo o en las marismas, un trípode resulta útil. Aquí también suelo llevar el más ligero posible y busco su rigidez de construcción para minimizar la vibración causada por el viento. Muy pocas veces resulta útil el trípode cuando se trabaja en el acantilado. En tal lugar uno tiene que improvisar con cualquier saliente o plataforma de la roca y colocar la cámara encima y, si es necesario, calzarla en la posición requerida con pequeñas rocas. Donde no se pueda utilizar un saliente horizontal la cámara debe ser sostenida rígidamente con uno de sus lados apoyado con firmeza contra alguna grieta vertical. Muchas de las fotografías que se muestran son el resultado de largas exposiciones en profundas sombras de acantilados y en cuevas oscuras, y en ninguno de los casos fue posible usar un trípode, teniendo que improvisar como he explicado antes. Al reproducir las fotografías para este libro, sólo en cuatro ocasiones ha sido aconsejable retocar un negativo. Las demás se encuentran en su estado original. Los dibujos a plumilla son, con algunas excepciones, facsímiles de los dibujos a acuarela tomados por mí in situ durante los últimos 33 años.



CAPÍTULO IV

SOBRE ESCALAR EN GENERAL

Primeros estudios de aves en Gibraltar - Escalando La Roca - La pesadilla del vértigo - Su cura - Hacia el palo mayor del Buque de Su Majestad *Simoon* - Huyendo de los Chaquetas Azules - Escalada en "la espalda de la Roca" - Una cuestión difícil: "soltar lastre" - Exploración de la Cueva de San Miguel, "Clincher Hole" - Descenso a las cavernas del Barranco de Europa - Exploradores y escaladores de cuevas, su suerte - La barrera "inescalable".



He descrito ya brevemente como cuando llegué a Gibraltar en 1874 dediqué la mayor parte de mi tiempo al estudio de las aves del país. Durante el primer invierno que pasé en La Roca, me puse a coleccionar todas las especies nuevas para mí, las cuales preparé y disequé. También dediqué las horas tediosas cuando estaba de guardia, (algo que ocurría por aquella época cada cinco o seis días), a hacer acuarelas de aves a partir de los ejemplares

obtenidos, intentando siempre reproducirlos en las actitudes en las que los había observado cuando estaban vivos. Por supuesto, con la vuelta de la primavera me puse a buscar nidos y a escalar para alcanzarlos. Y esto ocurrió durante sucesivos inviernos y primaveras en La Roca. Pero yo no limitaba mis escaladas

solamente a la temporada de nidificación. Hay demasiado poco que hacer en Gibraltar durante los meses de verano, y cuando no había nidos concentraba mis energías en deambular por los acantilados, siempre atento a marcar algún posible lugar de nido para el año siguiente. Esta práctica constante resultaba de gran utilidad. Algunos de estos acantilados tenían sus riesgos. Recuerdo uno hacia la espalda de la Roca, en Middle Hill Battery, como se llamaba entonces. Mi interés aquella vez no era meramente buscar nidos. Había leído como en 1706 un cabrero traidor había conducido subiendo este acantilado a un grupo de 500 intrépidos españoles, al mando de cierto Coronel Figueroa, y como fueron atacados por los soldados británicos en Middle Hill y abatidos, siendo luego los supervivientes despeñados por el precipicio, una caída de unos 1.000 pies (300 metros). (No había aparentemente equipos de rescate en esa época). Me encontré poseído por el deseo de comprobar por mí mismo qué clase de camino habían tomado los gallardos atacantes pero, por lo que vi, estoy convencido de que tras el "lamentable incidente" el acantilado se había hecho más escarpado y ofrecía más dificultad.

Como todos los principiantes en la escalada siempre me encontré frente a la pesadilla del vértigo, esa enfermedad de la que había oído hablar, que induce a los escaladores cuando alcanzan gran altura a lanzarse hacia abajo. De ahí que al principio siempre estaba un poco nervioso al mirar hacia abajo cuando me encontraba en lugares muy pendientes y precipicios. Por supuesto era una estupidez, y adopté una medida drástica y eficiente que me quitó de la cabeza tales locuras de una vez por todas.

Esto me ocurrió practicando en la arboladura de los barcos -por entonces había mástiles y velas- y entre varios viajes en nuestros transportes de tropas y algún viaje ocasional en un buque de guerra; pronto adquirí el grado necesario de confianza. Recuerdo que la primera vez que subí a la vela mayor de un barco fue en el venerable y viejo *Simoon*. Había adoptado la natural y

ortodoxa precaución de "sobornar" al capitán de la arboladura para evitar la ignominia de ser atado y tener que pasar vergüenza en público y me dispuse a subir con premura. Cuando llegué a los obenques encontré una pareja de Chaquetas Azules que estaban dedicados a uno de esos inescrutables trabajos en que se usa la aguja de nudos y, confiando plenamente en la integridad de mi amigo, el capitán de la arboladura, gateé por la red del palo y por la escalera de Jacob, hasta que pasé del gato a la carretilla. Fue descendiendo cuando, al alcanzar el gato, me percaté de pronto de que estaba siendo observado por todos los marineros desde abajo en el castillo de proa, donde los soldados, los enfermos y demás, estaban agrupados presentando lo que desde arriba parecía un mar de caras. Echando una ojeada inmediatamente debajo de mí (antes lo había evitado por el viejo asunto del vértigo), observé a los Chaquetas Azules justo bajo la cruz del palo mayor, uno a cada lado de los obenques, ¡indudablemente esperándome para capturarme! Pensé que cualquier explicación sería inútil y, en todo caso, dilatoria así que miré alrededor en busca de alguna forma de escapar. Viendo un stay colgando del palo mayor, me lancé hacia él, y descendí a cubierta mucho más deprisa de lo que yo intentaba o quisiera, cayendo sano y salvo entre los aplausos de los soldados. Pero mi triunfo fue pagado penosamente. En aquellos días (y quizás ahora) los marineros tenían la odiosa costumbre de embadurnar las redes de escalar con un endiablado compuesto de grasa y alquitrán de Estocolmo como preservante. En mi bajada por los aires agarré el stay con una pierna alrededor de él. No es necesario mencionar que mi inmaculada y muy entorchada y bordada guerrera de Fusilero quedó manchada desde el pecho a la cadera con esa grasa negra, lo mismo que mi mono. Pero no me sentí desafortunado y me consolé con las felicitaciones que recibí, especialmente del intrépido capitán de arboladura.

Pero, volviendo a La Roca, durante mi estancia allí hice varios intentos de escalar desde la ladera arenosa por encima de la

Bahía de los Catalanes hasta el bien conocido nido del águila pescadora que ha supuesto un objetivo de tanto interés para los visitantes de la Estación de Señales.

Aquí no tuve éxito. Curiosamente la subida, de la que todavía se habla, no la consideramos de importancia en aquella época ni mis compañeros ni yo. Le había dedicado largas miradas llenas de codicia al nido de águila pescadora en la espalda de La Roca. Estaba en una posición difícil e inaccesible excepto con cuerdas. Con arreglo a ello, un día, desafiando las ordenanzas que prohíben causar molestias a las aves salvajes en La Roca, y acompañado de un oficial naval y otro soldado, me dirigí a la Bahía de los Catalanes. Almorzamos con el oficial del Destacamento y luego comenzamos nuestra expedición. Tras una fatigosa lucha a través de grandes laderas de arenas sueltas alcanzamos el primer obstáculo serio, un acantilado bajo. Encaramándome hacia adelante elegí un camino practicable y comenzamos a movernos a lo largo de estrechas terrazas, a veces no muy elevadas y a veces a varios cientos de pies sobre el mar. Llegados por encima del nido de águila pescadora, nos encontramos con una complicada terraza pendiente con muchas piedras sueltas que hacían peligroso el descolgar entre dos hombres a un tercero, aparte de que nuestra cuerda era totalmente inadecuada para tal propósito. Mis compañeros se negaron a bajarme y no siento rubor al reconocer que me alegré de ello, ya que hubiera sido una locura intentarlo en tales circunstancias.

Muchos años después, visité los mismos lugares pero con el equipo apropiado y a pesar de todas las ordenanzas ¡robé los huevos! Aquella misma noche estuve cenando a la mesa del Almirante y, entre los invitados, estaba el Gobernador. Por caprichosa coincidencia la conversación giró en torno al nido de águila pescadora de La Roca. Alguien apuntó que nadie podría llegar hasta él y yo fui propuesto desde el otro lado de la mesa como un conocido escalador y experto. Para complicarlo más

todo, algunos de mis compañeros que aquel día habían sido cómplices estaban presentes y me miraron con ansiedad.

Afortunadamente, la pregunta que me hicieron fue que si yo pensaba que a alguien le resultaba posible robar los huevos del águila pescadora. Todas las miradas se volvieron hacia mí, que con un supremo esfuerzo debido a lo peligroso de mi situación, y con el pensamiento fijo en aquellos dos preciosos huevos que todavía estaban por vaciar guardados en mi taquilla, contesté: "No, Señor, estoy seguro de que todo el que lo intente no lo conseguirá".

Atribuyo la buena suerte al librarme, yo y mis compañeros, de lo que pudiera haber resultado una situación poco agradable a mi profundo conocimiento del hecho de que los oficiales británicos, en su propia defensa y en la de sus privilegios, hacen preguntas inconvenientes delante del Comandante.

Pero volviendo a nuestra escalada. Cuando se decidió que el camino proyectado no era suficientemente bueno, alguien sugirió: ¿Por qué volver? ¡Sigamos adelante!. La originalidad de la idea la hizo atractiva. Si algo resultaba cierto entre las tradiciones de la vieja Roca era que, debido a dificultades y obstáculos naturales, suplementados por la diligente mano de los Reales Ingenieros, nadie podía escalar La Roca por su espalda.

En aquella época no existía cita alguna de que alguien lo hubiera conseguido, y todos los intentos realizados en años anteriores habían fallado irremisiblemente. Uno especialmente horripilante estaba aún fresco en nuestra memoria.

Dos Chaquetas Azules, que desembarcaron de un buque de guerra en el muelle con el grupo habitual de personal de permiso, no volvieron al cumplirse el permiso. Unos días después, uno de ellos fue recuperado por un piquete tras unas prolongadas vacaciones en tierra. Su compañero no aparecía, sin embargo cuando le preguntaron por él, solo podía recordar que habían comenzado juntos una escalada por detrás de La Roca, pero que

al no gustarle aquello se volvió atrás, y decidió irse de juerga al pueblo.

Esta pista fue seguida y el infortunado marinero perdido apareció, tendido en una terraza con varios huesos rotos. Tras varios días en esa situación no había podido sobrevivir a sus heridas. Este fue el optimista precedente de nuestra escalada.



La espalda de la Roca (Gibraltar).

Tras dejar la cornisa del águila pescadora, trepé hacia arriba y, llegando a un buen saliente, me deslicé a lo largo de él despacio mientras mis compañeros me seguían. Después de cierto tiempo me pareció oír un grito y, mirando detrás de mí ¡descubrí que estaba solo! Fue un momento de extrema ansiedad en que toda clase de horrores desfilaron por mi imaginación.

Desandando mis pasos con cuidado, a la vuelta de una roca llegué hasta el marinero que estaba tendido en toda su longitud sobre un saliente muy estrecho, aparentemente enfermo. El soldado que lo seguía había quedado bloqueado en su avance y había sido él a quien había oído gritar. En respuesta a mis ansiosas preguntas el enfermo respondió, afortunadamente, que estaba simplemente "¡soltando lastre!". Hasta ahora nunca he podido entender si fue el calor, la altura mareante o el pesado almuerzo, lo que desencadenó un efecto tan alarmante en él.

Pronto estuvo disponible de nuevo, terminó su descanso y seguimos adelante. En algunos lugares era preciso cambiar de una terraza a otra, quizás a 20 o 25 pies (600 ó 750 centímetros) más abajo. Esto lo hacíamos con la cuerda y el último de nosotros que bajaba se agarraba a la cuerda en doble una vez que había sido pasada por una grieta o algún palmito, y después tirábamos de ella y seguíamos nuestro camino. Era un ejercicio muy excitante, especialmente cuando estábamos seguros de que ¡de ninguna forma podíamos volver atrás! Al fin llegamos a la terraza que está encima de Monkey's Cave, cerca de la casita del Gobernador, desde donde iniciamos nuestra salida, y nos encontramos pronto caminando por la parte habitada de La Roca. Como en todas las aventuras de este tipo, lo divertido de ello consistió en la posibilidad de alcanzar un lugar inaccesible, pero la suerte nos ayudó.

Otra forma totalmente diferente de escalar en aquella época consistía en la exploración de las numerosas cavernas calizas que en algunos lugares perforan La Roca. Esto suponía un amplio campo para la escalada y el trabajo con la cuerda. La primera que intentamos fue la famosa Cueva de San Miguel, que de acuerdo con la tradición se comunicaba con África por debajo del Estrecho y formaba el "Túnel del Canal" para los "monos de la Roca" (Macacos de Berbería). Mi compañero en esta ocasión fue el Teniente Alfred Carpenter (ahora capitán retirado). Con la ayuda de algunos Chaquetas Azules provistos de cuerdas y una

colección de maromas de arrastre alcanzamos la base o las bases de la cueva, llegando a unas pozas de agua dulce y clara. Los últimos 200 pies (60 metros) del descenso fueron a través de una fisura, como de chimenea, en la caliza. En cierto punto, se estrechó tanto que solo los más pequeños del grupo pudieron pasar a su través. Carpenter, yo y otro más, pasamos. Los Chaquetas Azules los llamaron "Clincher Hole". Es interesante mencionar que tras llegar al fondo nos dimos cuenta de que no éramos los primeros que lo habíamos hecho, ya que en el techo calizo sobre nosotros había espacios ennegrecidos por el hollín de las velas en los cuales se habían escrito nombres de oficiales y fechas, ¡algunos de hasta los días de Crimea! En la absoluta quietud y ambiente seco de estas profundidades, estas viejas impresiones parecían tan frescas como el día en que habían sido pintadas, con las estalactitas rotas que yacían allí mismo en el suelo. Mi compañero, que era Oficial Científico en el Departamento Hidrográfico, calculó por la longitud de sus cuerdas la profundidad total de la caverna desde la entrada hasta las pozas de agua en unos 500 pies (150 metros), y unos 500 pies (150 metros) sobre el nivel del mar. El aire era fresco y el único peligro estaba en el riesgo de que nuestro paso a la vuelta quedara bloqueado por escombros sueltos desde arriba.

Otra cueva famosa que exploré con un grupo del 71 de Infantería Ligera de Highland fue la que está en las Gargantas de Europa, bajo la Casa del Jefe de Justicia, conocida por Glenrocky. Esta caverna es donde fue descubierto el famoso esqueleto del hombre prehistórico. Es un lugar maravilloso y, siendo el más ligero del grupo así como el pionero, me descolgué rápidamente a través del agujero en el "techo" y gané el piso bajo las tres series de cuevas que exploramos.

Por esa época mis compañeros oficiales, con una sola excepción, no se apuntaban a escalar o explorar, pero nunca tuve problemas para obtener buenos voluntarios de la Marina o del 71 de Infantería Ligera de Highland.

En la primavera de 1880 dejé La Roca para ir a nuestra Base en Winchester. Poco después me enteré que la moda que yo había impuesto había encontrado seguidores entre los que habían quedado en mi Batallón. Un grupo decidió explorar La Cueva de San Miguel con consecuencias casi trágicas. Un subalterno especialmente alto de los Fusileros quedó atascado en "Clincher Hole". En este caso no fue debido a la anchura extra de sus hombros o pecho, como en el caso de los Chaquetas Azules que fueron incapaces de pasar, y creo que su atasco fue algo parecido como cuando una espina de pescado se atraviesa en la garganta. De cualquier forma él se quedó allí ante la consternación de los que desde abajo veían cortada su salida. La historia llegó a un punto en que se consideró sacrificarlo por el bien de los demás y sacarlo a pedazos. Afortunadamente, pudo por fin ser liberado.

Igual mala suerte sufrió otro grupo de mis compañeros subalternos, quiénes con más agallas que conocimiento y menos habilidad que valentía intentaron escalar la espalda de La Roca con resultados desastrosos, ya que llegaron a un punto adonde siempre se llega cuando se trata de escaladores inexpertos, en que no podían continuar ¡y no se atrevían a volver atrás! Por suerte su situación fue advertida desde la Estación de Señales y se dio la alarma. Tras el inevitable informe al Alcalde y sus secuaces, se requirieron los servicios de la Artillería Real y los Ingenieros, se procuraron cuerdas y los infortunados jóvenes fueron sacados de su apuro. Fue después de esto cuando el Gobernador montó en cólera y se dictó una ordenanza por la que se prohibía a los oficiales escalar La Roca.

Pero todo ello pasó hace mucho tiempo. Luego, en un repentino acceso de precaución histérica que siguió a unos años de "ir por donde quiera", toda la parte superior de La Roca fue encerrada en una valla de hierro alta y puntiaguda, algún oficial con poca imaginación tuvo la fatalidad de llamarla oficialmente "La Valla Inescalable" y numerosas ordenanzas dictadas con respecto a ella, la describían así. Es difícil imaginar un desafío

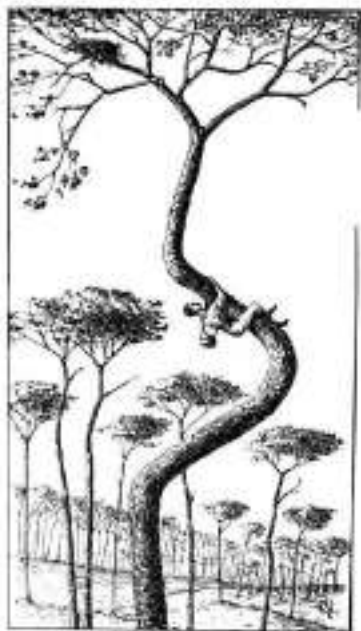
más directo para una persona adicta a escalar. En este psicológico momento llegaba yo a Gibraltar tras dejar Inglaterra. Escalé aquella valla, no por placer o vanidad, sino como una obligación para con la hermandad de buscadores de nidos. Mi "crimen" nunca fue notificado a la justicia y, aquí me tienen, más feliz que aquel infortunado soldado que no mucho después cometió la misma infracción y de acuerdo con el informe fue acusado de "No obedecer las Ordenanzas del Fuerte", ya que en Gibraltar, el 1 de Abril de 1900 y algo, ¡escaló la Valla Inescalable!, en contra de la Orden que obliga a todos a abstenerse de hacerlo”.



CAPÍTULO V

ESCALANDO ÁRBOLES

Un ejemplo clásico - La Advertencia de Tom Brown - Los cuatro requisitos necesarios para un buen trepador de árboles - Trepar árboles sin ramas - Trabajo a lo largo de ramas desplegadas, horizontales o pendientes - Un famoso árbol con cuervos - Una ascensión difícil - La "S" y sus dificultades - Alcanzar el nido - Árboles demasiado anchos para treparlos - Utilidad de las ramas pendientes en algunos casos - La ascensión a los árboles con cuerdas - Uso de una ligera cuerda lanzadera y plomo - Cómo pasar una cuerda sobre una rama alta - Subiendo con ayuda de una cuerda - Llegada a las ramas - Paso del trabajo con cuerdas a la escalada - Árboles extra grandes - Subiendo por sucesivas etapas con cuerda - Ganchos de trepar - Un accidente desagradable - Ganchos y cuerdas, un sistema ideal - Vestimenta para trepar - Uso de líneas ligeras y cesta de pescador.



El arte de trepar a los árboles, un arte es; y existe casi de forma embrionaria en la mayoría de los chicos de colegio. Y casi todos ellos dejan de practicarlo justo en la edad en que desarrollan mejor fuerza y capacidad suficiente para llegar a ser buenos trepadores. No se encuentran mejores instrucciones para el joven escalador que las de "Tom Brown School Days"; la famosa historia del nido de cernícalo en el alto abeto del bosquecillo de Caldecott ha inspirado a muchos chicos, tanto que a lo largo de toda mi vida, cuando

quiera que he alcanzado el "punto decisivo" en un gran árbol y me he sentido seguro del nido, he exclamado mentalmente como el personaje "Scud East": "Hasta arriba ahora con la vieja urraca". El "principio de Tom": *"Nada te puede pasar si tienes un buen agarradero, ¡prueba cada rama con un buen tirón antes de fiarte de ella y luego sigue subiendo!"* no tiene igual en nuestra lengua. A esto yo añadiría "Siempre usa un agarradero y un apoyo para el pie tan cerca como sea posible al tronco o a la rama sobre la que estás". Manteniendo estos dos principios en mente, yo he salido ileso de muchos cientos de árboles difíciles y peligrosos. Para llegar a ser un audaz y exitoso trepador de árboles no se requiere gran fortaleza ni músculos poderosos, si fuera así yo nunca hubiera trepado. Lo que hace falta es rapidez, agilidad, recursos y nervios templados. Los tres primeros permiten a un hombre subir a más de un árbol que derrotaría al mero gimnasta, mientras que el último, le impide desalentarse ante posibles peligros y, por encima de todo, cuando se enfrenta a situaciones problemáticas, le ayuda a salir de ellas.

Cuando los árboles no son demasiado anchos para treparlos o tienen ramas suficientes para ayudar al escalador en su camino, no se precisan accesorios como cuerdas o ganchos y, recomiendo para estos casos, en principio, la forma normal de trepar. El mayor obstáculo siempre es la dificultad de remontar la parte del árbol que no tiene ramas. Esto ocurre en su forma más auténtica en grandes abetos y alerces, aquí el gimnasta se encuentra con cierta ventaja. Durante años yo acostumbraba a subir a encumbradas coníferas en busca de nidos de cuervo, milano o graja y muchos de ellos no tenían ramas en 30 ó 40 pies (9 ó 12 metros). El trabajo aquí es excesivo y si se han de visitar muchos árboles de este tipo en un solo día, es mucho mejor contar con la ayuda de cuerdas, de las cuales ya hablaremos.

Cuando se llega a la zona de ramas, la naturaleza del árbol debe ser tenida en cuenta. Los olmos son quebradizos, los robles, justo lo contrario. En las coníferas, las ramas podridas conviene

que sean arrancadas durante la ascensión, ya que no es infrecuente que estas ramas estén podridas por el punto de unión con el tronco y cedan de repente. Un buen procedimiento consiste en no confiar en una rama de conífera a menos que se vean agujas verdes creciendo en alguna parte de la misma. Cuando los nidos están colocados lejos del tronco principal hay que tener mucho cuidado. En el caso de la mayoría de los árboles de hoja caduca como roble, olmo o haya, las ramas donde los nidos están normalmente emplazados, raramente están inclinadas más de 45 grados. En estos casos es necesario un agarradero seguro, ya que puede ocurrir que el trepador se deslice hacia la parte inferior de la rama. Si esto ocurre lo mejor es continuar trepando por la parte inferior hasta que se alcancen ramas secundarias que facilitan el proceso de volver a la parte superior. En coníferas, por otra parte, el nido está a menudo colocado en una rama cuya inclinación puede variar desde 45 grados a la horizontal. En el primer caso se requiere cuidado, y lo mejor es trepar a lo largo; cuando la rama es horizontal o casi horizontal, suponiendo que sea suficientemente grande, lo mejor puede ser sentarse a horcajadas y deslizarse a lo largo de ella, como en un caballo. Si la rama está inclinada hacia abajo, hay que deslizarse de espaldas, de cara al árbol.

Lo dicho hasta aquí se deduce de ejemplos de subida que yo he hecho a los árboles. El peor y más alarmante de todos mis casos fue cuando iba a por un nido de cuervo. Se trataba de un árbol alto, tipo abeto, que se suponía era inaccesible, cerca de la finca del Duque de Kent, no lejos de Gibraltar.

Una tarde, en nuestro Club de Oficiales, la conversación giró en torno a si era posible llegar a este nido, y en el curso de la misma se descubrió que dos subalternos lo habían intentado ese mismo día y habían fallado. Uno de ellos era un hombre excepcionalmente fuerte. Los dos se dedicaban a la observación científica y midieron la altura del árbol según su sombra, calculando unos 72 pies (22 metros). Como prueba de lo

impracticable de este árbol concreto describieron cómo dos pastores españoles que se habían unido a ellos habían asimismo resultado vencidos en el intento de escalarlo. Esa misma noche, más tarde, mi aliado particular en la búsqueda de nidos y compañero durante mis primeros cinco años en España, Harry James Fergusson, vino a mis habitaciones y me propuso un plan para llegar al nido al día siguiente. Yo le puse pegas, ya que no había observado las aves y por tanto no estaba seguro de si el nido contenía huevos, y también porque mi parte en toda aquella diversión era escalar el árbol mientras que la suya consistía en meterse con los demás en el caso de que yo tuviera éxito, haciéndoles creer que, en principio, habíamos fracasado. Sin embargo, él era un hombre testarudo y contrarrestó todas mis objeciones asegurando que sabía que yo lo podría conseguir con sólo intentarlo.

Así, la siguiente mañana nos sorprendió galopando a lo largo de la playa hacia el "First River" (río Guadarranque) y, más adelante, llegados al árbol -un pino seco de unos 75 pies (23 metros) de altura- estudié la situación con cuidado. No las tenía todas conmigo. Durante los primeros 20 pies (6 metros) era apenas posible trepar el tronco, después de lo cual se bifurcaba y era suficientemente fácil, con la parte en la cual estaba emplazado el nido inclinada hacia afuera en un ángulo de 45 grados durante 10-12 pies (3-3,5 metros), volviendo luego a ser vertical durante otros 10 pies (3 metros). Hasta aquí, por lo menos, era difícil pero posible. Pero aquí empezaron los problemas, ya que a lo largo de los siguientes 20 pies (6 metros), el tronco del árbol tenía la forma de un sacacorchos y describía una "S" alargada y torcida antes de volver de nuevo a la vertical por debajo de la rama más baja, a más de 60 pies (18 metros) del suelo. El dibujo del comienzo de este capítulo está hecho a partir de un apunte tomado durante nuestra visita, y proporciona una mejor idea de lo difícil de la situación que mi propia descripción. Era relativamente fácil trepar por la cola de la S pero, en la curva más

baja de la misma, el abultamiento del tronco justo antes de ella estaba hacia afuera. La forma del árbol no era sin embargo el mayor obstáculo para alcanzar el nido, ya que esta conífera, como vi enseguida, estaba cubierta de esa cáscara laminada característica de estas especies, que las hacen extremadamente deslizantes, incluso peligrosas. Tengo mi propia teoría sobre las coníferas altas y es que cuanto más se asciende, más resbaladizas son las ramas, y lo son siempre a cualquier altura. Posiblemente ello se deba a que las ramas superiores están más expuestas al calor de los rayos solares que las más bajas.

Pero volvamos a la escalada. Conseguí alcanzar los primeros 10 pies (3 metros) o así, subiendo sobre los anchos hombros de Fergusson, después de lo cual el tronco resultaba más escalable. Fue un ascenso muy duro y deslizante, pero todo iba bien hasta que alcancé la curva inferior de la S. En este punto, cuando estaba izándome con cuidado sobre la joroba y alrededor de la porción en "sacacorchos", la insegura corteza se deslizó sobre mis asideros y lo mismo hice yo, columpiándome alrededor y por debajo del tronco. Me sujeté como si estuviera colgando muerto, con los dedos entrelazados y los pies cruzados alrededor del árbol. Resultaba horriblemente incómodo colgar así hacia abajo, a una altura de 50 pies (15 metros) sobre el suelo, y por un momento estuve confuso acerca de qué hacer, salvo no caer hacia abajo ignominiosamente. Resultaba claramente imposible volver a ganar la parte superior del resbaladizo tronco, por lo que hice cuanto pude para trepar hacia arriba a lo largo de la parte inferior, y la verdad es que me sentí muy liberado cuando me encontré en una zona vertical de nuevo, donde puede ganar mi asiento, por decirlo de alguna manera, sobre la parte inclinada inmediatamente debajo. Unos cuantos pies más y gané las amigables ramas que se proyectaban cerca del nido. Este contenía cinco jóvenes cuervos. No tengo reparo en decir que no me dispuse a emprender el camino de vuelta hasta que me sentí suficientemente recuperado de mi desventura. Como ocurre tan a

menudo, la vuelta resultó comparativamente fácil. No es necesario explicar los detalles de cómo aquella noche, durante la cena, nuestros compañeros oficiales fueron cuidadosamente conducidos a creer que habíamos encontrado el árbol demasiado difícil para nosotros y cómo, en el momento oportuno, fueron autorizados por mi recalcitrante camarada a conocer la verdad. Pero, después de todo, estos triunfos son obtenidos a base de demasiado trabajo, por lo que pasó algún tiempo antes de que me sintiera ansioso por trepar coníferas difíciles. De una cosa estoy bien seguro, y es que los cuervos al elegir este árbol en particular estaban perfectamente convencidos de las dificultades que se presentaba para el trepador. De hecho, había grupos de otros árboles alrededor, algunos más altos y con menos ramas, aparentemente más formidables, pero desde el punto de vista de seguridad ante el ataque ninguno podía ser comparado con el que habían elegido los cuervos para instalarse.



Treando por una gran encina por una rama colgante.

Hay muy pocos árboles grandes que no puedan ser escalados con mayor facilidad y rapidez con la ayuda de cuerdas que sin ellas. Frecuentemente algunos de los árboles más grandes, a los que no se puede trepar sin la ayuda de utensilios artificiales para alcanzar las ramas más bajas, pueden ser acometidos con éxito subiendo desde el extremo de alguna rama pendiente que permita a uno alcanzar un punto suficientemente alto en el árbol, desde donde se pueda continuar la ascensión de una forma fácil.

He llegado a varios nidos en árboles muy altos siguiendo este procedimiento; normalmente, el único problema está al principio, pero si la rama presenta la resistencia adecuada entonces debe ser admitida como segura y, naturalmente, va siendo más fuerte a cada pie que se trepa. Una rama de esta clase se sube de una forma similar a como se trepa una cuerda, pero más fácilmente.

Cuando no se dispone de una facilidad así, hay que recurrir a las cuerdas. Para trepar árboles nada puede igualar a una cuerda de manila de 1,5 pulgadas (4 centímetros). Es flexible y se desliza bien sobre un tronco, y su ligereza permite ser lanzada a cierta altura sobre el suelo. Cien pies (30 metros) de manila servirán para la mayoría de los árboles, y permitirán izar a un trepador 45 pies (14 metros) dejando otros 10 pies (3 metros) para la vuelta y para la parte sujeta por las manos de los ayudantes.

Pero una cuerda de 1,5 pulgadas (4 centímetros) no puede ser lanzada sobre una rama a 45 pies (14 metros) de altura o sobre cualquier otra cosa a esa misma altura. Para ello se precisa una cuerda ligera, una línea de pescar a fondo del tipo conocido en nuestra Armada como línea de caballa, es tan buena como ninguna. Al extremo de ésta debe atarse un peso de forma y tamaño adecuados. Tras muchos experimentos he encontrado que un disco de aproximadamente 2,75 pulgadas (3 centímetros) de diámetro y con un eje de 0,75 pulgadas (2 centímetros) taladrado a 0,25 pulgadas (0,64 centímetros) de la circunferencia exterior es, con diferencia, lo más apropiado para lanzar. Su peso es de 18

onzas (457 gramos). Un dibujo del mismo aparece al final de este capítulo.

Enrollando cuidadosamente la línea en la mano izquierda, con unas cuantas vueltas en el suelo junto a uno, este disco pesado puede ser lanzado hacia arriba a considerable altura. Cuando haya sido pasado sobre la rama requerida, la línea es sacudida hasta que el peso la suspenda y caiga hacia abajo. Entonces se suelta el peso y se empalma la línea a la cuerda de 1,5 pulgadas (4 centímetros) mediante un ballestrinque u otro nudo apropiado a un pie de su extremo, asegurándola bien.



Trepando a un alto pino con la ayuda de una cuerda.

Esto es muy importante, ya que al izar la línea la cuerda puede quedar enganchada, especialmente al pasar por encima de la rama.

Una vez izada la cuerda el escalador se asegura a ella, o si el árbol es muy grande y difícil, se introduce en un arnés de lona y es levantado.

Durante la ascensión, debe hacer todo lo que pueda por aligerar su peso. Tan pronto como el árbol sea lo suficientemente pequeño para que se pueda abrazar totalmente o en parte, debe hacerlo, y los que lo están izando deben observarlo cuidadosamente y secundar cualquier movimiento que él haga, mediante un tirón adecuado. Es sorprendente lo fácil y rápidamente que un trepador hábil puede de esta manera subir a un árbol.

Yo le doy gran importancia al hecho de que el escalador colabore así con los esfuerzos de sus ayudantes, ya que de esta manera reduce la fricción de la soga sobre la rama y se minimiza cualquier riesgo de accidente. Adoptando estas medidas, no sólo se tiene un buen agarradero en el árbol para el caso de que la soga se rompa, sino que al reducir la fricción y tensión, la soga no se fuerza tanto. En la foto anterior, un hombre de 76 kilos, es subido a un pino por otros tres que suman un peso de 241 kilos. Un muñón viejo, o incluso algo podrido en el lado opuesto del árbol al del trepador, representa un bien recibido descanso para un hombre que trepa sin soga, como puedo asegurar por propia experiencia, ya que he subido a este árbol en 1878 y 1879. Esta fotografía fue tomada en 1903.

No hace falta saber mucho sobre resistencia de las cuerdas para comprender que si se tiene un hombre de 76 kilos colgando como un saco de carne y abajo hay un peso de 241 kilos para tirar de él, si algo va mal con la cuerda ésta se puede romper.

Cuando el escalador llegue a la rama debe asirse a cualquier agarradero seguro y los que están abajo deben dejar ir cuerda suficiente, digamos 2 ó 3 pies (60 ó 90 centímetros), para

permitirle columpiarse sobre la rama y subirse a ella para un descanso.

En este punto del proceso es siempre recomendable que se tome un respiro. Yo lo hago siempre y me repito la fórmula "Hasta arriba ya con la vieja urraca", o palabras que signifiquen lo mismo.

A veces, el paso del trabajo con la cuerda al de trepar acarrea algunas dificultades y riesgo, ya que la rama puede ser demasiado grande como para proporcionar un agarradero seguro. Aquí lo mejor es, siempre que sea posible, pasar la sogá sobre una rama que esté encima de la más baja. Si no se puede hacer esto, el grupo de abajo debe manejar la sogá con cuidado en el momento en que el trepador suba sobre la rama, ya que cualquier descuido en este punto puede resultar con que ¡sea sacado del árbol! Cuando los pies han sido asegurados entre las ramas, el arnés debe ser soltado y atado a una rama, y la ascensión se continuará de forma normal. Pero en un árbol grande, especialmente si se trata de una gran encina o alcornoque, puede ocurrir que la victoria final no esté asegurada de forma alguna cuando se alcanza la primera rama. Entre ésta y la siguiente por encima puede haber muchos pies de un tronco ancho, completamente inescalable. Aquí surge la oportunidad para quien está acostumbrado a trabajar en las alturas y además es habilidoso manejando sogas. Después de llegar arriba y enrollar lo que vaya a necesitar, hace un lanzamiento sobre la rama siguiente por encima, y bien trepa con la ayuda de la cuerda agarrando las dos partes de la misma, o en situaciones difíciles, deja caer el extremo de la sogá a sus compañeros y se amarra para repetir de nuevo las operaciones ya descritas. En ocasiones es necesario hacer esto varias veces antes de que el árbol disminuya de tamaño lo suficiente para que el trepador pueda proseguir con los métodos normales. El no iniciado puede imaginar que tal proceso requiere una enorme cantidad de sogá pero esto no es así. Supóngase por ejemplo que el trepador ha sido izado hasta una rama conveniente

a 40 pies (12 metros). Esto necesita unos 90 pies (27 metros) de los cien (30 metros) disponibles. Entonces ve que hasta que no haya subido otros 30 pies (9 metros) sigue precisando una cuerda y que, a mitad del camino, digamos 15 pies (4,5 metros) por encima, hay otra rama buena. Para ganar este próximo nivel solo se precisan 80 pies (24 metros) y para el siguiente menos de 95 (29 metros), siempre dejando unos 10 pies (3 metros) de cuerda como se ha dicho antes. Por supuesto que sería más rápido si tuviera 150 pies (45 metros) de cuerda para poder bajar así en un solo movimiento, pero en la práctica la operación de parar a mitad del camino hacia abajo y suspender la sogá para dejarla caer sobre una rama adyacente cuesta muy poco trabajo. Me he visto en ocasiones en que resultaba más conveniente lanzar la línea con el peso sobre la rama que la cuerda. Cuando se hace así, se repite el mismo proceso del principio, y la cuerda es suficientemente izada. Frecuentemente, en las situaciones de emergencia, un pequeño trozo de sogá usado como cuerda de seguridad es de gran ayuda y, por ello, yo llevo normalmente una cuerda de seda de 20 pies (6 metros).

Probablemente alguno se sorprenderá de que hasta aquí no haya hecho mención alguna a los ganchos de trepar. La razón de ello es que yo he dejado de usarlos durante muchos años, salvo como complemento para trepar con cuerdas. Los utilicé hasta 1876. Entonces conocí a Lord Lilford y fue por él que dejé de usarlos. Él me contó de un infortunado hombre que habiendo trepado a un árbol alto con ayuda de los ganchos, perdió su agarradero y cayó hacia atrás. Su vida se salvó por la misma causa que provocó su desgracia, ya que uno de los ganchos estaba tan profundamente clavado que lo sujetó. ¡Pero quedó colgando cabeza abajo con todo su peso pendiente del dislocado tobillo! Ayudar al pobre hombre, trepando hasta él, resultaba imposible. Afortunadamente el accidente ocurrió en una región civilizada donde fue posible obtener una escalera y de esta forma pudo ser rescatado.

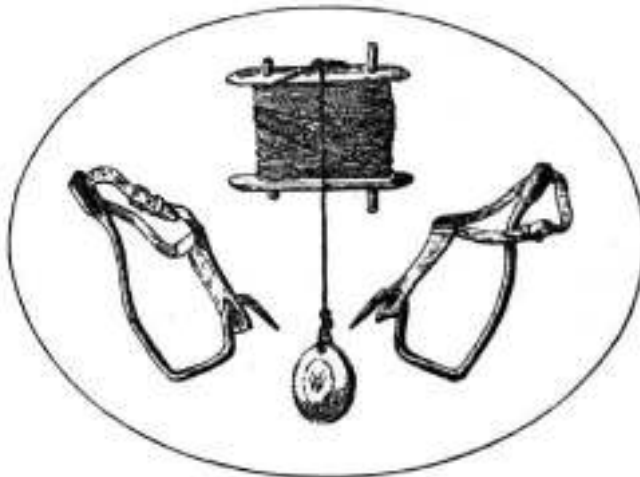
En la época en que conocí a Lord Lilford yo andaba constantemente a caballo y solo por terrenos salvajes en España. Amarraba mi caballo y trepaba grandes árboles. Después de oír aquella historia, llegué a la conclusión de que era tentar la providencia el seguir usando ganchos de trepar en un terreno donde, si me ocurría una desgracia, las posibilidades no apuntaban a que fuera hallado y donde, además, las escaleras de mano no existían.

Durante más de veinte años después de aquello no los volví a usar. Sin embargo, en 1882 yo había empezado a utilizar cuerdas en los árboles, pero no fue hasta 1898 que volví a tener un par de ganchos de trepar. Estaba por entonces en la Real Academia Militar de Sandhurst y los encontré de gran utilidad para trepar las grandes coníferas, especialmente con ayuda de una cuerda. De hecho una combinación de cuerdas y ganchos de trepar reduce el trabajo y el riesgo en las coníferas hasta el mínimo. Pueden ser usados con gran facilidad al trepar árboles de tamaño medio, si no se tiene una cuerda disponible, pero el trepador debe cuidar siempre de mantener un buen agarradero en el árbol. Son herramientas que han de ser utilizadas con extremo cuidado, he visto trepadores poco cuidadosos herirse al clavarse uno de los ganchos atado a una pierna, en la parte interna de la otra. Cuando se sube entre las ramas, los ganchos son un peligro y uno debe quitárselos.

Hasta aquí las diferentes formas de trepar árboles. Ahora en cuanto a la forma de vestirse. Unos pantalones cortos de gabardina y polainas o calcetines altos son muy adecuados, y un chaleco con mangas ajustadas de gabardina ligera es excelente, ya que protegen los brazos de cortes y rozaduras cuando se trepa; resultan particularmente útiles en grandes coníferas. ¡Cuántas veces he reducido a tiras las mangas de una camisa de franela y he ganado *terra firma* con los brazos escocidos de abrasiones y desolladuras rellenas con afiladas partículas de corteza, resina y trementina!

Un chaleco de pescador ajustado es una buena prenda para trepar árboles y rocas, pero para el fotógrafo tiene el problema de que es difícil, si no imposible, alcanzar el fondo del bolsillo. Nunca se deben llevar botas para trepar árboles altos a no ser que lleven suelas de esparto; y los pies cubiertos con calcetines altos es normalmente lo mejor.

Algo esencial en el equipo del trepador de árboles es una cuerda fuerte que llegue hasta la parte mas baja y que nos mantenga unidos con los de abajo. Por ello, normalmente, subo conmigo mi línea y mi peso. La línea la llevo liada en un carrete de madera hecho para que quepa en el bolsillo donde se pueda guardar sin que estorbe. Hay muy pocas ocasiones en que no se usen sus servicios, bien sea para bajar huevos o pollos o para subir una cámara o una trampa. Una sólida cesta de pescar supone también un excelente recipiente general para tales ocasiones, y resulta menos susceptible de engancharse al subir o bajar que una bolsa o saco, al mismo tiempo que resulta más fácil de llevar y supone algo de protección para objetos frágiles como huevos en sus cajas o aparatos fotográficos.





Un descenso libre. (Dibujo de Ida Verner a partir de fotografías)

CAPÍTULO VI

ESCALANDO EN ROCA

Escalada alpina - Búsqueda de nidos y montañismo - Uso de cuerdas - Conocimiento técnico necesario - Uso de línea de seguridad - Resistencia de los montañeros al uso de cuerdas - Riesgos de trabajar la cuerda a una sola mano - Diversos usos de las cuerdas - Atravesando una tormenta - Cuerda de seguridad y "corredera" - Un ejercicio naval - Ideas populares acerca del uso de las cuerdas en acantilados - Transporte de las cuerdas en terrenos agrestes - Cuerdas del Club Alpino, pesos, etc. - Vuelta de arco sobre un recodo - Arnés de lona - Transportando cuerdas largas - El equipo de bajada - El número ideal - Buena disciplina, algo esencial - Obligaciones del "capitán" - Colocando el equipo de bajada - Uso del silbato - Un simple código de señales - Precauciones generales - Importancia de hacer nudos y "agarraderas" - Un resbalón - Situación difícil - Cuerda de seda tirolesa - Sus múltiples usos.



La importancia dada en todo el mundo a lo relacionado con ascensiones alpinas ha hecho imaginar a mucha gente que la escalada es un pasatiempo exclusivamente disfrutado por los que visitan Suiza u otros países montañosos similares. De hecho, para ser montañero es necesario integrarse en el grupo de los que, con la ayuda de guías y todos los avances modernos penetran cada año en las nieves eternas y

alcanzan las cimas de los picos remotos. Que esta práctica encierra gran encanto para muchos, es innegable, y yo siento gran admiración y respeto por algunos genuinos alpinistas que han dado pruebas repetidas de nervio y resistencia en sus tremendas luchas contra las fuerzas de la Naturaleza. Desafortunadamente el genuino montañero es imitado por una hueste de insignificantes seguidores que han reducido la ciencia de la escalada a límites que a veces rozan lo ridículo. Muchos de los así llamados escaladores no lo son en modo alguno, y su confianza en sí mismos y sus facultades queda probada cuando con mucho gusto se prestan a ser atados juntos como una recua de burros y a ser remolcados o empujados a través de la nieve o del hielo por la mera satisfacción de poder decir luego que han alcanzado algún punto un poco más alto que el resto de la superficie de la tierra en la vecindad inmediata. Esta gente, utilizando la expresiva frase de un oficial naval que ha sido mi compañero durante muchos años pero que se asusta de las alturas, parece encontrar inefable felicidad en "alcanzar la línea del cielo". La lista anual de víctimas de esta clase, de ambos sexos, resulta una evidencia dolorosa de la falta de preparación de muchos de los así llamados escaladores. El resultado de estas ideas generalizadas acerca de escalar montañas es que cualquier hombre que, en el curso de la práctica de la historia natural o del deporte, se encuentra atraído hacia países montañosos donde escalar, en su significado más literal, se supone que es miembro de la confraternidad de los alpinistas y se espera que adopte sus métodos. Así, mucha gente cuando oye de alguna de mis expediciones por las montañas en busca de nidos, me pregunta si yo amarro juntos a los de mi grupo y si llevo siempre un bastón de montañero.

Sin aventurarme a penetrar en el sagrado dominio del alpinista tradicional o criticar sus métodos puedo decir, con satisfacción, que para la clase de escalada que he disfrutado durante tantos años, atar a los miembros del grupo juntos sería casi suicida, y que un bastón de montañero sería por principio un

engorro. Al mismo tiempo soy partidario de las ventajas que se obtienen con el uso racional de cuerdas y la ayuda que puede suponer un bastón de montañero en ciertas circunstancias. De hecho, debido a las heridas, me he visto obligado a usar uno de ellos durante los últimos años para subir laderas pendientes. Sin embargo, en el momento en que hay que hacer un poco de escalada auténtica, el bastón de montañero se convierte en un continuo estorbo y peligro, y en la mayoría de los casos debe ser descartado por un tiempo, hasta que la escalada, como parte de la ascensión de una ladera empinada, haya terminado. La verdad es que al escalar precipicios, un hombre debe depender de su propio nervio, ojo y conocimiento para llevarlo a cabo. Si esto le falla o existe la posibilidad de que pueda fallarle en algún momento, no tiene nada que hacer en el equipo y de hecho yo me negaría respetuosamente a ser atado a tal hombre bajo ninguna de las condiciones imaginables.

Hay que tener presente que lo que puede ser útil e incluso necesario para cruzar nevados o glaciares, puede ser completamente inútil para la clase de montañismo requerido en la búsqueda de nidos. Como regla general, donde comienza la línea de nieve, las aves, al menos en lo que a nidos se refiera, no existen.

Solo en tres ocasiones he tenido que pisar la nieve cuando buscaba nidos, y aunque otras veces las rocas hayan podido estar resbaladizas por el hielo y la tierra blanqueada por la nieve, las condiciones eran totalmente distintas de aquéllas que deben ser afrontadas continuamente por el escalador alpinista.

Las cuerdas no usadas correctamente constituyen una eficaz fuente de peligro, y mi experiencia me dicta que muy pocos, salvo algunos oficiales navales, conocen suficientemente su uso con ventaja y seguridad en todas las circunstancias. Algunos de los incidentes que describiré luego demostrarán lo que estoy diciendo aquí.

Lo primero es que el uso de una cuerda de seguridad puede garantizar que cuando alguien resbale en algún paso difícil, se salve de una caída peligrosa o posiblemente fatal.

Cuando se bordea algún precipicio o se atraviesa algún paso peligroso, en una grieta sobre una ladera empinada, es muy deseable pasar una cuerda a través de la misma, con la que se puedan ayudar los escaladores menos expertos, utilizándola como agarradero en el caso de resbalar. En tales ocasiones ambos extremos de la cuerda deben, si es posible, estar atados a las rocas o sujetos por hombres que estén convenientemente afirmados. Yo nunca recomiendo atarse en estos lugares. Felizmente nunca he tenido compañeros que no pudieran hacerlo mejor con ayuda de una cuerda de seguridad.

Esto, por cierto, me lleva a algo en cierto modo interesante que he notado en muchos de los mejores escaladores que he conocido entre las agrestes sierras de España; su desconfianza inherente hacia las cuerdas de cualquier clase. Como norma, si un cabrero no puede atravesar un paso difícil sin el uso de una cuerda, no lo intentará jamás. Imagino que esta desconfianza se debe a las historias acerca de gentes que han resultado muertas por confiar en las cuerdas. Juzgando por las condiciones medias y el tamaño de las cuerdas disponibles normalmente utilizadas por los arrieros, esto parece suficientemente razonable.

Además, puede ocurrir que un cortado parezca francamente seguro para bajar durante cierta distancia y de pronto, aquí o allí, una cuerda resulte de inestimable valor para evitar un resbalón. En tales casos es de gran ayuda el contar con un compañero de confianza que se coloque en algún punto desde donde pueda ver la mayor parte de la cara del cortado y tender una cuerda con la ayuda de la cual el escalador pueda bajar.

Todo el arte aquí depende del compañero de arriba, que no debe de tener ni muy corto al escalador ni darle demasiada cuerda. Lo primero puede hacerle perder el apoyo del pie y lo segundo es doblemente peligroso, ya que si el que escala sufre un

resbalón, puede caer hasta el extremo libre de la cuerda con un violento tirón, pudiendo ser difícil para el que está arriba. De aquí el que dos personas situadas arriba sean una ventaja para tender la cuerda, aunque resulte frecuentemente imposible el contar con ellas. A mi juicio, el método más peligroso para usar una cuerda de seguridad es atarla arriba sin ayudante que la vaya tendiendo y bajar colgado de ella. Suena muy sencillo y seguro, y resulta así cuando la bajada es limpia. Sin embargo, este caso es el más raro, y las complicaciones que normalmente surgen en la operación son tan numerosas como inesperadas. Citaré simplemente unas cuantas. Al bajar, la parte de cuerda que no se está usando es una fértil fuente de incomodidad, enredándose a la menor oportunidad y precisando con frecuencia el volver a subir para soltarla. Luego, cuando se llega a un punto difícil y se precisa el servicio de la cuerda, tan pronto como el peso del escalador se cuelga de ella, se suelta de pronto un pie o más, debido a que se desprende de algún enganche por arriba. Esto en lo que se refiere a la bajada, ahora trataremos lo referente a la subida. En el camino de vuelta, si el extremo libre de la cuerda se deja colgando por debajo del escalador, frecuentemente encuentra algún lugar donde enredarse, especialmente si está mojada. Si, por otra parte, el escalador recoge el extremo colgante de cuando en cuando y lo lleva con él, en los momentos más inesperados una vuelta se enganchará en alguna protuberancia de la pared, y mientras sube a pulso, ¡se encontrar de pronto tirado hacia abajo por la maldita vuelta que lleva por encima del hombro! Esta última experiencia, la más peligrosa de todas, me ha ocurrido dos veces en el transcurso de pocos minutos, cuando estaba subiendo un precipicio, la base del cual se encontraba a 400 pies (122 metros) más abajo. ¡Nunca jamás!

Me resulta imposible describir todas las ocasiones en que un trozo de buena cuerda alpina supone la total diferencia entre éxito y fracaso.

Hace muchos años descubrí un alimoche anidando en una fisura horizontal cerca de la cima de una pequeña pared. En total no tiene más de 40 pies (12 metros) de altura, pero la parte superior de la pared está desplomada, mientras que la más baja es completamente vertical. Hay una amplia repisa a un lado, de fácil acceso, pero separada de la fisura que contiene el nido por un hueco que hay que superar y supone, simplemente, un escalón. Pero aquí radica todo el centro del problema. Las aves, que se han establecido en este lugar desde tiempo inmemorial, son perfectamente conscientes de que este paso a través del hueco es exactamente el que muy pocos hombres pueden dar, ya que no hay lugar donde poner el pie en el otro lado. Pero aunque una cuerda no ayudará a un hombre a alcanzar el nido, ya sea descolgándose desde la cima o subiendo desde la terraza de yerba, a solo 25 pies (7,5 metros) por debajo, la repisa proporciona el camino adecuado, pues encontré bastante factible pasar mi cuerda alpina desde la cornisa adyacente hacia el lado, alrededor de la pared, de forma que pasara sobre la fisura que contenía el nido para unir los dos extremos detrás de la roca. Puesto que estaba sólo en aquella ocasión, até la cuerda de seda alrededor de mi cuerpo y me desplacé a lo largo de la cuerda fija, asegurándome así contra los posibles resultados de un resbalón. Cogiendo con fuerza la cuerda de seguridad, di un salto adelante y con un ligero toque de mi pie enfundado en un grueso calcetín, sobre un pequeño saliente, me lancé lo suficientemente lejos como para agarrarme a la cuerda después de pasar el hueco. Un momento después estaba a salvo tendido a lo largo de la estrecha cornisa. Aunque estaba ya a pocos pies del nido, el proceso de deslizar el cuerpo entre rocas por arriba y por abajo, era complicado y penoso. Pero la vuelta fue aún peor ya que me resultaba imposible girar, por lo que tuve que ir marcha atrás y, más de una vez haciendo esto, me quedé atascado, solo pudiendo liberarme con gran dificultad. Llegando al corte, por supuesto, no podía ver dónde colocar mi pie y, en consecuencia, resbalé. Al no

estar la cuerda de seguridad muy tensa, caí varios pies. La cuerda de seda que estaba atada a la otra, me ayudó a subir tal como tenía previsto y un momento después estaba de nuevo sobre la cornisa. Algunos años más tarde llevé al Contraalmirante Arthur Farquhar al mismo lugar y repetimos el proceso, pero mejorando. Aquí el Jefe tuvo la precaución de improvisar una polea con el extremo sobrante de la soga, con lo que consiguió tensar tanto el tramo alrededor de la pared que parecía más un pasamanos que una cuerda. Además, se ató otra cuerda a su corredera con el resultado de que tras culminar su deseo y conseguir los codiciados huevos, fue halado hacia atrás y recuperado en un lugar seguro. Me resultó posible obtener una foto de mi compañero en esta situación.



Entrando a un nido inaccesible desde arriba y desde abajo.

Es una buena foto pero, no es necesario decirlo, una foto que no debe enseñarse al enemigo. Creo que he dejado claro que las cuerdas usadas así por manos expertas son a veces de gran valor, mientras que en manos inexpertas, pueden resultar una mayor fuente de peligro que de seguridad.

Igualmente son absolutamente esenciales en innumerables casos, y nadie puede esperar alcanzar cualquier punto que se proponga hasta que se haya hecho un maestro en su uso. Pero si, como yo creo, hay cierto nivel de confusión en las mentes de muchos acerca de los campos relativos de actuación del escalador alpino y del buscador de nidos, hay aún mayor desconocimiento popular sobre el uso de cuerdas para la bajada de cortados.

Muy a menudo he sido invitado a ir a Flamborough Head, a St. Kilda o a algún otro sitio para ver cómo lo hacen allí. Como respuesta he dicho siempre que he estado en varios lugares de nuestra costa y nunca he visto nada que sea menos aplicable a la clase de trabajo a que me he dedicado con placer durante muchos años. Para empezar, las condiciones en cada caso son completamente diferentes; el buscador de huevos profesional conoce exactamente lo que tiene delante y teniendo la experiencia de descensos anteriores, sabe con precisión desde dónde empezar, qué puntos pueden ser alcanzados y qué cantidad de cuerda se requiere. Además sabe si el cortado es seguro o no, y se prepara en consecuencia. Aquí contrasta con el naturalista explorador. Este tiene que encontrar un camino para alcanzar un punto sobre el nido, un asunto que, en algunos casos, resulta de la máxima dificultad y peligro. Una vez fijado este punto, tiene que asegurar una buena base para el equipo de descenso, comprobar si el cortado está desplomado y si el nido es accesible o no, cuánta cuerda se necesitará, qué cuerdas son susceptibles de ser llevadas hasta el punto requerido y, finalmente, pero no lo menos importante, si la pared es segura o insegura. Quizás esto parezca una larga lista de contingencias pero no hay una entre esta media docena que no se me haya presentado repetidamente durante mis

propias experiencias, y el no prestar atención a alguna puede originar fallo, retraso o posible desastre.

Todo esto en cuanto a la diferencia entre los problemas que deben ser resueltos por las dos clases mencionadas: naturalistas viajeros y pescadores residentes. Ahora nos referiremos al material. Los hombres que se buscan la vida descendiendo acantilados están provistos de todo el equipo necesario para su trabajo. No hay prácticamente límite para ellos en la cuestión de llevar muchas cosas, ya que normalmente trabajan a una distancia razonable de sus casas y sus cuerdas pueden ser casi siempre transportadas en carros. Así se pueden permitir usar buenas y gruesas cuerdas como línea de seguridad para llevar en la mano y aligerar peso cuando sea necesario, así como para descolgar al colector de huevos. No es raro que estas gentes lleven pantalones de lona o arneses hechos del mismo material con el que están colgadas. Incluso para evitar el que la sogas se deshilache cuando pasa sobre la roca, va a menudo enfundada en una pieza de cuero gordo, o sobre una especie de bandeja de madera conocida como "galápago" provista de un rodillo y ruedas. Finalmente, la cuerda es atada a una palanqueta gruesa firmemente clavada en la tierra. Estos son solo algunos de los accesorios de muchos de los recolectores de huevos profesionales.

Hace algunos años en Irlanda, un caballero que había cogido muchos nidos de peregrino y de chovas en diversos acantilados, me mostró su equipo. Consistía en un "galápago" de madera como el descrito arriba, una palanqueta, una cuerda para descender de 3,5 pulgadas (9 centímetros) y una cuerda de 2 pulgadas (5 centímetros) para ser utilizada como línea de seguridad. Éste era un excelente equipo, y se adaptaba perfectamente al objetivo, ya que él podría transportarlo todo en un coche irlandés a lo largo de alguna carretera de campo y, en el peor de los casos, tendría que cubrir una corta distancia hasta el acantilado cargándolo a hombros de sus hombres. Pero para el naturalista que deambula a través de un país salvaje en busca de

nidos, todos estos refinamientos están completamente fuera de sus posibilidades. El peso y solo el peso es quien decide lo que es factible llevar. Y en los terrenos montañosos, como son las zonas más agrestes de España donde el transporte sobre ruedas es desconocido, los pesos deben ser muy ajustados para que permitan su rápida transferencia desde los serones de los mulos y burros hasta hombros de los hombres. Puesto que durante muchos años he hecho el trabajo de uno de estos hombres y he llevado mi parte en el transporte de la carga, puedo hablar con conocimiento de causa. Constantemente he trabajado solo, llevando cuerdas, equipo, comida, prismáticos, etc. y he llegado a la conclusión de que lo máximo que puedo llevar en una caminata de todo un largo día a través de las sierras sin llegar a estar muy cansado, son 26 libras (12 kg.). Según esto, mientras que mi amigo en Irlanda estaba usando cuerdas de 3,5 y 2 pulgadas (9 y 5 centímetros) para descender y como línea de seguridad, respectivamente, yo me tenía que contentar con una cuerda de 1,5 pulgadas (4 centímetros) y una línea de pescador. La cuerda que usa el Club Alpino pesa 5 libras (2,27 kg) por cada 100 pies (30 metros). Yo tengo un total de 30 brazas, 180 pies (55 metros) de 9 libras (4 kg) que me ha proporcionado un servicio admirable, tanto en acantilados como en grandes árboles, durante trece años.

Ha sido con un equipo así con el que he llegado a algunos precipicios muy altos, colgado en una bolina y sin saber que existían las palanquetas y "galápagos" por arriba, o los ortodoxos aparejos de lona por debajo. La mencionada bolina es, en mi opinión, el único nudo al que un hombre puede confiar su vida en un cortado. Después de hacerlo de la forma normal, con dos argollas iguales, debe ser cuidadosamente ajustado para adaptarse exactamente al cuerpo, una de las argollas debe ser del tamaño de un hombre en el botón superior del chaleco, alrededor del cuerpo, justo bajo las axilas y la otra suficientemente larga para pasar bajo el muslo y de nuevo llegar arriba hasta el punto de partida. En un tamaño normal de persona, serían aproximadamente 40

pulgadas (1 metro) para la vuelta pequeña y 50 pulgadas (1,5 metros) para la más grande, sujeto al necesario ajuste. Un hombre así colgado tiene perfecta libertad de movimiento en ambas piernas y brazos, y no puede salirse fuera del aparejo en la difícil pero posible emergencia de que sea golpeado por una piedra desprendida de arriba por la cuerda o herido por cualquier otro incidente. También se puede plegar el chaleco y utilizarse como almohadilla en la parte larga de la vuelta de la cuerda, especialmente después de cierto tiempo en que se nota algo cortante, sobre todo si se está usando una cuerda fina.

Debido al riesgo de que una cuerda fina se deshilache sobre una pared, he usado frecuentemente en los últimos diez años una cuerda de dos pulgadas en lugar de la alpina de 1½ pulgadas (4 centímetros), que he dejado para el trabajo en los árboles o para usarla como cuerda de seguridad, o para cualquier otra cosa, como describiremos más adelante.



Escalador con arnés de lona listo para descender un cortado.

Cien pies de cuerda de cáñamo de manila de 2 pulgadas (5 centímetros) pesan alrededor de 9 libras (4 kg) y, debido a su volumen, es lo máximo que un hombre puede transportar con comodidad cuando escala entre rocas. Supone mucho para la comodidad del escalador el que, en lugar de deslizar su cuerpo a lo largo de la cuerda, ya sea de 2 pulgadas (5 centímetros) o mayor, esté provisto de un arnés de lona. Esto no es más que un cinturón de lona plegada, cosida con cuerdas, de 3 pulgadas (7,5 centímetros) de ancho y unas 38 pulgadas (96 centímetros) de longitud, que está unido en cada extremo a un segundo cinturón, un poco más ancho y de unas 44 pulgadas (1 metro) de largo. En los extremos tiene un par de dedales con ojetes. Este cinturón se ajusta al cuerpo de una manera muy parecida a la de una bolina, con la parte más larga de la lona pasando por debajo de un muslo y la más corta alrededor del cuerpo bajo las axilas. La cuerda es entonces pasada a través de los ojetes en unos 4 pies (1 metro) y los ojetes llevados juntos y asegurados con dos medios cortes. El extremo de la cuerda se pasa entonces sobre un hombro y por debajo del otro y se asegura de nuevo a los ojetes para impedir que el arnés se deslice hacia abajo. En la foto anterior se muestra la forma de ajustar el arnés de lona al cuerpo y de amarrar la cuerda.

En los precipicios muy grandes, donde existe la posibilidad de que la cuerda se atasque o se deshilache contra un borde cortante, yo recomendaría encarecidamente el uso de una cuerda de 2,5 pulgadas (6 centímetros) como línea de bajada y de 1,5 pulgadas (4 centímetros) como cuerda de seguridad. La primera es muy incómoda de llevar, pero es bueno contar en los grandes cortados con equipo que sea de absoluta seguridad.

Un problema muy complicado a veces consiste en cómo llevar suficiente longitud de cuerda para asegurarse de que no sea necesario un empalme. Hasta 1906 yo llevé siempre tres piezas de cuerda de 100 pies (30 metros) cada una y en caso de emergencia las empalmaba. Si esto último se llevaba a efecto por empalme

largo, bien y bueno. Pero las exigencias de tiempo y espacio a veces dificultan esto, y se debe adoptar el recurso de doblar los extremos juntos. En condiciones normales ello puede ser correcto, pero trabajando en un precipicio desconocido es imposible saber con qué dificultades puede uno encontrarse, y es poco juicioso correr riesgos innecesarios. Cuando se precisa una cuerda larga, por ejemplo 200 ó 300 pies (61 ó 91 metros) o más, lo mejor es tenerla toda en una pieza, enrollada en diferentes ovillos de 100 pies (30 metros) cada uno, con unos 6 a 12 pies (2 a 3,5 metros) de separación entre ellos. Cada hombre del equipo de bajada puede colgarse entonces 100 pies (30 metros) alrededor del cuerpo y caminar en fila india. En la foto inferior se muestra un equipo de bajada trasportando de esta forma 300 pies (90 metros) de cuerda de 2.5 pulgadas (6 centímetros).

Cuando se alcanzan emplazamientos difíciles, suele ser mejor colgarse el ovillo del hombro de afuera, ya que puede ser necesario a veces pasarlo de mano en mano, y depositarlo en repisas u otros salientes mientras hay que atravesar algún paso complicado.



Método de transporte para una cuerda larga durante la escalada.

Es fundamental que las cuerdas estén bien enrolladas y atadas con una guita o hilo en varios lugares para que no tengan partes sueltas que se puedan enganchar en salientes de la pared. El gran peligro que se corre cuando se usan nudos para empalmar cuerdas no es la posibilidad de que se suelten, sino su facilidad para engancharse en alguna grieta de la pared o contra un saliente cortante, bien sea bajando o subiendo un peso muerto. Una desagradable experiencia de este tipo me ocurrió cuando estaba bajando a un nido de quebrantahuesos. En aquella ocasión la resuelta actitud de un compañero me sacó de lo que hubiera podido ser un problema muy serio. De aquí mi resistencia a usar cuerdas empalmadas.

La verdadera esencia del buen trabajo en el precipicio es una disciplina absoluta mientras se realiza, especialmente en lo que concierne a no hablar o replicar. Para asegurar esto, antes de descender designo invariablemente a un hombre "capitán" de la maniobra, y dejo claro a los demás que no hay peligro a menos que ellos si lo causen deliberadamente por desatender cualquiera de las instrucciones que les he dado. En un cortado pequeño son suficientes dos hombres para izar a otro de poco peso, pero tres es un número todavía más adecuado. A veces he sido descolgado en pequeños cortados por un solo hombre, pero no lo recomiendo. Esto está bien si todo marcha normalmente, pero si las cosas se tuercen, se puede llegar al desastre. El capitán debe procurar que el extremo de la cuerda quede (siempre que sea posible) fuertemente asegurado a alguna roca adyacente. Ello a veces resulta de gran utilidad si surge una emergencia. Entonces se debe colocar en posición de sentado, tan cerca como sea posible del borde con tal de que coloque los pies en un lugar seguro y pasar la cuerda por debajo del brazo derecho, mientras que los números 1 y 2 deben prolongar la línea por detrás de él, en la dirección de la tensión y en similar postura. Un firme apoyo de los pies es por supuesto fundamental. A veces, si una pared o precipicio son particularmente peligrosos, resulta muy útil para el capitán el

colocarse en el mismo borde, desde donde puede ver u oír las señales del que está abajo. Esto es especialmente útil cuando el cortado es muy escarpado cerca del borde como para hacer inseguro o imposible que el equipo de bajada ocupe una posición segura cerca de él. El capitán en este caso deber introducirse en una bolina, y cuando se haya colocado en el mismo borde del cortado su cuerda debe atarse con firmeza a una roca.

Resulta difícil encontrar un cortado, bien sea en terrero arcilloso o arenoso, donde una cuerda no se pueda asegurar así, ya sea a una roca, o a algún árbol o arbusto. Cuando no se pueda encontrar algo así, la cuerda deber ser pasada alrededor de la cintura del hombre mayor y más pesado del grupo, quien debe colocarse detrás del resto en una posición tal que no pueda ser arrastrado por un repentino tirón. He adoptado este procedimiento con excelentes resultados cuando trabajaba en cortados muy altos. Toda conversación y gritos deben ser evitados por parte del que descende por la cuerda. Yo siempre llevo un silbato para perros "Acme" colgado del cuello por una cinta corta. Un silbido significa "sujetar fuerte". Dos silbidos "bajar". Tres silbidos "subir". Cuando hay razones para tener cualquier complicación, el silbato debe ser llevado en la boca. De esta forma es fácil, si hay un problema repentino, dar un silbido y hacer reaccionar al grupo de arriba para que sujete fuerte.

Es sorprendente lo claro que se puede oír un silbato mientras que una voz humana un poco abajo del precipicio resulta literalmente ininteligible para los de arriba. Nada resulta más desmoralizador para un equipo de bajada, que oír a un hombre lejos del alcance de la vista gritando ininteligiblemente; en tales casos la cosa cambia radicalmente si aciertan a hacer lo correcto y en el momento preciso.

Puede que el escalador una vez que ha sido descolgado por el precipicio y hasta que llega al nido, o a alguna cueva o repisa que conduzca a él, precise moverse lateralmente algunas yardas sobre la cara de la pared. Si las condiciones locales lo permiten lo

más seguro para él es dar la señal de "bajar" y, tras recoger toda la cuerda suelta que pueda necesitar, hacer la señal de "sujetar fuerte" y enrollar la cuerda suelta. Entonces puede arrastrarse hasta el punto adonde tenga que llegar.

Pero a veces puede haber una gran terraza o parte del precipicio que sea escalable sin necesidad de una cuerda desde su posición. En tal caso, lo más seguro es desatar la cuerda y atarla a algún arbusto o roca, y entonces proceder a explorar el precipicio. Habiendo hecho esto, se vuelve al punto de partida, se ata uno de nuevo a la cuerda y, sujetándose firmemente a la pared, se hace la señal de "subir". Lo mejor es que tan pronto como la parte suelta haya sido recogida, se haga la señal de "sujetar fuerte", antes de hacer la ascensión final. Esto le da tiempo al grupo de arriba para obtener una buena tensión de la cuerda y permite al que está abajo salir cómodamente de su repisa. No observar esta pequeña regla ha producido el resultado de verme colgado columpiándome en el aire por amigos demasiado impacientes, un hecho tan alarmante para ellos como desagradable para mí.

Al subir, un escalador bien preparado cogerá el ritmo de los que lo ascienden y, siempre que la pared lo permita, aligerará su peso agarrándose a ella con las manos. Es sorprendente como un par de dedos en un saliente en el momento oportuno puede facilitar los esfuerzos de los de arriba.

Durante una subida así, un escalador nunca debe ir por delante de su cuerda, en otras palabras, la debe mantener siempre tensa. Una cuerda atada a un hombre que pueda aflojarse hacia abajo puede muy fácilmente engancharse en alguna roca saliente por debajo de él, y cuando los de arriba den el siguiente tirón, se puede encontrar violentamente atraído hacia abajo, lo que resulta una experiencia muy desagradable.

No encuentro la forma de prevenir suficientemente a los futuros escaladores de los peligros de enredarse con la cuerda, a no ser que se trate de expertos en nudos. Incluso las más experimentadas y hábiles manos pueden tener problemas con

esto, ya que la familiaridad con el peligro hace a los hombres a veces descuidados. Citaré sólo un ejemplo. En 1894 descendí el gran cortado conocido como la Laja del Ciscar (Aciscar). Llevaba conmigo 180 pies (55 metros) de cuerda alpina nueva de 1,5 pulgadas (4 centímetros) y fui descolgado por dos españoles. Fue un descenso en vertical, salvo aquí o allí, y de unos 20 pies (6 metros), donde una fisura vertical corría hacia abajo hasta un saliente que se inclinaba hacia fuera, hasta que se unía a la superficie general del cortado. Cuando estaba cerca del extremo de la cuerda, descubrí para mi disgusto un nido de buitre a tan sólo unos 20 pies (6 metros) por debajo de mí. Entonces volviendo a subir unos pocos pies hasta un punto donde podía estar seguro, desaté la cuerda alpina de mi arnés, la empalmé a mi cuerda de seda, amarré esta última a mi arnés y fui descolgado hasta el saliente. Tomé una fotografía del nido de buitre leonado con su huevo (que luego apareció, por cierto, en la segunda edición del libro del Coronel Irby) y luego hice la señal para ser izado. Aquello era más un gateo que una subida regular, pero después de ascender 20 ó 30 pies (6 ó 9 metros) me percaté de que sería mejor recobrar el contacto con la cuerda alpina así que, desaté la cuerda de seda y até la cuerda alpina una vez más a mi arnés mediante dos medios cotes bien apretados.



La Laja del Ciscar (Aciscar). Cima a 620 pies (189 metros) de la base.

Durante la subida me detuve varias veces para explorar algunos otros lugares con nidos, con la cuerda colgando suelta. Finalmente hice la señal de "subir" y empecé a ascender. Mientras que estaba siendo izado por un pendiente y deslizante barranco con todo mi peso colgando de la cuerda, mi ojo tropezó con el nudo que aseguraba la cuerda al arnés.



En la pared de la Laja de Ciscar (Aciscar).

Este estaba a la altura del botón medio de mi chaleco. Había empezado, como queda descrito, con dos medios cotes y

un pie de cuerda sobrante, y conforme vi el nudo me di cuenta de que uno de los medios cotes se había ido y que el otro se estaba soltando y ¡sólo quedaban unas pocas pulgadas para escaparse! Rápidamente agarré la cuerda por encima de mí con una mano y de alguna forma me agarré con la otra al siguiente saliente por arriba, ¡justo antes de que el nudo se soltara! Fue una experiencia terrorífica y debida a falta de precauciones, ya que yo no había tenido en cuenta el "bucle" en la cuerda nueva cuando estaba colgando floja, ni el efecto del sol caliente sobre ella. Luego dejé más cuerda suelta hacia abajo y tras hacer un nudo, seguro esta vez, fui izado hacia arriba.

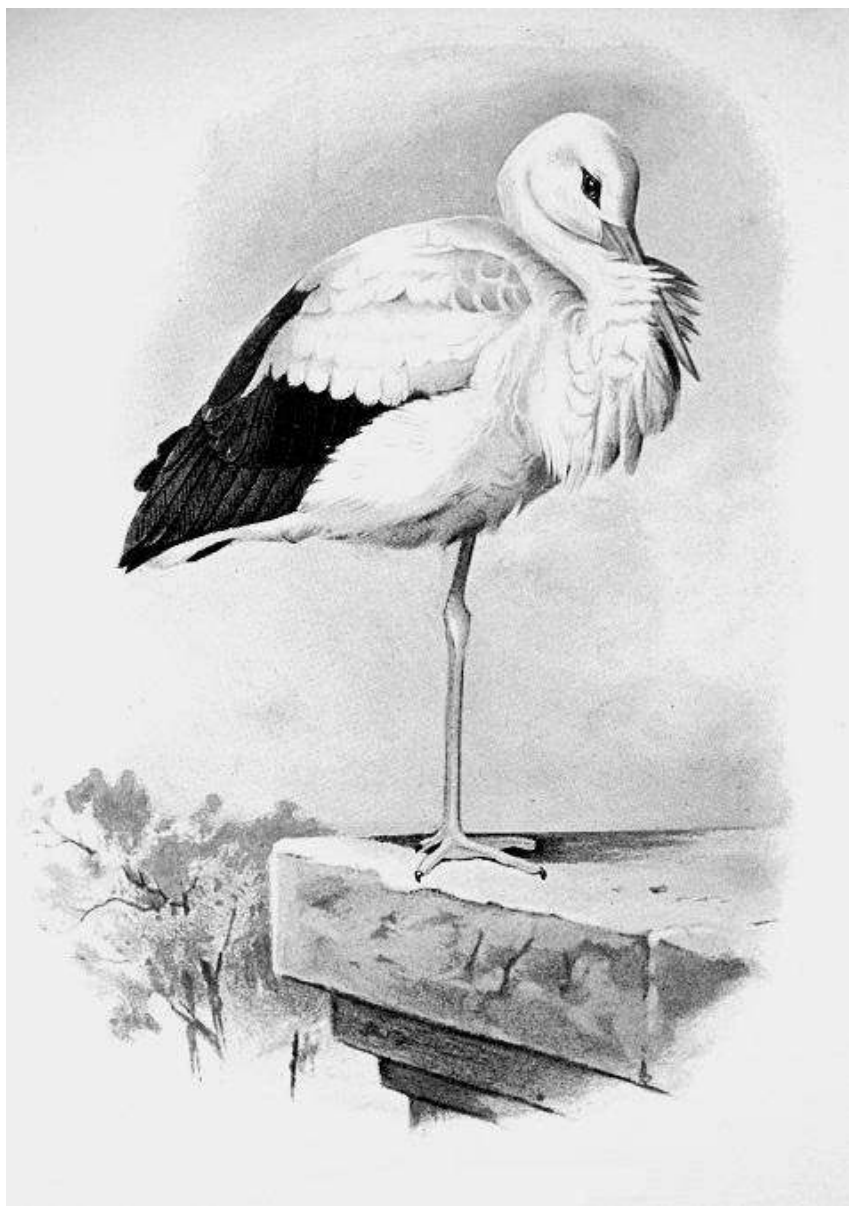
Todo esto ocurrió hace mucho tiempo pero puedo todavía recordar mis sensaciones cuando, estando sobre el saliente seguro, me deslicé abajo por aquella ladera pendiente hasta el pie del cortado. La moraleja de esta historia es que uno no se puede confiar en dos medios cotes, especialmente en el caso de una cuerda nueva, a no ser que el extremo libre sea fijado a la otra parte de la misma.

Ninguna explicación sobre las cuerdas que yo uso estaría completa sin la descripción de mi cuerda de seda, a la que ya me he referido incidentalmente, que he llevado siempre durante casi treinta años. Se trata de una de esas que llevan los deportistas tirolese y es mi más querido recuerdo de los felices días que pasé buscando nidos con el Príncipe Imperial Rodolfo de Austria, en la primavera de 1879. El Príncipe vestía -al igual que su primer acompañante, el Conde Hans Wilczek (un famoso deportista)- el equipo "Jäger" tirolés, y los dos llevaban invariablemente estas cuerdas de seda en sus mochilas. Fue después de una particularmente desagradable ascensión a un complicado pino, para alcanzar el nido de un milano negro, cuando el Príncipe insistió en que yo debía tener una de estas cuerdas de seda que ellos llevaban para utilizarla como ayuda ante cualquier emergencia así que se me pudiera presentar en el futuro. Esta cuerda es de una fuerte trenza de seda cruda, de más de 20 pies (6

metros) de larga, con un lazo en cada extremo, bien hecho y empalmado. Tiene casi una pulgada de circunferencia y pesa menos de media libra. Puede llevarse en el bolsillo y ocupa poco más espacio que un pañuelo. En cuanto a su resistencia, la he atado una y otra vez a una rama y dos hombres que pesaban entre los dos más de 130 kilos se han sentado en la comba a modo de columpio. Tanto si he trabajado a lo largo de la rama resbaladiza de algún árbol, como si me he deslizado sobre algún saliente estrecho en algún precipicio, la he utilizado en infinidad de ocasiones como cuerda de seguridad.

Desde que me dedico a la fotografía, me ha proporcionado la facilidad de asegurarme cuando he acometido algún trabajo con la cámara en una situación peligrosa. Su ligereza y solidez, han hecho que la llevara siempre, incluso cuando no pensaba escalar, y me ha proporcionado una serie de servicios, entre los que se cuentan amarrar una avutarda sobre la montura, atar un caballo o remolcar una patera. Un invierno hice un viaje de más de 20 millas (32 kilómetros), a lo largo del canal de Hythe, cuando el hielo todavía estaba poco espeso y se suponía que era inseguro. Por suerte culminé mi objetivo sin llegar a hundirme, pero la cuerda en el bolsillo me daba mucha seguridad. De vez en cuando se hará alusión a esta famosa cuerda al describir varias aventuras en busca de nidos en que me he mantenido sano y salvo.





Cigüeña blanca.

TÍTULO II- EN UNA LAGUNA ESPAÑOLA

CAPÍTULO I

UN DÍA EN UNA LAGUNA

Las lagunas del sur de España - Vegetación densa de bayuncos y carrizos - Algunos residentes desagradables - Piaras de cerdos - Cigüeñas - Garcillas bueyeras y sus hábitos - Tortugas de agua y culebras - Garzas imperiales - Aguiluchos laguneros - Vecinos indeseables - Atravesando caños - Calamones - Avetoros - Carriceros tordales - Fumareles cariblanco - Una vivienda flotante - Toros y otros ganados en el marjal.



Una gran variedad de aves encuentra lugares adecuados para anidar entre los marjales del sur de España. El tamaño y la localización exacta de estos humedales varía de un año a otro dependiendo de la cantidad de lluvias caídas durante los meses de invierno, pero hay ciertas zonas más bajas que permanecen inundadas durante meses, después de que las tierras más someras de alrededor se han convertido en extensiones de barro tostado por el sol. Hay lugares así cerca de donde vivo, y puesto que la búsqueda de nidos en tales parajes no se parece en nada a la búsqueda de nidos en otros sitios normales, haré una descripción aquí de uno de ellos.

Para empezar, estos lugares tienen normalmente un fondo razonablemente duro y somero, y pueden ser atravesados casi siempre con cierta seguridad. Entre los meses de abril y junio están densamente cubiertos por bayuncos (*Scirpus lacustris*) muy fuertes y altos (no como la enea, *Typha latifolia*), que hacen de todo movimiento a su través, una lucha continúa. He llevado a varios entusiastas buscadores de nidos a estos lugares, entre ellos mi infatigable camarada, el Almirante Arthur Farquhar, y he visto a uno y a otro completamente reducidos a la condición de exhaustos. Si sopla una fresca brisa, las grandes plantas se enredan, lo que hace casi imposible forzar el camino a su través "contra corriente", por decirlo de algún modo, y el explorador se ve obligado a alterar su rumbo y contentarse con derivar por la línea de menor resistencia en las grandes manchas, hasta que tras salir a aguas abiertas, puede dirigir su camino a barlovento y de esta forma recuperar su dirección perdida. Moviéndose así, quizás con agua hasta la cintura y con los plumeros de los carrizos cimbreado por encima de la cabeza, resulta a menudo difícil mantener la orientación. En teoría, la dirección del viento y la posición del sol deberían ser guías suficientes, pero en la práctica resulta con frecuencia que no es una tarea fácil encontrar el camino para salir de este mar de carrizos y juncos que lo rodea a uno. Tras una o dos experiencias como ésta, incluyendo el quedarme atrapado por una tormenta de agua que hace imposible las observaciones y borra las señales en el suelo, tuve siempre el cuidado de echarme una brújula en el bolsillo antes de penetrar en los carrizales.

Tales lugares están además infestados de sanguijuelas y nadie que no requiera practicarse sangrías extensivas, debiera entrar en ellos sin adoptar las necesarias precauciones en cuanto a vestimenta. Unas medias altas son quizás lo menos adecuado. Pero aparte de las sanguijuelas hay una para mí misteriosa y desconocida bestia de agua -así la llamo aunque me gustaría tener un nombre más concreto, pero sea reptil o insecto, no lo puedo

asegurar- que produce una seria mordedura o escozor. El efecto inmediato es una dolorosa inflamación. La piel adquiere el color de una frambuesa madura en varias pulgadas alrededor de la herida y el dolor dura normalmente veinticuatro horas. He visto como hombres que se habían colocado en la laguna a la puesta de sol a la espera de los patos, en el mes de diciembre, eran mordidos por esta cosa misteriosa, y menciono su existencia como un aviso adicional para aquéllos que vayan a penetrar en zonas húmedas españolas, para que tomen la precaución de vestir ropa protectora.

Para mí, lo más complicado de estas lagunas es la imposibilidad de descansar de vez en cuando. Una y otra vez, un nido más sólidamente construido de garza o aguilucho, puede ofrecer un asiento temporal, pero es normalmente sólo una cuestión de tiempo el que antes o después el propio peso cause el hundimiento del nido bajo el agua.

Al decir que el fondo de las lagunas es plano, he omitido un aviso importante. Es cierto que hay muchos cientos de acres que son tan planos como un buen campo de polo, pero también hay muchos cientos más en que grandes piaras de cerdos, que encuentran su existencia en esta región, han estado escarbando en busca de rizomas. Durante los meses del año en que las llanuras están bien enfangadas o sumergidas, un espeso desarrollo de vegetación, la *Scirpus maritimus*, (conocida por los españoles como castañuela, de castaño), que tiene raíces tuberosas esféricas, cubre ciertas partes y es sorprendente la forma sistemática en que los cerdos convierten estas manchas en una serie de cráteres someros separados por pequeños bancales. Mientras estas excavaciones se puedan advertir no suponen gran problema, pero resulta muy cansado caminar a su través. Sin embargo, cuando están cubiertas por unas pulgadas de agua fangosa resultan exasperantes y aumentan el riesgo de una caída, ya que todos los cálculos son pocos cuando uno se encuentra con que una pierna puede ser 6 pulgadas (15 centímetros) más corta o más larga de lo

que se espera que sea. Un traspié y un batacazo en tales condiciones, incluso en aguas someras, es un asunto muy poco agradable. Por esta razón yo llevo siempre un callado de pastor con punta de hierro en tales expediciones.

Estaría fuera del alcance de este capítulo mencionar todas las aves vistas durante un día de trabajo en los humedales, y me limitaré a describir algunas de las que son más notables. Conforme se acerca uno a las partes más bajas del llano, cerca de la laguna, las cigüeñas blancas (*Ciconia ciconia*) se observan muy ocupadas en la búsqueda de ranas y reptiles, así como de escarabajos. Estas aves no crían por supuesto en el marjal, pero integran de una forma tan notoria una parte de su avifauna, que no deben ser olvidadas. Aunque muchas instalan sus nidos en las grandes ciudades, otras los construyen en árboles o en lo alto de las pequeñas chozas de paja de los pastores. He visto un nido así este mismo año en lo alto de un pajar, cerca del cortijo de un caserío. Las aves adultas se habían tomado el extraordinario trabajo de doblar y adaptar los primeros grandes palos que habían traído para asegurarlos a las gavillas de paja y de esta manera disponer de una base segura sobre la cual levantar la usual gran plataforma de ramas. Otra ave que frecuenta la laguna es la elegante garcilla bueyera (*Bubulcus ibis*) que está continuamente pendiente del ganado que pasa tanto tiempo en los pastos abundantes que rodean la zona encharcada. Estas aves cazan alrededor de las bestias o se posan en sus lomos buscando lo que es su alimento favorito, los parásitos que infestan toda vida animal en los países cálidos. El nombre local de estos pájaros es “*Purga bueyes*” o limpiadores del ganado, por la que es su costumbre habitual.

Tras dejar la orilla fangosa uno chapotea a través de aguas someras entre una vegetación dispersa de bayuncos y plantas acuáticas. Conforme el agua se hace más profunda y los carrizos se espesan, aparecen muchos nidos de fochas, algunos con seis o siete huevos. En un día de calor, cada nido no ocupado por las

fochas es normalmente utilizado por dos o tres galápagos (*Mauremys leprosa*) que invariablemente emprenden la huida cuando uno se aproxima. Estos reptiles abundan literalmente en los ríos y lagunas del sur de España y constituyen uno de los muchos enemigos del cazador, que puede perder un pato alicortado durante la noche por su culpa. Entre ellos y un gran escarabajo acuático (*Dytiscus*), acaban rápidamente con lo que tengan a mano para devorar.

A medida que se sigue adelante hacia las grandes manchas de vegetación patos reales machos, y menos frecuentemente hembras, surgen aquí y allí de entre los carrizos, pero éste no es el lugar para buscar sus nidos pues éstos están normalmente escondidos entre el cereal o en las laderas cubiertas de gamones, bastante lejos. A menudo he visto nidos de patas cuando cabalgaba por los cerros en busca de avutardas y es todavía más sorprendente como consiguen conducir sus pequeños recién nacidos a lo largo del terreno seco, con predadores de todo tipo, de cuatro patas y alados, junto a culebras y lagartos, hasta el ansiado destino de alguna laguna cubierta de vegetación. Unos pocos pequeños arroyos conducen agua hasta el marjal, pues en España, en los meses de primavera, la mayoría de los arroyos pequeños están o bien secos o simplemente son una sucesión de charcas con paredes verticales mal adaptadas como vías de paso para tan jóvenes aves. Los españoles aseguran que la pata transporta a sus crías en la espalda desde el lejano nido hasta la laguna.

Una y otra vez aparecen masas de vegetación caída sobre la superficie del agua y aquí se pueden observar muchas culebras soleándose, a veces hasta una docena juntas. Se trata de la culebra viperina (*Natrix maura*), y se merece tal nombre porque, aunque no sea venenosa como la culebra bastarda, por su tamaño, forma, silueta plana y elasticidad de la cabeza, así como las marcas en zigzag del dorso, resulta sorprendentemente parecida a la venenosa víbora (*Vipera latastei*).

Gradualmente el agua se hace más profunda y la vegetación más densa y alta, hasta que se llega al sector de los bayuncos que forman un santuario para muchas aves. Teniendo en cuenta el gran número de garzas imperiales (*Ardea purpurea*) que cría en estos humedales, es curioso lo poco que se ven y cómo de fácil es no advertir sus nidos. Como siempre que se buscan nidos, he encontrado que es más práctico dirigirme a un punto destacado desde donde poder observar el marjal con los prismáticos a cierta distancia y decidir así cuál es la parte más indicada para buscar los nidos de las garzas, que vagar sin rumbo por la zona con la esperanza de encontrar alguno por casualidad. La esencia del éxito en todas estas operaciones radica, por supuesto, en mantener la dirección requerida cuando se dejan las tierras altas y se entra en la espesura. Los aguiluchos laguneros (*Circus aeruginosus*) abundan en tales lugares y conforme se avanza entre las pajas se levantan frecuentemente de algún posadero sobre la vegetación caída. Debido a la cobertura que proporciona la vegetación alta estas elegantes aves le pueden pasar a uno a menudo muy cerca; el blanco cremoso de sus cabezas bellamente marcadas, y los delicados tintes ceniza de sus hombros, alas y colas cuando vuelan a la luz del sol, pueden difícilmente ser imaginados y de ninguna forma advertidos en el espécimen disecado de un museo. Un día vi a una de estas aves hacer un repentino picado y desaparecer entre la vegetación poco densa a unas 40 yardas (36 metros) de mí. Puesto que había al menos 2 pies (61 centímetros) de agua y las plantas no estaban muy espesas, quedé muy sorprendido por la maniobra y me dirigí rápidamente hacia el lugar para encontrar, simplemente, que se había posado sobre un nido de focha con huevos, cuya propietaria lo había abandonado debido a mi cercana presencia. Aún no había hecho daño alguno, y una vez que el aguilucho se fue, la focha tomó posesión de nuevo, rápidamente. De aquí resulta evidente que las fochas pueden proteger sus huevos manteniéndose cerca de sus nidos. No cabe duda de que el aguilucho, una vez que vio

marcharse a la focha, aprovechó una oportunidad demasiado buena para ser descartada y de esta forma descendió a corta distancia de mí, y de hecho no se fue hasta que yo estuve muy cerca del nido. Las garzas imperiales se posan cerca y frecuentemente se levantan del nido a muy pocas yardas del intruso.

Los nidos consisten simplemente en hacinamientos de bayunco cuya base está formada por plantas crecidas el año anterior, secas y engavilladas, todavía sujetas pero dobladas y abatidas, sobre las cuales una masa de juncos traídos de los alrededores forma la superestructura. El alveolo o depresión del nido está por lo general entretejido con vegetación acuática seca, y está levantado de 12 a 30 pulgadas (30 a 76 centímetros) sobre el nivel del agua.



Nido de garza imperial.

Los huevos, en número de tres a cinco, presentan el bien conocido y delicado azul pálido habitual de las garzas comunes.

Una vez encontré un nido con siete huevos, pero probablemente se trataba de un establecimiento compartido. Con frecuencia se encontrarán nidos con sólo uno o dos huevos bien incubados. En tales casos, tengo buenas razones para pensar que los aguiluchos laguneros han devorado los otros. Más de una vez, cuando he levantado a una garza imperial de su nido he visto a un aguilucho lagunero descender y comenzar a comer los huevos, y a veces he sorprendido a uno de estos ladrones en el acto.

El 26 de abril de 1903 encontré cierto número de nidos de garza conteniendo de uno a cuatro huevos, todos incubados (comprobé esto metiéndolos en el agua) y todos manchados de sangre, lo que indicaba que los aguiluchos habían estado haciendo su trabajo por allí.



Huevos de garza imperial.

Los aguiluchos parece que recaudan su tributo de entre los primeros huevos puestos, ya que, curiosamente, otro año en que visité cierto número de nidos el 13 de mayo, en el mismo lugar, todos ellos (salvo uno con cinco) contenía huevos perfectamente frescos. Los aguiluchos hacen su puesta a veces en los nidos de

las garzas y, con toda probabilidad, deben ser unos vecinos muy indeseables.

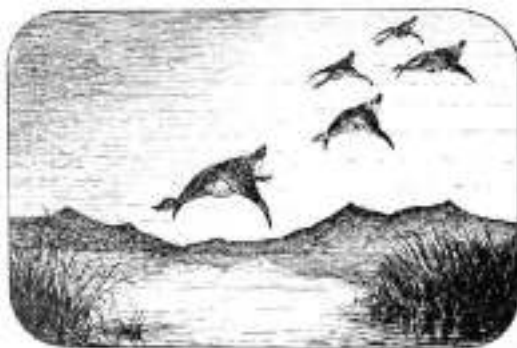
En ciertos lugares de estas lagunas hay amplias zonas de aguas abiertas y estrechos y sinuosos canales que parecen siempre curiosamente profundos, pero que no lo son. Produce una sensación particular el desplazarse a lo largo de estas calles de agua con la alta vegetación cortando la vista de tierra en todas las direcciones. A veces, al moverme tranquilamente por tal paraje he oído avetoros cantando muy cerca en los densos bayuncares, o me ha asustado el grito peculiar del gran calamón (*Porphyrio porphyrio*). Estas bellas y coloreadas aves, pero tan desgarradas, se arrancan de los mismos pies, y tras aletear unas yardas desaparecen de nuevo en la vegetación. Una vez, en una revuelta, me encontré cara a cara con un bellísimo somormujo lavanco. El distinguido carricero tordal (*Acrocephalus arundinaceus*), que construye un nido muy artístico colgado de los bayuncos, cría en estas zonas húmedas, y su poderosa voz se deja oír a menudo a corta distancia.

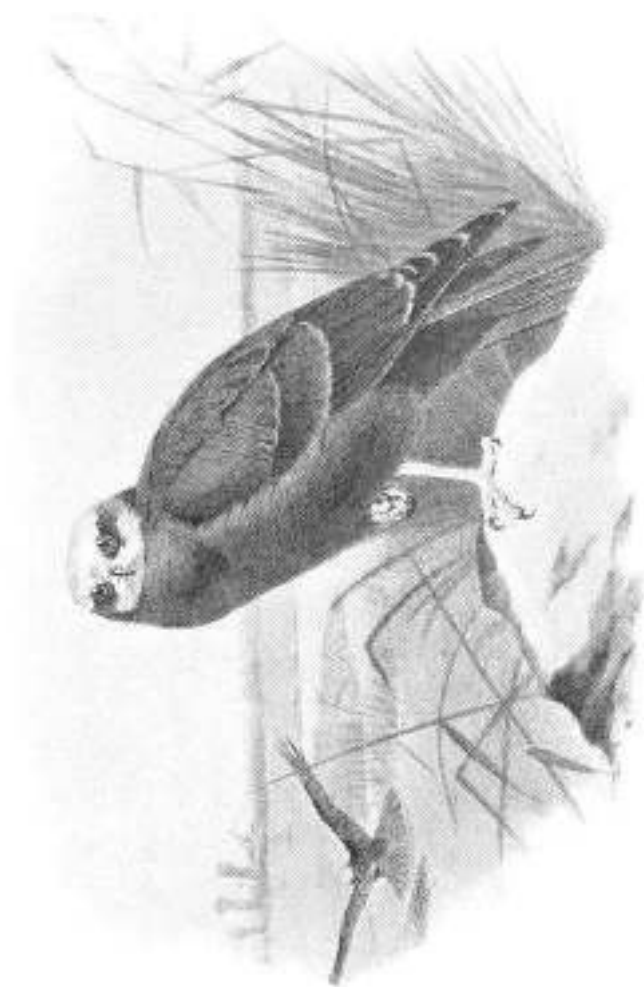
En las partes más abiertas de la laguna, fuera de la alta vegetación y donde toda la superficie del agua está cubierta por los ranúnculos en flor, los fumareles cariblanco (*Chlidonias hybrida*) construyen sus nidos flotantes hechos de vegetación fresca apenas entretejida. Algunas de estas endeble plataformas están sujetas a sus alrededores y, de esta forma, suavemente afirmadas, pero otras están sueltas y derivan con el viento. Así, un año en el mes de mayo descubrí varias veintenas de nidos repartidos entre las plantas jóvenes y, tras visitar de nuevo el lugar unos días más tarde, encontré que la mayoría de ellos habían sido empujados por el viento hasta la parte de sotavento de la laguna, donde aparecían acumulados en una densa masa. Tres es el número habitual de huevos de la puesta, de un delicado color verde terroso, ampliamente manchados y salpicados de negro y marrón. Las aves adultas son singularmente bellas en vuelo, sus pechugas oscuras parecen bastante negras a la luz del

sol y contrastan con las grises plateadas espaldas y alas. Cuando se está en la proximidad de una de estas colonias, muestran una gran conmoción, e irrumpen en fuertes gritos. Una y otra vez, el malvado aguilucho lagunero empeñado en el robo de huevos llega aleteando rasante cerca de la colonia de fumareles, y las valientes pequeñas aves forman un grupo para atacar y acosar al gran intruso, picándole y hostigándolo desde arriba hasta que se marcha.

Como queda mencionado antes, cuando ando por estas lagunas llevo siempre un palo largo como los que usan los vaqueros en España. Me permite comprobar las profundidades y me evita muchas caídas, bien sea por el desigual fondo o porque las plantas acuáticas se me enredan en los pies. Cuando se llevan aparatos fotográficos, una caída en tres pies de agua puede llegar a ser un incalculable desastre.

Muy a menudo, trabajando en estos parajes, uno se encuentra con toros o vacas que se ocultan en la vegetación para evitar las moscas y el calor del día. En tales ocasiones una buena cachava representa al menos cierto apoyo moral y, a veces, me ha sacado de situaciones comprometidas. El efecto que pueda causar sobre un toro de aspecto poco amistoso no lo sé, y espero no comprobarlo nunca. Una vez pregunté a un famoso vaquero si en tal fatal situación podría yo intimidar al bruto con mi garrocha de punta de acero. Respondió secamente "Ya vendrá más pronto". ¡No precisamente alentador para un torero amateur!





Aguilucho lagunero (*Circus aeruginosus*).

CAPÍTULO II

LOS AGUILUCHOS

Aguiluchos laguneros - Los más infatigables de todos los cazadores - Una prueba constante para el deportista - Costumbres semiacuáticas - Bellísimo plumaje de adulto - Aguilucho cenizo - Aguilucho pálido - Aguilucho papialbo - La gran dedicación del aguilucho lagunero a la búsqueda de presas - Su audacia y fortaleza - Rapidez de visión - Relativa rapidez de visión en aves - Las pequeñas gaviotas, aparentemente las más rápidas - Colonias de aguiluchos - Jóvenes aguiluchos en el nido - Su beligerancia - Un desafortunado día buscando nidos.



Esta bella familia está bien representada en el sur de España. Es el hábil aguilucho lagunero (*Circus aeruginosus*) un ave rapaz especialmente abundante y que se encuentra en gran número en las zonas bajas y marismas. A lo largo del año, y con cualquier tipo de condiciones meteorológicas, desde las tempranas horas del amanecer hasta la persistente luz después de que el sol se haya puesto, se puede ver peinando los carrizos y los marjales en la llanura, en busca de cualquier cosa que pueda

surgir, ya que nada parece venirle mal. Son particularmente querenciosos de las tortugas de agua dulce, que abundan en tales localidades; son también famosos ladrones de huevos y, en los

meses de primavera, como ya se ha descrito, extraen un sustancioso tributo de los nidos de garzas imperiales y fochas. Para el cazador constituyen un desafío siempre presente, ya que están constantemente a la búsqueda de agachadizas o patos heridos, y tienen la habilidad de surgir repentinamente y apropiarse de una ave delante del deportista pero fuera del alcance de su escopeta. Cualquier ave que no sea inmediatamente cobrada por el cazador es devorada, con toda seguridad, por estos diligentes buscadores. La rapidez con que lo hacen es a un tiempo sorprendente e irritante. No hace mucho derribé un silbón muerto sobre la orilla cubierta de yerba, a unas 50 yardas (46 metros), al otro lado de un río; no teniendo mi perro conmigo bajé hasta un vado, a menos de media milla (800 metros) y tras cruzar, volví a lo largo de la orilla opuesta para cobrar el ave. ¡Pero en ese breve intervalo un aguilucho había descendido y se había comido la mejor parte de la pechuga del silbón! Se puede aceptar como una regla el que cualquier pato derribado "al caer" y que no sea cobrado en el momento, será encontrado y devorado por los aguiluchos al amanecer. Si un ganso o pato cae sobre su pechuga entre la vegetación, puede que no sea descubierto durante unas pocas horas, pero el cazador que no haya conseguido cobrar sus piezas durante la noche, las encontrará, en la mayoría de los casos, devoradas cuando llegue al lugar al día siguiente. Entre el rondador zorro que se lleva cualquier ave herida que alcance la orilla y los galápagos que se comen las que puedan caer entre la densa vegetación, las posibilidades de cobrar la caza perdida durante la noche son ciertamente escasas.

No conozco ninguna otra ave de presa que se encuentre tan bien adaptada a las aguas de las grandes lagunas como el aguilucho lagunero. Muchas parejas de ellos pueden ser descritas como semiacuáticas, por sus costumbres. Durante los meses de invierno y casi siempre desde mi barca de caza los veo habitualmente descansando y durmiendo en las manchas de paja seca a una milla (1,61 kilómetros) o más de la orilla, mientras que

en primavera, anidan en las manchas espesas de carrizos o bayuncos, que en esta época del año son normalmente de 8 ó 9 pies (2,5 ó 3 metros) de altura. Lo más corriente es que se instalen sobre el nido de alguna desafortunada garza imperial, añadiendo a la injuria el insulto de comerse primero los grandes huevos azules de este ave.

Los cambios de plumaje que sufren todos los aguiluchos, y especialmente los laguneros, son espectaculares y no menos que sorprendentes. La diferencia entre los sexos, además, es muy notable, como es bien sabido.



Nido de aguilucho lagunero

Un macho adulto de aguilucho lagunero con sus marcas color ceniza en las alas, hombros y cola, es muy bonito. La hembra adulta es un ave completamente distinta, de color chocolate oscuro con la cabeza amarillo pálido, a veces muy pálida, hasta parecer casi blanca. Este es el plumaje que aparece en la ilustración.

El que sigue, en cuestión de abundancia, al aguilucho lagunero es el aguilucho cenizo (*Circus pygargus*), una especie no siempre fácil de diferenciar en vuelo del aguilucho pálido (*Circus cyaneus*), la especie inglesa mejor conocida, ni del aguilucho papialbo (*Circus macrourus*). En las tres especies, los machos adultos son de un delicado gris pizarra, con franjas negras en las alas, mientras que las hembras son generalmente de aspecto oscuro. El aguilucho cenizo, aunque a veces cría en marismas, vive también en el monte bajo y en zonas secas. El Coronel Irby encontró una colonia de más de veinte parejas anidando en una marisma de Marruecos.

Aunque he visto constantemente todas las especies, mi compañía diaria en todas las épocas del año cuando me encuentro en tierras bajas, es el aguilucho lagunero. Observándolos como lo he hecho, en todas las estaciones y en toda clase de lugares, bien esperando a los patos o acaso en primavera, mientras observaba aves acuáticas criando o, de nuevo, cuando estaba agazapado en una batida de avutardas o gansos, uno se queda maravillado de su imbatible persistencia y sus esfuerzos ilimitados para encontrar la presa. Que tienen una vista extremadamente aguda es indudable, a juzgar por su forma de vida y sus métodos de caza. Frecuentemente los he sorprendido cuando he estado tumbado boca abajo. Entonces, mientras permanecía sin moverme, ellos han estado tan dedicados a su minuciosa inspección, que me han pasado a tiro. Su audacia es a veces notable. En enero de 1907 estaba yo a la espera de la caza acuática, tumbado y tapado entre algún espeso matojo y yerbas. Había matado un ánsar y algunos patos y los había sujetado con unos palos metidos por el pico para

que sirvieran de cimbeles, cerca de la orilla, a unas 30 yardas (27 metros) de mi puesto. Entonces un aguilucho lagunero macho adulto llegó batiendo alas, pico a viento, a lo largo del borde del agua, y conforme vio los cimbeles se deslizó hacia ellos pero, aparentemente, sospechando algo raro, se posó a unos pocos pies de un rabudo macho. Yo sentía gran curiosidad por ver lo que haría después, pues imaginé que difícilmente podría llevarse un ave tan pesada. Un momento después el aguilucho corrió hacia el ave muerta y saltando literalmente sobre su espalda lo agarró y, levantando el vuelo, estuvo a punto de desaparecer con él cuando, para no perder mi pato, lo derribé de un tiro.



Jóvenes aguiluchos laguneros en su nido.

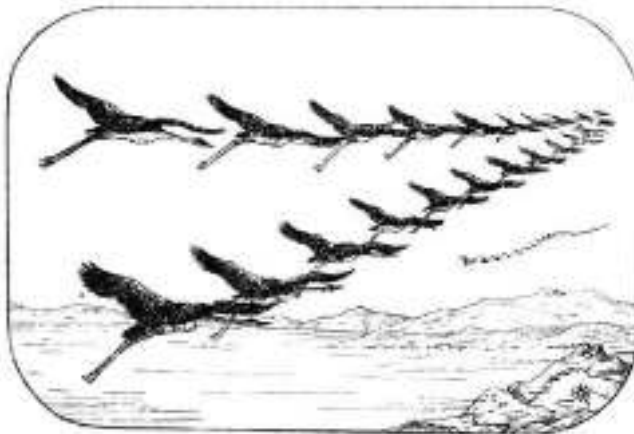
Resulta interesante estudiar la rapidez comparada de visión en los diferentes órdenes de las aves. Mis propias conclusiones indican que ninguna ve más rápidamente que las más pequeñas gaviotas y tras ellas las gaviotas mayores. Las aves más ariscas, como la avutarda y el sisón, el zarapito y varias rapaces, me han pasado una y otra vez a tiro cuando estaba oculto tumbado. No así las pequeñas gaviotas, que sin cesar van deslizándose arriba y abajo sobre las aguas de las lagunas en invierno, y de alguna forma siempre detectan la presencia humana antes de llegar a la distancia de tiro y se desvían con rapidez.

En algunos de los grandes bayuncares los aguiluchos laguneros anidan en colonias e incluso en pequeñas zonas húmedas, no es nada raro encontrar dos o tres nidos separados apenas unas 20 ó 40 yardas (18 ó 36 metros). Por lo que he podido apreciar, prefieren ocupar el nido de alguna otra ave a construirse el suyo, pero conozco de varios casos en que sin duda se construyeron el propio nido. Esto ocurrió en cierta ocasión cerca de mi base, en donde un par de aguiluchos estaba construyendo el nido entre los carrizos, a menos de 10 yardas (9 metros) del borde de la laguna.

Ya hace muchos años que encontré mi primer nido de aguiluchos con crías y esto me costó caro. Iba cabalgando solo cerca de un humedal y al ver algunos aguiluchos entrar en una mancha espesa de bayunco desmonté, até mi caballo y me dirigí hacia allí. El agua tenía unos tres pies (91 centímetros) de profundidad y la vegetación era tan densa que resultaba difícil pasar a su través. De repente llegué a un nido que contenía cuatro aves jóvenes en la fase de plumón blanco con las primarias asomando. En el momento en que me vieron se pusieron de pie y presentaron pelea, adoptando varias actitudes de desafío. Resultaba una nueva e interesante experiencia ver a estos pequeños salvajes en su hogar en medio de las aguas. Ante mi intento de agarrar uno de ellos para examinarlo de cerca, lanzó hacia afuera una anormalmente larga pata amarilla, armada con

garras negras como agujas. De hecho cada vez que he intentado agarrar a uno de ellos, me he encontrado con tácticas parecidas, acompañadas de fuertes ataques de sus pequeños y afilados picos. En verdad resultaba difícil encontrar algún hueco sin guardar por los cuatro picos y las treinta y dos garras afiladas de estos pequeños diablos. Debido al peso, el nido se encontraba aplastado y era más bien una balsa en la superficie que otra cosa. Contenía una rata de agua medio devorada y los restos de algunas pequeñas culebras y ranas. Hice un apunte de acuarela del nido, siendo la ilustración que se reproduce en página previa un facsímil del mismo.

Este era uno de mis días poco afortunados. Es cierto que cogí algunos huevos de aguilucho (había un segundo nido muy cerca con cinco huevos) y conseguí encontrar pollos de aguilucho por primera vez. Desafortunadamente durante el tiempo que estuve en la laguna, mi caballo comió alguna yerba venenosa que causó su muerte en dos días, una penosa pérdida para mí que ciertamente interfirió mi trabajo ornitológico durante la temporada de 1879.





Grulla común (*Grus grus*).

CAPÍTULO III

LA GRULLA COMÚN (*Grus grus*)

Una conspicua presencia en los humedales - Volando a la puesta de sol - Pocas precauciones después de oscurecer - Reclamo musical - Gran migración en primavera y verano - Formaciones de grullas - Rumbo exacto de migración - Número decreciente de aves criando en Andalucía - En busca del nido de la grulla - Intrusos no bienvenidos - Destrucción de aves fuera de la temporada - Un segundo día de observaciones - Resultados no decisivos - Un tercer día - Protestas de otras aves residentes - Aparecen las grullas - Dificultades para "marcar" en grandes masas de vegetación - Avance hacia las aves - Las grullas muestran invalidez - Nidos de grullas y pasadizos - Confundido - El cuarto día - Ventajas de la orientación cruzada - Encuentro del nido con huevos - Fotografiando con dificultades - Retriever y nido de grulla - Jóvenes grullas.



Tanto para el naturalista como el deportista, en las llanuras del sur de España la más conspicua de las aves es la grulla común, y su reclamo, el más familiar. Dondequiera que uno se encuentre con amplias zonas húmedas, allí encontrará a las grullas, bien sea en parejas o en pequeños grupos, caminando a través de la vegetación con el paso lento, dignificado y tan característico de esta familia, deteniéndose de vez en cuando para investigar algún asunto de

interés, en forma de un desafortunado insecto de agua o acaso una rana u otro pequeño reptil que pueda estar a su alcance. Otras veces se pueden observar alimentándose a lo largo de las suaves laderas que bordean las marismas, donde parecen encontrar muchos escarabajos y otros bocados para recompensar sus investigaciones. Pero no son exclusivamente insectívoras, y a veces resultan dañinas para el cereal recién sembrado y más tarde para las cosechas de legumbres. Estas ciertamente nobles aves fueron una vez comunes en nuestras tierras pantanosas pero han desaparecido desde entonces, siendo su nombre otorgado ahora a la garza real en muchas partes de las Islas Británicas, un ave que con parecer grande a los ojos de los ingleses, puede decirse que es considerablemente más pequeña de la auténtica propietaria del nombre.

Durante los meses de invierno se congregan bandadas considerables de grullas en regiones favorables del sur de España, y no es infrecuente observar al atardecer grupos de cincuenta o más volando hacia los marjales para comer. Durante el día están en permanente alerta, y por ello, afortunadamente resultan rara vez abatidas. Pero tras la caída de la noche ningún ave es tan confiada, y todos los que han esperado a los patos tras la puesta de sol en esta región pueden confirmar como, en tales ocasiones, con tal de que el cazador permanezca inmóvil, estas grandes aves volarán a menos de 23 metros de él, con su curioso graznido avisando su aproximación algunos minutos antes de que estén a la vista. En tales circunstancias nada podría salvarlas del exterminio salvo el hecho de que su carne es muy basta y a muy pocos, aparte de los más pobres del campo, les gusta para comerla. Es ciertamente un pecado el matar estas magníficas aves. Magníficas resultan al caminar solemnemente a través de la vegetación, con el brillante sol de Andalucía iluminando el lustroso gris plata de sus espaldas y las espléndidas terciarias negras que adornan sus gráciles formas. Su extrañamente melodioso y penetrante grito que tan continuamente se puede oír por el día, está también

indisolublemente relacionado con el aspecto más salvaje de la vida en España. Y ha proporcionado interés y satisfacción a muchos que ignoraban de dónde venía. Pero junto a estos numerosos visitantes invernales de Andalucía, y unos pocos residentes, enormes números de grullas pasan en otoño hacia Marruecos, volviendo hacia el norte por la misma ruta en el mes de marzo. Las cantidades que se pueden llegar a ver en estas ocasiones son casi increíbles. El Coronel Irby y el Dr. Stark, ambos muy reconocidos observadores, han citado que en una ocasión llegaron a contar más de 4.000 pasando el mismo día sobre la zona que voy a describir. Esto fue el 11 de marzo de 1874, y resulta típico de la maravillosa regularidad de todas las aves cuando emigran, el que el mismo día de 1907, exactamente treinta y tres años más tarde, el paso de las grullas hacia el norte fue otra vez máximo en el mismo lugar. La bien conocida formación en V en que normalmente vuelan, varía en la composición desde unos pocos individuos hasta ochenta o más en cualquiera de los lados. A veces deshacen la formación en V y se desplazan en onduladas "madejas".

La dirección tomada por los sucesivos bandos (la misma que las cigüeñas que pasan hacia el norte en grupos, a veces de 400 a 500 individuos cada uno, pero algunas semanas antes que las grullas), de acuerdo con mis propias observaciones hechas durante muchos años en la misma zona, es casi invariablemente la misma, es decir, una línea que, una vez trazada sobre el mapa pasa a unas 6 millas (9,5 kilómetros) al oeste de la vieja ciudad de Tarifa, y que discurre en dirección sur-sureste a norte-noroeste.

Desde esta región parece que se reparten por toda Europa, habiendo sido encontrados sus nidos en el lejano norte en 1853 por el naturalista Wolley, quien, como es bien sabido, fue el primer ornitólogo británico que los descubrió. Su deliciosa descripción del nido entre los pantanos cubiertos de abedules de Finlandia ha proporcionado gran deleite a muchos. Las grullas

tienen también una corriente migratoria oriental que he presenciado en Levante.

Hace unos treinta años un considerable número de grullas se quedaba para criar en el suroeste de Andalucía, pero el constante expolio de huevos por "recolectores" profesionales ha reducido su número desafortunadamente. En algunas zonas han dejado de criar por completo, mientras en otras, donde recuerdo haber visto más de treinta parejas en la época de cría, hay ahora difícilmente media docena durante los meses de verano. En tales circunstancias es casi un crimen robar sus nidos.

En 1906 yo estaba especialmente interesado en encontrar una vez más un nido de grullas, ya que quería obtener fotografías del nido y huevos para este libro.

Las grandes dificultades de toda la operación, que yo conocía bien de experiencias ya pasadas, proporcionaban un entusiasmo adicional a la empresa. La región donde todavía crían unas pocas grullas comprende muchas millas cuadradas de marjal cubierto de frondosa vegetación y, debido a las distancias, los obstáculos topográficos y la falta de alojamiento, este distrito resulta difícil de alcanzar y explorar. La totalidad de las tierras bajas queda sumergida por las riadas invernales y, conforme se secan, quedan grandes áreas que en algunos años permanecen bajo el agua hasta el verano. Debido a esta diversidad de niveles, la vegetación alcanza gran altura en algunos lugares mientras que en otros, por el hecho de que son drenados en primavera, solo llega a 4 ó 5 pies (1, ó 1,5 metros) de altura y todavía en otros, por la misma razón, aún menos.

La particular zona elegida por las grullas es aquella que tiene agua desde 9 a 18 pulgadas (23 a 46 centímetros) de profundidad y la vegetación no es demasiado alta como para impedir a estas ariscas aves, cuando están de pie sobre el nido, poder ver la aproximación de cualquiera entre la paja o por encima de ella. Cuan amplias y aparentemente interminables son estas manchas de vegetación puede ser bien comprobado por los

que se han propuesto el objetivo de atravesarlas. En algunos lugares resultan tan exuberantes y fuertes que requieren considerable esfuerzo para abrirse camino incluso durante unas pocas yardas.

Fue uno de los primeros días del mes de mayo cuando cabalgué hacia una parte de la zona húmeda donde había observado varias parejas de grullas en más de una ocasión durante el mes previo. Esta parte cumplía las condiciones que ya he descrito como lugar de cría para la grulla y, además, era de tamaño considerable, extendiéndose más de 2 millas (3 kilómetros) de norte a sur y algo menos de este a oeste, en total unos 2.500 acres (10 kilómetros cuadrados), sin un matorral o roca, o cualquier otra posible referencia en toda su extensión y, por esta razón, admirablemente adecuado como lugar de cría. Llegado a mi destino trabé mi caballo en un acebuchal y me senté en un cerro pequeño a unos 15 pies (4,5 metros) sobre el nivel de la marisma y me dispuse a examinar con los gemelos el terreno que tenía delante, pero me sorprendió bastante ver las cabezas de dos hombres que sobresalían de las pajas a una milla (1,5 kilómetros) de distancia. Su indeseada presencia hizo, por supuesto, que toda observación de aves, al menos por el momento, resultase absurda, por lo que decidí ir a ver qué es lo que estaban buscando, con la horrible visión en mi mente del bestial "colector a sueldo" y su más infausto secuaz, el aficionado local. Tras detectar mi avance los dos hombres debieron imaginar sin duda que yo era un guarda, se separaron y escaparon en diferentes direcciones. Un hombre a pie sin embargo, tiene pocas posibilidades frente a un caballo criado en las marismas que es semiacuático en sus costumbres, y a pesar del barro profundo, la vegetación espesa y bastante agua, tardé muy poco en alcanzar a uno de ellos. Resultó ser un hombre bien conocido por mí, de una aldea a unas 8 millas (13 kilómetros) de distancia. Llevaba un arma y de aquí su interés por evitar que lo vieran. Me aseguró que simplemente estaba recolectando huevos y me mostró cierto

número de huevos de focha que llevaba dentro de un saco, para probar lo que decía; todos los huevos, incluidos los de avutardas y sisones, grullas, alcaravanes, patos reales, garzas o charranes, son consumidos indiscriminadamente por la gente de por aquí. Tras presionarle, extrajo del saco varias patas reales que había matado cuando nadaban con sus polladas, también algunas fochas y fumareles cariblancos; resultaba inútil por supuesto intentar hacerle comprender la barbaridad de su infracción; lamentándose me dijo que no había encontrado huevos de grulla, que me aseguraba que eran muy gordos y excelentes para comer, ya que *“¿cómo iba un pobre hombre a pie ver por encima de los carrizos? Si hubiera tenido un caballo sería mejor y podría ver dónde estaban”*.

Dos días después hice una segunda visita al paraje de las grullas pero esta vez elegí otro punto a dos millas (3 kilómetros) de mi primera base y hacia el lado este de la marisma, de forma que el anterior quedaba más hacia el sur. Un cuidadoso reconocimiento del gran mar de pajas en movimiento me descubrió pronto dos parejas de grullas cuya actividad observé con mucho detalle durante casi dos horas sin ser capaz de hacerme una opinión clara de su significado, aparte de que una de las parejas parecía tener un objetivo definido en mente mientras que la otra se mostraba algo irracional en sus métodos y movimientos.

Me fue imposible volver a visitar el lugar durante algunos días, y entonces volví al acebuchal desde donde comencé las operaciones el primer día. Durante bastante tiempo no se hizo visible ninguna grulla pero había otras especies de aves en abundancia. Inmediatamente frente a mí, entre donde yo estaba y el borde de la marisma, había una extensión de barro seco y tostado por el sol sobre la que revoloteaba toda una colonia de canasteras (*Glareola pratincola*) que venían hasta mí una y otra vez para acosarme en señal de protesta por haber invadido su santuario. En las aguas someras, a lo largo del borde, andaban

algunas garcillas cangrejas (*Ardeola ralloides*) con su glorioso plumaje nupcial, mientras más allá de ellas los gráciles fumareles cariblancos se arremolinaban arriba y abajo. Los incesantes gritos quejumbrosos de las canasteras y los agudos sonidos de los fumareles se mezclaban en una confusión sorprendente, pero su significado era perfectamente claro: “podríamos por favor, yo, mi caballo y mi retriever irnos a alguna parte - a cualquier parte - pero de cualquier forma irnos, de una vez y lo más pronto posible?”. Después de una larga espera llegaron dos grullas desde la parte norte y se posaron en la marisma, casi a una milla y media (2 kilómetros) enfrente de mí. Tras muchas maniobras y cambios de posición empezaron a caminar entre las pajas hacia el sur. Una de ellas desapareció y la otra se puso en guardia. No era difícil llegar a la conclusión de que estas aves debían tener un nido y que los huevos debían estar apenas incubados, de otra forma no habrían estado ausentes tanto tiempo.

Tras tomar una orientación muy cuidadosa del lugar donde el ave se perdió, no sólo con la referencia de una roca gris casi a dos millas (3 kilómetros) al otro lado del marjal, sino también en una zona rocosa de la sierra a unas veinte millas (32 kilómetros) detrás, monté en mi caballo y me dispuse a seguir la línea marcada. Después de entrar en la marisma y penetrar en la vegetación, perdí la vista de la roca que me servía de guía por delante. Afortunadamente, la marca en la sierra me mantuvo en buena posición y me permitió seguir mi alineación. Y aquí debo hacer un inciso para explicar un detalle técnico de no poca importancia en este asunto del "marcar". Cuando un cazador o naturalista marca la posición de un ave u otro objeto, lo primero y principal es que, por supuesto, no sólo sea correcta la alineación tomada desde el punto de observación, sino que además esta alineación sea mantenida durante el subsiguiente desplazamiento hacia el punto deseado. Pero esto es simplemente la mitad de la faena y sólo proporciona la orientación, el otro factor esencial para una correcta solución del problema es la distancia a recorrer

para alcanzar el objetivo. En el caso del cazador, ésta es normalmente de unas 30 a 50 yardas (27 a 46 metros), o como máximo, con un ave herida 100 ó 200 yardas (91 ó 183 metros) y en estas distancias cortas es, por lo general, suficientemente fácil identificar algún pegote de juncos, arbustos o relieve. Pero en el caso de las grullas, el problema de la distancia era infinitamente mucho más complejo. Para empezar, la distancia era muy grande, tan grande que salvo con un telescopio resultaba imposible ver a las aves o intentar identificar el punto en el que estaban ya que solo sus cabezas aparecían por encima de la vegetación. Además, la enorme extensión de vegetación lacustre se presentaba como un mar de gris verde, siempre cambiando de colores y sombras, según la luz del sol iluminaba sobre su ondulada superficie batida por el viento. No importa el mucho cuidado que se pueda poner en cualquier punto particular de tal extensión a través del telescopio, en el momento en que uno baja la lente e intenta retomar el mismo punto con visión directa las posibilidades de que el ojo quede confundido, y el resultado sea negativo, son de veinte a una.

Aquí, sin embargo, la suerte me favoreció inesperadamente ya que repartidos a intervalos en el gran marjal, había pequeños cinturones de bayuncos jóvenes que formaban bandas de un verde ligeramente más oscuro a la vista. Con esta adventicia ayuda, me era posible localizar aproximadamente el punto deseado, como a la izquierda del cuarto o quinto manchón de bayuncos oscuros. Hasta aquí, muy bien. Pero en el momento en que descendí del cerro y penetré en el marjal, la posición aparente de estas manchas oscuras cambió completamente, y parecía como si se hubieran mezclado en una sola. Tuve que confiar en la estimación de mi curso en cierta manera, ayudado por los juncos oscuros pero también confundido por ellos, ya que al penetrar encontré bayuncos creciendo dispersos por todo el lugar. Conforme me acerqué a la referencia que había marcado ambas grullas levantaron el vuelo de repente desde lugares bien separados y tras

volar como un cuarto de milla (400 metros), se posaron juntas y observaron mis movimientos. Puesto que yo tenía curiosidad por saber lo que harían si me aproximaba a ellas, señalé el lugar donde sospechaba que estaba el nido plantando mi larga garrocha de punta de hierro en el barro, y cabalgué hacia ellas. Y entonces fui testigo de un espectáculo para el que no estaba preparado. Primero una y después la otra de las grandes aves me mostraron una graciosa exhibición de lo que sería una grulla herida. Ni una avefría ejecutaría el engaño con tal destreza. Me pareció casi descortés decepcionarlas ignorando sus esfuerzos así que espoleé mi caballo como si fuera a alcanzarlas.

Resultaba emocionante advertir la presteza con que de repente adquirían una pata rota o una articulación rígida y se desplomaban (tanto como un muchacho que teniendo un zanco atado a una pierna, se esfuerza por caminar), teniendo que recurrir a sus alas para recobrar el equilibrio. De nuevo, conforme me acercaba, desarrollaban rápidamente alguna deficiencia aguda en un ala que las obligaba a aletear sobre el agua y los carrizos hasta que mi aproximación producía una cura perfecta y abriendo sus grandes alas, que tienen una envergadura de más de 7 pies (2 metros), se levantaban hasta una distancia segura, preparadas para repetir la actuación si yo intentaba seguirlas.

Entonces, volví a mi garrocha y tomando la alineación primitiva llegué hasta lo que era, obviamente, un nido de grulla no terminado de ese mismo año. Una gran plataforma de carrizos y juncos de 5 pies (1,5 metros) de ancho, levantada hasta el nivel del agua que aquí tenía unas 18 pulgadas (46 centímetros) de profundidad. Varios "pasillos de grullas" bien definidos conducían hasta este nido. No hacía falta un profundo conocimiento sobre aves para percatarse de que éste podría no ser el nido de las que se habían mostrado tan inquietas con mi presencia y, rápidamente, llegué a la conclusión de que debían de tener huevos o, posiblemente, pollos no muy lejos. En consecuencia hice varias proyecciones a caballo en varias

direcciones por toda la zona, pero sin éxito, y volví a mi punto de observación realmente desconcertado, tratando de convencerme a mí mismo de que las grullas habían criado en el nido que yo había encontrado, que había quedado allí desde entonces y que los pollos estaban escondidos en la vegetación.

Después de pasar media hora más observando las grullas, volví al lugar sospechoso mientras que otras dos parejas realizaban maniobras independientes a una media milla (800 metros) a ambos lados de ellas. Un estudio más detenido de sus movimientos no produjo ningún resultado y me vi obligado a cabalgar a casa a la caída del sol con el sentimiento de que había sido burlado.

Al día siguiente volví de nuevo al ataque y me dirigí a la colina al este de la marisma, ya que estaba seguro de la alineación del día anterior y quería obtener una apreciación claramente definida desde otro punto. Las grullas estaban comiendo en un arroyo a una media milla (800 metros) al norte del punto de donde habían ejecutado su actuación acrobática del día anterior. En ese momento comenzaron a desplazarse hacia el suroeste y, después de cierto tiempo, una de ellas desapareció de repente mientras que la otra se levantó y se posó un cuarto de milla (400 metros) más allá, adquiriendo una posición de guardia. Me sentí convencido de que el ave que había desaparecido se había ocultado entre la vegetación y corrido hasta su nido y, dejando unos metros para este desplazamiento, calculé el punto preciso del supuesto lugar y cabalgué decididamente en dicha dirección.

Tras unos tres cuartos de milla (1 kilómetro) de salpicaduras a través de la vegetación y del agua, la grulla se arrancó a unas 40 yardas (36 metros), justo enfrente de mí, y apretando el paso llegué hasta el nido, que estaba más cerca, a unas 20 yardas (18 metros). Mirando a mi alrededor me di cuenta de que estaba sobre la misma posición del día anterior. Cómo y por qué no fui capaz de encontrar el nido en aquella ocasión es difícil de explicar, ya que una corta cabalgada por los alrededores

me llevó hasta el nido sin terminar. Este es un buen ejemplo de las dificultades que surgen al intentar encontrar estos grandes nidos a pesar de los años de práctica, la ayuda de los prismáticos y otros recursos de la civilización.

Allí estaba el nido en medio de una pequeña zona abierta de agua, de solo unas 9 pulgadas (23 centímetros) de profundidad. Era simplemente una plataforma de vegetación de 3 pies con 6 pulgadas (105 centímetros) de diámetro, y elevada 4 pulgadas (10 centímetros) sobre la superficie del agua. En una suave depresión en medio de la plataforma yacían dos grandes huevos del tipo habitual, muy alargados y de un apagado y cremoso color oscuro, con pintas ocre y marcas oscuras borrosas bajo la superficie.

Estaban separados varias pulgadas, apuntando al mismo lugar y con los extremos mayores inclinados hacia afuera. Wolley ha mencionado cómo en un nido encontró los huevos dispuestos "con los diámetros más largos en paralelo y había sitio justamente para un tercero entre ellos". Es muy posible que la grulla coloque sus huevos en esta posición con objeto de cubrirlos más eficazmente durante el proceso de incubación. La mayoría de la gente conoce muy bien el color de los huevos de la focha o de la polla de agua. Estos grandes huevos de la grulla tienen un fuerte parecido con los pertenecientes a variedades de la polla de agua.



Nido de grulla visto desde cerca.

La gran dificultad a la hora de fotografiar el nido con el aparato de que disponía (una cámara de mano ordinaria) estaba motivada por la masa ondulante de vegetación que me rodeaba, que no solamente me impedía la visión, sino que además proyectaba sombras móviles sobre los huevos; aquí se hacía necesario desmontar y abrir un pasillo doblando o cortando los bayuncos. Tras montar de nuevo detuve el caballo para tomar una instantánea y obtuve una vista general del nido y de la amplia extensión de bayuncos por detrás.



Nido de grullas.

En la fotografía superior se advierte la línea baja de colinas en término medio coronada por unos árboles que indica el punto de partida desde donde inicié mi avance final sobre el nido, apreciándose la cresta de la sierra en la distancia, por detrás. Habiendo obtenido esta foto, desmonté de nuevo y emprendí la tarea de tomar una foto a menor distancia. El movimiento permanente de la vegetación lo hacía bastante complicado, y estando ahora mucho más bajo, naturalmente se agravaban las dificultades. Tuve, sin embargo, éxito como para poder captar la charca con el nido en el centro, quedando mi horizonte limitado ahora por las masas de vegetación ondulante.

Finalmente, desaté mi trípode de la montura y montando la cámara sobre él empecé a trabajar para conseguir fotografías de los huevos a más corta distancia. Fue mientras hacía esto cuando

los huevos escaparon de ser destruidos milagrosamente. Tan absorbido estaba observando los movimientos de las aves, luego cabalgando en su dirección y tomando fotografías, que había olvidado por completo la compañía de mi fiel retriever "Sweep"; que no solo me había seguido durante horas a través de humedal, sino que, además, durante considerable tiempo se había abierto camino a través de las densas pajas, a menudo con agua hasta los hombros, entre ejércitos de sanguijuelas.

Estaba mirando a través del objetivo de mi cámara cuando descubrí un objeto negro moviéndose entre la vegetación adyacente, e incorporándome quedé horrorizado al ver al perro trepando sobre el gran nido ¡con la obvia determinación de conseguir un emplazamiento más seco! Un frenético grito de ¡Abajo! motivó que el pobre animal retrocediera y cayese sobre sus patas en la parte semisumergida del nido, donde se sentó tembloroso dentro del agua en muda protesta ante mi olvido. La cámara, al estar dirigida hacía el nido, me permitió dejar constancia a un tiempo, de su obediencia y de mi egoísmo.



Retriever junto al nido de grulla.

Después tomé fotos de los huevos a 2 pies (61 centímetros) y a 18 pulgadas (46 centímetros) de distancia, pero el tamaño del

nido y la separación entre los huevos no se prestaban a ello. Durante la exposición, un insecto particularmente molesto de la familia de las moscas de caballo, que había estado atacando al mío durante algún tiempo, se posó sobre uno de los huevos y quedó inmortalizado de tal manera.

Para concluir, puedo decir que luego localicé los otros nidos de grulla. Uno de ellos, que pertenecía a la pareja que me había causado tanta perplejidad con sus movimientos evasivos e indeterminados en mi segunda visita a la marisma, había sido expoliado y era éste el nido que encontré con ocasión de mi tercera visita.



Huevos de grulla común. Dispuestos con una leve inclinación.

En cuanto a la tercera pareja, a menos que los huevos fueran encontrados y consumidos después de yo marcharme por mi amigo, el recolector local (y por entonces debían estar bien incubados), tengo toda la impresión y el convencimiento de que eclosionaron con éxito.

Es representativo de las vicisitudes por las que pasa el naturalista explorador en su trabajo. Por el hecho de que al pasar por la misma localidad al año siguiente encontré que, debido a la falta de lluvias en la primavera temprana y después de un invierno excepcionalmente seco, no había agua en todo el marjal

y las grullas habían mudado su lugar de cría a otra comarca. No quería causarles molestias en su nueva localidad y las dejé que realizaran en paz su organización doméstica.

Nunca he tenido la buena suerte de encontrar un pollo de grulla. No hay duda de que son capaces de correr muy pronto tras salir del huevo y nunca he visto el pollo en el nido ni conozco a nadie que lo haya visto. Wolley ha descrito el hallazgo de los pollos en Finlandia a cierta distancia del nido; cuando los vio eran del tamaño que uno espera que sean los pollos recién eclosionados, a juzgar por el tamaño del huevo de la grulla. Una, y solo una vez, encontré una grulla que sin duda tenía pollos. Sabía de un nido en una zona húmeda donde la vegetación era anormalmente densa y alta y cabalgué hacia allí intentando descubrir a los pollos. El nido estaba vacío. Describí círculos alrededor del lugar con la esperanza de encontrarlos y una de las aves adultas se arrancó a unos 5 ó 6 pies (1,5 ó 2 metros) del caballo de mi arriero, pero a pesar de la muy prolongada búsqueda no encontramos nada. Desafortunadamente, no tenía al retriever conmigo, de otra forma estoy seguro que podría haber encontrado a los pollos. No tengo la más mínima duda de que estaban escondidos entre la densa vegetación y que pasamos por encima de ellos ya que, no solamente el comportamiento del ave adulta permitiendo que llegásemos hasta casi encima de ella lo mostraba, sino además, el hecho de que se posó cerca y dio señales inconfundibles con su ansiedad de que sus pollos no estaban lejos.



TÍTULO III - A TRAVÉS DE LAS LLANURAS

CAPÍTULO I

UNA CABALGADA POR LA VEGA

Las llanuras o vegas - Los ríos en invierno y verano - La abundancia de flores - Primavera en la vega - Rebaños de yeguas y vacas - El vaquero - Una "mala vaca" - "Lagartijo" - Toros - Un toro bravo - Embestida y huida - Cigüeñas y grullas - Chorlitejos chicos - Canasteras - Alcaravanes - La alondra, la calandria, la cogujada y la terrera común - Buitrones - Garcillas bueyeras - Lagartos ocelados y culebras de agua - Odio del retriever por estos reptiles.



Las grandes llanuras aluviales del sur de España están ocupadas por muchas especies de aves que son, o bien residentes a lo largo del año, o bien emigran hasta allí para criar. Ciertas partes, las más bajas de las llanuras, permanecen inundadas durante los meses de invierno y entonces constituyen el hábitat de miles de gansos y patos salvajes de muchas especies, empujados hacia el sur por la dureza del clima. Conforme se acerca la primavera, estas aves acuáticas comienzan su viaje de vuelta hacia el norte, y cuando las aguas van bajando, las avutardas y otros habituales residentes de la llanura que han sido temporalmente desplazados a los vecinos cerros en busca de terrenos más secos, vuelven a sus lares habituales.

Aquí y allí algunas de las tierras más bajas permanecen bajo agua hasta que el tórrido calor del sol de agosto lo seca todo. Los densos bayuncares son entonces segados por los habitantes locales para techar sus viviendas o para ser posteriormente utilizados en la producción de envolturas para botellas.

Estas superficies aisladas de agua o lagunas permanecen como reservas no sólo para las aves acuáticas sino también para numerosos peces y reptiles.



Un río en la llanura. Atardeciendo.

Las llanuras son atravesadas por pequeños ríos que debiendo como deben su caudal de agua a las precipitaciones, que tienen lugar en las distantes sierras, van normalmente llenos desde la época de las lluvias otoñales hasta la primavera. Cada tormenta de agua causa la subida de su nivel hasta los límites del cauce y, no pocas veces, del desbordamiento. Puesto que estas aguas desbordadas están muy cargadas de materiales en suspensión, que sedimentan rápidamente en cuanto la corriente se ralentiza, el efecto de las continuas riadas consiste en un depósito

de sedimento y barro a lo largo de los bancales del río que en algunos lugares llegan a ser varios pies más altos que las planicies a través de las cuales corre aquel. Generalmente los bancos del río están cortados en vertical o casi en vertical por varios pies debido a la corriente, pero en los bancales se forman lenguas de arena que proporcionan buenos lugares de descanso para las aves acuáticas en invierno, e igualmente para las aves nidificantes en verano. Los ríos son de considerable profundidad, algunos de los más pequeños llegan incluso a los 8 ó 10 pies (2,5 ó 3 metros) en muchos lugares y tienen pocos vados. Estos son, por supuesto, bien conocidos por todos los arrieros o muleros ya que, al no haber puentes, sus condiciones regulan cada día todos los movimientos a lo largo de los caminos de campo. Ríos, arroyos y lagunas parecen estar llenos de barbos que crecen hasta cierto tamaño. Conforme las aguas van cediendo y los arroyos se secan los peces buscan las zonas más bajas, pero éstas, al cabo, también se secan, y hacia el final de un verano cálido la mayoría de los ríos más pequeños quedan reducidos a una serie de charcas estancadas de agua verde y pútrida que hierven literalmente de barbos y galápagos. Lo que sea de ellos, una vez que las charcas se secan finalmente, es uno de los misterios del sur de España. Los nativos están convencidos de que ambos, peces y tortugas, se entierran en el fondo húmedo y permanecen allí hasta las lluvias de otoño. Lo cierto es que nunca baja el número ni el tamaño de barbos y galápagos cuando reaparecen en el otoño.

Estas grandes extensiones de llanuras suavemente onduladas y cubiertas de hierba son conocidas por los españoles como *vegas*, y durante los meses de primavera presentan un aspecto de lo más bello. Las partes más altas, no sujetas a inundaciones, están generalmente cubiertas con gamones que frecuentemente alcanzan una altura de 3 a 4 pies (1 a 1,2 metros). En ciertos lugares la elegante campanilla mediterránea de hojas oscuras hace brotar su encopetada cabeza azul. Éstas y los lirios blancos florecen mucho más temprano que la mayoría de las

plantas. Para ver la *vega* en su mejor momento debe visitarse en el mes de mayo, cuando el verde vívido de la hierba es casi eclipsado por el brillante de la masa de flores de primavera. Nada resulta más impresionante que la pródiga manera en que la naturaleza muestra sus colores en tales lugares. Cabalgando por la *vega* uno puede al mismo tiempo atravesar acres de doradas margaritas y quizás media milla (800 metros) a la derecha el suelo aparece rosado por unos cientos de yardas con un hermoso manto de rubias o, de nuevo, de color carmesí con tréboles, mientras que a la izquierda aparece tan blanco como la nieve por las flotantes manzanillas. Si se abandonan las praderas y se dirige uno a los pies de los cerros todas las laderas están cubiertas de brillantes y amarillos jaramagos o grandes y blancas margaritas. Quizás uno de los efectos más sorprendentes es el producido por la pequeña corregüela azul, amarilla y blanca (*Convolvulus tricolor*) con que la tierra aparece tan alfombrada que las laderas a corta distancia tienen un suave tono azul cobalto. Además de estas grandes masas de color, por toda la llanura abundan otras flores que impresionan y deleitan al viajero. El gran lirio púrpura, así como el otro diminuto de color más pálido, crecen por doquier, como el gladiolo carmesí y cientos más de flores de todos los tonos y colores.

Este es el paisaje que tengo la suerte de atravesar cuando cabalgo desde mi casa en una mañana de primavera. La planicie está totalmente poblada con piaras de yeguas y vacas con sus terneros y en algunos lugares jóvenes toros. Desafortunadamente han sido introducidos en los últimos años muchos cerdos y su continuo hozar en busca de raíces tuberosas ha llegado a levantar amplias extensiones de terreno. Las personas encargadas de los diversos animales permanecen al aire libre a su lado, cualquiera que sea el tiempo que haga y durante noche y día, y puedo contar con muchos viejos amigos entre ellos. Raramente ocurre que los hombres que guardan así el ganado sean heridos por algún animal. Pero guardar ganado semisalvaje no está del todo exento

de riesgos. En principio, las vacas son más peligrosas que los toros jóvenes y cuando un vaquero resulta herido se debe normalmente a una *vaca mala* o "vaca resabiada". El año pasado un viejo amigo que estaba al cargo de algunas yeguas fue, de repente, atacado desde atrás por una vaca y bruscamente despedido, cayendo de cabeza. Me avisaron para administrarle los "primeros auxilios", una tarea que constantemente me toca, y encontré al pobre viejo con una herida seria en el muslo causada por una de las astas y con la cabeza y la cara seriamente contusionadas. Entre esta gente de campo nadie siente la más mínima compasión por el sufridor en semejantes ocasiones, de hecho se tomó todo como una gran broma y, en este caso, el hombre viejo fue instantáneamente apodado "*Lagartijo*", el sobrenombre de un famoso matador de toros de los setenta, apodo por el cual ha sido conocido desde entonces resultando siempre su desgracia un motivo de diversión. En la actualidad, los toros destinados a la lidia ya no se crían en esta parte del país. Hasta los tres y cuatro años los jóvenes toros son relativamente inofensivos, sin embargo, es mejor no aventurarse entre el rebaño si se va a pie. Pero en cada rebaño hay unos cuantos toros viejos de seis o siete años y éstos deben ser siempre evitados y en ningún caso se debe uno acercarse a ellos como no sea a caballo.

Ser embestido por un toro en la *vega* abierta es una clase de deporte que no me atrae. Hace muchos años, cuando con Harry Ferguson, de mi regimiento, estábamos cruzando una llanura, él a pie y yo a caballo, advertimos un viejo toro negro como a una milla (1,5 kilómetros) que nos observaba intensamente. Por esa época había *toros bravos* o toros de la raza de lidia por la zona, así que cambiamos inmediatamente nuestro camino y nos alejamos, Ferguson caminando junto a mi caballo. Entonces el toro comenzó a seguirnos, primero al paso y después al trote. Esto fue ya demasiado, así que monté a Ferguson detrás de mí y corrimos a buscar la protección más cercana con el toro siguiéndonos al galope. Estábamos a más de milla y media (2,5

kilómetros) de un viejo abrevadero de piedra al pie de un cerro rocoso, y para cuando alcanzamos este punto el toro venía incómodamente cerca tras de nosotros. De hecho nos siguió hasta el pie de la colina y entonces, dando la vuelta, se alejó al trote. Nuestro viejo acompañante español, Juan Palo, un inveterado bromista, nos explicó luego, en respuesta a nuestras preguntas de por qué el toro había sido tan agresivo, que los *toros bravos* no son particularmente partidarios de los oficiales ingleses ya que piensan ¡que pueden alejar de su lado a sus vacas favoritas!

Cabalgando a través de la *vega* se ven de vez en cuando bandadas de avutardas alimentándose sobre la abundante hierba tierna o cazando saltamontes entre los cardos. Cigüeñas blancas puntean el llano, y una y otra vez alguna pareja de grullas puede ser observada entre los ondulantes bayuncares. A lo largo de los bancos arenosos del río corretean bellos chorlitejos chicos (*Chraradrius dubius*). Estas pequeñas aves, siguiendo la costumbre de esta familia, no hacen nido sino que ponen sus tres pequeños huevos de color arena manchados de negro, en una pequeña depresión en forma de taza en el suelo. En algunas lugares donde la inundación invernal se ha retirado, dejando desnudos rodales de barro seco, las canasteras se concentran y se quedan posadas hasta casi que el caballo está encima, entonces se levantan con estridentes gritos y acosan al viajero conforme pasa, posándose de nuevo unas pocas yardas más allá.

A intervalos afloran rocas en estas llanuras aluviales, generalmente de arenisca desintegrada. Aquí, entre las piedras sueltas, es donde al alcaraván (*Burhinus oedicnemus*) le gusta anidar, poniendo sus dos huevos de color piedra de forma que resultan difíciles de encontrar. Rara vez merece la pena el trabajo de buscar sus huevos a no ser que las aves adultas sean observadas al menos en dos ocasiones en el mismo punto, entonces se puede asumir que están criando por allí.

La culebra bastarda (*Malpolon monspessulanus*) alcanza un gran tamaño en el sur de España; en la *vega* he visto a menudo

ejemplares de 5 a 6 pies (1,5 a 2 metros) de largo y de un grosor proporcional. A veces, cuando he desmontado para atrapar a uno de estos reptiles más grandes, ha presentado pelea y, al acercarme, se ha erguido como para atacar, pero su mordedura no es venenosa. Todavía más combativos son los lagartos ocelados (*Timon lepidus*), que si son perseguidos y alcanzados por el hombre, bien a pie o a caballo, atacan inmediatamente con las mandíbulas bien abiertas mostrando una cavernosa y rosada boca y garganta, y se enfrentan al agresor saltando sobre él conforme se les acerca. Mi retriever "Sweep", que desgraciadamente ha muerto este año tras cuatro temporadas de ataques de malaria adquirida en las lagunas, mostraba el odio más intenso por estos grandes lagartos y cuando seguía a mi caballo a través del llano, habitualmente perseguía y acorralaba a los que encontraba. Hecho esto, les ladraba hasta que tenía una oportunidad de acercarse, y entonces los atrapaba y los lanzaba al aire, recibiendo más de una vez fuertes mordiscos cuando lo hacía. A menudo atrapaba por la cola al desafortunado reptil con el resultado de que el animal se separaba de ella corriendo a escapar. "Sweep", que se quedaba atrás durante esta operación, galopaba entonces tras de mí llevando la cola retorcida del reptil en su boca como trofeo, a veces durante largas distancias. Con las culebras mostraba el mismo comportamiento y mató muchas, causándome a menudo no poca intranquilidad.

Entre las aves más pequeñas que abundan en la vega en primavera está la elegante calandria (*Melanocorypha calandra*), un bonito pájaro con conspicua garganta negra. Ésta y el triguero son muy numerosos. La pequeña cogujada (*Galerida cristata*) es también abundante, con su grito aflautado que se oye continuamente. Las más pequeñas terreras de ambas especies, la común (*Calandrella brachydactyla*) y la marismeña (*Calandrella rufescens*), también se encuentran en este medio. El diminuto buitrón (*Cisticola juncidis*) se ve y se oye por doquier, con su curioso vuelo espasmódico y su reclamo escandaloso que lo

hacen fácil de identificar. Esta pequeña ave construye uno de los nidos más bellos de entre todos los de las aves europeas, en forma de pera, con una pequeña entrada en el cuello, tejido con plumón, de cardo y fibras de hierba, y colgado, como el de un carricero, entre los tallos de la hierba alta o del cereal. Los pequeños huevos son, bien de un color blanco puro o de un delicado azul con puntos rojizos. Sería fácil prolongar esta lista indefinidamente con los bisbitas, lavanderas y numerosos otros habitantes de la *vega*.

Arriba, sobre la gran planicie, en el cielo azul, están los buitres volando en círculos, siempre en busca de algún animal muerto y, una y otra vez, el penetrante reclamo del águila se deja oír cuando llama a su compañera. No es necesario mencionar que los aguiluchos están siempre presentes por allí registrando incesantemente el llano en busca de alguna presa y los cernícalos están diligentemente al acecho de los insectos, que se dan con gran profusión.

Conforme se cabalga a través de las pjaras de yeguas y vacas algunas gacillas revolotean desde los lomos de los animales, desde allí vigilando mientras otras permanecen junto a los que están echados, dando picotazos de cuando en cuando con sus brillantes picos amarillos a algún objeto prometedor. Grandes lagartos ocelados y otros más pequeños verdes y oscuros, y culebras de todos los tamaños que han estado soleándose, huyen a toda velocidad conforme uno se acerca. El aire está lleno de zumbidos de los insectos y el líquido tintineo de un millar de *cencerros*, grandes campanas de cobre que llevan yeguas y vacas, produciendo un acompañamiento armonioso con los ciento y un sonidos de la primavera andaluza.





Avutardas (*Otis tarda*)

CAPÍTULO II

LA AVUTARDA (*Otis tarda*)

Observada por doquier en las vegas españolas - Cambio de cuarteles, verano e invierno - Cuestión de migración - Colonias locales o bandos - Aspecto marcadamente blanco en vuelo - Costumbres durante el celo - Y después - Lugares de cría - Dejando el nido - Expolio generalizado de huevos - Número de huevos puestos por la avutarda - Una falacia popular - Pequeño tamaño de los huevos - Eclosionando - Avutardas en los barracones - Un "tranquilo soldado viejo" - ¡Resultados deplorables! - Peso de las avutardas - Peso anormal en la primavera tardía - La bolsa gular - Vuelo extraordinariamente poderoso - Un ave muy silenciosa - Águila y avutarda.



Hasta la menos imaginativa de las personas que no sea ni naturalista ni cazador debe mostrar un mínimo interés por la avutarda, la más grande de las aves de caza europeas y una de las que tiene mejor plumaje de entre todas las especies de caza de pluma. Hace cien años se la podía encontrar en pequeños números en ciertas regiones de Inglaterra, pero fue desapareciendo, gradualmente, entre 1830 y 1840. Desde entonces sólo se cita como visitante raro. Ha sido también expulsada de Francia por la constante reducción de espacios abiertos que le resultan tan necesarios para su existencia. En

algunos lugares de Alemania aún se puede encontrar, mientras que en el sudeste europeo, especialmente en el valle del Danubio, es abundante. Pero el punto más cercano a nuestras islas donde todavía existe y parece que va a seguir existiendo durante muchos años es en España.

Numerosos autores han descrito cómo este ave vive en las grandes regiones de cereal en la Península y qué espléndida vista proporciona. Por muy admirada que sea la avutarda en el cereal joven de la temprana primavera, para mí, que he vivido entre ellas durante tantos años, hay una clase de terreno, y sólo una, que les pertenece y al que ellas pertenecen, la *vega* o llanura andaluza cubierta de hierba y salpicada de flores. Para mí la vista de una avutarda en un campo de cereal, aunque admirable, es una ilustración tan insatisfactoria como la de un venado en un parque, ya que en ambos casos, ave y bestia carecen de una completa separación con el hombre y sus actividades, y sin esta separación, su belleza salvaje y natural no se puede mostrar claramente.

Muchos de estos llanos herbosos del sur de España están sujetos a inundaciones y, en algunos lugares, durante el otoño y el invierno a una inmersión total que a veces dura meses. En tales períodos las avutardas abandonan el nivel cero en busca de los ondulados cerros que lo rodean, donde no son molestadas prácticamente y apenas observadas por nadie, ya que muy poca gente pasa por estos parajes en los meses de invierno. Algunos cazadores ingleses, dedicados a anátidas o agachadizas, me han preguntado a menudo dónde van las avutardas durante el invierno, ya que resultan tan difíciles de encontrar. Mi explicación es que, debido a la gran extensión de terreno que es asequible a sus costumbres, y debido a la dificultad de explorarlo durante la época en que tienen lugar las lluvias torrenciales, las avutardas simplemente evitan el ser observadas. Soy consciente de que éste es de alguna forma un argumento negativo y, para apoyarlo sólo puedo recurrir a mis propias experiencias. Estas, brevemente, son como sigue. En las ocasiones en que he

cabalgado por los cerros que describo, durante los meses de invierno, he encontrado casi siempre pequeños grupos de avutardas. Cuando se acerca la primavera se aparecen de repente en pequeños bandos en el llano y se ven alimentándose en las partes de donde el agua se ha retirado recientemente y donde la hierba nueva está saliendo con fuerza. Según mis diarios esto ocurre normalmente hacia final de enero o principios de febrero.

Cuando son molestadas, en ésta época del año, invariablemente vuelan hacia las colinas adyacentes donde no es fácil seguir las y encontrarlas, como bien sé de repetidas experiencias.

Dos tercios de estos cerros están cultivados por esas fechas, y el otro tercio dejado de barbecho, y aunque los surcos hechos por el campesino español con su equipo de bueyes son poco profundos, la naturaleza extraordinariamente esponjosa del suelo cuando llegan las lluvias invernales hace que el caballo se hunda hasta los corvejones, y que el caminar resulte casi imposible, ya sea en terreno labrado o de barbecho. Durante la estación húmeda no es raro que la comunicación se vea cortada durante varios días entre las pequeñas aldeas y *cortijos* y el resto del mundo, debido a la ausencia de carreteras y a la impracticable condición de las *veredas* o senderos y, como queda dicho antes, hay miles de acres donde la avutarda podría vivir lejos de toda observación, más especialmente del cazador inglés que por sistema rara vez abandona los marjales y las tierras bajas.

Los españoles sostienen que cuando las avutardas desaparecen así de sus hábitats normales "se van al Moro". Esta, por cierto, es una explicación normal de todo lo que ocurre o ha ocurrido en España, y resulta difícil de explicar de otra manera. Algunos escritores afirman que la avutarda es desconocida en Marruecos, pero ello no es correcto, aunque mis expediciones no han llegado más allá de 80 millas (130 kilómetros) al sur de Tánger, he encontrado pequeños grupos en las tierras llanas al sur del río Kus, entre Ksar El Kébir y el Atlántico. El señor Meade-

Waldo, que tiene mucha más experiencia que yo en Marruecos, cita el haber visto bastantes avutardas en los meses de primavera, hasta un bando de veintitrés. Pero parece cierto que en ninguna época los números de Marruecos se acercan en forma alguna a los de Andalucía.

El Coronel Irby nunca mencionó migración alguna de avutardas en el sur de España, mientras que en Crimea observó grandes bandos volando hacia el sur durante la migración otoñal. Mi opinión es que todas las especies conocidas como residentes en cualquier país, cambian sus cuarteles de vez en cuando, y estos movimientos dependen de cuestiones de alimentación, cría y convivencia general. Pero no creo que la avutarda española sea una especie migratoria en el mismo sentido que lo es la grulla u otras.

Estos cambios de cuarteles pueden suponer vuelos considerables. Así durante los últimos dieciocho años han aparecido, de cuando en cuando, entre el río Palmones y el Guadarranque, cerca de Gibraltar, lo que implica que han tenido que cruzar la sierra por lo menos veinticinco millas (40 kilómetros) desde el más cercano territorio avutardero. También se han visto cruzando la Serranía de Ronda, a unas 60 millas (96 kilómetros), desde las llanuras gaditanas, pero estos vuelos no implican necesariamente una migración sino un cambio de terreno.

No hay por supuesto una gran distancia a través del Estrecho de Gibraltar, pero parece inconcebible que no hubiera una migración como la observada por el Coronel Irby en Crimea, ni que él ni otros como yo, que hemos estado en el país muchos años, la hayamos observado.

Las avutardas parecen agruparse en pequeñas colonias que sistemáticamente se asientan en determinadas regiones que, por norma, no abandonan por un período considerable. Cuando se mueven en busca de alimento hacia lugares remotos, más tarde o más temprano vuelven a su propio terreno. Tengo evidencia

comprobada de esto a lo largo de muchos años. Cada uno de estos grupos es conocido, tanto por mí como por los pocos habitantes del lugar que tienen interés por estas cosas, por el nombre del pago al que pertenecen. Así, dos millas (3 kilómetros) al suroeste de donde vivo hay un grupo de trece aves conocido como “*La banda de___*”. También, unas 4 millas (6,5 kilómetros) al este conozco otro grupo de diecisiete y 4 millas (6,5 kilómetros) al norte sé de otro y además de otro más allá. A veces estos bandos se juntan y uno puede tener la espléndida oportunidad de observar varias veintenas de estas magníficas aves juntas. Esta reunión de bandos llegó a sumar el 30 de marzo de 1876 sesenta y siete aves, y en años recientes he visto en varias ocasiones más o menos el mismo número ¡y más de una vez hasta setenta y cuatro!.

En el tejado de mi casa en España he montado un observatorio en donde me coloco a menudo con telescopio y prismáticos. A unas 1.200 yardas (1 kilómetro) hay una pequeña elevación en el terreno que se cubre normalmente de hierba nueva unas semanas antes de que las partes más bajas del llano tengan mucha comida. En superficie serán sólo unos 4 ó 5 acres (16.000 ó 20.000 metros cuadrados), pero en una mañana buena de primavera es normal verla ocupada por varias avutardas; a veces por los dos bandos locales de diecisiete y trece que se reúnen allí, y cuando son molestadas se separan y emprenden el camino de vuelta hacia su territorio particular.

Para ver a la avutarda en todo su esplendor debe ser buscada en los meses de abril y mayo, cuando la *vega* está cubierta de flores primaverales. En algunos lugares hay grandes masas de cardos con vistosas cabezas mientras que, por todo alrededor, los esqueletos plateados de las matas del año pasado, calcinadas por el tórrido sol del verano, se mantienen tiesos en grupos dispersos. Estos cardos, aun cuando proporcionan cobertura a las avutardas cuando hacen su siesta al medio día, a veces también suponen su perdición, ya que unos cuantos de ellos estratégicamente colocados, sirven para ocultar la posición del

cazador tendido boca abajo durante el curso de un ojeo. Estas aves, que no volarán sobre ningún tipo de escondite o puesto, cruzarán temerariamente por encima de matas de cardos dispersos sobre el abierto llano.

En vuelo la avutarda aparece a la vista como casi completamente blanca, lo que causa cierta sorpresa a quienes la ven por primera vez y cuyo conocimiento del color del ave procede de especímenes disecadas con las alas cerradas. Esto se debe a que, a pesar del tinte de lavanda de su cuello y el maravilloso color entremezclado de sus cobertoras de la espalda y alas, en las que aparecen casi cada sombra imaginable de ricos sienas, marrones y bermejos con barras negras, cuando el ave está en vuelo produce una impresión completamente diferente. De hecho, el blanco es el color prevaleciente, ya que la pechuga y las partes inferiores son de un blanco puro, mientras que toda la envergadura de las alas, de más de 8 pies (2,5 metros) y muy anchos para tratarse de un ave de caza, está ampliamente marcada de blanco por encima, y es enteramente blanca por debajo. Así, las avutardas en vuelo y desde lejos resultan tan blancas como una gaviota.

Muchos autores han suscitado la duda acerca de sus hábitos polígamos, pero para mí nada resulta tan evidente como que nunca se aparean en el verdadero sentido de su palabra. Cada banda que he visto consiste en unos pocos machos adultos, con una proporción de entre el doble y el triple de hembras y machos jóvenes. Cuando los huevos están recién puestos en el cereal he levantado ocasionalmente un viejo macho en compañía de hembras, pero tan pronto como éstas han empezado a incubar parecen ser abandonadas por los machos, que se reúnen en bandos y se mantienen alejados de ellas.

A menudo ha sido descrita la costumbre de los machos adultos cuando se acerca la época de cría, de "hacer la rueda" a las hembras. Su comportamiento en tales ocasiones se parece en muchos aspectos al del pavo doméstico. Pero la avutarda, debido

a su peculiar colorido que la hace tan difícil de ver a cierta distancia cuando está en reposo y tan evidente cuando vuela, cuando se dedica a montar su espectáculo transforma su aspecto completa y rápidamente. Cuando uno de estos "paroxismos de cortejo" se apodera de un macho, la cabeza y el cuello son echados hacia atrás y la cola vuelta hacia adelante, mientras que las alas son invertidas y arrastradas y cada pluma axilar se mantiene de pie. El efecto es que esta ave de aspecto marrón, se convierte instantáneamente en una masa de blanco nevado, doblando su tamaño natural. A menudo, cuando cabalgando por el llano he detectado de pronto la presencia de un *bando* grande de estas aves que hasta entonces habría escapado a mi vista, ha sido debido a que una de ellas habría comenzado sus grotescas maniobras y mostrado una gran mancha blanca en la distancia donde antes no se veía nada. Otro y luego otro macho responden rápidamente al desafío, hasta que todo el grupo se entrega a este absurdo espectáculo. A aquéllos que no consigan seguir mi muy poco adecuada descripción les recomiendo que vayan a ver la Casa de las Avutardas en South Kensington, donde una de ellas aparece admirablemente reproducida en esta extraordinaria actitud.

Uno de los rasgos más sorprendentes del comportamiento de la avutarda es que no limita esta actividad a la época del cortejo. Mucho tiempo después de que las hembras han comenzado a incubar sus huevos en los distintos campos de cereal, los machos, agrupados en grandes bandos, continúan dedicándose a sus frenéticos movimientos, que por lo que yo he podido ver hasta ahora son simplemente juegos de "faroleo" y "pavoneo", que no conducen más que a un momentáneo encuentro, una especie de colisión y "defensa" con otro ave, tras lo cual ambos dan la vuelta y continúan sus absurdos movimientos independientemente. Cuando se presencia tal encuentro casi se puede imaginar a uno de estos viejos machos vueltos del revés diciéndole al otro: "¡Fuera de aquí!", "No

quiero" responde el número dos. "¡Qué! ¿qué no quieres?" truena el número uno deslizándose hasta él reclinando las primarias y con actitud amenazante. "¡No!" dice número dos, igualmente haciendo sonar las plumas por todas partes y contoneándose ferozmente. "Entonces quédate donde estas" puntualiza número uno, girando sobre sus talones y evadiendo hábilmente las dificultades de la situación.

La avutarda prefiere para anidar los campos de cereal, especialmente cuando se trata de años tempranos y la joven cebada o el trigo están suficientemente adelantados en el mes de abril como para proporcionar buena cobertura. En años tardíos las avutardas parecen preferir los campos de habas, que aunque no tan altas como el cereal joven están más espesas y dan mejor protección a las hembras cuando están echadas sobre los huevos. Los llanos cubiertos de castañuela que durante el invierno han estado inundados también son lugares asequibles para anidar, y también he encontrado nidos en praderas abiertas, en lugares donde unos pocos cardos secos y alguna mala hierba servían para proporcionar algún respaldo al ave adulta. En los barbechos se pueden ver nidos a veces, especialmente cuando están cubiertos de mostazas o alguna otra yerba espesa. La forma en que una avutarda adulta se desliza desde encima de sus huevos y corre cierta distancia antes de arrancar a volar sin ser advertida por el más concienzudo observador es algo sorprendente. Cuando el cereal joven tiene 2 pies (60 centímetros) de altura se pueden comprender las posibilidades de tal maniobra, pero si se trata de cereal más joven o de habas dispersas de menos de un pie (30 centímetros), estas grandes aves son igualmente hábiles para no descubrir la posición de sus huevos.

El proceso inverso tiene lugar cuando el ave vuelve al nido ya que entonces se posa a bastante distancia y, de una forma u otra, consigue llegar a él sin ser vista. A pesar de las muchas horas de observación con prismáticos y telescopio todavía no he tenido éxito al tratar de fijar la situación precisa de un nido, y ha

sido necesaria una profunda búsqueda antes de encontrarlo. No se trata propiamente de un nido ya que los huevos son depositados en la tierra desnuda, en ocasiones, especialmente cuando está entre cebada o trigo, unos cuantos palos secos pueden, por casualidad, ser dispuestos formando una imitación de nido, pero esto parece ser una nueva casualidad.



Nido de avutarda en un sembrado de habas.

Cómo algún nido de avutarda escapa de ser robado constituye un misterio para mí. Es costumbre en España que los

trabajadores de las fincas formen largas líneas de veinte o treinta hombres con azuelas con las que atraviesan sistemáticamente cada yarda del joven cereal para erradicar las malas yerbas de rápido crecimiento que de otra forma ahogarían a la siembra cuando ésta madure. Estas cuadrillas de jornaleros realizan, su trabajo, desafortunadamente, en los meses clave de marzo y abril y, consecuentemente, llegan a muchos nidos, siendo todos los huevos frescos de avutarda colectados para el consuno. Las avutardas que anidan en los campos de habas lo tienen aún peor ya que cuando las habas son cosechadas (sobre la primera semana de mayo) cada nido es inevitablemente descubierto y, aun cuando no sean tomados los huevos, las aves los abandonan debido a la desaparición de cobertura a su alrededor.

A pesar de ello y posiblemente debido a la inmunidad que poseen esos pájaros que sabiamente anidan en la castañuela, en los bajos y en las praderas, el número de ejemplares de esta especie presentes en el suroeste de Andalucía, a juzgar por mis observaciones, no ha descendido durante los últimos treinta años. Desde el punto de vista del ornitólogo sería casi un desastre europeo el que desaparecieran.

Es bien conocido por todos los estudiosos de la Ornitología el que una vez que un "hecho" de historia natural ha sido citado pasa mucho tiempo antes de que sea refutado y sucesivas autoridades se conforman con aceptarlo sin hacer más investigaciones.

Entre ellos está el generalmente admitido hecho sobre el número de huevos que pone la avutarda, que ha sido aceptado como de dos desde tiempo inmemorial y con la explicación de que cuando se encuentran cuatro huevos en un mismo nido "no hay duda de que han sido puestos en él por dos hembras". En consecuencia, cuando yo vi por primera vez un nido con cuatro huevos, tomé nota de ello, y escribí la explicación usual en mi diario. Por suerte mis notas fueron leídas algunos años después por el difunto Lord Lilford, sin duda una de las primeras

autoridades en aves de la Península Ibérica y quién amablemente escribió con lápiz en la misma página: "La avutarda a menudo pone cuatro y raramente cinco huevos. L." Unos años más tarde encontré un segundo nido con cuatro huevos como mencionaba el Coronel Irby, pero el viejo cuento de los dos huevos tardó bastante en desaparecer y ha sido repetido en los libros más recientes.

Tras la aparición del libro del Coronel Irby he encontrado en varias ocasiones nidos de avutarda no con cuatro, sino con tres huevos, a veces considerablemente incubados, pero no fue hasta el año pasado, cuando tras un largo intervalo, me encontré con las avutardas en el momento oportuno.

En mayo de 1907 encontré no menos de cuatro nidos en un campo de habas conteniendo respectivamente cuatro, tres, tres y dos huevos. Las habas estaban siendo cosechadas y los campesinos, como es normal, cogían cada huevo que estaba en condiciones de ser consumido. Ante mi petición, dejaron estos nidos intactos para que yo los viera. El grupo de cuatro se encontraba algo incubado, al igual que uno de los grupos de tres, estando el resto de los huevos frescos.

La fotografía que se reproduce en la página 174 es de un nido que contenía tres huevos. Desafortunadamente, mi caballo pisó uno de ellos cuando llegué al nido.

Pero lo que resulta absolutamente concluyente en relación con el hecho de que las avutardas pongan tres huevos es que, de una variedad de nidos con tres huevos que he tenido ocasión de inspeccionar, no sólo el color terroso y los tintes generales y las marcas en los huevos del mismo nido son parecidos, sino que la textura (si es que se puede usar esta palabra) de la superficie de los huevos ha resultado reconocible casi al instante por cualquiera que los haya estudiado. En otras palabras, ha sido perfectamente simple identificar los huevos de distintas puestas y colocarlos en sus propios grupos. En el caso que estoy refiriendo marqué con un lápiz por separado cada grupo de cuatro, tres, tres y dos y

entonces pedí a un amigo que "barajara" los doce huevos y los colocara con las marcas hacia abajo, tras lo cual procedí a seleccionar los varios grupos sin ningún problema.

El grupo de cuatro que encontré en 1907 era de un interés peculiar ya que tres de los cuatro huevos tenían la cáscara cubierta con pequeñas excrescencias. Además de ello, tres eran exactamente iguales en tamaño forma y marcas. El cuarto huevo era menos granulado, en cierto modo mayor y más alargado, y también estaba marcado más distintivamente. Que los tres primeros habían sido puestos por la misma ave está fuera de duda, mientras que el cuarto, aunque así distinto como se ha descrito, tenía la inconfundible similitud "familiar" con los otros que hubiera inducido a cualquier ornitólogo experto a clasificarlo junto con ellos.

Estoy bastante satisfecho sin embargo con la prueba inconfundible de los tres huevos puestos por el mismo ave, ya que al igual que tres, por qué no cuatro y ¿qué queda de la historia de que la avutarda sólo pone dos huevos? De los dos grupos de tres uno tenía el terroso verde oscuro opaco habitual, con las mismas marcas exactamente en cada caso, mientras que el otro lote tenía el menos frecuente terroso verde oscuro claro con marcas más brillantes de ocre tostado y purpúreo bajo la superficie. Mi conclusión, basada en muchos años de experiencia, es que las avutardas ponen normalmente tres o cuatro huevos, pero en algunos casos sólo ponen dos, aunque en otros, incluso llegan a cinco.

El notoriamente pequeño tamaño de los huevos de avutarda ha sorprendido a muchos, y está directamente en oposición con la teoría de Hewitson, que dice que las aves que son capaces de correr desde que salen del cascarón ponen huevos más grandes que las que nacen y no se pueden valer por sí mismas. A menudo he visto huevos de avutarda que eran muy poco más grandes que los de un zarapito, incluso cuando la primera de estas aves pesa

diez o quince veces más que la segunda y en ambos casos los pollos corren cuando salen del huevo.

Los pollos de avutarda, como es bien sabido, y al igual que los de chorlitos, pavos o gallinas, son capaces de correr inmediatamente después de nacer. En cierta ocasión, hace ahora unos años, mi compañero el oficial Harry Ferguson encontró un nido de avutarda con cuatro huevos. Se vaciaron dos de ellos y resultaron estar bastantes frescos, los otros dos se los pusimos a una gallina y la instalamos en un rincón de su única habitación en los barracones. Allí se echó tranquilamente y nuestros miedos y esperanzas se resolvieron de forma que, después de una semana, un examen cuidadoso nos mostró que los huevos no habían sufrido el viaje de cuarenta millas (65 kilómetros) a caballo y estaban empollados. Veinte días después, una mañana se dejó oír un rítmico piído desde la caja y, para nuestra felicidad, encontramos que una joven avutarda había comenzado a picar la cáscara y estaba a punto de salir del huevo.

Pasamos todo el medio día bajo una intensa ansiedad, siendo conformados de vez en cuando por un piído más alegre. Por la tarde tuvimos que salir pero, como precaución, dejamos a un ayudante, uno del tipo conocido como "viejo soldado de confianza" de los viejos tiempos del servicio, montando guardia sobre nuestro preciado tesoro.

Para horror nuestro encontramos a la vuelta a nuestro viejo soldado diligente ocupado en romper con un palito la cáscara de uno de los huevos mientras que al lado de éste había una masa de cáscaras rotas y una extremadamente pequeña avutarda de aspecto melancólico que ya había sacado del primer huevo.

No es necesario aclarar que el infeliz pollo que estaba en el suelo sucumbió rápidamente al maltrato que había recibido. El segundo, a pesar de tener varias heridas de los pinchazos producidos con el palo, sobrevivió cuatro días. Era una pequeña criatura de aspecto extraño, un átomo de plumón con una gran cabeza y largas patas, y tenía una voz muy lastimera y resonante,

fuera de toda proporción con su diminuto cuerpo. Durante su breve existencia comía bien y corría a una velocidad extraordinaria por la habitación, escondiéndose entre las hileras de botas alineadas a lo largo de la pared.

El peso de una avutarda es un tema del que se han escrito muy variadas opiniones. Apparently los desafortunados ejemplares erráticos que de vez en cuando han llegado a Inglaterra y han sido abatidos rápidamente han debido ser pájaros muy jóvenes. Yarrell cita machos de sólo 16 libras (7 kg) y hembras de 9 a 10 libras (4 a 4,5 kg), mientras que los machos en España pesan normalmente entre las 20 y las 30 libras (9 y 13,5 kg) y las hembras, de 12 a 18 (5,5 a 8 kg). El Profesor Newton menciona de 22 a 32 libras (10 a 14,5 kg), como peso medio para las avutardas europeas. Las notables variaciones de peso en aves cazadas en el mismo bando y en las mismas localidades me hacen pensar que las avutardas necesitan mucho más tiempo para alcanzar la madurez que lo que popularmente se cree. Además, parecen cambiar mucho de peso según la estación del año. De un cierto número de avutardas que he pesado y examinado, las cobradas en los meses de invierno han dado una media de sólo dos tercios del peso de las aves cobradas en marzo y abril. La avutarda más pequeña que he visto en mi vida fue una hembra joven cobrada en el mes de febrero que pesó sólo 12 libras (5,5 kg). Este ave debía de tener por lo menos 9 meses de edad.

Por supuesto que no muchas avutardas son cobradas por los ingleses en abril, y entonces sólo se cobran como norma las aves que se necesitan para conservar sus pieles, ya que en esta época del año están en su más espléndido plumaje. Los machos viejos tienen por esas fechas sus cuellos enormemente distendidos y una coloración de extraordinaria riqueza en las plumas a ambos lados del mismo con el delicado gris lavanda de la cabeza y garganta haciendo un bello contraste junto al fuerte bermejo de la gorguera, que en algunos pájaros parece casi de un rojo vino. Es en este período cuando las aves deben alcanzar su

peso máximo. Seis machos viejos cazados en el mes de abril por un grupo de tres escopetas, de las cuales yo era una de ellas, pesaron por encima de las 34 libras (15,5 kg) cada uno, llegando el mayor de ellos a 37 libras (17 kg); no hay duda de que el contenido de los buches contribuyó en algo a este elevado peso. También creo, juzgando por experiencias posteriores, que estas aves hubieran pesado mucho menos si hubieran sido cazadas un mes más temprano. Es bien cierto que, durante los meses de marzo y abril, la cantidad de alimento disponible para las avutardas, bien sea hierba joven o insectos, aumenta día a día hasta una cantidad increíble, como pueden atestiguar los que conocen España en primavera. Los buches de ciertas aves estaban llenos de hierba fina y materia verde que tenía aspecto de espinaca por el estado de molturación en que se encontraba. También contenían grandes saltamontes y escarabajos de varios tipos. El misterioso saco gular, presente sólo en machos adultos, con su entrada bajo la lengua y que es objeto de tanta confusión entre los científicos, presenta su mayor distensión en esta época y se encuentra encajado en grasa. El grande y abultado cuello es firme al tacto, aunque extremadamente flexible, y debe contribuir considerablemente al peso total del ave. Lamento ahora el no haber constatado el peso de la cabeza y cuello de un viejo macho cazado en abril y también el de alguno cazado durante los meses de invierno, ya que estoy seguro de que la diferencia entre ambos sería notable. La historia de que el saco gular es una adaptación de la naturaleza para llevar agua a la hembra y las crías no es cierta, por supuesto.

El vuelo de las avutardas es extraordinariamente rápido y sin esfuerzo. Antes de arrancar caminan simplemente unos pasos -sin intentar correr- y, abriendo sus nevadas alas blancas se alejan en lo que parece ser una maniobra muy suave. Salvo cuando hace viento fuerte o cuando vienen de zonas más elevadas raramente vuelan a más de 30 yardas (27 metros) sobre el suelo y así cuando vienen en la dirección apropiada proporcionan buenos ojeos. No

hay nada más equívoco sin embargo que la velocidad a que vuelan, ya que debido a los pausados batidos de sus inmensas alas de unos 8 pies (2,5 metros), parece que se mueven lentamente, pero no es así.

He organizado muchos ojeos y, a pesar de que invariablemente aviso a cada cazador que no las conozca de que debe tirarles bien delante, es un hecho notable el que no haya otra ave más fácil y frecuentemente fallada. Esta es la experiencia de todos los que he conocido. Para apreciar la extraordinaria velocidad a que se mueven es necesario ver un ave que vuele baja pasando por encima de uno. En más de una ocasión, cuando estaba acostado con la cara pegada al suelo entre unos pocos cardos secos, tras una larga espera para terminar el ojeo, me ha pasado una avutarda a solo unas pocas yardas por encima de mi puesto, viniendo de detrás o de un lugar inesperado, cuando todas mis energías las tenía concentradas hacia la dirección por donde se esperaban las aves ojeadas.



Tras una batida de avutardas.

En tales ocasiones, antes de que uno pueda alterar su posición y levantarse para disparar ¡el pájaro ha pasado de largo!

A diferencia de otras muchas aves -el ánsar por ejemplo- que avisan inexcusablemente con graznidos sobre sus intenciones cuando son ojeadas, las avutardas son absolutamente silenciosas, tanto cuando están alimentándose como cuando vuelan. Es cierto que sus alas producen algún ruido, pero no lo suficiente como para hacer notar su llegada. Una avutarda herida presentará pelea y, en tales casos, silbará y producirá un bufido, algo intermedio entre una tos y el tradicional ¡"Ugh"! del piel roja. En una sola ocasión he oído a una avutarda dejar escapar un grito y ello ocurrió cuando era atacada por un águila, como pronto describiré. Debido a la velocidad de su vuelo, y al gran peso de su cuerpo, no es raro que una avutarda que es abatida cuando vuela a cierta altura se reviente al golpear el suelo, y en muchos casos se desprende una masa de plumas al impacto del ave.

Una de las más memorables ocasiones que he experimentado con las avutardas tuvo lugar en la primavera de 1878. Estábamos colocados para un ojeo, y como ocurre tan a menudo, las grandes aves se negaron a dejarse llevar, decidiendo dar un bandazo y pasar bien afuera de la línea de escopetas. En este momento un águila imperial (*Aquila adalberti*), que había estado volando en círculos altos sobre el llano, descendió de repente y, con un picado como de halcón, golpeó a una de ellas sacándole un puñado de plumas. La avutarda dejó escapar una serie de sonoros graznidos y, cayendo unas 20 ó 30 yardas (18 ó 27 metros), golpeó el suelo violentamente. Se recobró, corrió unas yardas y por fin arrancó a volar, siguiendo al resto del bando. El águila no intentó seguir en su empeño y se alejó, aparentemente sin preocuparse del asunto. Una vez llegamos al punto sobre el cual el pájaro había sido golpeado, Ferguson y yo encontramos cierto número de plumas bermejas y barreadas de negro que adornan los hombros y la parte superior de la espalda del ave, también un poco más allá había una masa de plumas blancas de la pechuga y partes inferiores, que habían sido

arrancadas por el impacto de sus 30 libras (13,5 kg) de peso al golpear el suelo.

No es necesario mencionar que el águila no tenía probablemente la idea de intentar matar la avutarda y que la golpeó, simplemente, por puro instinto. Un comportamiento similar lo presentan a veces los halcones peregrinos que, por puro capricho, pican y golpean a alguna infortunada gaviota que por casualidad se cruza en su camino mientras volvía al nido en algún acantilado.





Sisón (*Otis tetras*)

CAPÍTULO III

EL SISÓN (*Otis tetrax*)

El ave más difícil de acercarse - Imposible ojearlos - Bello plumaje - Sonido peculiar producido por las alas - Imperceptibles cuando están en tierra - Ariscos en general - Métodos para acercarse a ellos - Costumbres de cría - Dificultad de encontrar el nido - Astucia del adulto - Grito curioso cuando se asusta.



Cuando está con su plumaje nupcial completo, el macho de esta especie es, según mi opinión, la más bella de todas las aves de caza de Europa. Es extremadamente abundante en las colinas onduladas y bajas, y en los llanos cubiertos de yerba del suroeste de Andalucía, pero debido a su peculiar forma de volar, raramente resulta abatida por el cazador. Ello se debe a que, cuando se espanta, busca siempre la seguridad elevándose rápidamente a una gran altura, fuera de tiro, antes de alejarse. Por esta razón, y salvo en raras ocasiones, es imposible ojear al sisón. Es corriente ver bandos de estas aves, que varían de unas pocas docenas de individuos a más de un ciento, maniobrando muy altos en el aire, de forma similar a como lo hacen los chorlitos dorados, a menudo a tal altura que

resultaría difícil identificarlos si no hubieran sido observados previamente.

Al igual que la avutarda parecen muy blancos en vuelo, incluso más. Esto se debe a que en su plumaje de inmaduro y en el de invierno ambos sexos tienen la pechuga y las partes inferiores blancas. Esta apariencia de blancura general queda intensificada por las primarias y todas las secundarias, que son blancas, así como la superficie inferior de las alas. El macho adulto adquiere la realmente bella gorguera blanca y negra, y el delicado colorido de lavanda de la garganta sólo cuando se acerca la época de cría en marzo, perdiéndola de nuevo en agosto.

El vuelo consiste en un batir de alas extremadamente rápido que se percibe incluso a grandes distancias debido al reflejo de la luz del sol en las partes blancas. El ruido producido por su rápido movimiento es tal que una vez oído nunca puede ser olvidado, y puede parecerse a un rápido sonido silbante de "see-see-see-see" que sugiere el producido por el vapor de una máquina de tren cuando comienza a andar. Probablemente el nombre español de este ave, sisón, deriva de esta característica, así como el nombre árabe *Sirk-Sirk*.

La apariencia general de estas aves en el suelo, con las alas cerradas, es poco notoria, tanto que se ha llegado a decir que raramente son vistas en el suelo.

Cerca de mi morada en España hay cientos de acres de terreno cubierto de gamones, y no es raro ver al sisón correteando por allí y por las zonas de tierra desnuda. Frecuentemente he observado un grupo de veinte o treinta comiendo en la ladera herbosa de un cerro o entre los gamones a menos de 200 yardas (183 metros) y, una y otra vez, describiendo un amplio círculo seguido de una rápida aproximación. Tapado por la cima de un pequeño cerro he llegado cerca de ellos, a distancia de tiro. Solo en esta clase de terrenos resulta posible manejarlos, mientras que en la llanura abierta son tan imposibles de recechar como de batir.

Individuos sueltos, y más raramente parejas, son a veces más fáciles de acercar; si se espantan en una zona donde hay cobertura volarán unos cientos de yardas y se posarán de nuevo. Cuando esto ocurre, he conseguido abatirlos dirigiéndome rápidamente hacia el lugar, calculando unas 20 yardas (unos 18 metros) más allá de donde se posan por su costumbre de apeonar, disparándoles con plomo gordo, nº 3 por ejemplo, en el momento en que levantan el vuelo de nuevo. Así pueden a veces ser derribados a largas distancias y merece la pena el intento y arriesgarse a fallar.

A diferencia de la avutarda son muy aficionados a correr, y resulta una experiencia habitual para aquellos que intentan cazarlos en batida el verlos levantar el vuelo a varios cientos de yardas del lugar donde han sido marcadas. En cierta ocasión, cuando me encontraba en mi puesto para un ojeo, y con todas las energías concentradas en el lugar frente a mí de dónde esperaba que de un momento a otro se levantara un bando de unos cincuenta, sufrí la mortificante experiencia de oírlos arrancarse muy cerca y por detrás, después de haber apeonado a gran velocidad tapados con los gamones entre mi posición y la de la siguiente escopeta. No es de extrañar por tanto que, debido a estas costumbres, muy pocos puedan ser cobrados.

Los jóvenes y las hembras tienen la cabeza, el cuello, la espalda y las cobertoras alares de ricos tonos marrones, con marcas de marrón oscuro y negro, pareciéndose de alguna forma a las avutardas. El plumaje del macho adulto es de un marrón más delicado, pintado o vermiculado con los mismos tintes, y lo mantiene durante todo el invierno.

Una y otra vez durante los meses de invierno, cuando he estado esperando a los patos o ánsares, me ha entrado un bando de siones con su habitual formación densa y ha pasado silbando a pocas yardas. Tan repentina ha sido su aparición y tan rápido su vuelo que nunca he podido hacer justicia a tales oportunidades. Repito que durante la época más calurosa del verano las aves

aisladas se dejan acercar más. También los he cobrado en esa época por las tardes, cuando vuelan hacia los marjales a beber agua.

Es interesante apuntar que estas astutas aves, aunque resultan ariscas en los alrededores de Tánger, resultaban mucho más confiadas tres o cuatro días al sur de allí, y se levantaban a veces a la distancia de tiro. Sin duda se debe esto a que son mucho menos perseguidas en aquel salvaje país.

Pocos nidos resultan más difíciles de encontrar que los de los sisones, especialmente cuando están en los llanos entre los miles de acres de vegetación ondulante de 2 ó 3 pies (60 ó 90 centímetros) de altura, que permite al ave adulta apeonar a una distancia indeterminada desde el nido antes de levantarse. Lo mismo ocurre con los que están escondidos en el cereal.



Nido y huevos de sisón.

El nido varía mucho en tamaño y material de construcción, siendo a veces una masa de yerba seca bien compactada y otras, algo más que un colección de escombros. Cuando el nido está bien oculto, la hembra aguanta mucho y no delata su situación hasta que casi se está encima de ella, mientras que si está más expuesto se desliza fuera de él y corre agachada cierta distancia antes de arrancar el vuelo.

El nido que se muestra aquí estaba entre un herbazal vasto y denso donde predominaban margaritas de ojo de buey y diente de león. El ave solo se levantó cuando yo estaba a 2 pies (61 centímetros) de distancia y en su apresuramiento y alarma clavó una uña en uno de los huevos. Para obtener una fotografía de este nido tuvimos que abrir una calle hasta él y cortar la mayoría de la vegetación circundante. Consistía simplemente en una pequeña depresión que medía 8 pulgadas (20 centímetros) de ancho y estaba forrado de césped y tenía yerba colocada a su alrededor. Los dos huevos que contenía eran de un apagado color verde salvia, como grandes aceitunas; no hay duda de que faltaban por ser puestos algunos más. Eran de un colorido algo anormal, ya que una de las grandes particularidades de los huevos de sisón es que tienen una superficie marcadamente suave y brillante. Tengo huevos de hace más de treinta años que aún mantienen ese brillo. El colorido normal es de un verde oliva brillante, a veces casi uniforme pero generalmente sombreado de marrón, especialmente en el extremo más ancho. Cuatro es el número de la puesta completa, pero sé de nidos con tres huevos y de algunos en que solo fueron puestos dos huevos.

El día en que encontré este nido con dos huevos era un día gris y húmedo con fuertes rachas de viento poco apropiado para fotografiar tal objetivo. Era un 18 de mayo y por una notable casualidad, muy característica de los altibajos de la búsqueda de nidos, unas horas más tarde en el mismo día encontré un segundo nido a unas 3 millas (5 kilómetros) del primero. Sería difícil imaginar un mayor contraste entre los dos nidos ya que, este

segundo, se encontraba sobre una ladera desnuda y abierta, en un terreno de barbecho sin cobertura prácticamente, excepto la proporcionada por algunos rodales dispersos de abundante yerba. El nido estaba construido en uno de estos rodales y bastante a la vista de cualquiera que pasara, como se puede observar en la fotografía inferior. La copa de este nido era mucho más profunda y estaba mejor terminada que la del primer nido, bien forrada de yerba fina.

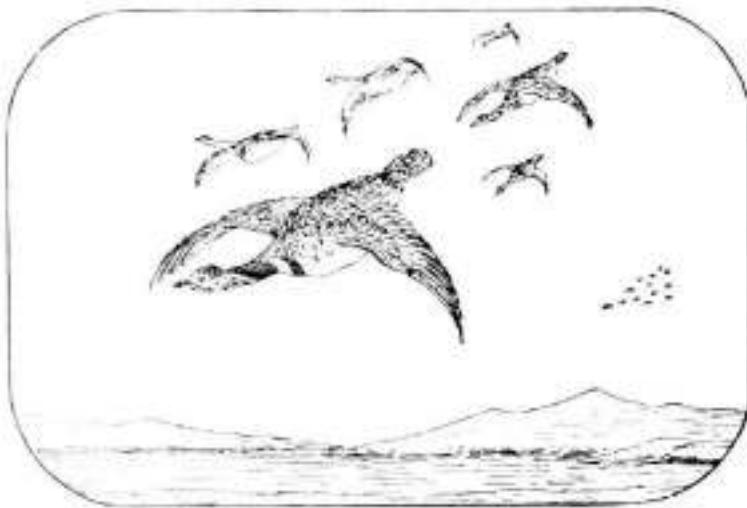


Huevos de sisón (4,8 x 3,8 cts.)

Contenía cuatro huevos brillantes y ricamente coloreados, probablemente puestos del 7 al 11 de mayo, a juzgar por su grado

de incubación. La habilidad del sisón se pone de manifiesto por el hecho de que, a pesar de la naturaleza abierta del terreno alrededor de este nido y de mi precaución permanente, no vimos a la hembra abandonarlo pero arrancó el vuelo desde un punto situado a 23 yardas exactas (21 metros) a un lado del mismo. Imagino que nos vio desde mucha distancia y deslizándose fuera apeonó hacia un lado y se agachó con el propósito (en el caso de que tuviera que levantar el vuelo como realmente ocurrió) de confundirnos con respecto a la posición de su nido.

Cuando se espanta, como por ejemplo cuando se le levanta de repente del nido, el sisón pronuncia un profundo y gutural grito corto, algo parecido al del lagópodo por la mañana temprano, y todavía más parecido al de la avutarda que encontramos en la selva, entre los ríos Orange y Modder, durante los azarosos días de noviembre de 1899.



TÍTULO IV - EN LOS BOSQUES

CAPÍTULO I

UN DÍA EN LOS ALCORNOCALES

Gran variedad de aves - Residentes en invierno - Algunos migrantes tardíos - Los pajarillos: ruiseñor bastardo, mosquitero papialbo, mosquitero musical, mosquitero común, curruca mirlona, alzacola y ruiseñor - Mirlos - Verdecillos - Alcaudones comunes - Oropéndolas - Colorado protector de las oropéndolas - Nidos artísticos - Dificultad de alcanzarlos - Golpeando los árboles y su resultado - Abubillas - Abejarucos - Sus nidos subterráneos - Cómo llegar hasta ellos - Alcornoques - Conservación de la caza en España - Importancia de las rapaces - Reptiles predadores y merodeadores de cuatro patas.



En España, el naturalista encuentra en los bosques las grandes especies que anidan en los árboles, como el águila imperial y el buitre negro, así como las águilas más pequeñas, los milanos, gavilanes y cuervos, y por ello está casi predispuesto a no prestar atención a las huestes de más pequeñas y menos notables aves que hacen de los árboles y el sotobosque su hábitat durante la época de cría. Simplemente las curruacas, aunque abundantes y escuchadas por todas partes, resultan tan desapercibidas por sus costumbres, y tan escondidizas en cuanto al lugar donde hacen el nido como para hacer de su estudio y la búsqueda de sus nidos el trabajo de toda una vida.



Azor (*Accipiter gentilis*)

Durante los meses de invierno los bosques se quedan desiertos, siendo la especie que se observa más frecuentemente el ratonero común, que pasa el invierno en estas latitudes. También hay varios residentes permanentes como el cuervo y el arrendajo, el pico picapinos, el carbonero común, el pinzón, el jilguero y el verdicillo. Pero cuando se acerca la primavera todo cambia. Debido a la naturaleza moderada del clima y al calor del sol, incluso en invierno, ciertas aves migratorias como la golondrina no dejan del todo el país. Sin duda, por la misma razón, algunas de las pequeñas currucas permanecen allí. Aquéllos que estén familiarizados con el canto distintivo de estas diminutas aves oirán algunas incluso durante el invierno, cuando, de acuerdo con la creencia generalmente aceptada, deberían estar con el resto de los de su clase a muchos cientos de millas al sur del Estrecho. Entre las aves más pequeñas está el ruiseñor bastardo (*Cettia cetti*). Tiene un profundo y penetrante grito que una vez oído nunca se olvida. Estas avecillas gustan de los cañaverales que cubren cualquier lugar húmedo, entre los que construyen su precioso nido en forma de pequeña copa, delicadamente tejido de fibras, pelo y lana, para sus huevos de un sorprendente color rosa, los más rosas de los pequeños huevos que he visto.

En los claros de las partes más bajas de los alcornocales, cerca de Gibraltar, hay profundos sotos o zonas húmedas, de hecho son lagunas diminutas, cuya plácida superficie aparece cubierta de blanco en la primavera temprana por las flores de los ranúnculos acuáticos.

Son estos lugares apartados los preferidos por el ruiseñor bastardo y las currucas. En las manchas de retamas amarillas, alrededor de las zonas húmedas, otra ave diminuta, el mosquitero papialbo (*Phylloscopus bonelli*), construye su diminuto nido abovedado y deposita en él sus huevos pequeños y manchados. Estos nidos se parecen mucho a los de nuestros chochines. Es muy probable que esta pequeña ave, así como el mosquitero común, el silbador y el musical, anidasen en el suelo si no fuera

por las culebras y lagartos, y para evitarlos lo hacen en las frágiles ramas de las retamas. Desafortunadamente estos delicados arbustos ofrecen poca resistencia, ya sea al hombre o animal que quieran penetrar en ellos, de aquí que en varias ocasiones he visto nidos de mosquitero papialbo que han sido destruidos al paso del ganado que se ha introducido en el matorral buscando pastos.

En las matas apretadas a lo largo del borde de los arroyos también anida un pequeño y bello zarcero, conocido como *Hippolais polyglotta*, por su rico y variado canto. Una especie ampliamente distribuida es la curruca mirlona (*Sylvia hortensis*), que construye un nido en forma de copa en las ramas de los alcornoques más pequeños a unos 8 ó 10 pies (2,5 ó 3 metros) sobre el suelo y pone unos huevos que se parecen mucho a los de la curruca mosquitera. No es necesario decir que en Andalucía, y desde la primera semana de abril en adelante, la voz del ruiseñor es oída en cualquier zarzal o marjal cubierto de vegetación. Todos los nidos que he encontrado estaban invariablemente colocados en arbustos a poca altura sobre el suelo y no en la tierra como en Inglaterra. Probablemente estas aves también lo hacen así para evitar a los reptiles predadores que son tan abundantes.

Una de las especies más frecuentemente observadas de entre las que llegan en primavera es el alzacola (*Cercotrichas galactotes*), de brillante colorido. Es particularmente querencioso de los grandes setos de tunas que bordean los cultivos en muchos lugares y, por su gran actividad y distintivo plumaje, atrae la vista mucho más que cualquiera otra de las currucas. En muchos aspectos se parece al ruiseñor, pero es mayor y de mucho más brillante colorido, y cuando vuela de arbusto en arbusto levanta y abre la cola, que es rojiza en el centro y tiene las plumas externas blancas, manchadas de negro en el extremo. Este peculiar comportamiento indujo al Coronel Irby a llamar a esta ave como "la curruca de cola de gallo" y resulta realmente un nombre muy descriptivo.

El mirlo común abunda en el sur de España y anida en los densos lentiscos o en los acebuchales que hay en los bosques de alcornoques. Curiosamente, parece que nunca pone más de tres huevos en lugar de los cuatro o cinco que se encuentran normalmente en los nidos de Inglaterra. Menciono esto porque nunca he visto u oído de un nido con más de tres huevos.

Entre las ramas más altas de los alcornoques anida el verdecillo (*Serinus serinus*), una especie de diminuto canario salvaje cuyo canto suave y silbante se deja oír por todas partes.

Uno de los más corrientes de los pájaros del bosque es el alcaudón común (*Lanius senator*), que anida en gran número en los olivos y en los alcornoques más pequeños. Son aves elegantes, particularmente los machos, y en cuanto llegan se hacen muy evidentes, ya que se posan erguidos mostrando claramente sus blancas pechugas. Al igual que otros alcaudones ponen dos grupos de huevos de colorido claramente diferente, unos de vivo color tierra y otros de verde pálido, ambos con mayor profusión de manchas hacia el extremo más ancho.

Entre los que llegan en primavera, la oropéndola (*Oriolus oriolus*) se hace evidente por dos razones, el espléndido plumaje del macho y su silbido melodioso que, una vez oído, no se puede olvidar. Entre los alcornocales, donde estas aves junto con otros migrantes encuentran un lugar de descanso temporal a su llegada desde latitudes más sureñas, hay numerosos claros cubiertos de hierba junto a los sotos o zonas bajas. A lo largo de estos lugares se encuentran normalmente fresnos y quejigos los cuales, en el momento de la llegada de las oropéndolas en el mes de abril, están revestidos del follaje verde brillante de la primavera temprana. Estos árboles parecen ofrecer una particular atracción a las oropéndolas y a menudo me he esforzado por descubrir estas aves cuando se posan mimetizadas entre las hojas verdes lanzando sus melodiosas llamadas. Con el sol brillante las luces y las sombras se proyectan sobre las hojas armonizando tan exactamente con el amarillo y negro de los machos y el verde y

marrón oscuro de las hembras, que hacen muy difícil distinguirlos, incluso con la lente más poderosa. Cuando son espantadas, la oropéndolas, tras abandonar este refugio natural, se dirigen con vuelo ondulado hacia un árbol similar, pasando de otros como alcornoques y olivos, que tienen un tinte más sombrío. He observado repetidamente esto durante muchos años, y estoy convencido de que no es mera casualidad sino un hábito regular, y debe aceptarse como un axioma que si se oyen oropéndolas cantando en una ladera boscosa, es casi seguro que se encontrarán posadas en los árboles de follaje más vivo que haya en la vecindad.

Un cierto número de ellas se quedan a criar en el sur de Andalucía, y todos los nidos que he visto, han estado colgados de ramas de quejigos, normalmente hacia el extremo de alguna rama colgante.

Estos nidos están admirablemente contruidos con musgos finos, líquenes y raíces fibrosas, tejidos alrededor de las ramas y forrados con crines y lana. Los huevos son blancos, delicadamente manchados y sombreados de púrpura. En 1906 encontré un nido entre las ramas más pequeñas, cerca de la copa de un quejigo, a unos 40 pies (12 metros) de altura, y subí al árbol. Cuando aún estaba a unos 12 pies (3,5 metros) por debajo del nido, me di cuenta de que las ramas no soportarían mi peso. Yo estaba deseando conseguir los huevos, así que me dediqué a pensar cómo llegar hasta este aparentemente inaccesible nido. Trepando hasta una rama adyacente, aparentemente más resistente, que ascendía unos pies, alcancé un punto desde donde me fue posible pasar el extremo de mi cuerda de seda alrededor de una segunda rama cercana a la que soportaba el nido de las oropéndolas. Entonces improvisé un aparejo, y con su ayuda jalé las dos ramas juntas, atándolas al extremo de mi faja. Después usé las dos ramas como un segundo punto de apoyo, y subiendo por ellas un poco más pasé mi cuerda una vez más alrededor de otra rama y, tirando de ella, la até a las otras dos. Por este

procedimiento llegué, finalmente, a un punto que estaba al nivel del nido desde donde me era posible pasar el extremo de mi cuerda alrededor de la rama que contenía mi trofeo, y tirando de ella hacia mi precario soporte, traerlo a mi alcance. Fue un interesante despliegue de trabajo que produjo una negativa a la reconocida inaccesibilidad de los nidos de oropéndolas, que están así colocadas entre las ramas más pequeñas de los árboles altos. De mi experiencia, en esta y otras ocasiones, deduzco que teniendo suficiente cuerda ligera y práctica habitual a la hora de trepar y usar cuerdas no hay un nido de este tipo que esté a salvo del resuelto colector de huevos.

Entre las especies que crían en los agujeros de los alcornos y los alisos están el pico picapinos, las hermosas abubillas (*Upupa epops*) y los autillos y mochuelos (*Otus scops* y *Athene noctua*). No conozco aves más elusivas que éstas que habitan en viejos árboles. Hace muchos años el Coronel Irby encontró varios nidos de autillo golpeando los árboles, y así escribió: "El nido se encuentra fácilmente golpeando alrededor los viejos alcornos con un bastón".

Durante más de treinta y cuatro años he intentado descubrir los nidos de estos pequeños búhos, y he cabalgado y caminado cientos de millas golpeando miles de árboles buscándolos. He hecho incluso más, he convencido a innumerables amigos para que hicieran lo mismo sin resultado, ya que nunca he sacado a un búho de su nido por estos procedimientos. Después de pasar un día así con algunos oficiales de la Marina alguien señaló que si el Coronel Irby hubiera sabido la cantidad de palabrotas resultantes de su consejo de golpear los árboles, se lo hubiera pensado probablemente dos veces antes de hacerlo constar por escrito.

Uno de los reclamos más misteriosos de entre los bosques espesos es la de la llamativa abubilla. Consiste en un grito sorprendentemente suave y ululado de "up-up-up" repetido a cortos intervalos. Aunque conozco de muchas parejas localizadas en diferentes partes, es poco probable que uno sea capaz de

encontrar el nido. Pero de entre todos los migrantes primaverales que anuncian la llegada de la estación de cría, ninguno es más sorprendente y más constante que el intensamente coloreado abejaruco (*Merops apiaster*). Estos adorables pájaros llegan con la más extraordinaria puntualidad año tras año, primero en pequeños grupos de una docena o así, y luego en una corriente continua.



Un claro en el alcornocal.

Su reclamo no se parece al de ningún otro pájaro, una curiosa y líquida nota doble, que a veces, cuando pasan muchos por encima, parece llenar el aire con su sonido. Y resulta un sonido lleno de felicidad, ya que es una prueba inconfundible de que la primavera está al llegar. Las primeras llegadas se producen normalmente entre el 4 y 7 de abril; y desde esa fecha en adelante

los bandos pasan durante semanas, diseminándose por todo el sur de Europa.

El clímax de la migración, de acuerdo con el Coronel Irby y mis propias observaciones, es hacia el 19 de abril. De aquí que, siguiendo la costumbre española, él lo llamó "El Día del Santo Abejaruco", y como tal ha sido conocido durante años por todos aquellos que tuvieron la suerte de vagar por los espacios abiertos del sur de España con aquel verdaderamente admirable ornitólogo. En el pequeño jardín que rodea mi morada en el campo, hay colocadas muchas colmenas de corcho y, año tras año, he sido despertado a una temprana hora durante los primeros días de abril por el bien conocido y familiar grito líquido de los abejarucos que, deteniéndose en su vuelo desde las costas africanas, procedían a cobrarse su impuesto a base de las desafortunadas abejas que zumbaban sobre las colmenas. El número de ellas que puede llegar a devorar una de estas aves es realmente increíble.

Conozco pocas ocupaciones más fascinantes que la de cabalgar o pasear a través de los alcornocales trazándose uno el propio camino, de pronto emergiendo en algún claro de hierba a través del cual cruza silencioso el corzo, siguiendo las veredas sinuosas hechas por muchas generaciones de animales de carga que, a veces, tienen atajos por cortados de arenisca o laderas, constituyendo estrechos pasos apenas con anchura suficiente para dejar pasar a una bestia cargada. En los bancos verticales de arena los abejarucos excavan sus profundos pasadizos subterráneos, a veces de 10 pies (3 metros) o más, al estilo de los aviones zapadores, y depositan tres o cuatro huevos redondos de un blanco brillante en una pequeña cámara en el extremo interior. La forma más sencilla de alcanzar estos nidos consiste en observar las aves entrando y saliendo de los numerosos agujeros, hasta que se detecte uno que esté ocupado. Armado con una caña de pescar telescópica japonesa he sondeado muchos de estos agujeros, y cuando he encontrado uno que iba hacia arriba y como para llegar

a razonable distancia de la superficie del suelo, midiendo con cuidado la longitud del túnel y teniendo en cuenta su dirección, he excavado desde arriba y he alcanzado el nido fácilmente.

Existen varios aspectos que sorprenden en las costumbres de los abejarucos. Así, por ejemplo, construyen muchos más agujeros de los necesarios. Posiblemente, al encontrar una piedra o estrato duro que obstruye el camino abandonan su empeño, y lo intentan de nuevo en alguna otra parte. Ciertos nidos están colocados en una cámara a medio camino en el túnel y no en el extremo. Unas semanas después de que los abejarucos se hayan asentado en sus lugares de cría, sus largos y afilados picos están desgastados considerablemente por el trabajo continuo de excavar sus agujeros. Los lugares favoritos de los abejarucos para anidar son los bancales de arena de los ríos y otros cortados naturales en el campo abierto.

El alcornoque es, sin lugar a dudas, un árbol bastante pintoresco, y los destrozos causados en él al extraer la corteza externa cada siete años contribuyen, de alguna forma, a la belleza del panorama que se observa en los bosques. Los troncos desprovistos de corcho son de un vivo color chocolate rojizo, y el efecto de la luz del sol y la sombra, jugando a través de la bóveda de hojas sobre las robustas ramas oscuras, salpicadas aquí y allí entre los brotes dorados brillantes, junto con el follaje verde de la aulaga y alto helecho es una alegría por siempre. Es curioso lo profundas y alternas que son las sombras proyectadas por estos árboles, y lo difícil que a menudo resulta distinguir bien sea hombre o animal que se mueva entre la maleza bajo ellas.

Un nativo que lleve la habitual chaqueta chocolate oscuro y que esté de pie apoyado sobre su larga chivata, como es su costumbre, se integra tan perfectamente con sus alrededores apenas hace a uno darse cuenta de su presencia. He pensado siempre que el uniforme chocolate oscuro llevado por los Cazadores Portugueses en la División Ligera durante la Guerra de la Independencia fue probablemente elegido por esta razón de

invisibilidad en terrenos boscosos y quebrados. Los troncos de los alcornoques mayores están cubiertos de musgos y helechos, por encima de donde se ha extraído el corcho, y constituyen un espectáculo bellísimo.

De las flores y arbustos florecidos que se encuentran en los alcornocales, junto con las mariposas e insectos, sólo puedo decir que se vaya a verlos en abril y mayo.

Resulta triste mencionar que en los últimos años, debido a la generalización de la costumbre de guardar la caza en España, ha sido declarada una guerra de exterminación en muchos lugares contra águilas, halcones, milanos, aguiluchos y accipíteres. El hecho de que algunos de ellos causan daños entre las perdices y los conejos es innegable, pero la mayoría se alimenta normalmente de culebras y grandes lagartos, que son enemigos mortales de toda la caza alada e igualmente devoran sus huevos. De aquí que en ningún otro país debieran ser más protegidas y fomentadas las aves de presa que en España.

Pero en España los mayores enemigos de toda la caza, la alada y la de cuatro patas, son los numerosos animales predadores que abundan, literalmente, en algunas regiones. Junto con lince, zorros y tejones, hay gatos silvestres, meloncillos, ginetas, martas, turones, armiños y comadrejas, por citar algunos al azar. Menciono aquí este asunto ante la posibilidad de que este libro cayera en las manos de algunos que estén interesados en la conservación de la caza en España, para persuadirles de que empleen sus energías en la destrucción de los merodeadores de cuatro patas y que cuenten con los servicios de águilas, milanos y aguiluchos para mantener controlados los destrozos que causan los reptiles.



CAPÍTULO II

LOS MILANOS, EL AZOR Y EL GAVILÁN

EL MILANO REAL (*Milvus milvus*) - Maravillosa capacidad de vuelo - Papel importante de la cola - Un nido de milano - Una escalada dura - Captura del adulto - Vuelta a visitar el nido veinticuatro años después - Milano y reptiles - El inmenso daño causado por los reptiles en España - Las rapaces, su principal control. EL MILANO NEGRO (*Milvus migrans*) - Sencilla forma de identificación en vuelo - Migración primaveral - Una colonia de milanos negros - Lugares de cría - Curiosa predilección por trapos y papeles. EL AZOR (*Accipiter gentilis*) - Hábitos ocultos - Constancia hacia el mismo lugar de cría - Un nido dudoso - Fallo al identificar el ave - Una estratagema y su resultado. EL GAVILÁN (*Accipiter nisus*) - Nido en el árbol del águila calzada - Trepando árboles cubiertos de yedra.

EL MILANO REAL

(*Milvus milvus*).



Se me ha ocurrido a menudo, cuando estaba observando milanos en vuelo, que pocas aves son capaces de realizar una exhibición más instructiva sobre el arte o el mecanismo de vuelo. Que ello se deba a alguna sutil combinación de fuerza de las alas, peso relativo o peculiaridad en la forma, es difícil de decir, pero es cierto que los milanos causan la impresión de que se pueden mover con mayor facilidad y precisión que la mayoría de las otras aves.



Milano negro (*Milvus migrans*) y Milano real (*Milvus milvus*)

Debido a la incesante persecución de que es objeto en nuestras Islas, el milano real es raramente visto y, naturalmente, es reacio a dejarse observar por su consumado enemigo, el hombre. Incluso en España, donde es tan abundante y se le molesta tan poco, no resulta siempre fácil observar sus hábiles movimientos a corta distancia. Pero al otro lado del Estrecho, en Marruecos, deja de temer al hombre y, para mí, uno de los placeres añadidos de acampar en los terrenos más salvajes de aquel país es observar los milanos en vuelo a corta distancia. Hasta que no tuve una experiencia como ésta, no me di cuenta de la maravilla de precisión y gracia combinadas que caracterizan los menores movimientos del milano. De marcha por Marruecos encontré interesante anotar lo pronto que aparecían un par de milanos reales en cuanto descargábamos los animales y montábamos muestras tiendas, constituyéndose en los vigilantes del lugar, volando en círculos, con frecuencia a no más de 20 pies (6 metros) por encima de nosotros, y atentos a cualquier cosa que merezca la pena su atención. Tras unos pocos golpes de ala, ni siquiera un aleteo elaborado, uno de ellos nos pasaba planeando, con alas inmóviles, la cabeza inclinada y el ojo amarillo brillante escudriñando con cuidado todo lo de abajo. Y conforme pasaba entre nosotros y el sol, la delicadamente coloreada cola en horquilla parecía transparente y adoptaba un brillante tinte rojizo. De repente, con un rápido pero bien definido movimiento, el ángulo de la cola quedaría alterado y, obedeciendo a este movimiento, la trayectoria del ave cambiaría con precisión mecánica hasta que, un segundo y rápido giro de la cola la volvería a traer a su camino inicial o, lo hacía girar en redondo, como bien pudiera ocurrir. Observando un milano desde tan cerca uno se da cuenta de lo muy importante que es el papel desempeñado por la cola en el mecanismo de vuelo de las aves. Por supuesto que el uso de la cola varía mucho de acuerdo con las costumbres y formas de vuelo de los diversos órdenes de aves y, probablemente, habrá muchas que la usen más que el milano.

Pero debido al conspicuo color y a la longitud poco normal, y la forma de la cola del milano, que llama la atención incluso de la gente menos observadora, el efecto que produce sobre los movimientos del ave es mucho más fácil de comprobar y permite al espectador apreciar la conexión entre causa y efecto. Junto a la rápida alteración lateral de la posición de la cola hay otro movimiento por el cual es regulada la altura de vuelo y, todavía otro, la repentina apertura de la cola como un abanico, por el que la velocidad es controlada instantáneamente. Después de observar los milanos deslizarse de esa forma, aparentemente sin esfuerzo, en todos los ángulos y en todas las direcciones, uno se desespera de los intentos humanos de convertirse en una máquina de vuelo. Uno de los muchos días marcados con letra roja en mi vida de buscador de nidos fue aquél en que acerté a localizar el lugar del nido de unos milanos reales en un alto pino. El árbol no tenía ramas en más de 35 pies (10,5 metros) con la excepción de un muñón que parecía podrido a unos 20 pies (6 metros) del suelo. En aquella época yo desconocía el manejo de cuerdas y otros adminículos para trepar árboles. Así que comencé a trepar por el gran tronco resbaladizo y, tras un intenso esfuerzo, alcancé el pequeño muñón donde descansé para recobrar mi aliento y luego seguir trepando. Nunca olvidaré la alegría que sentí al ver los dos preciosos huevos sobre la sucia plataforma de trapos viejos y pelo de cabra con que estaba revestido el nido. Tras enviar al suelo mi preciado trofeo en una caja atada a una cuerda, icé mi trampa de hierro con dientes despuntados y mandíbulas forradas, un regalo de Lord Lilford, y la monté en el nido. Después de cubrirla con algo del forro y colocar un huevo de gallina detrás, descendí y me oculté en el matorral de jaras a unas 200 yardas (180 metros). El milano volvió muy pronto y, entrando en el nido, disparó la trampa. Inmediatamente salió huyendo, pero la cuerda que sujetaba la trampa lo trajo hasta el suelo. Se trataba de mi primer intento de atrapar una gran ave de presa y quedé muy complacido al comprobar que estaba cogido por uno de sus dedos centrales y

sin daño alguno. Es difícil imaginar la belleza de un ave salvaje así capturada, viva y sin daño. Supera, mucho más de lo que se pueda imaginar, la de las aves mantenidas vivas en cautividad o montadas por el más experto taxidermista.

Mantuve este ave en los barracones más de tres semanas, tras las cuales lo solté, y tuve el placer de verlo junto con su compañero cuando pasé cabalgando por el pinar unos días más tarde, aun llevando las pihuelas de cuero que coloqué en sus patas y que sin duda pronto perdería.

Esto era en 1879; muchos años después, en mayo de 1903, llevé al Almirante Farquhar a este nido y lo encontré otra vez ocupado por un milano real. El ave adulta estaba echada y se negó a moverse hasta que mi plomada golpeó el árbol junto a ella. Pronto lanzamos una cuerda y elevamos a un miembro de nuestro grupo hasta el nido. Este nido contenía un joven milano de unas dos semanas y otro de una semana, junto con un huevo, lo que constituye una prueba de la irregularidad de la puesta de algunas aves. También contenía los restos de un lagarto ocelado de unas 18 pulgadas (46 centímetros) de longitud. Esos deportistas ¡y por desgracia hay muchos! que preconizan la matanza de milanos, aguiluchos y águilas en España con el lastimoso pretexto de que son "tan destructivos para la caza", harían bien en tener en cuenta la gran ayuda que reciben de ellos para la protección de estas especies cinegéticas. La destrucción causada entre aves y pequeños mamíferos por el elevado número de grandes culebras y lagartos en la Península Ibérica, es poco menos que increíble. Ambas clases de reptiles no sólo devoran huevos y pollos, sino también aves adultas cuando surge la oportunidad. De hecho, lo único que mantiene a raya el número de estos reptiles, que son los más predadores de todos, es el persistente efecto de depredación que ejercen sobre ellos muchas de las grandes aves rapaces. Desafortunadamente, las fechorías de tales aves, como capturar una perdiz o un conejo, son realizadas a la luz del día, y a veces son vistas causando animadversión por

ello, mientras que los reptiles operan calladamente y sin ser observados, a menudo de noche y siempre a cubierto. De aquí que el alcance de su efecto predador pase generalmente inadvertido. Por cada infortunado conejo que es atacado por un águila, hay veintenas de gazapos que son tragados enteros por los reptiles que saquean sus madrigueras. De aquí que todos y cada uno de los métodos de control del número de culebras y lagartos, tienden a incrementar la cantidad de caza alada y conejos, que en España son tenidos en gran estima.

Nadie puede hablar con tan decidida autoridad acerca del bien que realiza toda la familia de rapaces de esta forma como el buscador de nidos y, sobre todo, el que visite todos los nidos y esté acostumbrado a tomar nota de lo que ve. El resultado de mis experiencias personales, de más de treinta y cuatro años, es que difícilmente, con alguna excepción, todos los así llamados destructores de caza, águilas y halcones, habitualmente depredan sobre los mayores reptiles, como lo demuestra el hecho de que es raro encontrar uno de sus nidos que no contengan los restos de una culebra o un lagarto, particularmente esto último, mientras que la excepción es encontrar conejos y, más aún, plumas de perdiz.

EL MILANO NEGRO (*Milvus migrans*)

Aunque estrechamente relacionado con el milano real, que es un residente del sur de España, el milano negro es uno de los muchos migrantes primaverales. Como se puede ver en la ilustración de las dos especies (pág. 204) existe un fuerte parecido familiar entre ellos. En vuelo no es difícil identificar cualquiera de las especies, ya que incluso a considerable distancia, la más ahorquillada cola del milano real es claramente distinguible, mientras que vistas las aves desde abajo, las alas del milano real son mucho más claras en su superficie inferior, y están marcadas

con una conspicua mancha oscura. Finalmente, el milano negro, además de su colorido más oscuro bajo las alas tiene una apariencia distintivamente más oscura que su pariente por todas partes, de aquí su nombre.

Cada primavera un gran número de milanos negros pasa sobre el Estrecho hacia el norte, los primeros llegan hacia la primera semana de marzo, y la migración alcanza su máximo durante la última semana del mismo mes. Algunos pocos se quedan a criar en diversos lugares de la vecindad, pero la mayoría sigue hacia el norte y cría en colonias. En mayo de 1879 visité una de éstas en el Coto de Doñana, con el Príncipe Imperial Rodolfo, y trepé y cogí varios nidos.



Nido de milano negro en un alcornoque

En cierta ocasión vi no menos de veintidós de estas aves congregadas sobre un banco de barro de la marisma tostado por el sol, entre los cerros de arena y los pinares. Era hacia el final de mayo, el suelo estaba duro como el hierro y la hierba quemada por el sol. Así y todo, estas aves parecían estar comiendo algo, posiblemente pequeños saltamontes. Cuando todas se espantaron produjeron un agudo y trémulo grito, y arrancaron a volar.



Nido y huevos de milano negro.

Ambos milanos, real y negro, anidan, a menudo, en árboles comparativamente pequeños. He encontrado varios nidos instalados en alcornoques a 20 ó 30 pies del suelo (6 ó 9 metros). Parecen preferir, siempre que sea posible, utilizar el nido abandonado de alguna otra ave en lugar de tener que ocuparse de construir el suyo propio.

Así, éstos de los alcornoques eran invariablemente viejos nidos de águila culebrera que yo había visto ocupados por estas aves en años anteriores. Los nidos en los quejigos eran similares a los del águila calzada, y la mayoría de los que estaban en pinos, aunque no todos, eran viejos nidos de cuervo. El nido que se muestra en la foto de la página precedente está en un alcornoque a unos 30 pies del suelo (6 metros) y fue construido originalmente por un par de águilas culebreras. La pronunciada curva que tiene la rama en la que está colocado el nido proporciona alguna protección contra el merodeador casual pero ninguna contra el experto trepador.

Como es bien conocido, los milanos son muy adictos a forrar sus nidos con trozos de trapo y papel, y con todo tipo de curiosos y abandonados desperdicios. El milano negro parece poseer esta peculiar manía hasta un elevado grado, y algunos nidos que he visitado han estado literalmente festoneados con tales basuras. El clásico ejemplo de ello me fue narrado por Lord Lilford en 1876. Allá por 1870 visitó un nido de milano negro en un paraje remoto y encontró en su interior, entre otras cosas, un fragmento de un periódico español en el que se anunciaba el asesinato del desafortunado General Prim.

Yo no he llegado a encontrar algo tan interesante en un nido de milano. En una ocasión encontré un delicado pañuelo de batista que debía haber sido traído desde muy lejos, ya que los habitantes de la sierra no incurren en tales lujos. En este nido de la foto de la página anterior había muchos trapos de colores, incluida una pieza de brocado que estaba extendida, como se puede ver, al lado de los huevos.

EL AZOR (*Accipiter gentilis*)

En los más recónditos parajes de los grandes alcornocales de Andalucía vive el azor a lo largo de todo el año, pero debido a sus hábitos salvajes y ocultos, escapa normalmente a la observación. Así, aunque sé de algunos que han criado regularmente en la misma zona desde 1871, cuando el Coronel Irby encontró el nido por primera vez, aún no he visto en una sola ocasión a estos accipíteres de alas cortas, excepto cuando he levantado al adulto del nido. Sería difícil proporcionar una mejor evidencia de sus costumbres inaccesibles. El nido de 1871 estaba en un aliso, sólo a 15 pies (4,5 metros) del suelo, o mejor del agua, ya que era en mitad de la casi impenetrable jungla que cubre los profundos sotos o marjales en las regiones de bosque. Veinte años después los azores aún criaban en la misma localidad, si no en el mismo árbol, y la última vez que visité el lugar, en 1903, aún estaban allí. Entretanto el emplazamiento original del nido había sido abandonado por el trabajo de aclarado y drenado del soto. Los alisos habían sido talados y los azores se habían refugiado en un álamo cubierto de yedra donde había un viejo nido de águila calzada a unos 40 pies (12 metros) del suelo. Me resultaba imposible trepar en aquel momento y por ello delegué con pena el trabajo en un oficial naval, quien tomó tres huevos del nido. Era el 2 de mayo y estaban algo incubados, de un color amarillo y marrón claro, como un huevo de somormujo, exactamente como los descritos por el Coronel Irby en el nido que tomó del mismo lugar treinta y dos años antes. Desde 1902 ha continuado el trabajo de aclarado del monte y los azores se han visto obligados a buscar otros cuarteles.

En abril de 1906, cuando caminaba a través de una zona muy espesamente cubierta del alcornocal, dentro de una milla (1,5 kilómetros) de distancia del viejo emplazamiento de cría, levanté un ave grande de un nido, cerca de la copa de un quejigo cubierto de yedra. Un amigo que estaba conmigo trepó y

descubrió 2 huevos que sospeché eran de azor, ya que los describió como de un tinte azulado. Yo estaba de lo más ansioso por coger algunos huevos de azor con mis propias manos, de acuerdo con la norma que me he impuesto a lo largo de mi vida y en cuanto a lo que respecta a mi propia colección de huevos, pero no tenía sentido tocar éstos a no ser que pudiera identificar el ave con seguridad.

Por tanto tras alejarnos del lugar durante algunas horas, como para dar suficiente tiempo al ave adulta para volver y echarse, me aproximé de nuevo despacio y la levanté. Debido sin embargo al denso follaje, que formaba una bóveda continua por encima, era imposible decir con seguridad si se trataba de un águila calzada, un azor o alguna otra rapaz grande. Así pues, me escondí con cuidado bajo una mata de zarza en un lugar desde donde podía dominar la vista del nido, y esperé pacientemente hasta casi la puesta del sol, pero el ave nunca volvió.

Dos días más tarde volví a visitar el lugar, de nuevo levanté el ave del nido, y una vez más me fue imposible identificarla. Aquello se estaba convirtiendo en una broma debido a la ansiedad que yo tenía por identificar los huevos. No quería matar al ave, ésta es una panacea para todas las dudas ornitológicas que ha conducido a la innecesaria matanza de tantas aves raras, ni tampoco me sentía en disposición de trampearla, ya que ello podía significar algunas molestas escaladas para las cuales no me sentía suficientemente fuerte. Por eso hice lo que tenía que haber hecho antes, recurrir a una estratagema. Mis varios intentos fútiles de identificar el ave me habían enseñado que cuando abandonaba el nido, invariablemente, seguía el mismo curso, marcando su camino velozmente entre las copas de los árboles de alrededor. Siguiendo esta trayectoria, pronto alcancé un claro abierto, y de una vez por todas, advertí que ésta debía ser la ruta que tomaba siempre cuando huía tapado con los árboles.

Al día siguiente volví al bosque y, describiendo un amplio rodeo, llegué al claro a un cuarto de milla del nido, y me desplacé cautelosamente hasta que pude dominar el punto desde donde preveía que podía aparecer el ave tras dejar el nido. Escondiéndome entre las matas a menos de 200 yardas (182 metros) de este punto, envié a mi español dando un rodeo con instrucciones de acercarse al nido por el lado opuesto, haciendo suficiente ruido como para inducir al ave a deslizarse fuera de él tranquilamente. Media hora había pasado cuando oí la voz de mi hombre cantando para sí una de esos extravagantes ritmos conocidos como *malagueñas*, según tenía por costumbre cuando estaba solo, y en el instante siguiente una gran ave emergió repentinamente del bosque, de entre las copas de los árboles frente a mí, en el punto exacto donde yo estaba mirando. Tras alcanzar el claro, descendió hasta unos 2 pies escasos (0,60 metros) sobre el suelo y vino rasante derecha hacia mí. Inmediatamente me levanté y nos encontramos literalmente cara a cara. ¡Una inconfundible hembra de azor! Tan cerca estábamos que podía ver cada una de las marcas en su profusamente barreada pechuga, mientras que su cola desplegada corrigió su vuelo y, girando violentamente, se marchó a la derecha, entre el bosque fuera de mi vista. La identificación fue absoluta. Por tanto, dirigiéndome hacia el nido trepé hasta él, con no poca dificultad, y tomé los huevos, en número de tres, pues había puesto otro desde mi visita tres días antes. Pero cualquier intento de fotografiar el nido o los huevos estaba condenado a fracasar.

Hacía un día precioso con una brisa fresca y toda la parte superior del árbol se estaba meciendo al viento. Además, la bóveda de hojas verdes que había por encima del nido se movía a cada racha de viento, proyectando una sombra variable sobre los huevos que era diferente a cada instante. Mi cámara Kodak era de una sola velocidad y estaba claro que no había esperanza de éxito en tales condiciones adversas. Ni yo lo conseguí.

Descendiendo, intenté obtener al menos una foto del árbol y del nido desde abajo. Esto resultó igualmente complicado ya que el árbol estaba en una zona muy densa y sombría, y rodeado por otros cubiertos con sarmientos de vid silvestre y zarzaparrilla que, agitándose al viento, impedían la vista desde cada lado. El nido estaba casi oculto por la yedra de debajo y no resultaba visible a través del visor de la cámara.

Mi experiencia de muchos nidos en posiciones similares me ha mostrado la inutilidad de intentar fotografiarlos, ya que con independencia de cómo de claras puedan estar las fotos, el objetivo aparece en una escala tan pequeña que lo convierte en algo de interés muy secundario.

EL GAVILÁN (*Accipiter nisus*)

Esta tan conocida especie británica resulta algo escasa en el suroeste de Andalucía, a pesar de la gran cantidad de bosques y terrenos asequibles a sus costumbres que allí existen.

Imagino, sin embargo, que es más común de lo que se supone ya que en mis recorridos por las zonas boscosas, encuentro alguno repetidamente. El primer nido que encontré fue el 8 de mayo de 1878 y estaba colocado sobre un quejigo muy alto cubierto de yedra. Contenía tres huevos bellamente coloreados que tengo en mi colección.

Tres años antes, las águilas calzadas habían ocupado este mismo nido. El árbol resultaba prácticamente inescalable sin cuerdas debido a su gran tamaño. Gracias sin embargo a la masa de yedra que lo envolvía, me fue posible superar esta dificultad y llegar a un punto donde la anchura del árbol me permitía trepar normalmente. Con los recuerdos de esta escalada aún frescos en mi memoria, yo avisaría a todos los que intentan trepar grandes árboles con la ayuda de tallos de yedra que sean extremadamente

cuidadosos en la medida en que confíen en ellos para sujetarse, ya que son muy traicioneros y a menudo ocurre que estos tallos, aparentemente fuertes y sanos, se tronchan como una zanahoria cuando se someten a un esfuerzo.



CAPÍTULO III

EL ÁGUILA CALZADA (*Aquila pennata*) Y EL ÁGUILA CULEBRERA (*Circaetus gallicus*)

EL ÁGUILA CALZADA - Costumbres de cría - Aguiluchos - Una madre indignante - Criando aguiluchos - Su mal carácter - Una dura lucha - "Operaciones de guerra" - Volando águilas "al señuelo" - Un águila en el agua. EL ÁGUILA CULEBRERA - Notable brillantez del iris - Reptiles despertados por la inundación - Costumbres de cría del águila culebrera - Un aguilucho en el suelo - Un modelo fácil - Uso de una catapulta - Fotografía difícil - Un aguilucho eclosionando - Fotografiando aguiluchos - Captura de un águila - Amansando un águila adulta.

EL ÁGUILA CALZADA (*Aquila pennata*)



Esta es ya una de las tres especies de águilas del sur de Europa que crían en árboles y que se encuentra en abundancia en los alcornocales y pinares de Andalucía. Es una preciosa y pequeña ave, de tamaño muy poco mayor que una hembra de halcón peregrino, pero en cuanto a forma y plumaje es cabalmente un águila. Debe su nombre de calzada a las plumas pardo amarillentas que le crecen con profusión cubriendo el tarso hasta el pie. Se trata de un visitante estival, esencialmente, que llega desde África hacia finales de marzo, anidando un mes después y volviendo de nuevo al sur en septiembre.



Águila calzada (*Aquila pennata*)

Considerando el gran número de ellas que cría en los grandes alcornoques es notable lo comparativamente poco que se la ve en vuelo, aunque durante los meses de verano su grito se puede oír, a intervalos, a lo largo del día.



Nido de águila calzada en una encina.

Con frecuencia anida en algún árbol cubierto de yedra, preferiblemente un quejigo, pero otras veces en un alcornoque. El nido es pequeño y frecuentemente difícil de ver debido a la yedra. Un emplazamiento favorito es la horquilla de una rama cerca del tronco, difiriendo así del águila culebrera que habitualmente construye su nido bien alejado, al extremo de una rama. Las águilas calzadas ponen a veces en los viejos nidos del águila culebrera.

Normalmente eligen un árbol que proporcione un buen asentamiento para el nido, a 30 ó 40 pies (9 ó 12 metros) del suelo, y parecen tener una particular predilección por los árboles que crecen cerca de la cima de una ladera pendiente. A veces se establecen en lugares más bajos, así el nido que se muestra en la foto de la página anterior estaba emplazado en la horquilla de un quejigo, a no más de 15 pies (4,5 metros) del suelo, sin embargo, estaba cerca del tope de un escarpado risco, de 60 pies (18 metros) de alto.

Todavía no he visto un nido de águila calzada hasta el que no pudiera trepar. En unos pocos casos se necesitaba una cuerda para sobrepasar la parte baja del tronco, mientras que en otros casos, esto se podía resolver trepando por una rama colgante.

La foto que se muestra en la página 93 para ilustrar la subida a un árbol de esta manera, es de uno que ha sido utilizado durante años por águilas calzadas, y aún lo siguen ocupando.

Todos los nidos que he visitado, y son muchos, han estado hechos con ramas de encina que tenían las hojas secas y estaban forrados abundantemente con hojas verdes. El cuidado que dedican estas águilas a proveer de abundante recubrimiento interno a sus nidos se muestra claramente en la fotografía de la página siguiente, tomada cuando fue puesto el primer huevo, donde las hojas que formaban el forro habían sido cortadas recientemente. Ponen de uno a tres huevos, del mismo tamaño y forma que los de una gallina inglesa.

Probablemente dos sea el número más habitual de la puesta, y pasan varios días entre la puesta del primero y del segundo huevo. Las calzadas son bastante irregulares en cuanto a la fecha de cría, así he encontrado un nido con huevos frescos tempranamente en el 12 de abril y otros mucho más tardíos el 25 de mayo.



Huevo de águila calzada.

También he encontrado un nido con un pollo de sólo 2 ó 3 días el 27 de junio, y otro conteniendo dos pollos totalmente crecidos, seguramente de seis semanas, el 1 de julio, sólo cuatro días más tarde, dentro de la misma temporada.

Yo tuve por vez primera conocimiento del águila calzada en mayo de 1875, cuando encontré una pareja criando en un árbol muy alto cubierto de yedra en los alcornocales, cerca de Gibraltar. Los sucesores de esta pareja aún crían en un árbol similar a sólo unos pocos cientos de yardas del árbol original, que fue cortado hace muchos años.

Los pollos comienzan a echar los cañones al final de su tercera semana de vida, así el que vi el 27 de junio que he mencionado antes tenía los cañones asomando el 17 de julio. En esta visita, el adulto, que había abandonado el nido conforme yo trepaba, se volvió cuando llegué al mismo, y vino a posarse en una rama a menos de 30 pies (9 metros) de donde yo estaba. Allí se quedó con todas sus plumas levantadas y las alas abiertas gritando con fuerza durante todo el tiempo que estuve en el nido. Esta es la única ocasión en que he visto un águila adulta montar, incluso, un espectáculo para proteger a su cría.

Cuando un águila calzada está echada en su nido y es espantada efectúa un extraordinario descenso en picado al abandonarlo, a veces casi tocando el suelo, antes de enderezarse hacia arriba y alejarse volando. No me cabe duda de que es esta costumbre la que induce a estas aves a seleccionar para lugar de cría árboles que crecen en las laderas de cerros empinados, que proporcionan la facilidad adecuada para esta clase de huida. Es curioso lo fácil que resulta errar el tiro de una de estas águilas cuando realiza este descenso; de ello he presenciado repetidos ejemplos. Las calzadas se capturan fácilmente en el nido, ya que una vez espantadas vuelven muy pronto al mismo. Las he capturado así con objeto de examinarlas e identificarlas y luego las he soltado sin hacerles daño. Su alimentación favorita consiste en jóvenes conejos, lagartos y culebras. Sus huevos están a veces

pintados con el tinte de las hojas frescas que forman el recubrimiento interno del nido.

El color general de los adultos es oscuro por encima y leonado amarillo claro por debajo; los jóvenes en su primer plumaje son normalmente mucho más rojizos, pero algunos son tan claros como los adultos.

He criado jóvenes cogidos en nido en varias ocasiones y con éxito completo. En el año 1879 tuve tres, dos de un nido y un tercero de un segundo nido. Los cogí justo antes de que empezaran a volar y, consecuentemente, no tuve problemas en criarlos. Pronto se hicieron muy mansos y tomaban la comida de la mano pero, unas pocas semanas más tarde, desarrollaron la verdaderamente aquilina característica de amilanarse.

Previamente les había colocado pihuelas en sus patas y los había asegurado con un tornillo y una correa a sus maderos, y además los había acostumbrado a ser llevados en el puño, al estilo de los cetreros. A todo esto se sometieron sin inconvenientes pero a la hora de la comida vinieron los problemas. Mientras que permaneciera cerca de ellos, incluso teniendo la comida delante, se negaban a mirarla. Las cosas fueron a más y en cierto modo llegamos a una competición de aguante entre nosotros en cuanto a qué postura sería la que prevalecería. En vano los dejé sin comer varios días esperando así reducirlos a la sumisión. Por su parte, se dieron cuenta de que me cansaba de estar observándolos, y aquí estaban en lo cierto, ya que mi tiempo era de un valor peculiar en este período de mi vida. Yo estaba realizando estudios para el Staff College. Era el momento en que acababa de disponer una silla a la sombra de mi refugio de forma que podía estudiar "Las Operaciones de Guerra de Hamley" y mantener un ojo vigilando el recalcitrante trío al mismo tiempo. Esto los cansó poco a poco y, finalmente, un día después de una hora o más de estudio distraído con un ojo en la Campaña de Jena y otro en los tres rebeldes, oí un aleteo y, primero uno y luego los otros, se precipitaron sobre los trozos de conejo que tenían enfrente y,

agarrándolos, inmediatamente se volvieron de espalda y extendieron sus alas y colas como para ocultar su debilidad a mi vista. Mi victoria fue sólo a medias pues cuando intentaba observarlos comiendo se revolvían como siempre para enseñarme sus espaldas. Hecho esto bajaban sus cabezas y proyectando las alas cerradas hacia delante ocultaban completamente su comida. Yo seguía sentado y al cabo del tiempo alguno de ellos asentaba su plumaje y desgarraba salvajemente su alimento, pero el más mínimo movimiento por mi parte daba lugar a que volviera una vez más a su posición de bóveda animada, a base de desplegar sus plumas y permanecer inmóvil. Recuerdo que en este período crítico del adiestramiento de las águilas, de acuerdo con Hamley "Soult estaba en Gera", pero de ninguna manera tengo conciencia de lo que ocurrió luego, aunque puedo recordar con claridad cada movimiento de las águilas.

Lentamente, pero con firmeza, obtuve el liderazgo sobre ellos y al final no sólo comían en mi presencia sino que además acudían hasta mí por alimento y volaban hasta mi mano enguantada que sujetaba un tentador "señuelo" de cetrería. Finalmente, adquirí tanta confianza en ellos que me arriesgué a soltar a dos en los Llanos de Europa y volarlos al señuelo. Esto lo hice con éxito completo y aunque fue un trabajo angustioso, teniendo en cuenta lo peculiar del lugar, estoy convencido por su comportamiento de que los podría haber volado sobre conejos sin mayores problemas.

Durante mi viaje a Inglaterra a bordo del buque de la P & O "Lombardy" en el siguiente noviembre, perdí una de estas aves de la manera más trágica. La había atado en cubierta una tarde, al respaldo de una claraboya, y durante mi ausencia temporal un entrometido pasajero intentando desenredar la correa que había quedado enredada ¡la dejó escapar! Incluso así el águila sólo se movió unos cuantos pies a través de la cubierta. Justo en ese momento volvía yo y estaba a punto de coger el ave cuando otro indescriptible pasajero corrió hacia él. Por supuesto que se

levantó y voló sobre la borda. Estábamos frente a Cabo Finisterre en aquel momento y navegando a unos once nudos, con el viento dos puntos en nuestro arco de estribor. La pobre ave, tras volar a sotavento durante un par de cientos de yardas (180 metros), giró y se dirigió al barco. Pero no acostumbrada a volar y con el peso de la larga correa y el tornillo, no podía adelantarnos y tras seguir en nuestra estela durante un tiempo, descendió gradualmente más y más, hasta que apenas esquivaba las crestas de las sucesivas olas. En cierto momento se hundió en las fauces del mar, justo a nuestra popa. Fue una escena de lo más lastimosa y estuve a punto de seguirla por encima de la borda. Desafortunadamente estaba demasiado disgustado como para informar del asunto a nuestro buen Capitán Wyatt quién, tan pronto como se enteró de la catástrofe, ofreció arriar un bote para intentar recoger el ave. Era ya demasiado tarde. Incluso después del tiempo que ha pasado resulta muy doloroso escribir acerca de esta infortunada escena.

EL ÁGUILA CULEBRERA (*Circaetus gallicus*)

Entre las varias especies que crían en árboles y se encuentran en Andalucía, la que sigue en cuanto a tamaño a la gran águila imperial ibérica es el águila culebrera, conocida también como águila de dedos cortos. Es un ave elegante y fácilmente reconocible en vuelo debido a su pechuga y partes inferiores de las alas muy claras, por lo cual es llamada en Francia con el nombre de *Jean-le-blanc*. En España se conoce como culebrera o cazadora de culebras. El dibujo del comienzo de este capítulo es de un águila culebrera que observé un día a muy corta distancia.

Está ampliamente distribuida por todo el centro y sur de Europa, donde quiera que existan grandes bosques, llegando al sur de España en gran número durante marzo y volviendo hacia el sur en septiembre. De acuerdo con mis propias observaciones

unas pocas aves se quedan la mayor parte de muchos inviernos en los claros resguardados de los alcornocales, en el suroeste de Andalucía, pero la gran mayoría emigra, sin duda hacia el sur, tan pronto como el tiempo otoñal obliga a los reptiles sobre los que depreda a retirarse a sus refugios. Es un ave perezosa en vuelo, salvo cuando se dedica a buscar alimento volando en círculos altos; y se parece mucho a los ratoneros tanto por lo suave de su plumaje como cuando se espanta y vuela. En varias ocasiones, cuando estaba cazando con el Calpe Hunt en los alcornocales durante los meses de invierno, he visto levantarse de mala gana a una de estas grandes aves al pasar algún jinete cerca del árbol donde estaba posada, y aletear lentamente hasta otro árbol, quizás solo a 150 yardas (140 metros) más adelante, que sería de nuevo abandonado cuando se espantara otra vez, para buscar otra percha no muy lejos. Lo más sorprendente de esta especie es, sin duda, el gran tamaño y el fuerte color amarillo de su iris que es casi igual al del búho real por su brillantez. La mirada resentida en los grandes y relucientes ojos de un águila culebrera herida es algo difícil de olvidar.

Algunas aves son muy grandes, yo he visto una hembra que medía casi 30 pulgadas (76 centímetros) y cuya envergadura de alas era de más de 6 pies (1,80 metros), aun así este ave pesaba menos de 4 libras (1,80 kilos), una buena prueba de la ligereza de su plumaje, lo que da lugar a que parezca tan voluminosa de aspecto. Se puede distinguir de otras grandes rapaces, fácilmente y en todo momento, por sus largos y desnudos tarsos. La especie mereció el nombre de águila de dedos cortos, por el cual se le conoció durante un tiempo, por sus notablemente pequeños pies. Ambos, pies y tarso desnudos, están bien adaptados para atrapar y sujetar los resbaladizos reptiles sobre los que depreda. Su presa favorita es el gran lagarto ocelado, así como toda clase de culebras y, como queda dicho, los movimientos migratorios de esta especie, así como los de toda una hueste de aves rapaces que buscan su presa entre la numerosa vida reptiliana del sur de

España, están muy influenciados por las costumbres de las culebras, que a su vez están influenciadas por las estaciones y por el tiempo.

Viviendo como yo, de otoño a primavera y durante inviernos sucesivos en Andalucía, se pueden observar muchas de las costumbres de los grandes reptiles. Como norma, tanto los grandes lagartos como las culebras se ven raramente durante el invierno, pero una inesperada lluvia torrencial y la consecuente inundación de las zonas bajas los hace reaparecer de pronto. Así, durante el muy húmedo invierno de 1907-8 observé en diciembre, diariamente, grandes lagartos ocelados, no ya de un verde metálico con manchas azules como en los meses de primavera y verano, sino de un apagado marrón sucio, y a menudo manchados de barro, una prueba clara tanto del hecho de que habían sido sacados de sus refugios por la afluencia de agua, como del efecto que la ausencia de luz solar tiene sobre el matiz de estos tan vivamente coloreados reptiles.

En un 28 de diciembre, y mientras estaba agachado a la espera de los ánsares en un promontorio entre las aguas de una laguna que estaba creciendo, vi varios grandes lagartos y culebras tomando el sol en la parte respaldada y soleada de los lentiscos. Se encontraban en un estado semiletárgico. Pero yo quedé particularmente sorprendido por el instinto innato de autoconservación que, ante esas inesperadas condiciones, los inducía a elegir lugares donde una rama pendiente o una liana colgante de zarzaparrilla les ofrecía protección frente al repentino ataque de un águila, ratonero o aguilucho. Con la vuelta de la primavera y el despertar general de la vida reptil, innumerables aves rapaces fluyen desde el continente africano siendo su paso, bien sea en solitario o en pequeños grupos, casi continuado durante días siempre que el viento resulte favorable, lo que hace a uno pensar dónde pueden encontrar suficiente alimento tantas aves.

El nido de un águila culebrera es notablemente pequeño para un ave tan grande. Como todas las rapaces, cuando las condiciones son favorables ocupan la misma zona año tras año, pero a diferencia de las demás, y debido a los peculiares emplazamientos que elige, no puede confiar con contar con los restos del nido del año anterior sobre los que construir el nuevo. La gran mayoría de los nidos que he visitado, probablemente más del 90 por ciento, han sido emplazados bien afuera sobre una rama horizontal o incluso colgante de un alcornoque, y es evidente que nidos en tales situaciones están particularmente expuestos a ser destruidos por los vendavales del invierno.



Nido de águila culebrera sobre la copa de un alcornoque.

Cuando ocurre esto, las águilas bien lo construyen de nuevo en el mismo lugar, o bien eligen algún árbol cercano, ya que parece que ningún tipo de amenaza o interferencia les hace abandonar una particular localidad que hayan seleccionado como su área de cría. Hasta tal extremo llevan las águilas culebreras esta costumbre de anidar en la extremidad de una rama que me he visto obligado a asegurarme con una cuerda antes de deslizarme a lo largo de la delgada rama que soportaba el nido. A veces, los nidos colocados en tales posiciones se llegan a desprender y caen al suelo. Yo conocí un caso así en 1906, cuando un nido colocado en el extremo de una rama pendiente de alcornoque se deslizó gradualmente a través de las ramas pequeñas que lo sujetaban. Mientras el ave adulta estaba echada, el desastre se posponía, aunque era bastante obvio que el nido podía caer en cualquier momento.

Cumplida la incubación el pollo rompió el cascarón y al aumentar su peso a medida que crecía la tensión aumentó demasiado. Un día ocurrió lo inevitable, de forma que nido y pollo fueron al suelo. La altura no era grande, unos 12 o 15 pies (3 ó 4 metros), y no sufrió daño alguno y los adultos continuaron alimentando a su pollo en el suelo sobre los restos del nido, entre las matas de jara. La culebrera es una especie que esencialmente anida en árboles, tan solo una vez he encontrado un nido en un acantilado y estaba entre las ramas de un madroño que crecía de una grieta en la cara del cortado. El Coronel Irby, sin embargo, encontró una vez un nido en Marruecos en una mata de lentisco, con su base tocando prácticamente el suelo. Una y otra vez he encontrado nidos altos en la horquilla de un gran árbol, bien a salvo de cualquier molestia, excepto de aquella del gremio de los inveterados buscadores de nidos que declinan admitir que exista un árbol imposible si se cuenta con tiempo y los medios necesarios.

Cada uno de los nidos que he visitado ha sido construido exactamente de la misma forma, con la base de palos y ramitas y

algunas hojas secas, forrado con ramas verdes recién cortadas de alcornoque o encina. Algunos de los nidos recién contruidos son poco más que una pequeña plataforma de palitos de menos de 18 pulgadas (45 centímetros) de ancha, con una suave depresión en el centro. Los nidos viejos que han sido reparados son a veces del doble de este tamaño y ocultan al ave adulta cuando está echada sobre el huevo o pollo. Cuando un nido es suficientemente amplio como para impedir al ave ver la aproximación de cualquier intruso, aguantará a veces muchísimo, y he visto aves que se negaban a abandonar el nido a pesar de golpear repetidamente el tronco, quizás a menos de 20 pies (6 metros) por debajo. A veces nada parece desalojarlos excepto un palo o piedra que golpee el mismo nido. Secundariamente, esto me lleva a señalar que en el caso de todas las aves que crían en árboles nada resulta tan efectivo para asegurar si un nido está o no ocupado como una catapulta cargada de canicas o guijarros. Por este procedimiento he descubierto los secretos de azores, gabilanes, cornejas, búhos, milanos y otras innumerables especies.

El huevo (sólo uno) lo ponen, de acuerdo con mis notas, normalmente entre el 26 de marzo y el 16 de abril y es, invariablemente, blanco puro y muy redondo de forma. Hay dos tipos de huevos, unos con un granulado basto en su superficie y otros muy lisos. Algunos huevos son considerablemente más redondeados que otros. El mayor que he cogido medía 2,85 por 2,4 pulgadas (7 x 6 centímetros) y el más pequeño 2,8 por 2,25 pulgadas (7 x 5 centímetros). Es interesante mencionar que aunque esta especie sólo pone un huevo en Marruecos, España y Francia y en cualquier otra parte de Europa, en la India, de acuerdo con Alan Hume, normalmente pone dos huevos.

Debido a la costumbre de anidar al extremo exterior de las ramas pocos huevos de otras especies resultan más difíciles de fotografiar. Además de la difícil y frecuentemente insegura posición del fotógrafo, hay casi invariablemente algún movimiento del árbol por el peso extra que soporta y por el

viento. De aquí que, por norma, ningún tipo de exposición resulta posible. A estos inconvenientes hay que añadir que, por alguna razón inescrutable, las culebreras son muy partidarias de construir el nido en el lado oeste del árbol. Esta es mi propia experiencia. Por supuesto, el resultado es que, en nueve de cada diez casos, el sol se refleja en las lentes. Los casos desesperados requieren remedios desesperados y, a veces, me he visto obligado a enfocar



Nido y huevo de águila culebrera.

mi cámara a 18 pulgadas (45 centímetros) de distancia y sujetarla en el lado opuesto del nido, pero mirando hacia mí, para dejar al sol por detrás y tomar así la exposición. Puesto que, evidentemente, es imposible mirar por el objetivo en tal situación, hay un delicioso elemento de incertidumbre. Algunas veces se ha conseguido un notable éxito, como se puede ver en la foto del huevo representada al final de este capítulo.



Huevo de águila culebrera.

La foto de la página anterior es de un nido cerca de la copa de un diminuto alcornoque que me permitió obtener una buena vista del mismo desde una rama adyacente.

Yo cogí mi primer huevo de esta especie en compañía del Coronel Irby en 1877. Subiendo al nido oí un tenue piído y me di cuenta de que procedía del huevo que estaba eclosionado. Como la hembra había sido abatida tomé el huevo solo para descubrir a nuestra llegada a casa, al anochecer, que el pollo había salido durante nuestra cabalgada de vuelta.

Pocas águilas son más fieles a una particular localidad que ésta. Año tras año anidará en uno de los tres o cuatro sitios que utiliza en rotación, todos ellos muy cercanos entre sí. Si un árbol es talado elegirá otro cercano y construirá un nuevo nido. A pesar de su aparente abundancia nunca he sabido de más de una pareja ocupando el mismo valle boscoso, aunque no muestran objeción a los milanos negros o reales que crían en su vecindad.



Pollo de águila culebrera con una semana de vida.

Los huevos se manchan pronto tras ser puestos, con las hojas verdes del nido y también con la sangre de los reptiles.

Resulta corriente encontrar los restos de una culebra o un lagarto en el nido de un ave incubando.

Los pollos recién salidos del cascarón no son mucho más que una bola de plumón blanco con ojos y pico muy oscuros. El aguilucho que se muestra en la página anterior fue fotografiado el 10 de mayo, cuando tenía justo una semana.

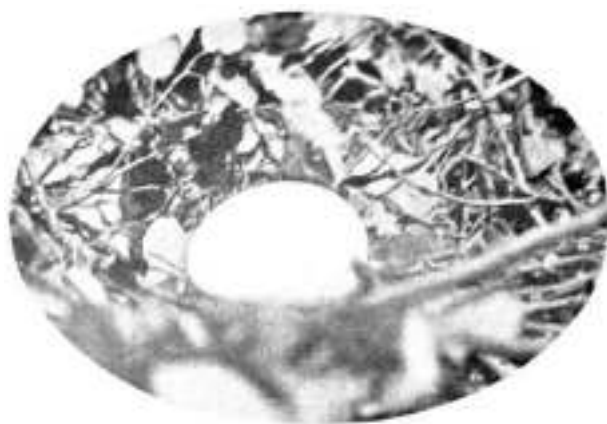
Como ocurre a menudo, el nido estaba en un alcornoque que se estaba balanceando con el viento. Después de tomar la primera foto, aparentemente sin haber sido visto, me agaché fuera de la vista del pollo y preparé la cámara para otro intento. Colocándola en el borde del nido, me incorporé suavemente esperando no alarmar al pequeño, pero había detectado mi presencia y se volvió hacia mi furioso.



Pollo de águila culebrera asustado al ser fotografiado.

Resultaba cómico ver tanta cólera e indignación concentradas en menos de 4 pulgadas (10 centímetros) de plumón blanco.

En cautividad esta especie se hace pronto mansa y tratable, incluso cuando se captura de adulto. El 6 de abril de 1879, cuando cabalgaba a través de un claro en un alcornocal donde estas aves crían todos los años, se vino una hembra volando en círculos sobre mí, gritando agudamente, como suelen hacer cuando alguien se acerca a su nido. Aquel día no pude hacer nada, pero luego encontré el nido a unas 300 yardas (273 metros) del lugar donde ella había mostrado su alarma. Contenía un huevo algo incubado. Lo reemplacé por un huevo de gallina y la capturé con trampa al volver al nido diez minutos más tarde. Era un ave preciosa, y una vez asegurada echándole encima mi chaqueta la até en su interior con mi faja y cabalgué hacia casa. El macho adulto, que evidentemente había presenciado mi nefasto proceder desde lejos, me siguió por el alcornocal y fuera de él, por el llano que había detrás durante más de dos millas (3 kilómetros), volando en círculos por encima y gritando quejumbrosamente de vez en cuando. Mi pájaro se adaptó pronto a su confinamiento, y en menos de tres semanas la podía llevar al estilo de los halconeros, sin problemas. Precisamente regalé este ave al Príncipe Rodolfo, quien se la llevó con él en su yate, el Miramar. Lo último que oí acerca de él, unos años después, es que estaba viva y bien.



CAPÍTULO IV

EL ÁGUILA IMPERIAL IBÉRICA (*Aquila adalberti*)

La más grande de las águilas que crían en árboles - Formas de identificación a distancia - Comparación con el águila real - Cambios sorprendentes del plumaje - Un nido en un marjal - Belicosidad de las águilas - Nido en un álamo negro - Un interludio torero - Toros de "maneras suaves" y lo opuesto - Huevos bellamente coloreados - Trampeo de un águila, una huida afortunada - Alimentación del águila - Costumbres - El "Águila Negra" - Un trofeo del Regimiento.



Una de esas curiosas anomalías con las que uno se encuentra constantemente, en lo que se refiere a las costumbres de las aves salvajes, consiste en que en el sur de España, donde abundan grandes roquedos que ofrecen lugares seguros para criar, de las cinco especies de águilas que viven allí sólo dos anidan en las rocas, mientras que las otras tres crían en los árboles. Y no sólo eso sino que, además, estas lo hacen frecuentemente en árboles extremadamente pequeños, en algunos casos a solo 15 pies (4.5 metros) del suelo.

La mayor y más importante de entre estas especies que crían en los árboles es la bella águila de hombros blancos o como también se la llama, águila imperial ibérica, representante occidental del águila imperial (*Aquila heliaca*) del este de Europa. Esta ave, en su forma, vuelo, aspecto general y costumbres, se parece mucho al águila real.



Águila imperial ibérica (*Aquila adalberti*)

Es, sin embargo, más ligera y menos corpulenta, y en cierta medida menor, excepto en el caso de individuos muy jóvenes es fácilmente reconocible por sus hombros blancos, de aquí el nombre.

En vuelo a distancia o alta por encima requiere un ojo rápido para ser identificada y, personalmente, nunca quedo satisfecho cuando observo un ave volando en círculos, hasta que la veo girar y mostrar su espalda y las supracobertoras alares, cuando los hombros blancos, si es que los tiene, delatan sin duda a la especie.

En general, en el sur de España el águila real se circunscribe a las sierras más altas donde busca sus presas en las laderas abiertas con árboles escasos y repartidos, mientras que el águila imperial frecuenta las tierras bajas, y se la ve, normalmente, volando en círculos sobre las llanuras y marjales, o volando a lo largo de los cerros cubiertos de monte bajo adyacentes a ellos. Pero no hay una regla fija y segura sobre el particular, pues yo he encontrado nidos de águila imperial en recónditos valles boscosos a mayor altura que los de águila real situados en cortados de la misma zona.

A pesar del parecido de las dos especies en vuelo, el águila real es notablemente más corpulenta, especialmente en cuanto a patas, pies y garras. Así, una hembra puede tener una garra en el dedo posterior, medida a lo largo de la curva de 2,75 pulgadas (7 centímetros), mientras que la del águila imperial es de 2 pulgadas (5 centímetros). Asimismo, la garra del dedo más interior del águila real es de 2,5 pulgadas (6 centímetros), mientras que en el águila imperial es de sólo de 1,75 pulgadas (4,5 centímetros).

Esta ave experimenta cambios sorprendentes en su plumaje. Durante el primer año, o incluso los dos primeros, es de un color uniforme rojizo leonado, luego sigue un estado intermedio cuando el leonado se mancha de negro y, finalmente, el plumaje de adulto, de un rico marrón oscuro, tan oscuro que parece negro en vuelo. Durante mucho tiempo estas aves

inmaduras leonadas, se tenían por ejemplares de águila rapaz (*Aquila rapax*), una especie más pequeña cuyo hábitat es África, y fue el Coronel Irby quien por vez primera notó el error. Aparentemente, solo adquieren los hombros blancos al tercer año pero, como ocurre con algunas otras rapaces, estas aves se emparejan y crían a veces con plumaje inmaduro. El Dr. Stark comprobó esto en 1876, y he oído mencionar otros casos desde entonces. En su plumaje perfecto de adulto algunas aves son intensamente negras, y de aquí que la especie sea ampliamente conocida entre la población del sur de España como "*águila negra*". He visto aves adultas que bajo ciertas condiciones de luz parecían tan negras y casi tan brillantes como un cuervo.

La primera vez que observé esta especie fue de una forma curiosa e inesperada. En el mes de mayo de 1875 y en compañía de Fergusson estaba buscando en un marjal, entre unas manchas de eneas, nidos de buscarla unicolor (*Locustella luscinioides*) cuando alcanzamos a ver un gran nido emplazado en un aliso grande, a cierta distancia en el marjal. Yendo hacia él vimos que estaba rodeado por una apretada jungla de alisos, sauces y mimbres, todos ellos tan espesos y entrelazados por rosales trepadores y enredaderas que resultaban casi impenetrables. Bajo los árboles el fango blando y negro llegaba hasta la rodilla, y en algunos lugares había charcas profundas que cruzábamos pisando a lo largo de las nudosas raíces de los alisos, agarrándonos de vez en cuando a algunas ramas de árboles jóvenes. Estaba claro que las águilas se sentían seguras en tan espesa mancha. Mientras nos esforzábamos por abrirnos paso a través de este laberinto de plantas acuáticas se nos unieron dos españoles que estaban ocupados en la captura de sanguijuelas, y con su ayuda abrimos un sendero por la jungla hasta el árbol. Al acercarnos al nido, que estaba a menos de 20 pies (6 metros) del agua, se levantó un águila imperial que estaba echada en él, quedándose de pie sobre el mismo. Yo no había visto antes a corta distancia ningún águila viva de ninguna especie y, lamento decir, que le pegué un tiro. El

dibujo reproducido al comienzo de este capítulo del nido. en el aliso seco. corresponde a uno que hice en aquel momento en mi cuaderno de notas. Treinta y tres años han pasado desde que cometí este cruel asesinato, y todo lo que puedo decir en descargo de ello es que a pesar de las muchas oportunidades que he tenido desde entonces, nunca he vuelto a matar un águila imperial.

Tras subir al nido no fue fácil mirar dentro de él, ya que sobresalía por todos lados en la copa del aliso. Finalmente lo conseguí y encontré que contenía un solo huevo blanco, más pequeño que el de un aguilucho lagunero. Este, cuando lo vacié, no tenía yema, y además presentaba una delgadez y rugosidad anormales en la cáscara. Puesto que el adulto estaba echado sobre él, no tengo duda de que el nido había sido despojado de huevos o pollos anteriormente y que este huevo anormal había sido dejado o puesto con posterioridad.

El nido era un enorme montón de grandes palos y ramas, y estaba curiosamente forrado con pelo de cabra, lana de cordero y plumas, algo que me llamó la atención, y que imaginé concordaba con las costumbres de esta especie. El adulto, una hembra, estaba con el plumaje marrón oscuro uniforme -no el negro- y medía 34 pulgadas (86 centímetros) de longitud, con una envergadura de alas de 80 pulgadas (2 metros) y un peso de 8 libras (3,6 kilos).

Dos años más tarde me dijo el Coronel Irby que había visitado este mismo nido en 1873 y había observado una pareja de buitres negros reparándolo y forrándolo a finales de febrero. El Coronel Irby me dijo, además, que en 1874, el año antes de mi visita, un par de águilas imperiales había ocupado este nido y lo había recubierto con ramas verdes, de acuerdo con su costumbre habitual; el nido entonces, no tenía huevos.

La razón de ello la supimos por nuestro acompañante español, Juan Palo, un famoso y viejo cazador local bien conocido por sucesivos grupos de cazadores de La Roca entre 1869 y 1879. Nos dijo cómo ese mismo año había tomado tres huevos de este nido, y que uno de ellos era anormalmente

pequeño y se parecía al huevo sin yema que nosotros habíamos encontrado. Desde 1875 he visitado muchos nidos de águila imperial y todos, sin excepción, estaban forrados con ramas verdes de alcornoque o acebuche. De aquí que me imagino yo que el nido que encontramos había sido reparado y forrado por cigüeñas.

Las águilas criaron en el mismo árbol en el marjal en 1876 y en varias ocasiones las vi planeando sobre los llanos cerca de allí. Luego, en el verano, el viejo aliso y la mayor parte de la mancha fueron destruidos por un gran fuego y por ello las águilas fueron a ocupar un viejo nido de cigüeñas en un gran árbol a menos de media milla (800 metros) de su viejo refugio. El 23 de febrero de 1877, cuando estábamos cazando agachadizas, visité este lugar. El árbol crecía al borde de un arroyo y muy cerca de un vado que usaban mucho los campesinos que cuidaban los rebaños por allí. Era un lugar de los que no suelen elegir las águilas, pero sin duda confiaban en la naturaleza inaccesible del árbol. Este, un bonito álamo negro con ramas muy abiertas, no tenía ramas en unos 12 ó 15 pies (3,5 - 4,5 metros), y resultaba casi demasiado ancho para abrazarlo, con una circunferencia a 5 pies (1,5 metros) del suelo de más de 70 pulgadas (1,75 metros). De alguna forma conseguí obtener un asidero en la corteza, y tras una deslizante trepa alcancé la rama más baja, después de lo cual mi ascensión fue bastante más fácil. Al llegar al gran nido encontré, como anteriormente, alguna dificultad en remontar el borde, ya que estaba proyectado hacia afuera como la cubierta de un barco de vela. Estaba recién forrado con ramas verdes pero sin huevos. Puesto que yo tenía que volver a La Roca al día siguiente, di instrucciones solemnes a mi subalterno, Juan Palo, para que volviera más tarde. Aunque así lo hizo fue incapaz de subir al árbol o encontrar a alguien que lo hiciera.

Mi descenso de este árbol estuvo marcado por un ridículo incidente que no podía tener lugar en otro país más que en España. Acababa de deslizarme hasta el suelo por el gran tronco y

estaba recogiendo la escopeta que había dejado apoyada en un arbusto antes de subir, cuando fui sorprendido por el frenético alarido de un español y, mirando alrededor, vi un toro joven -de dos años con cuernos cortos pero afilados- que se dirigía hacia mí. Cuando me percaté de él, venía por la vereda que llevaba al vado, a menos de diez yardas (9 metros) de mí y seguido de cerca por un vaquero a caballo provisto de la usual lanza larga o *garrocha*, que hacía lo que podía en su intento de volver al eral antes de que alcanzara el vado. Di un salto hacia el árbol y a pesar de su tamaño conseguí de alguna forma agarrarme a unos 6 pies (1,80 metros) del suelo, pero no pude hacer más, ni siguiera volver la cabeza. Allí me abracé, como un gato acosado por un perro, incapaz de ningún esfuerzo más. El toro me pasó muy cerca por debajo, a toda prisa salpicando barro y agua a todo alrededor, y al llegar a terreno abierto, a unas 30 yardas (27 metros) más allá, dio la vuelta y se vino hacia mí. Cuando su perseguidor emergió del matorral que bordeaba el arroyo, el joven salvaje hizo una valiente embestida sobre él. Pero fue vuelto fácilmente por la aguda punta de acero de la *garrocha*, que lo hirió en el lugar adecuado, arriba en la espalda, tras lo cual se fue galopando perseguido por el caballista. Estas escenas tienen lugar corrientemente en las zonas más agrestes de Andalucía, donde es costumbre mantener a los jóvenes toros en piaras hasta que tienen los 3 años. De vez en cuando los propietarios inspeccionan con cuidado estas piaras y los subdividen con diversos fines. En tales ocasiones los vaqueros juegan un importante papel, montados y provistos de sus largas lanzas. Durante el proceso de "sacar" algún joven toro en particular de mitad de la piara, no es infrecuente que vaya lejos y tenga que ser perseguido y vuelto, y esto es lo que ocurrió el día que visité el nido del águila, que uno de estos rebeldes se vino hacia mí.

En aquella época una famosa piara de toros, una ganadería de lidia conocida como de "*la viuda de Varela*" ocupaba esta zona, y tras varias aventuras y huidas aprendimos a regular

nuestros movimientos y correrías en busca de nidos sin molestar a los toros más viejos, que en solitario resultan peligrosos. Hoy día los toros destinados a la Plaza no se mantienen ya en piaras por esta zona, y su lugar ha sido ocupado por animales más pacíficos, cortésmente descritos como *mansos*, en contraposición a sus parientes más formidables llamados *bravos*. Pero me siento obligado a decir que este término no es más que relativo y, por mi profundo conocimiento, a veces bastante profundo. Acerca de las costumbres de los toros españoles en las regiones más remotas del país yo recomendaría encarecidamente a cualquier inglés que se encuentre con uno de ellos que le haga un amplio cerco. Encontrándome tan a menudo entre estos animales he aprendido suficientemente cómo conducirme sin molestarlos. Pero debe adoptarse como un axioma que es mejor no acercarse a ningún toro, no importa cómo de "apacible" pueda ser, si se va a pie. Hay algo en la forma de vestir y la voz de un inglés que irrita al ganado español; esto, unido a la peculiarmente inglesa costumbre de detenerse y señalar con el dedo a cualquier objeto de interés se supone que altera la ecuanimidad del toro más *manso*. Un magnifico toro de siete años, viejo amigo y vecino mío, que toleraba todas estas familiaridades y que se suponía que era absolutamente *manso*, fue sin embargo incapaz de tolerar la impertinencia de ser fotografiado a 25 pies (8 metros). ¡Afortunadamente había una tapia no muy lejos!

Pero debo volver a mi árbol, donde me había quedado trepando. Al bajar de tan incómodo posadero, fui a recoger mi arma y ¡no estaba! No podía dar crédito a mis ojos, ya que un minuto antes la había visto apoyada en el arbusto. Puesto que estaba claro que ni el hombre ni el toro la habían cogido, supuse que de una forma u otra había debido caer al arroyo. Había una poza profunda cerca del tronco del árbol y, metiéndome en ella con agua casi hasta la cintura, palpando con los pies, pisé algo duro que resultó ser la escopeta. Era evidente que el toro, al pasar corriendo a mi lado, había "enganchado" habilidosamente el arma

con su cuerno. Afortunadamente estaba muy ocupado como para prestarme su atención. Mis compañeros de caza que habían estado almorzando en un lugar a salvo a 100 yardas (90 metros) del árbol y que habían tenido una vista completa de la exhibición que tan inesperadamente yo les había suministrado, se me unieron entonces y estaban de lo más divertidos, bastante más que yo, dado mi estado y el de mi escopeta.

A primeros de febrero de 1878 vi esta misma pareja de águilas imperiales construyendo un gran nido en otro pequeño aliso en el gran marjal, no lejos del primer nido que he descrito. De este último fueron tomados tres huevos, espléndidamente manchados, un cuatro estaba roto desafortunadamente. Como norma general los huevos de esta especie son, en general, blancos con unas pocas tenues marcas rojizas. Pero en no menos de tres ocasiones he conseguido huevos bellamente manchados, ricamente sombreados de púrpura y salpicados de marrón rojizo. En tamaño son, por norma, más pequeños que los del águila real. El mayor de los que yo he cogido medía 2,9 por 2,3 pulgadas (7,30 por 5,80 centímetros). Igualmente se pueden encontrar algunos huevos de águila real más pequeños que los más grandes de águila imperial.

Al enseñarle mis puestas coloreadas de huevos de águila imperial al difunto Mr. Henry Seebohm se quedó tan convencido por el tamaño y las manchas de que debían ser de águila real, que me insistió una y otra vez en que debían ser identificados como tales. Puesto que como queda aquí descrito, yo estaba bien convencido de la identidad de las águilas y de todas las circunstancias, naturalmente me mostré resulto a no hacerlo. Se trata de un buen ejemplo de los peligros que rodean a cualquier intento de identificar huevos por su tamaño y colorido, lo que ha hecho que desde entonces dude de las colecciones que han sido reorganizadas por tales expertos. En 1879 estas águilas criaron en el gran árbol de 1877 y de allí obtuve dos huevos finamente coloreados que luego di al difunto Príncipe Rodolfo.

Hace ahora unos treinta años desde que molesté por última vez a estas águilas. Durante este tiempo el profundo cenagal que servía como hábitat regular para la buscarla unicolor y otras aves de costumbres similares ha sido drenado, la densa espesura aclarada y toda la zona resulta mucho más frecuentada. Las águilas, sin embargo, han permanecido fieles a la localidad y, de vez en cuando, las he visto planeando por allí. En 1907 pasé un día en el lugar y me alegró mucho comprobar que aún estaban criando en la vecindad.

Expondré ahora mis experiencias acerca de otra pareja de estas grandiosas aves que según mi cuenta ha criado en los alcornoques de una de las grandes gargantas de la sierra durante treinta y cinco años. Las vi por primera vez en 1875, pero pasaron cinco años antes de que cogiera sus huevos, un par de ellos elegantemente coloreados, en marzo de 1880. Pasaron catorce años antes de que volviera de nuevo a este mismo valle, y allí estaban fijas las águilas, criando pacíficamente en un alcornoque a menos de 30 pies (9 metros) del suelo. Este nido era el mayor que yo había visto, medía 8 pies y 6 pulgadas por 5 pies (2,5 metros por 1,5 metros) y era, evidentemente, el resultado de muchos años de trabajo, con la parte más nueva y habitada construida en el borde de un nido anterior que se había deslizado de su posición original, de aquí su forma elíptica. Estaba forrado con gran cantidad de ramas recién cortadas de alcornoque y contenía dos huevos apenas manchados, de hecho de coloración normal. En aquel momento yo quería un ejemplar vivo de esta especie, por lo que habiendo reemplazado los huevos por un par de huevos de gallina, armé mi trampa -un cepo circular sin dientes y con las mandíbulas cubiertas de cuero de gamuza- en el lugar por donde el águila entraba al nido. De acuerdo con mi costumbre la trampa estaba asegurada por 30 yardas (27 metros) de una cuerda fuerte a una rama muerta que yacía en el suelo bajo el árbol. Me oculté en un brezo alto a unas 300 yardas (270 metros) y esperé acontecimientos. El águila hembra volvió muy

pronto, y posándose en el borde del nido, caminó a su interior. Un segundo más tarde se levantó, y por un momento imaginé que había visto la trampa y se había espantado. Sin embargo no fue así, ya que tras volar unas 25 yardas (23 metros) comenzó a aletear pesadamente y perdiendo su equilibrio cayó hacia abajo. Corriendo hacia el lugar la encontré colgando a unos 6 pies del suelo (1,80 metros) y cogida por una garra en la trampa. Conforme me acercaba intenté quitarme el abrigo para echárselo encima pero, dando un traspié, me caí aparatosamente de cabeza entre las rocas y el brezo. Cuando me recuperé y levanté la vista ¡se había escapado!

Aparentemente mi aproximación la hizo desplegar un esfuerzo supremo por soltarse, y se soltó y se marchó ilesa. Aunque en aquel momento yo estaba muy decepcionado, desde entonces nunca he dejado de estar contento de que se me escapara. De hecho ahora no puedo imaginar cómo pude haber



Nido de águila imperial en una encina.

intentado tal acto de crueldad atrapando un ave adulta acostumbrada desde su nacimiento a vagar por aquel glorioso paraje.

Este águila estaba en su plumaje habitual de adulto, marrón muy oscuro por todas partes excepto en la nuca, los hombros blancos y la cola profusamente barreada de grises y marrones. Su compañero, al que yo observaba continuamente posado en una cima rocosa cerca del nido, era sin embargo de una negrura brillante.

La pareja frecuente, todavía, la misma región y los he visto ocupando cuatro emplazamientos alternativos, todos en el mismo valle y todos en alcornoques, variando en altura de 15 a 30 pies (4,5 metros a 9 metros). Sólo los he molestado una vez desde 1894, cuando el nido contenía 3 huevos de color blanco sucio, muy manchados de amarillo (que deduzco era de las hojas verdes de alcornoque) y con muy pocas tenues marcas rojas. Uno de estos huevos había sido perforado por las agudas garras del águila, algo no del todo infrecuente con los huevos de aves rapaces.

Su alimento favorito consiste en liebres y conejos, aunque también capturan perdices y otras aves. En un nido encontré una avefría, mientras que el Dr. Stark encontró un nido que contenía los restos de no menos de siete conejos, tres perdices y una cigüeñuela. Cuando he estado acechando a los gansos y patos, durante los meses de invierno, los he visto constantemente cazando sobre las lagunas y las tierras encharcadas adyacentes, pero nunca he tenido la buena suerte de verlas perseguir o capturar algún ave acuática, aunque su presencia parece infundir siempre terror entre los grandes bandos de silbones y cercetas obligándolos a levantarse y posarse de nuevo con gran estruendo de alas.

Siendo esencialmente aves de las llanuras, son muy propensas a posarse en la cima de los cerros suaves que bordean los marjales, donde permanecen inmóviles por un tiempo

indefinido antes de continuar volando en círculos en las alturas. En noviembre pasado, cuando cabalgaba a través de unos cerros para tirar agachadizas, vi una en tal situación, y parecía tan intensamente negra a la luz del sol, que hasta que saqué mis prismáticos imaginé que se trataba de un cuervo. Por curiosidad intenté ver cuánto me podía acercar siguiendo la vieja estratagema de los exploradores de pretender no haberla visto mientras estaba al descubierto y, una vez oculto por un relieve del terreno, galopar derecho al lugar. El truco tuvo éxito, y tan completamente engañada estaba esta esquiva ave, que cabalgué hasta unas 30 yardas (27 metros) de ella antes de que me viera. Estaba soplando un medio vendaval en aquel momento y el águila, al tener que levantarse pico a viento, se vino aleteando a menos de 15 yardas (13 metros) de mí. Fue realmente una grandiosa vista la de aquella espléndida ave luchando así con los elementos a tan corta distancia. A la luz del sol, el dorado pálido del cuello y nevada blancura de los hombros formaban un notable contraste con el fuerte marrón oscuro de la espalda y las alas. No es de extrañar, por tanto, que todos los españoles la conozcan por el nombre de *águila negra*.

En las sierras, el águila real, que también parece oscura en vuelo, es conocida por este nombre, mientras que en las regiones donde se encuentran ambas especies, el añadido de los árboles y de las rocas describe bien sus hábitos y, una y otra vez, he encontrado nativos que estaban tan familiarizados con las dos especies como para llamarlas *águila imperial* y *águila real*.

Como naturalista me ha chocado a menudo cómo cada nación es propensa a apellidar a aves y animales con los términos rojo, negro o blanco, independientemente de su verdadera coloración. No hay duda de que tales descripciones derivan de meras expresiones heráldicas que son paralelas en nuestra lengua a los Leones Rojos, Blancos o Negros de nuestras casas nobles. Todo el mundo ha oído hablar de las Órdenes Prusianas del Águila Negra y Roja, y de la dificultad que cierta gente tiene para

eludir una u otra de estas distinciones, que de acuerdo con la crónica es sólo igualada por la de escapar a la muerte. Pero en algunas partes de Europa la existencia de un águila negra real, no simplemente un águila que bajo cierta luz y en ciertas condiciones de plumaje tenga una apariencia negra, es para muchos un artículo de fe. En ninguna otra parte es esto más implícitamente aceptado que entre las clases de cierto regimiento de nuestro Ejército, que fue condecorado con el escudo distintivo de un "águila negra" de fama heráldica como reconocimiento a sus servicios.

Hace muchos años estaba una vez cenando en este regimiento y tuve la mala suerte de que me preguntaran si alguna vez había encontrado en mis correrías ornitológicas la famosa Águila Negra. Me vi obligado a decir "No" y añadí suavemente que ni siquiera había averiguado qué ave había dado lugar al título heráldico. Los oficiales se apresuraron a asegurarme que el águila negra era una especie bastante bien conocida aunque extremadamente rara que solo podía encontrarse en una remota región de los Cárpatos, y que su difunto coronel se había tomado muchas molestias y gastos por obtener un ejemplar para donarlo al regimiento. Pronto apareció el sargento de servicio trayendo una caja tallada y barnizada en la que había un tapiz de raso bordado con los "Honores" del cuerpo y, en el centro, la más imponente ave negra montada al estilo heráldico, con las alas abiertas a ambos lados de la cabeza y con patas y pies en la posición habitual. Verdaderamente era negra como la tinta, de hecho había mucho más de negro que de águila en todo ello. Basta decir que el astuto proveedor de esta extraña y hasta ahora no descrita especie había obedecido la perentoria orden del coronel de suministrarle un Águila Negra a toda costa y sin dilación, acoplando artísticamente un par de alas, patas y pies de cuervo a la cabeza de un horrible alimoche que había teñido de negro como el carbón. No había posible escapatoria.

Algunas de las más conspicuas e inequívocas características externas de las águilas son sus orificios nasales ovales, sus patas emplumadas y sus largas y poderosas garras, pero aquí estaba el horrible alimoche, tan bien conocido por todos los viajeros del Este, mostrando desafiante su peculiarmente alargado pico, con una fosa nasal estrecha y larga, mientras que su triste compañero en el engaño, el negro cuervo, exhibía desvergonzadamente sus desnudas brillantes patas negras y las cortas y romas garras.

A veces me pregunto hasta dónde llegaría en los Cárpatos el habilidoso proveedor de esta especie única.



CAPÍTULO V

EL BUITRE NEGRO (*Aegypius monachus*)

La mayor de las rapaces que crían en árboles - Un rececho difícil - Tamaño y peso - Buscando el nido - Expedición a Castilla La Vieja - Grandes pinares - Una búsqueda prolongada - Hallazgo de un nido - Un árbol difícil - Un rechazo - Doroteo, el hombre del bosque - Vuelta al ataque - Subida al árbol - Magnífico trabajo con la cuerda - Hallazgo de un segundo nido - Una subida interesante - Descripción del nido y huevos - Fotografía con una cámara de mano de "foco fijo" - En lo alto del árbol - Cómo se obtuvo la distancia - Encuentro del tercer nido - Árbol de 130 pies (40 metros) de altura - Vuelo de cometa para llegar a los nidos - El arma para lanzar cuerda del Capitán D'Arcy - Un paseo a caballo por el pinar - Los Siete Picos - Puerto de Guadarrama.



Esta majestuosa ave es quizás el mejor ejemplo de las paradojas que tan a menudo encuentran los estudiosos de las aves salvajes en sus hábitats. La creencia popular de que todos los grandes buitres europeos se establecen en cortados para la época de cría queda claramente desacreditada en el caso del buitre negro. Aunque la mayoría de los buitres cría ciertamente en roquedos, el buitre negro, por lo general, se establece en árboles. En las zonas elegidas por la especie, como los grandes pinares del centro de España, normalmente selecciona algún árbol alto sobre el que levanta una gran acumulación de palos y ramas.



Buitre negro (*Aegypius monachus*)

Pero si no hay grandes árboles se establece en otros más pequeños, y yo mismo he visto uno en un aliso achaparrado a menos de 20 pies (6 metros) del suelo, y he oído de la excelente autoridad del Dr. Stark, de otro nido en un pequeño alcornoque a aproximadamente la misma altura. El buitre negro, bien sea por la naturaleza de su plumaje tan oscuro o por su aspecto general, siempre da la impresión de pertenecer a una clase superior a la del buitre leonado. Su cabeza, aunque sin plumas, está cubierta de un espeso plumón marrón oscuro, que combinado con su oscura gorguera, produce la impresión de llevar una capucha de fraile, de aquí su nombre de *monachus*. El resultado es que parece menos repulsivo que *Gyps fulvus*. Pertenece a la familia de los buitres verdaderos, mientras que el leonado es simplemente un lejano pariente de estas augustas aves. Aun así no se puede negar que en hábitos y costumbres no hay nada atractivo entre ellos. De hecho, los leonados en la zona sur de la Península y los buitres negros, que se encuentran en mayor número en el centro de España, desempeñan idénticas labores en las faenas necrófagas de las regiones que ocupan respectivamente.

La primera vez que vi un buitre negro iba cabalgando a través de la gran llanura de la Janda en un día de otoño, y observé una bandada de leonados alrededor de un caballo muerto, entre ellos vi lo que imaginé que era un cuervo. Conforme me acercaba surgió una gresca entre las grandes aves que se retiraron por los alrededores, mientras que mi supuesto cuervo se quedó en posesión del cadáver y, entonces, vi que se trataba de un buitre negro. Tirando de las riendas observé a los leonados que se acercaban a su lado y, cada vez que molestaban al ave negra solitaria está arremetía contra ellos y los apartaba. Llegué lo suficientemente cerca como para ver el plumaje negro y el gran tamaño del ave en contraste con las dos docenas o así de leonados que la rodeaban, antes de que todos ellos levantasen el vuelo.

En aquel momento yo ignoraba la existencia de la especie, ya que resulta rara de ver en el suroeste de Andalucía. Desde

entonces, de vez en cuando la he encontrado en esta región, pero hasta lo que sé hay sólo una o a lo sumo dos parejas que se aventuran a introducirse más allá de lo que es universalmente admitido por las bien reguladas leyes de la sociedad de los buitres como el feudo de *Gyps fulvus*.

Dos años después de esta mi primera visión del buitre negro estaba cazando patos en la orilla de un río cuando vi un gran ave negra en la llanura abierta, a unos cientos de yardas de distancia. La llanura era completamente plana, había sido arada recientemente y resultaba claramente imposible encontrar alguna cobertura que me ayudara a acercarme hasta la distancia de tiro. Tras observar agachado al ave por un tiempo me percaté de que estaba pico a viento y parecía atento a algún objeto frente a él. Se me ocurrió la idea de que posiblemente fuera capaz de acercarme desde detrás y, así, volví mis pasos a lo largo del río hasta que llegué a un punto exactamente por debajo de viento de la gran ave, y a unas 300 ó 400 yardas (275 ó 365 metros) de ella. Arrastrándome comencé mi largo y agotador rececho, siempre con un ojo puesto en el ave, y cuando volvía la cabeza, lo que hacía a intervalos, me quedaba boca abajo esperando acontecimientos. Finalmente, llegué a unas 40 yardas (35 metros) antes de que detectara mi presencia, y cuando se levantó, le tiré los dos tiros con plomo del nº 4. Por casualidad le alcancé un tendón en una de sus grandes alas, ya que cayó, y tras golpear el suelo se recobró y empezó a aletear a través del campo arado. Entonces siguió un raro acoso en el que yo la perseguía disparándole de vez en cuando sin resultado. Finalmente, se detuvo y se volvió, haciendo un valiente intento de carga cuando me acerqué. Era una hembra inmensa, marrón oscuro por encima, con marrón más fuerte en sus alas, siendo las grandes primarias y las plumas de la cola de marrón negro. Pesó 18 libras (8,15 kilos) con 45 pulgadas (1,14 metros) de longitud, con una envergadura de alas que casi alcanzaba los 9 pies (2,73 metros). Desollé y preparé esta ave, y ahora la tengo disecada en mi casa. Iba deprisa

cuando le disparé, por tanto, su aparente letargo no se debía a una reciente y abundante comida como se haya podido imaginar. El que me permitiera acercarse a distancia de tiro se puede atribuir mejor al hecho de que estaba soplando un vendaval de poniente, y el ave se había posado para descansar en medio del llano y no presentaba peligro. Fue el primer y último buitre negro al que yo he disparado.

En España el buitre negro siempre da la impresión de ser más grande que el leonado y, según mi experiencia es siempre un ave mayor, de varias pulgadas más largo y de más amplia envergadura de alas. Por otra parte, de acuerdo con el Coronel Irby y otros, en la India los leonados son de una raza mayor que los de España, mientras que los buitres negros son del mismo tamaño que los que se encuentran en Europa.

Allan Hume, en sus "Notas sobre las Aves de la India" es uno de los escasos autores ornitólogos que ha recogido los tamaños y pesos de las aves que ha descrito. Yo recomendaría el estudio de este libro a todos los cazadores o naturalistas que estén interesados en el peso y tamaño de las aves.

Hume da el peso de los buitres negros de la India entre 12 y 20 libras (5,43 y 9 kilos), con 14 libras (6,34 kilos) de media; ésta es muy parecida a la de las aves españolas. No obstante se ha constatado que en España han sido cobrados ejemplares "*pesando entre 2 a 3 stones*" (entre 12,6 y 19 kilos), pero en justicia hay que admitir que el peso así dado era simplemente "estimado". La envergadura de alas va de 8 a 9 pies (2,4 a 2,7 m.). Hume midió una gran hembra con más de 9 pies y 10 pulgadas (casi 2,8 m.).

El término "negro", aunque bastante apropiado para las aves en su medio, proviene sin duda de los ejemplares que se ven en los museos. Los jóvenes son muy oscuros, tanto a veces como para parecer a cierta distancia tan oscuros como cuervos. Conforme alcanzan la madurez, gradualmente se vuelven más claros, hasta que los ejemplares muy viejos son bastante marrón ceniza claro, especialmente en los hombros y escapulares.

Visitar un nido de buitre negro fue para mí durante muchos años uno de mis mayores deseos. Hacia la primavera de 1875 encontré uno abandonado. Este nido fue destruido por un gran fuego, como queda descrito en el último capítulo. Al año siguiente los buitres negros, por tanto, se mudaron a un pequeño alcornoque en la vecina sierra.

Después de aquello, de vez en cuando encontraba una de las aves, bien posada en el llano o bien en un alcornoque acompañada de alimoches, y tan sólo una vez en una peña en las remotas sierras. Pero no podía localizar el nido. Hasta que me resultó evidente que, si yo trataba de obtener con mis propias manos el huevo de esta especie, debería buscarlo en las regiones españolas donde era más abundante. Y como luego probaron los acontecimientos, resultó afortunado que lo hiciera así.

Fue en la primavera de 1899, estando sirviendo en Personal, cuando conseguí obtener dos semanas de permiso por "asuntos propios muy urgentes" y me surgió la cuestión de cómo mejor emplear el precioso tiempo que tenía a mi disposición. Tras mucho consultar con el Coronel Irby y el Dr. Stark, y de consultar las referencias de las notas de Lord Lilford, llegué a la conclusión de que mi mejor oportunidad era dirigirme directamente a Castilla La Vieja, donde en las laderas montañosas cubiertas de pinos se sabía que criaba el buitre negro. No había tiempo que perder viajando en vapores costeros, y habiéndome asegurado compañía partí a través del Canal, vía París e Irún, hacia Segovia.

La extensa cadena montañosa conocida como Sierra de Guadarrama, que corre a este y oeste a treinta millas (48 kilómetros) al norte de Madrid, era el escenario de nuestras operaciones. Las estribaciones más bajas, especialmente las de la vertiente norte, están cubiertas de amplios bosques de pino que se extienden por muchas millas cuadradas. En la época de nuestra visita había todavía mucha nieve por toda la cadena montañosa, pero el tiempo era buenísimo y el sol no demasiado fuerte; de hecho, el clima a una altura de 3.000 a 5.000 pies (900 a 1.500

metros) por encima del nivel de mar, la altura habitual de nuestras exploraciones, era de lo más perfecto posible.

Los bosques que exploramos son propiedad de la Corona y están cuidadosamente guardados y administrados por un cuerpo regular de guardas forestales. Van vestidos con un uniforme muy elegante, marrón oscuro con vueltas escarlata y botones plateados, con sombreros de ala ancha adornados con la escarapela de plata de la Familia Real. Van todos montados y llevan una carabina de pequeño calibre en una funda en la parte de atrás de sus monturas, y en la parte de delante llevan una pesada hacha de leñador, usada para señalar árboles.

Los métodos forestales en estas regiones son bastante simples y, como la mayoría de los procedimientos españoles, están basados en dejar a la Naturaleza hacer lo más posible del trabajo. Conforme crecen los pinos, las ramas más bajas son cortadas a unas 6 pulgadas (15 centímetros) o 1 pie (30 centímetros) del tronco, con el resultado de que se encuentran miles de pinos de todos los tamaños con troncos de magnífica fortaleza y limpios de ramas.

Puesto que los buitres prefieren los árboles más grandes y, generalmente, aquéllos difíciles de trepar que tienen troncos altos sin ramas, tarde o temprano llega el día en que aparece el leñador y coloca la fatal "señal" de algún orgulloso monarca del bosque en el tronco que por muchísimos años había proporcionado un cobijo seguro a las grandes aves rapaces. Y así, año tras año, los emplazamientos de nido más viejos y favoritos del buitre negro son destruidos, y las aves se ven forzadas a buscar nuevos emplazamientos en otros parajes.

Habiendo establecido nuestro cuartel bien alto en la sierra, a algunas millas de Segovia, comenzamos a trabajar para aprovechar al máximo el tiempo de que disponíamos -solo una semana- antes de volver hacia el norte. Una mañana temprano de abril, salimos a caballo con nuestro guía local (un leñador), en busca del codiciado nido. Habíamos tenido ya varios fracasos al

haber explorado sin éxito varias zonas del bosque adyacente a nuestro cuartel durante tres días. Tras seguir la carretera principal un par de millas, torcimos a la derecha por una pequeña aldea. Luego entramos en el matorral de roble que cubre el somonte en esta zona. Era una mañana deliciosa, fresca y fría, aunque el sol, ya a las 9 a.m. pegaba fuerte en nuestras espaldas.

Tras subir unos 1.200 pies (365 metros) entramos en el pinar. Este, como la mayoría de los bosques de esta naturaleza, tiene muy poco sotobosque; de aquí que se pueda mover uno en todas las direcciones, salvo donde la pendiente del terreno o algún afloramiento de roca o canchal procedente de un risco superior, hacen necesario dar un rodeo.

La pronunciada ausencia de toda clase de vida en estos grandes bosques es muy notable, y debe impresionar incluso al menos observador. Las únicas pequeñas aves que se veían eran el pinzón y el carbonero común. De vez en cuando, el agudo grito del águila imperial o el quejumbroso reclamo del ratonero o el milano, rompían el silencio. Una y otra vez se podía ver un corzo observándonos desde lejos antes de que saltara y desapareciera silenciosamente entre el laberinto de grandes pinos.

Tras seguir una vereda durante varias millas llegamos a un valle donde los guardas, o guardabosques reales, habían citado buitres negros criando en años anteriores. Entonces nos abrimos dejando unas 200 yardas (180 metros) entre nosotros y cabalgamos en silencio a través del bosque, examinando cuidadosamente las copas de los árboles más grandes en busca de nidos.

La suerte nos favoreció pronto ya que, de repente, nuestro leñador, que cabalgaba en el centro entre nosotros para indicar la dirección de nuestra avanzada, produjo la señal previamente acordada y, uniéndonos a él, encontramos que había desmontado al pie de una gran conífera, una de las mayores en aquella zona del bosque. Tenía más de 100 pies (30 metros) de altura y en la copa había un inmenso nido de palos. Una ojeada nos indicó que

era un nido ocupado, ya que mostraba inequívocas señales de reparaciones y añadidos, bien conocidos para los expertos en las costumbres de las grandes aves de presa. Pero la siguiente pregunta -no fácil de contestar- era si estaba simplemente reparado para el uso o si contenía ya el tan deseado huevo, puesto que los buitres negros, como los leonados, solo ponen un huevo.

Habiendo atado los caballos y subido la pendiente ladera, hasta que el gran nido estuvo muy poco por encima de nuestro nivel, procedimos a hacer una cuidadosa inspección del mismo. Mi compañero, que llevaba un potente telescopio binocular, dijo que podía ver "algo amarillo" en el nido, que parecía moverse cuando se golpeaba fuertemente el tronco con un hacha. Estaba claro que lo amarillo no podía ser otra cosa que la parte superior de la cabeza de un buitre negro. Unos cuantos golpes más del hacha provocaron la alarma del ave que, levantándose sobre el nido, abrió las alas y se alejó volando. Hasta ahora nuestra búsqueda había resultado fructuosa ya que quedaba claro que el nido estaba ocupado. Lo siguiente era cómo llegar hasta él.

El árbol tenía unos 8 pies (2,45 metros) de circunferencia a la altura de un hombre y disminuía imperceptiblemente. Ninguna rama consistente rompía la superficie del tronco en más de 60 pies (18 metros) pero, a un poco más de la mitad de esa distancia, los tocones podridos de las ramas salían unas cuantas pulgadas del tronco a diversos intervalos. Eran tan pequeños, y estaban aparentemente tan podridos, que no les prestamos atención y concentramos todas nuestras energías en conseguir lanzar una cuerda fina sobre la rama sana más baja. Tras una hora de intentos infructuosos en que nuestros lanzamientos más fuertes alcanzaron apenas dos terceras partes de altura, me vi obligado a abandonar el intento y darme por vencido, lo que esto significó para un empedernido ornitólogo acostumbrado durante más de treinta años a alcanzar y coger cualquier nido que quisiera, no se puede describir con palabras. Mientras estábamos ocupados en estos esfuerzos inútiles el buitre adulto volvió varias veces y pasó

sobre el nido por encima de nosotros a menos de 50 yardas (45 metros).

Sabiendo que los leñadores estaban acostumbrados a trepar a los árboles cuando se dedicaban a talar las ramas bajas, rogué a nuestro guía que encontrara uno que pudiera escalar el gran pino que hasta entonces había hecho inútiles nuestros esfuerzos. Esto, sin embargo, no sirvió para nada, ya que declaró enfáticamente que ningún hombre podría escalar tal árbol. Mi protesta fue inútil, y mi promesa de que si al menos pudiera encontrar a alguien que lanzara la cuerda yo mismo subiría con gusto, fue recibida con la respuesta de que si yo hacía tal locura, me mataría con toda seguridad, y que no quería tomar parte en tal asunto. Nuestro camino de vuelta de aquella noche es una de las cosas que a uno le gustaría olvidar. Me había embarcado en un viaje de unas 2.000 millas (3.200 kilómetros) con el propósito de conseguir el huevo del buitre negro y aquí me encontraba en la desdichada situación de que, habiendo encontrado el nido y visto el ave, sabiendo que el nido contenía el objeto de mis deseos, había sido derrotado por un desgraciado pino. Las horribles dudas acerca de si era realmente un árbol imposible de escalar, persistirían en seguir apareciendo en mi mente.



Buitre negro abandonando el nido.

Como una perdida esperanza, a mi vuelta a la aldea aquella noche, circulé la noticia de que buscaba un hombre que pudiera escalar un *pino* que tenía la reputación de ser inaccesible, y que había una recompensa disponible para el que pudiera hacerlo. Tras una noche insoporable, durante la cual los sueños de árboles imposibles con ramas podridas y de cuerdas inadecuadas que a intervalos me llevaban a situaciones terribles, hicieron casi insufrible cualquier intento de dormir, me levanté al amanecer y preparé cacao para mí y mi compañero.

Mientras estaba haciendo los preparativos, me sorprendió agradablemente el recibir la visita de nuestro guía del día anterior, que decía que había encontrado un hombre ¡que podía trepar cualquier árbol en el pinar! Nos fue presentado el tal individuo, de rostro duro y de aspecto bien constituido y de cualquier edad entre 25 y 50 años. Me dijo que era leñador y había estado dedicado a la tala de los pinos desde que era niño. Su nombre era Doroteo. A mi ansiosa pregunta de si sería capaz de pasar una cuerda sobre la rama del árbol del buitre, me dio la muy española respuesta de “*Puede ser*”. La aún más agravante respuesta nacional a mi pregunta de si podría trepar el árbol (que por cierto decía conocer bien) fue “*¿Qué sé yo?. Veremos*”.



Doroteo superando los 40 pies (12 metros) de altura.

Llegados al escenario de las operaciones del día anterior enfoqué mi cámara al nido mientras Doroteo hacía resonar el bosque con golpes de su hacha sobre el gran árbol. Pronto se espantó el buitre adulto, lanzándose desde el borde del nido, mientras mi cámara recogía el momento.

Y entonces comenzó una demostración cuya habilidad, temple, osadía y disponibilidad de recursos, nunca he visto superadas. Tomando unos 100 pies (30 metros) de mi cuerda alpina de 1y1/2 pulgadas (3,8 centímetros), Doroteo, mediante un hábil lanzamiento, la envió por encima de uno de los pequeños tocones, que parecían podridos y que salía del tronco a unos 30 pies (9 metros). Sujutando firmemente un extremo, hizo, con un limpio lanzamiento, que la cuerda que ya estaba pasada subiera por el tronco hasta alcanzar un segundo tocón a unos 6 pies (1,80 metros) por encima del primero. Entonces, caminando alrededor del árbol con los extremos de la cuerda en ambas manos y estudiando con cuidado la silueta del tronco y las posiciones relativas de las ramas superiores, mediante una serie de sacudidas y lanzamientos, hizo que la cuerda trepara gradualmente sobre el gran tronco, como si estuviera viva hasta que estuvo asegurada por encima de una rama de unas 6 pulgadas (15 centímetros) de largo a más de 48 pies (15 metros) del suelo. Digo 48 pies ya que sobraba menos de una yarda de los 102 pies (31 metros) de cuerda (en doble) en las manos de Doroteo. Este fue el final del Primer Acto.

El Segundo Acto empezó con una comprobación cuidadosa de la fortaleza del tocón en el cual descansaba ahora la cuerda, mediante un firme tirón y unas pocas sacudidas. Después de esto, Doroteo pasó gravemente los dos extremos a nuestro otro hombre, Augusto, y procedió a quitarse sus botas y reemplazarlas por un par de *alpargatas* o zapatos de lona con suela de esparto.

Nuestro leñador, Augusto, se colgó entonces de la cuerda con todo su peso mientras, Doroteo, humedeciéndose las palmas, trepó mano sobre mano con sus piernas alrededor del árbol con el

más depurado estilo, hasta alcanzar una pequeña rama a unos 40 pies (12 metros) del suelo y unos pocos pies por debajo de la que soportaba la cuerda. Manteniéndose ahora sobre un pie en su precario soporte y con el brazo izquierdo alrededor del árbol para asegurarse, recogió cuidadosamente la cuerda hasta que solo quedaron unos pocos pies colgando por encima desde la rama superior. Después, mediante un diestro giro la sacudió fuera de la rama y procedió a hacer un lazo de unos 15 pies (4,5 metros) de longitud con la porción de cuerda que tenía en la mano.

Todo esto lo observamos desde abajo con gran interés, ya que parecía físicamente imposible para cualquier mortal el subir, debido al espesor del tronco, que incluso a esta gran altura sobre el suelo era demasiado grande para ser abrazado por un hombre.

Doroteo, una vez organizada la cuerda a su gusto, manipuló el lazo como lo hace un marinero cuando va a levantar el cabo desde la malla de un barco, y alcanzando de esta manera impulso suficiente, lo lanzó arriba a un pequeño tocón, a unos 12 pies (3,60 metros) por encima. El lanzamiento falló ¡por apenas una pulgada! Una y otra vez recogió la cuerda y probó de lanzarla hacia arriba, pero sin éxito. Estaba demasiado claro que se estaba cansando ya que el gasto de energía por parte de un hombre así, apoyado en un solo pie en tal situación, y usando todas sus fuerzas, es muy grande.



Doroteo llegando al nido.

Justo cuando desesperábamos de su éxito, la cuerda que mantenía volteando alrededor, alcanzó el tocón y el lazo lo sobrepasó, colgando como un pie o así. Para los que estábamos abajo, esto parecía ser solo una forma distinta de fallar, pero estábamos muy equivocados. Dejando ir una porción de la cuerda, agarró el otro extremo tan bajo como podía alcanzar y mediante un giro de la muñeca combinado con una sacudida hacia arriba, tan imposible de describir como lo hubiera sido de imitar, hizo que una parte del lazo saliera del extremo del tocón, quedando así la vuelta de la cuerda asegurada alrededor de él.

Tras comprobar la resistencia de este nuevo punto, agarró las dos partes de la cuerda y trepó como antes. Repitiendo este extraordinario procedimiento una o dos veces más, alcanzó, finalmente, la rama más baja del gran árbol.

Aquí, tras asegurar cuidadosamente su cuerda -ya que sin ella su vuelta al suelo, salvó en forma de alimento para los buitres, hubiera sido improbable- subió cómodamente el resto del árbol y alcanzó el nido. El enorme tamaño del mismo se puede comprobar comparándolo con la figura de Doroteo en la fotografía que se acompaña. De hecho, no era fácil entrar en él, ya que sobresalía hacia fuera por todas partes. Sin embargo, sobrepasándolo un poco por encima, finalmente consiguió entrar en él, y poco después tuvimos la satisfacción de verlo exponiendo, para nuestra comprobación, el bien ganado huevo.

Yo estaba por seguir a Doroteo hasta arriba del árbol con la ayuda de la cuerda y tomar fotos pero fui disuadido por mi camarada, quien sabiamente recalcó que el árbol era poco apropiado para el trabajo fotográfico, y que casi con toda probabilidad encontraríamos otro nido en que una cámara de mano con lentes no focales, como la que yo llevaba, podría ser usada con mejor resultado.

Luego enviamos arriba una bolsa conteniendo una caja de lata en donde transportar el huevo con seguridad. El hecho de que 102 pies (31 metros) de cuerda apenas bastaron para bajar nuestro

tesoro da una idea de la altura del árbol. Doroteo entonces realizó su descenso con el mismo espléndido estilo con el que había subido previamente.

Montando en nuestros caballos seguimos por el quebrado terreno a través del laberinto aparentemente interminable de pinos en busca de más nidos. No resultamos decepcionados, ya que a una milla (1.600 metros) del primer nido llegamos hasta un segundo nido colocado en lo alto de un pino cuya copa parecía que había sido sacudida por un rayo o tronchada durante uno de los furiosos vendavales que azotan en invierno los valles de la Sierra de Guadarrama. Cualquiera que hubiera sido la causa, el resultado consistía en el emplazamiento casi ideal para un gran nido, con las ramas extendiéndose hacia afuera y ofreciendo un soporte conveniente.

Tan empinada era la ladera por la que nuestros caballos seguían su camino, que nosotros podíamos ver fácilmente el ave adulta echada en el nido a nuestro mismo nivel a menos de 100 yardas (90 metros).



El autor en un nido de buitre negro.

Este árbol era algo más fácil de trepar que el primero y pronto tuvimos una cuerda asegurada que pasaba por una rama a uno 40 pies (12 metros) del suelo. Con su ayuda me fue posible ascender, ya que de otra forma sería inaccesible esta parte del árbol. Doroteo, para quien tal ejercicio era una cuestión de rutina diaria, me acompañó y sugirió que podía ahorrarme más esfuerzos subiendo él al nido. Esta proposición, naturalmente, no me convenció ya que mi objetivo primario era tomar yo mismo el huevo.

Dejando a mi ayudante en un lugar conveniente me dirigí hacia arriba por las ramas del pino, suaves y resbaladizas por el sol de cientos de años. Llegado al nido, una breve maniobra me colocó sobre el borde de la gran plataforma de palos y tuve ante mí el objetivo de mi viaje ¡un huevo de buitre negro! El nido era de unos 7 pies (2 metros) de diámetro, con una depresión de buen tamaño en el medio forrada con manojos de hierba fina, de la que crece en las cimas de los montes rocosos en España.



Nido y huevo de buitre negro.

En el centro de la depresión estaba el huevo, blancuzco, color tierra y marcado con manchas ferruginosas oscuras, cuya posesión había sido mi deseo durante tantos años. Subí a lo alto del nido y di un vistazo a mi alrededor, y resultó interesante comprobar el extraordinario lugar que los buitres habían elegido para el nido. Tan consistentemente estaba construido el gran nido que resultaba fácil mantenerse de pie sobre él, aunque la suave oscilación del árbol lo complicaba un poco. Mi amigo me hizo una foto en el momento en que estaba triunfalmente mostrando el huevo para que él lo viera (pág. 265).

Enviando abajo la cuerda que había traído conmigo, subí mi cámara. El problema que ahora se presentaba era colocarse a suficiente distancia para trabajar con lentes de foco fijo. Para ello necesitaba al menos 7 pies (2 metros) pero desde mi posición al borde del nido la máxima distancia a que podía separarme del huevo era solo de 3 pies (90 centímetros). Mirando a mi alrededor casi desesperado en busca de algo que me permitiera aumentar la distancia, mi vista llegó a una rama que, saliendo del tronco a solo 3 pies (90 centímetros) por debajo del nido, crecía casi horizontalmente. No sólo proporcionaba un conveniente soporte para mí, sino que además iba en la dirección del sol. En otras palabras, si sólo pudiera desplazarme a lo largo de ella unos 5 ó 6 pies (1,5 ó 1,8 metros) sería capaz de tomar una foto del huevo con el sol a la espalda.

La rama no era demasiado grande como para colocarse encima, del grosor de la pierna de un hombre pero disminuyendo rápidamente, y a unos 6 pies (1,8 metros) se dividía en otras dos que caían hacia abajo. Me di cuenta de que si me desplazaba por encima de ella más de 2 pies (60 centímetros) desde el nido, no tendría un sitio donde agarrarme arriba. Claramente, la única posibilidad de moverme a lo largo de ella con razonable seguridad era traerme una cuerda. De nuevo aquí la suerte estaba de mi parte ya que, proyectándose a través del nido, había un nudoso tocón, evidentemente una porción de la parte superior del

tronco. Yo tenía puesto todavía mi arnés de lona al que estaba atada mi cuerda alpina como cuerda de seguridad en caso de un resbalón. Entonces pasé una vuelta de la cuerda alrededor de este tocón, y alcanzando la rama me desplacé hacia atrás con cuidado, sujetando la cuerda con una mano y sosteniendo el equilibrio con la otra, tocando suavemente el borde del nido mientras que lo tenía dentro de mi alcance. Cuando a menos de 6 pies (1,80 metros) del hueco la rama comenzó a ceder bajo mi peso, y dándome cuenta de que era poco fiable seguir mucho más adelante sin estar asegurado, volví atrás y, midiendo 3 pies (90 centímetros) más a lo largo de la cuerda, como para que me diera el mínimo de 7 pies (2 metros), la até en este punto a mi arnés de lona.



Buitre negro abandonando el nido.

Entonces, sacando con cuidado mi cámara de su funda de cuero, y colgándomela al cuello, lista para la acción de nuevo, me

desplacé hacia atrás, estirando la cuerda lentamente hasta que estuvo tensa. Entonces estaba a 7 pies (2 metros) del huevo. Fue un momento sin aliento cuando presioné la cámara contra el pecho y levanté el obturador. Con el objeto de asegurar mi objetivo, repetí el proceso completo tres veces, y tuve suerte como para, en uno de los casos, no sólo conseguir una foto del nido y el huevo sino, además, que por detrás y a lo lejos se vieran las cumbres nevadas de la Sierra de Guadarrama. No es necesario extenderse sobre la tranquilidad que significó volver a ganar el nido y sentir algo firme a lo que agarrarse. Entonces bajé y fuimos a comernos nuestro almuerzo a un lugar a unas 100 yardas (90 metros) del árbol. Durante este tiempo el buitre adulto volvió, y procedió a echarse sobre el nido vacío como si el huevo estuviese allí todavía. Dirigiéndome de nuevo hacia el árbol se puso en pie en el nido y extendiendo sus grandes alas negras se alejó volando. Obtuve una foto del ave en este momento, con el nido y el pájaro en pie, destacando bien contra las laderas vestidas de nieve de la sierra en la vertiente opuesta del valle.

Antes de abandonar la zona encontramos varios nidos más, únicamente uno de los cuales estaba ocupado. Estaba en la copa de uno de los pinos más altos que yo he visto nunca, de unos 130 pies (40 metros) de altura. Un dibujo de este árbol, tomado en el lugar, aparece al principio de este capítulo. En más de 60 pies (18 metros) no había un tocón de confianza sobre el que lanzar la línea, y las primeras ramas sólidas estaban a más de 100 pies (30 metros) del suelo.

Este nido lo encontramos registrando un valle en las estribaciones suroccidentales de Guadarrama, desde un punto alto sobre la ladera, bastante por encima del nivel del nido. Con mi telescopio observamos las dos aves entrando y saliendo del nido pero la distancia era demasiado grande como para asegurar si contenía o no un huevo.

Por los movimientos de las aves parecía como si estuvieran todavía ocupados en preparar el nido para la puesta, y decidimos

dirigirnos hacia el pie del árbol. Debido a la gran anchura del tronco de este pino y a la ausencia de ramas, Doroteo declaró que el árbol era imposible desde su punto de vista, el del más intrépido y hábil trepador de árboles que jamás he conocido.

Debido a la relativamente solitaria posición de este árbol, con viento hubiera sido posible pasar una cuerda por encima de él haciendo volar una cometa, y si nos hubiéramos quedado unos días más en la zona yo lo hubiera intentado con toda seguridad. Para los que no hayan oído antes hablar de este método puedo decir que la idea no es original. Yo la aprendí hace muchos años, leyendo cómo un Chaqueta Azul Británico, durante nuestra ocupación de Egipto después de la campaña de 1801, logró escalar la Columna de Pompeyo, en Alejandría, por este procedimiento.

Este método de la cometa para pasar una cuerda sobre un árbol difícil no es practicable, por supuesto, si está rodeado por otros, como en el caso del primer nido de buitre que visitamos. Para pasar una soga sobre tal árbol mi solución sería emplear una de las pistolas lanzaderas de cuerdas del difunto Capitán D'Arcy Irvine. Si yo me encontrara al principio en lugar de al final de mi carrera de escalador de árboles, me buscaría una de estas ingeniosas armas como integrante esencial de mi equipo de buscador de nidos. Con la ayuda de una de ellas, que me fue prestada por el inventor en 1895, me resultó bastante fácil lanzar una cuerda con precisión por encima de un tocón que había elegido en un alto olmo. Una vez que la cuerda, que es transportada por un palo, es lanzada por encima del lugar requerido, es, por supuesto, fácil tirar del extremo necesario y realizar el ascenso.

Abandoné estas bellas sierras boscosas de Guadarrama con hondo pesar. Breve como fue nuestra estancia en ellas nos proporcionaron nuevas experiencias cada día y vimos muchas cosas de gran interés. En mi memoria están muy frescas aún aquellas cabalgadas por el gran bosque de pinos a través de,

aparentemente, inacabables paisajes de grandes y apretados troncos, conforme trazábamos nuestro camino silencioso sobre la espesa y suave alfombra de acículas de olor dulzón, o cuando arreábamos nuestros caballos con ruidoso paso sobre la superficie de alguna ladera cubierta de escombros procedentes de los roquedos de encima.



Uno de los Sietes Picos. Sierra de Guadarrama.

De vez en cuando nuestro avance se veía obstaculizado por algún accidente natural que nos obligaba a hacer un amplio rodeo. Así las laderas resultaban tan pendientes en algunos lugares que nos obligaban a buscar algún otro paso menos resbaladizo. Otras veces, los pinos caídos aparecían en medio de gran confusión, algunos de ellos tendidos por completo, sobre los cuales apenas podían pasar nuestros caballos. Otros estaban aguantados en varios ángulos por árboles que aún estaban de pie y bajo los cuales pasábamos.

O de nuevo, una combinación de los dos obstáculos, donde una avalancha de roca suelta caía de los roquedos superiores

había arrasado una zona entre los pinos, arrancando a muchos de ellos del suelo y creando una barrera imposible de franquear.

A veces, nuestro sendero seguía el curso de algún ruidoso torrente que trazaba su camino entre grandes masas de cantos grises y en ciertos lugares formaba tranquilas pozas en las que había pequeñas truchas.

Oímos que estos arroyos habían sido repetidamente repoblados con peces, pero que antes de que pudieran alcanzar cierto tamaño algún depredador nativo aprovisionado con la inevitable dinamita, entraba en escena y los destruía.

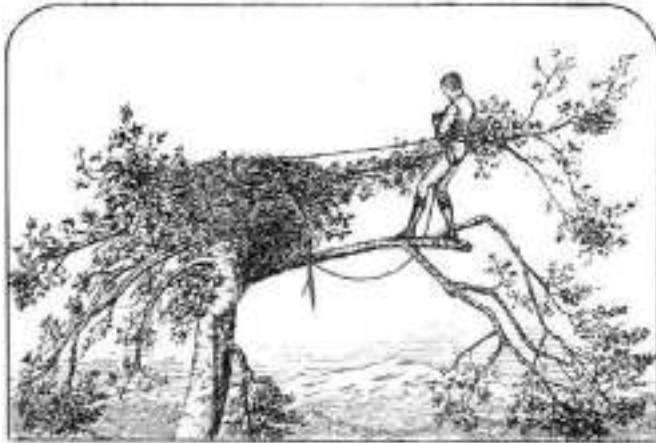
A través de la oscura masa de vegetación se podían divisar, de vez en cuando, las laderas superiores nevadas, mientras que sobre nosotros teníamos siempre el intenso azul sin nubes de la primavera española.

El espectáculo era magnífico. Desde una de las cumbres de los Siete Picos, una masa de negras rocas graníticas redondeadas y erosionadas hasta la más suave superficie y construidas en bloques horizontales alrededor de los cuales se almacenaba todavía la nieve, podíamos divisar los llanos de Castilla como si estuvieran a nuestros pies.

Un día vimos, con la ayuda de los prismáticos, los contornos confusos de alguno de los más grandes edificios de la capital, distante de nosotros unas 30 millas (40 kilómetros) mientras que el famoso Escorial, con sus grandes murallas y su amplia y laberíntica construcción que le da el aspecto de una ciudad, yacía por debajo de nosotros, brillando a la luz del sol en las estribaciones meridionales de la sierra.

No eran necesarias las asociaciones históricas, ya que muy cerca está el famoso paso del Puerto de Guadarrama, a través del cual discurrió la invasión francesa en 1808, así como esas otras carreteras de montaña que habían presenciado el paso de las huestes que Napoleón, en su ira, había enviado para aniquilar al intrépido Moore y, las cuales, cuatro años después, vieron el triunfal avance del ejército de Wellington sobre Vitoria y Francia.

Mientras que disfrutábamos de nuestra maravillosa vista de pájaro desde este elevado puesto, a unos 8.000 pies (2.430 metros) sobre el nivel del mar y a 5.000 pies (1.520 metros) sobre las llanuras que teníamos debajo, un águila real pasó volando y se posó en un pináculo rocoso cercano. Más tarde, un espléndido quebrantahuesos apareció cazando cuidadosamente a lo largo de la línea de nieve, no prestando atención a nuestra presencia en su búsqueda, probablemente de algún cadáver o sus restos que pudieran surgir de entre la nieve cuando ésta se derrite bajo los cálidos rayos de sol de abril.



TÍTULO V –POR LOS ACANTILADOS MARINOS

CAPÍTULO I

UNA CABALGADA HASTA TRAFALGAR

Una raza extinguida - Restos de antiguas ciudades - En busca de pigargos - Una cabalgada interesante - Los acantilados de Trafalgar - Cuervos, aves marinas y águilas pescadoras - Un día ideal de primavera - Llegada de migrantes, abubillas y críalos - Flamencos - Algunos habitantes del acantilado - Un panorama maravilloso - Escenario de la mayor de las batallas navales.



Los que hayan pasado por el Estrecho de Gibraltar de día, recordarán unos amarillos cortados arenosos de la costa española y la dentada sierra por detrás, entre Cabo Trafalgar y Tarifa. Pocos, sin embargo, son conscientes de que, en cierta época, estas ahora desiertas extensiones estaban habitadas por una gran raza, y que existía más de una populosa ciudad entre Gades, la antigua Cádiz, y Carteia, la ciudad fenicia delante de la Bahía de Gibraltar.

En mis vagabundeos por entre estas colinas que faldean el Atlántico, especialmente cerca de la orilla, he encontrado restos de mucha antigüedad, fragmentos de murallas, acueductos y templos. Existen también

las ruinas de un gran anfiteatro que de acuerdo con el jesuita padre Julio Furgús, que las visitó recientemente, podría albergar 50.000 personas. ¿Cuándo esta gran ciudad fue destruida y quiénes la destruyeron? no se sabe. En la actualidad, el mar ha ocupado una parte, y los grandes remolinos de fina arena amarilla llevada por el viento han cubierto el otro lado y muy poco queda a la vista del visitante casual.



Una cumbre de la sierra sobre la Bahía de Trafalgar.

Cabalgué a lo largo de esta costa en un día brillante de marzo de 1908 con idea de visitar los acantilados cerca de Cabo

Trafalgar, donde se tenían noticias de que criaba una pareja de pigargos o águilas marinas. La historia, muy vieja, databa de hacía 30 años o más, y nunca fue creída ni por el Coronel Irby ni por mí, sin embargo merecía la pena ir e investigar, muy especialmente porque constituía una expedición interesante.

Saliendo a las 6 en punto alcancé las orillas de la Bahía de Trafalgar dos horas más tarde, cerca de la antigua ciudad morisca de Zara o Zahara. En un cortijo de la sierra, cerca de allí, recogí a unos amigos españoles, un agricultor y su guarda, y cabalgamos a lo largo de la playa hacía el río Barbate. Tras vadear un profundo brazo mareal del río, una barcaza nos cruzó a través del cauce principal hasta la pequeña ciudad de Barbate, famosa por sus pesquerías de atún. Dejando Barbate seguimos de nuevo la orilla durante alguna distancia hasta que se hizo muy estrecha, y llegamos a un punto donde los acantilados comenzaban, con las olas lamiendo su base. Entonces se hizo necesario trepar hacia arriba para alcanzar una vereda a lo largo de la cima. Los acantilados bajos son aquí de un estrato de arenisca amarillo y rojo, encima de capas de barro azul resbaladizo que ha estado expuesto a la acción del mar, y se encuentran en un estado de desintegración continua. Hacia el norte los acantilados son perfectamente verticales y de una formación más dura y antigua, pero carcomida, desmoronándose y peligrosa de escalar. El medio que bordea inmediatamente los acantilados marinos está cubierto de jaras, lentiscos y enebros, achaparrados y doblados por el viento. El terreno es quebrado y desigual, formando innumerables pequeños valles respaldados en los que había, en el momento de nuestra visita, un gran despliegue de color, manchones de romero púrpura pálido y blanco, cabezas de dragón carmesí y grandes cardos rojos creciendo en los claros herbosos entre madroños y escobas. Más hacia el interior hay muchas millas cuadradas de cerros arenosos cubiertos en algunos lugares con denso bosque de pino piñonero, con algunos árboles de considerable tamaño. Tras alcanzar el más alto de los acantilados, a unos 400 pies (120

metros) sobre el mar, desmontamos y dejamos los caballos a nuestro ayudante para que los llevara del diestro por un sendero a una distancia prudente del borde, y procedimos a examinar los cortados. Se trataba de un asunto de no poca dificultad y riesgo el acercarse lo suficiente al borde y mirar por encima, pero aprovechándonos de los entrantes y salientes sólidos formados en varios puntos para examinar el lugar, y resultó algo muy interesante. Pronto el graznido de un cuervo nos avisó de que estas astutas aves tenían su morada en las proximidades y, en seguida, vimos el lugar del nido en una pequeña caverna en la arenisca expuesta a la intemperie en la cara del acantilado por encima de un bloque horizontal. Los cuervos son particularmente querenciosos de los acantilados marinos, y al igual que nuestra corneja cenicienta de latitudes nórdicas, parece interesarse mucho y curiosear entre los residuos dejados a lo largo de la orilla. Sé de varios nidos en la costa africana que están situados de esta forma en la misma línea de acantilados. Puede ser una mera coincidencia pero, en el sur de España, de los muchos nidos de cuervo que he visto y visitado la gran mayoría están a pocas millas de la costa. Posiblemente debido a los numerosos emplazamientos de nido convenientes que se encuentran en los acantilados, sólo un número comparativamente pequeño de cuervos cría en los árboles.

Unos pocos pares de gaviotas sombrías estaban criando sobre las rocas desprendidas al pie de los acantilados y otras aves marinas comunes, como cormoranes moñudos, se observaban por allí. De pronto se oyó el bien conocido grito del águila pescadora, y vimos una de estas aves volando a alguna distancia por debajo de nosotros. Desde nuestros sucesivos puntos estratégicos dominábamos, literalmente con vista de pájaro, todo por debajo de donde estábamos y, durante la mañana, vimos cinco nidos de águila pescadora, de los cuales sólo dos estaban ocupados. Sin duda los otros eran nidos alternativos utilizados en otras temporadas, ya que solo había dos parejas de águilas pescadoras

en la localidad. Pero no vi ningún pigargo, ni encontré lugar alguno que hubiera resultado conveniente para esta especie, ni encontré ninguna mención de que un "águila" mayor que la pescadora hubiera sido observada en la vecindad. Una pareja de halcones peregrinos estaba criando en una repisa no lejos de nosotros, y se mostraban altamente molestos con nuestra presencia; había también muchos cernícalos y palomas bravías, como ocurre siempre en estos lugares.

Era un día ideal de primavera española y todas las circunstancias coincidían para tomárselo de una manera española, es decir, encontrar un lugar cómodo entre las jaras de dulce olor y pasarlo bien mientras se pudiera. Era la una y, tras almorzar, encendí un puro esperé y observé, lo que resultaba muy agradable. En el monte alrededor de nosotros las pequeñas y escandalosas currucas rabilargas estaban en continua actividad y, una y otra vez, una brillante abubilla recién llegada de su estancia invernal en África pasaba sobre nosotros con su curioso vuelo ondulado, mostrando sus conspicuas alas barreadas de blanco y negro. Un precioso críalo (*Clamator glandarius*), también recién arribado a tierra, se posó en un pino cerca de nosotros. Casi verticalmente por debajo de nuestra posición, la blanca espuma del oleaje del Atlántico estaba rompiendo contra las masas de arenisca desprendidas del acantilado, el agua era intensamente azul y clara, con pálidas sombras de verde y púrpura aquí y allí, mostrando la presencia de bandas de arena y roca bajo la superficie. En ese momento, descubrimos un gran grupo de grandes aves que parecían algo así como gansos salvajes, volando cerca de la superficie del mar desde la lejana costa africana. Conforme se acercaban a nosotros el sol les dio en la espalda, apareciendo como una masa de color rosa y nos dimos cuenta de que eran flamencos, sin duda algunos de los pioneros de la migración primaveral, encaminándose hacia las marismas del Guadalquivir. Al pasar volando bajo nosotros, muy juntos, tanto que a veces sus alas acabadas en negro parecían casi tocarse y

superponerse, mostraban un espectáculo realmente extraordinario, -seguramente algo rara vez presenciado por un naturalista- una masa carmesí, rosa y blanco en movimiento, desplazándose sobre las danzantes olas, que cambiaba su tamaño y forma en cada momento conforme las aves en vuelo se cerraban en un cuerpo denso o se abrían en sinuosas líneas. Era realmente un espectáculo poco usual visto desde tal punto dominante, bien alto sobre ellos.

Una y otra vez grandes porciones del acantilado se habían desprendido y caído abajo en masas desordenadas. Sobre ellas había terrazas herbosas, algunas densamente cubiertas de matas



La costa de Trafalgar (desde la cueva de los buitres).

de zarzas y lentiscos. Mientras estábamos asomados sobre el borde en este lugar, vimos varios conejos moviéndose en la cara del acantilado.

Estos pequeños animales deben pasar, seguramente, la vida allí, ya que entre la roca extraplomada por arriba y el mar por debajo, parece no haber ninguna forma de escapar.

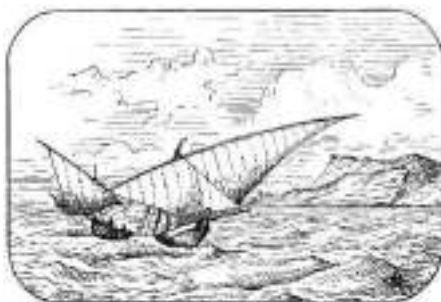
Mientras los estábamos observando descubrimos, de repente, un gran gato montés (*Felix sylvestris*) caminando cautelosamente a lo largo de una estrecha repisa de arenisca, hasta que desapareció en la apretada masa de monte. No se había percatado de nuestra presencia y estaba, evidentemente, intentando capturar un conejo para la cena.

La vista desde la cima de los cortados de Trafalgar es de enorme extensión y sobrepasa la grandeza. Tuvimos suerte al tratarse de un día muy claro. La totalidad de la costa africana del Estrecho, desde la Colina de Los Monos, frente a Gibraltar, pasando Tánger, hasta el promontorio azul de Cabo Espartel, lejano en el Atlántico hacia Arzila, Larache y el sur, se perdía lejano en el espacio. La propia Tarifa estaba escondida tras el espolón de cerros de arena amarillos que forman la antigua ciudad fenicia de Bolonia. Hacia el norte está visible toda la playa, pasando la blanca villa de Conil hasta La Isla y Cádiz, mientras que hacia el este la áspera silueta de la Serranía de Ronda, a más de 70 millas (112 kilómetros) de distancia, se dibujaba, claramente, como lo hacía también el más próximo Hacho de Gaucín, la Sierra Bermeja cerca de Estepona y, tras éstas, la Sierra Blanca y, en la lejanía, los Montes de Málaga. En verdad era un panorama maravilloso. Desde el punto en que me encontraba podía ver las tierras de detrás de Conil, por donde Graham y después Lord Lynedoch marcharon para luchar y vencer a los franceses en La Barrosa, en 1811.

Pero el mayor interés histórico se centraba, naturalmente, en las sábana de agua brillante que teníamos inmediatamente debajo de nosotros, ya que estábamos exactamente frente a la marca "Cabo Trafalgar situado 10 millas (16 kilómetros) al este", donde tuvo lugar la mayor de las batallas navales. Qué vista habían debido tener los habitantes de estas agrestes colinas desde

el punto en que nos encontrábamos, a unos 500 pies (150 metros) sobre el mar en ese 21 de octubre, cuando los veintisiete barcos de Nelson avanzaron sobre la desordenada línea de franceses y españoles que se dirigían a Cádiz. Con viento O-NO, como el de aquel día, el humo de más de 4.000 cañones debía de haberse elevado justo sobre los acantilados donde yo estaba. Recuerdo ahora a un anciano español, hace muchos años, describiéndome como cuando era un joven pastor, cuidando de cabras en la sierra, había oído el rugir de los cañones y visto la gran columna de humo elevándose sobre las flotas contendientes y, conforme contemplaba el escenario de ese gran conflicto, extendido a mis pies, lo vi en mi imaginación, lleno de barcos de guerra con velas blancas, envueltos en columnas de humo y empeñados en esa lucha a muerte que durante más de un siglo nos ha asegurado el dominio del mar.

Ni siquiera pude librarme de la escena de la costa sembrada a todo lo largo con naufragios y cadáveres, ya que muchos barcos inutilizados eran conducidos a tierra y se perdieron por completo en el temporal que siguió a la batalla. Mis compañeros, que eran campesinos, estaban muy confundidos al verme meditar tanto tiempo y, amablemente, me recordaron que debían dejarme, ya que estaban obligados a volver a cruzar el Barbate antes de que subiera la marea. Así que me despedí de ellos y, montando en mi caballo, cabalgué hacia mi casa en solitario a través de los grandes pinos, muchos de los cuales debían haber sido testigos mudos del día de Trafalgar.



CAPÍTULO II

EL CUERVO (*Corvus corax*)

Nidificantes tardíos en España - Curiosa costumbre de gregarismo - El cuervo de Tánger o cuervo de cuello oscuro - Un nido en un pino - Captura de cuervos - Ingeniosa elección del lugar de cría - Una residencia con dos frentes - Nido en una profunda fisura - Fotografía difícil - Colocación de los huevos en el nido.



Los cuervos son aves extremadamente abundantes en el sur de España y lo son aún más en Marruecos. A pesar de sus bien conocido aspecto, vuelo y graznido, que los hacen inconfundibles casi a cualquier distancia, pocas aves me han causado mayor perplejidad en mis intentos por entender sus costumbres o las razones que regulan sus movimientos. Para empezar, en el sur de España, donde, de acuerdo con nuestros estándares de clima británico, reina un verano casi perpetuo, los cuervos crían, no como razonablemente se podría pensar unas cuantas semanas más temprano que en nuestras Islas sino, al contrario, al menos un mes y, frecuentemente, más de dos meses más tarde.



Cuervo (*Corvus corax*)

Curiosamente me encontré con la misma situación en la isla de Creta donde, de los muchos nidos visitados sólo uno contenía huevos durante la última semana de marzo de 1886, estando el resto todavía en el proceso de construcción. El porqué del hecho de que en el expuesto y casi ártico clima del norte de Escocia, así como en las húmedas y tormentosas costas de Irlanda y en el oeste de Inglaterra estas aves deciden poner en febrero, y por qué en la soleada Andalucía se retrasan para hacerlo hasta la mitad de abril, resulta para mí un problema insoluble. Además, en cuanto al número de huevos puestos, mientras que en nuestras Islas tres o cuatro parece ser el número habitual, en España es seis el número que más se encuentra, seguido de cinco.

Otra costumbre sorprendente de los cuervos de Andalucía es la forma en que, de vez en cuando, se reúnen en considerable número por un breve período y luego, de repente, se dispersan. En tales ocasiones andan siempre en parejas y sus movimientos están, obviamente, organizados de acuerdo con algún objetivo definido. Lo que esto pueda ser soy incapaz de decirlo, ya que en todos mis recorridos por la España agreste nunca he encontrado un gran bando de cuervos reunidos alrededor de la carroña de algún animal ni he oído de que ello ocurriera. Lo menciono porque cuando se ve a los buitres dirigiéndose hacia algún punto definido se trata invariablemente del camino hacia alguno de sus banquetes.

Podemos citar algún ejemplo de estas congregaciones de cuervos. El 18 de abril de 1906 iba yo cabalgando a lo largo del abierto valle de un río y me percaté de una pareja de cuervos que, viniendo del norte, se posaron en un pino frente a mí. Pronto otra pareja llegó desde la misma dirección, seguida por otra y todavía otra más. Mientras, los que llegaron primero habían seguido adelante y desaparecieron de mi vista en un pinar seguidos por sus amigos. Antes de yo llegar a esta línea de vuelo, no menos de diecisiete parejas de cuervos la habían seguido. Ahora bien, ¿qué podían tener a la vista estas aves?. Aunque los cuervos son

numerosos en estos lugares, nunca crían en colonias como lo hacen las chovas. Más bien repelen violentamente la intrusión de cualquier otro ejemplar de la especie, y cada pareja de cuervos se establece en alguna pared o árbol a cierta distancia de las otras. Por mi particular conocimiento de esta zona puedo asegurar que no hay más de seis parejas anidando en un radio de cinco millas alrededor del punto donde se reunieron estas aves. A la vista de lo que voy a decir sobre el cuervo de Tánger, puedo añadir, y soy positivo en ello, que todas estas aves que vi eran cuervos comunes, y establecí la diferencia entre el movimiento procesional de parejas de cuervo del tipo que describo y una congregación general de aves como las que se observan de vez en cuando entre los cuervos en Marruecos o las grajas en nuestras Islas.

Hace más de treinta y cinco años fue advertida la existencia de una pequeña especie de cuervo en Marruecos por el Coronel Irby, y fue descrita primeramente por él en el *Ibis* de 1874 como *Corvus tingitanus*.

De acuerdo con Irby, esta especie es decididamente más pequeña que el cuervo común, su reclamo es diferente y es tan gregario en sus costumbres que no es raro ver bandadas de estas aves comiendo en las basuras a lo largo de la costa cerca de Tánger. Durante mis viajes a Marruecos he visto tales congregaciones de cuervos, pero nunca he matado ningún ave con vistas a establecer su identidad. El cuervo de Tánger ha sido también descrito como el cuervo de cuello marrón, e Irby menciona que muchos ejemplares están marcados, más o menos, con marrón óxido en sus alas y cola, aunque este colorido carece de importancia a la hora de identificar la especie. En la tarea de identificar aves en vuelo, especialmente cuando están a distancia, el tamaño es uno de los factores más difíciles. Cualquiera que haya intentado identificar cualquier especie concreta de gaviotas sabrá bien lo que trato de decir. En tal caso, la aparición de alguna especie de las bien conocida, como un adulto de gaviota

sombría, proporciona una "escala" cuya referencia sirve para juzgar el tamaño y la especie de las otras. De aquí que, si bien en el caso de un cuervo común de 24 pulgadas (47 centímetros), es suficientemente fácil distinguir la especie mayor de la menor, cuando varios de una misma especie son observados juntos a cierta distancia se requiere más habilidad que la que yo pueda pretender tener para saber qué son. Es por esta dificultad por la que debo confesar que no he podido confirmar el hecho de la nidificación del cuervo de Tánger en España. En cuanto a los métodos ordinarios de identificación, caza o trampeo, es tal la perversidad y astucia de todos los cuervos, que no resulta fácil cazarlos, incluso en el nido. Y por lo que me dicta mi experiencia se niegan a ser atrapados, prefiriendo abandonar los huevos antes que entrar a una trampa oculta en el mismo. Según las palabras de un viejo español que presencié mi derrota por un cuervo que, obviamente, detectó mis intenciones diabólicas: *“Sabe el cuervo más que el hombre”*. De aquí que la evidencia que tengo es de tipo negativo o, en otras palabras, donde he comprobado claramente la nidificación de la especie no se trataba del cuervo de Tánger. La excepción de esto ocurrió en 1879 cuando el 24 de abril dio la casualidad que pasaba yo cabalgando cerca del pino donde había capturado un milano real tres semanas antes (como queda descrito en el capítulo de los milanos) y vi un cuervo arrancarse de allí. Trepando hasta el nido encontré que había sido completamente remodelado por los cuervos, los lados habían sido recrecidos con un bien tejido parapeto de palitos y encerraba una profunda concavidad forrada con pelo de cabras en la que había cinco huevos verde claro, muy marcados de marrón y que me parecieron, decididamente, más pequeños que los de cualquier cuervo que había visto antes. Cuando estaba en el nido las aves adultas volaron alrededor y parecían no ser tan grandes como el cuervo común. Todos los intentos por atrapar el ave adulta fallaron. Tres días más tarde volví al nido y encontré que había sido puesto un sexto huevo. En esta ocasión el adulto se deslizó

fuera del nido cuando yo estaba bien lejos del árbol, como es su costumbre habitual.

Desde entonces he visitado muchos nidos de cuervo y he visto innumerables huevos, pero nunca he encontrado ninguno que se pareciera exactamente a éste que contenía la puesta de seis huevos, que se parecían mucho más en forma y tamaño a algunos de los huevos de corneja que tengo que a cualquiera de los de cuervo común.

En varias ocasiones he visto considerables grupos de cuervos que, por lo que puedo juzgar, parecían pertenecer a la especie pequeña. Lo curioso de ello es que esto ocurría, generalmente, a la altura de la época de cría. Así, en abril de 1878 vi más de cuarenta pequeños cuervos en el llano al norte de Tarifa, el 29 de abril de 1879 unos cincuenta cerca del río Guadarranque y, de nuevo, más de cuarenta cerca del río Palmones.

Irby manifestó su creencia de que el cuervo de Tánger criaba más tarde que el cuervo común en la parte española, mencionando el 20 de abril como su fecha habitual. De los siguientes datos, tomados de mis notas, se podría decir que ésta era también la fecha media para la puesta del cuervo común. De ocho nidos visitados en años recientes, la fecha más temprana para la puesta del primer huevo fue el 13 de abril y la más tardía el 26 de abril. Dos de estos nidos contenían cuatro huevos, uno cinco y cinco, seis. La fecha media para la puesta parecía ser hacia el 20 de abril.

En cuanto a la fecha de eclosión, he encontrado pollos de solo un día o así el 21, 24 y 26 de mayo y ésta parecía ser la fecha media de su nacimiento en el sur de España.

No conozco de ningún ave grande y conspicua como el cuervo que, cuando las circunstancias lo exigen, sea más hábil escondiendo su nido. Por supuesto, cuando cría en árboles este principio no cuenta. Igualmente sé de varios nidos que han eludido su detección año tras año debido a su parecido con una de

esas acumulaciones casuales de agujas de coníferas que son tan comunes en algunos de los pinos en España. Algunos nidos están emplazados sin el más mínimo intento de ocultación y dependen, simplemente, de su inaccesibilidad combinada con lo remoto de su situación.

El cuervo sobresale más en el arte de disuadir cuando cría en alguna de las pequeñas peñas o roquedos donde se establece frecuentemente, por ser poco notorias y por proporcionar cuevas o fisuras donde puede esconder su nido. Como norma, los nidos contruidos en tales situaciones están dispuestos de forma que desde abajo no resultan visibles en parte alguna.

El más artísticamente oculto y astutamente colocado de los muchos nidos de cuervo que he visitado era uno situado en una pequeña caverna abovedada cerca de la cumbre de una peña, a menos de 50 pies (15 metros) de altura, vertical por un lado, pero tan suavemente inclinada por el otro que cualquiera podría acceder a ella. Aquí los cuervos criaron durante más de treinta años. En 1877 maté una de las aves adultas a unos 20 yardas (20 metros) de este punto creyendo que era un cuervo de Tánger, pero no vi el nido. Año tras año pasé cerca, por debajo de esta peña, pero no había señales de un nido, aunque la presencia constante de los cuervos me decía que debían de estar criando por allí en uno de los muchos barrancos rocosos. Al final, en 1903, pasé por casualidad por aquellas peñas con varios amigos y envié a dos de ellos a lo largo del barranco por debajo de la pared, mientras yo seguí por la parte de arriba. En aquel momento, oí como me decían que un cuervo había volado justo bajo la pared y cerca de mí. Mirando por el borde no pude ver nada, pero tras rodear un ángulo de roca allí mismo descubrí un agujero en mi lado de la peña que conducía a una caverna en la que había un nido de cuervo con cuatro huevos. El secreto estaba revelado. La astuta ave había organizado su establecimiento de forma que cualquiera que fuera el lado por el que el enemigo, el hombre, apareciera, se podría deslizar siempre fuera por el otro lado sin ser visto. Estaba

claro entonces que en las innumerables ocasiones en que yo había pasado por la vereda de cabras de debajo del nido desde 1877, cuando vi allí un cuervo por primera vez, siempre había salido por la puerta de atrás conforme me acercaba a la entrada principal y viceversa. Fue pura casualidad que en esta ocasión, mientras el Almirante Farquhar y yo nos acercamos por la puerta trasera, el resto de nuestro grupo estaba en el barranco al otro lado, dominando la vista de la puerta delantera. Pero nunca más. El ave y su compañero crían todavía en estos barrancos rocosos pero no en el viejo emplazamiento de doble salida, un dibujo del cual aparece al comienzo de este capítulo.



Nido de cuervo en una profunda grieta de la roca.

Hasta que obtuve pruebas concluyentes de esta astuta costumbre del cuervo no le dediqué atención al asunto.

Desde entonces he visitado muchos nidos conocidos por mí durante muchos años; en dos casos he encontrado precisamente una disposición similar en que el adulto se puede deslizar fuera del nido, sin ser visto, por una puerta trasera. Uno de éstos está en una grieta conocida como La Cueva del Cuervo, que ha sido ocupada recientemente por una pareja de alimoches.



Huevos de cuervo.

Una foto de este lugar se puede ver en el capítulo de los alimoches. Ahora sé por qué nunca vi un cuervo abandonar esta grieta cuando criaban allí.

Debido a esta costumbre de establecerse en escondrijos entre las rocas ocurre que muchos nidos de cuervo son, en cierto modo, difíciles de fotografiar. La foto de la página anterior es de un nido muy artísticamente colocado en lo profundo de una fisura

en la cara de un pequeño cortado a uno 100 pies (30 metros) de altura y a menos de 10 pies (3 metros) de la cumbre. La entrada al nido es a través de una estrecha grieta inmediatamente frente a él, por la cual se ve la luz brillando en la foto. Para llegar a este nido tuve que descender desde lo alto de la pared por una estrecha chimenea que se ensanchaba por abajo, y esta foto fue tomada de pie, con pies y rodilla presionados en ambos lados de la torrentera, y con la cámara apretada contra las rocas en un punto a 4,5 pies (1,30 metros) por encima del nido, donde algunas pequeñas protuberancias hacían posible sujetarla perfectamente inmóvil durante treinta y cinco segundos. Habiendo tomado esta vista general del nido desde arriba, bajé un poco más y, sujetando la cámara firmemente contra la pared rocosa que aparece cerca de la esquina superior izquierda de la primera foto, sólo a 18 pulgadas (45 centímetros) por encima de los huevos, tomé la segunda foto (página anterior) con una exposición de cuarenta segundos. Puedo decir que la primera foto fue tomada con una lente Goerz y la segunda con mi Kodak normal con amplificador. Fue un trabajo complicado y me costó más de una hora, sin poder terminarlo sin algún fallo. En una de las fotos no pude mantener la cámara inmóvil debido a mi forzada postura, y en la otra mi pie resbaló y apenas pude evitar el caer sobre el nido.

Llamará la atención la disposición de los huevos en estas fotos, que es característica del cuervo cuando tiene que incubarlos seis huevos y es, probablemente, la única manera que le permite cubrirlos de una forma satisfactoria cuando está echado. He visto disposiciones similares en otros nidos.



CAPÍTULO III

EL ÁGUILA PESCADORA (*Pandion haliaetus*)

Común en la zona del Estrecho de Gibraltar - Nidos en la roca - Citados por White de Selborne en 1776 - El mismo lugar ocupado en 1876 - Y ahora - El pie del águila pescadora - Métodos de pesca - Transparencia del agua vista desde arriba - Un lugar de cría de un águila pescadora - Una isleta cubierta de flores - Una posición difícil - Uso de un señalero - Diferencia de opinión - La "antigüedad del Mando" - Una pared aterrazada - Chumberas - Repetidos fallos - Y éxito final - Un gran nido - Desagradables resultados de la escalada.



Esta es otra de las grandes aves que una vez fueron abundantes por todas las regiones norteñas de nuestra Isla. Debido a su amplia distribución geográfica se pueden encontrar en todas la localidades apropiadas, y es bien cierto que, si se pudiera convencer a la gente de que dejaran de dispararles en el Reino Unido, pronto se restablecerían en sus viejos lares. Es gratificante saber que gracias al mayor interés suscitado en los últimos años por las aves silvestres, varios

grandes propietarios del norte guardan celosamente las águilas pescadoras que vienen a criar en las islas de los grandes lagos de agua dulce.



Águila pescadora (*Pandion haliaetus*).

Estas bellas aves son aún bastante comunes en el Estrecho de Gibraltar. Una pareja ha criado en la espalda de La Roca desde tiempo inmemorial, y fue citada por el Rev. John White en una carta a su famoso hermano de Selborne en 1776. Yo vi por primera vez su nido allí en 1874 y, desde entonces, he visto las aves adultas en innumerables ocasiones. En algunos años crían allí dos parejas y en un año, muy recientemente, he llegado a ver tres parejas volando juntas aunque no creo que criaran más de dos.

De los tres emplazamientos de nido que conozco uno está a menos de 40 pies (12 metros) sobre el mar, en la repisa de un acantilado que está proyectado por encima de ella, a unos 300 pies (90 metros), y se puede considerar como inaccesible. Un segundo emplazamiento está en el mismo acantilado, a unos 250 pies (75 metros) sobre el mar. El tercero está en el techo, cerca de la entrada de una de las grandes cuevas marinas, y está extraplomado.

Una excelente Ordenanza de la vieja Roca prohíbe que las aves sean molestadas, pero la protección más segura para las águilas pescadoras consiste en la dificultad de llegar a sus nidos. No tengo ningún reparo en mencionar estos nidos ya que son bien conocidos de muchos. Desde una de las, ahora fuera de uso, viejas baterías cerca de Punta Europa se pueden observar las aves en el nido con un telescopio, lo mismo que se pueden observar los pollos una vez que han salido del huevo. Yo pasé un verano entero en "The Cottage", la residencia de verano del Gobernador de Gibraltar, y el observar las pescadoras en su nido y pescando frente a mi ventana no era precisamente la menos interesante de mis obligaciones allí.

El dibujo reproducido al principio de este capítulo es copia de uno hecho en aquella época, y las posiciones de los nidos, superior e inferior en la pared extraplomada, quedan indicadas por las aves volando frente a ellos.

La persistencia con que las águilas pescadoras se establecen en estos enclaves es la mejor prueba de su inmunidad al ataque. Durante el regreso a casa desde Egipto, en el verano de 1885, que siguió a mi cambio de destino del Sudán, mencioné las águilas pescadoras y, como ocurre tan frecuentemente cuando hechos de historia natural se explican al iniciado, originó no poca chanza cuando aseguré que sin duda veríamos al águila pescadora en su nido cuando pasáramos por La Roca. El asunto llegó al capitán de nuestro transporte que, naturalmente, alteró su curso y navegó cerca de este punto. Todas las lentes fueron enfocadas hacia el nido y grande fue el júbilo al estar aparentemente vacío, ¡hasta que el ave adulta se levantó, de repente, de encima de su pollo y, manteniéndose en pie, mostró su pechuga blanca al incrédulo Cuerpo de Camelleros!

De vez en cuando algún desconsiderado escopetero ha matado una de estas bellas aves. Sé de cinco casos en los últimos treinta y tres años, y por supuesto puede haber otros, pero la afligida ave encuentra pronto otra pareja y todo sigue como antes. No hay duda de que existe una inagotable fuente de águilas pescadoras, machos y hembras, que se hallan en la opuesta costa africana. En aquel lado hay, normalmente, un nido donde quiera que haya un escarpado promontorio de acantilados marinos. He visto tres nidos sobre un promontorio a unos pocos cientos de yardas uno de otro. Aquí están razonablemente a salvo porque debido a la fuerte marejada que se desencadena, el desembarco es, con frecuencia, imposible y, además, las pescadoras, a diferencia de tantas otras águilas, parecen apreciar las ventajas de elegir paredes difíciles como lugares de cría. Al margen de la actual situación agitada de Marruecos algunos de estos nidos están también en zonas de la costa donde los europeos nunca han sido bienvenidos y, por tanto, rara vez han sido visitados.

Muchos autores han descrito la estructura del pie del águila pescadora como una adaptación para asegurar mejor su presa del pescado, con el dedo externo reversible de forma que el pie puede

ser usado bien cuando se posa con tres dedos hacia adelante y uno hacia atrás (en la forma normal), o bien cuando tiene que sujetar un pez, con dos dedos delante y dos detrás. El profesor Newton publicó una excelente ilustración de la estructura del pie en su Diccionario. Yarrell menciona cómo el amplio movimiento lateral del dedo posterior permite a la pata sujetar un objeto por los cuatro lados, y describe cómo una pescadora en cautividad fue observada agarrando así su alimento. Confieso que nunca he examinado las marcas hechas por las garras posteriores de un águila pescadora en un pez, pero tras observarlas agarrar su presa parece como si la llevaran de "adelante a atrás" o paralela al cuerpo del ave y no "atravesada". En tal posición las garras sujetarían probablemente con más seguridad un pez resbaladizo, clavándolo por la espalda en dos puntos y "afianzando" con las otras dos garras, una a cada lado del cuerpo. No hay duda de que esto ha sido observado por otros naturalistas de campo, pero no he podido encontrar referencia alguna. Con un pez sujeto así longitudinalmente, las marcas de las garras de cada pata indicarían bien los cuatro puntos de una cruz de San Jorge o de San Andrés sobre la espalda del pez, si estuvieran distribuidos como yo sugiero, o bien "dos al frente y dos detrás".

El grito del águila pescadora es del tipo bien conocido del halcón o del azor, como el de un cernícalo o de un gavilán cuando están peleando, sólo que mucho más fuerte. Cuando uno se acerca a un cortado donde están criando pasarán de vez en cuando volando cerca gritando de esta manera, y resulta fascinante observarlas.

He oído también este grito por la noche pero, aparentemente, de aves que estaban posadas en sus nidos o cerca de ellos. Las pescadoras usan normalmente sus lugares alternativos de nido desocupados como posaderos donde alimentarse, y de aquí que los gritos puedan venir de aves que están descansando. Siguen pescando hasta mucho después de la puesta de sol y, en cierta ocasión, cuando remaba de vuelta a casa

en el mes de noviembre desde algún acantilado marino, un amigo que estaba conmigo disparó y mató a un águila pescadora cuando ya era muy tarde para poder saber a qué estaba disparando. La desafortunada ave volaba hacia una cueva para dormir.

Cuando una pescadora abandona su nido o posadero entre los acantilados, normalmente vuela hacia el mar en una línea recta durante cierta distancia y, entonces, comienza una serie de amplios bandazos y curvas hasta que se pierde de vista. Cuando pesca vuela en círculos sin mover las alas, a unos 200 pies (60 metros) sobre el mar, hasta que detecta un pez debajo, entonces altera momentáneamente su vuelo y aletea y si queda satisfecha con lo que ve, cae como una piedra hasta el agua, generalmente desapareciendo por completo y lanzando hacia arriba una pequeña columna de espuma. Inmediatamente después emerge, raramente sin algo entre sus garras, y emprende su camino mediante un pausado aleteo hacia la roca o punto dominante donde puede tomar su comida en paz. A veces, justo antes de tocar el agua altera su caída, de repente, mediante unos vigorosos aletazos, y entonces se eleva para seguir la caza. En tales ocasiones, con toda probabilidad, el pez que el ave había seleccionado cuando volaba alto en círculos sobre el agua, bien se había alejado en las profundidades o bien resultaba estar a demasiada profundidad para una recalada con resultados.

La mayoría de la gente ha oído hablar de la notable transparencia de las aguas tranquilas cuando se ven a cierta altura desde arriba, lo que a veces proporciona al que viaja en globo la ilusión de que no hubiera agua en absoluto en un lago. La primera vez que vi esto fue cruzando los lagos de Frensham, en un globo de guerra. Como es normal, la aproximación del globo causaba gran alarma entre gallinas y patos en la vecindad, con las gallinas cacareando violentamente y corriendo en busca de cobertura, mientras que los patos se deslizaban por la superficie del agua y zambullían con fuerza. Desde la altura en que estábamos, los patos buceando, una vez dejaban de mover la superficie, tenían el

aspecto de patos aleteando sobre la tierra, ya que las algas del fondo de la charca somera parecían a nuestros ojos estar expuestas al aire. No hay duda de que el ojo del águila pescadora está preparando para calibrar correctamente la profundidad bajo la superficie del pez que considera su comida, pero debe tratarse de una precisión muy delicada lo que le permite el necesario grado de habilidad.

Dondequiera que haya águilas pescadoras, no hay otro ave que se preste mejor a ser observado mientras está buscando su comida, ya que al contrario de otras rapaces que buscan su presa entre montes y bosques, siempre cazan en lo abierto, donde no hay nada que dificulte la vista de sus movimientos.

Las he visto en estuarios mareales donde llevan a cabo las mismas tácticas que en el mar, pero con la diferencia de que en lugar de dejarse caer como una piedra sobre su presa, se deslizan suavemente hacia abajo y, a la manera de la gaviota cuando pesca, se zambullen un poco en el agua para, rápidamente, elevarse de nuevo. Por supuesto en tales lugares, muchos de los pequeños peces se encuentran en aguas muy someras sobre bancos de arena y fondos de barro, donde una zambullida violenta puede significar la autoaniquilación.

La pescadora tiene reputación de seleccionar como lugar de cría algún enclave de acceso peligroso y, debo admitir que, según mi propia experiencia, esta aseveración es correcta, y que, como norma, cuando el nido no se encuentra en un lugar peligroso, sólo es accesible mediante la escalada, con o sin ayuda de cuerdas. Por supuesto que esto no es aplicable a algunos de los nidos colocados sobre edificios en ruinas en los lagos escoceses, sino a la mayoría de los que uno se encuentra en los acantilados marinos.

El nido más fácil de alcanzar que he visto nunca era uno colocado en una pequeña roca proyectada sólo a 12 o 15 pies (3,60 - 5,50 metros) bajo la cresta de una pared caliza. El nido era visible desde arriba pero, por debajo de él, la pared se

retranqueaba, con el resultado de que quedaba un claro vacío entre el mismo y el mar, a unos 230 pies (70 metros) por debajo. Sin embargo, y por poco razonable que pueda parecer, un nido en tal lugar parece todavía más difícil a la vista que otro colocado en un lugar realmente peligroso ya que aquí sólo se precisa tener buenos nervios y buenas cuerdas para alcanzarlo. Este nido contenía tres huevos frescos magníficamente marcados el 31 de marzo, que es más o menos la fecha normal de puesta para las águilas pescadoras.



La morada de un águila pescadora.

Esta expedición tuvo lugar en uno de los muchos días marcados de rojo en mi vida ornitológica. El lugar elegido por la pescadora era una gran roca desprendida a unos cientos de yardas

de tierra. Todo alrededor y entre la roca y la orilla el agua tenía muchas brazas de profundidad y era de un azul intenso, con profundas sombras púrpura bajo los grandes acantilados de enfrente.

Para alcanzar la cima tuvimos que realizar un desembarco desde una lancha sobre unas rocas resbaladizas en una profunda caverna, en la cual el oleaje se suavizaba. Esta cueva estaba llena de nidos de cormorán moñudo, la mayoría de los cuales contenía en el momento de nuestra visita huevos bien incubados o pollos negros y desnudos echados. No hay necesidad de mencionar el olor de aquel lugar. Una descubierta sobre algunas rocas y por un barranco pendiente, nos llevó a la luz del sol en la cima de la peña. Aunque las dentadas crestas de la caliza apenas nos permitían ver la tierra entre ellas, por entre los intersticios de la roca crecía una sorprendente cantidad de flores. Masas de perejil silvestre, fumarias blancas y rojas, caléndulas, silenes, escilas e hinojos se encontraban por todas partes, mientras que grandes matas de gamón y acantos, asomaban sus cabezas por encima del resto. Era difícil asentar el pie con seguridad debido a las densas matas de lentisco, azotadas por el viento y que entraban por todas las cavidades de las rocas, ocultando profundos barrancos y fisuras.

Ahora describiré un emplazamiento más difícil, el de un nido colocado en un resalte a 100 pies (30 metros) hacia abajo en un acantilado de 350 pies (106 metros) de altura. Aquí, de nuevo, entre el nido y el mar había un gran vacío. Pero la dificultad estaba en que la pared no tenía realmente un borde bien definido, con la cumbre en forma de una terraza muy pendiente de piedras sueltas entre las cuales había, afortunadamente, unas matas de palmito. Estas proveían un apoyo seguro para el grupo que descendía (en este caso tres hombres). Debido a la redondez del borde del acantilado, a unos 30 pies (9 metros) por debajo del punto donde el grupo estaba instalado, era imposible ver por dónde seguir hasta que uno se encontraba en el borde. En

consecuencia, como medida razonable de seguridad, yo me descolgué atado hasta el borde desde donde podía actuar como señalero, recibir las señales de mi amigo cuando era descolgado por el acantilado y pasar mis órdenes al grupo de arriba.



Bajando a un nido de águila pescadora.

En el último momento ocurrió uno de esos absurdos incidentes que quedan grabados para siempre en la memoria. Durante muchos años, anteriormente, aunque siempre había contado con la ayuda de oficiales navales y del ejército, siempre me había correspondido a mi legítimamente hacer el descenso. Esta vez yo estaba excluido de la posibilidad de bajar, ya que

siendo el autor de toda la conspiración contra las infortunadas águilas pescadoras y muchos años mayor que cualquiera de los del grupo, pensé que toda la responsabilidad era mía. Por ello, asumí el más desagradable y para mí doloroso oficio de señalero, ya que cuando se trabaja en un cortado, es siempre mucho peor observar a otro escalar que hacerlo uno mismo. En esta ocasión tres de los de mi grupo eran de la marina, dos de ellos atletas, absolutamente inmunes a las enfermedades de las alturas y a los peligros de los acantilados.

Habiendo visitado el mismo nido diez días antes, cuando lo encontráramos vacío, confié en la misma persona que se descolgó entonces, y que conocía las dificultades del trabajo, para repetir la operación. Pero estaba equivocado. Viendo que había ciertas diferencias al hacer los preparativos, pregunté qué pasaba. La respuesta fue que había diferencia de opinión acerca de quién debería bajar, cada uno de mis atletas insistía en su derecho a hacerlo, ¡uno porque ya había estado antes y el otro porque no había estado! No era el momento para discutir, así que con la decisión adquirida con el entrenamiento militar, ordené bajar al oficial más antiguo, lo que pronto hizo.

Sólo los que han estado en situaciones realmente peligrosas en grandes cortados pueden apreciar la diferencia entre tener como ayudantes a personas que se esfuerzan en disuadir a uno de realizar descensos arriesgados como he hecho frecuentemente, o, como en este caso tener gente que, de hecho ¡competía por tener el privilegio de descender! Con tales ayudantes como los que tenía en este glorioso día, poco nos quedaría por conseguir en cuestión de nidos. Este nido tenía dos huevos frescos el 10 de mayo y eran, según creo, probablemente una segunda puesta, porque la primera fue, de alguna forma, destruida o abandonada.

Otro nido de pescadora del que, afortunadamente, me fue posible obtener fotos, estaba también en un acantilado marino, pero en una posición completamente diferente. En este caso las águilas tenían como sistema de defensa no sólo un formidable

cortado dispuesto en varias terrazas (siempre de los más complicados de escalar), sino que, además, la cumbre, lo mismo que las terrazas, estaba densamente cubierta de chumberas, haciendo mucho más difícil el acceso. Además de ello, debajo había una casajera muy pendiente de finos escombros caídos de la pared, que era necesario atravesar viniendo desde donde desembarcamos, antes de escalar el cortado por el sitio conveniente. Lo peligrosa que resultaba esta casajera quedó bien probado por el Almirante Farquhar en otra ocasión; uno de los de sus grupo, al intentar cruzarla con el arma en la mano, encontró imposible continuar sin la ayuda de ambas manos y, tras consultar con los otros, tuvo que abandonar su arma que se rompió en pedazos al caer sobre las rocas de abajo.



El acantilado del águila pescadora.

Esta casajera resultaba demasiado para alguno de los de mi grupo y, desafortunadamente, entre ellos estaba el hombre en

quien yo había confiado para indicarme la posición exacta del nido una vez que hubiésemos alcanzado la cumbre.

En la fotografía del perfil del acantilado (página anterior), tomada desde un punto sobre la cascadera, a unos 150 pies (45 metros) sobre el mar, se puede ver el águila abandonando el nido, que es la mancha oscura en lo alto de las chumberas que están al mismo nivel del ave.

Un exhaustivo reconocimiento con telescopio desde el puente de nuestro barco me dejó bien claro que las dificultades comenzarían en cuanto llegáramos a la zona superior situada sobre el nido. Una vez rebasada la peligrosa cascadera llegamos a una apretada mancha de lentiscos, zarzas y también chumberas, aloes y todos los obstáculos habituales y posibles de una jungla semitropical. Finalmente emergimos, derrotados y exhaustos, sobre la cumbre herbosa y nos tendimos para tomar aire y recuperar el aliento. Seguidamente tuvimos que abrirnos camino a través del denso matorral, hasta el punto que imaginábamos estaba por encima del nido y, entonces, trazamos nuestro recorrido hacia abajo por la inclinada pendiente del acantilado hasta llegar a una caída vertical de varios pies.

Entonces empezó mi trabajo y descendí por mi cuerda, terraza tras terraza, abriéndome camino a través de espesas líneas de chumberas -una operación muy penosa-. En ese momento nos dimos cuenta de que no había nadie debajo para señalarnos dónde estaba el nido. El resultado inevitable fue que tras descender más de 100 pies (30 metros) tuve que pedir ser izado de nuevo, siempre a través de las chumberas. De nuevo descendí y una vez más fallé en encontrar el nido. En el tercer intento alcancé un descansillo en el gran acantilado desde donde, tras soltar mi cuerda (y asegurarla a un arbusto por razones obvias) me desplazé por una repisa hacia el sur, alcanzando un punto que identifiqué como cercano al nido según se veía desde abajo. Por tanto, volví sobre mis pasos y, alcanzando de nuevo mi cuerda, fui izado por tercera vez. Durante esta operación pasé por una

repisa donde estaba criando un halcón peregrino. La hembra adulta voló alrededor de mí con gritos estridentes y se posó en una plataforma arenosa de la roca a pocos pies de mí, con las alas abiertas y las plumas levantadas, bajó la cabeza y se quejó furiosamente. No dudé de que me encontraba cerca de sus pollos pero tenía trabajo más serio que hacer y, por tanto, la dejé tranquila.



Nido de águila pescadora.

Hice luego mi cuarto y último descenso, y me encontré inmediatamente encima del nido, pero antes de que pudiera continuar bajando hasta él, el grupo que sujetaba la cuerda tuvo que bajar hacia mí, ya que la cuerda era muy corta. Finalmente alcancé el nido, una masa enorme de grandes palos que medía más de 5 pies (1,5 metros) de ancho, y era, sin duda, el resultado de muchos años de trabajo. En él había dos huevos muy incubados. De pie, sobre una repisa cerca del nido y sujetando la

cámara entre mi cuerpo y la cara del acantilado, me fue posible tomar algunas exposiciones de mucho tiempo con resultados bastante buenos. Era casi la puesta de sol y la roca estaba en la sombra, lo que no facilitaba mi objetivo. Entre la áspera naturaleza de la roca, las resbaladizas terrazas cubiertas de tierra suelta y piedras, y las detestables chumberas, nunca había tenido un objetivo más desagradable en un acantilado. Pero he vivido luego para soportar peores experiencias, aunque no tan dolorosamente prolongadas como ésta.

Mi concisa anotación en el diario resume todo el trabajo así: "Cortados muy ásperos, verticales y peligrosos, altura del nido sobre el mar, 160 pies (48 metros). Cumbre del cortado, 310 pies (94 metros), la peor experiencia de trabajo con cuerda que he tenido nunca".

En cuanto a las chumberas, tuvieron que pasar muchos meses antes de que la última de las espinas venenosas que había recogido por varias partes de mi cuerpo consintieran en salir, y tras infectarse primero.

¡Tales son mis experiencias de fotografía del águila pescadora! De este modo, estoy bien preparado para comprender a algún colega que afirma que él, normalmente, ¡visita nidos de águila pescadora en lugares donde uno pueda arrastrar una carretilla!



TÍTULO VI - EN LAS SIERRAS

CAPÍTULO I

UN DÍA EN LA BAJA SIERRA

Una vista lejana en 1884 - Una solemne promesa - Repetidos intentos de llevarla a cabo - Una cabalgada en un día de primavera - Tierras de barbecho y cultivo - Un curso de agua y sus habitantes - Una amplia vista - El matorral de jaras - Sepulcros en la roca - Su origen desconocido - Alcanzamos el cortado - Una colonia de buitres - Un reconocimiento cuidadoso - Formación del risco - Una lección práctica de geología - Explorando una cueva - Un camino subterráneo - Entre los nidos de buitres - Fotografiando los pollos - Comportamiento de los adultos - Magnífico escenario - Un establecimiento ideal.



Un día de otoño tan lejano como el año 1884, mientras cruzaba la bahía de Trafalgar en mi camino hacia Egipto y Sudán, estuve examinando con un telescopio el terreno montañoso al norte de Tarifa. Yo tenía ya cierta familiaridad con la topografía de esta región por haber hecho varias expediciones a través de ella, bien para cazar o en busca de nidos, durante los diez años precedentes. En esta ocasión, sin embargo, descubrí un risco cuya existencia había ignorado hasta el momento, entre las escarpadas

y rocosas laderas de una de las sierras que se levantan detrás de las orillas arenosas de la Bahía de Trafalgar.

En mi diario encuentro lo siguiente, correspondiente al 26 de septiembre de 1884 y referido a este risco: "Debo subir a él algún día". En aquel momento las circunstancias no se prestaban a ello. Yo iba a bordo de un barco de vapor de 10 nudos de velocidad, contratado para transportar unos cuarenta de los famosos balleneros del Nilo hasta Alejandría, con la ayuda de los cuales, los espíritus optimistas pensaban que todavía sería posible echar una mano al General Gordon que, a la sazón, se encontraba tan gravemente acosado en Khartoum.

En 1884 el Sudán, con todas sus dificultades y peligros, era prácticamente *terra incognita*, no solo para nosotros, soldados que íbamos a ser desplegados en sus inmensos territorios, sino para la gran mayoría del mundo civilizado para el que aquello era, ciertamente, poco más que un nombre. Nadie en aquel momento tenía la más mínima idea de lo que teníamos ante nosotros y, como es normal, el único temor por parte de los soldados era que no hubiera lucha, una piadosa aprensión que los acontecimientos posteriores en el seco Desierto de Bayuda demostraron no tener base alguna.

Casi un año después, cuando iba de viaje de vuelta a casa tras nuestro fracasado intento de llegar a Khartoum, una vez más observé el mismo risco brillando al sol de la tarde, y una vez más anoté la promesa de intentar visitarlo algún día, ya que mi imaginación lo pobló con buitres y posiblemente águilas, cuyos huevos podían ayudar a enriquecer mi colección.

Pero aunque estuve frecuentemente en España en los siguientes doce años, el destino parecía estar en contra de mi permanente objetivo. En varias ocasiones hice esfuerzos para cruzar la sierra y alcanzar aquel punto, pero por una u otra causa siempre resultó imposible. Una vez las lluvias hicieron que la sierra y el barro al pie de las colinas resultaran prácticamente intransitables. En otra ocasión, aunque conseguí llegar muy cerca,

encontré que el tiempo de luz que me quedaba no me permitiría cruzar varias peñas y barrancos que había entre donde yo me encontraba y el punto en que yo calculaba que debía estar el risco.

No fue hasta mayo de 1901 cuando me encontré de nuevo a un día a caballo de la parte de la sierra en que se encontraba el risco que había visto en 1884. Abril había sido un mes de extraordinarias lluvias e inundaciones pero, durante las últimas dos semanas, habíamos disfrutado de un tiempo espléndido, y los caminos y pasos de montaña estaban en excelentes condiciones para viajar.

Fue uno de esos gloriosos días de primavera, de esos que para mi mente poco imparcial no los hay más gloriosos en ninguna otra parte más que bajo el cielo andaluz, cuando emprendimos nuestra expedición a caballo en busca del risco, acompañados por una pareja de españoles, ambos viejos amigos y compañeros en muchas expediciones semejantes.

A mediados de mayo, la fecha de nuestra visita, todo el campo estaba alfombrado de flores, predominando malvas rosas y corregüelas azul brillante. Las aves abundaban, por supuesto, siendo las más conspicuas las calandrias, una especie de casi doble tamaño que nuestras alondras. Su canto es más potente en algunas estrofas que el de las nuestras, y cantan en vuelo, al igual que éstas, pero no a tanta altura ni con la misma persistencia. Los trigueros estaban posados tontamente sobre cardos o tallos de gamones secos, dando rienda suelta a su tedioso canto, con chocante monotonía y permitiendo que nuestros caballos pasaran a una o dos yardas sin mostrar alarma o sorpresa.

Pronto alcanzamos las tierras labradas lindantes con las llanuras, que en esta época están cubiertas con cosechas de cebada y trigo barbado, ahora ya casi totalmente crecido pero aún verde. Nuestro camino seguía normalmente el borde de algún tortuoso curso de agua, a veces a través de suaves lomas a lo largo de un lindero entre los cultivos, hasta que de nuevo se unía al curso de agua. Los barbechos estaban cubiertos de mostaza

negra, cuyas flores amarillas se levantaban a más de 6 pies (1,80 metros) de altura sobre el suelo.

Estos cursos de agua forman, en el mes de mayo, un magnífico refugio para una multitud de seres vivos. Es cierto que en el fondo la corriente es normalmente insignificante pero, a intervalos frecuentes, las riadas del invierno han excavado profundas pozas con bordes escarpados que forman, ahora, una sucesión de charcas que suponen un hábitculo para gran cantidad de vida animal. Con agua abundante por debajo, y el sol del sur de España encima, se puede imaginar, fácilmente, que a lo largo de estos arroyos la naturaleza simplemente se desmanda. Los bordes están densamente cubiertos de yerba exuberante y de vegetación, que se vuelve brillante por la mezcla de la zulla carmesí y la cerinte azul púrpura. Ranas de todos los tamaños, verdes y marrones, mantienen un ruidoso coro que cesa de repente en cuanto detectan la aproximación de un viajero y se lanzan sucesivamente a la charca. En las orillas soleadas del barranco se ven tortugas de agua apiñadas sobre el barro seco, desde donde se deslizan o, simplemente, se dejan caer al agua con una serie de zambullidas. En algunas zonas la vereda está casi bloqueada por grandes umbelíferas de flores blancas de más de 9 pulgadas (23 centímetros) de ancho, y por una gran diversidad de grandes cardos amarillos y púrpuras. Entre flores, plantas, reptiles y finalmente, pero no por ello menos importantes, numerosísimos insectos, un paseo a caballo a lo largo de uno de estos arroyos es siempre para mí interesante y, además, es simplemente una fase de parecidas pero diferentes experiencias dentro de las siempre variables condiciones de viaje en Andalucía.

Conforme dejamos las tierras bajas y ascendimos a las suaves colinas verdes que en todas partes limitan con el monte o zona de matorral, nuestra vista del terreno de alrededor se amplió rápidamente. Detrás de nosotros, la extensa llanura de la laguna de La Janda se extendía por el norte hacia los lejanos cerros púrpura entre los que blanqueaban, a la fuerte luz del sol, las

viejas villas moras de Alcalá de los Gazules y Medina Sidonia. Pronto se hizo visible la bahía de Trafalgar, con su franja de cerros amarillos de arena y acantilados escarpados de arenisca. Lejos, hacia el noroeste, podíamos ver borrosamente las casas blancas de La Isla, brillantes a través de la calima.

Volviéndonos hacia el sur, comenzamos a subir por las estribaciones bajas de la propia sierra, con nuestro sendero haciéndose gradualmente más rocoso y difícil, y en cierto momento se hizo necesario desmontar y llevar a los caballos del diestro. El matorral crecía más denso, y a veces no resultaba fácil forzar nuestro paso a su través a lo largo de la estrecha vereda. Estábamos ahora en el reino del palmito, del lentisco y de la jara ¡y qué jaras! Las faldas que bordean los cerros de arena cerca de Trafalgar, están cubiertos de densos jarales que alcanzan, a menudo, 6 pies (1,80 metros) de altura, salpicados de magníficas flores blancas, algunas de las cuales, miden hasta 4 pulgadas (10 centímetros) de ancho. Estaban en plena floración en el momento de nuestra visita y había cientos de acres de laderas cubiertos con su bello follaje verde oscuro, manchado por todas partes con estas gloriosas flores. Más arriba, en lo alto del monte, había una particularmente bella y diminuta jara con un conspicuo círculo rosa en el centro que abundaba por doquier, así como otras con flores blancas, amarillas y carmesíes.

Dieciséis años es un tiempo considerable para conservar en la mente los detalles topográficos precisos, y por eso no resultó una sorpresa para mí el que, tras rebasar la cresta de la sierra que estábamos ascendiendo, no se viera un peñón de las dimensiones que yo había anotado en 1884. Estábamos seguros de que había un risco o, quizás, una serie de ellos frente a nosotros, pero ninguno era el que estábamos buscando. No obstante, seguimos subiendo, ya que estábamos seguros de que desde más arriba se podría obtener una buena vista. Tras dejar nuestros caballos y hombres en el jaral de abajo, trepamos por las rocas y pudimos ver en el horizonte, frente a nosotros y a la izquierda, a una milla

de distancia, varias peñas dentadas que debían de pertenecer al cortado que estábamos buscando. Pero, no obstante, comenzaba a tener incómodas dudas acerca de su existencia.

Cuando estábamos subiendo por estas rocas, llegamos a una serie de esos sepulcros misteriosos que tan frecuentemente se encuentran en situaciones similares en Andalucía. Están tallados siempre en la superficie plana de la roca, y tienen las medidas tradicionales de 6 pies (1,80 metros) por 2 pies (0,60 metros) con una profundidad de unas 18 pulgadas (45 centímetros).



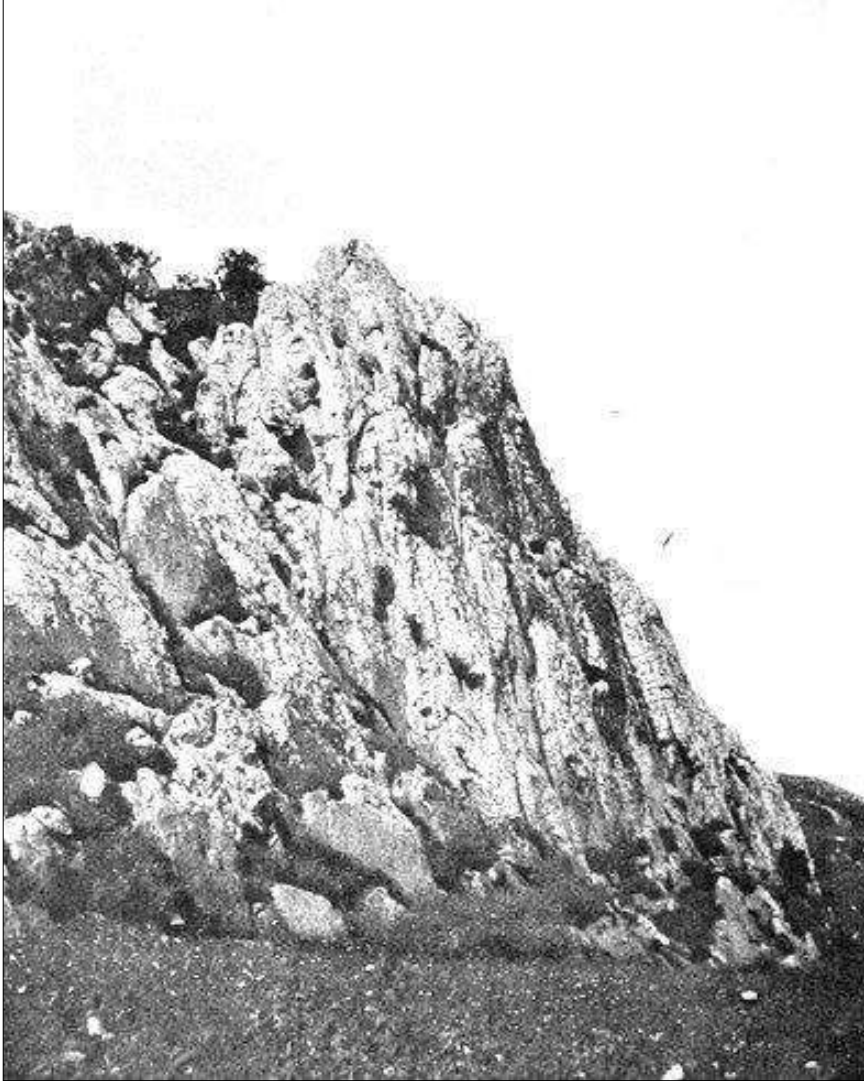
Jaras y sepulturas en la roca.

Estas son las medidas de las tumbas más grandes, pero también se encuentran, constantemente, otras más pequeñas de todos los tamaños, por debajo incluso del de un niño muy pequeño, lo que indica que estas tumbas eran utilizadas para enterrar personas de ambos sexos y de todas las edades. Los españoles, por supuesto, las atribuyen a los moros, algo que invariablemente hacen con todas las cosas de las que no saben nada. Las tumbas están orientadas en todas direcciones y su emplazamiento parece haber sido elegido simplemente para obtener una buena superficie de roca horizontal continua sobre la que trabajar. Posiblemente, estos sepulcros en la roca son de origen fenicio, pero este es un asunto que seguro exige más investigación.

Para volver a la búsqueda de nuestro acantilado, aunque estaba a menos de una milla (1,5 kilómetros) de los peñones dentados que marcaban la divisoria de aguas, tendríamos que atravesar un profundo valle rocoso con lados pendientes y cubiertos de vegetación impenetrable. Se hacía por tanto necesario buscar una *vereda* que bajase hacia la costa, a varios cientos de pies de donde estábamos, para cruzar el valle donde estuviera más abierto y practicable. Así lo hicimos, y volviendo a montar nuestros caballos, comenzamos la penosa ascensión de la colina que teníamos detrás. Conforme subíamos la ladera me creció el presentimiento de que, finalmente, había encontrado el camino del acantilado que buscaba, y era cierto, pues al alcanzar una meseta y dar la vuelta al extremo de un saliente rocoso, tuvimos de repente a la vista un buen acantilado hacia el suroeste, de unos 300 pies (91 metros) de altura.

Cerca de su base había una encantadora y blanca casa de campo, construida en tres partes alrededor de un *patio*, que inmediatamente reconocí como un hito que yo había anotado allá en 1884, cuando iba camino de Egipto. La desolada naturaleza de estas colinas rocosas y su inaccesibilidad, se pueden calibrar por el hecho de que resulte fácil para un considerable risco como éste,

permanecer así de cómodamente oculto y fuera de la vista de la mayor parte del terreno que lo rodea.



Un cortado con buitrera.

Como se puede imaginar, la vista de una peña desde la cubierta de un barco de vapor, a unas siete millas (11 kilómetros)

o más en el mar, le da a uno una pequeña idea de su tamaño y, más especialmente, de su inaccesibilidad, y me sorprendió agradablemente constatar que aquel peñón tan largamente buscado estaba, obviamente, equipado para albergar una colonia de buitres, y su naturaleza no era tal como para impedirme su escalada o descuelgue, aún en mi condición de mutilado de aquel momento.

Subiendo roquedos, así como en otras muchas ocupaciones, nada es más nocivo para alcanzar el éxito que la excesiva prisa. Por eso fuimos primero a una peña, a unos cientos de yardas o más de la cara del acantilado, desde donde, primero con los prismáticos y luego con un telescopio, examinamos cuidadosamente su superficie, para marcar sus rasgos salientes y sus zonas más accesibles. Una ojeada superficial bastaba para darse uno cuenta de que una colonia numerosa de buitres leonados ocupaba las cuevas y fisuras de la cara del acantilado, y había varias de las grandes aves planeando frente a él, como se puede ver en la fotografía que se acompaña (pág. anterior). Una pareja de alimoches, con plumaje blanco nevado y alas terminadas en negro, volaba alrededor de las peñas más bajas donde estaban criando, mientras que el graznido de alarma de los cuervos nos indicó que también tenían un asentamiento por allí cerca. Sin embargo, no se veían águilas, y no me sorprendió, ya que las águilas evitan cualquier peña ocupada por sus grandes parientes los buitres leonados. ¡Probablemente no están contentas con este parentesco y los evitan por eso!

El roquedo era de una formación muy común en el sudoeste de Andalucía que consiste en enormes bloques (originalmente estratos) de arenisca inclinados en un ángulo considerable, unos setenta grados en este caso. Mucho tiempo a la intemperie ha desgastado el suelo depositado encima, y ha soltado los estratos del frente, que formaban ahora una pendiente casajera por debajo, densamente cubierta de matorral, entre el que había diseminadas grandes rocas. La parte posterior del

peñón estaba desnuda unos 30 a 50 pies (9 a 15 metros), con los grandes bloques de roca sólida inclinados hacia atrás y formando, en algunos lugares, una especie de tejadillo. La tierra rocosa estaba aquí afianzada al frente por el revestimiento natural de la masa de roca, y se extendía unas 20 yardas (18 metros) o más hasta el pie de un segundo peñón, paralelo con el primero y de forma parecida, sólo que a más reducida escala. De esta serie de bloques paralelos de rocas, vueltas por algún gran movimiento sísmico, proviene el nombre español de "*sierra*" para estas escarpadas cumbres de las montañas de España.

En mis tempranos días de escalar peñas solía ponerme, generalmente, manos a la obra sin perder tiempo, a menudo por el consabidamente arriesgado e incierto procedimiento de ataque frontal. Pero una mayor experiencia me ha mostrado la conveniencia de buscar siempre un camino. Una lección de geología práctica adquirida con la repetida experiencia consiste en que, en el caso de cualquier estrato invertido, como el que he intentado describir, hay casi invariablemente lugares donde, bien debido a falta de homogeneidad en la roca o bien debido a otras causas, como fuertes presiones, se ha llegado a un estado general de desmoronamiento. En tales lugares se ven grandes uniones y fisuras, y también zonas donde las partes de la roca más suaves y menos resistentes se han desgastado, dejando profundas simas y cuevas no raramente obstruidas con montones de estratos rotos y fragmentos de roca de la parte superior. Tras un serio intento por uno de los flancos rocosos del acantilado principal por donde iba nuestro camino, a lo largo primero de una peña resbaladiza y luego de nuevo entre el matorral que crecía abundantemente en las sucesivas terrazas, llegamos por fin a la cara posterior de la cumbre. Aquí nos encontramos frente a grandes rocas extraplomadas. Deslizándonos a través de un estrecho barranco entre dos grandes peñas, ganamos una especie de balcón labrado en una roca sólida, probablemente el resultado de un deslizamiento o desprendimiento, siendo la repisa en la que nos

encontrábamos la parte superior del bloque movido. Desde este punto se obtenía una buena vista hacia los flancos y hacia abajo, y comprobamos que a unos cientos de pies de la cumbre había una serie de repisas interrumpidas y peñas medio desprendidas paralelas a los estratos de la cara general del precipicio, formando la parte central de la colonia de buitres. Cualquier movimiento desde este punto dominante resultaba, sin embargo, imposible, salvo con la ayuda de una cuerda. El precipicio inferior era continuo y escarpado, por lo que volvimos a través del barranco a la parte posterior de las peñas y empezamos de nuevo la búsqueda de algún camino por el lado. En ese momento, entre el laberinto de rocas caídas, llegué a una pequeña cueva, y empecé en seguida a explorar sus profundidades.

Antes de llegar muy lejos resultó evidente que era sólo una parte de una gran fisura que penetraba bien dentro hacia el corazón del peñón, obstruida con fragmentos de rocas colocados unos encima de otros.



En la ladera opuesta al cortado.

Tras trepar y arrastrarme bajo varios de ellos, pasando por encima de unos o por debajo de otros, llegamos a un punto en donde, a la oscura luz de la caverna, podíamos advertir una caída de 15 pies o así (4,5 metros). Por este vacío era fácil descender a la manera de chimenea, debido a las desigualdades de la superficie de la roca y a la estrechura del pasadizo, y conforme me acercaba al fondo percibí el destello de luz que venía desde alguna parte de la dirección donde yo sabía que debía estar la cara de la roca. Esto era de lo más conveniente y pronto me encontré en el extremo interior de una estrecha pero alta caverna, cuyo suelo se inclinaba hacia delante. Siguiendo cautelosamente, al rodear una roca, vi frente a ella el grande y desordenado nido de un buitre leonado descansando, literalmente, sobre el suelo inclinado, a unos dos pies (60 centímetros) de la boca de la cueva que se abría en la cara del cortado principal. En su interior había un pollo de buitre del tamaño de un pato, y cubierto de plumón blanco. En el momento en que me vio fingió estar muerto, como es habitual, dejando caer su horrible y desgarbada cabeza de lado sobre el fondo del nido y quedándose perfectamente inmóvil en esa actitud incómoda.

Estaba ocupado colocando mi cámara adecuadamente cuando un gran ruido de alas me indicó que volvía uno de los adultos. Inmediatamente un buitre leonado con las patas extendidas se posó con fuerte conmoción en la roca saliente, a unos pocos pies de mí y justo al lado del nido. Apenas había plegado sus grandes alas y recobrado su equilibrio, cuando me vio y, dando la vuelta, se lanzó al aire de nuevo con gran apresuramiento y ruido.

Una vez fotografiado el pollo me acerqué más al nido y me quedé de pie sobre la roca en que anteriormente se había posado el adulto. Vi que asomaba por la gran cara del cortado, a unos 200 pies (60 metros) de su base, quizás a 100 pies (30 metros) bajo su cumbre, y que se encontraba en mitad de la colonia de buitres. En una cornisa abierta al otro lado del vacío, y sólo a unos 15 pies

(4,5 metros) de mí, había otro pollo de buitre en su nido. Con el objeto de ver qué otra cosa había por allí, hice algún ruido, e inmediatamente una media docena de estas grandes aves abandonó fisuras y cuevas en el cortado adyacente. Entonces siguió un momento de lo más interesante para el aficionado a las aves en su hábitat. La superficie de la roca, aunque a veces era casi vertical, estaba muy erosionada, y proveía magníficos agarraderos y lugares donde asentar el pie con mi calzado de suela de esparto, y así me fue posible cruzar la cara del cortado en varias direcciones y visitar cierto número de nidos. Como la temporada estaba ya avanzada ninguno de ellos contenía huevos, pero me fue posible conseguir aquello por lo que había venido, es decir, una serie importante de fotografías de pollos de buitre leonado en sus nidos, en casi todos los estados de desarrollo, desde el muy pequeño con plumón blanco, no mayor que un ganso recién nacido, al totalmente crecido y cubierto por completo de grandes plumas marrones, que estaba esperando el completo crecimiento de sus primarias para echar a volar e irse.

Mientras estaba ocupado con mi cámara, los adultos seguían volando sobre el cortado, con sus inmensas alas extendidas y aparentemente inmóviles con las puntas de las rémiges primarias muy separadas. Una y otra vez alguna madre ansiosa pasaba por la cueva donde yo estaba con un gran zumbido de alas y me era posible tomar varias instantáneas conforme venía hacia mí, antes de que detectara mi presencia y se alejara con pesado aleteo. Los buitres, como otras grandes rapaces, no se dan cuenta de su superioridad comparada con la de un humano que esté ocupado en abrirse camino a lo largo de alguna estrecha repisa o a través de la cara de un abrupto cortado, donde el más mínimo golpe le podría causar una pérdida de equilibrio. Que podrían hacerlo es cierto, pero es igualmente cierto que su pavor inherente al hombre los disuade de recurrir a tales tácticas tan molestas para el buscador de huevos o el fotógrafo. Dejando el acantilado, tras un complicado descenso

todavía menos agradable que la subida, llegamos por fin a la pequeña casa blanca que había abajo.

La vista desde el *patio* emparrado era simplemente magnífica. Lejos, por debajo de nosotros, la arena amarilla de la línea de costa se extendía unas 20 millas (32 kilómetros) hacia la vieja fortaleza y faro de Tarifa, cuyos edificios blancos formaban un bello contraste con el profundo azul del Estrecho detrás. A través del mar, podíamos discernir cada detalle de las salvajes montañas rocosas de la costa de Berbería, desde Ceuta hasta Tánger, dibujadas en bien definidas masas púrpura de luz y sombra, mientras el escarpado entrante de Cabo Espartel se dibujaba con fuerte relieve contra las brillantes aguas del Atlántico, que desde nuestra elevada posición parecían extenderse hacia el oeste hasta que el mar y el cielo se fusionaban.

El propietario de esta casa tan idealmente situada que menciono era un cabrero de cierta importancia, poseedor de considerables rebaños que encontraban su subsistencia por las colinas rocosas de la sierra. Sería difícil imaginar un ejemplo de cualquier hombre tan cerca, teóricamente, y al mismo tiempo trasladado tan lejos de cualquier influencia de la civilización moderna. Su única idea de civilización era la dormida y decadente ciudad de Tarifa, y para alcanzar la única carretera que llevaba allí, tenía que recorrer unas siete millas de un camino pedregoso sólo transitable con buen tiempo. Y encima, diariamente y casi a cada hora, pasaban a sus pies grandes barcos de guerra y mercantes, que representaban el poder y la solvencia de los Estados más civilizados en su camino a través del Estrecho de Gibraltar.

El servicio postal, el telégrafo, los periódicos y similares eran cosas que no usaba; estaba contento de vivir así, aislado en aquel clima glorioso y referirse con orgullo justificado a la bella vista de su *patio*, su única posesión entre las ansiadas urbanizaciones modernas.

¿Había recibido alguna vez anteriormente la visita de un inglés? Sí, una vez, uno había venido buscando plata por la sierra donde yo estaba buscando buitres, aunque Dios sabe cómo la plata podía criarse entre las rocas. Sin embargo, buscar plata era algo que se podía comprender, ¿pero buitres? ¿y fotos de buitres? ¿y para qué servían?

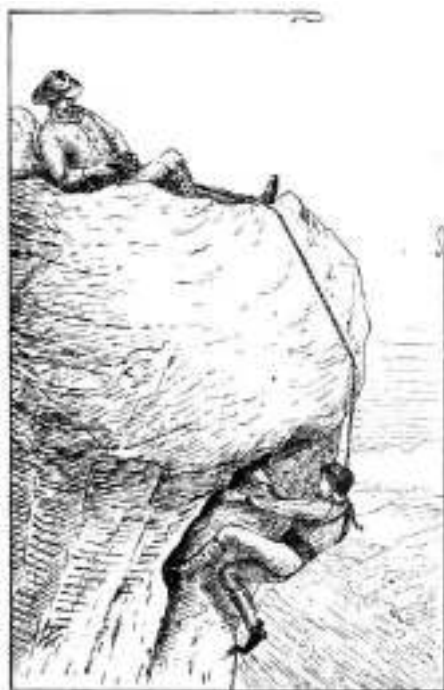
El inglés le había dicho que tenía un tesoro escondido o una mina de oro en su jardín. Pero nunca volvió. Nos despedimos de mala gana de nuestro anfitrión, sin olvidar la belleza de las hijas que vivían en la casa, belleza en la que el explorador inglés podía posiblemente estar pensando cuando hablaba de un tesoro en aquel jardín.



CAPÍTULO II

LAS PEQUEÑAS AVES DE LA SIERRA

Las variadas atracciones de las sierras - Ruinas moras y romanas - Una raza de habitantes de la roca, un asunto para la investigación arqueológica - El chochín - Al avión roquero - Una zambullida por un nido - Una "identificación" desafortunada - El roquero solitario - El "gorrión solitario sobre el tejado de la casa" - Poderes excepcionales de disimulo - Un nido colocado en un lugar difícil - Lamentos inútiles - Jóvenes roqueros solitarios - Un dulce cantor - La búsqueda en acantilados marinos - Nido en la pared de Carlos V - Fusileros de guardia - Una victoria largamente aplazada - La collalba negra - Una especie muy escurridiza - Fracasos repetidos para encontrar el nido - La garita y la collalba negra - El pedrero - Curiosa costumbre de construir el nido con piedras - Un nido sorprendente.



Mi objetivo original al penetrar hasta las más remotas partes del campo era observar ciertas especies de aves en sus hábitats, pero desde el primer momento me percaté de las excepcionales oportunidades que tenía a mi alcance, no sólo en lo que respecta a las aves y sus nidos, sino también en casi todos los aspectos de la historia natural. En un país salvaje como el que intento describir, difícilmente pasa un día sin que uno vea algún animal, reptil o insecto que no llame la atención

del menos imaginativo. La extraordinaria profusión de flores y arbustos florecidos, la diversidad de los que componen el llamado matorral conforme uno se adentra desde las tierras bajas en los valles de las sierras, suponen, por sí mismas, el más fascinante objeto de observación.

Y además de Zoología y Botánica, qué maravillosas formaciones geológicas se presentan al viajero entre el gran laberinto de cadenas de sierras y sus somontes adyacentes. Y de nuevo ¿a quién no se le despierta la imaginación sobre las misteriosas ruinas de eras pasadas que se encuentran en las menos frecuentadas, y aparentemente por completo inhabitables, partes de estos terrenos? Naturalmente, en Andalucía abundan maravillosas reliquias de dinastías, algunas de las cuales datan de hace más de 700 años, mientras que las más modernas, deben de ser, al menos, del siglo XV.

Durante algunas de mis ascensiones a las cumbres de riscos remotos e insignificantes he encontrado ruinas de fortalezas bien diseñadas y sólidamente construidas debidas, sin duda, a los invasores árabes. Otras veces he visto ruinas romanas que databan, probablemente, de hace más de 2.000 años. Pero, además de esto, están los diversos fuertes, habitáculos, sepulcros, aljibes con entradas en pendiente y fortificados, todo tallado en la roca sólida, de cuyos creadores no he sido capaz de obtener ninguna información, aunque realmente no me he dedicado intensamente a ello. ¿Qué razas eran las que habitaban en estos desolados lugares en las sierras, sólo accesibles por tortuosas veredas de cabras y, a menudo, escalando? es para mí un misterio sin solucionar. Lo menciono aquí con la esperanza de que algunos lectores de este libro sean arqueólogos y se dediquen a este asunto.

Pero debo volver a mis aves. En las cuevas y grietas de las montañas de caliza y arenisca existe una comunidad de aves propia. Es cierto que algunas de las especies, como se verá, se encuentran en otros lugares, pero las que yo describo forman

parte de la vida de los más remotos lugares, donde los buitres y las águilas buscan la paz y la seguridad. Primeramente tenemos uno de los más pequeños pájaros europeos, el chochín, que habita las más agrestes y desoladas colinas, y que comparte con los buitres las grandes cuevas a cientos de pies sobre el nivel del mar. Donde quiera que haya sitios adecuados, como por ejemplo los innumerables "bolsillos" que tienen excavados los techos de las cuevas de arenisca, allí puede afirmarse que cría el chochín, construyendo su abrigado nido con los materiales que tenga a mano.

Una de las cosas que más me impresiona cuando, tras un gran esfuerzo, alcanzo la cima de algún peñón grande es el absoluto silencio a mi alrededor. Los buitres pueden estar planeando por encima o deslizándose a cientos de pies por debajo, pero nunca pronuncian un sonido. Lo mismo ocurre con las águilas o con las palomas bravías que echan a volar desde las cuevas. De repente el silencio se rompe muy cerca, ¡por el profundo y estridente canto del chochín! Ninguna altura parece ser demasiado grande para este pequeño pájaro invencible. En la misma cumbre de un gran cortado, cuya base descansa sobre los alcornocales a más de 500 pies (150 metros) por debajo, he encontrado un nido de chochín en un agujero, en la misma cueva y muy cerca de uno del gran buitre leonado. En este caso, el chochín había construido la parte externa del nido casi enteramente con plumas de buitre, con las lanceoladas de la gorguera formando la estructura, mientras que el forro estaba compuesto por el plumón lanudo, blanco nevado, que tiene el buitre leonado como cobertura interna.

Una de las más ampliamente distribuidas de entre las pequeñas aves de la sierra es el pequeño y bonito avión roquero (*Ptyonoprogne rupestris*) que para el iniciado puede parecerse a nuestro avión zapador (*Riparia riparia*). Algunas de estas aves invernan en el sur de España abrigadas en los profundos barrancos de las sierras donde se protegen del viento y del mal

tiempo. Su número aumenta desde febrero. Construyen un nido de barro cementado con forma de copa similar al de la golondrina común (*Hirundo rustica*) y no como el del avión común, normalmente en el techo o en alguna cornisa inaccesible de una



Cueva de arenisca sobre una poza del torrente. Lugar de nidos del avión roquero.

cueva. A menudo varias parejas crían juntas. El nido está bien forrado con plumas y los huevos, de cuatro a cinco en número,

son blancos, manchados de gris y marrón oxidado, y parecen una variedad más pálidamente coloreada de los de las golondrinas.

Considerando la abundancia de esta especie es curioso lo raramente que su nido se encuentra en sitios accesibles. Tras cuatro años de fracasos observé una pareja entrando en una cueva rocosa bajo una cascada en un profundo barranco hecho por el agua. Para llegar a este nido tuve que ser descolgado unos 15 pies (4,5 metros) hasta la poza que estaba bajo la cascada, y puesto que no teníamos cuerdas, lo tuvimos que hacer con ayuda de varias de nuestras *fajas* (conocidas por los anglo-indios como “cummerbunds”) empalmadas juntas. Entonces, nadé a través de la charca y entré en la cueva, en cuyo techo había un nido con cuatro huevos. Me resulta triste contar que tan obsesionado estaba yo con la idea de que este avión roquero construía un nido similar al del avión común y ponía huevos blancos como éste y el avión zapador, que pensé que el nido y los huevos que había encontrado pertenecían a la golondrina común de la cual había algunos ejemplares por allí ¡y así abandoné mi trofeo! Se puede imaginar, fácilmente, el disgusto que me llevé unos meses más tarde al enterarme de que, de hecho, había tenido al alcance de la mano los huevos que anhelaba. Debido al hecho de que rara vez estoy en las sierras durante la época de puesta del avión roquero, pasaron muchos años antes de tener otra oportunidad para coger este nido ¡y no fue hasta 1901 cuando finalmente lo conseguí! ¡Ciertamente el desconocimiento es algo muy peligroso en los casos de identificación de los huevos!

Junto con el avión zapador, el avión común (*Delichon urbica*) cría en abundancia en ciertas partes de la sierra.

Sin duda el más conspicuo y mejor conocido de todos los pájaros que habitan el roquedo es el roquero solitario (*Monticola solitarius*), conocido por los españoles como *solitario*, por su costumbre de posarse solo en lo alto de alguna roca o, si es una zona habitada, en lo alto de algún edificio dominante. Creo que estoy en lo cierto al decir que fue esta ave la que David tenía en

mente cuando se describió a sí mismo "como un gorrión solo en lo alto de la casa" y que luego, algunos ornitólogos, intentaron, aunque sin éxito, corregir este aparente error en la versión revisada.

El roquero solitario es un ave deliciosa de observar, lo mismo en estado salvaje que en un aviario. Yo he criado varios de nido y puedo hablar de sus atractivas costumbres. Son extremadamente cautelosos, como todo el que se ha esforzado en encontrar sus nidos podrá confirmar, y yo creo, firmemente, que cuando tienen un motivo para sospechar que están siendo observados, harán grandes esfuerzos para confundir al enemigo simulando un interés inmenso por alguna roca donde no están criando. En cualquier caso, tal ha sido siempre mi experiencia, año tras año que repetidamente he presenciado y sufrido tales tácticas. Naturalmente, tan pronto como me percaté de la presencia de estas aves intento descubrir sus nidos. Aquí, por una vez, me encuentro con alguien que superaba mis habilidades y durante tres años seguidos he sido sistemáticamente derrotado. Así, en 1875 yo ignoraba la época en que criaban y sólo encontré un nido el 22 de mayo, cuando los pollos estaban totalmente crecidos y volando. En 1876 tampoco tuve éxito. En 1877, cuando estaba observando un nido de águila con el Mayor Robert Napier (ahora Lord Napier of Magdala), vimos una pareja de solitarios que, evidentemente, estaban criando no lejos de allí. En cierta ocasión la hembra, que llevaba un ciempiés en el pico, voló y entró en una profunda grieta vertical en la pared cerca del nido del águila. La roca no tenía más de 40 pies (12 metros) de altura, y la grieta estaba sólo a unos pocos pies por debajo del borde, justo bajo un bloque extraplomado de roca. Napier me descolgó y, con algún esfuerzo, conseguí afianzar mis pies en la hendidura y me sostuve de alguna forma bajo la roca alcanzando el nido que contenía cinco pollos totalmente emplumados; los tomé y los puse en el seno de mi camisa. La vuelta hacia arriba -no había cuerda suficiente para descolgarme hasta abajo- incluyó un difícil

esfuerzo para ambos, mi compañero y yo, ya que, por supuesto, en cuanto abandoné la roca, giré hacia fuera, y quedó demostrada la equivocación que supone que un hombre solo descuelgue a otro en un punto donde no hay agarradero para el escalador. Realicé un dibujo de esta peña sobre el terreno y de él está tomada la ilustración de la primera página de este capítulo. Conservo todavía una viva memoria del incidente, debido a que mi compañero, en alguna ocasión posterior, cuando me he metido con él más de la cuenta, ¡se ha lamentado de haberme izado en aquella peña!

Los jóvenes roqueros que conseguimos aquel día demostraron ser muy divertidos, y fueron unos a los aviarios de Lilford y otros al Jardín Zoológico, donde tenían más espacio para sus retozos que cuando estaban enjaulados.

En 1878 hice incesantes intentos por obtener huevos de esta especie. El 23 de marzo encontré un nido terminado para la puesta en un pequeño cortado, pero los adultos lo abandonaron y se mudaron a otra parte cuando me vieron escalar y acercarme a él. El 10 de mayo recobré la pista y encontré un nido con cinco pollos, ya emplumados, a unas 20 yardas (18 metros) del nido de 1877, y el 18 de mayo encontré otro nido con cuatro pollos en un agujero del techo de una gran cueva, pero una vez más, sin huevos.

Alcancé este nido por el viejo procedimiento del buscador de nidos de formar una pirámide humana con mis compañeros subalternos cuya base estaba formada por Henry Prittie (hoy Lord Dunally), la zona media por Fergusson y la cumbre por mí. Una vez erigida la estructura, apoyados en la pared de la cueva, Prittie retrocedió con cuidado hasta que yo estuve inmediatamente bajo el nido.

En 1879, escarmentado por los fallos anteriores comencé las operaciones más temprano, e incluso en los días en que mis obligaciones militares me impedían abandonar la Roca, dedicaba todo mi tiempo disponible, de guardia o libre de ella, a observar

los cortados apropiados. Por aquella época un roquero adulto macho, en su magnífico plumaje, solía venir diariamente a posarse sobre la cruz de South Chapel. Allí pasaba horas emitiendo de vez en cuando la dulce y corta melodía tan frecuentemente oída en las remotas sierras. Lo vi volar hacia Rosia Bay, donde empleé no menos de seis días de marzo observando los movimientos con su pareja en los cortados.

Por aquellas fechas Lord Lilford estaba en Gibraltar en su yate, el “*Glow-worm*” y con la ayuda de su hijo, Thomas Powys, y algunos de los miembros de la tripulación fui descolgado por los acantilados entre New Mole y Camp Bay, en todas direcciones. Así fue como aprendí, tras penosa experiencia, los métodos disuasorios del roquero solitario. Una de sus prácticas bromas consistía en simular gran interés por alguna cueva o fisura en una pared, y desaparecer en su interior durante considerable tiempo, con el resultado de que me vi obligado a efectuar un peligroso descenso solamente para descubrir luego que había sido engañado. Finalmente, el 5 de abril decidimos que debía haber un nido en una cueva bajo Parson's Lodge Battery. Esta cueva resultaba ser bastante inaccesible desde arriba, así que nadé desde Camp Bay y escalé la pared, pero no encontré nada. Aprendí, sin embargo, que a través de las ásperas rocas por encima de las conchas y las matas espinosas, era muy atrevido ir desnudo en busca de nidos.

Un día de abril, cuando servía para el Ragged Staff Guard, observé una pareja de roqueros sobre la ciudad, por la muralla de Carlos V. Al día siguiente, tan pronto estuve libre de guardia, fui a Gardiner's Battery, desde donde podía obtener una vista de la zona sospechosa y quedarme allí de guardia. Luego me fui hasta el pie del North Flat Bastión y me oculté en las matas, a unas 30 yardas (27 metros), del cortado. Tras una hora de espera observé al macho, que había intentado atraer mi atención por medio de astutas actuaciones en lo alto de la pared, mostrándose más solícito en su conducta. Quedándome inmóvil tuve la suerte de

detectar por el rabillo del ojo a la hembra, que se deslizaba fuera de un agujero en el peñón a unos 30 pies (9 metros) por encima. Me quedé quieto y ¡pronto volvió a entrar al nido! Entonces cogí el camino de la cima del peñón y, tumbándome sobre el borde, toqué la boca del agujero con un bastón. Estaba sólo a unos pocos pies de lo más alto, ¡y el ave salió volando del interior! Entonces me sentí seguro de tener mi presa.



Cuevas en arenisca con nidos de roquero solitario.

Pero aún entonces tuve que ejercitar mi paciencia, ya que el Duque de Connaught, que estaba entonces sirviendo en la Brigada de Rifles, se encontraba visitando Gibraltar con ocasión de su luna de miel, y esto complicó desafortunadamente mis planes, pues teníamos que formar en la Alameda para su revista. Recuerdo que en todo momento en que no estaba en la posición de "firmes", ¡tenía un ojo puesto en aquel agujero del viejo bastión!

Inmediatamente después de que regresáramos a los barracones me puse ropa de faena y, tomando mi rollo de cuerda, me dirigí al bastión. Allí había uno del cuerpo y tres fusileros de guardia. Quitando al centinela y al inevitable cocinero todavía tenía dos hombres para descolgarme por el borde. Cuando llegué frente al agujero vi, para mi inmensa felicidad, un nido hecho de raíces fibrosas ¡que contenía cinco bellos huevos azul claro! Eran, como es característico, de lo más delicadamente transparente, diferenciándose así, de los huevos de nuestro estornino, que son más opacos. De esta manera, al quinto año de mis intentonas conseguí finalmente el éxito. Desde entonces, de vez en cuando, explorando cuevas o moviéndome entre peñas o por la cara de algún cortado, he llegado a muchos nidos de esta ave. Debido a las situaciones especialmente protegidas en que los construyen, los nidos permanecen durante años en buen estado de conservación; de aquí que el escalador vea muchos más nidos que parejas de aves hay en la localidad. En tres ocasiones he encontrado nidos con cinco huevos, y en algunas otras ocasiones contenían menos, pero ninguno de estos casos me ha proporcionado la misma sensación de victoria alcanzada como en ese día de abril de 1879, cuando colgando de mi cuerda en la cara del viejo bastión de Gibraltar puse mis ojos por primera vez sobre esos huevos azules.

La collalba negra (*Oenanthe leucura*), aunque a veces se exhibe mucho más, es, como todas la collalbas, una maestra en el arte de ocultarse y mantenerse fuera de la vista. El macho es un tipo elegante, negro azabache, con una conspicua zona blanca sobre la cola de donde le viene el nombre popular de “*El Sacristán*”; en la hembra el plumaje negro es reemplazado por un marrón más sobrio. En muchas de sus costumbres se parece al roquero solitario y ocupa exactamente el mismo terreno, anidando en cuevas, a menudo en la cumbre de las sierras bajas.

Mi búsqueda del nido de esta especie fue todavía más prolongada y difícil que la del roquero solitario y no estuvo

marcada por el mismo éxito, ya que a día de hoy no he encontrado aún un nido con el lote completo de huevos frescos.

En marzo de 1875 observé una pareja en los barrancos de Europa y al cabo descubrí el nido colocado en un pequeño agujero en la cara de un cortado. Muy desafortunadamente, la hembra fue tiroteada antes de poner y de esta manera perdí la única buena ocasión de mi vida. Al año siguiente fracasé completamente al intentar encontrar estas aves en situaciones donde yo pudiera observar sus movimientos. En 1877 descubrí una pareja frecuentando el mismo barranco en que había encontrado el nido en 1875. Entretanto, había sido construido un gran polvorín cerca del cortado donde estaba el viejo nido y había sido, por supuesto, apostado el inevitable centinela en el polvorín que, por cierto, creo que estaba vacío en aquel momento. Durante varios días observé estas astutas aves sin resultado alguno pero, un fusilero que estaba de guardia, me dijo que cuando me hube alejado las aves volvieron, y estuvieron por el polvorín y los riscos adyacentes sin hacerle mucho caso. La solución era obvia. Yo debería ocupar el mismo lugar del centinela. Entonces, convenciéndolo para que hiciera su ronda hasta el límite más lejano permitido, me deslicé al interior de la garita, y con la vista puesta a través de la mirilla del costado esperé y observé. En muy pocos minutos una collalba negra apareció sobre el cortado a menos de 50 yardas (45 metros) y tras observar al centinela volverse de espalda, voló derecha hacia mí ¡y entró por uno de los agujeros de ventilación del polvorín! Procurándome una escalera subí y encontré el nido colocado a unos pies en su interior. ¡Ay! ¡contenía cuatro pollos recién salidos del huevo!.

El 1 de mayo del mismo año, conforme entraba en una cueva cerca de la cumbre de un pequeño cortado que estaba escalando, una collalba negra salió de su nido, que estaba colocado en uno de esos "bolsillos" en el techo de arenisca. Este fue el primer nido que pude examinar adecuadamente, y por ello me quedé muy sorprendido al comprobar que la parte más baja

estaba compuesta de piedras de varios tamaños, algunas tan grandes como nueces. Hasta aquel momento yo nunca había oído de esta singular costumbre de la collalba negra que la ha hecho acreedora del nombre de “*Pedrero*”, es decir, el picador de piedras, entre las gentes de la sierra.



Cueva mostrando cavidades formadas por la erosión en la roca arenisca.
Lugar de anidación de la collalba negra.

El nido, propiamente, estaba hecho de tallos y fibras y forrado de lanas y unas pocas plumas. Contenía cuatro huevos azul pálido marcados con un anillo rojizo en el extremo más ancho, y de tamaño estaban entre los de nuestra collalba y los del roquero solitario. ¡Estaban a punto de eclosionar!, así que perdí la única oportunidad que he tenido de coger un juego completo de huevos de esta curiosa ave. Aunque he encontrado muchos nidos desde entonces la mayoría estaban vacíos y el resto contenían pollos; así son las cosas de la búsqueda de nidos.

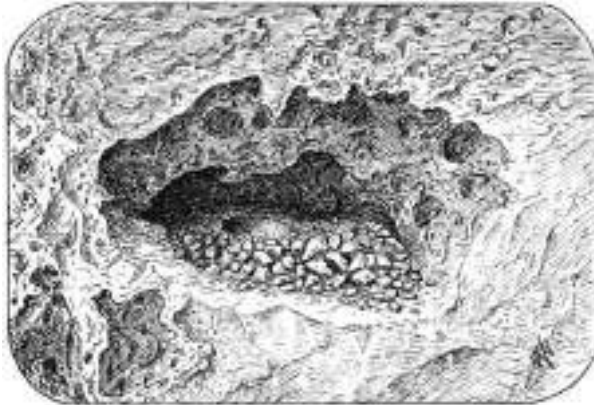
Como norma ha resultado imposible volver a visitar estos nidos (que sin duda hubieran contenido huevos al poco tiempo), debido a sus remotas localizaciones y al hecho de estar yo de expediciones en aquellas fechas.

Algunos nidos tienen sólo unas cuantas piedras debajo, mientras que otros tienen un considerable número de ellas y otros, además, una muralla de escombros construida delante.

Uno de los más elaboradamente contruidos que he visto estaba en una cueva de un risco de arenisca. Estaba explorando algunas peñas en aquel momento, y había dejado al Coronel Irby por debajo. La cueva era casi circular y de unos 12 pies (3,5 metros) de diámetro y 6 pies (1,75 metros) de altura, y las paredes y el techo estaban, como ocurre frecuentemente, horadados con pequeños agujeros, similares a los que se muestran en las fotos precedentes. En uno de ellos, que tenía 9 pulgadas (22 centímetros) de ancho, estaba este nido tan interesante. Viendo lo especial que era, descendí y convencí a Irby para que subiera y lo viera para, con su ayuda, hacer un cuidadoso examen de sus materiales. Delante del nido había una pared de 9 pulgadas (22 centímetros) de larga y 2,5 (6 centímetros) de altura y de cierta anchura. Desmontamos las piedras que la integraban y contamos 282, de todos los tamaños, desde el de una nuez hasta el de un guisante. Luego sacamos el nido afuera; estaba construido con hierba y raíces fibrosas y forrado con las finas fibras del palmito. Bajo el nido había una cimentación de setenta y cinco grandes piedras, que hacían un total de 358. La más grande era de 2 pulgadas (5 centímetros) de largo por 0,75 pulgadas (2 centímetros) de ancho y 0,5 pulgadas (1,25 centímetros) de espesor, y pesaba 2 onzas (56 gramos), habiendo otras muchas que pesaban entre 1 y 2 onzas (28 y 56 gramos).

El peso total era superior a 4 libras y 8 onzas (2 kilos). Lo más notable era que, con la posible excepción de unas pocas escamas de arenisca, todas estas piedras habían sido transportadas por el ave desde cierta distancia. ¿Cómo un ave tan pequeña

transportaba las piedras mayores que encontramos en estos nidos? es todavía un misterio por resolver para mí. El que las transportaba desde una distancia considerable es algo probado. En años posteriores varias parejas han anidado en agujeros de los túneles del ferrocarril en las montañas de Ronda. De uno de estos agujeros, a más de 8 pies (2,5 metros) del suelo, cogí una colección de piedras, algunas eran guijarros lavados por el agua que, obviamente, habían sido tomados del lecho de la garganta, a unos 30 pies (9 metros) por debajo del nivel del ferrocarril. El mayor de ellos pesaba 2,5 onzas (70 gramos).



CAPÍTULO III

EN LA ALTA SIERRA

Extremadamente agreste - Cambios en la vegetación - Veredas poco conocidas - Contrabandistas y sus enemigos, los Carabineros - Compañeros alegres - Las montañas calizas - Dificultades de cultivo - Cultivo de tabaco - Lucha por la cosecha - Fuentes naturales - Las ocultas aldeas árabes - Gargantas de montaña - Un barranco profundo - Corrientes subterráneas - Viejas formaciones calizas - Escalada peligrosa - Una experiencia desagradable - Peñas desnudas - El Cuchillo - La cabra - Una oportunidad perdida - Lobos - Un desierto de rocas - Absoluta soledad - Chovas, acentores alpinos, escribanos cenicientos y halcones peregrinos - Sierra de Lívar - Bandoleros - Secuestradores - Los hermanos Bonel - La Guardia Civil - Una región prohibida - El destino de "Monte Cristo" - La fascinación de la sierra - Maravillosas vistas panorámicas.



Aunque la altura media de la baja sierra en el suroeste de Andalucía ronda sólo entre los 1.500 y los 2.500 pies (450 y 750 metros) sobre el nivel del mar, la mayor parte de los terrenos que incluye es extraordinariamente salvaje. A menos de 1.000 pies (300 metros) de altura, toda la flora y vegetación experimentan un marcado cambio, y conforme se va subiendo, la adelfa, que bordea cada arroyo en las zonas más bajas, es reemplazada por el rododendro, el madroño y otros arbustos de hoja perenne, con

brezales gigantescos, a menudo de 10 a 15 pies (3 a 4,5 metros) de alto, que reemplazan al brezo rojo de las tierras bajas. No hay carreteras en el sentido ordinario de la palabra, y los caminos disponibles para animales de carga son escasos y separados unos de otros; pero hay una perfecta red de *veredas*, muchas de las cuales son desconocidas para todo el mundo, excepto para los que viven en su vecindad inmediata o para los grupos de contrabandistas que las usan, habitualmente, en sus marchas nocturnas. Estos tipos osados transportan inmensos paquetes de tabaco, a menudo de más de 100 libras (45 kilos), desafiando a las patrullas de *Carabineros* o "fuerzas preventivas", que vigilan toda la región a caballo y a pie. De una manera muy organizada se las ingenian por el procedimiento de marchas forzadas durante la noche, y escondiéndose entre las rocas y el alto brezo durante el día, para llevar sus cargamentos.

A veces, cuando he escalado cerca de la cumbre de alguna sierra solitaria he encontrado un grupo de estos rudos nativos escondido en algún barranco rocoso. En ocasiones, es un asunto de vida o muerte para ellos el ser descubiertos por sus enemigos naturales, los *Carabineros*. Aun así, cuando me he topado de repente con un grupo así, han mostrado absoluta confianza en mí y han sido de lo más corteses y alegres. Son temerarios y divertidos, y hacen bromas señalando que yo, evidentemente, he sido contrabandista en mi juventud, porque si no "¿cómo iba a conocer sus *veredas* favoritas como las conozco? "Ningún otro inglés viene por estos lugares".

Conforme el viajero se adentra hacia el norte y hacia el este de esta región la sierra va subiendo más y más, llegando la Serranía de Ronda a alcanzar de 4.000 a 6.000 pies (1.200 a 1.800 metros) sobre el nivel del mar. Más al este sube de nuevo hasta que se alcanza la Sierra Nevada, cuya altura en algunos lugares es de más de 11.000 pies (3.300 metros). La sierra baja ha sido ya descrita. En las zonas más altas, hacia Ronda, las características físicas son muy diferentes de las de la sierra baja. Para empezar,

toda esta parte del terreno es de formación caliza, las laderas son mucho más pendientes y los cortados más frecuentes que en la región de arenisca.

A pesar de la gran cantidad de rocas hay buen número de cultivos en algunos lugares. Cada pedazo de terreno disponible es limpiado de rocas y cantos, que son amontonados a intervalos o dispuestos en revestimientos masivos para sujetar el terreno, terraza sobre terraza. En los pequeños claros así organizados se plantan muchas vides, también olivos y almendros, mientras que más arriba, se cría trigo por todas partes.

Entre esta extraordinaria desolación de rocas, una y otra vez, cuando se atraviesa la alta sierra se encuentra uno con una vega natural de rico suelo rodeada por todas partes por grandes colinas rocosas y acantilados. Estos lugares varían en extensión desde unas pocas varas de tierra llana hasta 20 acres (10 hectáreas) o más. Debido a la escorrentía del agua de lluvia de las peñas circundantes estas vegas están, normalmente, bien regadas y dan excelentes cosechas. Conozco más de un lugar de éstos donde he encontrado tabaco plantado como un desafío a los *Carabineros* y a todos los representantes de la ley. De hecho, en uno de estos lugares, no hace muchos años, la brava gente de la sierra rehusó absolutamente tener que dejar su cultivo ilícito y, apoyada por varios grupos de contrabandistas, resistió por la fuerza al destacamento enviado para someterla. El escenario de esta refriega fue una remota aldea de montaña, colgada entre las colinas, cuyo acceso es a lo largo de una pendiente vereda de monte, tan empinada como para necesitar escalones de piedra en algunos lugares. Esta vereda, conduce a la aldea a través de una estrecha garganta rocosa de sólo unas pocas yardas de ancho, fácilmente defendible en épocas pasadas por hombres decididos, armados con espadas, lanzas y flechas. Las armas modernas han vencido, sin embargo, esta y muchas otras fortalezas similares de montaña, que eran difíciles de tomar, pero que han perdido su

tradicional seguridad ante el ataque, ya que en tan agreste terreno hay siempre puntos para tiro de rifle.

Una de las muchas cosas interesantes de esta interesante región son las numerosas aldeas antiguas de origen moro, ocultas en apartados valles de la zona más alta de la sierra. Los nombres de muchas de ellas son reminiscencias de los siglos de ocupación árabe y cada una debe su situación a alguna fuente de abastecimiento de agua, como las que se encuentran a intervalos en este increíble terreno calizo. Donde tal ventaja se podía combinar con una buena localización defensiva, crecieron grandes aldeas.



Un pueblo de origen moro en la alta sierra.
(Montejaque, nota de esta edición)

Cada una estaba comunicada con otra, bien por la vista directa desde algún edificio o por la construcción de alguna torre de observación en un punto dominante para conectar los dos

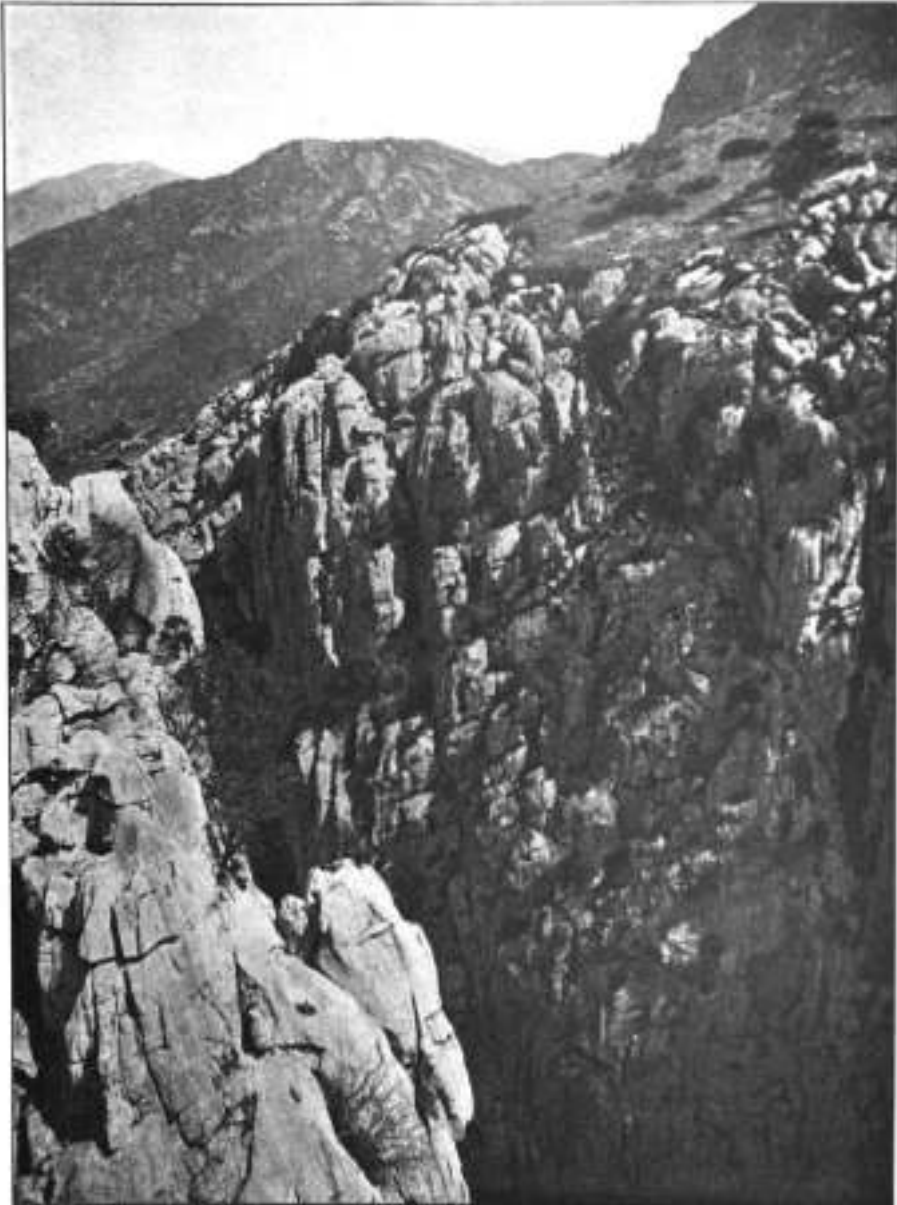
lugares. A veces, al alcanzar un punto alto en algún gran risco, ha aparecido de repente ante mi vista una pequeña ciudad con edificios blanqueados, rodeada por murallas en ruinas, y asentada en un apartado valle a muchos cientos de pies por debajo, de cuya existencia hasta entonces yo sólo tenía conocimiento por referencias.

A juzgar por el número de estas aldeas -en una misma zona no hay menos de dieciséis dentro de un radio de siete millas (11 kilómetros)- aquí debió de existir una gran población en la época de los moros.

Ahora muchas de estas aldeas están en ruinas, y sé de al menos una grande que está casi abandonada, siendo sus únicos habitantes un pequeño destacamento de la *Guardia Civil* y otros pocos más ocupados en los cultivos de los alrededores.

Los ríos y arroyos de esta región resultan muy interesantes para el geólogo. El río Guadiaro, que divide el famoso *Tajo* o cortado de Ronda, ha descendido en su curso trazando su camino a través de la montaña caliza de una forma maravillosa. El punto más sorprendente está cerca de Gaucín, donde pasa entre dos paredes verticales de 400 pies (120 metros) de altura y separadas tan sólo por unas pocas yardas. Tan cercanas se encuentran una de la otra estas grandes paredes que, entre una y otra, una peña desprendida de arriba quedó calzada formando un puente natural. Aquí el Guadiaro, tras pasar por una serie de cataratas, hace una última inmersión en el oscuro abismo, y emerge como un cuarto de milla (400 metros) más abajo, a 100 pies (30 metros) por debajo del nivel de la entrada. Varios amigos míos, durante temporadas de sequía, cuando hay poca agua en la garganta, han intentado pasar hacia arriba, nadando y vadeando, a través de este misterioso túnel natural, pero han sido vencidos por una serie de resbaladizas presas de roca lavada por el agua, en las oscuras cavernas en las que han penetrado. Si yo me encontrase en buena forma, intentaría, sin duda, pasar desde arriba, con bastante cuerda para asegurar mi descenso.

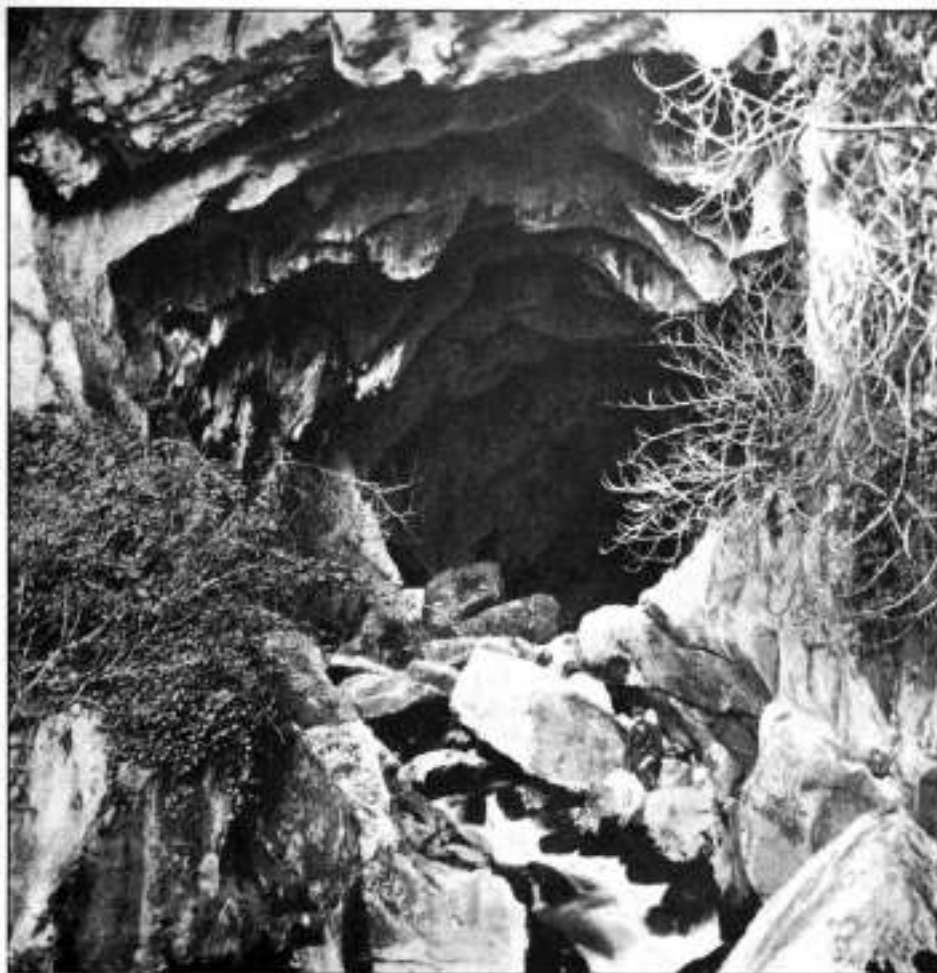
La vista de esta garganta desde abajo es magnífica. Una pequeña colonia de buitres leonados ha criado aquí, y sin duda



Garganta en la alta sierra. El río Guadiaro discurre 120 metros más abajo.

seguirá criando siempre, ya que muy pocos escaladores se sentirán inclinados a molestar sus emplazamientos de cría.

Hay pocos lugares tan fácilmente accesibles para la observación, para los que quieran ver estas grandes aves en vuelo, como esta bella garganta. Un tiro de pistola las hará deslizarse fuera de las grietas que ocupan, así como también saldrán bandadas de palomas bravías que encuentran seguridad en estos acantilados.



La Cueva del Gato (de donde surge una corriente subterránea).

En varias ocasiones he visto cormoranes pescando en las cataratas de abajo, y cuando los he espantado han volado hacia arriba en círculos, bien alto, a muchos miles de pies por encima de la sierra, como los buitres, antes de dirigirse hacia el mar.

La vista más impresionante de esta garganta se tiene desde una peña saliente cercana a la cumbre conocida como *El Balcón*, un balcón natural de roca desde donde se puede dejar caer una piedra a la tumultuosa corriente, a 420 pies (125 metros) por debajo.

La corriente subterránea más interesante que conozco es una que no está lejos de Benaoján, que emerge de una gran cueva de más de 60 pies (18 metros) de altura, conocida como *La Cueva de Gato* debido a su supuesto parecido con la cabeza y ojos de un gato. El techo de esta caverna está estrechamente salpicado con cientos de nidos de barro de avión común, que están contruidos muy juntos, a veces superpuestos. El efecto general, visto desde la corriente a 100 pies (30 metros) por debajo, es el de un nido de avispas albañiles a escala gigante. Esta corriente emerge en considerable volumen en un punto situado a 1.450 pies (440 metros) sobre el nivel del mar. Durante un tiempo yo no estaba seguro de dónde venía, pero hace unos pocos años, cuando viajaba por la sierra unas millas al norte, llegué hasta una corriente rápida que me habían asegurado que desaparecería en la sierra. Dos años después tuve la oportunidad de verificarlo. Encontrándome por la zona en primavera tardía, cuando el agua estaba baja, seguimos corriente abajo hasta que entraba en una garganta estrecha entre paredes verticales. Siguiendo por lo alto de éstas llegamos, finalmente, al borde de un barranco profundo que terminaba en un anfiteatro de rocas. Era realmente un lugar misterioso. Estábamos rodeados por una serie de riscos de 300 pies (90 metros) de altura o más, y sobre éstos había terrazas rocosas sobrepasadas por dos grandes peñones 300 ó 400 pies (90 ó 120 metros) más altos aún, sobre los que una pareja de águilas reales estaba volando en círculos. Bajando unos 320 pies (100

metros) alcanzamos la corriente, que aquí entraba por una gran grieta vertical de más de 150 pies (45 metros) de altura y desaparecía de la vista dando la vuelta a un codo rocoso. Era un lugar de lo más sorprendente. Desde las rocas, blanqueadas y pulimentadas, del lecho del arroyo donde estábamos, podríamos mirar hacia arriba y ver, a más de 1.000 pies (300 metros) por encima, los oscuros picos con el brillante cielo azul y las masas de nubes blancas flotantes por arriba.



Gran caverna en la alta sierra (por donde entra una corriente subterránea).

No tengo duda alguna del hecho de que sea esta corriente la que emerge en la “Cueva del Gato”, a unas millas de distancia. La diferencia de nivel, de acuerdo con lecturas barométricas, entre los puntos de entrada y salida, es de unos 450 pies (135 metros).

Durante mis exploraciones he encontrado varias corrientes subterráneas así, pero en ningún otro caso he sido capaz de

encontrar su salida. Por supuesto, en otros muchos lugares, especialmente cerca de los pueblos de la sierra, es habitual ver una corriente caudalosa surgiendo de alguna cavidad en la roca viva, a veces haciendo girar la gran rueda de un molino de trigo a sólo unos pies de la fuente.

Sin lugar a dudas, debido a la larga edad de la caliza y a las alternancias extremas de temperatura entre el calor tropical y las heladas invernales que han debido tener lugar durante muchos siglos, estas sierras cercanas a Ronda están en unas condiciones de gran desintegración, lo que las hace particularmente peligrosas a la hora de escalarlas, como se verá por mis relatos sobre la obtención de algunos nidos por esta zona. Las rocas así expuestas presentan las formas más fantásticas, y son frecuentemente conocidas por al gente de la sierra con nombres propios. A veces, en el mismo borde de un cortado, un balcón natural puede ofrecer un punto dominante desde donde obtener una buena vista del precipicio de debajo. Estaba yo sobre uno de éstos en la sierra al norte de Marbella y, ansioso por examinar una caverna que parecía contener un nido, me dejé caer sobre el parapeto natural que tenía delante, asomándome por encima. De pronto noté un temblor y, desplegando un gran esfuerzo, me lancé hacia atrás justo cuando mi balcón de piedra, que pesaba varias toneladas, se deslizó fuera de su apoyo y desapareció, con un zumbido, a varios cientos de pies por debajo del precipicio. Era mi primera experiencia en esta sierra y me hice la promesa de ser más cuidadoso en el futuro.

No lejos del mismo cortado hay una curiosa silla de montar o "unión" de estratos inclinados que conectan dos grandes montes. Siglos de erosión han provocado que las rocas y el suelo de ambos lados se hayan desprendido, hasta tal punto, que la vereda a lo largo de la cumbre se ha estrechado en algunos lugares hasta unos pocos pies. Tal es la ilusión óptica causada por este lugar, que cuando se cruza, particularmente en un día de viento y con nubes flotantes por debajo, no es difícil imaginar que

uno estuviera sobre el filo de una cuchilla y, de hecho, los españoles lo llaman *El Cuchillo*. Para cualquiera acostumbrado a las alturas se trata de un lugar sin importancia, sin embargo, he conocido grandes cazadores que se han visto obligados a cruzarlo siguiendo a las cabras y hablaban de ello sin respiración. Mis compañeros españoles en esta ocasión, hombres de la sierra, me obsequiaron con la historia de cómo una vez un inglés, encontrándose en la mitad, ¡se echó al suelo y se agarró a la montaña con las dos manos!

Esta montaña es una de esas -hay muchas- donde la cabra montés española todavía existe. En varias ocasiones, cuando he estado buscando nidos u observando águilas, he visto a estos animales, algunas veces en considerable número. Un día llegué a ver a veinticinco comiendo juntos en una ladera rocosa, en unos rodales de hierba entre las jaras. Yo estaba muy por encima de ellos, de forma que no tenían idea de mi presencia, y empezaron a desplazarse despacio hacia el oeste mientras comían. Mi camino de vuelta a casa discurría a lo largo del lecho de una garganta rocosa y, dándome cuenta de que debían cruzarla, me fui despacio, con un ojo pendiente de ellos, teniendo la suerte de interceptar el rebaño y llegar a 60 yardas (50 metros) de él. Había nueve machos, tres de ellos con buenas cabezas (por supuesto mayores que cualquiera de las que yo había visto), dos eran normales, y cuatro más pequeños. Era el 17 de marzo. Yo no llevaba rifle conmigo así que, después de observarlos durante algún tiempo a corta distancia, me hice presente y se alejaron despacio monte arriba.

Cuando fui por primera vez a España había todavía unos pocos lobos en estas sierras, pero han sido casi exterminados con veneno debido a los daños que causan entre ovejas y cabras. El último del que yo tenga noticia fue visto por el difunto Mayor Harry Fergusson cuando estaba buscando cabras. Pasó junto a su compañero quien, a pesar de los gritos de Fergusson, no quiso tirarle ¡pues pensó que debía de tratarse de un gran perro! Por lo

que he oído, el número de quebrantahuesos y águilas ha quedado sensiblemente reducido por la costumbre de distribuir veneno para lobos y zorros.

Algunas de las cumbres de la Serranía de Ronda muestran una increíble escena de desolación. Incontables eras de influencias climáticas han desgastado la superficie de todo el suelo de tal manera que hay en algunos lugares muchas millas cuadradas donde la superficie es de roca y sólo roca.

Además, la acción de la lluvia y la nieve ha agrandado las grietas en la superficie de la roca, en algunos casos hasta unas pulgadas, pero en otros hasta varios pies de anchura, por lo que la superficie, en general, está dividida y sub-dividida en innumerables masas desprendidas, separadas por ranuras verticales. Al pie de ellas se ha formado cierta cantidad de suelo, y aquí se pueden ver crecer hierbas finas y flores. Una y otra vez, un especialmente insistente acebuche encuentra soporte en la base de una de estas fisuras, y sus ramas superiores aparecen por encima del montón de rocas fragmentadas.

Salvo un águila que pase por encima esta región tiene muy escasa avifauna. De vez en cuando el silencio queda roto por el escandaloso reclamo de la chova piquigualda (*Pyrrhocorax graculus*). Estas aves, tanto por su grito como por sus costumbres muy gregarias, se parecen mucho a nuestras grajillas. Anidan en pequeñas colonias, normalmente en los lugares más inaccesibles, siendo su lugar favorito un alveolo o pequeña cueva en la roca bajo alguna gran peña extraplomada. Una de las pocas especies que se encuentran en estos pedregales es el acentor alpino (*Prunella collaris*). Es extremadamente confiado y, normalmente, suele estar tan ocupado buscando comida en los pequeños rodales de hierba entre las rocas que no presta gran atención al que pasa por allí. Otra especie que habita la alta sierra durante la época de cría es el escribano montesino (*Emberiza cia*) un ave que seguramente es más mansa aún que el triguero, y continuará saltando por la superficie de alguna roca y alimentándose

despreocupadamente a pocas yardas de cualquiera que pueda detenerse a observar sus movimientos.

Se pueden ver también halcones peregrinos (*Falco peregrinus*). Una vez encontré tres huevos de esta especie puestos en el nido abandonado de un quebrantahuesos. Los cernícalos, como se podrá imaginar, están presentes por todas partes, así como también las palomas bravías.

Las cumbres más altas de estas montañas calizas están compuestas por una serie de pináculos de estratos horizontales muy erosionados, como se puede ver por la fotografía inferior, tomada de la cumbre de una sierra cercana a Jimera de Líbar. Esta foto está hecha a una altura de unos 4.100 pies (1.250 metros).



Una cumbre en la Serranía de Ronda (calizas del Carbonífero).

Una de las mayores de estas formaciones desoladas y rocosas es la Sierra de Líbar, que se eleva considerablemente por encima de los 5.000 pies (1.500 metros). Su superficie rocosa, blanca, desprovista de toda vegetación, que domina esta parte de la sierra, puede distinguirse en muchas millas a la redonda de entre el mar de montañas circundantes. En la mayor parte de sus lados es escarpada, con precipicios o laderas pendientes con rocas

desprendidas de arriba, que hacen el acceso a las partes altas difícil y fatigoso. Unas pocas y raramente frecuentadas veredas pasan a través de este mar de rocas. Fue aquí donde la figura de un famoso bandolero, popularmente conocido por sus admiradores como "Monte Cristo" o como "Cristo", quedó incluida entre las páginas de un libro. Soy consciente de que un libro sobre España que no incluya un capítulo de bandoleros es considerado incompleto, lo mismo que uno que hable de la Península sin la descripción de una corrida de toros. A pesar de muchos años de deambular por lugares remotos no he tenido nunca incidentes con bandoleros y, lo confieso con ecuanimidad, ya que lo mejor es mantenerse al margen de este asunto, que se trata de un juego que normalmente es jugado por una sola de las partes. Por supuesto que se han dado casos de bandoleros mientras he estado allí, y el viejo sistema de secuestro de la gente pudiente para conseguir un rescate ha sido puesto en práctica de vez en cuando. Cuando llegué por primera vez a España el famoso incidente de la captura y rescate de los hermanos Bonel acababa de terminar. Esto ocurrió, literalmente, bajo los cañones de Gibraltar. He visto luego a los dos hermanos con frecuencia, y me metía con ellos por el hecho de que, tras su desagradable experiencia dejaron de salir a caballo por el lado español, contentándose con hacer su entrenamiento diario dentro de la zona británica.

Probablemente la razón por la cual nunca he tenido problemas es, en primer lugar, porque los que se dedican a la interesante ocupación de capturar a gente y retenerla por un rescate tienen una idea muy acertada del valor económico de su presa y, en segundo lugar, son lo suficientemente astutos como para darse cuenta de que es mejor, como norma, dejar tranquilos a los ingleses por las enérgicas medidas que se pudieran adoptar contra ellos.

Ese admirable cuerpo conocido como la *Guardia Civil*, tiene como cometido cuidar de la seguridad de cualquier viajero,

especialmente de los ingleses; y puesto que su lema consiste en "prevenir es mejor que curar", toman las medidas necesarias para prevenir a la gente de que no se aventure a cualquier región que ellos sepan que está infestada de tipos peligrosos. Así, hace unos quince años, yo tenía ganas de explorar cierta sierra en busca de algunos nidos, pero como respuesta a mis preguntas la *Guardia Civil* me prohibió terminantemente que fuera allí, ya que se sabía que andaba por la zona una bien conocida partida o banda, al mando de un tal José, he olvidado quién con exactitud. Dos años más tarde, cuando estaba de nuevo en la misma zona, recibí la visita de la *Guardia Civil* y se me dijo que podía ir adónde quisiera. "¿Qué hay de José?" pregunté. "¡Oh!" respondió el cabo con una sonrisa, "está bien, lo maté, mire aquí", y a continuación sacó con sumo placer el pequeño libro que llevan estos excelentes tipos en el que anotan una descripción completa de los individuos con los que tratan, bien sean como "buscados", "prisioneros" o "despachados".

La última vez que hubo problemas en la serranía fue cuando el ya mencionado Monte Cristo estaba dirigiendo sus operaciones por allí. Tras muchos retrasos se realizó un intento determinado por capturarlo, y todo su grupo fue desarticulado. Cristo y uno de sus secuaces se refugiaron en lo agreste de la Sierra de Líbar, donde una mañana temprano fue sorprendido en un refugio de cabras, en un valle remoto cerca de la cumbre. Yo pasé por allí varios meses después y me lo contó un hombre que había estado en la sierra en aquel momento, y me mostró los varios lugares en que habían ocurrido los hechos. Cristo parece que fue avisado de la proximidad del enemigo, y con el único hombre que le quedaba escapó del refugio y fue a esconderse entre un montón de bloques de roca en la abierta ladera pedregosa, a unos cientos de yardas por encima. Allí se parapetó, y cuando los *Guardias* intentaron cercarlo los mantuvo a raya con su rifle Winchester de repetición. El número, sin embargo, prevaleció y los *Guardias* rodearon gradualmente los flancos a

través del accidentado terreno, abriendo fuego sobre él desde tres lados. Finalmente, su fuego cesó y se precipitaron hasta allí para encontrar al subalterno tendido, herido en el suelo, y al propio Cristo muerto, aparentemente por la explosión de su Winchester, que había sido alcanzado por una de las balas de los *Guardias*. Su cuerpo fue atado sobre un burro y, con mucha dificultad, debido a la extrema aspereza del terreno, transportado hasta el valle, desde donde fue llevado a Ronda y expuesto en la plaza del mercado durante algunos días, con idea de asegurar a todos los que estaban preocupados, del hecho de su muerte. Pero es difícil convencer a alguna gente y mucho más a mis viejos amigos de la sierra, así que hasta el día de hoy se dice, y se cree profundamente, que el hombre que los *Guardias* mataron no era Cristo, sino que éste había hecho unos arreglos que entrañaban ciertas condiciones económicas para que otro hombre fuera capturado en su lugar, mientras él conseguía salir de la zona ileso. La verdad o falsedad de este relato es imposible de determinar, obviamente, pero sólo unos pocos meses después, cuando pregunté a un hombre que parecía haber sido un subalterno de Cristo, cómo le iba a él, me sonrió y con un movimiento de mano replicó "Está bien, se ha ido al norte".

Sería imposible para mí intentar describir la fascinación que me causa esta región prohibida y la que causa también a todos los que he llevado por allí. La he visto en todas las circunstancias; en un día de verano cuando los rayos del sol golpean las rocas y hacen de los valles un auténtico infierno, o en mitad del invierno, bien en la época de lluvias, cuando cada valle contiene un torrente ruidoso, o bajo la fuerte helada, cuando incluso las corrientes rápidas están congeladas en su superficie y el hielo de una poza profunda soporta el peso de un hombre. En ninguna otra parte puede haber tales cambios de temperatura y clima.

En la primavera temprana se ven, a cientos de pies por debajo, las pequeñas zonas de cultivo de rico suelo oscuro o de

pasto verde normalmente bordeadas por una delicada línea rosa de flores de almendros, y a su vez circunscritas por las eternas y casi blancas peñas. Más tarde, las laderas más protegidas son un incendio de color, con peonías carmesí que crecen en gran profusión entre la caliza.

Las vistas panorámicas desde algunas de estas sierras son indescriptibles. Incluso desde el Hacho de Gaucín, la cumbre de la montaña cónica que está por encima del pueblo y a sólo 3.280 pies (1.000 metros) sobre el nivel del mar, se puede obtener una soberbia vista en un día claro.

Desde este punto y desde otros muchos como él, las diversas corrientes que tributan al Guadiaro se ven burbujando conforme corren por terreno ondulado allá abajo, con su curso ribeteado por bancales de arena amarilla e hileras rojas de adelfa que se van perdiendo en la distancia.

El Mediterráneo y el Estrecho de Gibraltar tienen el aspecto de un gran lago, con La Roca emergiendo en la orilla de este lado como un pequeño cono gris contra un fondo de agua azul. La gran altura y tamaño de la columna de Hércules opuesta, la Colina de los Monos, parece más cercana cuando se ve así, en la distancia desde una altura, del mismo modo que la extensión de grandes masas de montaña esparcidas que bordean el Estrecho hacia Tánger y se extienden al sur hasta Tetuán y más allá.

Por detrás de Ceuta se puede distinguir la línea lejana de la costa del Rif y, lejos, mucho más lejos, la magnífica cadena de montañas azules -El Atlas- coronadas de nieve, que destacan sus picos por encima de la calima que cubre la región intermedia, que hasta hoy es un libro sellado para los europeos.



CAPÍTULO IV

EL BÚHO REAL (*Bubo bubo*)

Costumbres apartadas - Residentes en Gibraltar en 1776 - Primer encuentro en estado salvaje - Búsqueda prolongada del nido - Éxito tras diecinueve años - Un nido de búho real - La peña de un búho real - Problemas de escalar en solitario - Descenso al nido - Una cueva de búho real - Modos y costumbres de los pollos - Bajada a un nido - Retriever como ayudante - Fotografía de pollos de búho en el nido - Despensa del búho real - Caza a la puesta de sol - En cautividad - Naturaleza salvaje - Valentía - Voracidad - Pelea a muerte con un terrier de Aberdeen - Gritos del búho real.



Resultaría difícil encontrar, entre las grandes aves rapaces, una tan bien conocida por los ornitólogos y, al mismo tiempo, tan difícil de ver en libertad -salvo para las pocas personas que pueden adentrarse en la remotas regiones en que vive- como el búho real. A diferencia de los buitres, águilas y aguiluchos que habitan las mismas regiones, y que son vistos con más frecuencia debido a su costumbre de planear en lo alto o batir un tramo de terreno en busca de comida, el búho real gusta de los valles ocultos, cuyos límites muy rara vez sobrepasa durante el día.



Búho real (*Bubo bubo*).

Pero, a pesar de lo local de sus costumbres diurnas, por la noche va más lejos, como queda suficientemente probado por los restos de algunas aves encontradas habitualmente en su despensa, cuyo hábitat queda lejos de las zonas donde el búho real cría.

A pesar de sus costumbres apartadas, y su marcada predilección por limitar el radio de acción durante el día a ciertas localidades bien definidas, su aspecto es familiar para mucha gente, por el hecho de que, con frecuencia, se mantiene en cautividad. De hecho, hay pocas colecciones de aves vivas donde no esté, y su gran tamaño y aspecto agresivo siempre llaman la atención, bien sea en vivo en un aviario o disecado en las vitrinas de un museo.

Sus costumbres nocturnas -aunque no es cierto que sea totalmente un ave nocturna en las regiones más salvajes en las que vive- son la causa de que sus movimientos sean raramente observados. Así, conozco una pareja que ha criado en el Peñón de Gibraltar durante más de treinta años y, aunque he oído sus extraños gritos por la noche muchas veces, sólo he visto una vez una de las aves volando de día durante todo ese tiempo.

Para aquellos no versados en las costumbre de las aves silvestres y, más especialmente, para aquellos que no conocen la extraordinaria persistencia con que ciertas especies frecuentan las mismas localidades año tras año, puede resultar una sorpresa el que, en 1776, justamente cien años antes de que yo encontrara por primera vez el búho real en Gibraltar, el Reverendo John White escribiera a su hermano, el famoso Gilbert White de Selborne, para notificarle la presencia del ave allí.

En la búsqueda de nidos de aves, aunque a veces la casualidad pueda favorecer al interesado, no es infrecuente que pasen años antes de que la más diligente dedicación para encontrar un nido sea gratificada con el éxito. Este ha sido mi caso con el búho real.

En una fecha tan lejana como 1875, cuando deambulaba con Fergusson corriente arriba por la garganta de una sierra

española, un gran ave salió volando de unas peñas cubiertas de brezo a unos 300 pies (90 metros) por arriba de nosotros y, pasándonos por encima, desapareció tras la ladera del monte de enfrente.

Mi compañero gritó "búho real por encima". Ni él ni yo habíamos visto nunca en toda nuestra vida uno de éstos en vuelo, pero el ave resultaba inconfundible. Fue, naturalmente, una sorpresa para ambos el ver un ave que suponíamos nocturna, volando alta a través del campo a pleno sol, pero experiencias posteriores me han mostrado que esta especie tiene menos problemas para volar de día que nuestra lechuza campestre.

Una vez vista el ave, lo siguiente era cómo encontrar su nido. Aquí fallamos desesperadamente: un año detrás de otro y aunque repetidamente encontré lo que imaginaba que eran viejos nidos de búho real, y sin duda eran lugares que ellos frecuentaban habitualmente, nunca fui recompensado con el hallazgo de sus huevos. Esto no me ha ocurrido sólo a mí, pues el Coronel Irby menciona en "Ornitología del Estrecho de Gibraltar" que, a pesar de años de ardua búsqueda, nunca fue capaz de encontrar sus nidos. Una y otra vez encontré los adultos, generalmente en alguna caverna sombría en la pared de arenisca, desde donde se levantaban al acercarme. Una vez, por cierto, casi tuve éxito en la búsqueda al encontrar una pareja que había tomado posesión de una cueva que había sido, anteriormente, el emplazamiento del nido de un águila perdicera. Habían desmontado el nido del águila palo a palo, y habían excavado una nítida cuenca en la suave tierra negra que formaba el suelo de la caverna. Esta depresión era de unas 15 pulgadas (38 centímetros) de ancho y con la forma y diseño de un somero plato circular. Todo a su alrededor estaba adornado con huesos de conejo blanqueados, y también de ratas y aves que, obviamente, habían formado parte antes, de las regurgitaciones o egagrópilas de pelo, pluma y hueso que todos los búhos y otras aves rapaces expulsan al día siguiente

de una comida. Pero el búho real no llegó a poner ese año, posiblemente alarmado por mi visita.

No fue hasta diecinueve años después de haber visto al primero en vuelo cuando se me permitió cumplir el objetivo que me había impuesto. En abril de 1894, me encontraba de nuevo en la sierra que había visitado en 1875, y estaba trepando una ladera pendiente entre apretadas jaras y alto brezo, cuando me pasó, casi rozando, un búho real que trasportaba algo y que se perdió rápidamente tras una ladera rocosa, a unos cientos de yardas frente a mí. Puesto que el ave no volvió a salir del valle en que había entrado, supuse que se había posado probablemente en alguna parte entre las peñas. Así, siguiéndolo, procedí a examinar varios cortados bajos cerca de la cumbre que parecían ofrecer lugares de nido. Era un lugar idéntico a aquél en que había visto por primera vez al búho real volando hacía tantos años. Fue cuando estaba abriéndome camino a través del alto monte blanco, a lo largo de una terraza muy pendiente entre unas grandes rocas, cuando tuve la buena suerte de levantar al búho real casi de mis pies. ¡En un momento había encontrado el nido! No era más que una somera depresión en la tierra mullida entre las raíces del brezo y a la sombra de una gran roca. Salvo por lo pendiente de la ladera y la dificultad de forzar el camino entre el monte alto, estaba colocado de tal forma que, literalmente, cualquiera podría haber llegado hasta él. En el nido había un pollo de búho de una semana de edad en el temprano estadio de "plumón", y también un huevo huero. Alrededor del nido había muchas egagrópilas de pelo y pluma, mientras que una rata de agua recién muerta, la parte trasera de un conejo, una joven comadreja y los restos de una avefría, yacían cerca del infante, que tenía unas 6 pulgadas (15 centímetros) de largo. La avefría era de cierto interés, pues estas aves, aunque extremadamente abundantes en el sur de España en invierno, se marchan casi todas al norte en marzo.

Mi educación sobre búhos reales y sus costumbres se puso al día desde este momento. Diez días después volví a visitar el

nido y encontré al pollo todavía en "plumón" aunque había doblado su tamaño y tenía cañones azules de una pulgada (2,5 centímetros) en sus alas, desde donde las primarias empezaban a salir. Una semana más tarde, pensando que el pollo habría salido del "plumón" lo suficiente como para que su supervivencia en cautividad estuviera asegurada (ya que es bien conocido que casi todas las rapaces sucumben de calambre si se capturan demasiado jóvenes), fui a verlo otra vez. ¡Pero el nido estaba vacío! Tras una cuidadosa búsqueda por los alrededores, solo pude encontrar un segundo nido vacío casi exactamente igual e igualmente dispuesto, a menos de 20 yardas (18 metros) del primero y de la misma forma, un tercero. Estaba bastante claro que los adultos, acusando mi intromisión, habían trasladado al pollo a un lugar seguro y así, felizmente, pudo escapar de mí. Aprendí de esta experiencia que la idea general del búho real anidando en magníficos cortados o inaccesibles cuevas, era un mito. Desde entonces, he encontrado y observado cuidadosamente muchas parejas de búhos reales, he hallado numerosos nidos, muchos de los cuales he visitado, y sólo en alguna rara ocasión ha estado alguno de ellos en un cortado donde fuera necesaria una cuerda para llegar a él. Las aves, de hecho, buscan seguridad en la agreste naturaleza de la tierra.

El emplazamiento favorito para un nido parece ser una repisa o terraza en la cara de una peña, de 10 a 50 pies (3 a 15 metros) del suelo donde crezca abundante la aulaga o la jara y donde, entre las matas y la cara del cortado, el nido se excava en la tierra a unas 3 pulgadas (8 centímetros) de profundidad para colocar la puesta. Los huevos, normalmente en número de dos, son de un blanco puro, del tamaño del de una gallina y de forma globular. La foto de la página siguiente corresponde a un nido sobre una terraza entre algunas peñas, a unos 60 pies (18 metros) de altura, fácilmente alcanzable desde la parte superior del risco, y a no más de 15 pies (4,5 metros) del suelo.

El año siguiente a mi primera introducción al pollo de búho real, visité una vez más el risco donde había encontrado el nido vacío, anteriormente ocupado por un águila perdicera. Estaba en una pequeña cueva situada a unos 20 pies (6 metros) de la cima, en la cara de un risco de 80 ó 90 pies (24 o 27 metros) de altura.

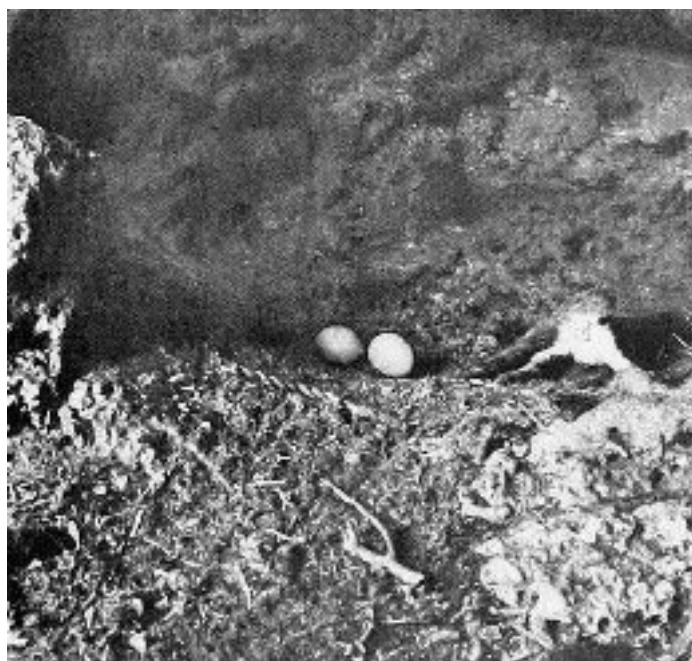


Nido de búho real en una terraza del roquedo.

Una fotografía de este risco aparece en el capítulo del águila perdicera (pág. 377). Una segunda foto, que muestra el perfil del risco, se puede encontrar más adelante, en este mismo capítulo (pág. 365). Llegado a lo alto del risco, lancé algunas piedras e hice ruido, y de pronto salió volando un búho real.

Puesto que, por la época del año, era casi seguro que el nido debía contener huevos y yo aún carecía de un par de ellos en mi colección (sólo tenía el descolorido huevo huero del año anterior), estaba ansioso por descender a este nido. Llegar a él con una cuerda era algo muy fácil, una simple cuestión de ser bajado unos 20 pies (6 metros) pero no tenía cuerda conmigo, además, estaba completamente sólo y, lo que era aún más desalentador, nadie sabía mi paradero en aquel momento. Por otra parte, posponer el descenso y volver otro día con cuerdas resultaba imposible, ya que me marchaba de aquella zona al día siguiente temprano. La escalada era suficientemente difícil para hacerle a uno desear compañía, ya que, debido a ciertas experiencias, yo soy de lo más opuesto a la idea de correr el riesgo de quedarme impedido en alguna peña lejana. Muchos años antes, cuando estaba desplazándome a lo largo de la cara de un cortado para llegar al nido de un roquero solitario, perdí el apoyo del pie, y caí, sólo unos pocos pies - no más de diez (3 metros)-, es cierto, antes de llegar felizmente a una repisa, pero las contusiones y el golpe fueron tan duros, que me impidieron intentar moverme de aquella repisa durante más de una hora, y el resultado de tan desagradable experiencia dura para siempre. Además, siempre tengo presente cuando trabajo solo entre rocas, la ya mencionada historia del Chaqueta Azul que intentó rodear la Roca en solitario. Era decididamente un caso para pensarlo fríamente, así que me senté y me concentré. Reflexioné sobre cómo era una realidad evidente que este nido contenía huevos y que, durante veinte años, yo los había buscado para mi colección. Y aquí me encontraba ahora, a 20 pies (6 metros) de ellos. En cuanto a los riesgos a correr y el problema de no tener un amigo a mano, tras un nuevo reconocimiento sobre el borde del risco, siempre por cierto una operación muy desalentadora cuando un escalador está sumido en la duda, llegué a la deliberada conclusión de que: 1) lo más probable era que no me resbalara; 2) si me resbalaba la probabilidad de que un compañero me fuera de

utilidad, o yo de utilidad para él, eran de mil contra una. Así que, me quité mis botas y toda la ropa superflua y, sintiéndome seguro con un agarradero, me dejé caer sobre el borde. Tras unos pocos ansiosos momentos ¡me encontré a salvo y seguro en la cueva! Y además, fui recompensado por el riesgo que había corrido, ya que en el extremo de la cueva estaba el nido de búho real, exactamente tal como lo había visto en el mismo lugar hacía quince años, con la diferencia de que esta vez, en lugar de estar vacío ¡contenía dos huevos! ¡Mi felicidad era completa! Pero entonces recordé con horror que no tenía forma de llevar mi premio con seguridad durante la escalada de vuelta ¡ya que estaba en camisa y sólo con los bombachos puestos! Intenté colocar uno de los grandes huevos en mi boca y ¡solo conseguí clavarle un diente! Al fin, con los preciosos huevos metidos en mis calcetines y colgando de la boca, comencé la subida. Esto, como ocurre normalmente cuando se trepa sobre una roca sólida, resultó mucho más fácil que el descenso, y pronto llegué a un lugar bien



Nido de búho real en una cueva.

seguro comprobando agradecido que el huevo dañado sólo lo estaba por un lado, con lo que haría un buen papel en mi colección.

Esta vez no intenté llevar la cámara conmigo, y menos mal, pues hubiera dificultado mucho mi descenso y, como probaron los hechos no podría haber sido utilizada, ya que se trataba de la de foco fijo de 7 pies (2 metros).

El dibujo a plumilla al final del capítulo es de una acuarela que hice del nido hace muchos años, cuando estaba ocupado por la pareja de águilas perdiceras. A pesar de lo pequeño que es el risco, se verá por el dibujo la vista tan extensa que ambos, las perdiceras y los búhos, tenían sobre los alrededores.

El del principio del capítulo corresponde a otra acuarela, y muestra al escalador en el momento de alcanzar el nivel del nido.

Visité el mismo lugar en varios años siguientes, y encontré el nido siempre ocupado por los búhos reales. Llevando una cámara que podía usar a cortas distancias, me fue posible obtener fotos del nido y los huevos (pág. anterior), con los restos de un conejo muy cerca, convenientemente dispuestos en la despensa.

Un año, era en la primavera de 1903, al descender a este nido lo encontré ocupado por dos deliciosos pollos de búho real. Tenían un tamaño medio, una masa de plumón lanoso y plumas finamente vermiculadas.

Traté de fotografiarlos en vano. Debido a la poca luz de la cueva, era necesario un tiempo de exposición considerable y, mantener quietos a ambos, era simplemente imposible. A veces uno decidía reducirse a una bola de plumón aparentemente inanimado durante treinta segundos o así, pero no el otro, que seguía levantando su plumaje hasta casi el doble de su tamaño ordinario, y luego lentamente volvía a sus dimensiones normales, todo ello acompañado de fuertes ruidos de su pico.

No había terminado uno de ellos de realizar esta maniobra y ponerse a descansar cuando el otro comenzaba una actuación similar.



Pollos de búho real en el patio.

Me llevé estos dos jóvenes salvajes y los crié con éxito. Desde el principio se mostraron belicosos. Cuando no tenían más que unas pocas semanas, intenté fotografiarlos en el patio de la casa donde estaban viviendo, y la ira y el desprecio que mostraron ante mis esfuerzos están reproducidos, en cierta medida, en la foto tomada entonces. La sesión fue bruscamente terminada por uno de ellos, no el arrogante, que efectuó, de repente, un ataque a la cámara.



Huevos de búho real en una covacha.

Como ya se ha mencionado antes, dos huevos es la puesta habitual, pero he oído en más de una ocasión de tres pollos en un nido, y he encontrado un nido con tres huevos. Esto fue en 1905 y en el mismo nido en que estaban los pollos dos años antes.

Bajé esta vez con una cuerda ligera, y a pesar de la penumbra de la cueva tomé la foto de los tres huevos a 18 pulgadas (45 centímetros) de distancia (pág. anterior).

Una vez hecho el trabajo fotográfico llamé al Almirante Farquhar, que se había quedado con el grupo que sujetaba la cuerda en lo alto, para que bajara adónde yo estaba, pues sabía que estaba ansioso por coger él mismo los huevos de búho real. Así lo hizo y yo subí.

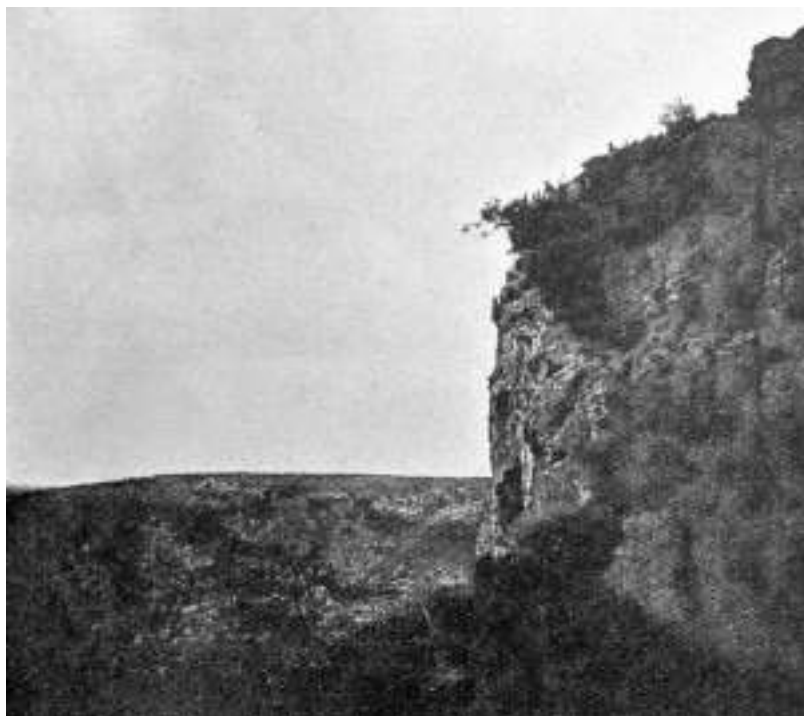
Cuando llegué arriba encontré a mi retriever "Sweep" sentado con sus patas sobre el borde, mostrando sus dientes, aparentemente contento de ver a su dueño de vuelta y salvo. Yo había tenido la precaución antes de descender de atar un extremo de la cuerda a una roca, algo muy conveniente siempre que sea posible, por varias razones.

Mirando por casualidad alrededor mientras recogía mi equipo vi horrorizado que la cuerda de la que pendía mi amigo había sido cortada limpiamente a una yarda por detrás del punto donde dos miembros del grupo que estaban ayudando al descenso la tenían agarrada

Por supuesto que la precaución de sujetarla firmemente era todo lo necesario por su parte, y nadie sufrió daño alguno, pero el ánimo fue distinto para con el retriever quien, cansado de haber sido abandonado junto a mis ropas, había entretenido su espera cortando la línea de comunicación entre la roca por arriba y su dueño por abajo.

Después fui dando la vuelta a este pequeño cortado, e hice una foto de su perfil, en una escala muy pequeña, es cierto, pero suficientemente grande como para mostrar a los que bajaban a la cueva y los que manejaban la cuerda en lo alto.

De alguna forma también, puede ilustrar, gráficamente, mi poca disposición, como queda descrito anteriormente en este capítulo, para descender por este cortado sin una cuerda o alguien que pudiera recoger los restos.



Perfil de la peña con nido de búho real.

Todavía en 1907 visité otro nido de búho real, bien conocido y establecido desde hacía mucho tiempo, que ha sido regularmente ocupado por estas aves desde 1869, de acuerdo con mi conocimiento, y probablemente durante décadas o siglos antes de esta fecha. Mi objetivo era obtener una fotografía del pollo en una situación donde hubiera suficiente luz para una foto rápida, ya que la experiencia me había enseñado que era casi imposible conseguir que se estuviera quieto un momento. Puesto que este nido se encuentra emplazado de tal forma que le da el sol de la mañana, yo estaba seguro de que con un poco de suerte podría conseguir mi objetivo.

El nido estaba situado sobre una repisa de roca en una peña a unos 50 pies (15 metros) inmediatamente por encima de una charca de agua. Podía llegar a él andando, literalmente, incluso el más modesto de los escaladores y, en consecuencia, estaba expuesto a un riesgo constante de sufrir molestias o de ser robado. Al llegar a él lo encontré vacío, pero un momento después, detecté los dos pollos que se habían resguardado del calor de los rayos solares entre un arbusto de retama. Estaban totalmente crecidos y si hubieran podido hubieran aleteado y caído abajo en el agua. Para impedirlo hice que mi compañero se sentara al otro extremo de la repisa, mientras que yo los conduje hacia su nido. A esto se sometieron con protestas y violentos chasquidos de sus picos, junto con salvajes amagos de sus agudas garras. Finalmente volvieron a su posición en el nido, uno se quedó quieto un momento mientras que el otro se echó atrás y atacó furiosamente cuando acerqué la cámara para obtener una distancia corta. En tal actitud aparece en la fotografía de la página siguiente.

La despensa constituye algo muy interesante tratándose del búho real, y si hay pollos en el nido es a veces abundante y variada. Cinco veces he encontrado conejos, normalmente con la cabeza y parte superior del cuerpo comidas; tres veces he encontrado ratas de agua; mientras que en casi todos los nidos había restos de avefrías, cernícalos, perdices y aves pequeñas.

Las avefrías son, sin duda, una presa fácil para los búhos reales debido a sus costumbres crepusculares. Todo el que ha esperado los patos al caer de la tarde, sabe lo irritantes que resultan a esa hora las avefrías las cuales, con lastimosos gritos y ruidosos y pesados aleteos -no hay otra forma de describir el ruido que producen cuando intentan "intimidar" a un intruso, que como el ruido de un ventilador eléctrico- cruzan por delante del cazador que espera, y echan a perder oportunidades momentáneas de disparar a un silbón. Fue por tanto, con no poca satisfacción y gusto, que una tarde de marzo de 1907 cuando estaba puesto en

un marjal, tras la puesta del sol, esperando a los silbones caer y con las avefrías haciendo lo posible por molestarme y desconcertarme contemplé cómo, en la desvanecida luz del oeste, un glorioso búho real se dirigía rasante derecho hacia mí. En el mismo momento una avefría pasó a pocos pies de mi cara y un momento después hubo un remolino de alas, un grito y una conmoción, comprobé que mi amigo había rellenado su despensa de arriba en la sierra, y que los dos hambrientos pollos del brezal no se quedarían sin cenar esa noche.



Pollos de búho real en su nido.

En cuanto a la depredación de los búhos reales sobre los cernícalos, no tengo prueba ocular de cómo lo hacen. Pero conozco varias despensas de búhos reales que están siempre llenas, año tras año, de primarias de cernícalos y otros restos. Puesto que los cernícalos, especialmente cuando están en colonia, son muy dados al revoloteo alrededor de sus nidos y son muy aparatosos a la puesta de sol, imagino que los búhos aprovechan esta oportunidad para capturar cierto número de ellos. Durante

más de cinco años he mantenido a la pareja de búhos reales cuya foto se muestra en la página 363, en un aviario donde han crecido muy bien y han consumido un número casi increíble de ratas. Muy salvajes cuando fueron capturados, como queda descrito, llegaron a ser más mansos gradualmente e incluso a comer en mi presencia. Mis repetidas y prolongadas ausencias, no obstante, durante los meses de invierno en España, los hacen volver a sus agresivas costumbres, tanto que ahora no es raro que se me planten violentamente cuando entro en su aposento. Este consiste en una jaula de buen tamaño, construida alrededor de una yedra, y con un alto techo cubierto de paja, a la sombra del cual hay colocado un barril. Cuando se posan aquí lo hacen uno al lado del otro, emitiendo, si son molestados, crujidos con su pico como tiros de pistola. Pero no evitan la luz y, frecuentemente, en un día bueno se ven posados al sol disfrutando del calor de sus rayos. Tras varios altercados con ellos, en los que recibí una serie de más o menos dolorosas puñaladas de sus garras, que parecen agujas, me procuré una máscara de protección con la que, hasta cierto punto, defenderme de ser atacado por sorpresa cuando estaba ocupado en la limpieza u organización de su jaula. El valor y la persistencia de estas grandes aves es increíble. Un día del verano pasado, uno de ellos, tras realizar un violento ataque sobre mí que fue repelido con el cabo de un rastrillo, volvió a la carga ocho veces más, hasta que consiguió clavar bien sus garras en mi hombro, tras lo cual se retiró a su barril y me dedicó una descarga de "aspavientos", evidentemente muy satisfecho por su éxito. Aparte de estos pequeños incidentes, alimentar búhos reales es siempre una satisfacción para mí, ya que hay algo original y curioso en sus costumbres y movimientos que deben ser vistos para poder apreciarlos.

Cuando se les trae la comida, vuelan hasta un lugar conveniente, como un tronco o saltadero, y observan cada movimiento de quien la trae cuidadosamente. Al echarles una rata o un pájaro, se lanzan con maravillosa agilidad y lo atrapan con

infalible habilidad, bien sea con una pata o la otra, incluso si se lanza lejos, y luego vuelven a su saltadero con la presa. Si entonces son molestados, y la comida es de un tamaño razonable, como media rata o un gorrión, es levantada en las garras de una de las patas y sujeta de una forma parecida a como un fumador sujeta a veces su cigarro o pipa. Luego, es introducida en el pico, con la cabeza por delante, y tragada entera. Conforme desaparece, su garganta se expande y la bonita mancha de plumas blancas que tiene ahí, en otro momento difícilmente apreciable, se hace más conspicua. Sigue generalmente un breve descanso, habiendo desaparecido los restos de la comida, salvo una o dos pulgadas de la cola de la rata, que cuelga hacia abajo de una de las comisuras del pico ó, en el caso de un gorrión, ocasionalmente el extremo de las plumas de la cola. El suministro de más comida al mismo tiempo provoca un trago final, y el primer plato desaparece finalmente, quedando el búho preparado para repetir. Tres ratas jóvenes, o cuatro o cinco gorriones, pueden ser engullidos con sólo un pequeño esfuerzo.

El aspecto general del búho real es conocido por la mayoría de la gente, pero pocos, salvo los que lo han visto de cerca, son conscientes de su magnífico tamaño, de la brillantez de color y de la profundidad de sus grandes ojos amarillos que, con sus llamadas "orejas", unos bonitos penachos de plumas a ambos lados de la cabeza, les dan la más terrorífica e impresionante de las apariencias. Cuando alarmados o en situación de alerta, comprimen su plumaje y alargan sus cuerpos, presentan una determinación salvaje y poderosa, bien sea para luchar o huir. Son particularmente sensibles a los ruidos, especialmente a aquéllos a los que no están acostumbrados. El ruido de un carro o cisterna les causó gran alarma durante mucho tiempo, y se lanzaban revoloteando por la jaula. Cuando están irritados y molestos, asumen actitudes extraordinarias; cada pluma de sus cuerpos se mantiene levantada, casi triplicando su tamaño natural, mientras que sus alas son desplegadas en alto, y arqueadas como

formando una guirnalda de plumas, en el centro de la cual aparece la cabeza, con sus grandes ojos amarillos destellando, y sus cuerpos moviéndose a un lado y a otro, apoyándose primero en una de sus emplumadas patas y luego en la otra, dando salida todo el tiempo a una serie espantosa de chasquidos como tiros de pistola. Este es aparentemente su repertorio cuando trata de asustar a cualquiera que pueda ser sus agresor, y resulta ciertamente muy efectivo con gatos y muchos perros, que se pierden a la hora de adivinar la clase de enemigo al que se tienen que enfrentar

Sienten una animadversión intensa por mi pequeño terrier de Aberdeen "Garry", que cuando los ve junto a la malla se lanza sin dudarlos sobre la jaula, ladrando furiosamente y saltando arriba y abajo en sus intentos por alcanzarlos. Ellos, por su parte, no están menos ansiosos de agredirlo y, frecuentemente, se lanzan contra la cerca con la esperanza de poder hacerle daño. Esta guerra lleva durando ya cinco años y ambas partes están absolutamente convencidas de su poderío para obtener la victoria, no dudando tampoco de la justicia de su causa. Tal es el odio que siente Garry por estas aves que ha hecho repetidos intentos de deslizarse tras de mí cuando entro en su jaula, pero como está igualmente ansioso por tener un encuentro directo con mi águila perdicera, no dudo de que su valentía le produce la creencia de que en ambos casos es capaz de vencer. El rencor de la disputa se ha visto acentuado por el hecho de que le doy a las grandes aves ratas vivas para que las maten, un trabajo que es para él una de sus prerrogativas especiales

Cuando se les ofrece comida de mayor tamaño, como un conejo o una rata grande, se lanzan a agarrarla y, bien vuelan con ella en las garras o, sujetándola con una de sus patas cojean sobre la otra arrastrándola. Una vez en lugar conveniente ocultan su presa bajo sí mismos y erizando las bellas plumas vermiculadas de sus muslos hasta que adquieren éstos el aspecto de un par de grandes pantalones bombachos, ocultan completamente su futura

comida. Una vez les lancé un par de conejos de mediano tamaño que fueron inmediatamente atrapados; un búho, sin embargo, se asustó y dejó su ración, tras lo cual su compañero agarró las dos y, disponiéndolas convenientemente apiladas, rápidamente extendió sus pantalones hasta que ambos conejos quedaron completamente ocultos. El otro pájaro volvió entonces a recuperar su conejo, y resultó interesante observar la ansiedad con que se desplazaba en la inútil búsqueda, dando tumbos por la jaula, mientras que el otro permanecía erecto, inflado, pero tranquilo e inmóvil, sobre los dos conejos. Hasta que no fue firmemente aplicado el cabo del rastrillo, el que llevaba los bombachos no consintió en ceder el conejo de su compañero.

En cautividad estos pájaros son algo silenciosos; tras ser alimentados emiten normalmente una serie de fantásticos "buu-uuu" de satisfacción; de aquí su nombre español de *búho* (la hache no se pronuncia en esta lengua). Tienen también otro grito, de alguna forma parecido al de la garza, que sólo les oigo pronunciar tras la caída de la noche. Pero en estado salvaje, sus gritos son particularmente fascinantes y variados, y muchas veces, en los cálidos atardeceres de verano en España, he oído con deleite cómo estas grandes aves emitían sus salvajes, profundas y melancólicas llamadas, cuyo eco recorre los agrestes riscos y gargantas en los que pasan su placentera existencia.



CAPÍTULO V

EL ÁGUILA PERDICERA (*Aquila fasciata*)

Utilizada en cetrería - Antiguos residentes de Gibraltar - Mi primer nido de águila - Cuidadosos preparativos - Un grupo de descenso de aficionados - Plumaje de la perdicera, adulta y joven - Gran tamaño y fuerza de sus patas y garras - Observaciones de una familia de perdiceras - Tamaño de la puesta - Comida favorita - Un intercambio de huevos, los de ganso doméstico por los de águila - Un episodio ridículo - "Solo un fotógrafo" - Robo del huevo de ganso doméstico - Un risco desagradable - Un equipo de descenso bien preparado - El Almirante Farquhar baja - Peligros de la vieja caliza - Un nido en 1908 - Un improvisado soporte para la cámara - Colgando al operador - Joven perdicera en el nido - Perdicera en cautividad - Enorme fuerza de las patas - Naturaleza salvaje - Espléndido dominio del vuelo.



Este águila, comparativamente pequeña, parece haber pasado desapercibida hasta el año 1822. Es casi inexplicable que el ave no haya llamado la atención antes, ya que resulta tan aquilina en sus formas, plumaje y costumbres, que es imposible confundirla con los ratoneros y otras aves rapaces menores. Es, esencialmente, una especie roquera, y se distribuye por una considerable parte del Viejo Mundo, encontrándose en lugares que se adapten a sus costumbres, desde España hasta Asia Central.



Descenso al nido de águila perdicera.

Al igual que muchos otros cuya educación en aves ha estado limitada a la llamada lista británica, yo nunca había oído de su existencia hasta que fui por primera vez a España, en 1874. Pero, no había pasado muchos días en Gibraltar antes de advertir a una pareja de águilas que frecuentaban, y se puede decir felizmente todavía frecuentan, los grandes cortados del lado este. Así, me percaté de la existencia de una especie que hasta el momento había estado fuera de mi muy limitado campo en el conocimiento de las aves. Pero, además del interés natural despertado al encontrarme por primera vez en mi vida en situación de observar y aprender algo sobre las costumbres de las águilas, como halconero e hijo de halconero, me sentía fuertemente atraído por el águila perdicera cuando supe que se trataba de la misma especie que los afganos emplean para cazar pequeños ciervos. Por varias razones las águilas grandes no han resultado apropiadas para cetrería, pero había una cita acerca de la existencia en Asia Central de un águila de mediano tamaño que era más dócil, y no se trataba de otra más que de la perdicera. De acuerdo con R. Thompson el águila perdicera caza jóvenes ciervos y liebres totalmente crecidas; y Allan Hume que recoge esto en su libro, añade "lo he visto personalmente".

La pareja de águilas que había anidado en la espalda de La Roca desde tiempo inmemorial (puesto que con las águilas, como con una dinastía bien establecida, no hay discontinuidad o interludio en la línea de autócratas de una zona determinada), había disfrutado del eufórico pero ambiguo nombre de *águila de las rocas* hasta la llegada de Bonelli. Para los militares ingleses eran conocidas como "Rock Eagles", un término que como menciona con acierto el Coronel Irby, era suficiente para aquellos que llamarían ratonero a una avutarda, y viceversa.

Se puede imaginar, fácilmente, con qué absorbente interés me puse a observar estas aves desde un punto dominante en lo alto de La Roca. En aquellos días, la Estación de Señales estaba a cargo de un Sargento de la Artillería Real que había tomado notas

acerca de las mismas. Con la ayuda de uno de los potentes telescopios que formaban parte de su equipo de señales me fue posible observar las aves y recibir, así, mis primeras lecciones en el arte de estudiar las águilas en su medio. También aprendí por primera vez, tanto del sargento como de las águilas, los misterios de los lugares alternativos de nidificación que adoptan las aves rapaces.

Esta pareja de águilas perdiceras concreta tiene por lo menos tres, sino cuatro, lugares de nido en la cara del gran precipicio al sur de la Estación de Señales. Uno de estos emplazamientos se veía perfectamente desde la Batería de la Estación de Señales de aquellos días. Ocurrió que en febrero siguiente (1875) las águilas eligieron este lugar para criar y, aunque lo reconocí detalladamente desde arriba y desde abajo, estaba más allá de mis posibilidades alcanzarlo en aquel momento. Ello requería un conocimiento de la escalada que yo no tenía por entonces y, además, no sólo un amplio equipo de cuerdas, sino también de ayudantes que las manejaran, y eso por entonces me resultaba imposible de obtener. Estaba, además, la antigua ordenanza que prohibía causar molestias a las aves salvajes en La Roca. Por ello me dije a mí mismo que lo más seguro era que debía de haber otras parejas de águila perdicera en el terreno montañoso al norte de Gibraltar, y durante el curso de una expedición posterior durante la primavera de hecho localicé dos parejas. Ambas estaban anidando en cortados muy grandes, de más de 400 pies (120 metros) de altura, y en lugares inaccesibles si no se contaba con gran cantidad de cuerda que nosotros no teníamos.

Al año siguiente, cuando salía un día a caballo de La Roca, observé una pareja en vuelo, pero estaba tan obsesionado por aquella época con la popular creencia de que las águilas sólo criaban en grandes cortados, que no me preocupé por seguirlas. De nuevo, un año después, cuando estaba un día cazando con los

Calpe Hounds, vi una de estas águilas no lejos de las mismas peñas donde había observado la pareja durante el año anterior.

Dándome cuenta de que debía existir alguna razón para ello que merecía la pena investigar aproveché la primera oportunidad para, sin ser observado, abandonar a los sabuesos. ¡No es necesario explicar que ningún Oficial Británico tiene derecho alguno a dejar la persecución científica de un zorro para seguir a un águila!.

Sin embargo mi interés fue recompensado al ver el ave que, tras volar alto en círculos sobre algunos barrancos rocosos descendió y desapareció en una garganta donde yo sabía que existía un pequeño cortado. No me atreví a seguir mis observaciones aquel día por la convincente razón de que el barranco en cuestión era un lugar querencioso como refugio para los zorros. El ser descubierto en cualquier parte de aquella zona me hubiera acarreado la acusación de ¡"preceder al zorro"! Puesto que mi coronel por entonces era al mismo tiempo Master del Calpe Hunt, ello resultaba, cuando menos, indeseable.

Unos días después, me dirigí allí con un compañero subalterno, el actual Sir Bartle Frere, y tras atar nuestros caballos nos dirigimos a la cima del cortado sospechoso. Al llegar al borde hice tronar mi látigo de caza, tras lo que una hembra de águila perdicera surgió de un punto, casi exactamente debajo de donde estábamos. Finalmente había triunfado en mi larga búsqueda. Era un enclave pequeño, un roquedo casi vertical de menos de 90 pies (27 metros) de altura sobre una ladera pendiente que le daba la apariencia de ser mucho más alto. Pero para inspeccionarlo era necesaria una cuerda y por tanto volvimos a La Roca para organizar los detalles necesarios.

Era verdaderamente un día especial en mi vida de buscador de nidos aquél en el que partí a intentar alcanzar este nido. No tenía experiencia en el trabajo con la cuerda sobre cortados, pero como casi todo el mundo había leído varias menciones acerca de sus peligros. De acuerdo con ello hice ciertos preparativos que

ahora, tras muchos años de experiencia sobre roquedos realmente peligrosos, me resultan divertidos. Para mi equipo de bajada me aseguré nada menos que de tres ayudantes. Uno era mi amigo de la visita anterior, un segundo que era el fusilero Harry Fergusson y el tercero un oficial de la guarnición.

Llegados de nuevo a la peña levantamos al águila de su nido, tras lo cual fui atado con cuerdas y descendido.



Paraje del nido de águila perdicera.

Con objeto de prevenir cualquier riesgo imaginario de que se cortara la cuerda de 2 pulgadas (aprox. 5 centímetros) o se deshilara durante tan corto descenso, se eligió un punto donde la cuerda quedara libre y, como resultado, me vi en la innecesaria incomodidad de columpiarme en el vacío, para lo cual no existía ninguna razón. Cuando había bajado unos 25 pies (7 metros) vi la cueva a mi izquierda y llegué hasta ella. Una vez enfrente descubrí, para mi gran alegría, un nido grande de palos y ramas verdes de encina, a unos 6 pies (1,80 metros) de la entrada. Tras apoyar mis pies en lugar seguro avisé de que me soltaran cuerda, y me deslicé al interior de la cueva. Allí, frente a mí, sobre una depresión y entre las hojas verdes de encina, ¡había dos bellos huevos de perdicera! Lo que en ese momento sentí sólo puede ser valorado justamente por el impenitente buscador de nidos. La cueva era poco más que un agujero en la cara de la roca, de unos 5 pies (1,5 metros) de altura por unos 4 pies (1,2 metros) de ancho. El suelo era de tierra y arena, y en pendiente hacia arriba, y la cueva se hacía mucho más pequeña hacia el otro extremo.

Los huevos eran blancos, muy débilmente sombreados con manchas púrpura, y con unas pocas marcas rojizas, la mayor de las cuales medía 2,75 pulgadas (7 centímetros) por 2,05 pulgadas (5,20 centímetros). Tras examinar a fondo mi trofeo, volví a lo alto del cortado para coger mis cajas de huevos y otros instrumentos. Estaba muy entusiasmado por mi buena suerte y ello alejó de mi cabeza, naturalmente, todas las ideas de peligro de la escalada. Además, la vuelta había sido tan fácil que había olvidado el alocado descenso. No así mis camaradas, quienes, tan inexpertos como yo en la escalada, observaron mi conducta como temeraria y absurda. Ajeno a esta opinión, reventando de entusiasmo, describí brevemente las maravillas que había visto y, dirigiéndome al tercer miembro de mi grupo le dije: "Ahora te bajaré y verás por ti mismo un nido de águila". El hombre así interpelado sufría de una severa limitación en el habla. Mirándome intensamente y con los labios comprimidos, exclamó,

evidentemente desde lo más hondo de su corazón, "¡No! estoy e-e-encantado de que lo hagas tú". La respuesta de Fergusson fue igualmente enfática, aunque en cierta medida más brusca. Fracasado en mis esfuerzos por compartir mi alegría con los otros descendí de nuevo al nido y, aunque era prácticamente imposible hacer un dibujo en el interior de la cueva, me deslicé en su interior tanto como pude e hice un dibujo a acuarela de lo que el águila vería cuando estaba ocupado en sus obligaciones de incubación. A pesar de lo indiferente que es este dibujo, me recuerda, todavía hoy, cada incidente de aquella mañana, hace ya más de treinta años. Por debajo de la cueva la pared caía verticalmente unos 60 pies (18 metros) hasta una falda, cubierta por denso matorral, a cuyo pie corría un arroyo por un cauce arenoso. A través del valle había una sucesión de cerros que entonces brillaban de genistas amarillas. Por detrás, los macizos púrpura y la línea dentada de la alta sierra completaban el cuadro. Una pequeña copia a plumilla de este dibujo se encuentra al final del capítulo sobre los búhos reales (pág.371).

Exactamente dieciocho años más tarde, en 1895, visité de nuevo este cortado, esta vez en busca de los búhos reales y fotografié con mi pequeña cámara de mano la misma vista que previamente había dibujado. La comparación subsiguiente entre el dibujo y la fotografía justificaba mi cuidado con el lápiz, y me recordaba la cruel crítica que una vez se hizo sobre mis esfuerzos artísticos ¡como si mis dibujos pudieran parecerse a esos lugares!

El aspecto general de la perdicera adulta es marrón oscuro por encima y muy clara por debajo. Entre los hombros hay una conspicua mancha blanca que hace fácil la identificación a una distancia considerable. El pecho está listado de marrón oscuro pero ello no impide el aspecto general blanco del ave cuando se observa desde abajo.

Los ejemplares jóvenes son completamente diferentes, con la garganta, pecho y partes inferiores de un vivo tinte rojizo; la mancha blanca entre los hombros no aparece hasta después de un

año, como puedo atestiguar por haber criado pollos de perdicera. La diferencia entre los dos plumajes es, consecuentemente, muy marcada. En el segundo año del ave el pecho se aclara y aparecen grandes listas oscuras. El iris también se vuelve más pálido, de un apagado pardo oscuro. El plumaje de adulto no se adquiere hasta el tercer año, pero tengo indiscutibles pruebas oculares de que las aves a veces se aparean y crían cuando aún están con plumaje de inmaduro, y sin duda las hembras lo hacen.

Con respecto a su estructura, pocas águilas, si hay alguna, resultan tan poderosas en comparación con su tamaño como la perdicera. Sus grandes patas y pies y sus anormalmente grandes garras parecen fuera de toda proporción con el resto del cuerpo. Tengo el pie de una perdicera hembra que podría parecer de un águila real, que la dobla en tamaño y peso.

Cuando salen del nido realizan un descenso rápido, seguido de una pronunciada curva hacia arriba que hace complicado el derribarlas. Tuvimos prueba práctica de ello en más de una ocasión en el caso de una hembra que pertenecía al nido de 1877, para la perplejidad de los implicados, ambos excelentes tiradores. Finalmente, se perpetró el asesinato y la tengo ahora disecada en mi colección. Tiene el pecho muy claro, finamente listado de marrón. Todos los machos que he observado entrar o salir de un nido han sido de un plumaje parecido, pero no todas la hembras, como queda mencionado.

Estoy contento de poder decir que sólo tengo sobre mi conciencia la vida de un águila perdicera, y ello a pesar de los muchos nidos que he visitado y las innumerables oportunidades en que las he tenido a corta distancia de tiro.

Al año siguiente el afligido macho encontró otra compañera, y criaron en un roquedo bajo, de menos de 30 pies (9 metros) de altura, sobre una repisa de roca a menos de 6 pies (1,80 metros) de la cima adonde se podía llegar andando. Este nido estaba en la misma garganta del año anterior, pero en el lado opuesto, siendo la foto de la página 377, de la roca utilizada en

1877, de hecho tomada desde el lugar ocupado en 1878. Debido a la situación de este nido, que tenía una roca extraplomada y también un nudoso acebuche inmediatamente encima, me fue posible más de una vez acercarme sin ser visto y observar a la hembra echada sobre sus huevos a 8 ó 9 pies (2 ó 3 metros) de mí. En tales ocasiones ella detectaba pronto mi presencia volviendo la cabeza y mirando hacia arriba antes de levantarse.

En 1879 esta pareja de águilas se mudó a un tercer emplazamiento, en un valle adyacente a unas 500 yardas (450 metros) del primer nido. Este nido estaba colocado en una repisa abierta al cielo a solo 15 pies (4,5 metros) de la parte superior de la peña y a 20 pies (6 metros) de la base. La repisa se inclinaba hacia abajo y era sorprendente cómo el nido no se deslizaba. Llegar hasta él resultaba bastante fácil, ya que era posible trepar hasta el punto donde empezaba la repisa, desde donde era necesario acercarse a lo largo, unos 8 ó 10 pies (2,5 ó 3 metros). Se podrá encontrar un dibujo de este nido al final del capítulo sobre escalada de cortados, en la página 121. No había agarradero alguno y la repisa era suave y resbaladiza, sin hierba, detalles que sin duda habían sido tenidos en cuenta por las águilas. Muy cerca, por debajo del nido, había una cueva en la que me oculté en varias ocasiones con objeto de observar las aves adultas. A veces notaba que se acercaban por la sombra que proyectaba uno de ellos volando en círculos por encima y, asomándome con cuidado por una grieta, podía ver el águila cuando se posaba en el borde del nido y caminaba hacia su interior. Era un lugar ideal desde donde observar los movimientos y el plumaje de estas bellas aves.

Siete años después, en 1886, camino de una expedición de búsqueda de nidos hacia Levante, estuve en Gibraltar unos pocos días y cabalgué uno de ellos hacia mis viejos parajes. Encontré a las águilas todavía ocupando el lugar. Desafortunadamente, luego se aquerenciaron por el ganado aviar de un cabrero que vivía por allí y éste, como venganza, subió a lo alto de la peña y lanzó

piedras sobre sus huevos, algo explicable en tales circunstancias. A consecuencia de ello, abandonaron el lugar. El hecho de que este mismo nido siga allí habla de la sólida construcción de los nidos de estas águilas. Lo he visto de vez en cuando durante los últimos veinte años y sólo recientemente, en 1908, lo he vuelto a ver encontrándolo todavía intacto aunque cubierto de hierba.

La gran mayoría de los nidos de perdicera que he visitado estaban emplazados sobre una repisa abierta, muy cerca de la cima de un cortado. Por lo que he visto, ésta parece ser su situación favorita y da lo mismo que sea el cortado de tan solo 50 pies (15 metros) ó de 500 (150 metros). En la mayoría de los casos había un árbol achaparrado curvado por el viento, normalmente un acebuche, creciendo inmediatamente por encima del nido, suministrando cierto resguardo frente al mal tiempo y para la observación. Dos huevos es la puesta completa pero no resulta raro encontrar un nido con solo uno. Yo lo he encontrado en cinco ocasiones, cuando ya no había posibilidad de puesta de un segundo huevo. Como norma, los huevos están muy poco marcados, algunos casi blancos, pero en dos ocasiones he encontrado huevos solos y con marcas rojizas.

La comida favorita de las águilas perdiceras parecen ser los conejos, cuyos restos he encontrado constantemente en los nidos. Son también muy aficionadas a las perdices, y de ahí el nombre por el que se las conoce en el país. Como se ha mencionado antes tienen una gran predilección por las aves domésticas y debido a ello, y a su supuesta depredación sobre los cabritos muy jóvenes, son bastante odiadas por los habitantes del campo. En lo que respecta a gallinas, en casi todas las ocasiones en que he oído de águilas reales robándolas ha resultado que se trataba del águila perdicera.

A unas pocas millas de donde paso los meses de invierno en el sur de España hay un buen acantilado de unos 200 pies (60 metros), sobre él hay una repisa que ha servido como lugar de nido alternativo para águilas perdiceras durante muchos años.

Originalmente era un emplazamiento de águilas reales y, cuando estas aves se vieron forzadas a mudarse a otra parte, una pareja de perdiceras tomó posesión de él. En los años en que eligieron otro sitio alternativo para criar lo utilizaron los cuervos. En 1894 uno de los adultos fue abatido de un disparo, y su compañero abandonó el lugar. Al año siguiente unos buitres leonados se apropiaron del nido. La gran hembra que está ahora naturalizada con las alas extendidas en la vitrina de los buitres en el Museo Británico de Historia Natural, fue abatida en este nido. En 1905 me encontraba de nuevo cerca de aquella zona y, desde cierta distancia, vi una gran águila oscura salir del nido.



Nido de águila perdicera.

Constituye un buen ejemplo de las incertidumbres que surgen en la identificación de las aves, algo no suficientemente considerado por muchos, el que a pesar de haber visto muchas águilas perdiceras, así como reales, me equivoqué al imaginar que

el ave que yo había visto era un águila real. Estaba solo en aquella ocasión, el nido requería el uso de cuerdas para llegar a él, y pasaron algunos días antes de que pudiera organizar un grupo para que me ayudara. La segunda vez que visité el roquedo, para mi gran sorpresa, en lugar del águila oscura que había visto antes, salió del nido una ave de pecho blanco, sin duda un águila perdicera. Se trataba, evidentemente, de un caso para investigarlo, así que, escondiéndome en el matorral al pie del acantilado, esperé y observé.

Antes de que pasara mucho tiempo, un águila, evidentemente la hembra por su tamaño, volvió y entró en el nido. Muy poco después, vi una segunda águila volando derecha a mí, que a través de mis prismáticos me pareció un adulto de perdicera con partes inferiores blancas. Se acercó, y cuando estaba a menos de 50 yardas (45 metros) del cortado, su compañera salió del nido y voló en la dirección de la cual venía el otro. Las dos aves se cruzaron como un relámpago en el aire en un punto a menos de 100 pies (30 metros) por encima de mí y a unas 30 yardas (27 metros) enfrente. Entonces tuve una inmejorable oportunidad de compararlas y noté que el ave que se marchaba era la hembra, más grande, con plumaje de inmaduro, mientras que la que llegaba era el macho, más pequeño, con el plumaje blanco de adulto que ya he descrito. Quiero destacar que hubiera sido imposible obtener una evidencia más concluyente de que estas aves estaban criando antes de haber alcanzado el plumaje de adulto.

El macho fue derecho al nido y se dedicó a incubar sin perder un momento, mientras que la hembra se perdió de vista aleteando sobre las crestas frente a mí.

Habiendo reunido a mi grupo nos dirigimos hacia la cumbre del cortado, desde donde había un pequeño descenso hasta el nido bastante fácil con una cuerda. Este nido consistía en una gran estructura de palos, probablemente los restos dejados por las águilas reales y suplementados con las mejoras de los

cuervos, que estaba forrado con ramas frescas de palmito y algunas de alcornoque.

Contenía un simple huevo de la habitual forma redondeada de los huevos de águila, bien coloreado, con marcas rojizas hacia el extremo más grande. Por un momento dudé si debía tomar el huevo o dejarlo hasta que fuera puesto un segundo. Finalmente decidí llevármelo, y lo reemplacé con un huevo de ganso doméstico que llevaba conmigo en prevención de tales emergencias.

Debo decir aquí que es una buena idea llevar siempre un par de huevos de aves domésticas a las expediciones de búsqueda de nidos. Así, en el caso de que sea necesario volver a visitar un nido, se pueden dejar en el lugar de los que se recojan y de esta forma se induce al adulto a continuar incubando. Con tal propósito, normalmente, llevo huevos grandes de aves domésticas, pero en esta ocasión llevaba un huevo que había sido puesto por un ganso doméstico que yo usaba como reclamo cuando tirábamos a los gansos salvajes durante los meses de invierno. Era ligeramente mayor que el de la perdicera, y por supuesto con una conformación totalmente distinta, ya que los gansos salvajes y domésticos ponen huevos alargados terminados en punta por los dos extremos, mientras que las águilas ponen huevos redondeados, con un extremo más grande que el otro.

Al vaciar el huevo de águila me percaté de que estaba considerablemente incubado, una prueba de que no había posibilidad de que pusieran un segundo huevo. Parecía poco correcto dejar a las águilas así ocupadas en la infructuosa labor de incubar el huevo de un ganso doméstico, pero como yo no vacié el huevo de águila hasta que no volví a donde estaban los caballos, a uno cientos de pies por debajo del nido, me sentí físicamente incapaz de volver a él para tomar el huevo de ganso.

Ocurrió que unas semanas después pasé a caballo por aquel cortado con algunos amigos, y vimos salir de él a la hembra de pecho blanco. Subimos a la cima y miramos. Allí, a menos de 15

pies (4,5 metros) por debajo, yacía el puntiagudo huevo de ganso, pero como yo había pronosticado, ningún segundo huevo de águila había sido puesto. No teníamos una cuerda con nosotros, si la hubiéramos tenido, hubiera bajado y puesto fin a la decepción.

Las cosas ocurrieron de forma que todo esto concluyó con un imprevisto pero ridículo episodio. Unos pocos días después de la última visita al cortado de las perdiceras, a la vuelta de una larga expedición, fui informado de que habían llegado dos ingleses y se habían instalado en la cocina de una casita cercana a la mía, que yo había alquilado temporalmente ya que tenía más gente en casa que la que la casa podía alojar.



Huevo de águila perdicera.

Tras preguntar descubrí que se trataba de un fotógrafo profesional de aves y su ayudante, que andaban en busca de "material", quienes por alguna curiosa casualidad habían ido a parar al mismo lugar donde yo había vivido durante tantos años y que, debo decir, está a muchas horas de la civilización más cercana. Me aseguraron que no eran recolectores de huevos y que, de hecho, no expoliaban los nidos "solo los fotografiaban". Durante su estancia realizaron varias expediciones por los alrededores y luego desaparecieron tan repentinamente como

habían llegado, curiosamente también desaparecieron varios huevos de alimoche y otros al mismo tiempo.

Esto ocurrió en el mes de abril. En marzo siguiente yo estaba como de costumbre en el mismo lugar y había olvidado todo sobre este incidente, cuando un día recibí un ejemplar de *Country Life* que me había enviado uno de los del grupo que me había bajado al nido de perdicera el año anterior y me había visto colocar el huevo de ganso en él. En este número, para mi gran diversión, así como para la de todos los que tomaron parte en aquella expedición, había una descripción muy gráfica del mismo nido de águila perdicera que habíamos robado, explicando cómo "aquel fotógrafo" ¡había obtenido el huevo que había en él! Con el firme propósito, aparentemente, de dejar patente para siempre su ignorancia sobre las águilas y sus huevos el infortunado escritor mencionaba los más mínimos detalles acerca de cómo el huevo que habían obtenido tan gallardamente era "blanco y ligeramente puntiagudo en ambos extremos"; ¡de hecho se trataba de un inconfundible huevo de ganso doméstico! El poco parecido que tiene esta descripción con la de un huevo de perdicera se puede comprobar en la fotografía que se acompaña (página anterior) que tomé del huevo real a unas 18 pulgadas (45 centímetros) de distancia, cuando fui descolgado al nido.

Desafortunadamente, el colector de huevos de ganso no solo no era escalador sino que además no llevaba cámara de mano u otro aparato que pudiera haber utilizado en lo que era, realmente, una situación difícil para hacer fotografías. Así ocurrió que *Country Life* perdió una oportunidad única de publicar una foto de un "huevo de águila" que, de haber aparecido, la hubiera yo reproducido aquí si hubiera obtenido el permiso.

Algún tiempo después de este incidente me encontré con unos *carboneros*, antiguos conocidos míos, que vivían cerca del cortado y me habían visto bajar al nido y fotografiarlo. En su momento se tomaron mucho interés por el intercambio del huevo de ganso por el de águila, por lo que de vez en cuando se

asomaban desde la cima para ver si había eclosionado un gansito. Pero cuando "un inglés largo", como describieron al fotógrafo, apareció un día en escena y se encontró con grandes problemas para alcanzar con su mano el tan codiciado huevo, ellos se lo pasaron bien. El sentido del humor que felizmente es tan general entre esta pobre gente que vive unas vidas tan duras sin nada que las anime, encontró un magnífico campo narrando la historia. Ni siquiera yo escapé ileso, ya que se me acusa de arriesgar el cuello al poner huevos de ganso en nidos de águilas con el expreso propósito de confundir a los que siguen mis pasos. El veredicto final fue que *El Coronel* estaba rematadamente *loco* pero que al menos sabía lo que quería, mientras que el infortunado fotógrafo era obviamente *tonto*, ya que no sabía lo que estaba haciendo. A veces pienso, y me pregunto ¿en la colección de quién estará ahora ese notable trofeo?

Como se ve, la mayoría de los emplazamientos de nido de águila perdicera que he descrito con detalle eran relativamente fáciles de alcanzar. No es siempre así, incluso en las regiones menos habitadas y frecuentadas. Así, conozco un nido en la Serranía de Ronda que está inmediatamente debajo de una terraza inclinada, en el costado de un monte muy escarpado. Desde esta terraza hay una fuerte caída de varios cientos de pies hacia un gran talud por debajo. Por encima de la terraza, hay una serie de otros precipicios desde donde han caído bloques de caliza, algunos de cuyos fragmentos están depositados en la ladera o encajados en las rocas inmediatamente por encima de ella. El día previo a la visita de este lugar habíamos visto un águila perdicera entrar en la roca, por debajo de algunos acebuches que crecían junto al borde. Desde nuestra posición sobre el talud, a unos 600 pies (180 metros) por debajo, era muy difícil estar seguro del lugar preciso. Tras un amplio rodeo, una subida por una empinada ladera, rodeando peñascos y tras pasar una gran grieta en una pared, alcanzamos un punto por encima de la terraza desde donde una especie de escalera natural nos bajó hasta nuestro

cortado. Aquí nos dimos cuenta de que una cuerda sería muy útil como medida de seguridad. Estábamos a solo 50 pies (15 metros) de los acebuches al borde del cortado, y era absolutamente necesario estar seguros del lugar preciso, inmediatamente encima del nido, antes de intentar descolgarse, ya que no había lugar para hacer experimentos. Afortunadamente, tenía conmigo un grupo bien adiestrado, así que cuatro de nosotros cubrimos el borde del precipicio, tan cerca como pudimos, separados unos de otros a intervalos de unos 20 pies (6 metros). Estábamos así en situación de poder marcar con razonable acierto el lugar de dónde al águila saldría cuando fuera espantada del nido. Mi destino era un acebuche que crecía fuera del cortado y, llegar allí, significaba un cuidadoso descenso por la ladera. Para aumentar las dificultades estaba soplando fuerte viento y las violentas ráfagas me obligaban a agarrarme como si estuviera en el mar. Si mala era mi situación me sentí aliviado porque la de alguno de los otros era aún peor.

Cuando todo estuvo preparado se lanzaron algunas rocas sueltas que, sonando como el disparo de una pistola, obligaron al águila a salir del nido. Gracias a nuestros cuidadosos preparativos pudimos localizar el lugar exactamente, y no perdimos tiempo en disponernos a bajar. El nido fue asignado a mi compañero, el Almirante Farquhar, y debo confesar que sentí ciertas dudas cuando lo vi desaparecer sobre el borde. Justo en ese momento estaban cayendo fuertes chubascos, y las rápidas nubes y la niebla oscurecieron a medias la vista del valle rocoso y el sinuoso arroyo que corría allá lejos, a 800 o más pies (240 metros) por debajo de nosotros, haciendo que el descenso pareciera doblemente formidable. El grupo de bajada estaba colocado entre las rocas a 30 pies (9 metros) por encima de mí, y yo estaba en una cuerda de seguridad en el mismo borde, pero tal era la naturaleza del cortado que no podía ver nada inmediatamente por debajo de mí, así que permanecí agazapado sintiendo pasar la cuerda por mis manos y esperando la señal del silbato desde abajo. El viento silbaba y rugía alrededor de la cumbre, y parecía

imposible oír nada. Pronto, para mi gran tranquilidad, oí el silbato, "arriba" y pronto tuvimos de vuelta con nosotros a nuestro escalador, a salvo.

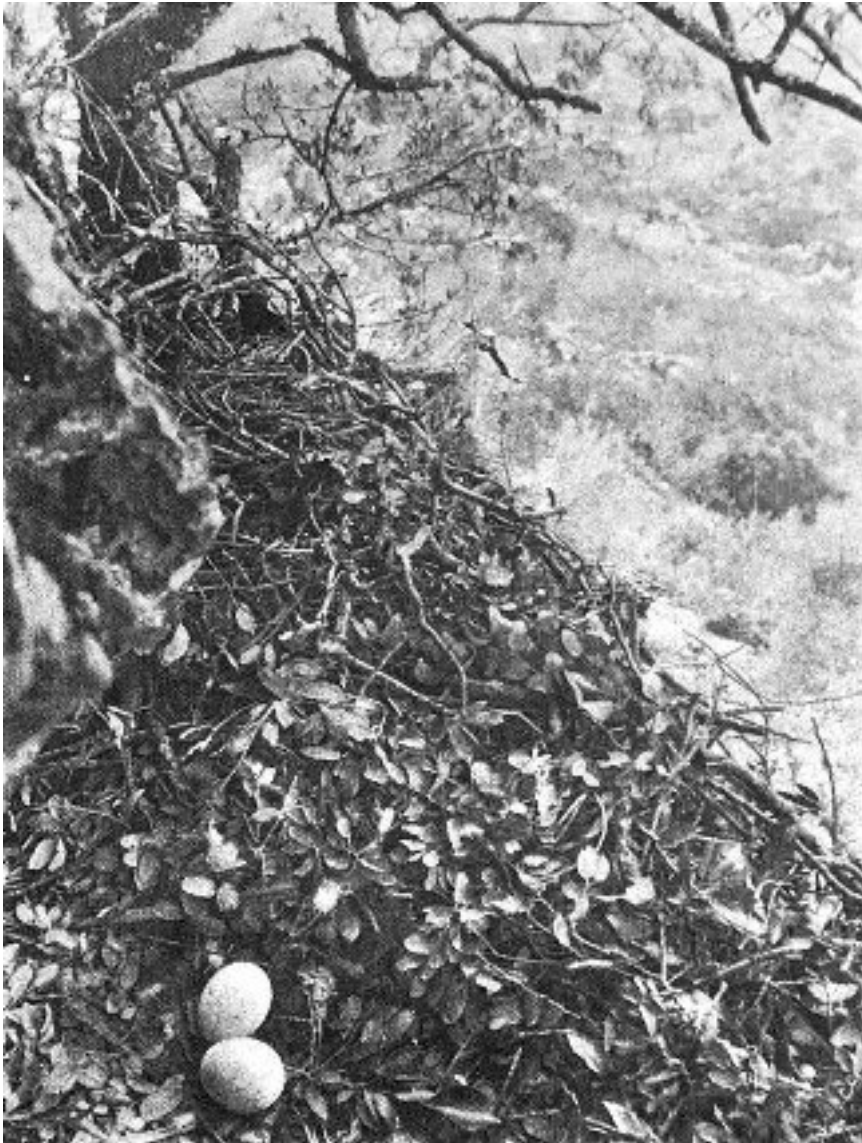
Tuvo lugar, entonces, uno de esos fatales incidentes que ilustran la gran diferencia que existe entre trabajar con la cuerda en acantilados bien conocidos para los escaladores y lo contrario. Llamé la atención sobre esto cuando estaba comentando la escalada en general, en una parte anterior de este libro. Una vez izado mi compañero hasta arriba yo iba siguiéndolo cuando un gran bloque de lo que aparentemente era roca sólida, sobre la que había dejado caer todo mi peso, se desprendió de repente en mi mano y saltando a mi lado por la pendiente, desapareció sobre el cortado en el punto por donde los dos habíamos estado escalando, y la oímos estrellarse y desintegrarse al golpear las rocas a cientos de pies por debajo. ¡Todo ello por trabajar entre rocas calizas desintegrables y no tenerlo en cuenta! La excesiva lluvia en esta región durante los meses de invierno, las densas nubes que constantemente abrazan las cimas de los montes, la nieve y las duras heladas de cada sucesivo invierno así como los poderosos rayos de sol del verano andaluz, se combinan para romper las más duras formaciones. Algunos de los grandes canchales de agudas piedras rotas que se encuentran en zonas más bajas son un testimonio elocuente de las irresistibles fuerzas de la Naturaleza.

En el caso que nos ocupa, estaba yo aún agarrado a la cuerda, o de otra forma nunca hubiera escrito esto, pero estos incidentes son poco tranquilizadores y no le dan a uno sensación de seguridad. Me prometí mentalmente ser más cuidadoso en el futuro. Curiosamente, otros hicieron lo mismo, y así lo comprobé dos años después, cuando estaba escribiendo este libro y se me ocurrió preguntar al Almirante Farquhar cuál, en su opinión, había sido el lugar más peligroso en que había estado cuando buscaba nidos de águilas. Respondió sin dudar, "Aquel nido de perdicera que cogimos juntos", añadiendo que si no hubiera sido por estar tan desesperadamente ansioso por coger una puesta de

águila perdicera con sus propias manos no se hubiera descolgado aquel día. Curiosamente, ninguno de los dos habíamos discutido nunca este asunto durante el tiempo transcurrido, probablemente esta era la prueba más elocuente de que no lo pasamos bien. Pero, sin duda, es necesario poseer el verdadero espíritu de buscador de nidos, el espíritu que desafía los peligros allí donde un nido debe ser alcanzado y le induce a uno a echarse por un precipicio, como lo hizo mi viejo compañero en esta ocasión. ¡Y así él llegó a coger el huevo!

Volví a visitar esta zona en la primavera de 1908, aunque no el mismo emplazamiento de nido, ya que estaba ansioso por conseguir una fotografía de un nido de perdicera con dos huevos. El nido que elegí para mi intento estaba solo a unos 30 pies (9 metros) de la cima de un cortado extraplomado, y colocado en una repisa muy pequeña tras la cual el nido abultaba considerablemente. Bajo el nido, el cortado se inclinaba hacia dentro, con lo que había una limpia caída hacia el suelo bien por debajo. No había punto de apoyo o agarradero alguno entre las rocas en ninguna parte alrededor del nido, y tan pronto como fui descolgado hasta él me di cuenta de que mi trabajo había terminado. Afortunadamente, justo encima del nido crecía un acebuche muy retorcido sobre una grieta en las rocas, y el nido dependía para su sujeción de algunas de las ramas más bajas de un segundo árbol que, curvándose hacia abajo, servía para retenerlo en su, algo precaria posición sobre la expuesta repisa. Una rama del primer acebuche se extendía sobre el nido, a unos 5 pies (1,5 metros) de él, y me di cuenta de que si, simplemente, pudiera usar esta rama para colocarme encima, podría sujetar la cámara lo suficientemente fija como para tomar una exposición de 30 segundos. Sin embargo me percaté de que necesitaba ambas manos para evitar deslizarme de la rama y que, además, mi peso la doblaba un poco, lo suficiente como para estropear la foto. Depender solamente de la cuerda como soporte hacía que desapareciera cualquier posibilidad de foto ya que hay un montón

de vibraciones en 30 pies (9 metros) de cuerda de 1,5 pulgadas (3,8 cm.)



Nido de águila perdicera.

Mirando alrededor, observé un muñón con aspecto de sólido a sólo un par de pies por encima, y me di cuenta de que allí estaba mi oportunidad. Así, izando el extremo de mi cuerda con

cuidado, lo ató a esta rama, de forma que quedé suspendido justo debajo, por la cintura. Por suerte, además podía colocar un pie en una grieta y así inmovilizarme completamente. Determinado a no perder tal oportunidad, tomé una serie de fotografías con ambas cámaras. Una serie, ¡ay!, se echó a perder debido a la misma película defectuosa que había servido igual de mal en el caso de un nido de quebrantahuesos justo el día anterior.



Pollo de águila perdicera en actitud defensiva.

De las otras, en tres ocasiones la cámara se resbaló, y en otras las ramas del acebuche vibraron con el viento. Debido a mi complicada posición, y al hecho de que los huevos estaban por debajo de mí, no podía mirar por el visor cuando tomaba las fotos, y de aquí que se perdieran una o dos por el hecho de que los huevos quedaban al borde de la imagen. Es curioso que mi mayor problema era encontrar un lugar donde pudiera depositar mi reloj con objeto de medir el tiempo de las fotos. Finalmente, conseguí colgarlo de una pequeña rama. Me propuse allí mismo que nunca más intentaría hacer fotos en lugares difíciles si no llevaba mi reloj de pulsera.

Todo esto suena trivial, pero sin duda hay bastantes complicaciones para el infortunado escalador que intenta, a la vez, mantener su equilibrio y manipular una cámara plegable. Confieso que sentí una especie de extraño placer cuando en esta "precaria y no permanente" posición, en palabras de Mr. Chucks, se me ocurrió lo muy subversivos que resultaban mi expuesto acebuche y la pequeña cuerda con la que estaba atado a él, frente a toda fotografía ortodoxa, con todos sus trípodes y bancos.

Los pollos de águila perdicera pasan por las mismas fases de cambio de plumaje que los de otras águilas; desde muy pronto se hacen muy notables el gran tamaño y la fuerza de sus garras, sobre las que ya he llamado la atención.

En 1907 fui descolgado hasta un nido que contenía un pollo ya emplumado completamente. Conforme llegué al nido adquirió una actitud de reto y defensa, como desafiándome a que siguiera adelante. Tuve alguna dificultad al fotografiar a este joven salvaje, ya que cuando le acerqué la cámara la agarró furiosamente con sus patas y era sorprendente comprobar el alcance que tenía cuando quería herir a alguien. Curiosamente, tenía al lado el cuerpo de un recién matado mirlo macho, casi completamente desplumado, siendo el brillante pico amarillo y unas pocas pequeñas plumas alrededor de su base lo único que servía para identificarlo.

Un mirlo puede parecer una presa muy pequeña para ave tan grande como una perdicera. Pero la razón era bastante simple; las laderas por debajo del nido y en muchas millas a la redonda están densamente cubiertas de densos lentiscos con retorcidos alcornoques y acebuches salpicados a intervalos, donde los mirlos son muy abundantes. Sin duda cuando las águilas vuelan sobre este terreno ondulado en busca de perdices o conejos, surgen muchas oportunidades de capturar un mirlo inconsciente, que según su costumbre vuela gritando de una mata a otra.

Habiendo decidido llevarme aquel pollo intenté echarle mano, pero se echó sobre su espalda y se mostró tan beligerante que renuncié al placer de su compañía durante mi ascenso. Dejándole ponerse en pie mediante unos engaños lo induje a caminar hacia atrás, hasta el borde del nido, donde con un empujón de mi pie lo lancé al espacio bajando con las alas extendidas, a modo de paracaídas, cayendo sobre una gran mata de jara, unos cien pies por debajo, de donde lo cogí luego. Este es el ave que aún conservo viva en mi casa de Inglaterra, y resulta muy interesante de estudiar.

Su alimento favorito son los conejos o ratas pero, juzgando por la fiera conducta que muestra cuando los gatos se acercan a su jaula, imagino que lo pasarían mal si se pusieran al alcance de su agarre. Agarre es, en verdad la palabra, ya que de todas las aves rapaces que tengo entrenadas para posarse en mi puño ninguna muestra la fuerza de la perdicera y, una vez agarrada, mantiene inflexible el aprieto del objeto agarrado por tiempo indefinido. El más grueso guante de piel del halconero sirve de poca protección cuando este águila se inclina agresivamente. Me hubiera gustado entrenarla en el vuelo de liebres, conejos y perdices, y estoy seguro de que lo hubiera conseguido en muy pocas semanas, pero la seguridad de que en Inglaterra le hubieran disparado a la primera ocasión en que se alejara de mí me impidió hacerlo. Un rasgo de su carácter es que nunca está de mal humor

o mohína, como se suele decir. La mayoría de las águilas tienen este defecto hasta un marcado nivel, algunas casi son incurables.

Cuando tenía seis meses la puse en el puño y, aunque en principio mostró notables exhibiciones de esta actitud, notables en cuanto a apariencia, con las alas caídas y cada pluma levantada y la cabeza agachada, esforzándose por fingirse ausente de mí y de mis molestias, pronto comprendió la inutilidad de tal conducta. En muy poco tiempo no sólo se posaba en mi puño sino que volaba hasta él por la comida.

Para un cetrero es fácil ver que esta especie está inminentemente adaptada por su estructura, costumbres y temperamento, al éxito de la realización del noble arte. Ahora, al cabo de dieciocho meses, vuela sin miedo hasta mi puño. Pero protesta con fiereza a cualquier interferencia que se produzca con su comida, y me hará un agresivo amago si la molesto de alguna forma. De aquí que, como medida de precaución, al igual que con los búhos reales, me pongo normalmente una careta cuando entro en la jaula.

Como se podrá imaginar fácilmente, el vuelo del águila perdicera es tan boyante y rápido como poderoso. Las he observado durante muchos años en numerosas ocasiones, volando alto en círculos sobre algún cortado donde estaban criando o cazando en un terreno adecuado, y la facilidad y gracia de sus movimientos en tales ocasiones sugieren las del vuelo de un halcón. A veces suben a gran altura y permanecen aparentemente inmóviles, literalmente colgadas en el aire. En su ataque y picado, son como relámpagos.

Puedo recordar cómo en el invierno de 1902 estaba tirando perdices en una llanura aluvial cerca de la localidad de Ksar El Kébir en Marruecos. Algunos pájaros volaron muy bien y yo le pegué bien a uno. Apenas había avisado a mi compañero "marca ese pájaro" cuando una perdicera apareció en escena con un tremendo picado, atrapó la perdiz herida y, sin reducir su velocidad un momento, ascendió con ella desapareciendo de mi

vista. Fue un espectáculo interesante para cualquier estudioso de la vida de las aves, y de fascinación peculiar para un cetrero.



CAPÍTULO VI

EL ÁGUILA REAL (*Aquila chrysaetos*)

Ideas populares sobre las águilas reales - Figuraciones absurdas - Preferencia por terrenos calizos - Repugnancia hacia los buitres - Lugares alternativos para criar - Localizando nidos - El interés de las observaciones personales - El uso de ayudantes pagados - Un argumento español - Preferencia por cortados - Pero no necesariamente los grandes cortados - Lugares remotos, su mejor salvaguarda - Mi primer nido de águila real - Una bajada fácil - Una cámara inútil - Un récord de siete años - Un interesante descenso y éxito de fotografía - Otros descensos y fotografías - Comportamiento de los buitres leonados - El objetivo de localizar nidos de águilas reales - Necesidad de observación cuidadosa - Resultados de cuidadoso reconocimiento - Una visión dichosa para un naturalista - Observando águilas reales en sus dominios - Un espectáculo glorioso.



Todo lo que encierra la palabra águila, especialmente águila real, hace difícil para un ornitólogo el evitar ofender a los lectores que, probablemente, tienen ideas exageradas sobre el tamaño de las águilas, su valor, ferocidad y costumbres en general. Desde épocas pasadas los escritores clásicos han idealizado el ave y le han atribuido tantas cualidades maravillosas, que una nueva narración de las experiencias diarias de un naturalista de campo entre estas espléndidas aves queda muy corta frente al ave simbólica elegida inmemorialmente por naciones guerreras como la insignia de sus estandartes.



Águila real (*Aquila chrysaetos*)

Así, la "reina de la aves", de la que tenemos todas las razones para pensar que se empareja para toda la vida y a la que se ve normalmente cazando en compañía de su cónyuge (excepto en la época de cría o en algunas ocasiones en las que sólo un ave puede ir en busca de alimento), ha sido descrita reuniéndose en grandes grupos para atacar a aves menos poderosas. La famosa pintura de Landseer "Águilas atacando cisnes" es un monumental ejemplo de falsa representación, ya que no sólo representa un conjunto imposible de águilas sino que les atribuye métodos de ataque que ningún águila realiza jamás, ya que estas atacan o pican sobre sus presas, pero no se dedican a vulgares peleas ni en tierra ni sobre el agua. De menor importancia, pero todavía más gratuita interpretación, resultan diversos esfuerzos periodísticos por presentar al águila como una especie de monstruo. Tengo en mente la pintura "Atacado por las águilas", en la que un hombre aparece rodeado por una bandada de gigantescas aves, tan grandes como avestruces, con una envergadura de alas de 12 pies o más (3,5 metros). La escena tiene lugar en un habitado centro de salud del sur de Francia, donde las águilas son casi tan escasas como en Brighton.

Las águilas reales, que son amigas mías (salvo ciertamente en las raras ocasiones en que tomo los huevos de sus nidos), son otras aves bien distintas, de una media de 10 a 12 libras (4,5 a 5,5 kilos) de peso y con una envergadura de ala de algo más de 6 pies (1,8 metros). Los que ven mis dibujos y fotografías de las varias moradas de águila real que he visitado de vez en cuando me preguntan "¿Qué haces cuando te atacan?"; cuando mejor deberían preguntarme: "¿Te atacan alguna vez?". Aquí de nuevo he de decir que soy muy desafortunado pues no sólo mis águilas reales nunca cazan en grupo como los lobos o roban niños, sino que además, y a pesar de la cantidad de veces que me he descolgado con cuerdas o he escalado grandes cortados en busca de nidos de águilas, nunca he tenido el honor de ser atacado por los adultos enfadados.

Puedo decir aquí que, aunque he escalado a muchos nidos nunca hasta ahora he disparado a un águila real, aunque en gran número de ocasiones las he tenido muy cerca.

En el sur de España son marcadamente locales, tanto que el Coronel Irby en 1847 mencionaba que nunca había visto una. Algunos años después las encontré criando dispersas en los grandes acantilados de arenisca del oeste de Andalucía, y mostré al Coronel Irby dos emplazamientos, pero hasta que decidí dirigir mis expediciones hacía las montañas calizas que forman las estribaciones sureñas y occidentales de Sierra Nevada, no me familiaricé con ellas. Sólo en dos ocasiones las había visto en Marruecos, y conozco un nido en aquella parte del Estrecho. Es difícil explicar la marcada preferencia del águila real por los terrenos calizos, si no se tiene en cuenta el hecho de que no parecen profesar simpatía a los buitres leonados y, por lo que sé, según mis observaciones personales, nunca los toleran cerca de sus nidos. Puesto que todos los grandes roquedos de arenisca están ocupados por los buitres, ésta debe ser una de las razones. Además debido a que en las formaciones geológicas normales de terrenos calizos hay en general menos cuevas y fisuras en un mismo cortado que en los terrenos de arenisca, los buitres que crían allí están, por norma, más ampliamente distribuidos y dispersos, puesto que no tienen las facilidades para formar colonias grandes y concentradas que tiene en algunas peñas de arenisca. Aunque las águilas reales, sin duda, expulsan a cualquier pareja extraña de buitres que intente ocupar su peña particular no creo que intenten desalojar a toda una colonia. Hay todavía, sin embargo, otra razón posible por la que las águilas reales se circunscriban principalmente a los terrenos calizos. La cercana especie, el águila imperial, que frecuenta las laderas boscosas y valles de los terrenos arenosos más bajos, al igual que otras águilas que crían en árboles, está siempre en busca de alimento, y su persistente acoso de estos terrenos puede que no deje suficiente caza como para que le merezca la pena al águila

real establecerse en la misma región. Conejos y perdices son la comida favorita de las águilas reales y, en la sierra, los únicos competidores serios que tienen por estas presas son la más pequeña águila perdicera y, en menor medida, los búhos reales, a quienes también gustan los conejos.

Las águilas reales son muy aficionadas a los cabritos y a los corderos muy pequeños, y en la época del año en que los hay los pastores vigilan mucho los movimientos de las águilas. Cuando, como ocurre a veces, un nido está en una cornisa visible desde lo alto de un cortado los cabreros lanzan rocas para romper los huevos y ahuyentar las águilas hacia otro lugar. En este caso no abandonan por completo la zona, sino que se establecen en otro lugar no lejano.

Esto me lleva a un rasgo muy interesante en las costumbres del águila real, bien conocido por la mayoría de los naturalistas de campo y común a muchas otras águilas y rapaces, pero no tan marcado en ninguna de ellas como en las águilas reales.

Cada pareja de águilas cuyas costumbres he tenido la oportunidad de observar por un período de varios años, parece tener normalmente dos lugares alternativos para su nido, algunas tienen tres, y sé de una que tiene cuatro emplazamientos de nido. De hecho sólo conozco una pareja entre muchas que, habitualmente, está asentada en un lugar y sólo uno. La razón para esto es explicable: que debido a su localización nunca ha sido molestada. Este nido está en una pequeña cueva en la cara de una pared de roca caliza, a unos 800 pies (240 metros) de altura y a unos 400 pies (120 metros) por debajo de la cima. Por encima hay un canchal de piedra suelta con una pendiente de 45°, y sobre él se elevan de nuevo otros cortados. Alcanzar el punto más cercano por encima de este nido supondría un largo día de trabajo, y descolgar un hombre al nido precisaría al menos 500 pies (150 metros) de cuerda de 2 pulgadas (5 centímetros), siendo una cantidad igual de otra más ligera aconsejable como cuerda de seguridad.

La localización del nido de todas las grandes aves, y especialmente del águila real, me resulta una ocupación de lo más interesante y fascinante. Soy consciente de que en muchos casos ahorra tiempo, gastos y problemas encargar a alguna persona de la zona marcar los nidos de éstas y otras aves, y en casos de emergencia, cuando el tiempo apura, no he despreciado el aprovechar tal conocimiento local, pero siempre en el explícito entendimiento de que nadie, excepto yo, era quien se acercaba al nido o tocaba los huevos o los pollos.

Pero una vez dicho y hecho todo esto, algunos de los días más felices de mi vida han sido esos en que, posiblemente después de jornadas, semanas, meses, y en algunos casos años de observación, he acertado, sin ayuda, a descubrir el secreto de las grandes aves. Hay algo particularmente cautivador para mí en el hecho de que, habiendo observado un águila en cierta zona, volando en un determinado paraje o cazando en cierta ladera, gradualmente, quizás tras repetidos fallos y expediciones infructuosas, a lo largo de vertientes de aguas separadas entre altas montañas por valles de un día de camino, he ido reduciendo la región hasta unas pocas millas cuadradas, luego a un simple barranco y finalmente a una solitaria peña en el mismo.

De nuevo, el empleo del conocimiento de gente de la zona no siempre facilita el éxito. Más de una vez me han llevado a enseñarme un conocido nido de águila real que ha resultado ser nada más excitante que el de un alimoche o el de un cernícalo y en una ocasión ¡incluso el de una paloma bravía! La anécdota de la paloma bravía, aunque fastidiosa resultó divertida, pues muestra la forma de pensar del pastor español que me llevó y que, tras preguntarme las razones por las que yo quería algo tan inútil como los huevos de águilas, llegó evidentemente a la conclusión de que yo era un lunático inofensivo. Yo estaba naturalmente furioso por haber sido llevado en una desagradable escalada por la roca hasta una cueva para ver, simplemente, una paloma, y expliqué con decisión lo que sentía. Él respondió simplemente:

"Usted dijo que quería escalar y coger un nido con dos huevos blancos que no sirven para nada, ahí tiene usted los huevos, coja la escopeta y tire a las aves que son buenas de comer, mucho mejor que un águila".

Pero esto ocurrió hace muchos años y antes de haber aprendido la lección de no dejarme convencer nunca de escalar hasta un nido a no ser que previamente haya visto las aves y, tras observar sus movimientos, haber descubierto sus secretos. Este incidente lo dedico a esos "naturalistas" que se imaginan que por pagar a los nativos para encontrarles nidos y traerles huevos han perfeccionado el arte de buscar nidos.

En España el águila real es, esencialmente, un ave que anida en las rocas. De entre el gran número de nidos que he visitado, nunca he encontrado alguno en un árbol, mientras que en Escocia algunas de las pocas águilas que aún quedan allí eligen árboles para instalar sus nidos.

Sin duda, una de las razones de por qué las águilas se establecen habitualmente en lugares de difícil acceso es el hecho de la persecución que han sufrido durante siglos por parte de los humanos, tipificada en los resentidos cabreros o campesinos, cuyos rebaños o aves domésticas han sufrido la depredación de las águilas. Pero nada es más ampliamente admitido que la creencia popular de que estas grandes aves crían invariablemente en los más altos e inaccesibles precipicios. Por contra, parecen preferir como norma algún valle tranquilo donde pase poca gente o muy de tarde en tarde, y donde haya algunas pequeñas peñas que presenten cierta dificultad para el presunto escalador, antes que un escarpado precipicio, visible desde lejos, conocido en la región y supuestamente inescalable. Por supuesto que algunos nidos de águila están emplazados en magníficos cortados, pero como norma, contando con la adecuada cantidad de cuerda, son mucho más fáciles y seguros para descender que otras peñas mucho más pequeñas, posiblemente de sólo 50 ó 100 pies (15 ó 30 metros) que bien por la razón de tener muy pendientes y

desmenuzables laderas por encima, o por ser rocas inestables y extraplomadas, son al mismo tiempo difíciles y peligrosas.

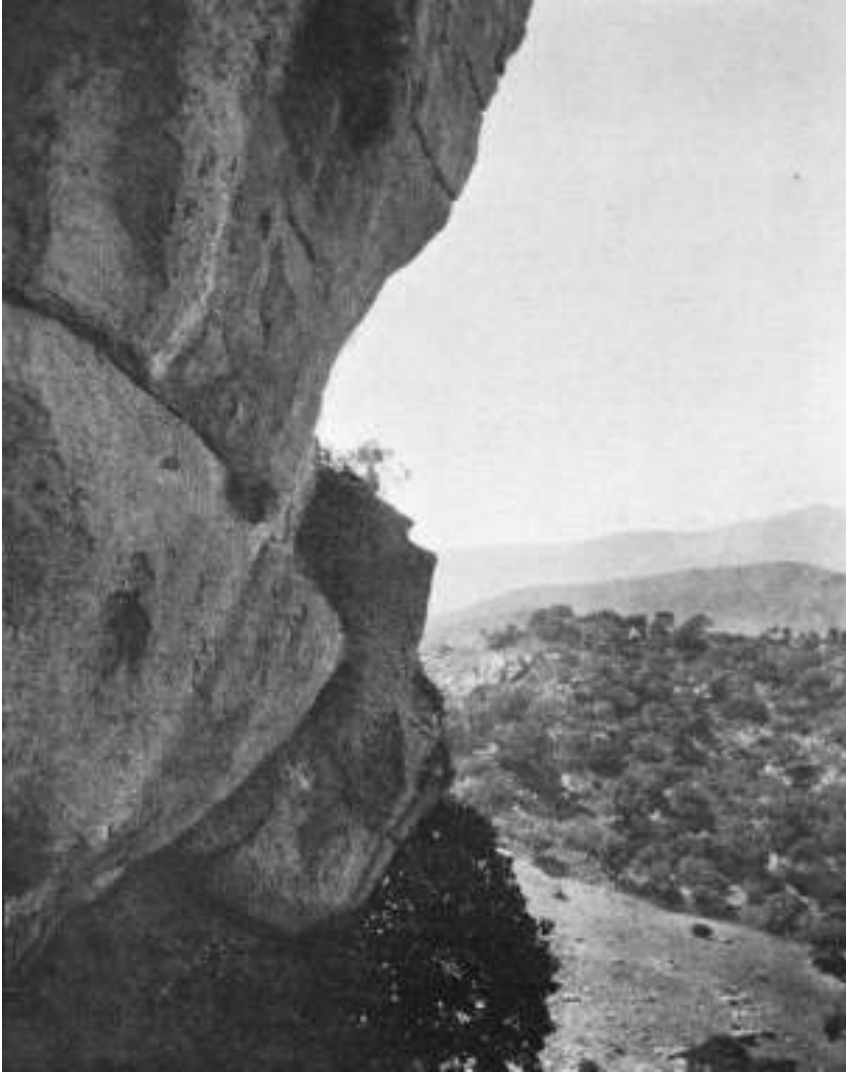
Prefiero no utilizar la palabra imposible por la razón de que, contando con suficiente cuerda y, sobre todo, con conocimiento de cómo utilizarla, y contando siempre con que las condiciones topográficas permitan que se pueda llevar el equipo necesario hasta el lugar, hay muy pocos nidos que se pueda decir que son imposibles de alcanzar. Estas, al menos, son mis experiencias. El que las sucesivas generaciones de águilas hayan aprendido por experiencias negativas lo inútil que resulta recurrir a la altura, y sólo a la altura, como seguro para sus nidos es imposible de decir, pero cada año que he vivido y cada nuevo nido que visito me confirma en la creencia de que la elección del lugar del nido por las aves salvajes está, por encima de todo, relacionada con el hecho de escapar a la observación.

La primera ocasión en que tuve la satisfacción y la gratificación de ver un nido de águila real con huevos se me presentó con muy poco esfuerzo. Estaba explorando una gran montaña caliza, tan frecuentes entre las bajas estribaciones de Sierra Nevada, y vi una pareja de águilas reales muy altas, que desaparecieron pronto tras la falda de la montaña. Siguiéndolas llegamos a una cadena de montes de unos 400 pies (120 metros) de altura, que corría paralela a un curso de agua.

Por encima de esta línea había una gran terraza rocosa, con una segunda serie de cortados sobre ella, coronada por otra terraza más y una masa de peñas puntiagudas. Después de un tiempo vimos una de las águilas entrar en la cadena más baja de paredones, pero desde nuestra posición era imposible estar seguro del lugar exacto. Como era tarde volvimos a casa para, a la mañana siguiente, continuar nuestra búsqueda. Comenzando las operaciones en la cumbre del cortado que pensábamos que tenía mayor probabilidad de contener el nido de águila, más bien por buena suerte que por buena organización, dimos con el lugar desde arriba, pues al disparar un tiro salió un águila real de la

pared, casi exactamente por debajo del lugar donde yo estaba. El cortado era de caliza perfectamente sólida, muy expuesta y bastante vertical, con una pequeña fisura de unos pocos pies de profundidad que corría hacia abajo desde la cumbre por donde yo estaba, y no era difícil adivinar que el nido estaba probablemente emplazado en ella, algo más abajo, donde había una repisa. Yo llevaba unos 50 pies (15 metros) de cuerda de 2 pulgadas (5 centímetros), y con ella fui descolgado unos 35 pies (10 metros), lo suficiente para ver que, no mucho más abajo, había un saliente que destacaba en la pared de roca. Afortunadamente, teníamos con nosotros también 180 pies (54 metros) de cuerda alpina de 1,5 pulgadas (3,80 centímetros) y, subiendo y poniéndola en doble, hice un nudo y descendí de nuevo. Cuando estaba a unos 50 pies (15 metros) más abajo, pasé sobre un lado del saliente y vi el nido inmediatamente debajo de ella, colocado en un pequeño hueco, a continuación de la fisura superior. Diez pies (3 metros) más abajo alcancé un buen agarradero que me permitió abrirme camino hacia arriba desde debajo del saliente y alcanzar el nido, que contenía dos huevos espléndidamente coloreados. El nido medía unos 3 pies (1 metro) y estaba forrado con hojas frescas de encina y palmito. Llevaba conmigo mi pequeña cámara de foco fijo (era en los tempranos días del uso de la cámara de mano), que podía ser usada en caso de necesidad a 7 pies (2 metros). Pero aquí yo estaba a tan sólo 3 pies (1 metro) del nido, que estaba a la sombra. Me afiancé apretando los pies contra la pared enderezando mis rodillas, pero no era suficiente ya que no había posibilidad de conseguir la necesaria distancia de enfoque y, además, el tiempo de exposición era imposible, ya que no se podía improvisar un lugar donde apoyar la cámara, y siempre había vibración de la cuerda. Por supuesto, tomé una instantánea, pero fue igualmente un fracaso. Todavía tengo la foto tal como salió, con las rocas mal enfocadas, y su interés está en que recoge la absolutamente escarpada naturaleza del cortado, y muestra las estrías de la acción del agua sobre la roca que está detrás del nido.

Habiéndome aupado hasta el nido, empaqueté los huevos y volví a subir.



Vista desde un nido de águila real.

Durante este tiempo los adultos, como es normal, permanecieron a distancia dejándose ver con dificultad. Este nido ocupaba uno de tres lugares alternativos, todos ellos en la cara del

mismo cortado. El segundo emplazamiento estaba en una posición muy similar, a unas 200 yardas (182 metros) al este del primero, mientras que el tercero estaba sobre un contrafuerte o gran terraza a unos pocos cientos de yardas hacia el oeste.

He vuelto a visitar este cortado en varias ocasiones desde entonces, y a veces he encontrado a las aves ocupando uno de estos emplazamientos, mientras que otras ocupaban un cuarto lugar que no conseguí descubrir por falta de tiempo. Otra pareja de águilas reales ocupaba un gran monte a un día de camino del nido que acabo de mencionar.

Tuve la oportunidad de estudiar esta pareja de cerca durante más de siete años, y conseguí encontrar los diferentes sitios alternativos que utilizaban. El primero, que llamaré "A", estaba sobre una pequeña terraza, a unos 250 pies (75 metros) de la base de un cortado muy pronunciado y, quizás, a 150 pies (45 metros) de la cima. La vista desde este nido, que está situado a muchos cientos de pies por encima del nivel general del terreno, es muy extensa. Pero aunque a la vista el lugar resulte de los más inaccesible, en realidad puede ser alcanzado desde atrás a través de una pequeña tronera natural que conduce hasta él. Durante muchos años ha sido utilizado por águilas reales, y aunque los cabreros locales hayan destruido a menudo el nido, como así me han dicho, y en los últimos años haya sido hostigado más de una vez, las infortunadas aves adultas siguen estableciéndose allí a intervalos.

El primer año que supe de este nido fueron tomados dos huevos de él, no por mí. Al año siguiente las águilas criaron en una peña baja en un pequeño barranco, a unas tres millas al norte (5 kilómetros) del primer nido, que llamaré lugar "B". Aquí felizmente escaparon de molestias.

El tercer año los adultos volvieron a mudarse a una pequeña pared en un barranco a unas 2 millas y media (4 kilómetros) al este de "A" y a tres millas (5 kilómetros) de "B", que llamaré "C". Este nido estaba sobre una roca saliente a menos

de 15 pies (4,5 metros) de la cumbre, sin embargo, el terreno arriba era muy pendiente y la tierra suelta, así que era necesario para los que sujetaban la cuerda extremar las precauciones hasta encontrar un apoyo seguro entre las deslizantes y pendientes rocas.



Nido y huevos de águila real.

Una gran peña sobresalía por encima del nido y lo hacía inaccesible desde arriba. Por ello intenté alcanzarlo por el flanco derecho, pero fue imposible. Finalmente fui por la izquierda desde arriba y, arrastrándome por una unión de la roca que corría en un ángulo de 45°, me deslicé a lo largo de ella con todo mi peso pendiente de la cuerda, agarrándome con las manos a la cara del cortado. Por este procedimiento resultó fácil llegar al nido, siempre manteniendo la tensión de la cuerda, algo esencial debido a que no había un punto de apoyo seguro.

En esta ocasión iba equipado con una cámara más asequible, la Kodak, capaz de enfocar desde 6 pies (1,8 metros) hasta 18 pulgadas (45 centímetros).

Junto al nido había un alcornoque seco y colgando mi reloj de una rama frente a mí y apretando la cámara contra la pared tuve la suerte de poder tomar varias exposiciones de treinta a cuarenta segundos que produjeron buenos resultados. Luego volví a visitar el sitio "A" del año anterior y lo encontré en posesión de un buitre leonado que había forrado el viejo nido de águila con briznas de hierba y pelos, y había puesto su único huevo blanco en él.

En el cuarto año ni el águila ni el buitre ocuparon el lugar "A", aunque el cortado estaba ocupado por varias parejas de buitres leonados. Las águilas este año habían vuelto una vez más al lugar "B". Este era el emplazamiento más pequeño que yo he visto nunca ocupado por águilas reales, y era casi igual que el "C", con una falda muy pendiente arriba, pudiéndose llegar hasta unos 12 pies (3,6 metros) de él desde abajo, a lo largo de un estrecho saliente. Después era imposible progresar más y el nido tuvo que ser alcanzado desde arriba.

El quinto año las águilas volvieron al lugar "C" y pusieron un huevo que, desafortunadamente, fue robado; la hembra entonces siguió en el emplazamiento "A" y puso un segundo huevo, pero siendo este nido muy fácilmente accesible sufría tantas molestias que fue abandonado. Fueron tan poco decididas

en el sexto año como para volver de nuevo al mismo lugar "A" y, al ser el acceso fácil, los huevos fueron robados. Junto a estos tres emplazamientos utilizados rotativamente como queda descrito, encontré un cuarto, donde me habían dicho que habían criado a veces pero, aparte de ver las águilas por allí no tengo pruebas de que lo ocuparan.



Nido y huevo de águila real (lugar "B").

Esta costumbre de las águilas reales de elegir un saliente de roca en paredes comparativamente bajas resulta muy curiosa. Encontré el nido de una tercera pareja en una posición casi exactamente igual a las descritas para "B" y "C", a un día de camino de ellas y hacia el sur.

Al principio de este capítulo aparece un dibujo de este nido. En este caso el nido estaba a unos pocos pies de la cresta, siendo la peña de unos 100 pies (30 metros) de altura, mientras que el acceso al borde del cortado era a través de un peligroso canchal de rocas sueltas desprendidas de los inmensos roquedos que había por encima.

La presión moral ejercida por las águilas reales sobre sus despreciados parientes, los grandes buitres leonados, era muy aparente en el caso del nido en el lugar "A".

El primer año, cuando las águilas lo ocupaban, no se veía un buitre leonado por toda la zona, el segundo año advertí una pareja, el tercer año una pareja había tomado posesión, de hecho, del nido de águila abandonado y otra pareja se había establecido en una gran cueva cerca de allí. Al año siguiente había cuatro o cinco nidos. El sexto año detecté la presencia de las águilas, primeramente al ver a una descender desde lo alto, de repente, y atacar a un buitre que pasaba volando cerca del cortado donde estaba situado su nido, el cual huyó con gran precipitación. Como dato curioso, disparé después varios tiros para ver si estaban criando algunos buitres en los cortados, pero no salió ninguno. Para estar seguro, escalé y visité los diferentes nidos que yo conocía y los encontré desocupados y sin haber sido reparados. Solamente una pareja de alimoches estaba criando en la gran cueva que anteriormente había tenido varios nidos de buitre, y la hembra había puesto sus huevos en uno de los nidos de buitre del año anterior. Sería difícil aportar un testimonio más claro de la antipatía que tienen las águilas reales por los buitres leonados.

Posiblemente alguien que lea esto puede imaginar que resulta bastante sencillo encontrar los nidos de estas bellas aves.

Por supuesto, con buena suerte, hay muchas cosas que resultan fáciles en la vida, pero en pocos cometidos de los que yo conozco hay más posibilidades de decepción que en la búsqueda de nidos de águilas.

Cuando una vez localizada una pareja de estas aves sus emplazamientos de nidos son también descubiertos parece ser todo absurdamente sencillo, y así puede resultar para el visitante casual que quiere que le enseñen un nido de águila y que puede contar para ello con alguien que le lleve hasta el lugar. Pero para el ornitólogo genuino ¡qué inmenso e incierto resulta el objetivo y qué contundentes resultan a veces las inesperadas dificultades que se presentan, una tras otra, como para impedirle que consiga lo que busca!

El mero hecho de observar las águilas entrar en los cortados, bien en solitario o en parejas, está muy lejos del éxito final de encontrar sus nidos. Debido a su costumbre de asentarse en lugares alternativos, no es infrecuente que ocurra que una pareja que esté pensando anidar vuele alrededor de varios nidos viejos, para mayor incertidumbre. Incluso después de haber llegado a la decisión de reparar y forrar uno de los nidos de años anteriores, pueden establecerse en alguno de los otros, y entrar y salir de ellos de la forma más desesperante.

El principiante, tras ver las aves entrar así a un nido está siempre ansioso de ir allí enseguida. Tal precipitación es, por norma, prolífica en desengaños. Pero incluso cuando un nido ha sido localizado y el hecho de que contenga huevos haya sido asegurado razonablemente, la aproximación final desde arriba es, por supuesto, un problema. A menudo consiste en el trabajo de todo un día el alcanzar la cima del cortado por encima del dominio del águila, y sólo los que han realizado frecuentemente esta aparatosamente sencilla operación y han experimentado los repetidos fallos que ocurren tan a menudo, pueden valorar la gran



Nido y huevos de águila real.

diferencia que hay entre ver un nido desde abajo e intentar colocarse exactamente por encima de él, posiblemente muchas horas después.

Unas veces sí y otras no la configuración de cresta de la cima impide una aproximación al borde, y puede ser necesario hacer varios descensos tentativos con un as de guía para poder fijar el lugar deseado; ¡y qué poco agradable resulta a veces este

proceso y cuánto peor parece ponerse la cosa mientras más se mire!

Pero en tal caso, como en todo deporte y aventura, la dificultad añade interés a la empresa ¡y qué satisfacción tan indescriptible supone para el impenitente buscador de nidos cuando, tras una serie de peripecias difíciles, se encuentra en el codiciado nido! Y para el naturalista ¡qué intensamente fascinante es tal momento! cuando mira la gran estructura de palos, quizás de 4 ó 6 pies (1,2 ó 1,8 metros) de ancho con su forro de hojas verdes frescas ¡en cuyo centro están los dos espléndidos huevos, normalmente blancos color tierra, con todas las sombras de marrón fuerte y marcas rojizas! Tales momentos compensan al verdadero amante de la naturaleza por todo el trabajo y el riesgo. Sus sentimientos contrastan con los del "colector" ¡que paga a un hombre para que se arriesgue y coja los huevos para él!



Nido y huevos de águila real. (medidas: 7,8 x 5,9 cm.)

Pero bien sea el objeto de la búsqueda el coleccionar huevos, obtener fotografías de los nidos u observar las aves en su estado salvaje, aquella pone al hombre en contacto con uno de los más fascinantes de los estudios. La maravillosa facilidad de su vuelo y rápida adaptación de sus grandes alas para efectuar cualquier giro o vuelta en mitad del aire es algo que siempre produce alegría a quien lo observa.

Rara vez esta observación produce mejor efecto que cuando una pareja de águilas reales se dedica a jugar alrededor de una gran peña que puedan estar reconociendo con idea de anidar. Tras varios planeos circulares y bien alto una de ellas describirá, de repente, una vuelta más amplia y se deslizará hacia abajo y hacia dentro, hasta penetrar en la sombra proyectada por el precipicio. Conforme se va acercando a la pared las grandes y emplumadas patas son extendidas hacia abajo, y se posa con una sacudida sobre alguna proyección de roca adyacente al supuesto emplazamiento del nido. Durante un momento se equilibra con unos pocos aletazos, y luego pliega tranquilamente sus grandes alas sobre su espalda. Pronto descenderá el otro ave, desde lejos, con un prodigioso picado que lo llevará en una curva hacia abajo, mucho más allá del punto donde su compañero está descansando, y antes de que el ojo pueda captar lo que está ocurriendo, y sin ningún esfuerzo aparente, el descenso se torna en ascensión que lo llevará al mismo lugar que el otro. Durante algunos segundos realizarán un estridente murmullo y aleteo, rápidamente seguidos del lanzamiento del primero y luego del segundo de nuevo al espacio, donde con alas extendidas se elevan majestuosamente de nuevo con la luz del sol sobre el cortado, para volver a comenzar sus evoluciones aéreas.

Esto lo he visto a veces, tumbado boca arriba entre las rocas y aspirando el olor dulzón de las jaras en algún valle salvaje cerrado por el precipicio sobre el que las águilas juegan.



CAPÍTULO VII

EL BUITRE EGIPCIO O ALIMOCHE (*Neophron percnopterus*)

Un ave de costumbres repulsivas - A pesar de ello es un ave bella en vuelo - Una especie que cría en las rocas en Europa - Despensas horripilantes - Nidos y huevos - Plumaje - Parecido de los jóvenes con el quebrantahuesos - Regularidad en la migración - Emplazamientos de nidos - La Cueva del Cuervo - Una improvisada red - "Colocando" una cámara - Una marta en posesión del nido - Una cueva típica de buitres - Un nido entre los cantos - Un nido en un alcornoque - Los "Calpe Hunt" y la búsqueda de nidos - Un águila culebrera desahuciada - Un inquilino indeseable - Capturando un alimoche - Peculiaridad de la pigmentación de los huevos - Alimoches en el Desierto de Bayuda.



Todo lo que pueda decirse del buitre leonado en relación con sus horribles costumbres y sobre su espléndido aspecto en vuelo se puede aplicar por partida doble a ésta, la más desagradable de las aves. Su plumaje blanco nevado con alas terminadas en negro, vista a distancia conforme planea en amplias curvas y bien alto, combinado con su silueta ligera y estilizada, le da una apariencia general de limpieza y delicadeza que sus costumbres, en lo que concierne a su alimentación y cría, desmienten desafortunadamente.



Buitre egipcio o alimoche (*Neophron percnopterus*).

Sólo cuando se observa a corta distancia, es cuando el buitre egipcio o alimoche, como también se llama, revela lo horripilante que es. La piel arrugada amarillo brillante de la cabeza desnuda es de lo más repulsivo, mientras que el sólo conocimiento de que esta ave es una de las más sucias comiendo de todas las que habitan la tierra, no contribuye a su atractivo. Aún así hay que repetir que pocas aves presentan una mejor vista en vuelo y, además, ponen unos huevos muy bonitos, estando algunos de ellos entre los huevos más elegantes que se puedan ver. Es cierto que difieren mucho en el color y en la intensidad de sus sombras, pero a veces he cogido huevos que por la riqueza de colorido dejan atrás incluso a los bellos huevos del águila pescadora y del peregrino. Muchas aves rapaces ponen huevos muy elegantes, pero muy pocas tienen tales combinaciones de manchas marrón fuerte y marcas púrpura como las que tienen algunos de alimoche que tengo en mi colección.

El buitre egipcio pertenece a una subfamilia de buitres conocida como los alimoches y abunda en toda la cuenca del Mediterráneo y Norte de África. Emigra al sur en invierno, y ha sido citado en lugares tan meridionales como Rhodesia. Cada año pasa en gran número hacia el norte por el sur de Andalucía, entre febrero y marzo, desde donde se distribuye por toda España. En esta época del año pueden ser observados en los árboles, frecuentemente reunidos en grupos considerables. Crían casi invariablemente en roquedos y la cría en árboles es tan infrecuente en Andalucía que, cuando hace muchos años encontré un alimoche criando en un alcornoque se consideró un incidente memorable, y fue recogido como tal por la revista *Ibis*. La subespecie correspondiente de la India (*Neophron percnopterus ginginianus*) cría normalmente en árboles, y he oído de casos en años pasados en que el alimoche europeo lo hacía también en algunas partes de España donde no hay roquedos, como en las llanuras del Guadalquivir. Las opiniones varían en cuanto a si capturan animales vivos. Aunque puedo decir que los he

observado prácticamente en todas las épocas del año y durante muchos años, personalmente nunca los he visto llevando nada vivo. Pero creo que capturan lagartos y pequeñas culebras, ya que he encontrado restos frescos de ambos en sus nidos.

También, en la mayoría de los nidos que he visitado, y he visto muchos, ha habido cierto número de cabezas momificadas de lagarto ocelado. Es cierto que existe la posibilidad de que otras aves maten y devoren los lagartos dejando las cabezas y que los alimoches las cojan, pero como he dicho, creo que capturan reptiles. Es bien conocido que coleccionan todo tipo de cosas. Una lista de los objetos encontrados en sus nidos sería, simplemente, interminable. Dejando a un lado el hecho de que se mantengan principalmente como carroñeros del más bajo nivel, pruebas de lo cual se pueden encontrar en casi cada nido, he encontrado gatitos, ratas, erizos, tortugas, culebras, lagartos, sapos, ranas, restos de zorros, de perros y de peces y, recientemente, un pollo muerto de buitre leonado, todo en estado de momificación o de putrefacción. Además de restos animales hay, normalmente, una colección miscelánea de trozos de cuerda vieja, trapos sucios y papel. Entre los objetos más inesperados puedo mencionar una pequeña bolsa de harina llena de gusanos y un naipe, ¡un rey de tréboles!

El nido tiene, normalmente, una base de palos, y está forrado con pelo de cabra y lana de cordero, en este aspecto se parece al de quebrantahuesos, pero por supuesto en una escala más pequeña. Dos huevos es el número habitual, aunque a veces sólo ponen uno. Estos varían mucho en color y, como norma, cada nido contiene un huevo mucho más marcado que el otro. Puede parecer que el primer huevo puesto es el más rico en colorido, y durante mucho tiempo yo adopté esta teoría hasta que encontré un par, del cual, el que tenía poco colorido estaba bien empollado mientras que el más oscuro estaba fresco. De aquí se puede deducir que a veces tiene lugar un intervalo de tiempo considerable entre las fechas de puesta de los huevos. Algunos

huevos están ricamente coloreados por todas partes, con sombras marrón oscuras y rojizas. Otros tienen una base blanco tierra con lunares marrón rojizos.



Nido de alimoche con una rata muerta en la despensa.

A veces un huevo está fuertemente marcado de marrón y el otro salpicado y veteado de marcas púrpura pálido. Los pollos están casi desnudos al salir del cascarón, con un crecimiento

disperso de un plumón blanco muy largo tapando la piel. Los jóvenes son marrón oscuro por todas partes ya cuando están totalmente crecidos, y en esta época de su existencia, debido a su cola en forma de cuña, tienen hasta la apariencia de los quebrantahuesos en vuelo. Aunque por supuesto son tan solo de la mitad del tamaño que aquéllos, pero en ausencia de otras aves como referencia de tamaño es posible esta equivocación. Confieso haber incurrido en ella yo mismo dos veces en lugares muy distantes; una vez entre las colinas rocosas cerca de Philae, durante la Expedición del Nilo de 1884, y otra vez en el sur de España. En cada ocasión la llegada a escena de un alimoche adulto, con su plumaje blanco y negro, me sacó rápidamente de mi equivocación, pero lo menciono para mostrar cómo una persona acostumbrada a ambas especies puede equivocarse.

Es curioso que mientras en Egipto y Nubia abundan los alimoches inmaduros con plumaje oscuro, y en ciertos lugares y épocas del año exceden en número a los adultos, resultan muy raros en el sur de España, excepto cuando salen del nido. De hecho la proporción de adultos a inmaduros es aplastante. Así, el 24 de Marzo de 1894 anoté veinte blancos contra uno oscuro durmiendo en los alcornoques. Igualmente, a lo largo de toda la primavera de 1907 sólo vi un ave oscura entre muchas veintenas de adultos. Si, como es probablemente el caso, no adquieren el plumaje de adulto hasta los tres primeros años, se puede deducir que sólo los adultos migran a Europa para la época de cría. Cada primavera llegan por centenares, casi invariablemente en parejas, a veces hasta 10 ó 15 en paso hacia el norte. La mayoría pasa durante la última semana de marzo. Es interesante ver cómo, casi con exactitud, una pareja llegará de la costa africana a tomar posesión de la peña donde hubo un nido en el año precedente. Lo he comprobado en muchas ocasiones.

El lugar favorito para el nido es una cueva o repisa protegida de la lluvia por una roca extraplomada. Muy raramente he visto un nido que no estuviera así protegido. Conozco varios

emplazamientos que son utilizados algunos años por buitres leonados y otros por alimoches. También hay lugares que son utilizados por cuervos y alimoches. Tengo que decir, en favor de los cuervos, que nunca los he visto volver a un lugar el año después de que fuera profanado por un alimoche, pero sí he visto lo contrario a menudo.



La Cueva del Cuervo (lugar de cría del alimoche).

Como muchas otras rapaces los alimoches anidan, a veces, en los lugares más difíciles e inaccesibles. Así, conozco un nido en una pequeña cueva, o más bien un agujero en la cara de un cortado de 400 pies (120 metros) de altura, a menos de 40 pies (12 metros) de la base.

El cortado es conocido como *La Lata*, por lo liso de sus paredes. Para alcanzar este nido se precisarían varios cientos de pies de cuerda.

También conozco otros nidos en cuevas o cortados extraplomados que son particularmente imposibles de alcanzar, y con toda seguridad no merece la pena el esfuerzo de intentarlo. Uno de los nidos más artísticamente colocados que conozco está en una roca con forma de pináculo, en las estribaciones de una sierra baja de no más de 30 ó 40 pies (9 ó 12 metros) de altura, que es inescalable salvo por un punto. La peña está dividida en dos por una profunda grieta o fisura, y el nido está colocado en un saliente de la misma, en un punto a un tercio de la altura desde arriba. La entrada al mismo resulta igualmente imposible de alcanzar escalando desde abajo o descendiendo desde arriba, ya que la roca sobresale, como puede verse en la foto de la página anterior. Desde tiempo inmemorial una pareja de cuervos anidó en esta peña, por lo que los naturales la conocían como *La cueva del Cuervo*. Pero en los últimos catorce años el nido ha sido ocupado por una pareja de alimoches.

En 1894 encontré los alimoches allí instalados, y subí a la cima por el lado opuesto, pero aparentemente no resultaba más fácil llegar al nido que desde el suelo. Desafortunadamente para los alimoches me fue posible bajar unos 12 pies (3,5 metros) por la fisura hasta el punto donde se ve un rayo de luz, cerca de la cima, y así llegar a unos 6 pies (1,75 metros) del nido. Desde este punto podía ver los huevos pero resultaba imposible alcanzarlos ya que, entre donde yo estaba y el nido, la fisura se estrechaba hasta unas pocas pulgadas. Sin embargo improvisé un cazo, con una caña y una pequeña caja para insectos atada a su extremo,

con el que extraje los huevos. En el nido había dos colmillos de jabalí de cierto tamaño. Unos años más tarde visité de nuevo el mismo lugar y lo encontré ocupado. Mi objetivo era fotografiarlo y conseguir colocar mi cámara Kodak con los brazos extendidos dentro en la estrecha fisura. Resultaba imposible mirar por el visor, pero calcé la cámara con trozos de roca y la enfoqué tanto como pude, dándole una exposición larga. Como se puede ver, obtuve más de lo que necesitaba, con el lado de la pared de la fisura en primer término, pero quedé contento con ella.



Nido de alimoche en la estrecha fisura.

En la foto, por encima del borde del nido, se pueden ver las copas de los alcornoques del valle boscoso bajo la peña.

La forma de llegar a esta roca con forma de pináculo es a lo largo del valle, bien a la vista desde la entrada del nido. Conociendo como conozco la astuta costumbre de los cuervos de utilizar una entrada frontal y otra trasera al lugar del nido siempre que es posible, me doy cuenta de cómo esta peña ha obtenido su nombre, ya que seguramente no habrá otro lugar mejor adaptado para que este ave entre o salga sin llamar la atención.

Hace unos pocos años tuve un encuentro curioso en esta cueva con una preciosa garduña (*Martes foina*). Me estaba deslizando por la fisura camino del nido cuando mi hija, que había subido a la cima de la peña y observaba mi descenso, me llamó para decir que había un animal en la cueva cerca de mí y, mirando a mi alrededor, la vi a través de una rendija al nivel de mi cara, agazapada y mostrando una buena línea de dientes. Rápidamente saqué una pistola y disparé a unas pulgadas de distancia. La marta, aunque alcanzada en el cuerpo, consiguió saltar fuera de la cueva y, arrastrándose por la roca, desapareció en una profunda grieta de donde era imposible sacarla. Fue un incidente desgraciado pero, si alguien se mofa de mí, yo le sugeriría que intentara meter una mano en una cueva ocupada por una garduña malhumorada, posiblemente con crías no muy lejos.

Conozco una cueva grande, a unos cientos de pies de altura, en la cara de un cortado calizo en la Serranía de Ronda donde, algunos años, crían varios buitres leonados muy cerca unos de otros. Para llegar a esta cueva es necesario deslizarse a lo largo de un saliente muy estrecho y peligroso desde un flanco de la pared. Los nidos de buitre están bien en el suelo de la cueva, bien en otros salientes a su alrededor, y una vez que se alcanza la cueva se puede, literalmente, andar por dentro de ella. Pero hay una especie de balcón natural a lo largo de un lado de la cueva donde sólo se puede llegar trepando una higuera de unos 12 ó 15

pies (3,5 ó 4,5 metros) (las ramas más altas se pueden ver a la izquierda de la foto inferior) y luego, columpiándose uno hasta el balcón. Al otro extremo de éste hay un saliente considerable donde hace algunos años encontré un nido de buitre leonado, una foto del cual aparece en la página 74.



Accediendo a un nido de alimoche (el nido está en un hueco tras la repisa rocosa que hay delante de la persona a la derecha).

En 1907 visité esta cueva con algunos jóvenes oficiales navales. No había buitres leonados por allí, lo que atribuí al hecho de que había una pareja de águilas reales criando en un gran roquedo justo encima. Sin embargo, había tomado posesión del lugar una pareja de alimoches, y tuve suerte de poder tomar una foto de su nido con mis lentes Goerz.

Seguidamente, envié a mi grupo a trepar por el árbol para inspeccionar el nido, y tomé una foto en el momento en que el que iba delante llegaba a él y lo estaba mirando. Reproduzco la foto (pág. anterior) ya que es eminentemente ilustrativa de las localizaciones preferidas por buitres leonados y alimoches.

Aunque he visto varios cientos de nidos de alimoche en toda clase de emplazamientos, algunos muy inaccesibles y otros justamente a la inversa, ha en años recientes cuando los he encontrado criando prácticamente en el suelo. Por dos veces, una en 1903 y otra en 1907, he encontrado nidos colocados en la hendidura de un gran canto rodado, en la ladera de un monte ¡a unos pocos pies de un sendero de montaña! En cada caso, las aves, sin duda, confiaban en lo remoto del lugar y en el hecho de que la vereda sólo conducía a una zona de pastos para cabras y ganado.

Como se muestra con las fotos de las dos páginas siguientes, un hombre de pie junto a la roca puede alcanzar el nido en la pequeña cueva justo frente a él. Una foto está tomada desde la vereda. El hecho de que hay cientos de valles similares, cubiertos de grandes matorrales y jaras, y salpicados de grandes rocas grises en todas las direcciones, todos parecidos de forma desconcertante, influye sin duda en las aves al elegir sus cuarteles. Pero cuando recuerdo los largos días que he pasado, y las arduas escaladas que he hecho buscando nidos de alimoche, tal ejemplo de localización de nido es una verdadera *reductio ad absurdum*.

El ejemplo de un alimoche criando en un árbol, al que se ha aludido ya, es curioso y bien ilustrativo del peligro que hay al

generalizar sobre las costumbres de las aves salvajes. Antes de encontrar este nido arbóreo la aseveración de que este ave "cría invariablemente en cortados" era aceptada por todos.

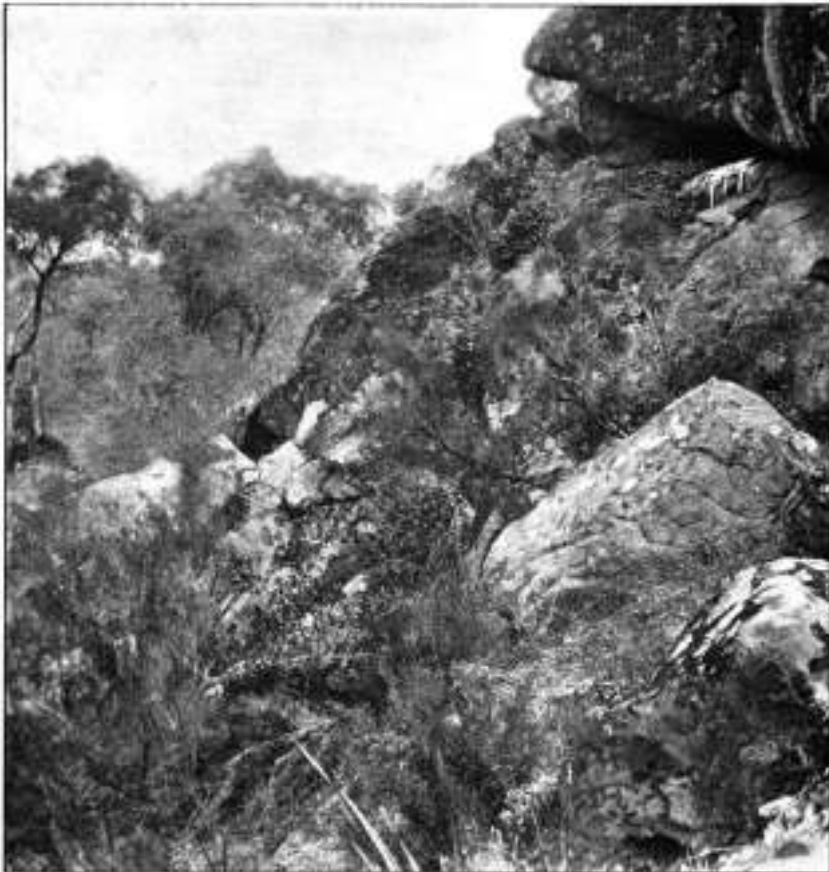
Fue el 6 de Abril de 1879 cuando, cabalgando a través de los alcornocales cerca de Gibraltar, en uno de mis recorridos



Nido y huevos de alimoche.

habituales de inspección por las zonas de cría en la región, visité un nido de águila culebrera que había sido ocupado por estas aves en 1877. Este nido estaba sobre la rama horizontal de un alcornoque, a unos 20 pies (6 metros) del suelo.

Viendo que había sido reparado recientemente, subí hasta él y lo encontré forrado con pelo de cabra. Puesto que las culebreras usan invariablemente ramas tiernas de encina con hojas para forrar sus nidos, esto me extrañó de alguna manera.



Nido de alimoche en el roquedo.

Estaba bien claro que el nido había sido reparado recientemente y, para remachar el asunto, un águila culebrera

estaba planeando por encima y gritando ante mi presencia. Cinco días después estaba yo otra vez por allí y de nuevo subí al nido para encontrarlo vacío. Pero, desde mi visita anterior, se había añadido al forro mucho más pelo de cabra. El adulto de águila culebrera estaba otra vez volando cerca del lugar. Cinco días más tarde, el 16 de abril, estaba cazando con los Calpe Hunt y levantamos un zorro cerca de la finca del Duque de Kent, que tras describir algunos círculos alrededor de los zarzales de por allí se alejó hacia Soto Gordo, siendo muerto finalmente cerca de las peñas de La Alcadesa. Durante la persecución pasamos cerca del árbol del nido del águila culebrera y, por tercera vez, vi el ave adulta por allí. Estando decidido a resolver el misterio, dos días después, el 18 de abril, una vez más cabalgué hasta el nido y me acerqué con cautela. Cuando estaba a menos de 20 yardas (18 metros) vi un gran ave echada en él, que al oír mi aproximación levantó la cabeza ¡la horrible cabeza amarilla del alimoche! Finalmente había comprobado el aparente abandono del águila culebrera de sus invariables costumbres. Trepé y encontré que el nido contenía un huevo de la variedad más marcada. El nido de águila, por decirlo en dos palabras, tenía un detestable aspecto, debido a los añadidos y alteraciones del alimoche; supongo que como nuevo inquilino de viejos aposentos, éste los hubiera calificado de mejoras. El pelo de cabra recientemente colocado hacía una semana estaba ahora cubierto con trapos sucios, trozos de cuerda alquitranada, estiércol de varios tipos y residuos pútridos de animales y peces. Tomé el huevo y coloqué un cepo; el ave volvió muy pronto y se posó en una rama adyacente, desde donde caminó hacia el nido. Algo sin embargo debió levantar sus sospechas, ya que de repente levantó el vuelo. Exactamente una semana después, el 25 de abril, estaba de nuevo por allí, y al no haber encontrado explicación aún a la presencia del águila culebrera cerca del nido de alimoche, visité otra vez el alcornoque.

Para mi gran sorpresa, el alimoche estaba echado en el nido, y al trepar al árbol encontré un segundo huevo, uno rojizo, muy pálido y más pequeño que el primero. Este huevo estaba muy fresco y había sido puesto, según mis cálculos, una semana después del primero.

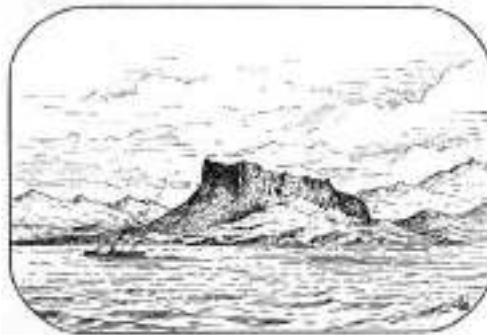
Estaba decidido a atrapar al adulto como prueba de las peculiares características que rodeaban a su cría. Llevaba conmigo un huevo hervido. No me llevó mucho tiempo, con la ayuda de mis instrumentos de dibujo, colorear este huevo con una mezcla apropiada de marrón y rojo claro. Luego, trepando al árbol y tomando nota del lado del nido por donde entró el ave, coloqué mi cepo cerca del borde y el huevo de gallina en el centro del mismo. Tras esconderme bajo un florido matorral de escobón a los veinticinco minutos exactamente volvió el alimoche y, posándose en la rama como anteriormente, caminó hacia el interior, saltó la trampa, que lo agarró firmemente por un dedo posterior y cayó al suelo. Echándole encima mi chaqueta fue pronto reducido y conducido a La Roca. Aquí lo amarré con un "braguero de cetrería", y deambuló por allí durante unos días alimentándose con avidez de todo lo que podía coger, pero su presencia no resultaba grata en el Regimiento y tras unos pocos días de interesante estudio de sus hábitos le quité el braguero y lo dejé ir, terminando así su breve cautiverio.

Hay una particularidad en el huevo del alimoche que rara vez se encuentra en los huevos de otras aves. El colorido, especialmente el de los huevos recién puestos, es de una naturaleza tan superficial que se desprende con facilidad. Tras una dura escalada en un día de calor he estropeado más de una vez un huevo al llevarlo en mi mano. Y tengo un huevo, particularmente marcado en mi colección, que muestra los lugares donde mis dedos sudorosos lo sujetaron cuando lo estaba vaciando, hace casi treinta años.

Hay algo en el aspecto general de estos pájaros que es misterioso y poco propio de las aves, y también se observa en sus

movimientos en el suelo. Guardo una vívida memoria de sus costumbres de cuando estaba en Sudán en 1885. Cerca de un mes después de la batalla de Abu Klea se me ordenó hacer un dibujo del lugar donde nuestra escuadra había recibido el violento ataque de los árabes. Los cuerpos de estos últimos estaban diseminados a cientos, mezclados con decenas de cadáveres hinchados de camellos y caballos. Aparentemente, tanto los grandes marabús (*Leptoptilos crumeniferus*) como los buitres más grandes (*Torgos tracheliotus*, *Gyps rueppellii* y otros) habían dejado el trabajo de limpiar el campo de batalla como algo imposible para ellos, y se habían marchado hacia otros escenarios más convenientes de nuestra lucha cerca del Nilo, donde había visto a muchos congregados. Pero los alimoches no eran, evidentemente, tan fáciles de desanimar. Y se veían parejas de estas horribles aves entre la multitud de hombres vestidos de blanco que yacían en la cálida ladera arenosa, caminando de uno a otro como indecisos acerca de donde volver a empezar sus operaciones.

Unos diez años después, durante nuestra retirada a través del árido Desierto de Bayuda, estas aves nos acompañaron constantemente deteniéndose cuando nosotros nos deteníamos. Conservo una clara impresión del despertar en el gris amanecer y percibir cerca de mí una pareja de aves blancas, cuyas formas fantasmales en la misteriosa temprana luz del desierto, parecían más extrañas que nunca cuando caminaban entre las formas recostadas de nuestros hombres, aún dormidos, entre sus hatos.



CAPÍTULO VIII

EL BUITRE LEONADO (*Gyps fulvus*)

La reputación de los buitres - Horrible aspecto cuando se alimentan - Magnífica presencia en vuelo - Limpieza personal - Un buitre domesticado - Un gran aficionado al baño - La fascinación por las grandes aves - Mi primera buitrera - Una escalada no científica en 1878 - Nidos en cuevas - Pasadizos a través de estratos inclinados - Los nidos de los buitres - Gran variedad de tipos - Huevos de buitres "marcados" - Dimensiones de los nidos - Tiempo de cría - Transportando materiales para los nidos - Reparaciones periódicas - Precauciones sanitarias - Fuerza de transporte del pico y las patas - Buitres jóvenes - Costumbre de hacerse el muerto - Y muy enfermo - Terminando una entrevista - La gorguera de los buitres - Estadios sucesivos del plumaje - Poder de resistencia - Aspecto salvaje - Pero inofensivo y asustadizo ante el hombre - Una excepción de la regla - Un buitre herido - Gran número de buitres en España - Costumbre de dormir en árboles.



Los buitres se han ganado merecidamente una reputación desagradable y sería infructuoso esperar del viajero normal que los haya visto empleados en su habitual ocupación de alimentarse de algún cadáver, generalmente podrido, que los mire sin intenso disgusto y aborrecimiento. Tan absortas están estas aves cuando pululan alrededor de algún animal muerto y lo reducen a fragmentos, arrancando grandes trozos con sus poderosos picos,



Buitre leonado (*Gyps fulvus*). Autor: J. F. Gmelin.

que resulta fácil el acercarse lo suficiente como para observar cada uno de sus movimientos y parecen muy desagradables. Pero, aparte de esta costumbre de alimentarse y algún que otro hábito que después explicaremos, relacionado con ello, en vuelo resultan sin duda de las más magníficas aves. Observarlas describiendo círculos a miles de pies de altura en busca de alimento y volando sobre una de las grandes peñas donde se establecen para criar en grandes colonias es una maravilla que no falla nunca. A lo largo de los muchos años que he pasado entre las aves salvajes he convencido de vez en cuando a amigos para que me acompañaran a alguno de los lugares de cría de estas aves, y he comprobado la sorpresa y el deleite que han mostrado al verlos en vuelo por primera vez en estos escenarios. En tales ocasiones uno se olvida de la escena de las aves que han encontrado su comida, y sólo piensa en ellas como aves espléndidas de gran envergadura, dotadas de los más maravillosos poderes de vuelo.

Aquéllos que simplemente han visto un grupo de buitres peleando sobre un cadáver, manchando su plumaje con los horripilantes pedazos del mismo, difícilmente darán crédito al hecho de que, dándoles suficiente tiempo para completar su aseo, los buitres son de las aves más impecablemente limpias. Bajo sus plumas hay una capa de plumón blanco que es mantenido siempre en las condiciones más irreprochables. Aquéllos a quienes sorprenda lo que digo están invitados a comprobar el hecho con los buitres del Museo Británico de Historia Natural y juzgar por ellos mismos lo correcto de mi afirmación. La gran hembra con las alas extendidas que se puede ver allí fue cobrada en el nido, desollada y conservada por mí, y estaba entonces en las mismas condiciones de limpieza que ahora. Además, un pollo tomado del nido y criado con comida fresca resulta tan poco objetable como cualquier otra ave mantenida en cautividad. Esto lo he comprobado con una experiencia práctica al mantener un buitre joven durante más de dos años y medio; durante ese tiempo no sólo nunca se mostró lo más mínimamente ofensivo, sino que

mantuvo su plumaje en las mejores condiciones imaginables. Gran aficionado al baño, le encantaba ser regado con una manguera y extendía sus alas y giraba lentamente para que el agua le mojara cada parte de su cuerpo. Una de sus posturas favoritas consistía en echarse sobre un costado y extender su ala opuesta para que el agua pudiera golpear con fuerza su axila; pasados así algunos minutos, se daba la vuelta, e igualmente extendía el otro ala para otra ducha similar.

De vez en cuando he matado y desollado buitres y águilas para nuestra colección nacional y para otras, y mi experiencia me dicta que, aparte de la comida, hay poco que diferenciar entre ambos tipos de aves. Un buitre que no haya comido recientemente no resulta más desagradable de manejar que cualquier otra rapaz grande. De hecho me ha resultado mucho más molesto el preparar un águila, especialmente del tipo de las que se alimentan de culebras y lagartos, que preparar un buitre. En ambos casos, no tengo ningún especial deseo de repetir el proceso.

Será difícil describir la fascinación que las grandes aves y, especialmente, las grandes rapaces me han causado siempre. Desde el momento en que vi por primera vez a los buitres en vuelo me obsesionó el deseo de encontrar sus nidos y observarlos en sus colonias. No tenía a nadie que me orientara en ello, como yo he hecho luego con otros, y tuve que aviármelas solo, sin ayuda y con gran desilusión, ya que en aquel entonces no conocía la lengua del país y mis inclinaciones por la búsqueda de nidos eran miradas con lástima, matizada probablemente con algo de desprecio por muchos de mis más ilustres compañeros oficiales.

Como es natural dirigí mi búsqueda, en principio, hacia los precipicios más grandes e inaccesibles que, como se nos ha dicho a todos desde pequeños, constituyen el hogar del águila y el buitre. Y no resulté decepcionado al ver a las aves salir de ellos pero, o bien estaban criando en emplazamientos que eran absolutamente imposibles de alcanzar sin gran número de

cuerdas, o bien eran inaccesibles sin realizar una escalada en la pared de lo más aventurera y peligrosa. Puesto que en aquellos momentos ni tenía cuerdas a mano, ni ninguna experiencia en la escalada, tuve que aceptar la derrota en primera instancia. Pasaron tres años antes de que fuera posible repetir una expedición al mismo lugar. Durante ese tiempo me había entrenado y había llegado a ser un escalador relativamente competente. Por encima de todo, y tras haber trabajado en el mar, había obtenido la necesaria confianza para moverme en las alturas. Antes de esto yo era reconocido como experto trepador de árboles; de hecho habrá pocos árboles que yo no pudiera trepar y ninguno que me hubiera vencido cuando se trataba de alcanzar un codiciado nido. Pero hay una gran diferencia entre subir a la copa de un árbol alto, posiblemente de 100 pies (30 metros) de altura, con buenos agarraderos, y subir entre peñas donde las alturas se miden por cientos de pies en lugar de decenas, y donde las posibilidades de encontrar un agarradero seguro son de lo más inciertas. La peña donde conseguí mi primer huevo de buitre leonado es bien conocida desde entonces, debido a una descripción de mi expedición que envié al difunto Henry Seebohm, y que fue publicada en su trabajo "Nidos y Huevos de las Aves Británicas" ya que el buitre leonado es, por cortesía, un ave británica, debido a la captura de un ejemplar errático en Irlanda. Sin embargo, un viejo amigo mío, famoso ornitólogo ya fallecido que había visto miles de buitres en su vida, estaba seguro de haber visto uno en New Forest hace unos veinticinco años.

Este cortado consiste en una masa imponente de arenisca que asciende más de seiscientos pies (180 metros) desde el arroyo que corre por su base; una parte de ella está llena de fisuras y cuarteada y contiene numerosas cuevas donde estas grandes aves anidan. Esta parte es fácilmente escalable para cualquier buen escalador. Otras partes, sin embargo, parecen lisas como una pared, y son decididamente peligrosas de cruzar. Toda la

superficie del cortado está inclinada unos 60-70 grados, y los estratos presentan, en ciertos lugares, unos apoyos precarios para manos y pies. En el capítulo que trata de la escalada en roca se puede encontrar una vista distante de esta gran peña, así como otra que muestra una parte de la cara. Debido a que quería adquirir experiencia intenté escalar este gran acantilado por la parte menos conveniente, y aunque tuve la suerte de conseguirlo merecía haberme roto el cuello. Digo esto intencionadamente ya que, unos dieciséis años más tarde, volví a la misma peña, y con la ayuda de una ligera cuerda alpina visité de nuevo los diversos lugares que había escalado con ocasión de mi primera expedición. Con mayor experiencia y muchas aventuras acumuladas solo puedo repetir que fui muy afortunado al salir ileso en aquella primera vez. Muy particularmente recuerdo dos errores de los que soy absolutamente culpable: el resultado de un exceso de confianza y la falta de conocimiento de las normas no escritas de la escalada. En una ocasión me dejé caer sobre un saliente desde donde era imposible volver, ya que una cosa es descolgarse limpiamente con los pies sobre unas pocas pulgadas cuadradas y otra usar esta limitada superficie para saltar desde ella y alcanzar un punto de agarre, incluso a un pie más allá del alcance de uno; especialmente si se trata de 300 pies (90 metros) entre el lugar donde está uno y el siguiente escalón debajo. En este caso me vi forzado a continuar y fue absolutamente un juego de azar el dónde iría en el siguiente paso, o si me sería posible encontrar una salida.

La segunda equivocación fue el resultado de una conducta aún más inexperta, ya que me columpié alrededor de una roca proyectada al exterior hacia una cueva que no admitía salida por el mismo camino. Un dibujo de este complicado lugar se muestra justo en la primera ilustración de este libro. Por poco me quedo allí para siempre, pero una vez más la suerte me favoreció y por el viejo procedimiento de ascender por la chimenea conseguí trepar hasta una fisura, y de esta forma pude escapar. Puedo

recordar, todavía hoy, la sensación de comenzar desde el nido en un punto donde la fisura era más ancha y, más arriba, donde tuve que extender los brazos, con la espalda contra la pared y nada delante ¡excepto el aire fresco y una magnífica vista!



Nido de buitre leonado en una covacha.

Aunque muchos, probablemente la gran mayoría de los nidos de buitres leonados, están emplazados en cuevas o repisas que son más bien difíciles y peligrosas de alcanzar, éste no es siempre el caso. Cada año, a lo largo de mis recorridos por la España salvaje encuentro nidos que son de fácil acceso, incluso sin la ayuda de una cuerda o sin precisar escalada en el sentido del alpinista; especialmente en regiones remotas donde los nidos de estas aves no han sido robados.

Pero incluso donde los nidos están colocados en lugares peligrosos y difíciles hay una fórmula a veces de evitar el ataque directo a tales emplazamientos. Así, en al menos media docena de casos, como ya se ha descrito, me he aprovechado de las "uniones" u otras formaciones geológicas de las peñas, y de la existencia de simas y fisuras cerca de la cima de los roquedos inclinados para penetrar desde la ladera opuesta a través del corazón de la montaña y emerger en una terraza de la cara del precipicio, a veces a más de cien pies (30 metros) de la cumbre. Parece casi desleal adoptar tal ventaja ya que las aves obviamente no esperan tales tácticas. Al mismo tiempo, en varias ocasiones ha demostrado ser el mejor método de aproximación y ha sido de gran ayuda para mí en los últimos años para alcanzar las proximidades de muchos nidos de buitres, cuando me he encontrado parcialmente incapacitado. En tales ocasiones ocurre, frecuentemente, que se alcanza algún punto donde se debe tener extremo cuidado para pasar por algún lugar difícil. Una vez pasado tal lugar, y en el primer nido, se da el caso, frecuentemente, de que se puede llegar, literalmente, andando a otros nidos de las proximidades sin riesgo apreciable alguno.

Es difícil describir el nido en sí, ya que pocas aves como los buitres parecen tener ideas más divergentes sobre el tamaño y la forma de sus nidos. De ahí que mientras un autor describe el nido como una gran y desorganizada plataforma, otro lo describe como un hueco perfectamente acabado y forrado. Habiendo tenido la oportunidad de visitar muchas veintenas de nidos he

llegado a la conclusión de que los buitres leonados varían en sus ideas acerca del confort y la limpieza, tanto como los seres humanos, y en consecuencia las dos descripciones anteriores son acertadas según los casos.

Alguien puede preguntarse ¿por qué visito tantos nidos de la misma especie de ave? La respuesta es que, aunque el buitre leonado normalmente pone un huevo (yo nunca he visto más de un huevo en un nido, a pesar del cuento de que algunas veces ponen dos, lo que dudo), generalmente blanco puro, a veces los huevos están marcados con puntos y rayas de tono rojizo. Tales ejemplares son, por supuesto, una joya para todo aquel que busca una rareza añadida a todas sus colecciones. De ahí que yo nunca dejo de visitar un nido de buitre leonado que esté en una posición donde pueda ser alcanzado sin excesivo riesgo o pérdida de un precioso tiempo, siempre con la esperanza de descubrir un ejemplar elegantemente marcado. De hecho sólo he encontrado tres huevos con alguna pretensión de marcas en más de treinta años, a pesar de las muchas veintenas que he visto. Posiblemente no he tenido suerte, pero creo que la proporción de los así marcados no es mayor que la de uno entre cuarenta. Incluso un día tuve la suerte de tomar dos huevos marcados de ocho nidos visitados.

El nido típico de buitre leonado está colocado en una cueva lo que, como he dicho, explica parcialmente su marcada predilección por los cortados de arenisca, antes que por los de caliza en el sur de España los cuales ofrecen menos emplazamientos adecuados. Sin embargo, al no haber una cueva o una profunda fisura estas aves criarán en una repisa abierta o sobre las grandes terrazas que se encuentran en algunos de los grandes cortados.

Los nidos tienen una base de grandes palos, ramas secas de árboles y brezo, con una plataforma que varía desde los 2 pies a los 4 pies (0,60 - 1,20 metros) de diámetro. Algunos tienen un cuenco bien delimitado de unas 15 pulgadas (40 centímetros) de

ancho forrado con girones secos de hierba, palmito, etc., mientras otros no tienen más que una pequeña depresión central, rodeada por una colección de rígidas plumas grandes que las aves adultas han conseguido, obviamente, en algún dormitorio de buitres cercano.



Nido de buitre leonado en una profunda grieta.

Los buitres leonados ponen pronto, normalmente en febrero, aunque yo he visto huevos un mes antes, y he cogido huevos frescos en marzo y abril, e incluso, más raramente, en mayo. Probablemente la mayoría de los encontrados en abril y más adelante son de una segunda puesta, debido a que la primera haya sido robada. En una ocasión observé no menos de diez parejas de estas aves ocupadas activamente en traer materiales a sus nidos; esto ocurría un 24 de enero; por eso me sorprendió el verlos unos tres meses después todavía llevando al cortado ramas de buen tamaño y con hojas de alcornoque y de encina y recientemente cortadas.

El buitre leonado transporta normalmente los materiales para el nido en el pico al no tener el pie bien adaptado para tal tarea. El aspecto de estas grandes aves volando pausadamente hasta alguna peña con una rama de alcornoque, encina o viejo olivo, cubierta de hojas y de un pie (30 centímetros) o más de larga, en el pico, recuerda absurdamente las curiosas imágenes medievales de la paloma volviendo al arca con una rama de olivo. Durante algunos años pensé que estas aves, debido a lo tardío de la temporada, estaban construyendo un nuevo nido forrado, de forma que el pollo que había en su interior estaba siendo dotado de un nuevo revestimiento en forma de ramas frescas de encina verde y matorral colocado encima del material sucio y usado. Desde entonces he encontrado repetidamente otros buitres con un sentido sanitario similar. Pero aun cuando los buitres leonados transportan así ramas de árboles en sus picos, cuando están ocupados en la construcción de sus nidos también se les ve, frecuentemente, volando hacia los roquedos, llevando en sus patas grandes palos, paja, briznas de hierba y otros objetos. Cuando lo hacen, sus patas están desplegadas hacia atrás, en lugar de llevarlas recogidas, como es normal en las aves que transportan objetos en vuelo. A menudo he observado buitres leonados posados sobre las ramas superiores de un alcornoque y ocupados activamente en arrancar ramas con sus poderosos picos

para llevarlas al nido. No puede haber duda de que, cuando un buitre leonado posado en una rama ha arrancado así otra, le resulta más conveniente llevarla en el pico que en la pata.



Pollo de buitre leonado con unos 4 días.

Por otra parte, cualquier objeto que toman del suelo normalmente es transportado con la pata. Los roquedos más frecuentados por buitres leonados como lugares de cría están lejos de ser lugares atractivos y el penetrante olor a muerte y putrefacción que los invade es uno de los menores obstáculos que tiene que afrontar el naturalista durante el curso de sus estudios.



Pollo de buitre leonado de dos semanas y fingiendo estar muerto.

El huevo es de tamaño considerable y de forma globular, midiendo 4 pulgadas por 3,5 pulgadas (10 x 9 centímetros); los pollos son, al salir del cascarón, masas informes de plumón blanco con ojos negros como cuentas.

Aumentan rápidamente de tamaño y cuando sólo tienen dos semanas pesan cinco libras (2,25 kilos), y ya empiezan a apuntar sus plumas primarias, mientras que las plumas del cuello, que más tarde formarán la gorguera, aparecen ya visibles distintivamente.

Cuando el escalador encuentra, de repente, un pollo de buitre leonado en el nido, independientemente del tamaño que sea éste (los buitres leonados permanecen en el nido algunos meses hasta que casi han crecido por completo), instantáneamente simula estar muerto echándose aplastado, con la cabeza dejada caer de una forma anormal sobre un lado, permaneciendo así inmóvil durante algún tiempo. La impresión que produce de esta forma es potenciada a menudo por las condiciones locales. Así, cuando encontré el pollo de dos semanas cuya foto aparece en la página anterior, era un día de mayo de mucho calor. Los rayos de sol se introducían con fuerza en la garganta y se estrellaban en las rocas que rodeaban al nido, y no había un halo de viento. El pollo yacía con la cabeza a un lado y con la membrana nictitante desplegada sobre el ojo, como se muestra en la foto, a todas luces muerto. En el sucio nido todo era un enjambre de moscas verdes que se posaban y revoloteaban alrededor del pollo. Entre el calor, el efluvio enfermizo del lugar y la quietud sólo rota por el zumbido de las moscas carroñeras, todo ello daba lugar a un falso presentimiento de muerte. Hasta que saqué la cámara e hice unas fotos de este magnífico actor, no llegó a la conclusión de que ya era hora de volver a la vida de nuevo y por tanto cambiar de entretenimiento.

He visto pollos de buitre leonado tan sólo unas horas después de salir del huevo que adoptaban ya esta actitud para evitar ser observados, y como se verá en una foto a continuación,

siguen recurriendo a ello aun cuando están crecidos casi por completo. Cuando son tomados o molestados solo emiten un débil gorjeo.



Pollo de buitre leonado de unas tres semanas.

Cuando un pollo de buitre leonado encuentra que sus intentos más serios de simular la muerte son ignorados y el intruso insiste en permanecer allí, adopta otros métodos más activos y rigurosos para inducirle a retirarse que pueden ser tan inesperados como desagradables. Así, tras recobrar la conciencia tan rápidamente como pretendió perderla, hace una serie de inclinaciones acompañadas de un proceso de regurgitaciones ¡que

termina pronto con el vómito de la totalidad de su última comida! Cuando uno piensa en lo que ha consistido esta es mejor dejar que la imaginación interprete a lo que puede parecerse cuando se presenta de esta forma al inoportuno naturalista.

Yo descubrí este hábito peculiar de una forma muy sencilla. Era la primera vez que me encontraba entre pollos de buitre y, naturalmente, estaba de lo más interesado en observar a un pollo que con seguridad nunca había puesto los ojos en un ser humano antes, fingirse de repente muerto al percatarse de mi llegada.

Habiendo sacado mi cámara y tomado una foto de él en esta posición a pocos pies de distancia, procedí a calzar la cámara sobre la roca para tomar una foto de larga exposición. La repisa sobre la que yo estaba era estrecha y, detrás de mí, estaba el vacío con la base de la peña a unos cientos de pies por debajo. Fue en el momento crítico en el que yo estaba absorto con las habituales agonías del trabajo con la cámara de mano cuando mi objetivo, saliendo de su fingido trance ¡me hizo el regalo de su última comida!

Desde entonces he visto muchos pollos de buitre leonado y he sufrido sus hábitos y modales, pero el recuerdo de esa primera introducción, y de mi precipitada partida hacia arriba, ya que la retirada era imposible, lo tengo aún muy vivo.

La bella gorguera blanca alrededor del delgado cuello de un buitre leonado es una señal de madurez. Como pollo, y durante el primero y segundo año, tiene una gorguera que en lugar de ser de fino plumón blanco está compuesta de plumas lanceoladas leonadas.

El momento exacto en que estas son sustituidas por las del plumaje de adulto es incierto, pero he comprobado por el ave que tuve en un aviario, y que ahora está en el Museo Británico, que el cambio no tiene lugar en ningún caso antes del tercer año. Por otra parte, he visto buitres leonados reproductores que mostraban una gorguera de pequeñas plumas en lugar de la de plumón

blanco. Por sus movimientos imaginé que eran machos. Ciertamente todas las hembras que he levantado de sus nidos y lo suficientemente cerca como para poder verle el plumaje, llevaban gorguera blanca.



Pollo de buitre leonado de unas 6 semanas, fingiendo estar muerto.

Un buitre adulto pesa unas 18 libras (8 kilos) y no 40 libras (18 kilos) como han asegurado algunos autores que escriben sobre España. Y la envergadura de sus alas varía de 8 a 9 pies

(2,40 a 2,70 metros). En vuelo las puntas de sus primarias están muy separadas, como los dedos abiertos de una mano.

Esto, y lo extremadamente corto y cuadrado de la cola, son detalles notables que hacen fácil la identificación del ave a gran distancia.



Pollo de buitre leonado, de unas 8 semanas, en reacción ofensiva-defensiva.

A menudo me han preguntado si estas grandes aves presentan batalla alguna vez cuando sus nidos y pollos son molestados. De hecho nunca lo hacen, pero me llevó algún tiempo darme cuenta de que resultan demasiado asustadizos por la presencia del hombre como para intentar atacarlo.

Por supuesto, resulta bastante obvio el que un ave de tal tamaño y peso, y capaz de moverse con tal velocidad, pueda mediante un oportuno picado desplazar a un hombre de cualquier peligroso saliente en que el agarradero y el apoyo de los pies resultan inciertos.

Sin embargo nunca hacen tal cosa. Los que no se han aventurado en sus territorios apenas pueden imaginar el fuerte zumbido que producen cuando se lanzan en el aire hacia sus nidos. A veces, cuando he estado escondido en alguna cueva en la cara de un cortado esperando para tomar una foto, los buitres leonados que han estado volando alrededor y encima de la peña, confiados al no ver a nadie por allí, se han lanzado picando hacia abajo para inspeccionar sus nidos con un ruido que mejor puede ser comparado con el de una ráfaga de vapor. Esto, cuando se oye por primera vez resulta decididamente sobrecogedor. A veces, cuando he estado escalando la cara de una peña, un buitre leonado ha aparecido repentinamente por la esquina de la roca, volando a pocos pies de mí con las alas extendidas y aparentemente inmóviles, con su cabeza de feroz aspecto y el ojo tornado hacia mí con curiosidad. Pero en el momento en que ha detectado mi presencia se ha desviado hacia arriba en su vuelo y, mediante unos pocos aletazos, se ha desplazado alto y lejos mostrando así su extraordinaria fuerza.

En una, y solamente una, de mis muchas visitas a nidos de buitres leonados, una de estas aves intentó oponerse a mi aproximación. Esto fue en 1907. Yo estaba trabajando a lo largo de las repisas de un alto cortado cuando oí un fuerte sonido silbante que se repitió una y otra vez. Al dar la vuelta a una roca vi un buitre adulto de pie sobre su nido, que contenía un huevo, a menos de 15 pies (4,5 metros) de mí. Mientras estuve allí parado la gran ave continuó mostrando una serie de actitudes amenazadoras, emitiendo a intervalos un fuerte silbido que se parecía mucho a un escape de vapor. Estaba poco dispuesta a abandonar su huevo, y cada vez que yo hacía como que me

marchaba, permanecía allí y comenzaba a echarse, sólo para levantarse de nuevo y silbar cuando yo me volvía hacia ella. Saqué mi cámara y la fotografié en una de estas posturas, pero lamento decir que, debido a la dirección del sol, y a la imposibilidad de cambiar mi posición en el estrecho saliente que ocupaba, la foto, aunque de considerable interés, no está suficientemente clara como para reproducirla aquí. Finalmente el buitre salió volando, pero mientras permanecí en la vecindad voló por allí varias veces, pasándome muy cerca con un fuerte zumbido de alas en una amenazante actitud. A intervalos se posaba en algún pico a menos de 30 yardas (27 metros) de mí y comenzaba a silbar de nuevo. Aquí, debido otra vez a la posición del sol, fallé completamente al tratar de fotografiarlo, aunque lo intenté muchas veces.

Cuento esto con detalle porque, a lo largo de todas mis experiencias con águilas y buitres, no conozco ninguna otra ocasión en que un ave haya llegado tan cerca de amenazar a un hombre como en este caso.

Si este beligerante buitre hubiera sido consciente de su fuerza y de lo endeble de mi posición en el estrecho estrato de roca, me hubiera podido despeñar fácilmente. Pero estoy seguro de que nada lo hubiera inducido a acercarse más a mí de lo que lo hizo. Sólo puedo explicar su beligerancia por el hecho de que su nido estaba en una sierra muy remota y en una situación en la que, probablemente, nunca se le hubiera acercado nadie excepto algún cabrero que, posiblemente habría sido desalentado por su conducta amenazante. No me sentí capaz de tomar aquel huevo, y me fui complacido al ver volver al ave hasta él conforme me alejaba.

Insisto, sólo una vez he visto u oído de un buitre que atacase a un hombre, y fue en el caso de un ave herida, por lo que no se puede considerar como un ejemplo genuino. Fue cuando andaba ocupado en obtener algunos buitres para el Museo Británico. Había derribado una hembra adulta desde lo alto de un

cortado cuando salía del nido, y cayó en el matorral de abajo. Al ir a cobrarla, bajando a la base de la peña, cuando me abría camino entre la jara y el matorral alto, me encontré de pronto al pobre ave echada en un claro, con un ala rota. En el momento en que me vio se levantó y dio un salto, y antes de que pudiera esquivar su avance me agarró el brazo cerca del hombro con su poderoso pico, haciendo un agujero en ambos, chaqueta y camisa e infligiéndome una desagradable herida, repitiendo el ataque con mucha determinación antes de que pudiera acabar con ella.

Ha resultado siempre sorprendente para viajeros y naturalistas cómo y dónde puede encontrar alimento suficiente el inmenso número de buitres que se ve en los lugares en que viven. No es infrecuente en el sur de España ver ochenta o más reunidos alrededor de una sola bestia muerta. Al poco de morir una vaca durante la noche, cerca de mi casa, por la mañana había setenta buitres leonados listos para comenzar a trabajar en ella. No hace falta decir que, con tal voraz multitud siempre dispuesta a representar las exequias fúnebres, hace falta muy poco tiempo para que desaparezca el cadáver de una vaca o caballo. Por otra parte nunca he entendido por qué a veces algún cadáver permanece sin tocar por los buitres durante semanas, aunque así ocurre algunas veces.

Una de las concentraciones más curiosas de buitres que he visto fue un gran grupo esperando junto a un cerdo ahogado que yacía a unas pocas yardas de la orilla de un lago, medio varado en el agua. Primero uno y después otro buitre, intentaba posarse sobre él desplazándose mutuamente. A veces las aves se enredaban en un furioso duelo sobre el cadáver, salpicando el agua hasta hacerla espuma con sus grandes alas, y produciendo frenéticos susurros, un grito curioso para un ave tan salvaje y grande.

Cuando no andan en busca de alimento los buitres leonados se reúnen normalmente en grupos de diez a treinta, y se posan en la cima de alguna peña desde donde pueden tener una

buena vista. Si el tiempo es húmedo y malo prefieren dormir en alguna cueva grande entre las sierras. Si hace viento, se reúnen en los valles más respaldados y se posan en lo alto de los alcornoques, frecuentemente a tan solo 20 ó 25 pies (6 ú 8 metros) del suelo. Conozco algunos valles tranquilos donde, si sopla viento fuerte, estoy seguro de encontrar más de treinta buitres descansando, especialmente después de las tres de la tarde, que parece ser la hora en la que ellos suelen interrumpir sus magníficos reconocimientos aéreos en busca de carroña.



CAPÍTULO IX

EL QUEBRANTAHUESOS (*Gypaetus barbatus*)

Supersticiones populares - Buitre barbudo o quebrantahuesos - Un nidificante temprano - Repetidos esfuerzos infructuosos para obtener huevos - Espléndidas capacidades para el vuelo - Un encuentro apoteósico - Encuentro entre quebrantahuesos y buitre leonado - Localización de un nido - Descripción del cortado y alrededores - Llegando a la terraza bajo el nido - Hielo y nieve - Desconcertado - Una esperanza perdida - Alcanzando la cima - Uniendo las cuerdas - El descenso - Acompañado por Farquhar - La bajada final - Una cuerda enredada - Alcanzando el nido - Amargo desengaño - Aterrizando en un saliente - La historia del enredo - Segunda expedición - Hallazgo de un nuevo nido - Descripción de la situación - Alcanzando un punto a 100 pies (30 metros) por encima del nido - Un cortado peligroso - Un descenso desagradable - Un nido extraplomado - ¡Vacío de nuevo! - Un enigma sin resolver- *Quebranta-huesos*, el rompedor de huesos - Una conocida costumbre - Observación de un quebrantahuesos trasportando y dejando caer la pata de un animal - Baja y come los fragmentos - Nueva subida con la pata - Vuelta al cadáver- Concluyente evidencia de la costumbre.



De todas las grandes rapaces no hay ninguna que alimente más la imaginación popular que el buitre barbudo o, para darle el hombre por el que se le conoce en centro Europa, el Lämmergeyer.

Ha habido cierta discusión en cuanto al nombre correcto de esta ave, algunos defienden el primero, y otros el segundo de los nombres mencionados. Los que defienden el nombre de Lämmergeyer, lo hacen en parte por razones sentimentales ya que el ave no es británica, ni



Quebrantahuesos (*Gypaetus barbatus*).

Mi vida entre las aves silvestres de España, W. Verner. SGHN - IECC

siquiera bajo la más laxa de las interpretaciones. En las regiones en que originalmente fue conocido para el mundo, Suiza y El Tirol, se le han otorgado, desde épocas medievales, poderes casi sobrenaturales, desde matar aventureros a cazar rebecos o chicos que osaran robar sus nidos lanzándolos desde las peñas; hasta llevarse niños y, en sus momentos más suaves, depredar sobre rebecos y ovejas que mataban y transportaban en el aire hasta sus dominios en algún espantoso peñón a muchos miles de pies de altura. Puesto que se le responsabilizó popularmente de causar la muerte de ovejas, cabras, niños y corderos, lo que sin duda supone su principal alimento, se ganó el germánico nombre de Lämmergeyer = buitre cordero, y es este el nombre que le aplica aún la mayoría de la gente. Los que defienden el otro nombre, mantienen que esta gran ave es vulturina en sus costumbres, por ejemplo, nunca mata las bestias de que se alimenta, sino que, simplemente vive de los cadáveres de las que han caído de las peñas, o que han muerto por heridas o desnutrición debido a haber estado prisioneras en algún lugar del que era imposible salir. También defienden el que la estructura del pie del ave no se presta a que pueda llevar su presa cierta distancia, pero de esto hablaré más tarde. El difunto Dr. Stark, quien que yo sepa tuvo oportunidades excepcionales de observar estas aves en Europa, afirmó audazmente que, en alimentación y costumbres, eran poco mejores que los alimoches, una cruel ofensa contra este ave de tan noble aspecto, pero una verdad la cual me temo que es incuestionable.

Los que se oponían al nombre de buitre barbudo apuntaban a que el ave no era un verdadero buitre, y citaban varios detalles como sus bien emplumadas patas y cabeza. La otra escuela replicaba llamando la atención sobre el distintivo pico vulturino y el pie, que se parece más al del buitre, con su largo dedo central y garras más romas que la de las águilas, y además justificaban la exactitud descriptiva de su nombre por el hecho de que el ave tiene una especie de barba, que consiste en un penacho muy

conspicuo de cerdosas plumas negras bajo su pico, y argumentaban que, puesto que su aspecto general, vuelo y muchas de sus costumbres son distintivamente vulturinas, se merecía el nombre de buitre barbudo.

En el Himalaya, donde vive, es bien conocido por muchos cazadores, bien como Lämmergeyer o como "Águila dorada", debido a su abundante colorido rojizo. Es probablemente por esta razón por la que el nombre de Lämmergeyer ha sido adoptado en nuestro lenguaje, ya que la gran mayoría de los que lo han visto, de entre nosotros, son anglo-indios.

El difunto Profesor Newton, uno de los más instruidos (¿y me aventuraría a añadir que cauteloso?) de todos los ornitólogos, ha considerado el asunto como algo que sólo podría ser resuelto mediante una investigación sobre "caracteres que no sean superficiales". Puesto que mis propias observaciones de campo y experiencias están principalmente de acuerdo con los que llaman al ave "buitre barbudo", he aceptado este nombre, particularmente, además, porque todos los que en años recientes han tenido oportunidades de observar estas grandes aves en sus hábitats están de acuerdo en cuanto a lo conveniente del nombre. El coronel Irby así lo llama en su "Ornitología del Estrecho", como también lo hizo Lord Lilford y el Dr. Stark. Las experiencias de este último eran amplias y únicas, como he dicho.

Por otra parte no he conocido a ningún naturalista moderno u observador que pueda aportar alguna evidencia directa para justificar el nombre más viejo de Lämmergeyer salvo la de que durante la paridera, estas aves, al igual que los alimoches, se ven frecuentemente cerca de los rebaños de cabras y ovejas de montaña, por las razones dadas por el Dr. Stark y recogidas por el Coronel Irby. Al observar estas poderosas aves transportando el pesado miembro de un animal por los aires me ha venido la idea, más de una vez, de que el viejo cuento de las águilas reales llevándose niños pueda, sin ningún gran despliegue de imaginación, encontrar su origen en las fechorías del

quebrantahuesos. Ya se ha mencionado antes la facilidad que siempre hubo de confusión que entre las dos especies. Así, el quebrantahuesos está ricamente coloreado; a la luz brillante del sol la reluciente garganta leonada y las partes inferiores adoptan un verdadero tono dorado, mucho más que las pálidas plumas leonadas de la nuca del águila real, de donde le viene a esta última su, de alguna forma imaginativo, nombre en inglés. Este color dorado del quebrantahuesos es bien conocido por todos los cabreros y habitantes de la montaña en España, quienes, invariablemente, describen a estas aves como "*colorado*", en contraposición con el buitre leonado de apariencia más parda. Como ya se ha mencionado muchos cazadores anglo-indios llaman al ave Águila dorada y el famoso viajero James Bruce, que lo encontró en la montaña más alta al norte de Gondar, en Abisinia hacia 1770, figurando en su libro publicado en 1790, hizo lo mismo. Parece, por tanto, que los habitantes de las regiones montañosas del centro de Europa podrían haber descrito de alguna forma la gran ave rapaz a la que se le imputaban siniestras intenciones con respecto a los niños como un águila dorada.

Mi primera introducción a los quebrantahuesos tuvo lugar de una manera muy formal y no llegó a nada. Había una pareja que frecuentaba algunos montes altos, a un día de camino de Gibraltar, y que cada año criaba en una cueva de un cortado bajo, en lo alto de una pronunciada cuesta. En aquellos días yo no conocía su costumbre de criar temprano y, consecuentemente, nunca fui a buscar el nido en la época apropiada del año.

Hace mucho que esta pareja abandonó la localidad. Pasaron diez años antes que de nuevo los encontrara en una gran sierra, a unas diez millas (16 kilómetros) al oeste del primer emplazamiento. Aquí criaron sin ser molestados durante algunos años, utilizando dos lugares alternativos, uno en una pequeña cueva a sólo unos pocos cientos de pies por encima de la casa de un cabrero, y el otro en otra cueva muy parecida, a varios cientos

de pies más arriba. En el libro del Coronel Irby aparecen fotos de estos dos lugares. Hace ahora más de doce años que abandonaron esta cadena de montes y se fueron sin dejar rastro.

El quebrantahuesos es, como queda dicho, un nidificante muy temprano. Sé de huevos que fueron colectados durante la semana de Navidad. El Dr. Stark cogió huevos perfectamente frescos el 31 de enero, y en otra ocasión huevos a punto de eclosionar el 4 de febrero. La suavidad o las inclemencias del tiempo durante la época de cría y la altitud del nido sobre el nivel del mar no tienen aparentemente nada que ver con las variaciones en el momento de la puesta, a pesar de lo que digan los cabreros, que siempre son terminantes en estos puntos. Nada es mejor prueba de ello que las experiencias del Dr. Stark, que cogió huevos frescos el 31 de enero en una época muy suave, en que la línea de nieve de la sierra estaba 1.000 pies (300 metros) más alta que cuando encontró los huevos bien incubados en la misma localidad, el 4 de febrero, en una primavera excepcionalmente severa.

Cuando estuve con el Príncipe Imperial Rodolfo, en el yate *Miramar*, tenía con él dos pollos de quebrantahuesos, uno justo saliendo del estado de plumón y otro crecido ya tres cuartas partes, tomados de nidos de Sierra Nevada. Una de estas aves era un mes, si no seis semanas, mayor que el otro, lo que mostraba la irregularidad de las fechas de puesta. Por todo lo que he visto y oído creo que se puede considerar como periodo habitual de puesta desde el 1 de enero hasta el 15 de febrero.

En todos mis vagabundeos tras las aves salvajes no ha habido una especie que me haya derrotado tan persistentemente en mi interés por obtener sus huevos o fotografiar su nido y pollos como lo ha hecho el quebrantahuesos. Año tras año, y aunque cada temporada conseguía localizar unas cuantas parejas en lugares muy separados, todos mis esfuerzos estuvieron condenados al fracaso. Así, un año resultaría muy temprano, y otro muy tarde. Algunos años, debido al mal tiempo y a la

imposibilidad de viajar por la sierra con la lluvia y niebla, así como de escalar peligrosos cortados, cuando una expedición bien organizada terminaría en fracaso total e ignominiosa retirada.

Bien es cierto que si en tales ocasiones yo hubiera decidido permanecer en mi refugio de montaña unos días más, hubiera alcanzado mi objetivo sin lugar a dudas. Pero aquí intervenía el factor humano, ya que mis compañeros eran invariablemente oficiales de la Marina o del Ejército, o bien funcionarios civiles, y su marcha o ausencia estaba limitada a unos pocos días. Como se mostrará más adelante, los nidos de quebrantahuesos que marqué para tomar los huevos estaban situados en lugares que requerían cierto grado de destreza y temple por parte de los que manejan las cuerdas, del que, sin detrimento del genuino valor de mis excelentes amigos nativos, éstos carecen por buenas razones, ya que no entienden el trabajo con la cuerda y, en consecuencia, son muy aprensivos de los peligros que lo envuelven, lo que no inspira la confianza en el que está descolgándose, tan fundamental para evitar el desastre.

En vuelo, el quebrantahuesos es fácilmente distinguible del buitre leonado por su larga cola cuneiforme, que es 6 pulgadas (15 centímetros) más larga que la del buitre, pareciendo todavía más larga cuando las dos especies vuelan altas.

El buitre cuando planea mantiene sus alas bien extendidas, con el carpo y el metacarpo formando un tenue ángulo cóncavo, la afilada y puntiaguda cabeza recogida atrás en el interior de la gorguera circular, con apariencia de estar asentada en el extremo de una V muy obtusa, formada por las alas extendidas. Las primarias están muy separadas en sus puntas, hasta un tercio de su longitud, y pueden ser contadas a gran distancia, mientras que la corta cola cuadrada da la impresión de que las alas estuvieran insertas muy atrás en el cuerpo.

Por otra parte el quebrantahuesos, cuando vuela en busca de comida, aunque a veces emula al buitre leonado en sus amplios círculos con las primarias igualmente separadas, se

parece mucho más al águila por su vuelo. Conforme planea se percibe a menudo un ángulo saliente, formado por el carpo y el metacarpo, que aumenta considerablemente cuando el ave realiza uno de sus maravillosos picados, que le son tan característicos. Lo que a uno más le sorprende del vuelo del quebrantahuesos es su maravillosa facilidad, y la ausencia aparente de todo esfuerzo, que lo distingue del de los verdaderos buitres, y lo hace, en mi opinión, todavía más grácil que el del águila real. Resulta muy poco frecuente ver un quebrantahuesos dedicarse a volar aleteando vigorosamente, como sí lo hacen las águilas y los buitres. Ésta no es solamente mi opinión sobre el asunto, ya que el Dr. Stark, que ha observado muchas parejas, quedó igualmente sorprendido con su aparente elegancia y su gran poderío aparentemente sin esfuerzo.

Pero aunque las características de un quebrantahuesos en vuelo sean tan marcadas como para hacer de su identificación a gran distancia un asunto fácil con la ayuda de unos prismáticos, pueden pasar años antes de que el viajero que deambula por las tierras salvajes en que habita pueda tener la buena suerte de verlo lo suficientemente cerca como para apreciar su espléndida apariencia y su colorido. Por supuesto, donde se pueda localizar un nido con huevos o pollos la cosa consiste en ocultarse lo suficientemente cerca para observar las aves a corta distancia. Pero no todo el mundo tiene tal oportunidad, y en mi propio caso fueron diez años los necesarios antes de conseguir la buena suerte de ver esta ciertamente magnífica ave a corta distancia. El encuentro fue emocionante por lo repentino.

Estaba yo explorando una sierra baja en busca de nidos y llevaba un arma, de acuerdo con mi habitual costumbre de aquella época, cuando me encontraba haciendo una expedición en solitario. Era un día glorioso de primavera temprana y cuando llegué a la cima de un gran montón de peñas de arenisca me situé para observar y esperar acontecimientos. El sol estaba muy fuerte, y me alegré de encontrar un sombrío escondrijo a tan sólo unos

pocos pies por debajo de la roca con forma de pináculo que formaba el punto más alto de la montaña. Una gran llanura yacía a mis pies y se extendía, a lo largo de muchas millas cuadradas hacia el oeste y el norte, salpicada con innumerables grupos de yeguas de vientre, ganado vacuno y piaras de cerdos. Por encima volaban buitres leonados y alimoches en elegantes círculos, siempre a la busca de alimento. Aquí me senté con el telescopio en la mano, registrando de vez en cuando una sierra tras la planicie que sospechaba albergaba una pareja de buitres negros. No recuerdo el tiempo que estuve allí sentado, pero cuando escudriñaba con mi lente por las distantes colinas de enfrente encontré una gran ave volando hacia mí. Estaba todavía a más de una milla, posiblemente a dos millas de distancia, pero una segunda ojeada me mostró que se trataba de un quebrantahuesos volando derecho adonde yo estaba. Dejando la lente agarré mi arma, que descansaba sobre mis rodillas, y miré alrededor en busca de alguna agarradera. No encontrando nada a mano, y dándome cuenta de que cualquier movimiento por mi parte podría ser fatal, decidí quedarme quieto donde estaba. La gran ave siguió adelante, obviamente ajena a mi presencia. Sin duda, mis ropas de caza se confundían con las rocas batidas por el tiempo contra las que estaba inclinado y, agachando la cabeza, mi sombrero ocultaba lo que constituye ese gran enemigo de cualquier actividad cinegética exitosa, especialmente en la batida de avutardas, o cualquier intento de ocultarse en guerra o en paz: la cara roja de un soldado británico.

El quebrantahuesos estaba ya a menos de 50 yardas (45 metros) de mí, en un instante sería mío con seguridad, y en aquella época, como bien recuerdo, ¡yo estaba ansioso por cobrar uno! En ese momento, por primera vez en mi vida, me daba cuenta de lo extraordinariamente elegante que es esta ave, con la cabeza de fiero aspecto coronada de plata y negros "bigotes", así como la cerdosa barba negra, contrastando con la garganta y pecho rojizos conforme venía hacia mí con sus majestuosas alas

negras. Estaba bastante claro que se dirigía a la peña que estaba sólo a unos pies por encima de mí, como lugar desde donde observar el terreno circundante. Yo, por casualidad, había elegido el mismo observatorio por razones similares.

Cuando la gran ave estaba a 20 yardas (18 metros), me levanté y apunté el arma. Nunca olvidaré la mirada salvaje de sus ojos naranja pálido con la membrana circundante color sangre, y el momento en que, de repente, refrenó su suelo y volviéndose con un ruido de alas que parecía el de un chorro de vapor giró alejándose.

¡No disparé! En cierta manera parecía casi asesinato acabar con aquella espléndida vida y, aunque mi dedo estaba sobre el gatillo y el ave al alcance a menos de 25 yardas (23 metros), me contuve. Nunca he lamentado el haberme contenido en aquella ocasión, pero lo que es aún más curioso, desde aquel día he tenido repetidamente quebrantahuesos criando a corta distancia de tiro y hasta ahora nunca he disparado a ninguno. A veces pienso que antes de emigrar de aquí yo mismo, debiera cazar uno para tener siempre presente a estas gloriosas aves cuando ya no me sea posible visitar sus dominios. Pero hasta ahora he resistido la tentación.

De vez en cuando, en mis vagabundeos, me he encontrado con muchos quebrantahuesos pero nunca he vuelto a ver a uno a tan corta distancia.

En la primavera de 1902 estuve pasando un tiempo en la sierra entre Málaga y Estepona, y un día realicé una expedición a un distante cortado sobre el que había visto un quebrantahuesos el día anterior. Encontré una buena cueva ocupada por buitres leonados y, puesto que el terreno prometía y yo sabía que por allí había quebrantahuesos, decidí esperar y observar. Algún tiempo después apareció uno, y comenzó a volar alrededor de una peña no lejos de mi posición. Evidentemente no estaba criando allí, y por sus movimientos sospeché, y aún sospecho, que la cueva ocupada por los buitres era uno de sus emplazamientos

alternativos. Los acontecimientos siguientes reforzaron mi tesis, ya que la hembra de buitre, no contenta con nuestra prolongada presencia en la terraza por debajo de su nido, tras permanecer de pie en su cueva y estirar el cuello sobre el borde para controlarnos, se dejó caer de la repisa sobre la que estaba y se alejó volando.



Observando al quebrantahuesos planear en torno a un peñasco.

Cuando rodeó la peña sobre la que el quebrantahuesos estaba planeando, este último se lanzó contra ella y la acosó. El buitre, evidentemente, sintió un miedo mortal e intentó evitar el encuentro con su formidable pariente. El quebrantahuesos, habiéndose elevado por encima del buitre, se volvió y lo golpeó con fuerza. Las dos grandes aves quedaron enredadas y, perdiendo su equilibrio, cayeron verticalmente al menos 100 pies (30 metros).

Fue una maravillosa vista para un ornitólogo. Yo tenía mi cámara a mano en aquel momento, pues había estado tratando de fotografiar el buitre en pie sobre su nido y, girándola, intenté tomar una instantánea de las dos grandes aves antes de que se separaran, pero no lo conseguí. El buitre se alejó a gran velocidad, y casi no se aprecia en la foto (pág. anterior), pero el quebrantahuesos, debajo de él en la imagen y a pesar de la lejanía, es reconocible debido a la longitud de su cola.

Seguidamente lo vi alejarse a través de un gran valle de más de mil pies (300 metros) de profundidad, hacia unas peñas en el lado opuesto donde sin duda estaba criando. Pero por entonces estaba yo bastante impedido como para seguirlo hasta allí, y así perdí una de las grandes oportunidades de mi vida.

Mi éxito final, tras prolongados esfuerzos por obtener los huevos y fotografiar el nido del quebrantahuesos, tuvo lugar en una de las más memorables épocas de mi vida, necesitó cinco expediciones por separado, en tres años sucesivos, a un lugar remoto y, lo que es más, en tres de ellas estuve casi a punto de sucumbir al desastre.

Fue en la primavera de 1906 cuando, finalmente, tras cuatro años de persistente búsqueda y muchas expediciones, durante las cuales localicé quebrantahuesos repetidamente y visité varios lugares de cría sin resultado, parecía que tendría el éxito al alcance de la mano. Se sabía que una pareja criaba en cierto gran cortado a sólo dos días de camino de la civilización, y de acuerdo con ello, me organicé para un viaje de cuatro días, alistando los servicios de cuatro amigos como ayudantes.

Una de las dificultades más grandes que hay que afrontar en expediciones al interior de las cadenas montañosas de las sierras más altas es la constituida por las imprevisibles vicisitudes meteorológicas. Puede ocurrir a menudo, especialmente durante los meses de invierno, que al mismo tiempo que los que viven cerca del nivel del mar, o a unos pocos cientos de pies por encima, están disfrutando de un tiempo espléndido, y las sierras

pueden estar envueltas en densos bancos de niebla, haciendo de la observación de las aves algo absolutamente imposible. Además, fuertes tormentas de agua pueden llenar las gargantas con impetuosos torrentes y hacer que cualquier viaje esté fuera de cuestión. Esta ha sido mi suerte repetidamente.

En el primer intento sobre el cortado del quebrantahuesos nos vimos favorecidos por un tiempo relativamente bueno en lo que respecta la ausencia de niebla y lluvia, pero pasamos una ola de frío desesperada que tuvimos que sufrir. Llegamos a nuestro objetivo el segundo día de nuestro viaje, una hora antes del mediodía, y paramos para el almuerzo. Muy pronto vimos los quebrantahuesos, primero uno y luego otro, planeando sobre las peñas, y enseguida vimos a uno de ellos entrando en una cueva a unos 250 pies (75 metros) por encima de nuestra posición. Con ayuda de una lente resultó fácil localizar el gran nido y, conforme observamos a la gran ave moviéndose en él, nos sentimos seguros de nuestra presa.

Sin embargo yo estaba determinado a no dejarme apresurar por mis compañeros y, habiendo alcanzado un lugar adecuado inmediatamente por debajo del nido, hice un cuidadoso reconocimiento del lugar con los siguientes resultados. El monte que teníamos delante consistía en una serie de cortados divididos por empinadas terrazas descendentes (ver dibujo de la página 513). Puedo asegurar aquí que las alturas dadas fueron luego comprobadas a través del aneroide y de la longitud conocida de las cuerdas empleadas y, como suele ocurrir casi siempre, resultaron ser mucho mayores de las que originalmente estimamos. Constituye uno de esos hechos curiosos cuando se trata de alturas el que mientras que los que no están acostumbrados a ellas las sobrestiman invariablemente, los más acostumbrados a escalar generalmente las infravaloran. Así, en el caso presente, estimamos que la cueva estaba a sólo 200 pies (60 metros) por encima de nosotros; el resultado de nuestras

observaciones siguientes con el aneroide fue de más de 250 pies (75 metros).

Entre nosotros y el gran cortado, con un ángulo de unos 45 grados yacía un gran talud o canchal de roca caliza que, obviamente, había ido cayendo desde las alturas y principalmente a través de un gran canalizo o hendidura, situada a unas 100 yardas (90 metros) a nuestra derecha. Este canchal tenía unos 150 pies (45 metros) de altura en el punto en que emergía. Inmediatamente frente a nosotros había un cortado vertical de la misma altura, con una terraza muy pendiente encima, claramente accesible desde el canchal. Sobre esta terraza, había varias peñas desgajadas y luego venía un segundo cortado de unos 150 pies (45 metros) de altura. Aquí, en este cortado era donde estaba situada la cueva que contenía el nido, a menos de 60 pies (18 metros) por encima de la terraza. Alcanzarla parecía demasiado sencillo, ya que era claramente posible escalar el cortado inmediatamente por debajo del nido de algún modo.

Mis amigos, al igual que nuestros ayudantes españoles, estaban entusiasmados, y querían realizar el trabajo de una vez. Pero yo, curtido por muchos amargos fracasos, antes de comprometerme a escalar desde abajo reconocí el lugar con mis prismáticos para ver si el nido podía ser alcanzado desde arriba. Estaba suficientemente seguro de que había una terraza o repisa relativamente definida a más de 80 pies (24 metros) por encima de la cueva, fácilmente reconocible por una roca por encima con forma de pináculo, de unos 4 pies (1,20 metros) de altura, que decidimos llamar la "alcachofa petrificada", por su parecido con este vegetal.

Si tan sólo pudiéramos llegar a este punto todo nos iría bien. Pero aquí estaba el problema, ya que encima de la "alcachofa" había una serie de cortados de 20 a 40 pies (6 a 12 metros) de altura, intercalados con terrazas estrechas y empinadas, montando una sobre la otra como escalones, perdiéndose gradualmente en las alturas a más de 500 pies (150

metros) por encima de nosotros entre la corriente de nubes que se arremolinaban en la cresta de la montaña.

No era un proyecto muy apetecible. Ya durante la última hora habíamos estado por encima de la línea de nieve y, aunque ésta no era profunda salvo en las torrenteras, el frío era intenso. Dondequiera que el sol había derretido la nieve en días anteriores, había ahora una cubierta de hielo; de aquí que escalar resultara particularmente peligroso.

Por ello intentamos, primeramente, llegar al nido desde abajo y, echándonos las cuerdas al hombro, nos dirigimos a través del canchal o pedrera. Llegamos a la terraza, nos desplazamos por ella con cuidado y, tras un paso difícil a través de rocas desprendidas nos encontramos inmediatamente bajo el nido.

¡Y lo fácil que parecía! Varias fisuras y grietas cubiertas por mechones de musgo, saxífragas, matorral y arbustos hacían posible, en un punto a sólo unas yardas a la derecha del nido, escalar unos 20 ó 25 pies (6 u 8 metros), del total de 50 a 60 pies (15 a 18 metros), que nos separaban de nuestro codiciado objetivo.

Entre los que estaban en el grupo felizmente podía contar con mi viejo compañero, el Almirante Arthur Farquhar, un buen escalador y, no hay necesidad de mencionarlo, con buen conocimiento del uso de las cuerdas. Dos de nuestros españoles habían sido cabreros y eran reconocidos escaladores.

No fue necesario más que un vistazo para apreciar que los quebrantahuesos habían elegido esta, aparentemente, cueva baja, simplemente porque era totalmente inaccesible desde abajo y, por ello, me puse a averiguar si era posible moverse por el flanco izquierdo del cortado (mirándolo de frente) y alcanzar la "alcachofa". Mientras tanto mis compañeros, especialmente los dos antiguos cabreros, se dedicaron a hacer infructuosos esfuerzos gimnásticos a unos 20 pies (6 metros) por el cortado. En principio, me moví bien y, parándome para respirar, se me unió pronto Farquhar, que se había quedado detrás para ver lo que

los cabreros hacían. Nos abrimos camino entre rocas suaves y a través de terrazas herbosas y pendientes, tan resbaladizas como si fueran de hielo. Fue de lo más dificultoso y pronto las suelas de nuestras *alpargatas*, que se habían mojado con la exuberante vegetación al pie del cortado ¡empezaron a helarse! Un zapato con suela de cuerda helado es algo tan desagradable para escalar rocas como se pueda imaginar. Pronto se hizo evidente que, aunque pudiéramos alcanzar fácilmente el mismo nivel de nuestra "alcachofa", teníamos en contra nuestra el hecho geológico de que por la parte de la montaña en que estábamos, por razones de movimiento de piedras, resultaba imposible cruzar hasta nuestro deseado objetivo. De él nos separaba una serie de filas de rocas bajas y terrazas que, aunque nos permitían subir, nos llevaban lejos de nuestro objetivo. Al volver a reunirnos con nuestro grupo, debajo del nido, los encontramos sumidos en la más profunda desesperación y casi helados. No era difícil comprobar que habían llegado a la conclusión de que el nido era inaccesible, así que dejándolos agrupados alrededor de un fuego que habían encendido comencé, solo, en un intento último por encontrar el camino hacia la cima del cortado.

Llegado al punto superior donde el canchal se convertía en hendidura comencé la más penosa y laboriosa de las subidas. En ciertos lugares los fragmentos de roca estaban moviéndose, y resultaba necesario escalar desplazándose por uno u otro lado para evitar la caída. Yo, además, me encontraba terriblemente limitado por mis heridas, que me afectaban el corazón hasta el punto de que, constantemente, tenía que echarme al suelo para descansar. Al fin me encontré sobre un rodal de hierba cerca de la cumbre, a unos 500 pies (150 metros) por encima de nuestro punto de partida. Tras un descanso subí sobre el borde y miré abajo, hacia donde estaba el nido. Pero por la convexidad general del monte, resultaba imposible ver más allá de 20 ó 30 yardas (18 ó 27 metros).

Hacía un frío terrible, un viento cortante barría la sierra y las húmedas nubes de deslizaban por debajo de mí, ya que me encontraba a casi 4.400 pies (1.340 metros) sobre el nivel del mar. Las rocas estaban en algunas partes cubiertas de hielo mientras que el barro y el agua medio helados rezumaban por las grietas, todo ello espolvoreado con nieve que se espesaba en las hendiduras. Todo parecía tan decepcionante y desesperante que casi me sentí inclinado a abandonar el proyecto, pero entonces recordé que el nido debía, con toda seguridad, contener huevos y cómo los había anhelado para mi colección ¡sin necesidad de mencionar las fotos que tomaría! Así que forcé mi corazón y descendí, cautelosamente, por aquellas resbaladizas pendientes, agarrándome a las rocas de vez en cuando, hasta que bajé más de 70 pies (21 metros). Las peñas ahora se hacían más inclinadas y estaba claro que en tales condiciones de hielo y nieve era una locura seguir adelante sin una cuerda de seguridad. Ascendiendo con cuidado, hacia mi flanco derecho, alcancé el borde del precipicio que formaba un lado del canalizo por el que había trepado hacia arriba, y mirando por encima, vi el resto sobre el punto más alto del canchal, a 300 pies (90 metros) por debajo de mí. Gritándoles, les pedí que subieran y trajeran las cuerdas, añadiendo que estaba seguro de poder alcanzar el nido desde donde yo estaba. Media hora más tarde se unieron a mí, trayendo con ellos mis tres cuerdas, dos de 100 pies (30 metros), una de 2 pulgadas (5 centímetros), otra de 1,75 pulgadas (4,5 centímetros) y la otra de 75 pies (22,5 metros) y de 1,5 pulgadas (3,80 centímetros), mi cuerda alpina. Como el tiempo apremiaba, y el frío era tan intenso, era inútil pensar en intentar empalmar las cuerdas por el sistema de herirlas, así que decidimos unir las cuerdas mediante nudos. Ajusté mi arnés de lona y atándome la cuerda fina empecé a descender el cortado.

La primera parte de la bajada era bastante sencilla, por barrancos pendientes cubiertos de hierba que alternaban con escalones de roca de 20 a 30 pies (6 a 9 metros). La estructura

general de la montaña era de caliza estratificada, inclinada hacia arriba casi verticalmente, y presentando el eje de los estratos hacia la cara del cortado. En general era fácil descolgarse sobre estos lugares pendientes con ayuda de la cuerda, normalmente a lo largo de algún barranco estrecho relleno de rocas fracturadas entre los estratos inclinados.

Tras descender unos 120 pies (35 metros) de esta forma llegué a una terraza relativamente segura desde donde podía ver a, a unos 20 pies (6 metros) por debajo de mí, nuestra marca, la "alcachofa petrificada". En pocos minutos estaba al lado de ella. Desde allí tenía una buena vista de los alrededores, y me sorprendió la gran altura a la que estaba, ya que aunque ahora me encontraba a unos 350 pies (106 metros) por encima de nuestros mulos, el valle que habíamos ascendido por la mañana caía en pendiente hasta una pequeña aldea mora, a casi 2.000 pies (600 metros) por debajo, y la vista frente a mí era de lo más extensa a pesar de los girones de nubes que había alrededor de los picos altos. Aquí empecé a buscar una forma de bajar, y llegué a unos 30 pies (9 metros) a mi izquierda (mirando a la roca) sólo para encontrar que el saliente en el que estaba se perdía en la pared. Mi escalada no supuso una pérdida de tiempo, ya que me mostró que sólo había un posible camino para llegar al nido, y éste consistía en pasar sobre el borde de una peña con forma de escarabajo, a unos cuantos pies a la izquierda de la alcachofa. Así pues, desanduve mi camino hacia arriba, hacia el saliente que estaba a 20 pies (6 metros) por encima, y allí me sorprendió encontrar a Farquhar. Me dijo que al ver el último empalme [a unos 160 pies (40 metros)] en las manos del equipo de bajada, había decidido bajar para echar una mano. Me alegró mucho que hubiera hecho aquello ya que, aparte de contar con su ayuda moral él servía como una conexión muy necesaria entre los de arriba y yo y, además, podría ver cómo caían mis cuerdas y darles la orientación conveniente cuando fuera necesario. Dejándole extender las cuerdas sobre el último cortado, descendí de nuevo

hasta la "alcachofa" y me descolgué por encima. Al principio, la roca, aunque casi vertical, tenía cierto agarradero. A 30 pies (9 metros) más abajo, había un pequeño escarpe con vegetación y, tras alcanzarlo, ordené "Sujetad fuerte" y miré por encima. Lo que veía era alentador ya que, a unos 100 pies (30 metros) por debajo observé el borde exterior de la terraza desde donde habíamos intentado, en vano, alcanzar el nido por debajo, y pude incluso identificar el lugar opuesto donde habíamos estado intentando escalar. La peña estaba un poco extraplomada y quedaba claro que el nido estaba a no más de 50 pies (15 metros) inmediatamente por debajo de mí.

Llevando mi cuerda sobre una parte suave de la roca y ordenando "Bajar", descendí. Conforme bajaba me agarraba a las rocas para estabilizarme, pero estaban cubiertas por grandes masas de saxífragas verdes y brillantes, a su vez cubiertas por nieve medio derretida que se deshacía en mis manos casi heladas, mientras que los carámbanos colgaban de cada peña saliente y contribuían a hacerlo todo más incómodo.

En tales descensos, una vez que el escalador ha decidido seguir adelante y la suerte está echada, la gran habilidad consiste en pasar los lugares difíciles tan pronto como sea posible. Esto lo había dejado claro a mi grupo antes de empezar a descender. Bajé con la cuerda deslizándose alegremente, demasiado alegremente como para que me gustara, debido a la ansiedad de mi equipo de bajada, que estaba, por supuesto, fuera del control de Farquhar en su precario punto intermedio. De repente la cuerda se detuvo y me vi sacudido por un tirón que me hizo columpiarme de la forma más desagradable. Fue un momento difícil y me encontré en el aire con sólo el suficiente contacto con el cortado como para evitar dar vueltas. Rápidamente di dos golpes de silbato: "Bajar", pero no obtuve respuesta. Entonces intenté tres golpes: "Arriba", con el mismo resultado. ¡Estaba claro que algo iba mal!

Sólo los que han pasado por tales momentos difíciles pueden darse cuenta de lo que esto significa para un hombre que

tiene que cuidarse. Lo más parecido que conozco a lo que yo sentí entonces es cuando las cosas se ponen complicadas en un globo y surge la cuestión ¿qué hacer ahora?

No tardé mucho en darme cuenta que la cuerda se había atascado por encima de mí. Miré hacia abajo, y las perspectivas no eran halagüeñas ya que estaba colgado en vertical sobre una masa de rocas de aspecto particularmente difícil, a unos 70 o 75 pies (20 metros) por debajo. Miré hacia arriba para ver si podía, como en otras ocasiones anteriores, trepar por la cuerda hasta el borde del acantilado y entonces recordé que mi inválido hombro izquierdo y otras heridas eliminaban toda posibilidad de tal despliegue gimnástico. Así que, esperé y empecé a pensar. De repente noté un claro tirón y caí abajo unos pies columpiándome impotente. Hice sonar el silbato estridente. "Abajo" ¡y abajo fui! A menos de 15 pies (4,5 metros) más abajo me encontré frente a la cueva del quebrantahuesos y, agarrándome a las rocas, me introduje en ella sintiendo con mis pies tocar algo blando. Prácticamente estaba en el nido. Miré en el interior. ¡Estaba vacío!

Lo que sentí conforme me arrastré al interior y afiancé mi posición me resulta perfectamente imposible de describir. Estaba en una cueva pequeña de unos 5 pies (1,5 metros) de ancho, 2 a 3 pies (0,60 a 0,90 metros) de alto y 4 pies (1,20 metros) de profundidad. El nido era amplio, construido con grandes ramas, relleno totalmente la cueva, con una depresión en forma de copa de 24 pulgadas (60 centímetros) de ancha, forrado con grandes mechones de lana negra de oveja, pelo de cabra marrón y musgo verde y fresco. Evidentemente el ave no había puesto aún, era la última semana de marzo ¡y yo sabía bien que suelen poner desde enero temprano! No hacía falta ser muy agudo para darse cuenta de que el nido era perfectamente nuevo, que no había sido usado anteriormente y que los adultos esperaban usarlo muy pronto. Tampoco había sido robado, con toda seguridad, ya que no había rastros de un descenso anterior a través de los

matorrales, los rodales de saxífragas, y las numerosas plantas rupícolas que yo había pasado en mi bajada. En cualquier caso no había nada que hacer salvo salir de aquel lugar tan pronto como pudiera, ya que estaba preocupado por mi equipo de bajada, que estaba arriba en la nieve pasando frío. Y entonces llegó un momento crítico. ¿Era posible volver por el mismo camino? Evidentemente la cuerda se había atascado malamente y, si esto había ocurrido mientras que bajaba, ¿qué no pudiera ocurrir mientras era izado? Un mal enredo en tales ocasiones puede conducir a una rotura de la cuerda. Es simplemente cuestión de la fuerza de los que están izando. Mirando hacia abajo vi que había menos de 60 pies (18 metros) hasta la terraza inferior así que decidí seguir adelante. Tras un golpe de silbato para avisar a los de arriba, di los dos pitidos, y dejando caer todo mi peso sobre la cuerda me deslicé fuera del nido. Inmediatamente después sentí la cuerda cediendo y bajé entonces columpiándome en el aire. Todo fue bien hasta que estuve a 15 pies (4,5 metros) del saliente de abajo y, entonces, fui detenido de repente de nuevo. Silbé en vano "Bajar" ¿Podía la cuerda estar atascada otra vez? Mirando hacia arriba pensé que no podía ser, ya que el nudo que estaba por encima de mí había pasado el borde del precipicio, y estaba seguro de que mi viejo camarada vería si el que estaba por encima de él estaría libre. De nuevo la cuerda cedió unos pocos pies y de nuevo se detuvo. Rápidamente me vino a la cabeza que ¡no debía de haber más cuerda!

Era el momento de tomar una decisión rápida. Echando un vistazo hacia abajo vi que estaba a unos 10 o 12 pies (3 metros) de las rocas. Sabía que podía aprovechar unos 5 pies (1,5 metros) más de cuerda asegurando al arnés por encima del hombro, ya que lo había tensado en exceso antes de atarlo. Así que, haciendo un esfuerzo, deslié la porción que estaba alrededor de mi hombro y procedí, cautelosamente, a deshacer las dos medias vueltas que la aseguraban al arnés de lona que tenía puesto, dejando ir cuerda a través de los guardacabos del arnés conforme bajaba. Tendidas

las últimas pulgadas, noté que mis pies estaban aún a más de 6 pies (1,80 metros) de suelo firme pero no se podía hacer más, así que me dejé caer, aterrizando entre rocas y matorral, sacudido y exhausto pero ileso. ¡Pero todo fue un cálculo muy preciso! Silbé entonces para "Izar" y conforme vi el extremo libre de la cuerda de 1,5 pulgadas (4 centímetros) dando vueltas cuando se alejaba de la vista hacia arriba, me alegré de haber salido de aquella tan difícil situación.

Luego me enteré de que el equipo de bajada, que por cierto casi parece de frío en aquella situación expuesta, se alarmó mucho al encontrarse de pronto tirando de una cuerda suelta, ya que no tenían ni idea de adónde había ido yo, y se imaginaban horrores indecibles.

Antes de cerrar esta penosa historia de fallo y derrota debo explicar cuándo y dónde se atascó mi cuerda, y cómo conseguí salir adelante. Tras dejar a Faquhar sobre la terraza encima de la peña de la "alcachofa" él actuó como transmisor de señales, recibiendo mis silbidos y pasando su significado al grupo de bajada que estaba colocado, muy alto, por encima de él. Conforme dejaba ir cuerda después de que yo desaparecí de su vista por detrás de la "alcachofa", el nudo que unía las cuerdas de 1,75 y 1,5 pulgadas (4,5 y 3,8 centímetros) pasó por donde él estaba. Fue cuando me estaba bajando por la parte vertical cuando la cuerda, al correr sobre el borde del cortado, pasó por una grieta profunda entre los estratos inclinados cerca de la "alcachofa" y, el miserable nudo ¡se atascó! En ese momento yo estaba a algo más de 60 pies (18 metros) por debajo de ese punto y Farquhar a 20 pies (18 metros) por encima. Afortunadamente, dándose cuenta del grave peligro bajó en seguida hasta el lugar del atasco y, alcanzando el borde, consiguió de alguna forma sacar el nudo de la ranura. ¡Ese fue el tirón que sentí!

No diré todo lo que pienso de este episodio, simplemente mencionar que no podría desear a mi peor enemigo mejor diversión que estar en la situación en que estuve, sin un oficial

naval de confianza para sacarme de allí. La persona que inventó la expresión "entre el diablo y el mar profundo" no había estado obviamente en un cortado colgado de una cuerda atascada.

Desde la terraza me dirigí abajo, hacia donde estaban los mulos, y encontré allí al arriero que había hecho una gran candela con lentiscos con la que sequé, encantado, mis ropas mojadas y me puse las botas. Media hora más tarde se me unió el grupo del cortado y tuve que explicarles los detalles dolorosos de mis grandes incomodidades.

Como todo indicaba que los quebrantahuesos tenían la intención de poner en este nido antes de que pasaran muchos días, decidí volver a visitarlo unos quince días más tarde, ya que estimaba que, para entonces, los huevos deberían haber sido puestos ya. Llegué a esta conclusión en contra de lo que yo sabía y mi experiencia me dictaba sobre la cría del quebrantahuesos, pues estábamos a dos o tres meses por detrás de la época normal de puesta. Pero me encontré tentado de dejar a un lado todas mis citas anteriores por el hecho de que las aves estaban, sin duda construyendo un nuevo nido y que probablemente su primera puesta había sido destruida por algún accidente o robada de algún otro lugar. Tenía además un precedente muy bueno en el caso de un nido de águila pescadora en el que fueron puestos los huevos en el mes de mayo, al menos dos meses después de la fecha normal, y probablemente por la misma razón.

Así pues, el 8 de abril me encontré una vez más a la cabeza de una empresa desesperada, atravesando las montañas en busca del cortado de los quebrantahuesos. Esta vez llevábamos con nosotros un rollo de cuerda de 2 pulgadas (5 centímetros) y de 300 pies (90 metros), pues ya habíamos tenido bastante empalmando cuerdas. Puesto que esta vez estaba determinado a hacer todas las comprobaciones necesarias antes de embarcarme en la laboriosa operación de escalar el cortado, a nuestra llegada ordené que se alejaran los mulos, y permanecí echado con mi telescopio para observar las aves adultas. Pronto, primero uno y

después el otro, aparecieron volando alto, a veces picando hacia abajo y pasando el cortado. Al cabo de una hora, uno de ellos, de repente, apareció llevando en su pico (no en sus patas) algo grande y negro que parecía una parte de un cordero, y voló derecho a un cortado a unas 100 yardas (90 metros) del nido al que yo había bajado. Volviendo mi lente hacia aquel lugar descubrí para mi sorpresa un segundo gran nido que no había visto en mi primera visita, sin duda porque todas mis energías estaban concentradas en las aves y el nido que ellos estaban construyendo entonces.

Instantáneamente se me ocurrió que este nuevo nido podía contener pollos, y que en ocasión de nuestra primera visita ¡yo había ido al nido equivocado! Lo mismo pensaron mis compañeros, puesto que nosotros habíamos observado las aves volando entrando y saliendo del primer nido y nunca habían mostrado inclinación alguna por visitar el segundo.

Mis sospechas se vieron reforzadas al observar el gran ave de pie sobre el borde del nido y, juzgando por sus movimientos y actitud, aparentemente dedicada a alimentar a sus pollos. Entonces entró en el nido y desapareció de la vista, sin duda, pensamos, que echándose sobre los pollos. Unos minutos después se levantó y sacó la cabeza fuera de la cueva y pudimos ver claramente el fiero ojo y el brillante colorido de cabeza y garganta. Entonces levantó el vuelo y se fue.

Pronto apareció el otro adulto y planeó inquieto por la cara del cortado, evidentemente alarmado por nuestra presencia cerca de sus dominios.

No era necesario observar más, ya que no había nada más que pudiéramos descubrir del contenido del nido salvo realizando una visita al mismo.

En cuanto a la posición del nuevo nido, estaba en una pequeña cueva aparentemente casi idéntica en forma y tamaño a la del primer nido, y en una situación prácticamente igual, pero parecía más accesible. Desde el punto donde el peñón surgía de la

hendidura corrían dos terrazas, la primera, la mayor, era la que habíamos atravesado en nuestra primera visita, mientras que la segunda, que era mucho más pequeña, de hecho un mero saliente inclinado, subía fuertemente unos 60 pies (18 metros) hasta un punto a unos 30 pies (9 metros) por debajo del nuevo nido, que por comodidad de referencia llamaré Nido nº 2. El cortado en que estaba el nido, aunque pequeño, estaba extraplomado y era claramente inescalable desde abajo.

A unos 130 pies (40 metros) por encima del nido había algunas rocas aserradas como dientes sobre una terraza pendiente, y resultaba evidente que sería posible ser descolgado desde este punto, suponiendo que fuera accesible. Aquí estaba nuestro problema, ya que por encima había otro gran cortado de otros cien pies (30 metros) de altura al menos, y otros cortados más por encima de éste. Realizar un descenso desde tal altura hubiera significado horas de trabajo, y todavía resultaba dudoso el que los 300 pies (9 metros) de cuerda que teníamos con nosotros hubieran bastado. Nuestras esperanzas estaban en poder escalar el escarpado cortado que formaba un lado de la hendidura y así, por un atajo, ganar las peñas aserradas que había encima del nido. Así pues, comenzamos a subir el gran peñón, y cuando habíamos ascendido unos 180 pies (51 metros) a partir de la base de la hendidura escalamos la pared a nuestra derecha (el lado lejano desde el nido) hasta que ganamos un punto al mismo nivel que el nido, que estaba ahora a menos de 40 yardas (36 metros) de nosotros.

Con el aneroide medí que estaba a unos 260 pies (80 metros) por encima de nuestro punto de partida y, en consecuencia, unos 10 pies (3 metros) más alto que el primer nido. Volviendo a la oscura hendidura, nos arrastramos hacia arriba por ella otros cien pies (30 metros), y entonces nos detuvimos, mientras que nuestros dos ex-cabreros habían sido enviados a explorar hacia arriba y tratar de encontrar una posible ruta. Lo hicieron admirablemente y pronto estuvimos reunidos en

un punto a unos 360 pies (110 metros) de altura (como comprobé por el aneroide), y a solo unos 100 pies (30 metros) por encima del nido.

Pero estábamos en una posición de lo más difícil y peligrosa; he descrito ya los estratos inclinados que formaban la montaña en este punto. Ahora nos encontrábamos sobre rocas desgastadas y fracturadas que caían, en un ángulo de 45 grados, hacia el borde del cortado de los quebrantahuesos, por debajo de nosotros. A un lado teníamos unos 100 pies (30 metros) de peñas desprendidas que habíamos escalado utilizando los salientes estratificados como escalones, mientras que en el otro lado, una pared de roca cerraba nuestro paso.

Entre los estratos había tierra húmeda y una profusión de hierbas mezcladas con fragmentos sueltos de roca del estrato principal, producto de la acción del sol y la helada. Por allí encontramos un paso y, asegurándome con una vuelta de cuerda, trepé cuidadosamente hasta el borde del cortado con la música del sonido producido por el suelo suelto y las rocas que se desprendían conforme lo hacía. Asomándome sobre el borde vi una pequeña repisa a menos de 40 pies (12 metros) por debajo de mí, con un acebuche que crecía en su extremo. Yo sabía que este árbol estaba exactamente sobre el nido, y también sabía que la roca sobre la que crecía estaba extraplomada. A la izquierda del árbol (mirando al acantilado) había una conveniente barranca cubierta de hierba que caía en pendiente, con rocas aserradas que surgían en líneas paralelas. Esto ofrecía el camino más seguro de descenso y la posibilidad de rodear la roca extraplomada.

Volviendo hacía mis compañeros, les expuse el "plan especial". Puesto que el lugar era particularmente peligroso decidí utilizar dos cuerdas. Así, atando el centro de nuestro rollo de 300 pies (90 metros) a una conveniente peña y, lanzando el extremo sobre el cortado, me ajusté el arnés y la cuerda y me descolgué desde el borde. Apenas lo había hecho ¡cuando comenzaron a desmenuzarse y a moverse diversos fragmentos de la superficie

de la roca por encima de mí! Yo estaba preparado para esto. Con la ayuda de la cuerda de seguridad fui rápidamente suspendido y procedí a hacer caer las rocas sueltas. Se desprendió una avalancha de roca y tierra muy negra. Cuando todo estuvo limpio fui descolgado paso a paso, apartando todas las rocas sueltas conforme avanzaba. Para protegerme algo de las piedras que caían había rellenado mi sombrero con ramas cortas de brezo antes de empezar, y estuve acertado en hacerlo, ya que de vez en cuando la cuerda desprendía pequeños fragmentos de arriba.

Pero ahora me encontré con otro problema, la cuerda, al soportar mi peso, se introdujo por las estrechas fisuras entre los estratos y, no solamente desprendía más piedras, sino que amenazaba con atascarse. Por último, alcancé el borde del estrechamiento, estaba solo a 60 pies (18 metros) de mi grupo pero cada paso había sido una fuente de ansiedad para todos nosotros.

El cortado ahora era vertical, me deslicé sobre él y me encontré pronto al mismo nivel del gran nido, a unos 10 pies (3 metros) a su izquierda. Era imposible acercarme más, pues yo dependía totalmente de la cuerda. Por encima del nido estaba la roca extraplomada y parecía que había una posibilidad de columpiarme por debajo de ella si era capaz de coger mi cuerda de seguridad, guiada directamente desde arriba. Una vez más fui izado, y volví hasta el acebuche. Suspendiendo mi cuerda de seguridad le di la vuelta sobre el tronco del árbol, y la dejé caer sobre el cortado. Entonces, sujetándola, ordené "Bajar" y descendí como antes con mi peso sobre la cuerda a la que estaba atado, pero manteniendo la tensión sobre la cuerda que daba la vuelta al acebuche. Así, gradualmente, me desplacé hacía el nido y conseguí agarrar una roca saliente a la entrada de la cueva, impulsándome hacia el interior. Se puede juzgar mi sorpresa, desengaño y desmayo ¡al encontrar de nuevo el nido vacío!

Era exactamente igual que el primer nido, una gran masa de palos con un espeso forro suave de lana de oveja y pelo de

cabra. En el centro yacía un montón de lana negra de cordero, el objeto misterioso que yo había visto desde lejos llevar el ave a su nido.

El porqué estas aves repararon y forraron un segundo nido en esta época no lo sabré nunca, ya que no pude hacerle otra visita. Alguien podría imaginar que había alcanzado mi límite de decepción y amargura, pero no era así. Al menos podía tomar una foto de la cueva y el inmenso nido. Para ello necesitaba más cuerda que me permitiera desplazarme al interior y conseguir un punto favorable, así que ordené a los de arriba "Bajar", pero no obtuve respuesta. Repetidos silbidos no produjeron efecto, y oí sonidos indistinguibles como respuesta, así que comprendí que algo iba mal y que una vez más la cuerda estaba atascada. ¿No iba a tener fin mi mala suerte?

De pronto me acordé que, probablemente, al lanzarme hacia el nido con la cuerda de seguridad, había llevado la cuerda de descenso hasta una de las estrechas fisuras entre los estratos verticales y la había atascado. Así fue. Por tanto dando un fuerte golpe de silbato "Sujetar fuerte" solté la cuerda de seguridad y me volví a columpiar sobre la otra, que al soportar todo mi peso noté que cedió, y así supe que se había soltado. Mirando hacia abajo vi mi cuerda de seguridad, que estaba tocando el saliente a unos 30 pies (9 metros), y ordené "Bajar". Tras colgar unas cuantas yardas, porque el cortado estaba extraplomado, aterricé sin novedad en el saliente. Desde aquí me dirigí hacia abajo hasta el canchal, y luego hasta los mulos, donde nos fuimos reuniendo todos con tanto estoicismo como pudimos.

Felizmente nuestros problemas y desgracias de este día fueron olvidados, en buena parte debido a otros asuntos de absorbente interés. Uno de los grandes atractivos de la búsqueda de aves salvajes en sus dominios, especialmente en un país agreste como España, son las innumerables compensaciones posibles que de vez en cuando se pueden presentar para colmar

los sentimientos heridos y hacer olvidar a uno la decepción de un fracaso como el que acabo de describir.

En el camino de vuelta de la segunda e infructuosa expedición al cortado de los quebrantahuesos, tuve la gran suerte de presenciar una exhibición de los hábitos y costumbres de estas aves que entra dentro del grupo de los muy escasos.

La mayoría de la gente que ha leído sobre aves, sabe que a esta especie se le atribuye la costumbre de transportar en el aire a gran altura los huesos más grandes de los animales muertos, y dejarlos caer sobre alguna roca con el propósito de romperlos y llegar así al tuétano. De aquí que el ave tenga tal nombre en español de *quebranta-huesos*. Tan familiar es esta costumbre para todos los que viven en las zonas donde se encuentra que no he intentado imponer mis experiencias sobre la misma a los lectores de este libro, ya que durante años ha sido para mí muy cierto, el que el quebrantahuesos rompe los huesos dejándolos caer desde la altura.

A pesar del hecho de que esta curiosa costumbre ha sido aceptada por muchos autores sucesivos, en uno de los más recientes libros sobre ornitología, publicando en 1907, "La Fauna de Sudáfrica", vol. IV, de W.L. Sclater y A.C. Stark (El Dr. Stark murió por un obús boer durante el sitio de Ladysmith) me sorprendió ver que esta costumbre de romper huesos es atribuida tan sólo a un ejemplar conocido. Pero ello no era todo, ya que en "Notas sobre Aves Indias", de Allan Hume, se describe cómo el quebrantahuesos ha sido observado llevando huesos hasta las alturas y dejándolos caer, pero no había una prueba positiva de que esto lo hacía con un propósito fijo, ya que los que lo observaron no vieron al ave completar la operación, descendiendo a comer los huesos fracturados. Yo no tengo la menor duda, pues esta costumbre del quebrantahuesos ha sido descrita por otros mucho más competentes que yo, pero como esas citas son, al parecer, poco accesibles (de hecho yo no encuentro ninguna en

ninguna biblioteca), me aventuro a describir lo que vi en este octavo día de abril de 1906. (1).

Puedo decir que, en el sur de España, el nombre de quebrantahuesos es bien conocido por todos los que viven en la sierra pero, en las grandes áreas donde el quebrantahuesos es escaso, el nombre se aplica a su pequeño pariente el buitre egipcio o alimoche. Al alimoche, sin embargo, nunca se le ha atribuido el romper huesos de la forma que lo hace el quebrantahuesos.

Repetidamente durante mis andanzas, los cabreros y otros me han mostrado lugares que frecuentaba el quebrantahuesos para llevar a cabo su reconocida práctica de romper los huesos y, una y otra vez, al visitar estos lugares, he encontrado el miembro seco y putrefacto de una cabra u oveja.

Pero hasta ahora nunca había presenciado los métodos adoptados por estas aves.

Volviendo a nuestra experiencia; habíamos enviado nuestros mulos a casa bajando el pendiente valle que habíamos seguido en el viaje de ida por la mañana, y habíamos seguido un sendero a lo largo de una gran sierra con grandes cortados, por si encontrábamos algo de interés.

De vez en cuando veíamos quebrantahuesos muy altos, hasta seis aves solitarias y dos veces una pareja, probablemente la del nido que habíamos visitado.

En cierto momento vimos un ave sola volando quizás a unos 2.000 pies (600 metros) de altura, y llevando un objeto largo, considerablemente más largo que la larga cola en forma de cuña del ave. Observé con el telescopio que se trataba del miembro posterior de algún animal grande.

El ave lo agarraba con su pata derecha, justo por debajo del corvejón, y tras observarlo dar vueltas en lo alto durante algunos minutos dejé mi lente e hice un boceto a lápiz de lo que había visto, del cual he dibujado el que se representa en la página siguiente.



Quebrantahuesos en acción. De un boceto realizado segundos antes de dejar caer la pata.

Apenas lo había completado cuando el ave dejó caer el objeto. Iba acompañado por el difunto Mr. Edward Hunt, Ingeniero Jefe del Ferrocarril Algeciras-Bobadilla, y observamos el objeto caer dando vueltas unos 1.500 pies (450 metros) hasta estrellarse sobre una terraza horizontal de caliza, por debajo de nosotros. El fuerte golpe resultó audible claramente desde nuestro puesto, a un cuarto de milla de distancia (450 metros) y quizás a 200 pies (60 metros) por encima del lugar donde golpeó. Casi inmediatamente el quebrantahuesos se lanzó hacia abajo y, tras uno o dos picados descendientes, se posó cerca del objeto. Con mi telescopio lo observé tirar del miembro durante unos minutos y comer de él. Luego lo agarró, esta vez con su pata izquierda, de nuevo justo debajo del corvejón y echó a volar. Se notaba claramente que el miembro era mucho más corto que antes, como si el fémur hubiese sido arrancado de él. Hice un segundo dibujo del ave cuando estaba en lo alto por encima de nosotros, que aparece al final de este capítulo.

Pronto descendió y se posó en una peña a unos cientos de yardas de nosotros, donde empezó a picotear la extremidad. Después de cierto tiempo echó a volar de nuevo, esta vez sin la presa, pero en lugar de volar hacia arriba, descendió a un valle a unos 300 pies (90 metros) por debajo de la terraza rompehuesos, y se posó. Lo observé con mi lente caminar hasta el cadáver de un ternero y comenzar a desgarrarlo. Pronto se le unió un joven alimoche, haciéndose entonces muy notable la gran diferencia de tamaño entre las dos aves. El alimoche no pareció estar alarmado en presencia de su gran pariente pero de vez en cuando recibía tirones y picotazos. Después de cierto tiempo el quebrantahuesos se levantó y voló, dejando al alimoche en posesión del lugar. Desde la terraza que estábamos recorriendo había una bajada muy pendiente hasta la meseta rompehuesos y llegar allí significaba volver sobre nuestros pasos durante una milla o más, así que decidí, con pesar, marcharnos sin visitar el lugar.

Un cabrero que venía con nosotros aseguraba que era uno de los lugares favoritos de las aves para dejar caer los huesos, y no tengo duda de que estaba en lo cierto.

El agudo sonido cascado que hace el impacto del hueso sobre la roca es un ruido inconfundible, y recuerdo momentos anteriores a lo aquí narrado, cuando lo he oído mientras escalaba en una sierra frecuentada por quebrantahuesos y los hombres que me acompañaban apuntaban la causa, en la que en aquel momento yo no creía. Desde entonces lo he oído dos o tres veces, pero nunca antes ni desde entonces he presenciado de tal forma las tres fases de elevar el hueso, dejarlo caer y bajar para comer de él.

En los nidos que he visitado he encontrado fragmentos de extremidades de ovejas, cabras, burros y otros animales, con los huesos de la tibia o fémur fracturados y astillados saliendo al exterior del seco pellejo que cubría la parte inferior. De ninguna otra manera, excepto por la caída desde lo alto, podrían haberse roto estos pesados huesos de tal forma ya que, por muy fuerte que sea el pico del quebrantahuesos, no es lo suficiente como para quebrarlos.



CAPÍTULO X

EL QUEBRANTAHUESOS (Continuación)

Tercera Expedición - Derrotados por el mal tiempo - Cuarta expedición - Observación del ave en el nido - Aspecto feroz - Subida al cortado y descenso - Una agonía de temores y esperanzas - Alcanzando el nido - Un joven quebrantahuesos - Descripción de la cueva y el nido - La despensa del quebrantahuesos - Fotografiando al joven - Una situación ajustada - Ataque a la cámara - Dejo el pollo y desciendo - Comportamiento tímido de los padres - Quinta expedición - Un panorama maravilloso - Un reducido equipo de descenso - Una falsa bajada - Vuelta a subir - Un momento depresivo - "Ahora o nunca" - De nuevo soy bajado - Alcanzando el nido - ¡Por fin! - Una cueva terriblemente desagradable - Una bajada difícil - Carretes defectuosos - Premio de consolación.



Alrededor de la primera semana de febrero del año siguiente organicé, una vez más, una expedición para visitar a los quebrantahuesos en su territorio.

El día anterior a nuestra partida había sido bueno, pero había unas nubes bajas deslizándose por las cumbres y otras señales de que se acercaba mal tiempo. A la luz del día pesadas nubes deshilachadas cubrían toda la parte superior de la sierra. Si hubiera podido habría cancelado la expedición, pero mis amigos, de los que

dependía enteramente para manejar las cuerdas, sólo podrían faltar un tiempo limitado, y así, aún en contra de lo que me parecía más adecuado, partimos. Cuando estábamos a menos de 1.000 pies (300 metros) por encima del nivel del mar, penetramos en las nubes y llegó la lluvia, que persistió tres días y tres noches. Llegamos hasta una distancia de medio día a caballo de nuestro cortado, pero estaba absolutamente fuera de consideración seguir adelante entre los precipicios así que, forzosamente, tuvimos que retirarnos desconcertados. Nuestra vuelta, a través de las montañas, no careció de aventura ya que todos los arroyos iban desbordados.

A pesar de esta tercera negativa yo estaba aún ansioso por conseguirlo, ya que pensaba que nadie más podría llegar al nido. Si yo daba suficiente tiempo a las aves antes de volver al ataque, ellas podrían sacar su pollo y yo sería recompensado, al permitírseme fotografiar el pollo de quebrantahuesos en su nido. Esto me sonaba en cierto modo a contar con el pollo antes de tiempo, pero por lo que yo había visto de los quebrantahuesos el año anterior, y por lo que yo sabía de sus costumbres, siempre y cuando no fueran molestados, estaba seguro de que de nuevo habrían criado en el mismo cortado este año. Calculaba que volvería a visitar el lugar en unas cuatro semanas pero, debido al mal tiempo en la sierra, pasaron siete semanas antes de que, una vez más, me encontrase cerca del gran cortado.

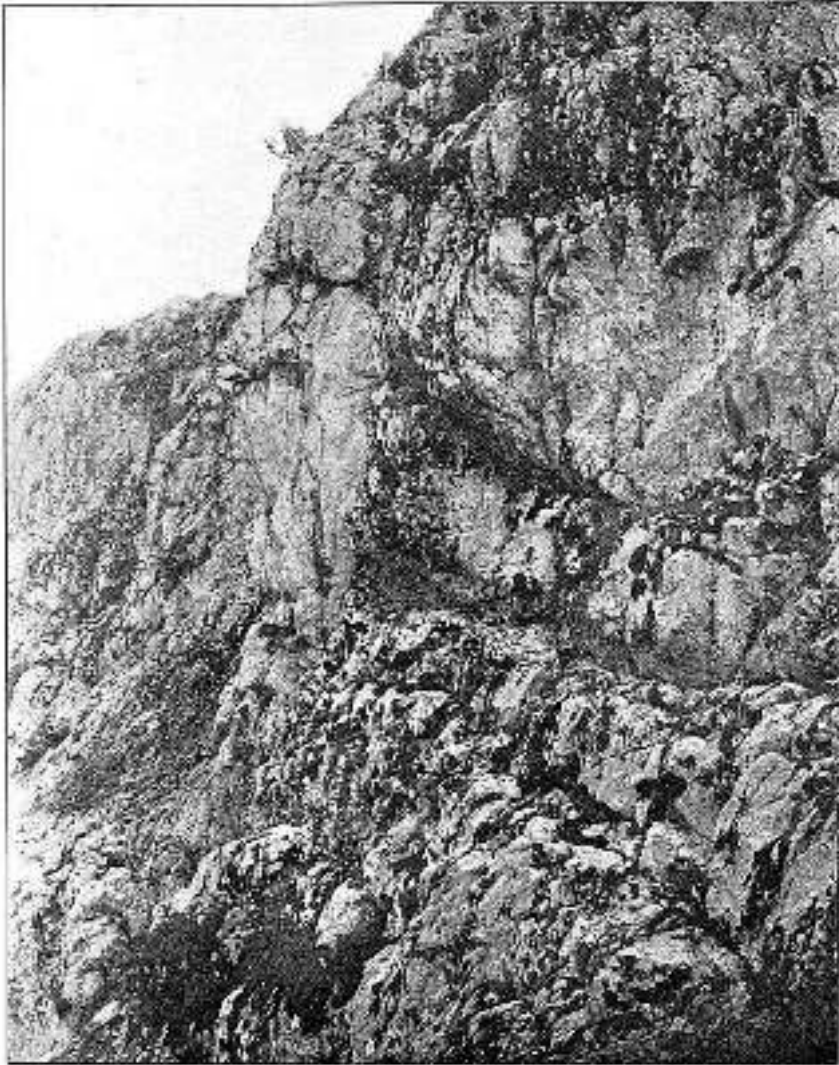
Era una buena mañana de abril aunque fría, era muy temprano cuando cabalgábamos desde el punto donde habíamos pasado la noche antes, continuando nuestro camino montaña arriba. Tras unas cuantas horas llegamos a nuestro viejo punto debajo del nido. El frío era intenso y encendimos una gran hoguera para calentarnos mientras observábamos los paredones. Mientras estábamos en ello un quebrantahuesos llegó volando por encima de nosotros, muy bajo y volviendo su cabeza ansiosamente hacia el cortado y hacia nosotros, alternativamente,

conforme pasaba. Entonces estuve convencido de que el nido debía de estar ocupado.

Y no estaba equivocado ya que, inmediatamente después, la cabeza de un quebrantahuesos había aparecido espiándonos por encima del borde del gran nido, que por cuestión de orden he llamado "Nº 2" en el capítulo anterior. Con el telescopio resultaba tan fácil ver el ave como si la tuviera a mano. Seguramente nunca un ave me pareció tan salvaje, con sus crueles ojos naranja pálido rodeados de carmesí fijados en nosotros, las "cejas" negro azabache y el "bigote" (resulta así poco científico pero expresa exactamente la apariencia general) así como la peluda barba negra, que parecía diseñada para darle al ave un aspecto de malevolencia y ferocidad que, ciertamente, no se merece. Las apariencias están, ciertamente, en contra del quebrantahuesos ya que, a pesar de su conducta aparentemente salvaje, muestra mucha más confianza en el hombre que los buitres leonados, como demuestra su elección de anidar a veces en lugares próximos a viviendas humanas. Por otra parte, a pesar de todo lo que se cuente, el quebrantahuesos se espanta más fácilmente que el buitre leonado cuando uno se acerca a su nido; simplemente levanta el vuelo y se aleja sin preocuparse de la suerte que pueda correr su pollo, resultando en este aspecto mucho más parecido a su pequeño pariente el alimoche. Las experiencias que narro a continuación, que deben ser tomadas como típicas, creo que lo demuestran.

Tras observarnos atentamente por un tiempo el adulto bajó la cabeza y se perdió de nuestra vista. Yo estaba seguro que el nido contenía pollos y, de acuerdo con ello, hicimos nuestros preparativos. Como anteriormente, ascendimos por el canchal y, llegados al punto donde se iniciaba el canalizo escalé la pared por su lado más lejano, hasta el nivel del nido, tomando la foto de la peña que se reproduce en la página siguiente. Mientras lo hacía, el adulto, oyendo los chasquidos de nuestros pies sobre las piedras sueltas, sacó la cabeza de nuevo. En esta ocasión estaba a

tiro nuestro y todos tuvimos otra oportunidad de admirar su espléndido colorido. Su siniestro aspecto cuando arrancó el vuelo fue algo para recordar.



El cortado del quebrantahuesos (Nido nº2)
(las flechas indican la exacta posición del nido)

En la citada foto se indica la posición exacta del nido en el lugar donde se cruzarían las flechas de arriba e izquierda de la foto. Inmediatamente por debajo del nido y algo más abajo del centro de la foto hay una pequeña cornisa sobre la que había algunos palos y piedrecillas caídas desde el gran nido. Desde esta cornisa discurre el escalón de roca por el cual salí con ocasión de mi visita del año anterior. Como se apreciará, resulta algo difícil desplazarse por ésta a medida que se acerca al borde derecho de la foto y por ello descendí hasta la repisa inferior que se une al canalizo a unos pocos pies por detrás de la esquina inferior derecha (ver también Vista General de la pág. 514). Una inspección minuciosa hace posible identificar el acebuche, que supone un punto de conexión tan importante para alcanzar este nido. Cae cerca de la parte superior de la fotografía, justo por debajo de la flecha superior. El nido nº 1 no es visible en la fotografía, estando escondido por el gran bastión calizo que ocupa el centro de la imagen.

Fue emocionante escalar el canalizo contiguo que queda por encima del canchal; en algunos lugares la caliza estaba tan resquebrajada y suelta que causaba preocupación a los que venían escalando debajo de nosotros. Pronto nos encontramos sobre la misma terraza saliente inclinada del año anterior y procedimos a llevar a cabo el mismo plan para descender. Atando mi cuerda de 300 pies (90 metros) por su centro a la peña, de nuevo dejé caer una de sus partes hasta el acebuche. Advertido por la experiencia del año anterior, fui extremadamente cuidadoso en vigilar por donde iba mi cuerda y cómo iba el desprendimiento de rocas sueltas y piedras, y fue muy afortunado el que lo hiciera así, ya que encontramos todo el saliente del cortado en un estado de desintegración todavía mayor que el año anterior debido a las fuertes y recientes lluvias. Finalmente, despejé un paso razonablemente seguro y fui descolgado hasta el acebuche; entonces pasé mi cuerda de seguridad a su alrededor y, soltándola, descansé mi peso sobre la cuerda de bajada e hice la

señal decisiva. Conforme me dejaba caer desde el borde y me arrastraba hacia abajo por la superficie húmeda y resbaladiza del cortado, confieso que experimenté una perfecta agonía de temores y esperanzas. ¿Estaría el nido ocupado o no? Llegando a la peña extraplomada me impulsé hacia el interior y, cuando estuve enfrente del nido, miré al interior y ¡no vi nada dentro de él!

Se trataba de la misma gran estructura de palo del año anterior, forrada ampliamente con fuerte lana de oveja de color marrón y pelo de cabra. Inmediatamente después detecté, a menos de cuatro pies (1,20 metros) de mí, aplastado entre la lana marrón, un gran pollo de idéntico color al del nido, echado inmóvil con la cabeza y el pico descansando sobre la espesa masa de lana que tenía enfrente.

¡Mi reacción fue indescriptible! Balanceándome hacia el nido avisé de que me dieran más cuerda y me arrastré al interior de la cueva que, como se verá, era un lugar difícil y estrecho.

Aunque la entrada de la cueva tenía seis pies (1,80 metros) de altura, el techo caía hacia abajo, de manera que el interior no estaba ni a dos pies (60 centímetros) por encima del nido. La profundidad total era de unos 4 pies (1,20 metros) y la anchura de 6 pies (1,80 metros). Agachado en el extremo interior de la cueva, para evitar el riesgo de caerme, me dispuse a examinar el lugar. El nido medía casi exactamente cuatro pies (1,20 metros) de diámetro, con un hueco de 18 pulgadas (45 centímetros) de ancho en la parte más interior. El pollo era del tamaño de un pato doméstico y estaba cubierto de un espeso y cerrado plumón, de color ocre pálido, salvo en la cabeza que era de un color sepia intenso. Las plumas primarias y la cola estaban justo emergiendo de sus cañones y eran de un marrón muy oscuro, de una media pulgada (1,20 centímetros) de longitud, mientras que en la zona escapular mostraba dos líneas de plumas oscuras más cortas. El iris era de un marrón pálido sucio, con el pico y los pies color cuerno. Esperaba ver un ave con un ojo vivo, pero era exactamente lo contrario, era sorprendente la palidez y la falta de

lustre que tenía. Todo el tiempo que lo estuve observando mantuvo un continuo y rápido guiño que auguraba el fracaso en la fotografía.

Pero lo que más me impresionó fue todo lo que rodeaba al pollo que, para mí, era novedoso por completo. Junto a la masa de palos y pequeñas ramas de matorral seco que formaban el nido había varios fragmentos cortos de cuerda vieja, y un perfecto "Gólgota" de restos de animales. A unas seis pulgadas (15 centímetros) del pico del ave había una pata de ternero cortada por encima del corvejón y cerca de esta una pata de burro con el corvejón, mientras que en todo alrededor había muchas partes de patas de ovejas y cabras de varios tamaños. Toda la parte exterior del nido estaba sembrada del revestimiento córneo de las pezuñas de cabras y ovejas, algunas de considerable antigüedad. Una extremidad de una gran cabra resultaba particularmente interesante ya que mostraba los hábitos y costumbres de estas aves. Era una porción de una pata trasera con la pezuña intacta y con el fémur roto y astillado por la mitad. La piel había sido vuelta limpiamente hasta debajo del corvejón y el hueso limpiado con el pico. Curiosamente no había ningún olor apreciable en el nido, con los horripilantes restos bien frescos como en el caso de la pata del burro, o secos.

Habiendo satisfecho mi curiosidad al máximo, y tomando notas de todo lo que vi, empecé a preparar la fotografía del nido. Aquí me encontré con una dificultad inesperada, aparte de la corta distancia disponible, ya que el techo estaba tan bajo que apenas podía mirar con dificultad a través del visor. También, dondequiera que me agachaba, bien mis pies o bien mis rodillas ¡se interponían en la foto! Pronto me di cuenta de que solamente era posible fotografiar el nido y el pollo desde un lado, es decir, donde yo estaba agazapado. Por suerte, en un extremo de la cueva había una pequeña fisura hacia el corazón de la roca y, metiendo mis pies en ella y apretándome en el más reducido espacio posible, me fue posible trabajar con la cámara.

He tenido muchas experiencias curiosas fotografiando nidos de aves, pero ésta fue una de las más sorprendentes de las muchas situaciones difíciles en que me he encontrado. A mi derecha, entre mi cuerpo y el borde del cortado, había un saliente inclinado de roca desde cuya parte más posterior podría colocarme a apenas 3 pies (90 centímetros) de distancia. La cámara que yo tenía era la vieja Kodak N° 3, en la cual la apertura más pequeña era igual a F/32. Tras muchos inconvenientes conseguí apoyar la cámara firmemente en el saliente. Pero todos los intentos de mirar por el visor fueron impedidos por una roca particularmente saliente contra la cual golpeaba mi cabeza en vano. Así que tuve que contentarme con dirigir la cámara hacia el objetivo a ojo, y presionando el obturador, le di una exposición de 40 segundos.



Pollo de quebrantahuesos fotografiado a unos 60 cm. de distancia.

Todo parecía tan imposible e incierto que decidí no arriesgarme a malgastar más película de esta manera.

Antes de comenzar con las lentes de aproximación giré suavemente la cámara para tomar la parte delantera del nido y el perfil de la cara del cortado al otro extremo de la cueva. Hice bien, ya que a mi vuelta a Inglaterra me fue posible unir estas dos fotografías con una tercera y retocar las uniones con el resultado que se puede observar en la ilustración de la página 503. Puedo decir aquí que esa es la única foto compuesta de este libro, y creo que se debe considerar las peculiares circunstancias del caso para justificarla. Si el resultado no es muy artístico sólo puedo alegar su absoluta realidad y que representa lo más aproximadamente posible lo que vi cuando estaba agazapado en la cueva.



Pollo de quebrantahuesos fotografiado a unos 45 cm. de distancia.

Después decidí tomar alguna foto del ave a una distancia más conveniente, así que ajustando mi lente de aproximación de 24 pulgadas (60 centímetros), apoyé mi cámara en la roca a esa distancia de su pico y comencé a trabajar.

De las tres fotos tomadas a esta distancia dos resultaron bastante buenas. En todos los casos intenté de 34 a 40 segundos de exposición. Una vez que la cámara se deslizó de su precario apoyo en el saliente inclinado, la película se echó a perder.

Entonces reemplacé la lente de 24 pulgadas (60 centímetros) por una de 18 (45 centímetros) y suavemente empujé la cámara 6 pulgadas (15 centímetros) más cerca. El primer intento fue tan bueno que induje a mi objetivo a que permaneciera quieto unos 35 segundos con el resultado que se muestra en la página anterior.

Un segundo intento no fue tan feliz, ya que después de veinte segundos tuve que cerrar el obturador rápidamente cuando el ave comenzó a moverse y, levantándose, se echó de nuevo para mostrarme solamente su severa mirada.

Entonces cometí la equivocación de intentar hacer girar a mi recalcitrante modelo. Se levantó lleno de cólera y produjo un grito gutural muy parecido al del pollo de buitre leonado. Yo estaba preparándome para lo peor cuando, para mi tranquilidad, se calmó mirándome desconfiadamente. Una vez más me puse a trabajar con la cámara, pero en el momento de presionar el disparador se levantó y avanzó hacia delante hasta acercarse a un pie (30 centímetros) de las lentes. Se calmó de nuevo, mirándolas ferozmente; yo mantuve la película en exposición aunque el ave estaba obviamente fuera de foco, pero en unos veinticinco segundos su paciencia se acabó y, con determinación, hizo intento de agarrar la molesta cámara que tenía enfrente, así que tuve que cerrar el obturador. El resultado, como se puede esperar, no fue muy bueno pero estuvo bien, teniendo en cuenta la peculiaridad de las circunstancias.

De nuevo volví a la lente de 24 pulgadas (60 centímetros) y tomé tres fotos más, en dos de las cuales el ave ciertamente molesta, salió movida. La tercera era buena y, además, me proporcionó una buena vista del techo de la cueva que, tal como



Pollo de quebrantahuesos atacando a la cámara. Fotografiado a unos 30 cm. de distancia.

vinieron las cosas, resultó extremadamente útil para mí cuando luego me dispuse a componer la foto más grande del nido.

Eran casi la una y media y yo había estado agazapado en la cueva durante más de ochenta minutos. Tenía que decidir ahora el destino de la joven ave que me hubiera gustado mucho llevar a mis aviarios de Inglaterra. Estaba en esa edad en que el peligro de calambre podía ser desechado pues sus cañones estaban saliendo bien. Pero entonces recordé que aún no tenía el huevo del quebrantahuesos en mi colección, el único huevo de todos los de

las grandes rapaces que habitan regularmente en España que no había tomado con mis propias manos, y por tanto decidí dejar al pollo sin molestarlo, con la esperanza de que, haciéndolo así, sus padres serían inducidos a criar de nuevo en el mismo cortado el año siguiente.

Así que recogí mis cosas y, tras avisar a mis muy sufridos y medio helados amigos de arriba, tensé la cuerda y me descolgué sobre el saliente a 30 pies (9 metros) por debajo, aterrizando en el borde exterior del mismo. Antes de abandonar el nido había lanzado unas cuantas extremidades de cabras y otros animales para mostrar a mis compañeros, pero casi todos habían rebotado del saliente donde golpearon y cayeron 150 pies (46 metros) o más, una buena prueba de la vertical y extraplomada naturaleza del cortado, ya que el saliente bajo el nido era muy ancho.

Durante todo el tiempo que estuvimos ocupados en escalar (unas dos horas y media) ninguno de los quebrantahuesos adultos se acercó por el nido, una conducta bien distinta de la de los buitres leonados en tales circunstancias. Poco después de reunirnos con nuestros mulos, uno de los adultos volvió y entró en el nido. Como estaba ansioso por tomar una instantánea del ave saliendo, escalé de nuevo hasta el punto desde donde había fotografiado el cortado por la mañana. Conforme lo hacía, suavemente se deslizó fuera del nido antes de que yo pudiera poner mi cámara en acción. Entonces me oculté durante una hora en una cueva de por allí, esperando a que volviera, pero no estaba por la labor de dejarse engañar y, finalmente, me reuní con mis compañeros.

Cuando bajábamos la montaña se podían ver ambos adultos volando en círculos sobre el cortado y se les unió luego una tercera ave. En nuestro camino de vuelta a casa vimos otra pareja de quebrantahuesos, uno de los cuales llevaba una extremidad de algún animal en su pata izquierda. Así terminó nuestra campaña de 1907.

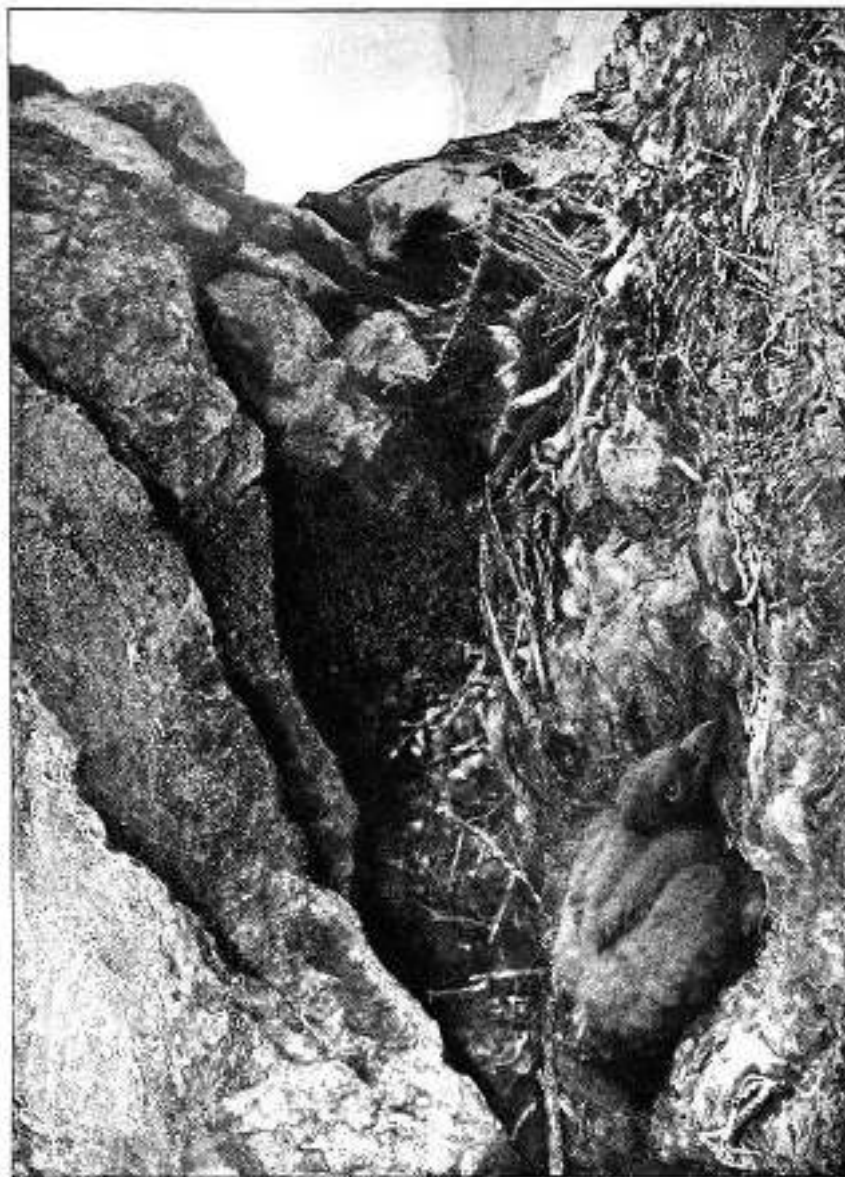
Durante la primera semana de enero de 1908, hice todos los preparativos para un nuevo ataque sobre el territorio de los quebrantahuesos, pero todo se retrasó más de seis semanas. Primeramente por el continuo mal tiempo y después por la dificultad de encontrar hombres de confianza para formar un equipo de bajada, ya que ahora tenía buenas razones para saber que se trataba de un cortado particularmente peligroso. Finalmente conseguí un equipo bajo el asesoramiento del Teniente de la Royal Navy Gerald Hamond, hijo de un antiguo colega, el difunto Comandante Robert Hamond, que había sido compañero mío treinta años antes en muchas expediciones en busca de nidos cerca de Gibraltar, algunas descritas en los primeros capítulos de este libro. Favorecidos por un tiempo espléndido finalmente el 16 de febrero nos encontramos inmediatamente debajo del famoso cortado. Estábamos bien seguros de que las aves estaban criando no lejos de allí, ya que enseguida vimos una de ellos en vuelo y resultaba casi cierto que su pareja estaba echada en el nido. Una cuidadosa inspección de los dos nidos con un telescopio nos mostró que el N° 1, el primero que habíamos visitado en 1906, estaba ocupado; mientras que el N° 2, el de 1907, estaba obviamente en un estado de deterioro y no ocupado. Tras disparar varios tiros de pistola con la esperanza de provocar que el adulto, si estaba en el nido, se hiciera presente, envié a uno de mi grupo a la terraza que estaba a 200 pies (61 metros) por encima de nosotros. Hasta que disparé dos veces mi pistola, cerca y por debajo del nido, a menos de 20 yardas (18 metros) del mismo, no se disipó nuestro suspense, al ver al adulto levantar su cabeza de repente y mirar hacia fuera. Después abandonó el nido y nos proporcionó una vista espléndida cuando pasó por encima de nosotros a la brillante luz del sol. No perdimos tiempo en subir por el canchal y el inclinado canalizo y llegar a la cumbre a 550 pies (168 metros) por encima del lugar donde estaban atados nuestros mulos; sólo nos detuvimos para recobrar el aliento. Era uno de esos peculiares gloriosos días de la

primavera temprana en el sur de España, y la vista desde nuestra posición era magnífica, lo que nos hizo detenernos por un tiempo antes de empezar a trabajar. Tan clara estaba la atmósfera que podíamos distinguir la relucientes aguas del Atlántico cerca del Cabo Trafalgar, a más de 50 millas (80 kms.) de distancia, mientras que hacia el oeste las grandes llanuras del Guadalete y del Guadalquivir, salpicadas de pueblos blancos aquí y allí, se extendían como otro océano, a 4.000 pies (1.200 metros) por debajo de nosotros.

Dejamos la cumbre e hicimos nuestro camino con cuidado, bajando por las pendientes y deslizantes laderas hacia el borde del gran cortado. Durante esta operación uno de los de mi grupo (no un marino) encontró las alturas más fatigosas de lo que él esperaba y lo dejamos atrás. Esto fue ciertamente desafortunado ya que, materialmente, se redujo la fuerza humana en la que estaban basados mis cálculos.

El viejo adagio de que las desgracias nunca vienen solas quedó bien probado en las siguientes operaciones. Entre aquella desolación de rocas dentadas y laderas pendientes y resbaladizas, que estaban coronadas de nieve cuando yo había visitado el lugar hacía dos años, no podía identificar con precisión el punto donde entonces había colocado a mi equipo de bajada. Así que, eligiendo lo que parecía ser el punto más bajo posible me coloqué mi arnés de lona y comencé a bajar. Muy pronto, tras haber colocado mi reducido equipo de bajada y, descendiendo unos 50 pies (15 metros), descubrí que estaba perdiendo mi dirección, inclinándome demasiado hacia la izquierda (mirando al cortado).

Mientras intentaba rectificar la cuerda hacia la derecha, para recobrar mi propia línea, un grito de aviso desde arriba me hizo mirar hacia allí y fue afortunado que lo hiciera, ya que mi cuerda estaba corriendo sobre una gran roca colgada sobre el borde del precipicio a unos 30 pies (9 metros) exactamente encima mía. Mi ayudante español, un antiguo cabrero y muy audaz escalador que había estado conmigo en diversas ocasiones



Pollo de quebrantahuesos en su nido. Montaje de tres fotografías.

bajó cuidadosamente y, cuando yo hube retrocedido unas cuantas yardas, empujó la roca de arriba, que cayó tronando cientos de pies. Despejado este peligro inesperado continué mi descenso hasta que alcancé el saliente cubierto de yerba que estaba inmediatamente encima de la famosa "alcachofa" descrita en el capítulo anterior.

Y entonces cometí uno de esos infortunados errores que, como tantos otros errores en la vida, al principio pareció no tener ninguna importancia pero que conduciría después a unos resultados muy complicados. En el intervalo de tiempo que había pasado desde que yo había estado la última vez en esta parte del cortado, había hecho muchos otros descensos y no estaba seguro de la línea exacta que había tomado para llegar al nido. También tenía aún vivos recuerdos de las dificultades y peligros del descenso en 1906, cuando la cuerda se atascó, y por tanto estaba ansioso de, en lo posible, encontrar un camino nuevo y más fácil para bajar. Así pues llamé al encargado de los mulos, a unos 400 pies (120 metros) por debajo, para preguntarle la posición exacta del nido y me indicó que me desplazara a la derecha (mirando al cortado) de la "alcachofa". Esto era tranquilizante, ya que aquí encontré una barranca de yerba que, aunque casi vertical y, obviamente resbaladiza, parecía infinitamente más atractiva que las rocas proyectadas al exterior inmediatamente por debajo de mí, de las cuales yo tenía tan desagradable memoria. Así que me deslicé dentro de la barranca e indiqué "Bajar", y descendí más de 80 pies (24 metros) agarrándome en vano a rocas sueltas, masas de saxífraga y otras plantas, todo lo cual se desprendía y desmoronaba en mis manos junto con una ducha de piedras y tierra negra. De pronto me encontré pasando junto a una gran masa de roca extraplomada, y supe que estaba por encima y muy cerca del nido. Tenía el silbato en la boca (como siempre en los momentos críticos) e hice sonar agudamente "Sujetar", con lo que soporté un tirón, columpiándome separado de la pared, y exactamente enfrente del extremo derecho del gran nido. Pero

estaba demasiado bajo como para poder mirar dentro del nido. Un empujón con el pie me lanzó hacia fuera, y conforme volví me agarré a la pared consiguiendo, por suerte, un buen agarradero. Todo lo que necesitaba ahora era un poco más de cuerda que me permitiera columpiarme al interior de nido. Así que silbé pidiendo más cuerda, pero no obtuve respuesta. Conociendo bien que era simplemente cuestión de tiempo el que mis fuerzas quedaran exhaustas, me esforcé por asegurarme al nido con el extremo de mi cuerda. Pero no encontraba ningún punto adecuado y todos mis intentos por conseguir un sólido agarre entre los grandes palos que formaban la base del nido daban como resultado el que me los traía hacia afuera ¡haciendo que se deslizara aquella parte de la estructura! Un dibujo de mi poco envidiable situación en ese instante se reproduce al comienzo de este capítulo. Entre tanto, mis potentes señales para que me largaran más cuerda eran ignoradas y llegué a la desagradable conclusión de que ¡debía de haber llegado al extremo de mi cuerda! Mirando hacia abajo podía ver la terraza, a sólo 50 pies (15 metros) por debajo de mí. Si pudiera descender hasta ella, conseguiría, alterando hacia la izquierda el tendido de la cuerda, volver a subir por la dirección correcta y entrar al nido por su izquierda. Cualquier cosa era preferible a intentar volver a ascender por aquella detestable garganta, con sus rocas sueltas y el baño de barro. Así que silbé una y otra vez pero sin resultado. ¡Sin duda debía estar al extremo de mi cuerda! Despacio, pero con toda seguridad, sentí que mi agarre se relajaba perdiéndolo finalmente y, entonces, me columpie hacia fuera con un horrible tirón. No había nada que hacer más que intentar volver a ascender. Para mi sorpresa mi señal de "Izar" fue esta vez respondida. Pero si la bajada había sido mala, mucho más desagradable fue la subida. No había ningún lugar donde agarrarse y todos los esfuerzos por mi parte por "aligerar la subida" resultaron en el desprendimiento de una nueva avalancha de piedras y escombros de todas clases. Subí espasmódicamente y

con mucho trabajo por la cuerda que se incrustaba profundamente en el blando suelo negro y en las grietas entre los estratos verticales. Cuando al final alcancé la parte alta de la barranca vi, para mi sorpresa, a mi cabrero sujetando la cuerda exactamente en el mismo lugar donde el Almirante Farquhar se había reunido conmigo hacía dos años. Pasó algún tiempo antes de que pudiera recobrar el aliento suficientemente como para discutir la situación, y cuando lo hice me explicó que había bajado puesto que mis señales no eran bien entendidas y temía que yo estuviera en serio peligro. Contento como estaba de verle sentí ciertas dudas al darme cuenta que el equipo de bajada se había quedado reducido ahora a Hamond y a otro. Pero no podía por menos que admirar el valor de mi cabrero que, fiel a las tradiciones de su clase, prescindiendo de las cuerdas, había descendido sin tocar la mía, por los sucesivos pequeños cortados de encima mío, deslizándose por las barrancas de yerba hasta el peligroso punto que ocupaba ahora. Lo que todo esto significa puede imaginarse en cierta medida a partir del dibujo del final del libro (pág. 513).

La penosa subida me daba mucho que pensar, y por un breve momento me afloró la pregunta: ¿merecía la pena? Mi reciente experiencia de ser izado por dos hombres era claramente desalentadora, y las perspectivas de otro descenso parecido y un camino de vuelta similar eran suficientes como para disuadir a cualquiera, con la única excepción de alguien del gremio de los buscadores de nidos, ebrio con la exuberancia de su afición.

Mi intrépido ayudante estiró el cuello sobre el abismo y murmuró "*Malo*"; era un hombre de pocas palabras y yo sabía bien lo que esa palabra conllevaba cuando él la pronunciaba, de modo que no me sentí muy alentado. Imaginé que había detectado en su impassible rostro una vaga expresión de contento, como de haberme convencido. La idea resultaba intolerable. Me pregunté qué me impedía seguir adelante, y la respuesta llegó pronto. "Si la cuerda no es lo suficientemente larga como para llevarte hasta la terraza de abajo, probablemente tú seas capaz de

volver arriba con sólo dos hombres izándote". Hay que recordar que en este momento, yo estaba seguro de que mi equipo de bajada estaba apostado tan bajo en el cortado como en 1906, y de aquí mi natural inquietud en cuanto a la longitud de mi cuerda. Además, mis recientes experiencias cuando estaba a nivel del nido apuntaban que la cuerda era demasiado corta. La situación era exasperante, ya que me daba cuenta claramente de que en todo caso era una cuestión de ahora o nunca en cuanto a lo referente a la consecución del ansiado huevo de quebrantahuesos. Entonces llegaba el recuerdo de la larga serie de fracasos que habían surgido ante todos mis esfuerzos por conseguir este huevo, que se habían prolongado durante más de treinta años. Y entonces me acordé cómo sólo un cuarto de hora antes había tenido mi mano en el codiciado nido. Mi ayudante había traído con él acertadamente un rollo de 100 pies (30 metros) de cuerda alpina ligera que, de alguna forma, aumentaba el alcance del equipo de bajada. La até a una roca conveniente y lancé el rollo al vacío, con la ferviente esperanza de que fuera suficientemente larga como para ayudarme en mi descenso y, en caso necesario, en mi subsiguiente ascenso. Entonces, agarrándome a la cuerda ligera fui descolgado 20 pies (6 metros) hasta el pequeño saliente verde a lo largo de la "alcachofa", desde donde tenía una buena vista del trabajo que tenía que hacer frente a mí. Inmediatamente debajo, el cortado descendía bruscamente unos 30 pies (9 metros) o más, hasta el redondeado peñasco que marcaba donde empezaba a ser vertical y en ciertos lugares extraplomado. Mi cuerda alpina caía derechamente hacia abajo y desaparecía de la vista por detrás del peñasco, y yo sabía que el nido no estaba muy lejos por debajo de aquel punto. La vista me inspiró cierta determinación, hice la señal de bajar y me deslicé rápidamente. La suerte estaba echada y pronto estaba yo agazapado sobre el peñasco y después colgando fuera de la pared. Otros cincuenta pies (15 metros) o así me llevaron frente a la cueva en el mismo punto de 1906. Comprobando mi descenso mediante la cuerda alpina, silbé

"Sujetar" y me tranquilicé al sentir la cuerda tensa. Llegué al techo de la cueva, que quedaba al nivel de mi barbilla. Agachando la cabeza y mirando al interior del nido, vi que esta vez contenía un gran huevo ricamente marcado con sombras de amarillo y marrón. ¡Por fin!

Mis problemas no terminaron ahí, ya que tenía gran dificultad para inducir a mis amigos de arriba para que me soltaran un poco de cuerda que me permitiera entrar en la cueva. Además, el techo estaba tan bajo y el suelo tan en declive que era necesario encogerse mucho para arrastrarse dentro y, habiéndolo hecho, evitar deslizarse fuera. Habiendo asegurado mi posición, procedí a examinar el lugar. El nido era idéntico al de 1906 y al de 1907 en cuanto a materiales, construcción y tamaño, pero mientras todos esos estaban escrupulosamente limpios, sin exceptuar el que tenía un pollo, el que yo ocupaba ahora se encontraba en un horrible estado de suciedad. De hecho nunca había visto -u olido- uno más desagradable, y me acordé de la descripción del Sr. Stark acerca de esta espléndida ave: "En alimentación, nido y emplazamiento del mismo, es simplemente como un gran alimoche". No obstante esta suciedad y olor a demonios, contenía el huevo que yo había venido a buscar y fotografiar. Luego descubrí un segundo huevo sobre la parte de atrás del nido, contra la pared de la cueva, roto en dos porciones grandes y varias más pequeñas. Las recogí con cuidado por si me fuera posible recomponer el huevo.

El trabajo de fotografiar este nido resultó particularmente improvisado y difícil, ya que el espacio disponible era mucho menor que en el nido del año anterior; la mayor distancia a que podía trabajar eran 2,5 pies (75 centímetros) y entonces no podía usar el visor de la cámara. Con objeto de prevenir cualquier posible fallo había traído conmigo dos cámaras, y con ellas procedí a tomar una exhaustiva serie de vistas del huevo y el nido a 2,5 pies (75 centímetros), 2 (60 centímetros), y 1,5 (50 centímetros) de distancia.

Ahora tenía que decidir sobre mi camino de vuelta. El extremo de la cuerda alpina colgaba justo al nivel del nido, lo que indicaba que yo estaba casi exactamente a 100 pies (30 metros) por debajo de mi ayudante, y yo sabía que él estaba a unos 150 pies (46 metros) por debajo de Hamond (después resultó que era un poco menos). Puesto que mi cuerda de 2 pulgadas (5 centímetros) medía 300 pies (90 metros), calculé que podía contar con unos 50 pies (15 metros) para descolgarme hacia abajo, y la atractiva terraza que tenía debajo estaba, ciertamente, a no más de 60 pies (18 metros).

En cualquier caso, merecía la pena intentarlo. Así que, cuidadosamente, solté la cuerda que me rodeaba y estaba atada al arnés de lona, y la amarré por su extremo a los guardacabos del arnés para utilizar toda la cuerda que pudiera. Por este procedimiento, e incluyendo la vuelta que había cobrado en el nido, gané de unos 10 a 12 pies (3 a 3,5 metros). Agarrando firmemente la cuerda, indiqué "Aguantar" y cuando la sentí tensa me deslicé fuera del nido sin pensarlo mucho; encendido con mi triunfo, indiqué "Bajar".

En el momento en que la cuerda comenzó a correr, me di cuenta de que había cometido un serio error, ya que estaba bajando rápido, con todo mi peso sobre mis manos o, mejor dicho, sobre mi único brazo fuerte. No había tiempo para pensarlo, y todavía menos para cualquier indicación a los de arriba e hice lo único que se podía hacer, es decir, descolgarme rápidamente mano sobre mano hasta que noté que el arnés soportaba el peso de mi cuerpo como debía haber hecho desde el principio.

Ocupado en ello me fue, naturalmente, imposible equilibrarme o minimizar el giro de la cuerda, y me precipité hacia abajo golpeando una cámara luego la otra y a veces la caja que contenía el preciado huevo, y también mis rodillas y codos contra la pared, hasta que aterricé con un golpe sobre las rocas de abajo, bien pero destrozado en cierta medida.

Mi brazo izquierdo estuvo durante un tiempo insensible y fuera de juego, pues no había soportado tal tensión desde que fui gravemente herido en Graspán en 1899. Un corto descanso, sin embargo, me permitió recobrarme y, cuando me desaté la cuerda (de la que resultó sobran varios pies), suspiré con fuerza *Nunc dimittis*; ¿no había quizás triunfado en el objetivo pendiente de mi vida de buscador de nidos?



Huevo de quebrantahuesos en el nido y al fondo oscuro de la cueva.

La persistente racha de mala suerte que me había acompañado a lo largo de esta prolongada campaña no me había abandonado aún. Las numerosas fotografías que había obtenido con tan peculiar dificultad resultaron ser fallidas, debido a que las películas estaba defectuosas. Puesto que los carretes eran perfectamente recientes y habían sido guardados propiamente en cajas de lata, esto era tan inesperado como molesto.

En ausencia de algo mejor, publico aquí la mejor de una mala colección (pág. anterior). Muchas estaban completamente borradas por el crecimiento de algo parecido a un hongo negro. Pero si la mala suerte me acompañó en estos repetidos intentos, creo que debo estar particularmente agradecido por haber salido ileso de una serie de accidentes menores.

Pronto, tras llegar al punto donde esperaban nuestros mulos, se me reunieron mis compañeros de arriba. Todo el trabajo nos había llevado tres horas y media. Luego me dijo Hamond que la razón por la que no me largó más cuerda cuando estaba pegado al nido en mi primer descenso era que las señales de mi silbato resultaban indistinguibles. Probablemente esto se debió a que yo estaba bajo una gran roca extraplomada, combinado con los ecos causados por ésta y las cavernas adyacentes tras el gran contrafuerte calizo, ya que tan pronto me columpié fuera oyó mi señal de "Izar" claramente.

Así acabó mi largamente planeada campaña tras los quebrantahuesos. En muchos aspectos no fue más arriesgada que otras expediciones y escaladas similares tras los nidos de águilas y buitres. La he descrito bastante minuciosamente y también he reproducido el dibujo que hice del cortado en aquel lugar porque, aunque resultara una serie de percances e incidentes más o menos emocionantes para los protagonistas, son todos eminentemente ilustrativos de los pros y de los contras que se presentan ante el uso de cuerdas en cortados desconocidos. No hay nada muy nuevo en lo que represento, pero el dibujo puede proporcionar una ajustada idea de este cortado, que es muy característico del tipo de lugar elegido por los quebrantahuesos para anidar.

Finalmente, algo sobre el comportamiento de los adultos. Tras dejar el nido al dispararse los tiros de pistola, la hembra volvió pronto y entró en él, y no se marchó de nuevo hasta que fui descolgado hasta muy cerca. Entonces se fue y no volvió hasta que todo el grupo se reunió abajo, a unos 300 pies (90 metros)

más abajo. ¡Esto contrasta con los cuentos sobre quebrantahuesos que atacan a quienes molestan sus huevos o sus crías!

Como contrapartida a mi mala suerte en el trabajo fotográfico de esta memorable ocasión tengo la gratificación de poder decir que, gracias a la habilidad de un miembro del equipo del Museo Británico de Historia Natural, los fragmentos del huevo roto fueron reconstruidos con éxito, con el resultado de que ahora soy el orgulloso poseedor de un par de huevos bellamente coloreados de quebrantahuesos ¡que se encuentran en el lugar adecuado de mi colección, en el centro de una bandeja que contiene varios pares de los elegantemente marcados huevos de alimoche!

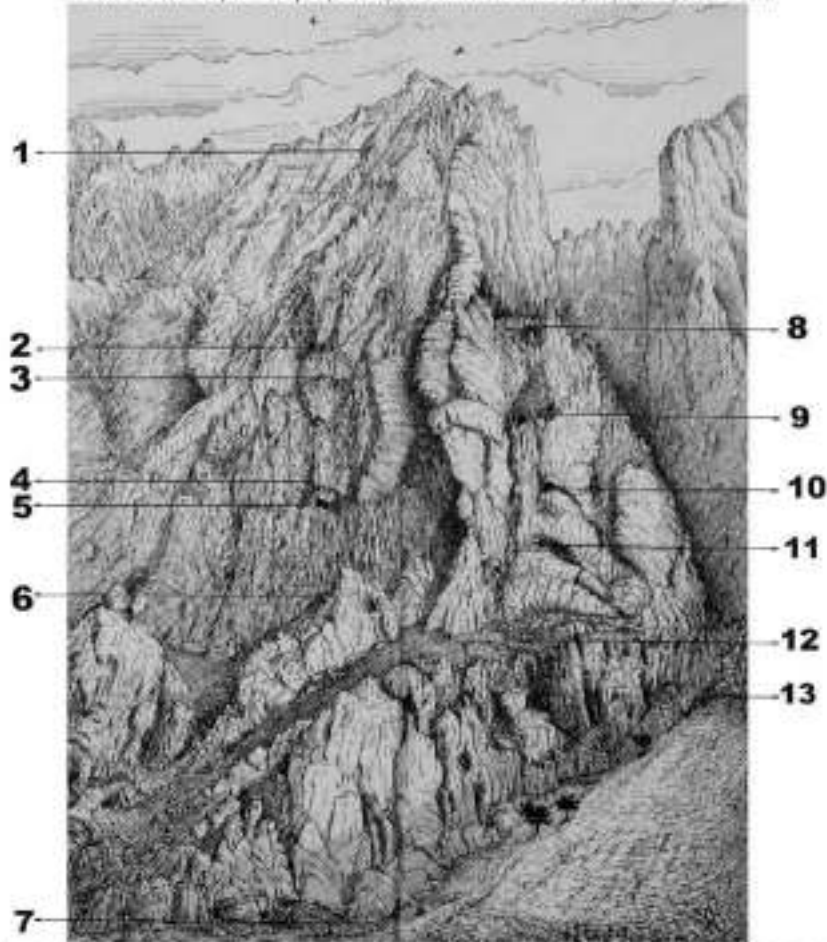


FIN

VISTA GENERAL DEL CORTADO CALIZO DONDE CRÍA EL QUEBRANTAHUESOS

Elaborada a partir de bocetos realizados sobre el terreno en 1906, 1907 y 1908. Y detalles tomados de fotografías. Alturas medidas con aneroide y medidas a través de las cuerdas.

Máx. altura del cortado aprox. 4.370 pies (1.352 m.) sobre el nivel del mar. Y 540 pies (165,5 m.) desde la base.



- 1-** Inicio del descenso nº1 y nº4 (143m). **2-** Repisa de Farquhar (107m). **3-** La "alcachofa", lugar donde la cuerda se atascó (110,5m). **4-** Posición del escalador cuando se atascó la cuerda (81m). **5-** Nido nº1 de quebrantahuesos (76m). **6-** Final del descenso del nido nº1 (61m). **7-** Base del cortado, aprox. a 1.170 m. sobre el nivel del mar. **8-** Inicio del descenso nº2 y nº3 (110m). **9-** Acebuche (93m). **10-** Nido nº2 de quebrantahuesos (79m). **11-** Final del descenso del nido nº2 (70m). **12-** Gran terraza (52m). **13-** Parte alta del canchal (46m).

Lista de ilustraciones en los inicios y finales de capítulos

Título I

Capítulo I

Cogiendo nidos de tejedores en una expedición al Nilo.

A bordo de un bote salvavidas frente a la costa irlandesa.

Capítulo II

"Tiempo de exposición" en la cara de un cortado.

Arrieros con un mulo caído.

Capítulo III

Una peña con nido de buitres con Tánger al fondo.

Gibraltar desde la sierra al oeste de Algeciras.

Capítulo IV

Eludiendo a los chaquetas azules en el buque de Su Majestad 'Simoon'.

Escalando a la espalda de La Roca.

Capítulo V

Nido de cuervo en el "pino sacacorchos".

Ganchos de trepar, cuerda de lanzar y pesa.

Capítulo VI

Tramo pendiente en un cortado.

Por un saliente hacia el nido de un águila.

Título II

Capítulo I

Vadeando una laguna.

Ánsares comunes a la puesta de sol.

Capítulo II

Aguilucho lagunero cazando sobre una laguna.

Grullas alineadas en migración.

Capítulo III

Reconociendo un marjal con grullas.

Grulla fingiendo estar incapacitada.

Título III

Capítulo I

Vaquero en la vega.

Perseguidos por un toro bravo.

Capítulo II

Avutarda abatida por un tiro.

Avutardas cargadas en un caballo.

Capítulo III

Un pastor en la vega.

Sisones en vuelo.

Título IV

Capítulo I

Viejo alcornoque.

Gibraltar desde los alcornocales.

Capítulo II

Milano real en vuelo.

Jimena de la Frontera.

Capítulo III

Águila culebrera.

Huevo de águila culebrera.

Capítulo IV

Nido de águila imperial en un marjal.

Acosado por un novillo.

Capítulo V

Nido de buitre negro en un alto pino.

Fotografiando un nido de buitre negro en la copa de un pino.

Título V

Capítulo I

Los acantilados de Trafalgar.

Un falucho español en Cabo Trafalgar.

Capítulo II

Un nido de cuervo con dos puertas.

Gibraltar desde la costa de Marruecos.

Capítulo III

Cuevas marinas en la espalda de la Roca.

Nido y huevos de águila pescadora.

Título VI

Capítulo I

Un túnel natural en una buitrera.

Cabo Espartel y el Atlántico desde la sierra.

Capítulo II

Un solo hombre descolgando a un escalador.

Nido de la collalba negra o "pedrero".

Capítulo III

Roquedo con nido quebrantahuesos.

Gibraltar desde la sierra cercana a Gaucín.

Capítulo IV

Descenso sin cuerda a un nido de búho real.

Vista desde el nido del búho real.

Capítulo V

Águila perdicera.

Fotografiando el nido del águila perdicera.

Capítulo VI

Descenso con cuerdas hasta el nido de águila real.

Huevo de águila real.

Capítulo VII

Alimoche y su nido.

Sierra sobre las ruinas de Bolonia.

Capítulo VIII

Buitre leonado herido.

Buitres leonados luchando sobre un cadáver en el agua.

Capítulo IX

Desenganchando una cuerda en un cortado.

Quebrantahuesos.

Capítulo X

Un descenso fallido sobre un gran cortado.

Quebrantahuesos observando el exterior desde su nido.

ADENDA

-DESCUBRIMIENTO DEL TAJO DE VERNER- EL SANTUARIO GADITANO DEL QUEBRANTAHUESOS (*GYPAETUS BARBATUS*)

Abilio Reig-Ferrer
Universidad de Alicante

Presencia histórica del quebrantahuesos en tierras gaditanas

El Quebrantahuesos (*Gypaetus barbatus*) fue un ave residente en tierras gaditanas hasta hace algo menos de una centuria. La persecución directa, a través de su caza o la recolección de sus huevos, e indirecta, a través de sucesivas campañas de uso del veneno para *alimañas*, lo diezmaron y finalmente lo hicieron desaparecer de su antiguo feudo.

La primera constancia de su presencia es, muy probablemente, una carta del chiclanero Antonio Nicolás Cabrera Corro (1763-1827), más conocido como Magistral Cabrera, en la que comunica al naturalista valenciano Simón de Rojas Clemente Rubio (1777-1827), a ruego de éste, diverso tipo de información relativa a nombres de animales y plantas. Entre esa indagatoria aparece *Una lista de las Aves que suelen verse en esta provincia en las varias estaciones del año* y la primera ave que se cita es el *Falco ossifragus* de Linneo y su vernáculo gaditano, *Águila*. Este dato lo incorporará Clemente en su *Nomenclátor ornitológico* (circa 1826) agregándolo a otras denominaciones para el Quebrantahuesos.

Entre algunos naturalistas británicos, Leonard Howard Lloyd Irby (1836-1905), uno de los tres componentes de la trinidad ornitológica inglesa (Lord Lilford, Howard Saunders, L. Howard Irby) interesada por el estudio de las aves españolas, se preocupará y ocupará por indagar su presencia y posibles nidos en lugares próximos a Gibraltar. Irby relata, en la primera edición de su libro *The Ornithology of the Straits of Gibraltar* (Irby, 1875), que el lugar más próximo a Gibraltar en el que había visto al quebrantahuesos era el distrito montañoso próximo a Algeciras y que una pareja frecuentaba la Sierra de la Plata durante el mes de marzo de 1874. Añade, sin embargo, que nunca pudo encontrar un nido ocupado. Será él

mismo quien, posteriormente, deje constancia de su desaparición al comparar sus notas del año 1874 con las de 1894: <<*En los alrededores de Gibraltar el Buitre leonado es tan numeroso como entonces, pero el Quebrantahuesos [Bearded Vulture] ha desaparecido. En las provincias de Málaga y Granada se nos ha informado que muchos buitres, tanto quebrantahuesos como leonados, han sido exterminados por el veneno, colocado para los lobos, etcétera*>> (Irby, 1895: 32).

Al Quebrantahuesos se le perseguía inexorablemente por estos lares. La leyenda del Quebrantahuesos depredador de criaturas de todo tipo era habitual, apostilla Irby, entre los cabreros de los alrededores de Tarifa: <<*debido a esta idea, a su costumbre de anidar en riscos a los que se puede acceder sin dificultad con un arma, y al gran aumento de las armas que se dio con posterioridad, su desaparición en las zonas cercanas a Gibraltar se comprende con facilidad*>> (Irby, 1895/2008: 178). No eran, sin embargo, los únicos móviles explicativos de su exterminio: <<*Otra causa de su desaparición es atribuida al veneno para lobos y, más que a cualquier otra cosa, a los coleccionistas ornitológicos*>> (Irby, 1895/2008: 178).

Irby y nuestro protagonista, el coronel Willoughby Cole Verner (22 octubre de 1852 – 25 enero de 1922) se conocerán personalmente en Gibraltar en el mes de mayo de 1877. Desde entonces mantendrán de por vida una estrecha y franca amistad ligada tanto a su profesión militar como a su pasión ornitológica. Verner, que no publicará ningún artículo científico en la revista de la *British Ornithologists' Union*, *The Ibis*, pero de cuya organización es miembro desde el año 1881 hasta su deceso, suministrará a su amigo, no obstante, numerosas notas y dibujos que éste aprovechará para publicar en algún que otro artículo (Irby, 1879) y, sobre todo, en la segunda edición de su *The Ornithology of the Straits of Gibraltar* (1895). El propio autor reconoce y agradece la ayuda de Verner en esta segunda edición de su libro, señalando, por ejemplo, que ha realizado una última expedición <<*en compañía del Comandante Willoughby Verner, de la Brigada de Fusileros, que sirvió en los cuarteles de Gibraltar desde 1874 hasta 1881, y que desde entonces ha realizado*

frecuentes visitas. A él debo muchas anotaciones de sus prácticas observaciones>>.



Fotografía del año 1893 donde aparecen Willoughby Verner (sentado, primero por la derecha) y L. Howard Irby (sentado, primero por la izquierda) con el traje militar de la brigada de fusileros. *(The Rifle Brigade Chronicle for 1893. Biblioteca del autor).*

Ambos comparten una acendrada pasión oológica, un posicionamiento similar como ornitólogos agrupadores (*lumpers*) en cuanto a la división de las especies biológicas, y un mismo esquema de colecta: procurarse personalmente los huevos y cazar aves únicamente por motivos estrictamente científicos. Escribe Irby: <<*No me interesa mandar “colectores” para que me traigan huevos sin las aves a las que pertenecen ya que, como sucede frecuentemente en estos asuntos, aquellos podrían traer los huevos con las aves de las que no son y con descaro y sin avergonzarse, jurando quizás, como sé que han llegado a hacer, decir que un huevo de pavo que cogieron en un risco muy alto pertenece a un “Águila de las rocas”>> (Irby, 1875: 26).*

Reprochan, ambos también, las innecesarias tropelías que se cometían con las aves, apostando decididamente por una ornitología *de campo* frente a la *de salón*: <<La desafortunada parte de la ornitología, como se practica en la actualidad, es la que está confinada a la matanza de las aves, cuyas pieles son comparadas y examinadas por un naturalista de despacho, que a la mínima diferencia en el plumaje crea una nueva especie, sin ningún conocimiento de su hábitat, canto, etc. Mucho más se puede hacer a partir de la observación que con un arma, y cuando se acaba con un ave toda posibilidad de conocer su hábitat desaparece también>> (Irby, 1895: 33).

Verner será, con el tiempo, el autor de los obituarios de su gran compañero Irby, publicados en la revista *The Ibis*. Para un mayor conocimiento de la vida de Verner, acúdase a la semblanza que se presenta en una de las introducciones de este mismo libro por el Marqués de Tamarón.

Quebrantahuesos, el ave totémica de W. Verner

En el magistral libro *My life among the wild birds in Spain* (Verner, 1909), que aquí se presenta en versión española, tan sólo un ave recibe la atención de su autor dedicándole dos capítulos. De alguna manera Verner parece erigirse en portavoz de esa ave numinosa, el Quebrantahuesos, como su animal guía, como su tótem, según la acertada tesis que defiende el biólogo y naturalista Juan Jiménez (Jiménez, 2016). Ninguna otra ave, como el mismo Verner dejó escrito, le costó tanto esfuerzo para estudiarla, conseguir sus huevos o fotografiar su nido.

Los primeros Quebrantahuesos que observa Verner en España son dos ejemplares cautivos que llevaba consigo el Príncipe heredero Rodolfo de Austria durante su expedición ornitológica a España en los meses de mayo y junio de 1879. Rodolfo de Austria (1858-1889) y algunos de sus acompañantes, entre ellos su cuñado Leopoldo (1846-1930), Príncipe de Baviera, y los hermanos Alfredo (1829-1884) y Reinaldo Brehm (1830-1891), habían conocido personalmente a W. Verner el día 23 de mayo de ese mismo año y compartieron excursiones y experiencias ornitológicas

hasta el 31 de ese mes. En el yate imperial *Miramar*, acompañando aquel grupo de ilustres personajes, se encontraba un bello ejemplar adulto de quebrantahuesos, regalo que recibió Rodolfo en Málaga por su propietario, el preparador y conservador del instituto provincial Rafael Mena Santos, que lo tuvo cautivo durante dos años, y el pollo, de poco más de dos meses, que habían recogido de un nido en Sierra Nevada después de haber abatido y cobrado a sus padres. Como también he dejado constancia en otro lugar (Reig-Ferrer, 2016), Verner se equivoca al referir en su libro que el Príncipe Rodolfo tenía con él <<dos pollos de quebrantahuesos, tomados de nidos de Sierra Nevada, uno a punto de salir del estado de plumón y otro que ya había crecido tres cuartas partes. Una de estas aves no tenía un mes, sino seis semanas más que el otro, lo que mostraba la irregularidad de las fechas de puesta>> (Verner, 1909/2000: 286). Los diarios de campo inéditos que se conservan de este viaje, tanto de Rodolfo como de Alfredo Brehm, e inclusive el publicado del propio W. Verner (Whitaker, 2002), confirman que se trataba del adulto malagueño (fallecido en el Jardín Zoológico de Schönbrunn el 21 de enero de 1884) y el pollo granadino que vivió en ese mismo establecimiento hasta el 18 de diciembre de 1909.

A partir de este momento, Verner procurará estudiar el comportamiento y los lugares de nidificación de esta ave que le embrujó. Una década después de su encuentro con aquel grupo de naturalistas germanos, Verner explora, en el mes de enero de 1890, algunos viejos nidos de Quebrantahuesos en Los Órganos (Facinas), pero refiere que no hay constancia de ocupación reciente. Desde su primera llegada a Gibraltar, en diciembre de 1874, hasta comienzos del siglo XX, nunca pudo encontrar nidos ocupados por los quebrantahuesos. Aquella pareja, apunta Verner, <<que frecuentaba unas altas montañas a un día de marcha desde Gibraltar y que cada año criaba en una cueva de un pequeño cortado, en lo alto de una pronunciada cuesta>> abandonó aquella zona y posiblemente se retiró a otra gran sierra a unos quince kilómetros al oeste de su primer emplazamiento: <<Aquí criaron sin ser molestados durante algunos años utilizando dos lugares alternativos, uno

en una pequeña cueva a sólo unos pocos cientos de metros por encima de la casa del cabrero, y el otro, en otra caverna muy parecida, a varios cientos de metros más arriba. En el libro del Coronel [sic, pero en realidad Teniente coronel] Irby aparecen fotos de estos dos lugares. Hace ahora más de doce años [¿1897?] que abandonaron esta cadena de montes y se fueron sin dejar rastro>> (Verner, 1909/2000: 285).

El arquitecto jerezano y apasionado ornitólogo Olegario del Junco Rodríguez tuvo el mérito de redescubrir en la sierra de Fates (Facinas, Tarifa), en el mes de mayo de 1981, esos antiguos emplazamientos del Quebrantahuesos, cuyas fotografías aparecen en la segunda edición del libro de Irby. *Gypaetus barbatus* se replegaba cada vez más de su amplia área de distribución gaditana, pero el mismo Irby, copiando las notas del médico militar y celoso ornitólogo Arthur Cowell Stark (1846-1899), delataba otros posibles lugares de residencia: <<*En las montañas de Ronda son bastante numerosos, haciéndose más escasos hacia Gibraltar y Tarifa*>> (Irby, 1895/2008: 180).

Los ásperos y frágos caminos de la conocida como Serranía de Ronda, o de las sierras de Ronda, han sido históricamente un amplio espacio físico y geográfico sin un perfil territorial claro y acotado. Grazalema y sus sierras, por ejemplo, han formado parte durante muchos años de esa construcción hipotética que tenía su inicio en Gibraltar y llegaba hasta más allá de Ronda, tal como puede apreciarse en el libro de Antonio Garrido Domínguez, *Viajeros del XIX cabalgan por la Serranía de Ronda. El camino inglés* (2006). Por ello, en numerosas ocasiones, se ha utilizado este marco topográfico para ubicar el lugar de colecta de pieles y huevos de Quebrantahuesos, y de esta manera guardarse y callar la localización exacta de esos lugares tan apetecibles para naturalistas y colectores.

Como se puede ver en el artículo *Una peregrinación quebrantonista al santuario del Tajo del Cao en Benaocaz* (Reig-Ferrer, 2016), una multitud de ornitólogos, naturalistas o simplemente colectores se sintieron atraídos por la posibilidad de observar al Quebrantahuesos, y uno de los mejores lugares para su estudio se localizaba en el extremo

más occidental de la Cordillera Subbética, lo que actualmente conforma el Parque Natural Sierra de Grazalema, una superficie de más de 53.000 hectáreas, creado en el año 1985. Situado entre el noreste de la provincia de Cádiz y el noroeste de la provincia de Málaga, incluye total o parcialmente a nueve municipios gaditanos (Algodonales, Benaocaz, El Bosque, El Gastor, Grazalema, Prado del Rey, Ubrique, Villaluenga del Rosario y Zahara de la Sierra) y seis malagueños (Benaolán, Cortes de la Frontera, Jimera de Líbar, Montecorto, Montejaque y Ronda).

Este último paraíso del Quebrantahuesos gaditano no será hollado por Verner hasta la primera década del siglo XX. En el artículo citado con anterioridad (Reig-Ferrer, 2016) se presentaron un total de cinco huevos obtenidos con seguridad en la zona del Tajo del Cao (Benaocaz): el primero, una puesta de un único huevo, con fecha de febrero de 1897, y figurando como colector Rafael Mena; una puesta de dos huevos, colectada por el propio W. Verner el 16 de febrero de 1908, y que todavía permanecen en la colección oológica de la familia Verner-Jeffreys; y otros dos nuevos huevos de una misma puesta, recolectados también por W. Verner el 5 de febrero de 1910. Tanto el huevo del año 1897 como los dos de 1910 se conservan en la Fundación Occidental de Zoología de Vertebrados (WFVZ) de California (EE.UU.). Es posible que otro huevo recolectado por R. Mena, de fecha 14 de enero de 1889, también pueda ser de este mismo lugar (véase, Reig-Ferrer, 2016).

Así y todo, en colaboración con mi buen amigo Pedro Rebelo, veterinario portuense, hemos podido localizar recientemente en museos alemanes algunos otros huevos de Quebrantahuesos ibéricos desconocidos por los especialistas. Por mencionar aquí un ejemplo, me gustaría señalar que de los cuatro huevos de procedencia española que se custodian en el *Museum Heineanum* (Halberstadt), en dos de ellos, y de distintas puestas, figura la localidad Sierra de Ronda. Lamentablemente, se desconoce el nombre del colector aunque sí la casa de objetos de historia natural que los comercializó, la empresa de Wilhelm Schlüter (1829-1919) de la ciudad de Halle (Saale). Gracias a la amabilidad del director de aquella institución, Rüdiger Becker, deseo mostrar aquí uno de

ellos. Todos esos huevos pertenecieron, con anterioridad, al oólogo alemán Max Hübner (1864-1939), encontrándose por casualidad en el año 1968, junto con una gran parte de su antigua colección y varios de sus diarios, en el desván de su antigua vivienda en Oschersleben (Bez. Magdeburg).



Huevo de Quebrantahuesos colectado en la Sierra de Ronda, vendido por Wilhelm Schlüter al coleccionista Max Hübner (1864-1939) y en la actualidad depositado en el *Museum Heineanum* de Halberstadt (Fotografía cortesía de Rüdiger Becker).

El otro huevo, de otra puesta distinta, fue recolectado el 30 de enero de ese mismo año e idéntica procedencia: *Sierra Ronda*.

Un orónimo en homenaje al Coronel W. Verner: El Tajo de Verner

El día 30 de octubre de 2011 se produjo un milagro. Un naturalista esclarecido y de amplio espectro, José Manuel Amarillo Vargas (Jerez, 1961), estudiando diversas representaciones gaditanas de arte rupestre y recopilando bibliografía para preparar una de las interesantes entradas para su blog, se topó con la versión digitalizada del libro *My life among the wild birds in Spain* (www.archive.org). Examinando el documento se percató de que algunos de los dibujos o fotografías que figuraban en el libro los había contemplado con anterioridad. Resuelto y decidido, invitó a su cuñado Bienvenido, su sobrino Alejandro, y uno de sus hijos, Pablo,

para que le acompañaran desde su casa de Grazalema a explorar algunos lugares de Benaocaz que pensaba, con su intuición genial, podrían ser el posible emplazamiento de los apuntes, bocetos y dibujos vernerianos. Después de recorrer algunas sendas y observar un determinado paraje desde diversas perspectivas encontró el “Santo Grial”. Ahí estaba frente a él el Tajo del Cao y su representación dibujada en el libro como *Vista general de un cortado de caliza* en la vertiente norte de la Sierra del Caíllo con los tajos del Cao meciéndose al Valle de Fardela, y columbrando todo ello, la cumbre Navazo Alto o Bandera.

No era, como se apuntaba en la versión española del Verner del año 2000, un *cortado de la Hoz de Gaucín en el río Guadiaro*. Se trataba, en realidad, del Tajo del Cao en Benaocaz. Allí cerca se encontraba también el bonito boceto en el que Verner dibuja un *quebrantahuesos ejerciendo su oficio (según apunte tomado unos segundos antes de dejar caer la pata)*, tapando estratégica e intencionadamente con esta extremidad la Ermita del Calvario de Benaocaz al objeto de dificultar su localización concreta. Ninguno de esos *engaños a ojos vista* pudo con la curiosidad científica de este intrépido y culto personaje.

Una primera referencia al hallazgo de este santuario verneriano se publicó prácticamente un año después en la revista *Quercus* (Amarillo Vargas, 2012). Con mucho mayor detalle y un gran aparato fotográfico editó J. M. Amarillo una entrada, con fecha de 23 de octubre de 2012, bajo el título “*EL TAJO DE VERNER, ... o cómo descubrimos los nidos de quebrantahuesos 100 años después*” en su blog NATURALEZA, SITIOS Y GENTES (<http://naturalezasitiosygentes.blogspot.com.es/>).

Un año después, otra entrada en ese mismo blog, de fecha 23 de octubre de 2013, reza *NOVEDADES SOBRE EL TAJO DE VERNER*. Remitimos al lector interesado a una atenta lectura de toda esta interesante documentación. Bautizado, pues, el lugar como El Tajo de Verner por su descubridor, pienso que se trata de un gran acierto. Además de sus escritos sobre este asunto, Amarillo ha impartido diversas charlas y conferencias divulgando este acontecimiento. Pero, ¿ningún ornitólogo conoció ese sitio a lo largo de algo más de un siglo? Sabemos

ahora, sobre todo a través de la información obrante en algunas etiquetas de huevos colectados en ese rincón, que algunos naturalistas históricos sí lo llegaron a conocer y frecuentar, e inclusive con alguna contienda por ser el primero en asegurarse tan preciado botín (Reig-Ferrer, 2016). Harry Kirke Swann (1871-1926), por ejemplo, mantuvo una buena relación con Verner, un par de años antes de su fallecimiento (Swann, 1921) le visitó en su casa de Algeciras, y tuvo conocimiento directo de ese punto por comunicación del propio Verner.



Fotografía comparativa del Tajo de Verner (Cortesía de José Manuel Amarillo).

Sin duda, el trazado del ferrocarril Algeciras-Ronda-Bobadilla, abierto en su totalidad el 27 de noviembre de 1892, posibilitó viajar con mayor comodidad desde Gibraltar a Ronda, y desde aquí a Grazalema y su entorno. Jubilado Verner en 1904, por problemas de salud al caerse de su caballo en acto de servicio, regresa a su residencia en Inglaterra. Como el clima andaluz será mucho más saludable para sus dolencias que el inglés, decide alquilar por temporadas una casa ajardinada en Algeciras

propiedad del gibraltareño Luis Lombard llamada *El Recreo*. Poco tiempo después resuelve comprar unos terrenos cerca de aquella finca y construir su propia residencia algecireña, *El Águila*. En esta propiedad redactará su obra ornitológica y también aquí será su deceso.

Como legado ornitológico, nuestro protagonista nos ha dejado este libro inmortal que el lector tiene en sus manos; José Manuel Amarillo, la revelación de un lugar sacrosanto. El naturalista “quebrantonista” que desee experimentar una experiencia cumbre no debería perderse, al menos una vez en su vida, una peregrinación a esa meca conocida como el Tajo de Verner.

Referencias bibliográficas

Amarillo Vargas, J. M. (2012). Nidos de quebrantahuesos en el Tajo de Verner. *Quercus*, 321: 52.

Irby, L. H. L. (1875). *The ornithology of the straits of Gibraltar*. London: R. H. Porter.

Irby, L. H. L. (1879). Notes on the Birds of the Straits of Gibraltar. *The Ibis, A Quarterly Journal of Ornithology*: 342-346.

Irby, L. H. L. (1895). *The ornithology of the straits of Gibraltar*. 2nd ed. London: R. H. Porter. [Existe traducción española (2008): *Ornitología del Estrecho de Gibraltar*. Trad.: Marta Gutiérrez Rosado. Algeciras, Instituto de Estudios Campogibraltareños y Fundación Migres].

Jiménez, J. (2016). La nutria y otros tótems de la conservación. *Quercus*, 360: 10-11.

Marqués de Tamarón (2000). Semblanza de Willoughby Verner. En: Coronel Willoughby Verner. *Mi vida entre las aves silvestres de España*. Madrid, Círculo de Bibliografía Venatoria. [Traducción de Javier Hidalgo la obra de Verner e introducciones de Javier Hidalgo, Marqués de Tamarón, José Manuel Rubio y Marqués de Bonanza].

Reig-Ferrer, A. (2016). Una peregrinación quebrantonista al santuario del Tajo del Cao en Benaocaz. *El Corzo. Revista de la Sociedad Gaditana de Historia Natural*, IV: 32-47.

Swann, H. K. (1921). A birds'-nesting trip to Andalucía. *The Oologists' Record*, vol. 1 (3): 49-63.

Verner, W. (1909). *My life among the wild birds in Spain*. London, John Bale, Sons & Danielsson, Ltd. [Existe una primera traducción española (2000): *Mi vida entre las aves silvestres de España*. Madrid, Círculo de Bibliografía Venatoria. Traducción y notas de Javier Hidalgo, e introducciones de Javier Hidalgo, Marqués de Tamarón, José Manuel Rubio y Marqués de Bonanza].

Whitaker, J. (Ed.). (2002). *The Natural History Diaries of Willoughby Verner. Being an Account of his Natural History Expeditions 1867-1890*. Otley, Peregrine Books.



**Acceso por Benaocaz al Tajo de Verner, Parque Natural Sierra de Grazalema.
De izquierda a derecha: Colmillo del Cao, Ermita del Calvario de Benaocaz y Sierra de
la Silla; en el horizonte: Parque Natural de Los Alcornocales. (foto : J.M. Amarillo).**

ÍNDICE GENERAL

Prólogo a la presente edición (SGHN-IECG).....	3
Nota del traductor (J. Hidalgo).....	5
Verner y la geografía de sus andanzas (J.M. Rubio).....	8
Semblanza de W. Verner (S. Mora-Figueroa).....	16
Verner y aquellos "locos" ingleses (M. González-Gordon).....	21
MI VIDA ENTRE LAS AVES SILVESTRES DE ESPAÑA.....	24
Prefacio (W. Verner).....	25
Contenido.....	26
TÍTULO I - Los preparativos	
Capítulo I - El estudio de las aves silvestres	28
Capítulo II - Viaje y equipo.....	51
Capítulo III - Dibujo y fotografía.....	69
Capítulo IV - Sobre escalar en general.....	78
Capítulo V - Escalando a los árboles.....	88
Capítulo VI - Escalando en la roca.....	102
TÍTULO II - En una laguna española	
Capítulo I - Un día en una laguna.....	123
Capítulo II - Los aguiluchos.....	134
Capítulo III - La grulla común.....	142
TÍTULO III - A través de las llanuras	
Capítulo I - Una cabalgada por la vega.....	157
Capítulo II - La avutarda.....	166
Capítulo III - El sisón.....	185
TÍTULO IV - EN LOS BOSQUES	
Capítulo I - Un día en los alcornocales.....	192
Capítulo II - Los milanos, el azor y el gavián.....	203
Capítulo III - El águila calzada y el águila culebrera.....	217
Capítulo IV - El águila de hombros blancos.....	236
Capítulo V - El buitre negro.....	251
TÍTULO V - EN LOS ACANTILADOS MARINOS	
Capítulo I - Una cabalgada hasta Trafalgar.....	274
Capítulo II - El cuervo.....	282
Capítulo III - El águila pescadora.....	292
TÍTULO VI - EN LAS SIERRAS	
Capítulo I - Un día en la baja sierra.....	307
Capítulo II - Las pequeñas aves de la sierra.....	322
Capítulo III - En la alta sierra.....	336
Capítulo IV - El búho real.....	353
Capítulo V - El águila perdicera.....	372
Capítulo VI - El águila real.....	398
Capítulo VII - El buitre egipcio o alimoche.....	417
Capítulo VIII - El buitre leonado.....	434
Capítulo IX - El quebrantahuesos.....	456
Capítulo X - El quebrantahuesos (continuación).....	489
Vista general del cortado calizo donde cría el Quebrantahuesos.....	513
Lista de ilustraciones en los inicios y finales de capítulos.....	514
ADENDA - Descubrimiento del Tajo de Verner (A. Reig-Ferrer).....	515

